P. G. Wodehouse

# Ómnibus Jeeves

## Tomo I

¡Gracias, Jeeves!
El código de los Wooster
El inimitable Jeeves



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

P. G. Wodehouse

# Ómnibus Jeeves

## Tomo I

¡Gracias, Jeeves!
El código de los Wooster
El inimitable Jeeves



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

# ¡Gracias, Jeeves!

# PREFACIO

Ésta es la primera de las novelas completas protagonizadas por Jeeves y Bertie Wooster, y es el único de mis libros que he tratado de escribir sin sentarme ante la máquina y conseguir un calambre en la espalda.

No se trata de que se me haya ocurrido dictársela a una taquígrafa. Cómo puede alguien crear una historia por vía oral, cara a cara con una secretaria de expresión aburrida y provista de su cuaderno de notas, es más de lo que yo pueda imaginar. Y, sin embargo, muchos autores no le dan la menor importancia a decir: «¿Preparada, miss Spelvin? Empiezo a dictar. No coma lord Jasper Murgatroyd guión dijo o coma mejor dicho coma silbó Evangeline guión coma yo no me casaría con usted aunque fuera el último hombre sobre la tierra punto y aparte guión Pues bien coma no soy el último hombre sobre la tierra coma y por tanto no existe semejante situación guión replicó lord Jasper coma atusándose cínicamente el bigote punto y aparte y así transcurrió aquel largo día.»

Si yo empezara a hacer esas cosas no podría dejar de pensar en todo momento que, mientras escribía, la chica se decía una y otra vez: «Esto no hay quien lo aguante punto y seguido abrir interrogación Cómo es que coma con tantos lugares destinados a enfermos mentales que buscan desesperadamente clientela coma un cabezota como ese Wodehouse ha logrado seguir en libertad todos esos años cerrar interrogación.»

Lo que hice fue agenciarme uno de esos aparatos en los que se habla ante un micrófono y las observaciones quedan grabadas en cera, y con él di comienzo a ¡Gracias, Jeeves! Y después de los primeros párrafos se me ocurrió dar marcha atrás y escuchar la grabación para saber cómo sonaba.

Era algo demasiado horroroso para destinarlo al consumo humano. Hasta aquel momento, yo había ignorado que tenía una voz como la de un pomposo maestro que se dirigiera a los jóvenes alumnos a su cargo desde el púlpito de la capilla de la escuela. Había en ella una especie de neblinosa monotonía que helaba el espíritu. Me desmoralizó, puesto que yo había esperado, si todo iba debidamente, hacer de ¡Gracias, Jeeves! un libro divertido, alegre, si comprenden lo que quiero decir, chispeante si todavía me siguen, y además jocoso, y entendía perfectamente que un hombre con una voz como aquélla

jamás podría, ni de lejos, mostrarse jocoso. Con él al timón, la obra se convertiría en una de aquellas penosas tragedias de la vida rural que devolvemos a la biblioteca después de echarle una rápida ojeada a la página uno. Vendí el aparato al día siguiente y me sentí como el Viejo Marinero cuando se libró del albatros. Por consiguiente, ahora me limito a usar mi buena y vieja máquina de escribir.

Disfruto escribiendo mis cuentos. Es imaginarlos lo que tiende a apagar el sol en mi existencia. No es posible imaginar tramas argumentales como las mías sin abrigar de vez en cuando la sospecha de que ha surgido una grave avería en los dos hemisferios cerebrales y la amplia banda de fibras transversales conocida como corpus collosum. Tengo la costumbre de llenar unas cuatrocientas páginas de notas antes de comenzar una novela, y en el curso de este proceso siempre hay un momento en que me digo a mí mismo: «¡Qué mente tan noble se está despilfarrando aquí!» Lo más curioso es que, precisamente cuando empiezo a pensar que debo conseguir dos personas que propongan mi reclusión y me hagan instalar en un manicomio, siempre hay algo que encaja en su sitio y después ya todo es alegría y regocijo.

P. G. WODEHOUSE

# 1. JEEVES SE DESPIDE

Me sentía un tanto trastornado. Nada importante, en realidad, pero de todos modos sí un poquitín preocupado. Sentado en mi apartamento, acariciando distraídamente las cuerdas de mi banjo, instrumento al que en los últimos tiempos me había aficionado considerablemente, nadie hubiera podido decir que mi entrecejo estuviera lo que se dice fruncido y, sin embargo, por otra parte nadie hubiera podido afirmar categóricamente que no lo estuviera. Cabe que la palabra «meditabundo» sea más o menos la apropiada, pues me parecía que acababa de surgir una situación pletórica de embarazosas potencialidades.

–¿Sabe una cosa, Jeeves? –pregunté.

–No, señor.

–¿Sabe a quién vi anoche?

–No, señor.

–A J. Washburn Stoker y su hija Pauline.

–¿Sí, señor?

–Deben circular por ahí.

–Así parece, señor.

–Desagradable, ¿verdad?

–Concibo que, después de lo ocurrido en Nueva York, pueda resultarle violento encontrarse con miss Stoker, señor, pero pienso que semejante contingencia difícilmente ha de presentarse.

Sopesé estas palabras.

–Cuando empieza usted a hablar de presentación de contingencias, mi cerebro comienza a vacilar y se me escapa el contenido. ¿Quiere decir que yo debería ser capaz de mantenerme fuera del camino de ella?

–Sí, señor.

–¿Evitarla?

–Sí, señor.

Toqué cinco notas de Old Man River con cierto abandono. Sus aseveraciones habían aclarado mi mente. Sabía seguir su razonamiento. Al fin y al cabo, Londres es un lugar muy grande. Bien sencillo es no toparse con la gente, si uno no quiere.

–De todas maneras, me di un buen susto.

–Puedo imaginarlo perfectamente, señor.

–Acentuado por el hecho de que iban acompañados por sir Roderick Glossop.

–¿De veras, señor?

–Ya lo creo. Fue en el grill del Savoy. Se disponían a comer el pienso juntos, en una mesa junto a la ventana. Y ahora una cosa más bien chocante, Jeeves. El cuarto miembro del grupo era Myrtle, la tía de lord Chuffnell. ¿Qué podía estar haciendo con aquella pandilla?

–Posiblemente, la señora es conocida de míster Stoker, de miss Stoker o bien de sir Roderick, señor.

–Sí, puede que sea así. Sí, esto lo explicaría. Pero confieso que me sorprendió.

–¿Entabló usted conversación con ellos, señor?

–¿Quién, yo? No, Jeeves. Abandoné aquella sala rápido como un rayo. Aparte de querer esquivar a los Stoker, ¿puede usted imaginarme avanzando irreflexiva y deliberadamente para charlar con el viejo Glossop?

–Efectivamente, en el pasado nunca ha demostrado ser una compañía muy agradable, señor.

–Si hay en el mundo un hombre con el que espero no tener que cambiar nunca más unas palabras, es ese carcamal.

–Olvidé mencionar, señor, que sir Roderick ha venido a verle esta mañana.

–¿Qué?

–Sí, señor.

–¿Ha venido para verme a mí?

–Sí, señor.

–¿Después de lo ocurrido entre los dos?

–Sí, señor.

–¡Me deja patitieso!

–Sí, señor. Le he informado de que usted todavía no se había levantado, y ha dicho que volvería más tarde.

–Conque sí, ¿eh? –Lancé una risotada. Una de esas risotadas sarcásticas–. Pues bien, cuando llegue suéltele el perro.

–No tenemos perro, señor.

–Pues vaya al piso de abajo y pídale prestado a mistress TinklerMoulke su pomerano. ¡Haciendo visitas de cortesía, después de comportarse de aquel modo en Nueva York! Nunca he oído una cosa semejante. ¿Usted ha oído alguna vez una cosa semejante, Jeeves?

–Confieso que, dadas las circunstancias, su advenimiento me ocasionó sorpresa, señor.

–¡Y no me extraña! ¡Dios santo! ¡Cielo santo! ¡Por todos los santos! Ese hombre debe de tener una piel más dura que la de un rinoceronte.

Y cuando les haya ofrecido la historia subyacente, creo que admitirán ustedes conmigo que mi indignación estaba justificada. Permítanme que recopile los hechos y vaya al grano.

Unos tres meses antes, al observar cierta vivacidad en mi tía Agatha, yo había juzgado prudente trasladarme a Nueva York para pasar allí unos días y darle tiempo para calmarse. Y a mediados de mi primera semana allí, en el curso de una fiesta de cierta categoría en el Sherry-Netherland, conocí a Pauline Stoker.

Me impresionó en el acto. Su belleza me enloqueció como el vino.

–Jeeves –recuerdo haber dicho al volver al apartamento–, ¿quién era aquel fulano que al mirar algo se sintió como alguien que mirase algo? Aprendí este texto en la escuela, pero se me escapa.

–Creo que el individuo en cuestión, señor, es el poeta Keats, que comparó sus emociones al leer por primera vez el Homero de Chapman con las del porfiado Cortés cuando, con ojos de águila, contempló el Pacífico.

–El Pacífico, ¿eh?

–Sí, señor. Y todos sus hombres se miraron entre sí, sumidos en un mar de conjeturas, silenciosos en lo alto de un pico en Darién.

–Claro. Ahora lo recuerdo todo. Pues bien, así me he sentido esta tarde al ser presentado a miss Pauline Stoker. Planche los pantalones con especial cuidado esta noche, Jeeves. Ceno con ella.

Siempre he observado que en Nueva York uno se precipita extraordinariamente en los asuntos del corazón, cosa que, según creo, se debe a algo que hay en el aire. Dos semanas más tarde, me declaré a Pauline y ella me aceptó. Hasta entonces, miel sobre hojuelas, pero no así lo que vino después. Apenas cuarenta y ocho horas más tarde, se introdujo una llave inglesa en la maquinaria y todo se estropeó.

La mano que arrojó aquella llave inglesa fue la mano de sir Roderick Glossop.

En estas memorias mías, como tal vez recuerden ustedes, he tenido ocasión de hacer menciones bastante frecuentes de ese viejo saco de veneno. Hombre de calva pronunciada y cejas muy pobladas, se hace pasar por especialista de los nervios, pero en realidad, como todo el mundo sabe, no es más que un médico de alto precio especialista en chiflados, y se ha estado cruzando en mi camino durante años, siempre con los más graves resultados. Y quiso el azar que se encontrase en Nueva York cuando el anuncio de mis esponsales apareció en los

periódicos.

Lo que le llevó hasta allí fue una de sus visitas periódicas a George, primo segundo de J. Washburn Stoker. Ese George era un hombre que, después de toda una vida de abusar de la viuda y del huérfano, había empezado a notar un poco la tensión. Su conversación era extraña y tenía cierta tendencia a caminar sobre las manos. Hacía varios años que era paciente de sir Roderick y éste solía desplazarse de vez en cuando a Nueva York para echarle un vistazo. Y en la presente ocasión llegó con el tiempo justo para leer, mientras tomaba el huevo y el café matinales, la noticia de que Bertram Wooster y Pauline Stoker planeaban establecer el vínculo matrimonial. Por lo que sé, se encontró ante el teléfono, llamando al padre de la novia, sin detenerse siquiera a limpiarse la boca.

Desde luego, no me es posible explicar lo que le dijo a J. Washburn sobre mí, pero no es disparatado imaginar que le informó de que en cierta ocasión yo había estado prometido con su hija Honoria, y que él mismo había roto el compromiso al decidir que yo era un perfecto chiflado. Sin duda, mencionaría el incidente de los gatos y los pescados en mi dormitorio, y posiblemente también el episodio del sombrero robado y mi costumbre de bajar por los canalones de desagüe, rematándolo todo, acaso, con una descripción del infortunado asunto de la bolsa de agua caliente pinchada en casa de lady Wickham.

Amigo íntimo de J. Washburn y hombre en cuyo juicio J. W. confiaba, doy por seguro que tuvo poca dificultad para persuadir a éste de que yo no era el yerno ideal. Lo cierto es que, tal como he dicho, tan sólo cuarenta y ocho horas después del feliz momento se me notificó que era innecesario que encargara unos pantalones a rayas nuevos y la gardenia porque mi propuesta había sido cancelada.

¡Y ése era el hombre que tenía la santísima como se llame de visitar el hogar de Wooster! ¿Qué les parece a ustedes?

Resolví mostrarme más que tajante con él.

Todavía tocaba yo el banjo cuando llegó. Quienes mejor conocen a Bertram Wooster saben que es hombre de repentinos y vigorosos entusiasmos y que, llevado por uno de ellos, se convierte en una máquina implacable, un ser tenso, absorto y movido por su propósito. Así ocurría con mis prácticas de banjo. Desde aquella noche en el Alhambra, cuando el supremo virtuosismo de Ben

Bloom y sus Dieciséis Muchachos de Baltimore me movió a emprender el estudio de dicho instrumento, no había pasado ni un solo día sin sus dos horas de asidua práctica. Y estaba tañendo las cuerdas, llevado por la inspiración, cuando se abrió la puerta y Jeeves hizo entrar al vil especialista en camisas de fuerza al que hace poco he aludido.

En el intervalo transcurrido desde que me enteré de que aquel hombre deseaba cambiar unas palabras conmigo, había estado reflexionando, y la única conclusión a la que pude llegar fue que debía de haber cambiado de opinión y decidido que se me debía un desagravio por su manera de comportarse. Fue, por lo tanto, un Bertram Wooster algo ablandado el que entonces se levantó para hacer los honores.

–Ah, sir Roderick –dije–. Buenos días.

No era posible superar a la cortesía con la que yo había hablado y cabe concebir mi asombro, por lo tanto, cuando su única réplica fue un gruñido, y además un gruñido indudablemente desagradable. Comprendí que mi diagnóstico de la situación había sido erróneo. Había fallado por completo en mi apreciación de la misma. No tenía ante mí a un hombre dispuesto a ofrecer francas excusas. No hubiera podido mirarme con mayor desagrado de haber sido yo el germen causante de la dementia praecox.

Pues bien, si ésta era la actitud que se proponía adoptar, yo estaba dispuesto a todo. Mi cordialidad se desvaneció. Me enderecé fríamente, enarcando al mismo tiempo una ceja interrogante, y me disponía a practicar el viejo número del «¿A qué debo el honor de esta visita?», cuando el hombre se me adelantó.

–¡Deberían encerrarle!

–¿Cómo dice?

–Es usted una amenaza pública. Al parecer durante semanas ha estado torturando a sus vecinos con algún odioso instrumento musical y veo que ahora lo tiene entre las manos. ¿Cómo se atreve a tocar esa cosa en un bloque de apartamentos respetable? ¡Infernal algarabía!

Supe mantenerme frío y digno.

–¿Ha dicho usted «infernal algarabía»?

–Lo he dicho.

–¿Sí? Bien, pues permítame que le diga que el hombre que no tiene música en sí mismo... –Me acerqué a la puerta–. Jeeves –llamé desde el pasillo–, ¿a qué tiende, según Shakespeare, el hombre que no tiene música en sí mismo?

–A traiciones, estratagemas y rapiñas, señor.

–Gracias, Jeeves. Tiende a traiciones, estratagemas y rapiñas –dije al regresar.

Mi visitante ejecutó un par de pasos de baile.

–¿Está usted enterado de que la ocupante del apartamento de abajo, mistress Tinkler-Moulke, es una de mis pacientes, una mujer de condición altamente nerviosa? He tenido que administrarle un sedante.

Levanté una mano.

–No quiero saber historias de alienados –dije con altivez–. ¿Puedo preguntar, por mi parte, si está usted enterado de que mistress TinklerMoulke posee un perrito de Pomerania?

–No me venga con bobadas.

–No es ninguna bobada. Ese animal ladra durante todo el día y con cierta frecuencia hasta altas horas de la noche. ¿Y esa mistress TinklerMoulke ha tenido la jeta de quejarse de mi banjo? ¡Ja! Que vea primero el pomerano que tiene ella en su ojo –dije con un deje propio de las Escrituras.

Se mostró visiblemente irritado.

–No estoy aquí para hablar de perros. Quiero que me prometa que dejará inmediatamente de molestar a esa desdichada mujer.

Meneé la cabeza.

–Lamento ver una audiencia tan poco dispuesta, pero mi arte debe situarse en primer lugar.

–¿Es su última palabra?

–Lo es.

–Muy bien. Tendrá más noticias al respecto.

–Y mistress Tinkler-Moulke también las tendrá de esto –repliqué, blandiendo el banjo.

Pulsé el timbre.

–Jeeves –dije–, ¡enséñele la puerta a sir R. Glossop!

Confieso haberme sentido complacido con mi manera de comportarme durante aquel choque de voluntades. Como recordarán, hubo un tiempo en que la súbita aparición del viejo Glossop en mi sala de estar hubiera bastado para hacerme correr como un conejo en busca de refugio, pero desde aquel entonces yo me había endurecido y su visión ya no me llenaba de un terror indescriptible. Con una buena dosis de tranquila satisfacción interior, procedí a tocar La boda de la muñeca pintada, Cantando bajo la lluvia, Tres palabritas, Buenas noches, cariño, Mi desfile del amor, Ha llegado la primavera, ¿De quién eres tú la nena? y parte de Quiero un automóvil con una bocina que haga tut-tut, por el orden citado, y precisamente cuando me acercaba al final de esta última pieza sonó el teléfono.

Descolgué el instrumento y escuché. Y, mientras escuchaba, mi cara se endureció y adoptó una expresión severa.

–Muy bien, míster Manglehoffer –dije fríamente–. Puede usted informar a mistress Tinkler-Moulke y sus asociados de que opto por la segunda alternativa.

Toqué el timbre.

–Jeeves –dije–, se ha producido un pequeño conflicto.

–¿Sí, señor?

–La desavenencia está alzando su fea cabeza en Berkeley Mansions, W1. Observo, asimismo, una carencia de toma y daca y una ausencia de espíritu de buena vecindad. Acabo de hablar por teléfono con el gerente de este edificio y me ha comunicado un ultimátum. Dice que debo dejar de tocar el banjo o bien

largarme de este lugar.

–¿De veras, señor?

–Al parecer, han presentado sus quejas la honorable mistress TinklerMoulke, del C6; el teniente coronel J. J. Bustard, poseedor de la Cruz de Servicios Distinguidos, del B5, y sir Everard y lady Blennerhassett, del B7. Perfectamente. ¡Sea! No me importa. Nos libraremos definitivamente de esos Tinkler-Moulke, esos Bustard y esos Blennerhassett. Les dejo sin el menor pesar.

–¿Se propone mudarse, señor?

Enarqué las cejas.

–¿No imaginará, Jeeves, que haya podido considerar otra alternativa?

–Pero me temo que encontrará una hostilidad semejante en cualquier otro lugar, señor.

–No allí donde me dispongo a ir. Tengo la intención de retirarme a lo más profundo del país. En algún viejo rincón ignorado encontraré una casita y allí reanudaré mis estudios.

–¿Una casita, señor?

–Una casita, Jeeves. A ser posible, con el tejado cubierto de madreselva.

Momentos después se me hubiera podido derribar de un soplo. Hubo una breve pausa y a continuación Jeeves, al cual yo he criado en mi regazo, como si dijéramos, durante años y años y más años, emitió una especie de tosecilla y acto seguido brotaron de sus labios estas increíbles palabras:

–En este caso, siento decir que debo dejar su servicio.

Hubo un tenso silencio mientras yo le miraba fijamente.

–Jeeves –dije, y no sería exagerado describirme como estupefacto–, ¿le he oído bien?

–Sí, señor.

–¿De veras contempla la posibilidad de abandonar mi casa?

–Sólo con la mayor renuencia, señor. Pero si es su intención tocar ese instrumento en los angostos confines de una casita de campo...

Me enderecé.

–Ha dicho «ese instrumento», Jeeves. Y lo ha dicho con una voz espesa y desagradable. ¿Debo entender que le desagrada este banjo?

–Sí, señor.

–Bien lo ha soportado hasta ahora.

–No sin gran dificultad, señor.

–Pues permítame decirle que hombres mejores que usted han soportado cosas peores que un banjo. ¿Sabía que en cierta ocasión un búlgaro, un tal Elia Gospodinoff, tocó la gaita durante veinticuatro horas sin parar ni una sola vez? Así lo afirma Ripley en su Créalo o no.

–¿Sí, señor?

–Pues bien, ¿supone que el asistente personal de Gospodinoff se despidió? No me haga reír. En Bulgaria están hechos de una madera más recia. Estoy convencido de que respaldó a su joven amo desde el comienzo al final de su intento para batir el récord centroeuropeo, y no me cabe la menor duda de que le asistió a menudo con bolsas de hielo y otros medios restauradores. Sea búlgaro, Jeeves.

–No, señor. Mucho me temo que no puedo abandonar mi posición.

–Pero si acaba de decirme que abandona su posición.

–Debería haber dicho que no puedo alterar la decisión que he tomado.

–Ah.

Reflexioné unos momentos.

–¿Está decidido, Jeeves?

–Sí, señor.

–¿Lo ha meditado todo cuidadosamente, sopesando los pros y los contras, equilibrando unas cosas con otras?

–Sí, señor.

–¿Y está totalmente resuelto?

–Sí, señor. Si realmente tiene la intención de seguir tocando ese instrumento, no me queda más opción que la de marcharme.

Hirvió en mí la sangre de los Wooster. Las circunstancias de los últimos años se han desarrollado de tal manera que han colocado a ese individuo en un podio que cabría describir como el de un Mussolini doméstico, pero, olvidando este aspecto y ateniéndonos simplemente a los hechos escuetos, ¿qué es Jeeves, después de todo? Un criado. Un asistente asalariado. Y uno no puede someterse –¿es someterse? Sé que empieza con «s»– una y otra vez a los antojos de su sirviente. Llega un momento en que uno debe recordar que sus antepasados hicieron un buen papel en la batalla de Crécy y supieron imponerse. Este momento acababa de llegar.

–Pues entonces ¡márchese, hombre!

–Perfectamente, señor.

## 2. CHUFFY

Confieso que mi talante era de lo más sombrío cuando recogí el bastón, el sombrero y los guantes de color limón, cosa de media hora más tarde, y salí a recorrer las calles de Londres. Pero aunque no me atrevía ni a pensar en lo que sería mi existencia sin Jeeves, no tenía ni la menor intención de ceder. Al doblar la esquina de Piccadilly, yo era un objeto de fuego y de helado acero, y creo que pocos momentos después hubiera empezado a mascullar, o tal vez incluso a proferir a pleno pulmón, el viejo grito de combate de los Wooster, de no haber observado en el horizonte una forma familiar.

Esta forma familiar era, nada menos, que la de mi amigo de la infancia el quinto barón Chuffnell, el fulano, si lo recuerdan, cuya tía Myrtle había visto yo la noche antes codeándose con el infernal Glossop.

Verle me recordó que yo iba en busca de una casita de campo y que allí tenía precisamente al hombre capaz de suministrármela.

No sé si les he hablado alguna vez de Chuffy. En caso afirmativo, no me dejen continuar. Es un tipo al que he tratado más o menos durante toda mi vida, ya que él y yo coincidimos en la escuela privada, en Eton y en Oxford. Sin embargo, hoy en día nos vemos poquísimo, ya que él pasa la mayor parte de su tiempo en Chuffnell Regis, en la costa de Somersetshire, donde es propietario de un caserón enorme, con unas ciento cincuenta habitaciones y varios kilómetros de terreno ondulante destinado a parque. No obstante, que nadie, ante esta explicación, se quede con la impresión de que Chuffy es uno de mis amigos más opulentos. En lo que se refiere al bolsillo, está más que apurado, pobre chico, como la mayoría de los que son propietarios de tierras, y sólo vive en Chuffnell Hall porque allí se ha quedado varado y no puede permitirse el vivir en cualquier otro lugar. Si alguien se dirigiera a él y le ofreciera comprar la finca, le besaría en ambas mejillas, pero ¿quién quiere comprar una casa de ese tamaño en los tiempos actuales? Ni siquiera puede alquilarla y, por consiguiente, pasa allí la mayor parte del año sin nadie con quien hablar, excepto el médico y el párroco locales, su tía Myrtle y el hijo de ésta, Seabury, un chicuelo de doce años. Los dos últimos viven en la Dower House, en el parque. Una existencia más bien mohosa para alguien que, en la universidad, ofrecía la brillante promesa de ser

uno de los que «llegarían».

Chuffy también es el dueño del pueblecillo de Chuffnell Regis, cosa que tampoco le representa un gran provecho. Quiero decir con ello que los impuestos, los gastos de reparación y qué sé yo cuántas cosas más casi equivalen a lo que consigue en concepto de alquileres, con lo que el negocio se salda más o menos con un cero. Sin embargo, él es el dueño y, como tal, sin duda había de tener docenas de casitas de campo a su disposición y probablemente le encantaría la oportunidad de alquilarle una de ellas a un inquilino tan fiable como yo.

–Tú eres el hombre al que yo deseaba ver, Chuffy –exclamé por consiguiente después de nuestros saludos iniciales–. Ven inmediatamente conmigo al Club Los Zánganos y comeremos un bocado. Puedo proponerte un pequeño negocio.

Meneó la cabeza con cierto pesar, según me pareció.

–Me encantaría, Bertie, pero dentro de cinco minutos tengo que estar en el Carlton. Almuerzo allí con un individuo.

–Déjalo plantado.

–No puedo hacerlo.

–Pues entonces tráelo y comeremos los tres.

Chuffy sonrió débilmente.

–No creo que te agradase, Bertie. Se trata de sir Roderick Glossop.

Le miré con ojos desorbitados. Siempre causa una gran impresión acabar de separarse del Fulano A, encontrar al Fulano B y oír que el Fulano B introduce súbitamente al Fulano A en la conversación.

–¿Sir Roderick Glossop?

–Sí.

–Pero yo no sabía que le conocías...

–No le conozco muy bien. Sólo le he visto un par de veces. Es un gran amigo de mi tía Myrtle.

–¡Ah! Eso explica que anoche la viera cenando con él.

–Pues si vienes al Carlton, hoy me verás a mí almorzando con él.

–¿Pero, Chuffy, amigo mío, es eso prudente? ¿Es acertado? Me consta que es una prueba terrible partir el pan con ese hombre. Yo lo he hecho.

–No lo dudo, pero tengo que pasar por ello. Ayer recibí un telegrama urgente suyo, en el que me decía que fuera a verle sin falta, y tengo la esperanza de que quiera alquilar el Hall para el verano o conozca a alguien que lo haga. No me hubiera enviado un telegrama urgente de no haber algo de por medio. No, tengo que pasar por el aro, Bertie, pero te diré lo que voy a hacer. Cenaré contigo mañana por la noche.

La propuesta me hubiera entusiasmado, desde luego, de haber sido las circunstancias diferentes, pero me vi obligado a rehusar. Me había trazado mis planes y tomado mis medidas, y nada podía alterarse.

–Lo siento, Chuffy. Mañana abandono Londres.

–¿Sí?

–Sí. La administración del edificio donde resido me ha ofrecido la elección entre largarme de inmediato o dejar de tocar el banjo. He optado por lo primero. Voy a alquilar una casita de campo en algún lugar, y a esto me refería cuando he dicho que podía ofrecerte un negocio. ¿Puedes encontrarme una casita de campo?

–Puedo dejarte elegir entre media docena.

–Ha de ser un lugar tranquilo y aislado. Tocaré el banjo muchas horas.

–Tengo la casita que te conviene. Cerca del mar y sin un solo vecino en un par de kilómetros, excepto el sargento de policía Voules. Y él toca el armonio. ¡Podríais hacer dúos!

–¡Espléndido!

–Y este año hay allí una troupe de juglares negros. Podrás estudiar su técnica.

–Chuffy, esto me suena a música celestial. Y por una vez tú y yo podremos vernos con cierta frecuencia.

–No me vengas a tocar tu maldito banjo en el Hall.

–No, hombre, pero algunos días me dejaré caer por allí para almorzar contigo.

–Gracias.

–De nada.

–A propósito, ¿qué dice Jeeves al respecto? Nunca hubiera imaginado que le gustara dejar Londres.

Me envaré ligeramente.

–Jeeves nada tiene que decir sobre esta cuestión o cualquier otra. Hemos terminado.

–¿Cómo?

Yo ya había previsto que la noticia le dejaría anonadado.

–Sí –dije–, a partir de ahora Jeeves tomará un camino y yo tomaré otro. Tuvo la inmortal desfachatez de decirme que si yo no abandonaba mi banjo, él dimitiría. Y yo acepté su propuesta.

–¿De veras le has dejado marchar?

–Así es.

–¡Vaya, vaya, vaya!

Moví negligentemente una mano.

–Estas cosas ocurren –dije–. No fingiré estar contento, claro, pero sé digerir el mal trago. Mi amor propio no me permitiría aceptar sus condiciones. A un Wooster no se le puede acosar en exceso. «Muy bien, Jeeves –le dije–. Sea así, pues. Seguiré los pasos de su futura carrera con un interés considerable.» Y esto

fue todo.

Seguimos caminando un rato en silencio.

–Conque has prescindido de Jeeves, ¿eh? –murmuró Chuffy, pensativo–. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿Te importa que pase un momento por allí para despedirme de él?

–En absoluto.

–Será un gesto generoso.

–Mucho.

–Siempre he admirado su inteligencia.

–Y yo también. Nadie más que yo.

–Pasaré por tu apartamento después de comer.

–Tienes luz verde –contesté, y mi actitud era alegre e incluso despreocupada. Esta separación con Jeeves me había hecho sentir un poco como si acabara de tropezar con una bomba y estuviera tratando de reunir de nuevo mis fragmentos en un mundo de lo más sombrío, pero los Wooster sabemos hacer frente a las contrariedades con semblante impasible.

Almorcé en Los Zánganos y pasé la tarde allí. Tenía que pensar en muchas cosas. La noticia de Chuffy, en el sentido de que una troupe de juglares negros actuaba en las arenas de Chuffnell Regis, había inclinado decididamente la balanza a favor de las ventajas del lugar. El hecho de que yo pudiera reunirme con esos expertos y acaso aprovechar un par de enseñanzas de su banjista en cuanto a digitación y ejecución, me permitía soportar con fortaleza la perspectiva de encontrarme en un lugar donde probablemente tendría que toparme frecuentemente con lady Chuffnell y su hijo Seabury. A menudo he pensado en lo duro que debe de ser para el pobre Chuffy tener constantemente cerca a este par de pústulas. Y al decir esto pienso sobre todo en el pequeño Seabury, una criatura que hubiera debido ser estrangulada al nacer. No tengo pruebas, pero siempre he estado convencido de que fue él quien metió la lagartija en mi cama la última vez que pernocté en el Hall.

Pero, como ya he dicho, estaba dispuesto a aceptar la proximidad de esa pareja a cambio del privilegio de estar en íntima comunicación con un banjista experto, y la mayoría de esos músicos negros saben pulsar las cuerdas como nadie. Sin embargo, no era este pensamiento el que, al volver a mi apartamento a fin de vestirme para cenar, me llenaba de una extraña melancolía.

No. Los Wooster sabemos ser sinceros con nosotros mismos. Lo que me estaba entristeciendo era pensar que Jeeves estaba a punto de salir de mi vida. Jamás había existido nadie como Jeeves, medité mientras atacaba sombríamente la sopa y el pescado, y nunca lo habría. Me invadió una oleada de un sentimiento no exento de virilidad, y fui consciente de una aguda punzada. Y cuando mi aseo quedó completado y me planté ante el espejo, examinando aquella americana perfectamente planchada y la soberbia raya de los pantalones, tomé una rápida decisión.

Me dirigí repentinamente a la sala de estar y apoyé el dedo en el timbre.

–Jeeves –dije–. Una palabra.

–¿Sí, señor?

–Jeeves –dije–, se trata de nuestra conversación de esta mañana.

–¿Señor?

–Jeeves –dije–, he estado reflexionando al respecto y he llegado a la conclusión de que los dos nos hemos dejado llevar por el apresuramiento. Vamos a olvidar lo pasado. Puede usted quedarse.

–Muy amable por su parte, señor, pero... ¿todavía se propone continuar el estudio de aquel instrumento?

Contesté con suma frialdad:

–Sí, Jeeves, así es.

–En este caso, me temo, señor, que...

Era suficiente. Asentí con altanería.

–Muy bien, Jeeves. Esto es todo. Le daré, desde luego, una excelente recomendación.

–Gracias, señor, pero no será necesario. Esta tarde he aceptado prestar mis servicios a lord Chuffnell.

Tuve un sobresalto.

–¿Acaso Chuffy se ha metido aquí esta tarde y le ha enrolado?

–Sí, señor. Dentro de una semana me traslado con él a Chuffnell Regis.

–¿Sí, eh? Pues bien, tal vez le interese saber que mañana yo me instalo en Chuffnell Regis.

–¿Sí, señor?

–Sí. He alquilado una casita allí. Nos encontramos en Filipos, Jeeves.

–Sí, señor.

–¿No estaré pensando en otro lugar?

–No, señor, Filipos es lo correcto.

–Muy bien, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Ésta es, pues, la secuencia de acontecimientos que concluyen la mañana del quince de julio, con Bertram Wooster de pie ante la puerta de Seaview Cottage, Chuffnell Regis, contemplando el paisaje ante él a través del humo aromático de un meditabundo cigarrillo.

## 3. REGRESA EL DISTANTE PASADO

Sepan que, cuanto más vivo, más pienso que el gran aliciente en la vida consiste en estar totalmente seguro de lo que uno quiere y no dejarse despistar por amigotes que se creen mejor enterados que uno mismo. Cuando hube anunciado en el Club Los Zánganos, mi último día en la metrópoli, que me retiraba a este lugar aislado durante un período indeterminado, prácticamente todos me rogaron, cabría decir que con lágrimas en los ojos, que ni soñara en cometer semejante estupidez. Me aburriría mortalmente, dijeron.

Pero había actuado de acuerdo con mi plan y ahí estaba yo, en la quinta mañana de mi estancia, absolutamente feliz y sin el menor asomo de remordimiento. El sol brillaba y el cielo estaba azul. Y Londres parecía encontrarse a kilómetros de distancia..., cosa que así era, desde luego. No exageraría si dijera que una paz inmensa envolvía mi alma.

Una cosa que nunca sé cuando narro una historia es qué cantidad de paisaje debo meterle. Lo he preguntado a un par de escribanos conocidos míos, y sus opiniones difieren. Un tipo al que me presentaron en un cóctel ofrecido en Bloomsbury me dijo que él era partidario de la descripción de fregaderos de cocina, dormitorios malolientes y miseria en general, pero no de las bellezas de la naturaleza. En cambio, Freddie Oaker, miembro de Los Zánganos, que escribe cuentos de amores puros para los semanarios, bajo el seudónimo de Alicia Seymour, me dijo en una ocasión que había calculado que sólo los prados floridos en primavera le representaban al menos un centenar de libras al año.

Personalmente, siempre he prescindido de las largas descripciones del terreno, por lo que pienso ser breve. De pie allí, aquella mañana, mis ojos se posaban en lo siguiente. Había un bonito jardincillo que contenía un arbusto, un árbol, un par de parterres con flores, un estanque con nenúfares y una estatua de un niño desnudo con un vientre bastante respetable, y a la derecha un seto. Al otro lado del seto, Brinkley, mi nuevo criado, charlaba con nuestro vecino, el sargento de policía Voules, que al parecer se había asomado con la intención de vender huevos.

Directamente delante, había otro seto con la puerta del cercado del jardín, y más allá de éste acechaban las plácidas aguas del puerto, muy parecido a cualquier

otro puerto, con la excepción de que, en algún momento de la noche, había arribado un yate grande y ruidoso y había echado el ancla en él. Y, entre todos los objetos bajo mi inmediata inspección, observé ese yate con el mayor placer y plena aprobación. De color blanco y con un tamaño parecido al de un pequeño transatlántico, prestaba un tono de calidad al litoral de Chuffnell Regis.

Pues bien, tal era la perspectiva reinante. Añádase un gato que olfateaba un caracol en el camino y a mí ante la puerta fumando un pitillo, y se tendrá el cuadro completo.

No, me equivoco. No del todo completo, porque había dejado mi viejo biplaza en la carretera y veía su parte superior. Y en aquel momento la quietud estival fue rota por el clamor de su bocina, y yo me precipité a toda velocidad hacia la entrada de la cerca, temiendo que algún demonio con forma humana estuviera arañando la pintura. Al llegar a destino, encontré un niño en el asiento del conductor, apretando pensativo la bocina, y me disponía a darle un buen coscorrón cuando reconocí a Seabury, el primo de Chuffy, y frené mi mano.

–Hola –me dijo.

–¿Qué hay? –respondí.

Mi actitud era reservada, ya que el recuerdo de aquella lagartija en mi cama todavía me escocía. No sé si ustedes se han deslizado alguna vez entre las sábanas, a punto para gozar del sueño, y se han encontrado con una imprevista lagartija trepando por la pernera izquierda del pijama, pero es una experiencia que deja su sello en cualquier hombre. Y si bien, como ya he dicho, yo no tenía ninguna prueba legal de que aquel arrapiezo hubiera sido el autor del ultraje, alimentaba unas sospechas que lindaban con la certeza. Por consiguiente, no sólo le hablé con acusada frialdad, sino que además le obsequié con una mirada que era pura escarcha.

No pareció hacerle mella, pues siguió contemplándome con aquella expresión altanera que le había valido tantas antipatías entre las personas honradas. Era un chicuelo más bien pequeñajo y pecoso, con unas orejas como aeroplanos, y tenía una manera de mirarle a uno como si uno fuese algo con lo que se hubiera topado en el curso de una visita a los barrios bajos. En mi Galería de Villanos para niños repulsivos, supongo que se hubiera colocado en tercer lugar, no tan alto como el hijo de mi tía Agatha, el jovencito Thos, o el vástago de míster

Blumenfeld, pero muy por delante del pequeño Sebastian Moon, el bonzo de mi tía Dahlia, y otros ejemplares.

Tras mirarme fijamente por unos momentos, como si pensara que yo había cambiado a peor desde la última vez que me vio, hizo uso de la palabra.

–Has venido a almorzar.

–¿O sea que Chuffy ya ha regresado?

–Sí.

Era evidente que, si Chuffy había regresado, yo estaba a su disposición. Por encima del seto le grité a Brinkley que estaría ausente en la comida del mediodía, subí al coche y lo puse en marcha.

–¿Y cuándo ha vuelto?

–Anoche.

–¿Almorzaremos solos?

–No.

–¿Quién vendrá?

–Mi madre y yo y unas cuantas personas.

–¿Un convite? Será mejor que regrese y me ponga otro traje.

–No.

–¿Crees que éste está bien?

–No, no es eso. Creo que es horrible. Pero no hay tiempo.

Zanjado este punto, se sumió en el silencio durante un rato. Un muchacho propenso a la meditación. Salió de ella para ofrecerme una nota de información local.

–Mamá y yo volvemos a vivir en el Hall.

–¿Qué?

–Sí. En la Dower House huele mal.

–¿Aunque tú te hayas marchado? –pregunté con agudeza.

No le pareció divertido.

–No es necesario que te hagas el gracioso. Si realmente quieres saberlo, supongo que se trata de mis ratones.

–¿Tus qué?

–He empezado a criar ratones y perritos. Y, como es natural, huelen un poco –añadió con desapasionamiento–, pero mamá cree que son los desagües. ¿Puedes darme cinco chelines?

Sencillamente, no me era posible seguir el ritmo de sus pensamientos. Las oscilaciones en su conversación me causaban aquella sensación que a veces tiene uno en sueños.

–¿Cinco chelines?

–Cinco chelines.

–¿Qué quieres decir con eso de cinco chelines?

–Quiero decir cinco chelines.

–Ya lo veo. Pero lo que quiero saber es cómo nos hemos metido de pronto en este tema. Estábamos hablando de ratones y tú vas e introduces esta variante de los cinco chelines.

–Quiero cinco chelines.

–Admitiendo la posibilidad de que quieras esta suma, ¿por qué diablos tendría que dártelos yo?

–Para protección.

–¿Cómo?

–Protección.

–¿Contra qué?

–Sólo protección.

–Pues a mí no me sacarás tú cinco chelines.

–Bueno, está bien.

Guardó silencio unos instantes, hasta que dijo con tono soñador:

–A los tipos que no sueltan dinero para su protección les ocurren cosas...

Y con esta nota de misterio concluyó la conversación, pues ya avanzábamos por el camino de entrada del Hall y en la escalinata vi a Chuffy que nos esperaba. Paré el coche y me apeé.

–Hola, Bertie –dijo Chuffy.

–Bienvenido a Chuffnell Hall –repliqué. Miré a mi alrededor, pero el crío había desaparecido–. Oye, Chuffy –dije–, ¿qué me dices de ese repelente Seabury?

–¿Qué quieres que te diga?

–Es que si me lo preguntan, yo diría que anda algo mal de la azotea. Acaba de intentar darme un sablazo de cinco chelines, y no sé qué hablaba de una protección.

Chuffy, bronceado y rebosante de salud, se echó a reír de buena gana.

–¡Ah, eso...! Es su último invento.

–¿Qué quieres decir?

–Ha visto películas de gángsters.

Se me abrieron los ojos.

–¿Y se ha convertido en un extorsionista?

–Sí. La cosa es divertida. Va por ahí reuniendo dinero para protección de unos y otros, según sean sus medios. Y se saca una buena tajada con ello. Un chico muy emprendedor. En tu lugar, yo pagaría. Yo lo he hecho.

Me sentí escandalizado. No tanto por la información de que aquel crío infecto hubiera aportado esta nueva prueba de una mentalidad enferma, como por el hecho de que Chuffy exhibiera esa actitud de divertida tolerancia. Le miré atentamente. Desde el primer momento, esa mañana me había extrañado su talante. Generalmente, cuando uno se encuentra con él, está meditando sobre su situación financiera y lo más corriente es que salude con ojos carentes de brillo y un ceño más que fruncido. Así le había visto yo cinco días antes en Londres. ¿Cuál era, pues, la causa de que se mostrase tan radiante, e incluso llegara al extremo de hablar del pequeño Seabury con lo que se aproximaba peligrosamente a un afecto indulgente? Me olí un misterio y decidí aplicar la prueba del ácido.

–¿Cómo está tu tía Myrtle?

–Muy bien.

–He oído decir que ahora vive en el Hall.

–Sí.

–¿Por tiempo indefinido?

–Así es.

Fue suficiente.

Debo mencionar aquí que una de las cosas que siempre le han endurecido tanto la vida al pobre Chuffy es la actitud de su tía respecto a él. Sepan que Seabury no era el hijo del difunto tío de Chuffy, el cuarto barón, sino tan sólo algo que lady Chuffnell había recogido en route en el transcurso de un anterior matrimonio, y por consiguiente no quedaba comprendido en la rúbrica de lo que la guía de la nobleza denomina «progenie». Y en cuestiones de sucesión, si uno no es progenie no tiene la menor esperanza. Por lo tanto, con el cuarto barón en el otro barrio, era Chuffy quien se hacía con el título y las propiedades. Todo perfectamente claro y manifiesto, desde luego, pero no es posible conseguir que las mujeres vean así estas cosas y la actitud de la viuda, como a menudo me ha

contado Chuffy, era consistentemente desagradable. Solía estrechar a Seabury entre sus brazos y mirar con reproche a Chuffy, como si éste hubiera cometido un atropello contra madre e hijo. En realidad no decía ni una palabra, ¿entienden?, pero toda su postura era la de la mujer que considera haber sido víctima de una mala pasada.

Como resultado de ello, la viuda lady Chuffnell no era una de las amistades más apreciadas por Chuffy. Sus relaciones siempre habían sido decididamente tensas, y diré además que generalmente, cuando alguien menciona el nombre de ella, aparece una expresión dolorosa en la agraciada cara de Chuffy y éste parpadea un poco, como si se le hubiera hurgado en una vieja herida.

Pero en ese momento incluso sonreía. Ni siquiera mi observación acerca de que ella viviera en el Hall le había perturbado. Obviamente, había allí algún misterio. Algo le ocultaban a Bertram.

Le abordé sin rodeos.

–Chuffy –le dije–, ¿qué significa esto?

–¿Qué significa el qué?

–Esta jovialidad disimulada. A mí no puedes engañarme. No al viejo Wooster Ojo de Halcón. Suéltalo, muchacho, algo se está cociendo. ¿A qué viene toda esa satisfacción?

Titubeó y por unos momentos me miró con los ojos entrecerrados.

–¿Sabes guardar un secreto?

–No.

–Bueno, poco importa, puesto que la noticia saldrá en el Morning Post dentro de un par de días. Bertie –dijo Chuffy a media voz–, ¿sabes lo que ha ocurrido? Pronto me libraré de la tía Myrtle.

–¿Quieres decir que alguien quiere casarse con ella?

–Exactamente.

–¿Y quién es ese imbécil?

–Tu viejo amigo sir Roderick Glossop.

Quedé estupefacto.

–¿Qué?

–También yo me llevé una sorpresa.

–Pero el viejo Glossop no puede pensar en matrimonio.

–¿Y por qué no? Lleva más de dos años de viudez.

–Bueno, admito que es posible montarle un arreglo de esa clase, pero lo que quiero decir es que no parece llevarse bien con flores de azahar y pasteles nupciales.

–Pues ya lo ves.

–¡Me dejas patitieso!

–Sí.

–Pero hay una cosa, Chuffy, amigo mío. Eso significa que el pequeño Seabury tendrá un padrastro a prueba de bomba y el viejo Glossop la clase de hijastro que yo hubiera podido desearle. Ambos llevan años pidiendo que les ocurra algo así. Pero lo que me asombra es que haya una mujer lo bastante loca como para unir su vida a la de él. ¡Nuestras Humildes Heroínas!

–Yo no adjudicaría todo el heroísmo a un solo bando. Más o menos mitad y mitad, diría yo. Hay mucho material bueno en ese Glossop, Bertie.

Me negué a aceptar semejante afirmación. Me parecía un verdadero disparate.

–¿No estarás exagerando, viejo? Admito que se te lleva a tu tía Myrtle...

–Y a Seabury.

–Y a Seabury, es verdad. Pero, aun así, ¿dirías que hay realmente algo bueno en esa vieja plaga? Recuerda las historias que sobre él te he contado de vez en

cuando. Lo muestran bajo una luz más que dudosa.

–Sí, pero de todos modos a mí me está haciendo mucho bien. ¿Sabes por qué quería verme con tanta urgencia aquel día en Londres?

–¿Por qué?

–Conoce a un estadounidense al que cree poder venderle el Hall.

–¿De veras?

–Sí. Y si todo sale bien, por fin podré librarme de este maldito caserón y tener algún dinero en mi bolsillo. Y todo se lo deberé al tío Roderick, cómo me agrada pensar en él. Por consiguiente, Bertie, te ruego que te abstengas de hacer observaciones desagradables a sus expensas y, en particular, de ponerlo al nivel del pequeño Seabury. Por amistad hacia mí, has de aprender a querer al tío Roddie.

Meneé la cabeza.

–No, Chuffy. Mucho me temo que no pueda abandonar mi decisión.

–Pues entonces vete al diablo –dijo Chuffy amablemente–. Por mi parte, yo le miro como un salvavidas.

–Pero ¿estás seguro de que esto se llevará a término? ¿Por qué puede querer ese fulano un lugar del tamaño del Hall?

–Este aspecto no puede ser más simple. Es un gran amigo de Glossop y la idea consiste en que él pondrá el dinero y dejará que Glossop dirija la casa como una especie de club de campo para sus enfermos de los nervios.

–¿Y por qué el viejo Glossop no te lo alquila simplemente a ti?

–Mi querido asno, ¿en qué estado crees tú que se encuentra el lugar en estos días? Hablas como si fuera posible abrirlo y entrar directamente en él. La mayoría de las habitaciones llevan cuarenta años sin ser utilizadas. Hay que gastar al menos quince mil libras en reparaciones. O más. Y además está el nuevo mobiliario, accesorios, etcétera. Si no se lo queda un millonario como ese tipo, tendré esto entre mis manos el resto de mi vida.

–¿Entonces es un millonario?

–Sí, por esta parte nada hay que temer. Lo que me preocupa es conseguir que me firme sobre la línea de puntos. Bien, hoy viene a almorzar, y será un almuerzo como es debido. Supongo que se ablandará convenientemente después de una buena comida, ¿no crees?

–A no ser que sufra dispepsia. Muchos millonarios estadounidenses la padecen. Ese hombre puede ser uno de aquellos individuos que sólo consiguen retener en el estómago un vaso de leche y una galleta para perros.

Chuffy se rió jovialmente.

–No será tanto. No con el amigo Stocker... –De pronto empezó a hacer cabriolas como una oveja en primavera–. ¡Hola, hola, hola!

Un coche se había detenido ante la escalinata y estaba descargando sus pasajeros.

El Pasajero A era J. Washburn Stoker. El Pasajero B era su hija, Pauline. El Pasajero C era su hijo, el joven Dwight. Y el Pasajero D era sir Roderick Glossop.

## 4. UN TRANCE APURADO PARA PAULINE STOKER

Debo confesar que me sentí literalmente anonadado. Se trataba del golpe más duro que había encajado en muchos años. Haberme encontrado en Londres a ese segmento del pasado ya muerto hubiera sido bastante funesto, pero toparme con la pandilla ahí, así por las buenas, y con la perspectiva de un inacabable almuerzo por añadidura, era muchísimo peor. Me comporté con toda la gentileza cortesana que fui capaz de reunir, pero el apuro me había enrojecido la faz y jadeaba más o menos en busca de aire.

Chuffy se comportó como el anfitrión cordial.

–¡Hola, hola, hola! ¡Aquí están todos ustedes! ¿Cómo está usted, míster Stoker? ¿Cómo está usted, sir Roderick? Hola, Dwight. Ejem..., buenos días, miss Stoker. Permítanme que les presente a mi amigo Bertie Wooster. Míster Stoker, mi amigo Bertie Wooster. Dwight, mi amigo Bertie Wooster. Miss Stoker, mi amigo Bertie Wooster. Sir Roderick Glossop, mi amigo Bertie... Pero creo que ustedes ya se conocen, ¿verdad?

Yo me encontraba todavía bajo los efectos del éter. Todo el mundo estará de acuerdo conmigo en que todo aquello era más que suficiente para trastornar a cualquier hombre. Eché un vistazo a aquella chusma. Stoker me estaba mirando con malos ojos. Glossop me estaba mirando con malos ojos. El joven Dwight me estaba mirando fijamente. Tan sólo Pauline daba la impresión de no encontrar la menor violencia en la situación. Estaba tan fresca como una ostra en su media concha, y tan risueña como una brisa primaveral. Era como si acabáramos de encontrarnos previa cita, y allí donde Bertram sólo pudo emitir un tímido «Hola», ella se adelantó, pletórica de oratoria, y me estrechó calurosamente la mano.

–¡Vaya, vaya, vaya! ¡El viejo coronel Wooster en persona! ¡Es extraordinario encontrarte aquí, Bertie! Llamé a tu casa de Londres, pero me dijeron que te habías marchado.

–Sí. Para venir aquí.

–Ya lo veo, rayito de sol. Pues bien, caballero, esto sí que me ha alegrado el día.

Tienes muy buen aspecto, Bertie. ¿No crees que tiene un aspecto espléndido, papá?

El viejo Stoker parecía escasamente dispuesto a erigirse en juez de la belleza masculina. Hizo un ruido que recordaba un cerdo en el acto de tragarse media col, pero se negó a comprometerse más allá de este límite. Dwight, que se había vuelto púrpura, adquiría entonces una tonalidad más clara, pero todavía conservaba el aspecto del hombre cuyos mejores sentimientos acaban de soportar un considerable vapuleo.

Pero en aquel momento salió de la casa la viuda de lord Chuffnell. Era una de aquellas mujeres poderosas, con todo el aspecto de un perrero mayor del sexo femenino, y supo manejar a los allí reunidos con una tranquila eficiencia. Antes de saber dónde me encontraba, toda la pandilla había entrado en la casa y yo me había quedado a solas con Chuffy. Éste me miraba de una manera extraña y se mordisqueaba el labio inferior.

–No sabía que conocieras a esta gente, Bertie.

–Les conocí en Nueva York.

–¿Tuviste allí algún trato con miss Stoker?

–Un poco.

–¿Un poco?

–Más bien poco.

–Su manera de saludarte me ha parecido muy afectuosa.

–Qué va. Lo normal.

–Yo hubiera imaginado que erais grandes amigos.

–Nada de eso. Sólo una buena camaradería. Ella es así con todo el mundo.

–¿Sí?

–Ya lo creo. Un corazón así de grande, ¿sabes?

–¿Verdad que tiene un carácter espléndido, impulsivo, generoso, espontáneo, genuino?

–Absolutamente.

–Hermosa muchacha, Bertie.

–Muchísimo.

–Y encantadora.

–No puede serlo más.

–De hecho, atractiva.

–Sin la menor duda.

–He salido a menudo con ella en Londres.

–¿Sí?

–Fuimos juntos al zoo y al museo de Madame Tussaud.

–Comprendo. ¿Y qué le parece a ella eso de comprar la casa?

–Es totalmente partidaria de ello.

–Y dime, muchacho –inquirí, con el deseo de cambiar de tema–, ¿qué tal están las perspectivas?

Exhibió el ceño de los Chuffnell.

–Unas veces buenas. Otras veces no tanto.

–Ya veo.

–Inciertas.

–Comprendo.

–Ese Stoker me pone nervioso. En general se muestra amable, pero no puedo

evitar el pensar que en cualquier momento puede echarlo todo a rodar. ¿No puedes decirme si hay algún tema especial que convenga evitar al hablar con él?

–¿Tema especial?

–Bueno, tú ya sabes lo que ocurre con un desconocido. Dices que hace muy buen día y él palidece y se le tensan los nervios, porque acabas de recordarle que en un buen día como éste su esposa se fugó con el chófer.

Reflexioné.

–En tu lugar –aconsejé–, yo no hurgaría mucho en el tema B. Wooster. Quiero decir que si pensabas dedicarte a entonar mis alabanzas...

–No pensaba hacerlo.

–Pues no lo hagas. No le gusto.

–¿Y por qué no?

–Tan sólo una de esas antipatías irrazonables. Y estaba pensando, amigo mío, que si no te importa sería mejor que yo no me reuniera con el gentío en la mesa de almuerzo. Puedes decirle a tu tía que me ha aquejado una jaqueca.

–Claro, si tu visión ha de enfurecerle... ¿Y a qué se debe que te aborrezca tanto?

–No lo sé.

–Bien, celebro que me lo hayas dicho. Será mejor que desaparezcas del mapa.

–Lo haré.

–Y supongo que yo debería reunirme con los demás...

Entró y yo me dispuse a pasear por el camino de gravilla, contento de estar solo. Deseaba meditar sobre la cuestión de su actitud respecto a Pauline Stoker.

No sé si les importará retroceder un poco y echar un vistazo mental a aquella parte de nuestra conversación que tuvo que ver con la joven.

¿Les choca algo en ella?

¿No?

Está bien, mas para conseguir el pleno significado, claro está, deberían ustedes haber estado allí y haberle observado. Soy hombre capaz de leer las caras y Chuffy me había parecido altamente sugestivo. Al hablar de Pauline, no sólo su expresión había sido la de una rana disecada con un toque del Despertar del Alma, sino que además su color había adquirido un profundo tono carmesí. Le había temblado la punta de la nariz y se había registrado embarazo en sus maneras. Como resultado, yo había quedado firmemente convencido de que mi antiguo compañero de escuela había sido víctima del flechazo. Un trabajo rápido, desde luego, teniendo en cuenta que sólo hacía unos pocos días que conocía al objeto de su adoración, pero Chuffy es así. Hombre de impulsos y de sangre caliente. Encuéntresele la chica y él hará el resto.

Pues bien, si así era, a mí me parecía muy bien. Ni sospecha de celos en Bertram. Por lo que a mí se refería, Pauline Stoker podía echarle el anzuelo a quien le gustara y conseguiría un sincero «¡Adelante!» por parte del pretendiente descartado. Ya se sabe lo que ocurre cuando existe una tranquila reflexión sobre estas cuestiones. Durante algún tiempo el corazón destrozado, y después, repentinamente, la saludable convicción de que uno se ha zafado alegremente del asunto. Todavía veía que Pauline era una de las chicas más hermosas que yo hubiera conocido, pero del anterior fuego que me había movido a poner mi corazón a sus pies, aquella noche en el Plaza, no quedaba ni el menor vestigio.

Al analizar esto, si analizar es la palabra que busco, llego a la conclusión de que este cambio de punto de vista se debía al hecho de que ella fuese tan intensamente dinámica. Aunque era indiscutiblemente un bombón, Pauline Stoker tenía el grave defecto de ser una de aquellas jóvenes que se empeñan en que uno nade con ellas un par de kilómetros antes del desayuno, y que le desafían a jugar cinco sets de tenis justo cuando uno trata de conciliar un sueñecillo después de almorzar. Y entonces, una vez que se han abierto mis ojos, veía que lo exigido por mí para desempeñar el papel de esposa de Bertram Wooster era algo más semejante al modelo de Janet Gaynor.

Pero en el caso de Chuffy estas objeciones se desplomaban una tras otra. Téngase en cuenta que él también se inclina muchísimo en favor de lo dinámico. Monta a caballo, nada, dispara, persigue zorros profiriendo gritos estentóreos, y en general arma alboroto por doquier. Él y esa P. Stoker formarían la pareja ideal, y pensé que si algo podía hacer yo para facilitarles las cosas, lo haría sin el

menor reparo.

Por consiguiente, cuando en aquel momento vi a Pauline salir de la casa y lanzarse hacia mí, obviamente con la intención de cambiar impresiones y rememorar viejos momentos, no titubeé y la saludé con un cordial «¿Qué tal?», al tiempo que le permitía conducirme hacia el amparo de un sendero que atravesaba los macizos de rododendros.

Todo esto ha de demostrar hasta dónde llega un Wooster cuando se trata de ayudar a un amigo, porque lo último que en realidad deseaba yo era encontrarme a solas con aquella jovencita. El primer impacto producido al encontrarme con ella ya se había disipado, pero todavía distaba de sentirme despreocupado ante la perspectiva de una charla de corazón a corazón. Puesto que rompimos nuestra relación por correo y la última vez que nos habíamos visto todavía éramos una pareja de novios, no estaba yo muy seguro acerca de cuál era la nota más acertada que convenía tocar.

No obstante, pensar en la posibilidad de hablar en favor del bueno de Chuffy me dio arrestos para afrontar la prueba y, tras instalarnos en un banco rústico, procedimos a iniciar el orden del día.

–Ha sido verdaderamente extraordinario encontrarte aquí, Bertie –comenzó–. ¿Qué estás haciendo por estos andurriales?

–Observo un retiro temporal –repliqué, contento al comprobar que la conversación se iniciaba con lo que podríamos calificar de nota no emocional–. Necesitaba un lugar donde pudiera tocar el banjo en plena soledad, y alquilé esa casita de campo.

–¿Qué casita de campo?

–Tengo una casita de campo en las cercanías del puerto.

–Debes de haberte llevado una buena sorpresa al vernos.

–Ya lo creo.

–Más sorprendido que contento, ¿verdad?

–Desde luego, Pauline, siempre me agrada encontrarme contigo, pero en lo que

se refiere a tu padre y al viejo Glossop...

–¿Verdad que no es uno de tus más grandes admiradores? A propósito, Bertie, ¿tienes gatos en tu dormitorio?

Me sentí algo molesto.

–Hubo gatos en mi dormitorio, pero el incidente al que aludes es susceptible de una inmediata...

–Está bien. No importa. Dalo por explicado. Pero hubieras tenido que ver la cara de mi padre cuando se enteró de ello. Y hablando de la cara de papá, me reiría con ganas si la viera ahora.

No me fue posible estar de acuerdo con ello. Es bien sabido que me gusta tanto reírme como al que más, pero el rostro de J. Washburn Stoker jamás me había arrancado ni una simple sonrisa. Era un sujeto que siempre me había recordado un pirata del Caribe, un fulano corpulento y, por añadidura, dotado de unos ojos penetrantes. Por tanto, lejos de reírme al verle, siempre me había sentido absolutamente acobardado en su presencia.

–Si de pronto doblara esta esquina y nos encontrara así, con las cabezas juntas. Él está convencido de que todavía estoy lo que se dice coladita por ti.

–¡No es posible!

–Que sí, de veras.

–Pero si...

–Es verdad, te lo aseguro. Se considera el severo padre victoriano que ha separado a los jóvenes enamorados y se ve obligado a ejercer una vigilancia incesante para impedirles que vuelvan a reunirse. Poco sabe él que en toda tu vida habías tenido un momento tan feliz como al recibir mi carta.

–¡No, eso no!

–Bertie, sé sincero. Sabes que te llevaste una alegría.

–Yo no diría tal cosa.

–No es necesario que lo digas. Mamaíta lo sabe.

–¡No, te digo que no! Y no me gusta que hables así. Yo siempre te he profesado la mayor estimación.

–¿Que has hecho qué? ¿De dónde sacas estas expresiones?

–Supongo que de Jeeves, en su mayor parte. El que fue mi criado. Tenía un amplio vocabulario.

–¿Cuando dices «el que fue» te refieres a que ha muerto? ¿O simplemente a que ya no ejerce?

–Me ha dejado. No le gustaba que yo tocara el banjo. Cambiamos unas palabras y ahora está con Chuffy.

–¿Chuffy?

–Lord Chuffnell.

–Ah.

Hubo una pausa. Durante unos momentos, ella prestó oído a dos pajarillos que sostenían una discusión en un árbol cercano.

–¿Hace tiempo que conoces a lord Chuffnell?

–Bastante, ya lo creo.

–¿Sois grandes amigos?

–Amigos del alma es el mot juste.

–Perfecto. Lo esperaba. Quería hablar contigo acerca de él. ¿Verdad que puedo confiar en ti, Bertie?

–Claro.

–Sabía que sí. Esto es lo bueno de haber estado prometida con un hombre. Al romper el noviazgo, te sientes como una perfecta hermana.

–Yo no te considero en absoluto una tarambana –protesté–. Tenías perfecto derecho a...

–Tarambana, no. ¡Hermana!

–¿Hermana? ¿Quieres decir que ves en mí un hermano?

–Sí, un hermano. Eres un pensador rápido. Y ahora quiero que te muestres muy fraternal. Háblame de Marmaduke.

–Creo que no le conozco.

–Lord Chuffnell, idiota.

–¿Se llama Marmaduke? ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Es bien cierto que una mitad del mundo ignora cómo es la otra mitad! ¡Marmaduke! –exclamé, riéndome con ganas–. Recuerdo que en la escuela siempre se mostraba evasivo y misterioso acerca de su nombre de pila.

Pauline parecía enojada.

–¡Es un nombre muy bonito!

Le solté una de mis miradas rápidas y agudas. Esto, pensé, debía de querer decir algo. Nadie podía decir que Marmaduke era un nombre bonito sin tener para ello muy buenas razones. Y, efectivamente, sus ojos brillaban y su epidermis había adquirido un hermoso tono rosado.

–¡Vaya! –dije–. ¡Vaya, vaya, vaya, vaya! ¡Vaya!

Su actitud era desafiante.

–¡Está bien, está bien! –dijo–. No es necesario hacerse el Sherlock Holmes. No trato de ocultar nada. Me disponía a decírtelo.

–¿Amas a ese...? ¡Ja, ja! Perdona... ¿A ese Marmaduke?

–Estoy loca por él.

–¡Muy bien! Bueno, si tú lo dices...

–¿No te parece maravilloso cómo se le rizan los cabellos por detrás?

–Tengo cosas mejores que hacer que contemplar el cogote de Chuffy. Sin embargo, tal como me disponía a explicar, si lo que tú dices es realmente así, disponte a gozar de las mayores dichas. Soy un observador muy agudo, y cierta mirada bulbosa en los ojos de ese joven cuando una conversación reciente se orientó hacia tu persona me ha convencido de que está profundamente enamorado de ti.

Encogió un hombro con un gesto impaciente y, traviesamente, pisó con su piececillo una oruga que transitaba por allí.

–Esto ya lo sé, hombre. ¿Crees que una chica no se da cuenta?

Me sentí francamente desconcertado.

–Pues si él te quiere a ti y tú le quieres a él, no comprendo dónde está tu problema.

–¿Es que no lo entiendes? Está obviamente colado por mí, pero no ha dicho ni esta boca es mía.

–¿No quiere hablar?

–Ni una sílaba.

–Bueno, ¿y por qué habría de hacerlo? Ya sabes que en estas cuestiones hay cierta decencia, cierto decoro. Es natural que todavía no diga nada. Maldición, dale una oportunidad al pobre hombre. Sólo hace cinco días que te conoce.

–A veces me siento como si él fuese un rey de Babilonia y yo una esclava cristiana.

–¿Y qué te hace pensar tales cosas?

–Las pienso.

–Desde luego. Tú sabrás, aunque yo diría que lo veo muy dudoso. Por otra parte, ¿qué quieres que haga yo al respecto?

–Es que tú eres amigo suyo y podrías hacerle una insinuación. Podrías decirle que no debe sentir desánimo...

–No se trata de desánimo. Es delicadeza. Como acabo de explicar, los hombres tenemos nuestro código en estos asuntos. Podemos enamorarnos de sopetón, pero después juzgamos decoroso pisar un poco el freno. Somos los perfectos y gentiles caballeros, y creemos que es muy poco delicado perseguir a una muchacha como el hombre que se abre paso en una cantina del ferrocarril para conseguir un plato de sopa. Nosotros...

–¡No digas más tonterías! Me pediste que me casara contigo cuando sólo hacía dos semanas que me conocías.

–Sí, pero es que te las tenías con uno de los impetuosos Wooster.

–Pues no entiendo qué...

–¿Qué es lo que no entiendes? –dije–. Adelante con ello. Soy todo oídos.

Pero ella miraba algo hacia el sureste, más allá de mi persona, y al volverme percibí que ya no estábamos solos.

De pie y con una actitud de respetuosa cortesía, con la luz del sol jugueteando sobre sus bien cinceladas facciones, allí se encontraba Jeeves.

## 5. BERTIE EMPUÑA EL TIMÓN

Le saludé con la cabeza, afablemente. Aquel hombre y yo podíamos haber suspendido nuestras relaciones profesionales, pero un Wooster siempre sabe mostrarse cortés.

–Ah, Jeeves.

–Buenas tardes, señor.

Pauline se mostró interesada.

–¿Es Jeeves?

–Es Jeeves.

–¿De modo que no le agrada el banjo de míster Wooster?

–No, señorita.

Yo prefería que esta delicada cuestión no fuera sometida a discusión y, en consecuencia, hablé con cierta sequedad.

–¿Y bien, Jeeves? ¿Qué hay?

–Míster Stoker, señor. Ha inquirido acerca del paradero de miss Stoker.

Claro, siempre cabe hablar de quienes meten la pata, pero no me pareció aquél ni el momento ni el lugar. Me volví hacia la jovencita con aires de cortés despedida.

–Será mejor que te largues.

–Creo que sí. ¿No olvidarás lo que te he dicho?

–El asunto será objeto de mi inmediata atención –le aseguré.

Se alejó y Jeeves y yo nos quedamos solos, en medio de la mayor soledad.

Encendí un cigarrillo con aire negligente.

–Pues bien, Jeeves.

–¿Señor?

–Quiero decir que volvemos a encontrarnos.

–Sí, señor.

–Filipos ¿verdad?

–Sí, señor.

–Espero que le vaya todo bien con Chuffy.

–Todo transcurre del modo más satisfactorio, señor. Confío en que su nuevo ayudante personal sea de su agrado.

–Sí, desde luego. Un excelente muchacho.

–Me complace muchísimo oírle decir esto, señor.

Hubo una pausa.

–Esto..., Jeeves –dije.

Extraño. Mi intención había sido, tras cambiar cuatro palabras amables, la de saludar despreocupadamente con la cabeza y abandonar a mi interlocutor, pero resulta muy difícil quebrantar un hábito forjado a lo largo de los años. Quiero decir que allí estaba yo y allí estaba Jeeves, y que me acababan de plantear un problema precisamente de la índole que siempre me había movido a buscar sus buenos consejos, y algo parecía mantenerme arraigado en aquel lugar. Y en vez de mostrarme altivo y distante y de alejarme con la leve inclinación de cabeza que, como ya he dicho, tenía planeada, me sentí irresistiblemente impelido a consultarle exactamente como si entre nosotros no se hubiera producido ruptura de ninguna clase.

–Esto..., Jeeves –dije.

–¿Señor?

–Si puede disponer de un momento, me agradaría cambiar unas palabras con usted.

–No faltaría más, señor.

–Deseo recabar sus opiniones respecto al bueno de Chuffy.

–Muy bien, señor.

Su cara mostraba aquella expresión de apacible inteligencia combinada con un deseo feudal de complacer que tan a menudo había visto yo en ella, y no titubeé por más tiempo.

–Supongo que estará de acuerdo conmigo en que algo debe hacerse con el quinto barón, ¿no es así?

–Perdone, pero ¿cómo dice, señor?

Me impacientó este... ¿cuál es la palabra que ando buscando?

–Vamos, vamos, Jeeves. Sabe tan bien como yo lo que quiero decir. Un poco menos de reserva y algo más del viejo espíritu de cooperación. No irá a decirme que lleva casi una semana con él sin haber observado, deducido y formulado sus conclusiones.

–¿Acierto al suponer, señor, que está usted aludiendo a los sentimientos de su señoría con respecto a miss Stoker?

–Exactamente.

–Sé, desde luego, que su señoría experimenta por la joven dama un sentimiento más profundo y cálido que el de una simple amistad, señor.

–¿Sería ir demasiado lejos si dijera que está chiflado por ella?

–No, señor. Esta expresión encajaría adecuadamente con los hechos en este caso.

–Muy bien, pues. Ahora tome nota de lo siguiente. Ella también le ama, Jeeves.

–¿Sí, señor?

–Me lo estaba diciendo específicamente cuando ha llegado usted. Ha confesado estar también colada por ese hombre. Y está muy trastornada, pobrecilla. Extremadamente trastornada. Su intuición femenina le ha permitido leer el secreto de él. Detecta la luz amorosa en sus ojos. Y ello le agrada, pero lo que la preocupa es que él no anuncie su amor, sino que fomente la ocultación como... ¿como qué, Jeeves?

–Un gusano en el capullo, señor.

–Alimentado en su no sé qué...

–Mejilla de damasco, señor.

–¿Damasco? ¿Está seguro?

–Totalmente seguro, señor.

–Pues bien, ¿qué ocurre aquí? Él la ama a ella. Ella le ama a él. ¿Dónde está, pues, el problema? Conversando con ella hace un rato, he avanzado la teoría de que lo que a él le retiene es la delicadeza, pero en realidad no lo creo. Conozco a Chuffy. Es de lo más rápido que hay en sus actuaciones. Si no se declaraba a una chica al finalizar la primera semana, creía que estaba perdiendo su pulso. Y en cambio mírele ahora. Fallando con todos sus cilindros. ¿A qué se debe?

–Su señoría es un caballero escrupuloso, señor.

–¿Qué quiere decir?

–Piensa que, por disponer de unos medios más bien magros, no tiene derecho a proponerle matrimonio a una señorita tan adinerada como miss Stoker.

–Pero, maldita sea, el Amor se ríe de..., no, no es así..., ¿no es de los cerrajeros?

–De los cerrajeros, sí, señor.

–Además, ella no es tan rica como todo esto. Tan sólo es de una posición acomodada, diría yo.

–No, señor. La fortuna del señor Stoker asciende a cincuenta millones de dólares.

–¿Qué? Usted exagera, Jeeves.

–No, señor. Tengo entendido que tal es la suma que heredó recientemente por el testamento del difunto míster George Stoker.

Quedé estupefacto.

–¡Válgame el cielo, Jeeves! ¿Ha estirado la pata el primo segundo George?

–Sí, señor

–¿Y le ha dejado todo el dinero al viejo Stoker?

–Sí, señor.

–Ahora lo comprendo. Esto lo explica todo. Yo me preguntaba cómo se las arreglaba para ir por ahí comprando grandes fincas. El yate del puerto será suyo, claro.

–Sí, señor.

–¡Vaya, vaya, vaya! Pero, de todos modos, George debía de tener parientes más próximos, ¿no?

–Sí, señor. Tengo entendido que todos ellos le desagradaban.

–¿Usted sabe cosas acerca de él, pues?

–Sí, señor. Tuve un extenso trato con su ayudante personal cuando estábamos en Nueva York. Un hombre llamado Benstead.

–George estaba majara, ¿verdad?

–Sin duda, era extremadamente excéntrico, señor.

–¿Alguna posibilidad de que uno de esos otros parientes recurra el testamento?

–Imagino que no, señor. Pero en semejante caso míster Stoker confiaría en sir Roderick Glossop, naturalmente, para atestiguar que el difunto míster Stoker, aunque posiblemente un tanto peculiar en sus hábitos, no dejaba de estar perfectamente cuerdo. El testimonio de un especialista en dolencias mentales tan

eminente como sir Roderick sería inexpugnable.

–¿Quiere decir que afirmaría que no hay razón por la que un hombre no pueda caminar sobre sus manos si así se le antoja? ¿Que ello ahorra suelas de los zapatos y tiene otras ventajas?

–Exactamente, señor.

–Entonces, ¿no hay posibilidad de que miss Stoker sea otra cosa, excepto la heredera de un pajarraco con cincuenta millones de dólares escondidos detrás de un ladrillo en la chimenea?

–Prácticamente ninguna, señor.

Reflexioné sobre este punto.

–Hmmm. Y a menos que Stoker compre el Hall, Chuffy seguirá siendo el hombre que no tenía dónde caerse muerto. No es difícil ver el drama de esta situación. No obstante, ¿por qué, Jeeves? ¿Por qué tanto jaleo a causa del dinero? Al fin y al cabo, muchos tipos que se encontraban en bancarrota se han casado con chicas de riñón bien cubierto.

–Sí, señor. Pero su señoría es un caballero de opiniones peculiares sobre esta cuestión en particular.

Volví a reflexionar. Sí, era la pura verdad. Chuffy es un muchacho que siempre se ha mostrado raro en lo referente al dinero. Es algo que tiene que ver con el Orgullo de los Chuffnell, supongo. Me consta que durante años y años he tratado de echarle alguna mano con lo que a mí me sobra, pero siempre se ha negado obstinadamente a darme un sablazo.

–Es difícil –admití–. Por el momento, no se ve el camino de salida. Y, sin embargo, puede que usted se equivoque, Jeeves. Después de todo, no hace más que suponer.

–No, señor. Su señoría me hizo el honor de confiar en mí.

–¿Sí? ¿Cómo salió a colación este tema?

–El señor Stoker había expresado el deseo de que yo le prestara mis servicios. Se

me dirigió al respecto y yo informé a su señoría. Su señoría me dio instrucciones para que yo le dejara alimentar ciertas esperanzas.

–No irá a decirme que desea que usted le deje y se vaya con el viejo Stoker.

–No, señor. Manifestó específicamente lo contrario, con una buena dosis de vehemencia. Pero deseaba que yo no rompiera las negociaciones con una negativa definitiva hasta que se produjera la venta de Chuffnell Hall.

–Ya veo. Comprendo su estrategia. ¿Quería que usted mantuviera encandilado al viejo Stoker hasta haber firmado él los papeles fatales?

–Exactamente, señor. Y fue esta conversación la que indujo a su señoría a revelar su postura personal en lo referente a miss Stoker. Hasta que su estatus financiero no sea lo suficientemente sólido para justificarle el hacerlo, su amor propio no le permitirá proponer matrimonio a la joven dama.

–¡El muy tonto!

–Yo no me hubiera aventurado a emplear precisamente este término, señor, pero confieso que contemplo la actitud de su señoría como excesivamente quijotesca.

–Debemos convencerle para que la abandone.

–Me temo que es imposible, señor. Yo mismo traté de hacerlo, pero de nada sirvieron mis argumentos. Su señoría tiene un complejo.

–¿Un qué?

–Un complejo, señor. Al parecer, en cierta ocasión vio una comedia musical en la que una de las dramatis personae era lord Wotwotleigh, un caballero sin dinero que intentaba por todos los medios casarse con una heredera estadounidense, y es indudable que ese individuo dejó en su mente una impresión perdurable. Me declaró, en los términos más inequívocos, que se negaba a colocarse en una posición que pudiera dar pie a comparaciones.

–Pero supongamos que no se lleve a término la venta de la casa...

–En este caso, mucho me temo, señor...

–¿Que la mejilla de damasco continuará actuando indefinidamente en su antiguo lugar?

–Exactamente, señor.

–¿De veras está seguro de que es «damasco»?

–Sí, señor.

–Pero da la impresión de no querer decir nada.

–Una adjetivación arcaica, señor. Creo que pretende aludir a una complexión saludable.

–Bueno, Chuffy la tiene.

–Sí, señor.

–Pero ¿de qué sirve una complexión saludable si uno no consigue a la chica?

–Cierto, señor.

–¿Qué aconsejaría usted, Jeeves?

–Me temo que de momento no tenga nada que sugerir, señor.

–¡Vamos, Jeeves!

–No, señor. Al ser la dificultad esencialmente de índole psicológica, me siento un tanto perplejo. Mientras persista la imagen de lord Wotwotleigh en la conciencia de su señoría, mucho me temo que nada pueda hacerse.

–Claro que puede hacerse algo. ¿Por qué esta extraña debilidad, Jeeves? No es propio de usted. Evidentemente, lo que conviene es pegarle un empujón al buen muchacho.

–No le sigo, señor.

–Claro que sí. La cosa no puede estar más clara. Tenemos al pobre Chuffy, mudo por el momento y rondando a la chica. Lo que necesita es un acicate. Si creyese que había grave peligro de que otro tío se la birlase, ¿no le movería esto a

olvidar esas ideas tan tontas y a lanzar una carga, echando fuego por las fosas nasales?

–Indudablemente, los celos son una fuerza motivadora extremadamente poderosa, señor.

–¿Sabe lo que voy a hacer, Jeeves?

–No, señor.

–Voy a besar a miss Stoker, asegurándome de que Chuffy me vea hacerlo.

–Realmente, señor, yo no abogaría por...

–Tranquilo, Jeeves. Lo tengo todo perfectamente planeado. Se me ha ocurrido de repente, mientras hablábamos. Después del almuerzo, conduciré a miss Stoker hasta este banco. Usted se ocupará de que Chuffy la siga. Esperaré hasta ver los blancos de sus ojos, y entonces la estrecharé a ella en un fuerte abrazo. Si esto no da resultado, nada más lo dará.

–Juzgo que asumiría usted un riesgo manifiesto, señor. Su señoría se halla en un estado altamente sensible.

–Un Wooster siempre puede arrostrar un puñetazo en un ojo si se trata de favorecer a un amigo. No, Jeeves, no deseo seguir discutiendo. El asunto está decidido y lo único que falta es fijar la hora. Supongo que el almuerzo habrá terminado alrededor de las dos y media... A propósito, yo no voy a almorzar.

–¿No, señor?

–No. No puedo enfrentarme a aquella pandilla. Me quedaré aquí. Tráigame unos bocadillos y media botella de vino.

–Muy bien, señor.

–Otra cosa: los ventanales del comedor estarán abiertos, con el tiempo que hace. Acérquese de vez en cuando a ellos durante la comida y preste oído. Puede que se diga allí algo de importancia.

–Muy bien, señor.

–No escatime la mostaza en los bocadillos.

–Muy bien, señor.

–Y a las dos y media informe a miss Stoker de que desearía hablar con ella. Y a las dos y media y un minuto informe a lord Chuffnell de que ella desearía hablar con él. El resto puede dejármelo a mí.

–Muy bien, señor.

# 6. SURGEN COMPLICACIONES

Hubo un intervalo más bien prolongado antes de que Jeeves regresara con los víveres. Me abalancé sobre ellos con cierto abandono.

–¡Ha tardado mucho!

–He seguido sus instrucciones, señor, y he escuchado junto a la ventana del comedor.

–¿Sí? ¿Y con qué resultado?

–No he podido oír nada que dé una indicación acerca de las intenciones de míster Stoker en lo referente a la compra de la casa, pero su talante parecía muy afable.

–Esto es prometedor. Lleno de vitalidad, ¿verdad?

–Sí, señor. Estaba invitando a todos los presentes a una fiesta en su yate.

–¿Se queda aquí, pues?

–Durante algún tiempo, por lo que he podido colegir, señor. Al parecer, algo se ha averiado en la hélice del buque.

–Probablemente, él le echaría una de aquellas miradas. ¿Y esa fiesta?

–Por lo que parece, mañana es el cumpleaños del señorito Dwight Stoker. He deducido que la fiesta tiene por objeto celebrar este acontecimiento.

–¿Y la sugerencia ha sido bien recibida?

–Extremadamente, señor. A pesar de que el señorito Seabury se ha mostrado algo acongojado ante la aserción del señorito Dwight, un tanto arrogante, en el sentido de que apostaba lo que fuese a que era la primera vez que el señorito Seabury olía siquiera un yate.

–¿Y qué ha dicho él?

–Ha replicado que había estado a bordo de millones de yates. De hecho, si no me equivoco, la palabra que ha empleado ha sido trillones.

–¿Y qué ha ocurrido entonces?

–A juzgar por un ruido peculiar que ha hecho con la boca, he deducido que el señorito Dwight se mostraba escéptico en lo tocante a esta aseveración. Pero en este momento míster Stoker ha apaciguado los ánimos, anunciando su intención de contratar una troupe de juglares negros para que actúen en la fiesta. Parece ser que su señoría había anunciado su presencia en Chuffnell Regis.

–¿Y esto ha sentado bien?

–En realidad, muy bien, señor. Excepto que el señorito Seabury ha dicho que apostaba a que el señorito Dwight nunca había oído tocar a unos juglares negros. Por una observación hecha poco después por la señora, he colegido que el señorito Dwight había arrojado seguidamente una patata al señorito Seabury, y durante un rato ha amenazado el ambiente cierta tensión desagradable.

Hice chasquear la lengua.

–Ojalá alguien les pusiera un bozal a esos críos y los encadenara. Acabarán por estropearlo todo.

–Por suerte, el embrollo no ha sido duradero, señor. He dejado a toda la compañía en lo que parecía ser las relaciones más amistosas. El señorito Dwight ha asegurado que su mano había resbalado, y esta excusa ha sido generosamente aceptada.

–Pues bien, vuelva enseguida allí y a ver si oye algo más.

–Muy bien, señor.

Terminé mis bocadillos y mi media botella, y encendí un cigarrillo, no sin desear haberle dicho a Jeeves que me trajera un poco de café. Pero no es necesario decirle a Jeeves cosas como ésta. A su debido tiempo hizo su aparición con una taza humeante.

–El almuerzo acaba de concluir, señor.

–¡Ah! ¿Ha visto a miss Stoker?

–Sí, señor. La he informado de que deseaba cambiar unas palabras con ella y no tardará en presentarse aquí.

–¿Y por qué no ahora?

–Su señoría ha trabado conversación con ella inmediatamente después de haberle dado yo su mensaje.

–¿Le ha dicho a él que venga también?

–Sí, señor.

–Malo, Jeeves. Veo un fallo. Llegarán los dos juntos.

–No, señor. Al observar a su señoría tomar esta dirección, fácilmente puedo detenerle unos momentos con cualquier excusa.

–¿Como por ejemplo...?

–Hace tiempo que deseo sondear las opiniones de su señoría acerca de la conveniencia de comprarse unos pares de calcetines nuevos.

–¡Hmmm! Ya sabe, Jeeves, cómo es usted cuando toca el tema de los calcetines. No se deje llevar y vaya a tenérmelo hablando durante una hora. Quiero terminar de una vez con este asunto.

–Lo comprendo perfectamente, señor.

–¿Cuándo ha visto a miss Stoker?

–Hace algo así como un cuarto de hora, señor.

–Es extraño que no aparezca. ¿De qué estarían hablando los dos?

–No sabría decírselo, señor.

–¡Ah!

Había percibido un destello entre los arbustos y, un momento después, apareció

la joven. Estaba más hermosa que nunca y sus ojos, en particular, brillaban como estrellas gemelas. Sin embargo, no titubeé en mi postura: me alegraba de que fuera Chuffy el que, si todo transcurría bien, se casara con ella, y no yo. Es curioso, pero una chica puede ser un perfecto bombón y, sin embargo, cabe que uno siga pensando que estar casado con ella significaría para él un absoluto ocaso. Así es la vida, supongo.

–Hola, Bertie –dijo Pauline–. ¿Qué es esa historia de tu jaqueca? A pesar de ella, parece ser que te has alimentado debidamente.

–Pensé que me convenía comer un bocado. Será mejor que retire estos restos, Jeeves.

–Muy bien, señor.

–Y no olvide que, si su señoría desea verme, aquí estoy.

–No, señor.

Recogió plato, taza y botella y desapareció. Y yo no hubiera podido decir si lamentaba o no verle marcharse. Notaba una intensa excitación. Con los nervios tirantes, si entienden lo que quiero decir. De punta. Tenso. La mejor idea que puedo ofrecerles respecto a mis emociones en aquella coyuntura es decir que se asemejaban bastante a las que sentí al empezar a cantar Hijo mío en el espectáculo organizado por Beefy Bingham para los feligreses de una parroquia del East End.

Pauline se había aferrado a mi brazo y empezaba a establecer cierta comunicación.

–Bertie... –estaba diciendo.

Pero en este momento capté la visión de la cabeza de Chuffy por encima de un arbusto y juzgué llegado el momento de actuar. Era una de esas cosas que exigen ser hechas en el acto o no ser hechas. Rodeando a la joven con mis brazos, hice blanco en su ceja derecha. Admitiré que no fue uno de mis mejores besos, pero no dejó de serlo, y con todo el significado del acto, por lo que supuse que bien debía producir resultados.

Y sin duda así hubiera ocurrido de haber sido Chuffy el individuo que entró por

la izquierda en este momento crítico. Pero no lo era. Por haber podido captar tan sólo una fugaz visión de un sombrero flexible a través del follaje, todo indicaba que había cometido una desdichada plancha. El fulano que en este momento se erguía ante nosotros era papá Stoker, y confieso que me sentí atenazado por un manifiesto embarazo.

Deben ustedes admitir que la situación no era poco violenta. Había allí un padre angustiado, que combinaba un intenso desagrado por Bertram Wooster con la noción de que su hija estaba locamente enamorada de él, y lo primero que veía al emprender un paseíllo después de comer era a los dos unidos por un fuerte abrazo. Bastaba para provocar el nerviosismo de cualquier padre, y no me sorprendió que su actitud fuera la del obstinado Cortés al contemplar el Pacífico. Un individuo con cincuenta millones en su faltriquera no necesita usar máscara. Si quiere obsequiar a determinado tipo con una mala mirada, le dirige una mala mirada. Me estaba dirigiendo una en ese momento. Era una mirada que contenía a la vez alarma e indignación, y comprendí que las explicaciones de Pauline acerca de las opiniones de su padre habían sido exactas.

Afortunadamente, la cosa no rebasó el terreno de las miradas. Dígase lo que se quiera contra la civilización, pero siempre es algo que se agradece en crisis como ésa. Puede que sea un código puramente artificial el que impide a un padre cocear al besador de su hija cuando hay otros huéspedes en la casa, pero en aquel momento pensé en la bondad de todos los códigos puramente artificiales que pudieran existir.

Sólo hubo un instante en que su pie vibró y pareció como si lo que podríamos llamar el J. Washburn Stoker primitivo estuviera a punto de expresarse libremente, pero enseguida prevaleció la civilización. Con otra de aquellas miradas se hizo seguir por Pauline, y en el siguiente momento me encontré solo y en libertad para meditar sobre los hechos recientes.

Y mientras lo estaba haciendo con la ayuda de un cigarrillo apaciguador, Chuffy irrumpió en mi pequeño claro selvático. También él parecía tener una idea fija, pues exhibía unos ojos notoriamente protuberantes.

–Oye, Bertie –comenzó sin que mediara ningún preámbulo–, ¿qué es eso que he oído?

–¿Qué has oído, amigo mío?

–¿Por qué no me dijiste que habías estado prometido con Pauline Stoker?

Enarqué una ceja. Me pareció que un toque de la mano de hierro no estaría fuera de lugar. Si uno ve que un fulano se dispone a mostrarse austero con él, no hay nada como adelantársele y ser austero con el otro en primer lugar.

–No acierto a comprenderte, Chuffnell –dije secamente–. ¿Acaso esperabas que te mandara una postal?

–Podrías habérmelo dicho esta mañana.

–No vi razón para hacerlo. ¿Y cómo te has enterado, vamos a ver?

–Lo ha mencionado sir Roderick Glossop.

–¿Ha sido él? Claro, es una autoridad en la materia. Él fue el pajarraco que rompió el noviazgo.

–¿Qué quieres decir?

–Él se encontraba entonces en Nueva York y fue cosa de un momento advertir a Stoker y aconsejarle que me diera el portante. Todo ello no requirió más de cuarenta y ocho horas, desde el saque inicial hasta el final del partido.

Chuffy me miró con los ojos entrecerrados.

–¿Lo juras?

–Desde luego.

–¿Sólo cuarenta y ocho horas?

–Menos.

–¿Y ahora no hay nada entre vosotros?

Su actitud no tenía nada de amistosa y empecé a percibir que, al disponer que Stoker y no él hubiera sido el testigo del reciente abrazo, el ángel guardián de los Wooster había actuado con singular perspicacia.

–Nada.

–¿Estás seguro?

–Absolutamente nada. De modo que adelante, Chuffy, amigo mío –dije, dándole unas palmadas fraternales en el hombro–. Sigue los dictados de tu corazón y no temas nada. La chica está chiflada por ti.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Ella.

–¿Ella misma?

–En persona.

–¿De veras me ama?

–Apasionadamente, por lo que he podido colegir.

Apareció una expresión de alivio en el rostro hasta entonces preocupado de mi pobre amigo. Se pasó una mano por la frente y mostró un relajamiento general.

–Bien, entonces todo va perfectamente. Siento haberme encolerizado un poco por unos momentos. Cuando uno acaba de prometerse con una chica, no deja de ser un jarro de agua fría descubrir que estuvo prometida con otro tan sólo dos meses antes.

Quedé estupefacto.

–¿Te has prometido? ¿Desde cuándo?

–Desde poco después del almuerzo.

–Pero... ¿y Wotwotleigh?

–¿Quién te ha hablado de Wotwotleigh?

–Jeeves. Dijo que la sombra de Wotwotleigh se cernía sobre ti como una nube.

–Jeeves habla demasiado. De hecho, Wotwotleigh no ha tenido nada que ver en el asunto. Inmediatamente antes de que yo arreglara las cosas con Pauline, el viejo Stoker me dijo que había decidido comprar la casa.

–¿De veras?

–Tal como lo oyes. Creo que fue el oporto lo que lo consiguió. Le había atiborrado con lo que quedaba del ochenta y cinco.

–No podías haber hecho nada mejor. ¿Idea tuya?

–No. De Jeeves.

No pude reprimir un suspiro melancólico.

–Jeeves es un portento.

–Una maravilla.

–¡Qué cerebro!

–Tamaño superior, diría yo.

–Come mucho pescado. ¡Lástima que no tenga oído para la música! –comenté con tristeza, pero enseguida sofoqué mi pesar y traté de pensar en el golpe de suerte de Chuffy y no en mi aflicción–. Pues bien, se trata de una gran noticia –afirmé cordialmente–. Espero que seáis muy, pero que muy felices. Puedo decir con toda sinceridad que siempre miraré a Pauline como una de las chicas más agradables con las que haya estado prometido.

–Desearía que dejases de pregonar ese compromiso.

–Desde luego.

–Estoy tratando de olvidar que estuviste prometido con ella.

–Claro, claro.

–Cuando pienso que en un momento dado estuviste en una posición que te permitía...

–Que no, hombre, que no. No pierdas nunca de vista el hecho de que el noviazgo sólo duró dos días, que pasé en cama con un fuerte resfriado.

–Pero cuando ella te aceptó, bien debiste...

–Que no. Entró un camarero en la sala, con una bandeja de bocadillos de carne, y el momento pasó.

–Entonces, ¿nunca has...?

–Absolutamente nunca.

–Pues ella debió de pasárselo en grande durante ese compromiso contigo. La cosa no podía ser más excitante. Y me pregunto qué diablos pudo moverla a aceptarte...

Esto también me había intrigado a mí, y no poco. Sólo me cabe suponer que en mí hay algo que pulsa una cuerda en el pecho de estas féminas vigorosas. Lo he experimentado anteriormente, en aquella ocasión en que estuve prometido a Honoria Glossop.

–Una vez consulté con un amigo ducho en estos asuntos –dije–, y su teoría consistía en que la visión de mi persona, rondando por ahí como una oveja solitaria, despertaba el instinto maternal en la Mujer. Cabe que en ello haya algo de cierto.

–Posiblemente –admitió Chuffy–. Bien, tengo que marcharme. Supongo que Stoker querrá hablarme de la casa. ¿Vienes?

–No, gracias. Lo cierto es, amigo mío, que no tengo muchas ganas de mezclarme con tu pequeña troupe. Podría soportar a tu tía Myrtle. Incluso podría soportar al pequeño Seabury, pero añádeles un Stoker y un Glossop y el conjunto resulta demasiado fuerte para Bertram. Daré un paseo por la finca.

La morada o sede de Chuffy era un lugar de lo más indicado para dar un paseo y yo creía que debía de causarle cierto pesar el pensamiento de que se le iba a escapar de las manos para convertirse en una clínica mental privada. Pero supongo que, cuando uno se ha visto encerrado en una casa durante años con una tía Myrtle y un primo Seabury como vecinos inmediatos, llega a perderle todo apego. Pasé dos horas agradables dando vueltas hasta que, bien entrada la tarde, la necesidad imperiosa de una taza de té me envió de nuevo a mi punto de partida, donde preveía encontrar a Jeeves.

Una especie de pinche de cocina me condujo a sus habitaciones y me senté con la confortable certeza de que no tardarían en hacer su aparición la humeante

tetera y las tostadas untadas con mantequilla. El final feliz del que recientemente me había puesto al corriente Chuffy había inducido la satisfacción y pensé que una buena taza de té caliente y una tostada acabarían de rematar la cosa.

–De hecho, Jeeves –dije–, ni siquiera unos bollos estarían fuera de lugar en una ocasión como ésta. Juzgo muy gratificante pensar que el alma de Chuffy, tan azotada por las tormentas, ha recalado por fin en puerto seguro. ¿Sabe que Stoker ha prometido comprar la casa?

–Sí, señor.

–¿Y lo del noviazgo?

–Sí, señor.

–Supongo que el bueno de Chuffy rebosará alegría.

–No del todo, señor.

–¿Eh?

–No, señor. Lamento decir que se ha producido cierta dificultad.

–¿Cómo? ¡No es posible que ya se hayan peleado!

–No, señor. Las relaciones de su señoría con miss Stoker siguen siendo uniformemente cordiales. Es con míster Stoker con quien se encuentra en términos más bien distantes.

–¡Dios mío!

–Sí, señor.

–¿Qué ha ocurrido?

–El origen del conflicto ha sido una pugna física entre el señorito Dwight Stoker y el señorito Seabury, señor. Tal vez recuerde mi mención de que, en el transcurso del almuerzo, parecía haber una carencia de auténtica simpatía entre los dos jóvenes caballeros.

–Pero usted dijo...

–Sí, señor. La situación se calmó en cierto momento, pero volvieron a enfrentarse unos cuarenta minutos después de concluido el almuerzo. Los jóvenes caballeros se habían encaminado juntos hacia la salita de mañanas y allí, según parece, el señorito Seabury procedió a reclamar al señorito Dwight la suma de un chelín y seis peniques a cambio de lo que él denominó protección.

–¡Cielos!

–Sí, señor. El señorito Dwight, he podido deducir, rehusó con una actitud más bien enérgica aflojar la pasta, creo que ésta es la expresión, y una palabra condujo a otra, con el resultado de que alrededor de las tres y media se oyeron, procedentes de la sala de mañanas, sonidos indicativos de una pelea encarnizada, y los miembros adultos de la reunión, al desplazarse hasta allí, descubrieron a los jóvenes caballeros en el suelo, rodeados por los restos de una vitrina de porcelana que habían volcado en sus forcejeos. En el momento de su llegada, el señorito Dwight daba la impresión de haber salido más bien airoso de la lid, pues estaba sentado en el pecho del señorito Seabury y golpeaba la cabeza de éste contra la alfombra.

Dará una idea de la grave preocupación que esta narración me estaba causando el hecho de que mi emoción no fuera un éxtasis al enterarme de que, después de largos años, alguien había estado tratando la cabeza del pequeño Seabury tal como se merecía, sino un mareante desánimo. Ya estaba viendo yo adónde llevaba todo aquello.

–¡Diablos, Jeeves!

–Sí, señor.

–¿Y después?

–La acción se generalizó entonces, como si dijéramos, señor.

–¿La vieja brigada echó una mano?

–Sí, señor, al tomar la iniciativa lady Chuffnell.

Lancé un gemido.

–Era de esperar, Jeeves. Chuffy me ha contado a menudo que su actitud respecto

a Seabury recuerda la de una tigresa con su cachorro. En defensa de Seabury, siempre ha estado dispuesta a pisar a cualquiera y abrir camino donde sea. He oído temblar la voz de Chuffy al describir cómo, antes de que él consiguiera enviarlos a la Dower House y cuando vivían todavía en el Hall, ella siempre se apoderaba del mejor huevo en el desayuno y lo pasaba a su retoño. Pero prosiga.

–Al presenciar la situación, la señora profirió un grito agudo y, con una fuerza considerable, golpeó al señorito Dwight en la oreja derecha.

–Ante lo cual, desde luego...

–Exactamente, señor. Míster Stoker, abrazando la causa de su hijo, asestó una poderosa patada al señorito Seabury.

–¿Y le acertó, Jeeves? ¡Dígame que le acertó!

–Sí, señor. En aquel momento el señorito Seabury se estaba levantando, y su postura se adaptaba excepcionalmente bien a la recepción de semejante ataque. Un momento después, se inició un acalorado altercado entre lady Chuffnell y míster Stoker. La señora llamó a sir Roderick en su ayuda, y él (aunque no de muy buena gana, según me pareció) procedió a afearle su agresión a míster Stoker. Se cruzaron palabras de cierto calibre y el clímax sobrevino cuando el señor Stoker informó, con no poca energía, a sir Roderick de que si éste suponía que él, el señor Stoker, estaba dispuesto a adquirir Chuffnell Hall después de lo ocurrido, sir Roderick incurría en un grave error.

Oculté la cara entre mis manos.

–Ante lo cual...

–Sí, prosiga, Jeeves. Ya imagino lo que va a decir.

–Sí, señor. Estoy de acuerdo con usted en que todo este asunto tiene algo de la oscura inevitabilidad de una tragedia griega. Ante lo cual, su señoría, que hasta el momento había sido un nervioso oyente, soltó una exclamación angustiada y pidió a míster Stoker que retirase aquellas palabras. En opinión de su señoría, tras haber prometido comprar Chuffnell Hall, míster Stoker no podía, a fuer de hombre de honor, desprenderse de esta obligación. Y al replicar míster Stoker que no le importaba lo que hubiera prometido o dejado de prometer, y al seguir aseverando que no gastaría ni un solo penique de su bolsillo en la dirección

indicada, siento decir que su señoría se mostró un tanto descuidado en su forma de hablar.

Lancé uno o dos gemidos más. Sabía de lo que era capaz el bueno de Chuffy cuando su generosa naturaleza se sublevaba. Le había oído entrenar a su equipo de remo en Oxford.

–¿Le cantó las cuarenta a Stoker?

–Con un vigor considerable, señor. Manifestando con extrema franqueza su opinión sobre el carácter y la probidad comercial de este último e incluso sobre su aspecto.

–Esto debió de ser la gota final.

–Pareció crear cierta frialdad, señor.

–¿Y qué más?

–Con esto terminó la penosa escena, señor. Míster Stoker regresó al yate con miss Stoker y el señorito Dwight. Sir Roderick se ha buscado acomodo para él en la fonda del pueblo, y lady Chuffnell está aplicando árnica al señorito Seabury en el dormitorio de éste. Y creo que su señoría se ha llevado al perro a dar un paseo por el parque oeste.

Reflexioné un momento.

–Cuando ha ocurrido todo esto, ¿le había dicho Chuffy a Stoker que quería casarse con miss Stoker?

–No, señor.

–Pues no sé cómo va a poder hacerlo ahora.

–Tengo la impresión de que el anuncio no sería cordialmente recibido, señor.

–Tendrán que verse a hurtadillas.

–Incluso esto será un tanto difícil, señor. Debería haber mencionado que por pura casualidad oí una conversación entre el señor y miss Stoker, por la sustancia de

la cual deduje que la intención de este caballero era la de tener a miss Stoker en virtual cautividad a bordo del yate, sin permitirle ir a tierra durante el resto de su forzosa estancia en el puerto.

–Pero usted ha dicho que él no sabía nada acerca del noviazgo.

–El motivo de míster Stoker al recluir a miss Stoker a bordo del navío no es impedir su encuentro con su señoría, sino evitar toda posibilidad de que ella se encuentre con usted, señor. El hecho de que usted abrazara a la joven dama le ha convencido de que el afecto de ella por usted ha persistido desde que se separaron en Nueva York.

–¿Está seguro de haber oído en realidad todo esto?

–Sí, señor.

–¿Y cómo pudo oírlo?

–Estaba conversando con su señoría, en aquel momento, a un lado de una cortina de arbustos, cuando se inició al otro lado la conversación que he descrito. No hubo más alternativa que escuchar las observaciones de míster Stoker.

Experimenté un visible sobresalto.

–¿Ha dicho que estaba usted hablando con Chuffy?

–Sí, señor.

–¿Y él también oyó todo esto?

–Sí, señor.

–¿Lo de que besé a miss Stoker?

–Sí, señor.

–¿Le pareció que estaba alterado?

–Sí, señor.

–¿Qué dijo?

–Mencionó algo acerca de arrancarle las entrañas, señor.

Me sequé la frente con el pañuelo.

–Jeeves –dije–, esto requiere una cuidadosa reflexión.

–Sí, señor.

–Aconséjeme, Jeeves.

–Pues bien, señor, pienso que tal vez sería juicioso intentar persuadir a su señoría de que el espíritu con el que usted abrazó a miss Stoker era puramente fraternal.

–¿Fraternal? ¿Y cree que podré zafarme con esto?

–Yo diría que sí, señor. Después de todo, es usted un antiguo amigo de la joven dama. Sería totalmente comprensible que le diera un beso afectuoso y desapasionado al enterarse de su compromiso con un amigo tan íntimo como su señoría.

Me levanté.

–Puede que esto funcione, Jeeves. Al menos, vale la pena intentarlo. Y ahora me iré, a fin de prepararme para la prueba que me espera con una silenciosa meditación.

–Su té estará enseguida, señor.

–No, Jeeves. No es momento para el té. Debo concentrarme. He de tener esa historia bien preparada antes de que él llegue. Y tengo la impresión de que no tardaré en recibir su visita.

–No me sorprendería, señor, que ahora mismo encontrara a su señoría esperándole en su casita de campo.

Acertaba de pleno. Apenas había cruzado el umbral cuando algo salió disparado de la butaca y Chuffy me miró con expresión aviesa.

–¡Ah! –dijo, pronunciando esta exclamación entre unos dientes apretados y en general comportándose del modo más desagradable e inquietante–. ¡Por fin estás

aquí!

Le dediqué una simpática sonrisa.

–Aquí estoy, sí. Y lo he oído todo. Jeeves me lo ha dicho. Lo siento, lo siento. Poco pensaba yo, viejo amigo, al darle un beso fraternal a Pauline Stoker para felicitarla por vuestro noviazgo, que poco después se produciría todo este jaleo.

Seguía mirándome torcidamente.

–¿Fraternal?

–Esencialmente fraternal.

–El viejo Stoker no parecía creerlo así.

–Pero nosotros sabemos qué clase de mentalidad tiene el viejo Stoker, ¿no es así?

–¿Fraternal? ¡Hmmm!

Expresé un viril remordimiento.

–Supongo que no debí hacerlo...

–Fue una suerte para ti que yo no estuviera allí cuando lo hiciste.

–... pero ya sabes lo que ocurre cuando un tipo con el que has estado en la escuela, en Eton y en Oxford se promete con una chica a la que uno considera casi una hermana. Uno se deja llevar...

Era evidente que se libraba una pugna en el pecho de mi amigo. Frunció un tanto el ceño y paseó un poco por la habitación y, al tropezar con un taburete, lo coceó un poco. Después se mostró más calmado. Era posible ver a la razón volviendo a su trono.

–Bueno, está bien –dijo–. Pero de ahora en adelante menos demostraciones fraternales.

–Desde luego.

–Suprímelas. Resiste el impulso.

–Ciertamente.

–Si quieres hermanas, búscalas en otra parte.

–Así lo haré.

–No quiero tener la sensación, cuando esté casado, de que en cualquier momento puedo entrar en la habitación y encontrarme con una escena entre hermano y hermana.

–Te entiendo perfectamente, amigo mío. ¿O sea que todavía pretendes casarte con Pauline?

–¿Que si pretendo casarme con ella? ¡Claro que lo pretendo! Sería un perfecto asno si no me casara con una chica como ésta, ¿no?

–Pero ¿y los antiguos escrúpulos de Chuffnell?

–¿De qué estás hablando?

–Es que si Stoker no compra el Hall, ¿no te encontrarás otra vez en la misma situación de antes, cuando no querías confesar tu amor y dejabas que el recuerdo de Wotwotleigh se alimentara en tu mejilla de damasco como un gusano en un capullo?

Experimentó un ligero escalofrío.

–Bertie –me dijo–, no me recuerdes un tiempo en que debía de estar absolutamente chiflado. No puedo imaginar cómo pude pensar de aquel modo. Puedes estar seguro de que mis opiniones han cambiado. Ahora no me importa en absoluto que yo no tenga ni cinco y ella posea un buen paquete. Si puedo conseguir las siete libras y media que cuesta la licencia y un par de libras más para el hombre situado detrás del libro de plegarias, esta boda se celebrará.

–Estupendo.

–¿Qué importa el dinero?

–Bastante.

–Quiero decir que el amor es el amor.

–Nunca has hecho afirmación más veraz, muchacho. Si yo estuviera en tu lugar, escribiría a la chica una carta que abarcara estos puntos de vista. Es que, con tus finanzas tambaleándose de nuevo, ella bien puede creer que querrás darte a la fuga.

–La escribiré. Y... ¡por Dios!

–¿Qué?

–Jeeves se la entregará, eliminando con ello toda posibilidad de que Stoker la intercepte.

–¿Crees que podría hacerlo?

–¡Mi querido amigo! ¡Pero si es un interceptor de cartas innato! Puedes verlo en sus ojos.

–No, quiero decir si Jeeves podrá entregarla. No veo cómo.

–Hubiera debido contarte que Stoker quería que Jeeves me dejara y entrara a su servicio. En aquel momento pensé que jamás había visto cara tan dura en toda mi vida, pero ahora estoy a favor de ello. Jeeves ha de irse con él.

Capté la astucia del plan.

–Sé lo que quieres decir. Al operar bajo la bandera de Stoker, gozará de libertad para ir y venir.

–Exactamente.

–Puede llevarle una carta tuya a ella y después traerte a ti una suya y después llevarle una carta tuya a ella y después traerte una de ella a ti y después llevarle una tuya a ella y...

–Sí, sí, veo que has captado la idea. Y en el curso de esta correspondencia podremos acordar algún plan para vernos. ¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo

se necesita para disponerlo todo para una boda?

–No estoy seguro, pero creo que si consigues una licencia especial, puedes hacerlo con la rapidez del rayo.

–Conseguiré una licencia especial. O dos. O tres. Ésta sí que ha sido una buena noticia. Me siento como nuevo. Se lo diré enseguida a Jeeves. Esta noche puede encontrarse en el yate.

Llegado a este punto, se interrumpió súbitamente. Su frente volvió a oscurecerse y me soltó otra de aquellas miradas inquisitivas.

–Supongo que ella me ama de veras.

–Vamos, hombre, ¿no te lo dijo ella?

–Lo dijo ella, sí. Sí, ella lo dijo. Pero ¿puedes dar crédito a lo que diga una chica?

–¡Mi querido amigo!

–Es que son grandes bromistas. Puede que me haya estado tomando el pelo.

–Esto ya es morboso, muchacho.

Cejijunto, reflexionó unos instantes.

–Parece tan extraño que te permitiera besarla.

–La pillé por sorpresa.

–Hubiera podido soltarte un trompazo en la oreja.

–¿Y por qué? Como es natural, adivinó que el abrazo era puramente fraternal.

–Fraternal, ¿eh?

–Totalmente fraternal.

–Bueno, puede que sea verdad –rezongó Chuffy, con aire de duda–. ¿Tienes alguna hermana, Bertie?

–No.

–Pero si las tuvieras, ¿las besarías?

–Repetidamente.

–Bien... Sí, claro... Bueno, tal vez tengas razón.

–Puedes creer en la palabra de un Wooster, ¿verdad?

–No estoy tan seguro. Te recuerdo en la mañana después de las regatas en nuestro segundo curso en Oxford, contando a los magistrados que tu nombre era Eustace H. Plimsoll y que vivías en The Laburnums, Alleyn Road, West Dulwich.

–Se trataba de un caso especial, que exigía medidas también especiales.

–Sí, claro... Sí... Bien... Bueno, supongo que todo está en regla. ¿De veras juras que ahora no hay absolutamente nada entre tú y Pauline?

–Nada. A menudo nos hemos reído de buena gana al pensar en aquel momento de chifladura en Nueva York.

–Nunca os he oído hacerlo.

–Bueno, pues lo hemos hecho... frecuentemente.

–¿Sí? En este caso... Bueno, supongo que sí... Está bien, escribiré esa carta.

Después de marcharse él, permanecí algún tiempo con los pies alzados ante la chimenea, relajándome. Bien mirado, había sido una jornada de lo más agotadora y no dejaba de sentir un poco los efectos de la tensión. El reciente intercambio de pensamientos con Chuffy, por sí solo, había castigado considerablemente mi sistema nervioso. Y cuando entró Brinkley y quiso saber cuándo cenaría, la idea de sentarme en casa ante un bistec solitario con patatas fritas no me atraía. Me sentía inquieto y con los nervios de punta.

–Cenaré fuera de casa, Brinkley –dije.

Este sucesor de Jeeves me había sido enviado por una agencia de Londres, y debo decir que no era el individuo que hubiera escogido yo en el caso de haber hecho personalmente la elección. No era, ni mucho menos, el sirviente ideal. De expresión melancólica, con un semblante alargado y flaco lleno de granos, y unos ojos hundidos y pensativos, desde el principio se había mostrado adverso a aquella agradable charla entre amo y criado a la que me había acostumbrado la compañía de Jeeves. Desde que llegó, yo había estado tratando de establecer unas relaciones cordiales, pero sin el menor éxito. Exteriormente, era todo él respeto, pero interiormente cabía ver que se trataba de un hombre que soñaba con la Revolución Social y que miraba a Bertram como un tirano y un opresor.

–Sí, Brinkley, cenaré fuera.

No dijo nada y se limitó a mirarme como si me estuviera midiendo con vistas a colgarme de una farola.

–He tenido un día muy ajetreado y necesito luces y vino. Imagino que ambas cosas las encontraré en Bristol. Y también deberían dar allí alguna revista divertida, ¿no cree? Es una de las principales ciudades turísticas.

Suspiró discretamente. Mi charla acerca de ir a ver revistas le estaba desagradando. Lo que él quería realmente era verme correr por Park Lane, seguido por una muchedumbre armada con cuchillos goteantes.

–Iré allí en coche. Tiene usted la tarde libre.

–Muy bien, señor –gimió.

Me di por vencido. Aquel hombre me exasperaba. No tenía yo la menor objeción a que pasara el tiempo planeando matanzas contra la burguesía, pero no acertaba a comprender por qué no podía hacerlo con una sonrisa radiante y animosa. Despidiéndole con un gesto, me dirigí hacia el garaje y saqué el coche.

La distancia hasta Bristol era tan sólo de unos cincuenta kilómetros y llegué allí con tiempo para tomar un confortable refrigerio antes de ir al teatro. El espectáculo era una comedia musical que yo había visto varias veces durante su paso por Londres, pero admitía muy bien una nueva visualización, y en conjunto me sentí descansado y renovado al emprender el regreso a casa.

Creo que era más o menos la medianoche cuando llegué a mi retiro rural y,

dispuesto ya a irme a dormir, sin perder tiempo encendí una vela y subí por la escalera. Al abrir la puerta de mi cuarto, recuerdo que estaba pensando en lo bien que me sentaría un buen sueño reparador, y buscaba la cama con una cancioncilla en los labios, como si dijéramos, cuando algo se sentó de repente en ella.

Un momento después, había dejado caer la vela y la habitación había quedado sumida en la oscuridad. Pero no antes de que yo hubiera visto lo suficiente como para que se me pusieran los pelos de punta.

Leyendo de izquierda a derecha, el contenido de la cama consistía en Pauline Stoker con mi pijama de color heliotropo y rayas de oro viejo.

## 7. UNA VISITA PARA BERTIE

La actitud de los jóvenes con respecto a encontrar muchachas en sus dormitorios poco después de la medianoche es variable. A algunos les gusta. A otros no. A mí no me gustó. Supongo que en la sangre de los Wooster hay algunos antiguos vestigios puritanos, pero lo cierto es que me alcé con una expresión de censura y lancé una severa mirada en dirección a ella. Absolutamente desperdiciada, claro, puesto que la oscuridad era total.

–¿Qué... qué... qué...?

–Todo va bien.

–¿Todo va bien?

–Perfectamente.

–¿Sí? –dije, y no pretendo disimular el hecho de que hablé con sequedad, con la decidida intención de herir.

Me agaché para recoger la vela y un momento después proferí un grito de alarma.

–¡No hagas tanto ruido!

–Pero sí hay un cadáver en el suelo...

–No hay ningún cadáver. Yo me hubiera dado cuenta.

–Te digo que sí lo hay. Buscaba a tientas la vela y mis dedos han tocado una cosa fría, inmóvil y viscosa.

–¡Ah, eso es mi bañador!

–¿Tu bañador?

–¿Crees que he venido a tierra firme en aeroplano?

–¿Has nadado hasta aquí desde el yate?

–Sí.

–¿Cuándo?

–Hace cosa de media hora.

Siempre práctico y sensato, fui directamente al meollo del asunto.

–¿Por qué? –pregunté.

Se oyó frotar un fósforo y, junto a la cama, una vela llameó y aportó un poco de luz a la escena. Una vez más pude observar aquel pijama, y debo admitir que tenía un aspecto extraordinariamente elegante. Pauline era más bien morena en su colorido general, y el heliotropo le sentaba bien. Se lo dije, siempre dispuesto a enunciar las verdades.

–Tienes muy buen aspecto con esa indumentaria de noche.

–Gracias.

Sopló para apagar la cerilla y me miró con una especie de inquietud.

–Desde luego, Bertie, contigo hay que tomar ciertas medidas.

–¿Eh?

–Deberías estar en alguna especie de hogar.

–Ya lo estoy –respondí con frialdad y acertadamente–. En el mío. Lo que deseo aclarar es qué haces tú en él.

Como mujer que era soslayó el tema.

–¿Por qué diablos has querido besarme de aquella manera delante de mi padre? No te molestes en decirme que te dejaste arrastrar por mi radiante belleza. No, fue tan sólo pura chifladura y ahora puedo comprender por qué sir Roderick le dijo a papá que deberías estar encerrado. ¿Cómo es que andas todavía suelto? Debes de tener algún buen agarradero.

Los Wooster somos muy contundentes en este tipo de cosas, y hablé con una buena dosis de aspereza.

–El incidente al que aludes pronto está explicado. Creí que él era Chuffy.

–¿Quién creías que era Chuffy?

–Tu padre.

–Si tratas de insinuar que Marmaduke se parece en algo a mi padre, has de estar majareta –replicó con un calor igual al mío. Deduje de ello que no era gran admiradora del aspecto de su progenitor, y no diré que no estuviera en lo cierto–. Además, no sé qué quieres decir.

Lo expliqué.

–La idea consistía en hacer que Chuffy te viera entre mis brazos, de modo que ardiera en él un fuego generoso y se sintiera movido a declararte su amor, pensando que si no actuaba de inmediato podía perderte.

Su actitud se suavizó.

–¿Ideaste esto por tu cuenta?

–Así es –respondí algo picado en mi amor propio–. ¿Por qué todo el mundo piensa que no puedo tener ideas sin la ayuda de Jeeves...?

–¡Pero esto fue muy atento por tu parte!

–Los Wooster somos atentos, extremadamente atentos, cuando corre peligro la felicidad de un amigo.

–Ahora comprendo por qué te acepté aquella noche en Nueva York –dijo con aire meditabundo–. Hay en ti una especie de necedad bondadosa. Si no estuviera tan enamorada de Marmaduke, poco me costaría casarme contigo, Bertie.

–¡No, no! –exclamé, no sin cierta alarma–. ¡Ni soñarlo! Quiero decir que...

–Está bien, hombre. No es que piense hacerlo. Voy a casarme con Marmaduke, y por eso estoy aquí.

–Ahora volvemos a orientarnos –dije–. Una vez más hemos llegado al punto preciso respecto al cual deseo una explicación. ¿Qué clase de idea se esconde detrás de todo esto? ¿Dices que has venido nadando desde el yate? ¿Por qué? Has llegado y te has ocultado en mi humilde hogar. ¿Por qué?

–Porque buscaba un lugar donde ocultarme hasta conseguir ropa, claro. No puedo ir al Hall en traje de baño.

Empecé a seguir su línea de pensamiento.

–¿O sea que nadaste hasta tierra para llegar hasta Chuffy?

–Claro. Mi padre me tenía prisionera a bordo del yate, y esta tarde tu criado Jeeves...

Parpadeé dolorosamente.

–Mi ex criado.

–Está bien, tu ex criado. Pues tu ex criado Jeeves llegó con una primera carta de Marmaduke. ¡Ay, chico!

–¿Qué quieres decir con ese «ay, chico»?

–¡Si vieras qué carta! Lloré a cántaros al leerla.

–¿Un texto candente?

–Era preciosa. Rebosante de poesía.

–¿Sí?

–Sí.

–¿Esa carta?

–Sí.

–¿La carta de Chuffy?

–Sí. Pareces sorprendido.

Lo estaba un poco. Un muchacho inmejorable, Chuffy, claro, pero nunca le hubiera creído capaz de escribir cartas de ese estilo. Sin embargo, hay que tener en cuenta el hecho de que en mi presencia él se ha dedicado generalmente a comer empanada de carne y riñones, o a maldecir a unos caballos por no correr con la suficiente rapidez. Y en tales ocasiones, la faceta poética de un hombre no destaca especialmente.

–¿O sea que esta carta te conmovió?

–¡Figúrate si me conmovió! Pensé que no podría esperar otro día sin verle. ¿Qué decía aquel poema acerca de una mujer que lloraba al pensar en su diabólico amante?

–Ahora sí que no sé qué decirte. Jeeves lo sabría.

–Pues como ella me sentía yo. Y hablando de Jeeves, ¡qué hombre! Rebosa simpatía.

–¿Confiaste en Jeeves?

–Sí. Y le dije lo que me disponía a hacer.

–¿Y no trató de detenerte?

–¿Detenerme? ¡Si me recomendó hacerlo!

–¿Ah, sí?

–Hubieras debido verle, con aquella sonrisa tan amable. Dijo que tú me ayudarías gustosamente.

–¿Eso te dijo?

–Habló muy bien de ti.

–¿De veras?

–Ya lo creo, te tiene un gran aprecio. Recuerdo exactamente sus palabras. «Es posible que míster Wooster, señorita», dijo, «sea mentalmente insignificante, pero tiene un corazón de oro.» Y lo dijo mientras me bajaba desde la borda con

ayuda de una cuerda, tras haberse asegurado primero de que no hubiese moros en la costa. No me era posible tirarme, a causa del chapoteo.

Yo me mordía el labio, un tanto mohíno.

–¿Y qué diablos quería decir con eso de «mentalmente insignificante»?

–Bueno, ya sabes... Necio.

–¡Bah!

–¿Cómo?

–He dicho «bah».

–¿Por qué?

–¿Por qué? –Me sentía muy afectado–. Pues bien, ¿tú no dirías «bah» si tu ex criado fuese por ahí contando a la gente que eras mentalmente insignificante?

–Pero con un corazón de oro.

–No importa el corazón de oro. Lo cierto es que mi criado, mi ex criado, un tipo al que yo siempre he mirado más como un tío carnal que como un asistente personal, va de un lado a otro gritando con toda la fuerza de sus pulmones que yo soy mentalmente insignificante y llenando de chicas mi dormitorio...

–¡Bertie! ¿Acaso estás enfadado?

–¿Enfadado?

–Hablas como si estuvieras enfadado. Y no veo el porqué. Yo pensaba que te sentirías encantado con la oportunidad de ayudarme a llegar hasta el hombre que amo. Sobre todo teniendo ese corazón de oro del que se habla tanto.

–Lo que importa no es que yo tenga un corazón de oro. Montones de personas tienen corazones de oro y, sin embargo, se sobresaltarían al encontrar chicas en sus dormitorios a altas horas de la noche. Lo que no pareces comprender, lo que tú y ese Jeeves al que tanto admiras habéis dejado de incluir en vuestros cálculos, es que yo tengo una reputación que mantener, un nombre impoluto que

he de conservar con su prístina pureza. Y esto no puede lograrse charlando con chicas que llegan a medianoche, sin pedir siquiera permiso, y que te roban fríamente tu pijama color heliotropo...

–¿No esperarías que durmiera con un bañador mojado?

–... y que se meten en tu cama...

Lanzó una exclamación.

–¡Ya sé a qué me recuerda esto! He estado tratando de recordarlo desde que has llegado. El cuento de los tres ositos. Seguro que te lo contaron cuando eras niño. «Hay alguien en mi cama...» ¿No era esto lo que decía el Oso Grande?

Fruncí el ceño, lleno de dudas.

–Tal como yo lo recuerdo, era algo acerca de las gachas de avena. «¿Quién se ha comido mis gachas?»

–Estoy segura de que en el cuento salía una cama.

–¿Cama? ¿Una cama? No puedo recordar ninguna cama. En cambio, acerca de las gachas estoy absolutamente seguro. Pero una vez más nos alejamos del tema. Lo que yo estaba diciendo era que a un soltero de buena reputación como yo, que nunca ha visto en peligro su crédito como tal, difícilmente se le puede culpar por pedir explicaciones a jovencitas que se encuentra en la cama con su pijama color heliotropo...

–Has dicho que me sentaba bien.

–Y te sienta bien.

–Has dicho que tengo muy buen aspecto con él.

–Y tienes muy buen aspecto con él, pero una vez más te niegas a abordar directamente el tema. El asunto es...

–¿Cuántos asuntos habrá? Me parece que ya he contado una docena de ellos.

–Hay un solo asunto, y estoy intentando dejarlo bien claro. En pocas palabras,

¿qué dirá la gente cuando te encuentren aquí?

–Pero es que no me encontrarán aquí.

–¿Eso crees? ¡Ja! ¿Y Brinkley, qué?

–¿Quién es?

–Mi criado.

–¿Tu ex criado?

Hice chasquear la lengua.

–Mi nuevo criado. A las nueve de la mañana me servirá el té.

–Bueno, eso te gustará, ¿no?

–Es que me lo subirá aquí en una bandeja. Se acercará a la cama. La depositará sobre la mesa.

–¿Y por qué?

–Para facilitar que yo levante la taza y tome un sorbo.

–¡Ah, quieres decir que dejará el té! Has dicho que depositará la cama sobre la mesa.

–Yo nunca he dicho nada semejante.

–Que sí. Y bien claramente.

Traté de razonar con la joven.

–Mi querida niña –dije–. Tengo que pedirte seriamente que utilices tu inteligencia. Brinkley no es un malabarista. Es un ayuda de cámara bien adiestrado y consideraría una libertad injustificable el hecho de depositar camas sobre las mesas. ¿Y por qué habría de hacerlo? Jamás se le ocurriría un idea como ésta. El...

Interrumpió mi razonamiento diciendo:

–Espera un momento. Hablas y hablas acerca de Brinkley, pero no hay ningún Brinkley.

–Sí que hay un Brinkley. Y un Brinkley que mañana por la mañana entrará en esta habitación a las nueve, y encontrarte en esta cama bastará para desencadenar un escándalo que estremecerá a la humanidad.

–Quiero decir que no es posible que esté en la casa.

–Claro que está en casa.

–Pues entonces debe ser sordo. Al entrar, he hecho ruido más que suficiente para despertar a seis ayudas de cámara. Aparte de romper una ventana en la parte posterior...

–¿Rompiste una ventana en la parte posterior?

–Tuve que hacerlo, pues de lo contrario no podría haber entrado. Era la ventana de una especie de dormitorio en la planta baja.

–¡Maldición, es la ventana del dormitorio de Brinkley!

–Pues él no se encontraba allí.

–¿Y por qué demonios no estaba? Yo le di la tarde libre, pero no la noche.

–Ya sé lo que habrá ocurrido. Se habrá ido de juerga y no volverá hasta pasados unos días. Un criado que tenía papá lo hizo una vez. El día de su tarde libre, el cuatro de abril, salió de nuestra casa en la calle Sesenta y siete Este de Nueva York con sombrero hongo, guantes grises y un traje a cuadros, y la siguiente noticia que recibimos de él fue un telegrama desde Portland, Oregón, fechado el diez de abril, diciendo que se le habían pegado las sábanas y que no tardaría en regresar. Esto es lo que debe de haber hecho también tu Brinkley.

He de confesar que esta idea me reconfortó considerablemente.

–Esperémoslo –dije–. Si verdaderamente está tratando de ahogar sus penas, la cosa puede exigirle semanas.

–Por tanto, como puedes ver, has estado armando jaleo por nada. Yo siempre

digo que...

Pero no tuve el privilegio de saber qué era lo que ella siempre decía, pues en aquel momento se interrumpió lanzando un chillido. Alguien estaba llamando a la puerta principal.

## 8. PERSECUCIÓN POLICIAL

Nos miramos el uno al otro entre toda clase de conjeturas, pero mudos los dos en aquel rincón de Chuffnell Regis. Aquel ruido atemorizador, al producirse de modo tan inesperado en medio de aquella pacífica noche estival, bastaba para sellar los labios a cualquiera. Y lo que le daba un carácter tan particularmente desagradable para nosotros era el hecho de que ambos hubiéramos llegado simultáneamente a la misma y siniestra conclusión.

–¡Es papá! –gargarizó Pauline, y un rápido movimiento de la mano apagó la vela.

–¿Por qué has hecho esto? –pregunté, muy alarmado, pues la súbita oscuridad parecía empeorar las cosas.

–Pues para que no vea ninguna luz en la ventana, hombre. Si cree que estás durmiendo, es posible que se marche.

–¡Menuda esperanza! –repliqué, al tiempo que los golpes, que habían cesado por un momento, comenzaban de nuevo con más energía que nunca.

–Supongo que será mejor que bajes –dijo la joven con un tono de resignación, pero enseguida pareció animarse–. ¡También podríamos arrojarle una jarra de agua desde la ventana de la escalera!

El sobresalto fue para mí como una sacudida. Había hecho esta sugerencia como si la considerase una de las mejores y más brillantes de su repertorio, y de pronto me di cuenta de lo que significaba hospedar a una muchacha de su temperamento y personalidad. Todo lo que yo había oído o leído acerca de la atolondrada joven generación pareció acudir de nuevo a mi recuerdo.

–¡Ni lo sueñes! –murmuré alarmado–. ¡Borra totalmente este proyecto de tu mente!

Entiéndanme: un J. Washburn Stoker seco y buscando a una hija errante ya era de por sí bastante malo, pero un J. Washburn Stoker estimulado por una jarra de H2O en la cabeza que le indujera a una acerbidad adicional era algo que yo

rehusaba contemplar. El cielo sabía que no me seducía la perspectiva de bajar y pasar parte de la noche con aquel hombre, pero si la alternativa consistía en permitir que su querida hija le empapara hasta los huesos y después esperar mientras él derribaba las paredes con las manos desnudas, estaba decidido a bajar de inmediato.

–Tendré que recibirle –dije.

–Pues ten cuidado.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que te andes con cuidado. Claro que es posible que no lleve un revólver.

Tragué saliva, no sin dificultad.

–¿Cuáles dirías que son, exactamente, las probabilidades en favor y en contra?

Reflexionó unos instantes.

–Estoy tratando de recordar si papá es un sureño o no.

–¿Un qué?

–Sé que nació en un lugar llamado Carterville, pero lo que no puedo recordar es si era Carterville, Kentucky, o Carterville, Massachusetts.

–¿Y qué diferencia puede haber?

–Pues que si mancillas el honor de una familia sureña, es muy fácil que haya tiros.

–¿Tu padre juzgaría que tu presencia aquí ha mancillado el honor de la familia?

–Yo diría que tendería a creerlo.

No pude menos que estar de acuerdo con ella. A primera vista, me parecía que un purista consideraría la mancilla muy plausible, pero no tuve tiempo de sopesar la cuestión, puesto que se reanudaron los golpes con renovado vigor.

–Maldita sea –rezongué–, cualquiera que sea el lugar de nacimiento de ese

abominable padre tuyo, tendré que bajar para hablar con él. De lo contrario, esa puerta no tardará en astillarse.

–No te acerques a él más de lo necesario.

–No lo haré.

–En su juventud fue un gran luchador.

–No es necesario que me digas nada más acerca de tu padre.

–Sólo me refería a que, si puedes evitarlo, vale más que no le dejes hacer presa en ti. ¿Hay algún lugar donde yo pueda esconderme?

–No.

–¿Y por qué no?

–Lo ignoro –repliqué con cierta sequedad–. Esas casitas de campo no las construyen con habitaciones secretas y pasajes subterráneos. Cuando me oigas abrir la puerta principal, deja de respirar.

–¿Pretendes que me ahogue?

Un Wooster, claro está, no expresa tales pensamientos con palabras, pero debo decir que esto se me antojó una idea de las mejores. Tragándome la respuesta, me precipité escaleras abajo y abrí de par en par la puerta. Mejor dicho, la abrí cosa de medio palmo, sin omitir el conservar puesta la cadena.

–¿Sí? –dije–. ¿Qué hay?

Pocas veces he sentido un alivio tan considerable como el que me invadió un momento más tarde.

–¡Oiga! –exclamó una voz–. Ha necesitado tiempo, ¿verdad? ¿Qué le pasa, joven? ¿Está sordo o qué?

En lo esencial no era una voz musical, sino que más bien cabía calificarla como gruesa y un tanto ronca. De haber sido yo su propietario, habría prestado una profunda atención a la cuestión de las amígdalas. Sin embargo, tenía un mérito

supremo que contrarrestaba todos sus defectos. No era la voz de J. Washburn Stoker.

–Lo siento muchísimo –dije–. Estaba pensando en unas cosas y otras. Una especie de ensueño, si sabe lo que quiero decir.

La voz habló de nuevo, no sin asumir esta vez una dosis abundante de suavidad.

–Oh, le pido que me disculpe, señor. Creía que era usted el joven Brinkley.

–Brinkley no está en casa –dije, pensando que si regresaba le diría cuatro palabras acerca de las horas a las que sus amistades efectuaban visitas sociales–. ¿Quién es usted?

–El sargento Voules, señor.

Abrí la puerta. Fuera, la oscuridad era muy intensa, pero conseguí identificar el brazo de la ley. Aquel Voules era un fulano construido según las líneas del Albert Hall, redondo en su mitad y sin gran cosa encima. Siempre me daba la impresión de que la naturaleza había intentado hacer en realidad dos sargentos de policía, pero había olvidado separarlos.

–¡Ah, sargento! –exclamé.

Despreocupado, jovial. Nadie hubiera supuesto que, aparte de sus cabellos, hubiera algo más en la cabeza de Bertram.

–¿Puedo hacer algo por usted, sargento?

Mis ojos se estaban acostumbrando ya a la oscuridad y me fue posible percibir ciertos objetos interesantes junto al camino. El principal de ellos era otro policía, éste alto, flaco y nudoso.

–Es mi joven sobrino, señor. El agente Dobson.

Mi talante no era, exactamente, el apropiado para una reunión de tipo social, y habría deseado que el sargento, por así decirlo, hubiese elegido otro momento, pero incliné amablemente el coco en dirección del agente y murmuré un cordial «¡Ah, Dobson!». Creo que, si mal no recuerdo, dije también algo acerca de que hacía muy buena noche.

Pero, al parecer, no se trataba de una de aquellas reuniones amistosas que rememoran el salón de otros tiempos.

–¿Está enterado, señor, de que hay una ventana rota en la parte posterior de su residencia? Mi sobrino, aquí presente, lo detectó y juzgó que lo mejor era despertarme para que yo lo investigara. Una ventana de la planta baja, señor, de la que se ha desprendido todo un cristal.

Exhibí una sonrisa que era pura bobería.

–¿Eso? Sí, Brinkley lo hizo ayer por la tarde. ¡Es un manazas!

–Está bien. Usted es el que sabe si no hay novedad, señor, pero yo diría que existe el peligro de que los merodeadores se aprovechen de ello para entrar.

Y en aquel instante, el pariente policía, que hasta entonces no había abierto la boca, quiso meter baza.

–Creo haber visto entrar un merodeador, tío Ted.

–¿Cómo? ¿Y por qué no me lo has dicho antes, atontado? Y no me llames tío Ted cuando estamos de servicio.

–No, tío Ted.

–Sería mejor que nos dejara efectuar un registro en la casa, señor –dijo el sargento Voules.

Me apresuré a hacer uso del veto presidencial.

–Desde luego que no, sargento –contesté–. Ni hablar.

–Sería más prudente, señor.

–Lo siento –dije–, pero no puede ser.

Pareció algo picado y molesto.

–Como usted quiera, señor, pero lo que está usted haciendo es ponerle trabas a la policía, y últimamente a ésta se le ponen demasiadas trabas. Ayer hablaba de ello un artículo del Mail. Tal vez lo leyó.

–No.

–En las páginas centrales. Hay que suprimir las trabas que se le ponen a la policía, decía, porque la alarma del público está aumentando en Gran Bretaña, debido al continuo incremento del crimen en los distritos rurales solitarios. Lo recorté para pegarlo en mi álbum. El número de delitos denunciables, decía, ha ascendido de uno tres cuatro cinco ocho uno en 1929 a uno cuatro siete cero tres uno en 1930, con un fuerte ascenso del siete por ciento en los delitos de violencia. ¿Se debe esta situación alarmante a negligencia por parte de la policía?, preguntaba. No, decía, no es así. Se debe a las trabas que se le ponen a la policía.

Era evidente que el buen hombre se sentía herido en lo más vivo. Una situación delicada.

–Pues lo siento –dije.

–Sí, señor, y todavía lo sentirá más cuando suba a su dormitorio y un merodeador le corte el cuello de oreja a oreja.

–Rechace estas visiones de pesadilla, mi estimado sargento de policía –repliqué–. No preveo semejante contingencia. Acabo de bajar y le doy mi palabra de que arriba no hay ningún merodeador.

–Probablemente está oculto, señor.

–Esperando el momento oportuno –sugirió el agente Dobson.

El sargento Voules emitió un profundo suspiro.

–No me gustaría que le ocurriera algo, señor, siendo como es un íntimo amigo de su señoría. Pero ya que usted se obstina...

–No puede ocurrirle nada a nadie en un lugar como Chuffnell Regis.

–No lo crea, señor. Chuffnell Regis decae. Jamás hubiera imaginado tener que ver una troupe de juglares negros cantando canciones cómicas a un tiro de piedra de mi cuartelillo.

–¿Le preocupa su presencia aquí?

–Se han encontrado a faltar varias aves de corral –explicó sombríamente el sargento Voules–. Unas cuantas aves. Y yo tengo mis sospechas. Está bien, vámonos, agente. Si se nos han de poner trabas, nada nos retiene ya aquí. Buenas noches, señor.

–Buenas noches.

Cerré la puerta y regresé enseguida al dormitorio. Pauline estaba sentada en la cama, más o menos picada por la curiosidad.

–¿Quién era?

–La policía.

–¿Qué querían?

–Al parecer, te vieron entrar.

–¡Vaya jaleo te estoy ocasionando, Bertie!

–¡Oh, no! Lo hago con sumo agrado. Bien, creo que debo largarme ya.

–¿Te marchas?

–Dadas las circunstancias –repliqué con cierta frialdad–, difícilmente podría dormir en la casa. Me retiraré al garaje.

–¿No hay un sofá abajo?

–Sí lo hay, pero es de Noé. Lo desembarcó en el monte Ararat. Estaré más cómodo en el coche.

–¡Ay, Bertie, te estoy causando muchas molestias!

Me ablandé ligeramente. Al fin y al cabo, difícilmente se podía culpar a la chica de lo ocurrido. Como había observado Chuffy aquella tarde, el amor es el amor.

–No te preocupes, pequeña. Los Wooster sabemos hacer un sacrificio cuando se trata de echar una mano a dos que se quieren. Pon tu cabecita sobre la almohada, coloca hacia arriba tus rosados piececillos, y duerme. Yo estaré perfectamente.

Y diciendo esto exhibí una sonrisa afectuosa, abandoné el cuarto, bajé por la escalera, abrí la puerta principal y salí a la perfumada noche. No creo que me hubiese alejado de la casa más de una docena de metros cuando cayó sobre mi hombro una mano de plomo, ocasionándome una desazón a la vez mental y física, mientras una negra forma exclamaba:

–¡Ya te tengo!

–¡Ah! –contesté yo.

La negra forma se reveló entonces como la del agente Dobson, de las fuerzas policiales de Chuffnell Regis, que se deshizo en excusas.

–Le ruego que me perdone, señor. He creído que era usted el merodeador.

Me impuse a mí mismo una expresión risueña y afable. El joven hacendado tranquilizando a las capas inferiores de la población.

–No es nada, agente, no es nada. Sólo quería dar un paseíllo.

–Lo comprendo, señor. Para tomar unas bocanadas de aire.

–Lo ha descrito con exactitud. Unas bocanadas, como usted observa astutamente, de aire. La casa no está muy ventilada.

–Sí, señor, nada alejada. Está aquí mismo.

–Quiero decir poco aireada.

–Ya lo creo, señor. Muy buenas noches, señor.

–Hasta la vista, agente.

Seguí mi camino, un poco estremecido. Había dejado abierta la puerta del garaje y llegué a tientas hasta el viejo biplaza, contento de volver a estar solo. En ciertas circunstancias, sin duda, cualquiera habría considerado al agente Dobson una compañía placentera y estimulante, pero esa noche yo prefería su ausencia. Subí al coche y, repantigándome hacia atrás, intenté colocarme de modo apto para conciliar el sueño.

Ahora bien, no me es posible decir si hubiera logrado alcanzarlo de haber sido apropiadas las condiciones. Es una cuestión bastante debatible. En lo tocante a coches biplaza, yo siempre había considerado el mío bastante cómodo, pero es que hasta entonces nunca había tratado de dormir ocho horas en él, y cualquiera se sorprendería ante el número de bultos y protuberancias que de pronto parecen brotar de la tapicería de un coche cuando uno pretende convertirlo en lecho.

Sin embargo, en realidad ni siquiera tuve una oportunidad para efectuar la prueba. No creo que hubiera contado más de un pelotón y medio de ovejas cuando de repente relampagueó una luz en los aledaños y una voz me dio instrucciones para que abandonara el coche.

Me incorporé.

–¡Ah, sargento! –exclamé.

Otro encuentro incómodo, con apuro por ambos lados.

–¿Es usted, señor?

–Sí.

–Siento haberle molestado, señor.

–No se preocupe.

–Nunca se me hubiera ocurrido pensar que estuviera usted aquí, señor.

–Se me ocurrió echar una cabezada en mi coche, sargento.

–Sí, señor.

–Es una noche muy calurosa.

–Desde luego, señor.

Su voz era respetuosa, pero no pude vencer la sospecha de que estaba empezando a mirarme un poco de soslayo. Algo en su actitud me sugirió que consideraba a Bertram un excéntrico.

–Dentro, el ambiente era sofocante.

–¿Sí, señor?

–En verano, a menudo me instalo en el coche.

–¿Sí, señor?

–Buenas noches, sargento.

–Buenas noches, señor.

Ustedes ya saben lo que ocurre cuando alguien se entromete en el momento en que nos disponemos a sumirnos en un dulce sueño. El hechizo queda roto, si entienden lo que quiero decir. Volví a acurrucarme, pero pronto supe que todos mis esfuerzos en pos de una noche de sueño reparador en mi actual entorno serían vanos. Conté unos cinco rebaños más de ovejas de tamaño mediano, pero fue inútil. Comprendí que sería preciso hacer gestiones a través de otros canales.

No había efectuado grandes exploraciones en aquellos territorios por mí ocupados, pero una mañana ocurrió que un intenso aguacero me forzó a buscar el refugio de una especie de cobertizo o dependencia accesoria situada en la esquina suroeste de la finca, donde el jardinero guardaba sus herramientas, los tiestos y otros cachivaches. Y, si no me engañaba la memoria, en aquel cobertizo yo había visto un montón de sacos de arpillera en el suelo.

Sí, bien pueden decir ustedes que los sacos de arpillera, en comparación con una cama, distan de ser una solución ideal, y al decirlo acertarán ustedes de pleno. Pero después de pasar media hora en el asiento de un Widgeon Seven, incluso los sacos empiezan a parecerle a uno más que tentadores. Acaso su textura sea un tanto dura y quizá huelan intensamente a ratón y a tierra extraída de las profundidades, pero queda un punto que es preciso anotar a su favor, y es que le permiten a uno estirar las piernas. Y estirar brazos y piernas era la cosa que más deseaba yo hacer en aquellos momentos.

Además del olor a ratones y a moho, los sacos en los que dos minutos más tarde me recliné ofrecían un acusado aroma propio del jardinero que trabajaba allí durante el día, y hubo un momento en que tuve que preguntarme si la mezcla no era excesivamente recargada. Pero con el tiempo uno se acostumbra a estas cosas y, transcurrido un cuarto de hora, casi me complacía ya con aquella mezcla de esencias. Recuerdo haber inflado los pulmones y más o menos haberla bebido. Pasada más o menos media hora, había empezado a invadirme una suave

modorra.

Y al finalizar más o menos los treinta y cinco minutos, la puerta se abrió de golpe y brilló de nuevo el resplandor de una linterna que ya me era familiar.

–¡Ah! –dijo el sargento Voules.

Y el agente Dobson dijo lo mismo.

Comprendí que había llegado el momento de pulsar una nota vigorosa ante aquellos dos seres nocivos. No soy partidario de ponerle trabas a la policía, pero lo que mantengo es que si la policía patrulla toda la noche el jardín de un ciudadano, sobresaltándole cada vez que está a punto de conseguir un poco de reposo, entonces es totalmente necesario ponérselas.

–¿Sí? –dije, y en mi tono había algo del imperioso aristócrata de antaño–. ¿Qué ocurre ahora?

El agente Dobson había estado diciendo algo, con evidente satisfacción, acerca de haberme visto arrastrarme a través de la oscuridad y haberme seguido como un leopardo, y el sargento Voules, hombre convencido de la necesidad de mantener a los sobrinos en su lugar, observaba que él me había visto primero y me había seguido a lo leopardo, tanto como hubiera podido hacer el agente Dobson, pero al oír estas secas palabras ambos se sumieron en profundo silencio.

–¿Es usted otra vez, señor? –inquirió el sargento con una voz en la que se reflejaba el pasmo.

–¡Sí, soy yo, maldita sea! ¿Puedo preguntar a qué se debe este incesante espionaje? Dormir en estas condiciones se me hace imposible.

–Lo siento mucho, señor. Nunca se me hubiera ocurrido que pudiese ser usted.

–¿Y por qué no?

–Es que... dormir en un cobertizo, señor...

–No me discutirá el hecho de que se trata de mi cobertizo.

–No, señor, pero resulta un poco extraño.

–Yo no veo nada extraño en ello.

–El tío Ted quiere decir «insólito», señor.

–No importa lo que quiera decir el tío Ted. ¡Y no me llames tío Ted! A nosotros, nos ha parecido peculiar.

–No puedo adherirme a su opinión, sargento –contesté muy serio–. Tengo perfecto derecho a dormir allí donde me plazca. ¿O no?

–Sí, señor.

–Exactamente. Podría ser en la carbonera del sótano. Podría ser en los escalones de la entrada principal. Y resulta que es en este cobertizo. Y ahora, sargento, les agradeceré que se retiren. A este paso, cuando despunte el día aún no habré dormido.

–¿Tiene usted la intención de permanecer aquí el resto de la noche, señor?

–Claro. ¿Y por qué no?

Con esta pregunta logré atraparle. Balbució:

–Supongo que no hay razón que lo impida, si éste es su deseo, señor. Pero parece...

–Raro –dijo el agente Dobson.

–Peculiar –dijo el sargento Voules–. Parece peculiar, disponiendo de una buena cama, señor, si me es lícito decirlo...

Me sentía harto de aquella polémica.

–Aborrezco las camas –dije escuetamente–. No puedo soportarlas. Nunca he podido con ellas.

–Muy bien, señor. –Hizo una pausa momentánea–. Un día muy caluroso el que hemos tenido hoy, señor.

–Mucho.

–Mi joven sobrino, aquí presente, estuvo una vez a punto de sufrir una insolación. ¿No es así, agente?

–¡Ah! –contestó el agente Dobson.

–Hizo que se comportara de un modo muy extraño.

–¿De veras?

–Sí, señor. En cierto modo, fue como si se le ahuecara el cerebro.

Sin recurrir a una indebida brusquedad, traté de insuflar en aquel hombre la idea de que no consideraba la una de la madrugada un momento adecuado para conversar sobre el cerebro ahuecado de su sobrino.

–Otro día me contará usted las novedades médicas de la familia –le dije–. Por el momento, prefiero estar solo.

–Sí, señor. Buenas noches, señor.

–Buenas noches, sargento.

–Si me permite hacerle una pregunta, señor, ¿nota una especie de sensación de quemadura en las sienes?

–¿Cómo dice?

–¿Le palpita la cabeza, señor?

–Está empezando a hacerlo.

–¡Ah! Pues buenas noches otra vez, señor.

–Buenas noches, sargento.

–Buenas noches, señor.

–Buenas noches, agente.

–Buenas noches, señor.

La puerta se cerró con suavidad y les oí murmurar durante unos momentos, como un par de especialistas que conferenciaran ante la sala de los pacientes. Después se esfumaron, al parecer, ya que todo quedó tranquilo, exceptuando el murmullo de las olas en la costa. Y, a fe mía, aquellas olas tenían un murmullo tan sedante que gradualmente se apoderó de mí un sopor y, menos de diez minutos después de haber decidido que nunca más podría volver a dormir en este mundo, me sumí en un sueño tan confortable como el de un bebé.

Pero esto no podía durar, claro, al menos en un lugar como Chuffnell Regis, un caserío que contenía más fisgones y curiosos por metro cuadrado que cualquier otro lugar de Inglaterra. Lo que recuerdo a continuación es que alguien me sacudía un brazo.

Me senté. De nuevo brillaba la familiar linterna.

–Vamos a ver, óiganme... –empezaba a decir con no poco vigor, cuando las palabras se helaron en mis labios.

El individuo que me estaba sacudiendo el brazo era Chuffy.

## 9. ENCUENTRO DE ENAMORADOS

Se ha dicho con razón de Bertram Wooster que es un hombre que en todo momento se alegra de ver a sus amigos y que, sin la menor duda, les saludará con una sonrisa cordial y una alegre cuchufleta, pero, aunque a grandes rasgos esto es cierto, debo especificar que lo es con tal de que las condiciones sean las debidas. En la presente ocasión no lo eran. Cuando la novia de un compañero de escuela duerme en la cama de uno ataviada con uno de sus pijamas, cuesta hacer cabriolas con cierto desenfado ante ese compañero de clase si éste se presenta de repente en la inmediata vecindad.

Por consiguiente, no lancé ninguna alegre cuchufleta. Ni siquiera pude improvisar una sonrisa cordial. Me limité a seguir sentado, mirando a aquel hombre con los ojos desorbitados, y preguntándome cómo había llegado allí, cuánto tiempo pensaba quedarse, y cuáles eran las probabilidades de que Pauline Stoker asomara de pronto la cabeza por la ventana y me pidiera a gritos que subiera para librarla de un ratón o cualquier otro peligro.

Chuffy se inclinaba sobre mí como si estuviera a la cabecera de un enfermo, y más allá vi al sargento Voules que se daba aires de enfermera bien adiestrada. Ignoro qué se había hecho del agente Dobson. Parecía demasiado bonito pensar que hubiese muerto, y por lo tanto deduje que habría reanudado su ronda nocturna.

–Todo va bien, Bertie –dijo Chuffy, con voz apaciguadora–. Soy yo, amigo mío.

–Encontré a su señoría junto al puerto –explicó el sargento.

Debo reconocer que me sentí un poco irritado. Cuando un enamorado del calibre de Chuffy se ve separado de la chica de su corazón, no se contenta con prepararse un último trago antes de ir a acostarse, sino que se sitúa debajo de la ventana de ella y allí se queda plantado. Y si ella se encuentra en un yate anclado en medio de un puerto, esto sólo puede hacerse, claro está, infestando el muelle o la playa. Todo correcto, sin la menor duda, pero en las presentes circunstancias más que inconveniente, para usar el término más suave. Y lo que me estaba produciendo irritación era el pensar que, sólo con que se hubiera situado en aquel aparcamiento un poco antes, habría estado en condiciones de dar la

bienvenida a la chica al llegar ésta a tierra, con lo que habría evitado todas las dificultades presentes.

–El sargento estaba preocupado por ti, Bertie. Pensaba que tu actitud era extraña y, por tanto, me ha hecho venir para echarte un vistazo. Muy delicado por su parte, Voules.

–Gracias, milord.

–Una decisión encomiable.

–Gracias, milord.

–No pudo haber hecho cosa más acertada.

–Gracias, milord.

Oírles resultaba vomitivo.

–¿O sea que te ha dado un poco el sol, Bertie?

–No me ha dado ningún maldito sol.

–Así lo ha creído Voules.

–Voules es un asno.

El sargento se picó ligeramente.

–Usted me perdonará, señor, pero me informó de que la cabeza le latía, y yo supuse que se le había ahuecado el cerebro.

–Exactamente. Debes de haber perdido un poco la chaveta, muchacho –dijo amablemente Chuffy–, ¿no crees? Por ejemplo, ¿qué significa esto de dormir aquí, eh?

–¿Y por qué no debería dormir aquí?

Vi que Chuffy y el sargento intercambiaban miradas.

–Pero tú tienes un dormitorio, muchacho. Tienes un bonito dormitorio, ¿no es

así? Yo diría que habías de sentirte mucho más cómodo y contento en tu pequeño pero confortable dormitorio.

Todos los Wooster han sido siempre pensadores muy rápidos. Comprendí que debía conseguir que aquellas maniobras mías parecieran verosímiles.

–En mi dormitorio hay una araña.

–Una araña, ¿eh? ¿De color rosa?

–Rosada.

–¿Con patas largas?

–Patas muy largas.

–Y peludas, ¿verdad?

–Muy peludas.

Los rayos de la linterna caían sobre la cara de Chuffy y en este momento vi cómo se introducía en su expresión un cambio sutil. Un instante antes había sido el viejo y solícito doctor Chuffnell, seriamente preocupado por el enfermo grave a cuya cabecera había sido llamado, pero en ese momento mostraba una sonrisa de lo más desagradable e, incorporándose, se llevó al sargento Voules a un lado y le hizo una observación que me bastó para saber que yo había hecho una interpretación totalmente errónea del asunto.

–Está bien, sargento. No hay de qué preocuparse. Sencillamente, ha pillado una curda de campeonato.

Supongo que se imaginaba estar hablando en voz baja, como exigía el tacto, pero sus palabras llegaron claramente a mis oídos, así como la respuesta del sargento.

–¿De verdad, milord? –exclamó el sargento Voules, y su voz era la del sargento ante el cual todo se aclara de repente.

–Ahí está todo el problema. Borracho como una cuba. ¿Observa el brillo apagado de sus ojos?

–Sí, milord.

–Le he visto así en otras ocasiones. Una vez, después de una cena de órdago en Oxford, insistió en que era una sirena y pretendía zambullirse en la fuente del colegio y tocar el arpa allí.

–Los jóvenes caballeros siempre serán jóvenes caballeros –dijo el sargento Voules, con una actitud tolerante y liberal.

–Tenemos que meterlo en la cama.

Me levanté de un salto. Horrorizado. Temblando como una hoja.

–¡No quiero ir a la cama!

Chuffy me dio unas palmadas afectuosas en el brazo.

–Está bien, Bertie. De acuerdo. Lo comprendemos. No me extraña que te hayas asustado. Una araña enorme y asquerosa. Capaz de asustar a cualquiera. Pero ahora todo irá bien. Voules y yo subiremos a tu cuarto contigo y la mataremos. A usted no le dan miedo las arañas, ¿verdad, Voules?

–No, milord.

–¿Lo has oído, Bertie? Voules te defenderá. Voules puede hacer frente a cualquier araña. ¿Cuántas arañas me dijo que había matado aquella vez en la India, Voules?

–Noventa y seis, milord.

–¿Y grandes, si mal no recuerdo?

–Enormes, milord.

–Ya lo ves, Bertie. No hay nada que deba asustarte. Cójale este brazo, sargento. Yo le cogeré el otro. Ahora relájate, Bertie. Nosotros te sostendremos.

Rememorando los hechos, pienso que tal vez no obré con acierto en esta coyuntura. Cabe que unas cuantas palabras bien elegidas me hubieran sido más útiles, pero es bien sabido lo que ocurre con las palabras bien elegidas. Cuando

son más necesarias, no se encuentran. El sargento había empezado a congelarse sobre mi brazo izquierdo, y a mí no se me ocurría ni la más mínima observación. Por consiguiente, en vez de ofrecer conversación, le asesté un puñetazo en la barriga y salí de estampida en busca de espacios más abiertos.

Pero, claro, no es posible ir muy lejos a toda velocidad en un oscuro cobertizo en el que están, desordenadamente esparcidas, las pertenencias de un jardinero. Supongo que habría allí más de media docena de cosas con las que pude haber tropezado, pero la que finalmente me puso la zancadilla fue una regadera. Caí con un ruido sordo y alarmante, y cuando la razón volvió a su trono descubrí que me estaban transportando, a través de la noche estival, en dirección a la casa. Chuffy me sostenía por debajo de los brazos y el sargento Voules se había uncido a mis pies, y así entrelazados atravesamos la puerta frontal y emprendimos el ascenso de la escalera. Tal vez no fuese lo que se dice un cortejo ridículo, pero se le aproximaba lo suficiente como para herir mi amour propre.

No era, sin embargo, que en aquellos momentos pensara yo intensamente en mi amour propre. Habíamos llegado ya a la puerta del dormitorio y lo que yo me preguntaba era lo que ocurriría cuando Chuffy la abriese y se enterase de su contenido.

–Chuffy –dije, y hablé con firmeza–, ¡no entres en esa habitación!

Pero de nada sirve hablar con firmeza si la cabeza de uno cuelga hacia abajo y la lengua se enreda con los dientes posteriores. Lo que en realidad surgió de mi boca fue una especie de gárgara y Chuffy la interpretó erróneamente.

–Ya lo sé, ya lo sé –dijo–. No importa. Pronto estarás en tu cama.

Juzgué ofensiva su actitud y así lo hubiera dicho, pero en aquel momento mis labios se habían quedado, como si dijéramos, privados del habla a causa del asombro. Con una rápida sacudida, mis camilleros me habían arrojado de repente sobre la cama, y todo lo que había encontrado mi armazón era una manta y una almohada. No había ni la menor traza de lo que pudiera ser una muchacha con un pijama color heliotropo.

Me quedé echado, sin dejar de pensar. Chuffy había localizado la vela y la había encendido, y ya se encontraba en condiciones para atenderme.

Pauline Stoker había desaparecido, sin dejar tras ella ni los restos del naufragio,

como recuerdo haber oído decir a Jeeves en cierta ocasión.

Extraño, muy extraño.

Chuffy estaba despidiendo a su ayudante.

–Gracias, sargento. Ahora ya me las puedo arreglar.

–¿Está seguro, milord?

–Sí, no hay ningún problema. Siempre se queda dormido como un tronco en estas ocasiones.

–Entonces me marcharé, milord. Es algo tarde para mí.

–Sí, márchese. Buenas noches.

–Buenas noches, milord.

El sargento bajó por la escalera con un estrépito propio de dos sargentos, y Chuffy, con la actitud de la madre que vela a un hijito dormido, me quitó las botas.

–Ea, hombrecillo –dijo–. Ahora te estarás muy quieto, Bertie, y quiero que te tomes la cosa con calma.

A menudo me he preguntado si debí o no expresar algún comentario sobre lo que yo consideraba una insoportable nota condescendiente en su voz al llamarme «hombrecillo». Hubiera querido hacerlo, pero vi que sería infructuoso, a no ser que encontrase algo más hiriente que una simple protesta, y precisamente cuando buscaba en mi mente la frase más indicada se abrió la puerta del armario empotrado anexo a la habitación y Pauline Stoker se adelantó como si no tuviera la menor dificultad en el mundo. De hecho, mostraba una expresión claramente divertida.

–¡Vaya noche! ¡Vaya noche! –exclamó, muy risueña–. Hemos escapado por los pelos, Bertie. ¿Quiénes eran esos hombres a los que he oído salir de la casa?

Y entonces vio de repente a Chuffy, lanzó una especie de graznido entrecortado y la luz del amor brilló en sus ojos como si alguien hubiera accionado un

interruptor.

–¡Marmaduke! –gritó, y se quedó inmóvil y con la mirada fija.

Sin embargo, Dios sabe que era mi pobre compañero de aula el que miraba fijamente, en el más exacto y pleno sentido de la expresión. He visto en mis tiempos maestros de la mirada fija, muchos de ellos, pero jamás uno cuya actuación pudiera compararse, siquiera fuese remotamente, con la ofrecida entonces por Chuffy. Sus cejas se habían disparado hacia lo alto, su mandíbula había caído, y los ojos sobresalían dos o tres centímetros más allá de las órbitas. Daba también la impresión de querer decir algo, pero en esto fracasaba lamentablemente. Nada salía de su boca excepto un sonido sibilante y más bien desagradable, no tan estridente como el alboroto que produce una radio cuando uno le da demasiado al mando del volumen, pero en otros aspectos muy semejante a él.

Entretanto, Pauline había empezado a avanzar con el aire de la mujer que va a reunirse con su amante diabólico, y una especie de compasión por la joven brotó con fuerza en el pecho de Wooster. Quiero decir que cualquier observador externo como yo vería con la mayor claridad que había optado por un ángulo de la situación que era totalmente desacertado. Yo podía leer en Chuffy como en un libro, y sabía que ella se equivocaba por completo con respecto a lo que suponía que eran las emociones de él en aquella coyuntura. Aquel ruido especial que estaba produciendo yo podía diagnosticarlo, pero no como la llamada amorosa que ella parecía imaginar, sino como el enérgico y severo gruñido del hombre que, al encontrar a su amada en hogar ajeno y con un pijama color heliotropo, se siente herido en lo más vivo, apuñalado por la espalda y tan dolorido como un flemón.

Pero ella, pobre boba, en su alegría al verle, ni siquiera había empezado a sospechar que él, dadas las circunstancias, tal vez no se alegrara tanto al verla a ella. Con el resultado de que, cuando en esta coyuntura él dio un paso atrás y cruzó los brazos al tiempo que exhibía una amarga sonrisa, fue como si hubiera hurgado un ojo de la joven con una estaca candente. Toda luz se apagó en la cara de ella y en su lugar apareció la expresión de dolor y perplejidad de la bailarina descalza que, en plena ejecución de «La visión de Salomé», pisa una tachuela.

–¡Marmaduke!

Chuffy le dedicó otra mueca llena de amargura.

–¡Ajá! –dijo, recuperando el habla... Si a aquello se le podía llamar habla.

–¿Qué quieres decir? ¿Por qué me miras así?

Juzgué llegado el momento de pronunciar unas palabras. Había abandonado la cama al entrar Pauline y, por unos momentos, me había aproximado disimuladamente a la puerta con la idea, apenas esbozada, de partir en busca de grandes espacios abiertos. Pero, en parte porque pensé que no era propio de un Wooster tomar las de Villadiego en un momento como aquél, y en parte porque no llevaba puestas las botas, había decidido quedarme. Y entonces intervine, haciéndolo con palabras bien escogidas.

–Lo que se necesita en una ocasión como ésta, Chuffy, viejo amigo –dije–, es simplemente fe. El poeta Tennyson nos dice...

–Cállate –me ordenó Chuffy–. De ti no quiero oír nada.

–De acuerdo –contesté–, pero de todos modos la fe es mejor que la sangre normanda, y esto es irrefutable.

Pauline parecía un tanto confusa.

–¿Fe? ¿Qué...? ¡Oh! –exclamó, callándose de repente. Y noté que un rubor carmesí invadía sus facciones–. ¡Oh! –repitió.

Sus mejillas siguieron ardiendo, pero ya no era el rubor de la modestia lo que las encendía. Doy por sentado que aquel primer «¡Oh!» lo había causado el darse cuenta de sus piernas enfundadas en el pantalón del pijama y el hecho de advertir la naturaleza equívoca de su situación. El segundo fue diferente. Fue el grito salido del corazón de una mujer más irritado que una avispa.

Ustedes ya saben cómo ocurren estas cosas. Una chica sensible y espiritual pasa por toda una odisea para ganarse a pulso al tipo al que ama, saltando desde yates, nadando en aguas desagradablemente frías, escalando casitas de campo y utilizando pijamas ajenos, y entonces, cuando ha llegado al término del viaje, como si dijéramos, y espera una tierna sonrisa y unas palabras cariñosas susurradas al oído, sólo consigue un ceño fruncido, un labio retorcido, un ojo suspicaz y, en una palabra, el repudio. Como es natural, la chica se siente un

tanto amoscada.

–¡Oh! –dijo por tercera vez, y sus dientes produjeron un leve chasquido, de lo más desagradable–. ¿De modo que esto es lo que tú crees?

Chuffy meneó la cabeza con impaciencia.

–Claro que no.

–Sí lo crees.

–Que no.

–Sí lo crees.

–No creo nada de eso –insistió Chuffy–. Sé que Bertie ha...

–... sido exquisitamente correcto en su conducta y en todo momento –sugerí yo.

–... estado durmiendo en el cobertizo –continuó Chuffy, y debo añadir que su versión era muy inferior a la mía–. No es ésta la cuestión. Persiste el hecho de que, a pesar de ser mi prometida y de pretender esta tarde que te parecía de perlas este noviazgo conmigo, todavía estás tan enamorada de Bertie que no puedes vivir lejos de él. Tú crees que yo ignoro que te prometiste con él en Nueva York, pero lo sé todo. ¡Oh, no es que me queje! –agregó Chuffy, como un San Sebastián en el momento de recibir la decimoquinta flecha–. Tienes perfecto derecho a amar al que tú quieras...

–A quien tú quieras, muchacho. –No pude evitar corregirle, ya que Jeeves ha hecho de mí un purista en tales cuestiones.

–¿Quieres callarte?

–Claro, claro.

–Una y otra vez has de meter cucharada en...

–Lo siento, lo siento. No volverá a ocurrir.

Chuffy, que me había estado mirando como si acariciara la idea de golpearme con un instrumento contundente, miró una vez más a Pauline como si acariciara

la idea de golpearla con un instrumento contundente.

–Pero... –Hizo una pausa–. Ahora me has hecho olvidar lo que iba a decir –dijo con cierta displicencia.

Pauline saltó al ruedo. Todavía hervía en ella la irritación y sus ojos lanzaban chispas. He visto los ojos de mi tía Agatha centellear así, exactamente, cuando se disponía a abroncarme por alguna supuesta fechoría. De la luz del amor no quedaba ni traza.

–Está bien. Pues entonces tal vez escucharás lo que voy a decir yo. ¿Supongo que no presentarás objeción si tomo la palabra?

–Ninguna –aseguró Chuffy.

–Ninguna, ninguna –dije yo.

Sin la menor duda, Pauline estaba fuera de sí. Oí cómo chasqueaban los dedos de sus pies.

–En primer lugar, ¡me pones enferma!

–¿De veras?

–Sí, de veras. Y, en segundo lugar, espero no verte nunca más en este mundo ni en el otro.

–¿De verdad?

–Sí, de verdad. Te odio. ¡Ojalá no te hubiera conocido nunca! Creo que eres un cerdo peor que cualquiera de los que crías en ese detestable caserón tuyo.

Esto me interesó.

–No sabía que criaras cerdos, Chuffy.

–Black Berkshires –dijo él distraídamente–. Está bien, si es así como tú...

–Eso de los cerdos da dinero.

–Pues muy bien –dijo Chuffy–. Si es esto lo que tú crees, pues muy bien.

–Ya lo creo que está muy bien.

–Es lo que he dicho: muy bien.

–Mi tío Henry...

–Bertie –dijo Chuffy.

–Dime.

–No quiero oír nada acerca de tu tío Henry. No me interesa tu tío Henry. Me parecerá perfecto que tu maldito tío Henry tropiece y se rompa su maldito pescuezo.

–Demasiado tarde, muchacho. Murió hace tres años. Neumonía. Yo sólo decía que criaba cerdos. Y con ello se sacaba una buena tajada.

–¿Quieres callarte de una...?

–Sí, y tú también –dijo Pauline–. ¿O es que te dispones a pasar la noche aquí? Me gustaría que dejases de hablar y que te largaras.

–Lo haré –aseguró Chuffy.

–Pues hazlo –insistió Pauline.

–Buenas noches –dijo Chuffy, y se dirigió hacia el rellano de la escalera–. Pero una última palabra... –dijo con un gesto amplio y apasionado.

Claro, yo hubiera podido decirle a mi pobre amigo que no se pueden hacer estas cosas en las casitas de campo del viejo mundo. Sus nudillos chocaron con una viga saliente, un dolor de agonía le hizo bailar, perdió el equilibrio y un momento después se encontró camino de la planta baja como si fuera un saco de carbón.

Pauline Stoker corrió hacia la barandilla y miró abajo.

–¿Te has hecho daño? –gritó.

–¡Sí! –aulló Chuffy.

–¡Espléndido! –exclamó Pauline.

Volvió a entrar en la habitación y la puerta principal se cerró con violencia, como si estallara un corazón abrumado.

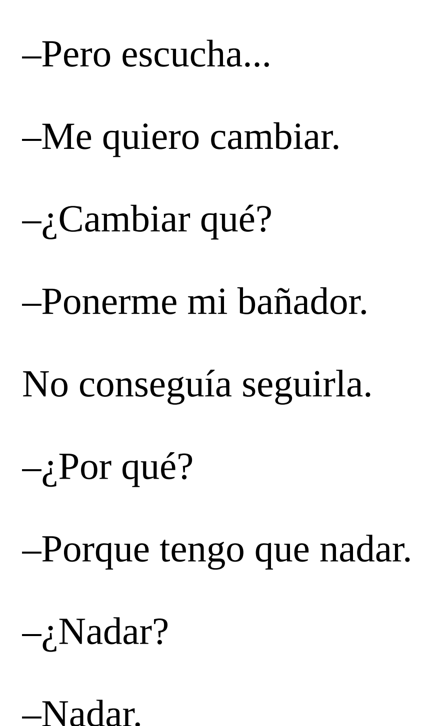
# 10. OTRO VISITANTE

Suspiré con cierta profundidad. Con la partida de la mitad masculina de aquella pieza dramática, parecía que en la atmósfera se hubiera desvanecido parte de la tensión. Por más que en el pasado yo siempre le hubiera considerado un excelente compañero, Chuffy no había hecho gala precisamente de una gran camaradería durante la escena que acababa de tener lugar, con el resultado de que durante algún tiempo yo me había sentido más bien como Daniel en el foso de los leones.

Pauline jadeaba ligeramente. No era que bufara, pero la cosa se acercaba muchísimo a lo que podríamos definir como la frontera de un bufido. Su mirada era dura y brillante. Sus emociones eran profundas. Recogió su traje de baño.

–Lárgate, Bertie –dijo.

Yo había estado esperando una charla tranquila, en el curso de la cual revisáramos la situación, tocando un punto y después otro, y pugnando por determinar qué era lo mejor que cabía hacer.



–Pero escucha...

–Me quiero cambiar.

–¿Cambiar qué?

–Ponerme mi bañador.

No conseguía seguirla.

–¿Por qué?

–Porque tengo que nadar.

–¿Nadar?

–Nadar.

La miré fijamente.

–¿No se te ocurrirá volver al yate?

–Voy a volver al yate.

–Pero yo quería hablar de Chuffy.

–No quiero que me mencionen su nombre nunca más.

Parecía llegado el momento de ser el sesudo y prudente mediador.

–¡Vamos, vamos!

–¿Qué?

–Cuando digo «Vamos, vamos» –expliqué–, me refiero a que seguramente no pretenderás darle al pobre chico un despido permanente a causa de una nimia trifulca de enamorados...

Me miró de una manera un tanto peculiar.

–¿Te importaría repetir eso? Sólo las últimas palabras.

–¿Nimia trifulca de enamorados?

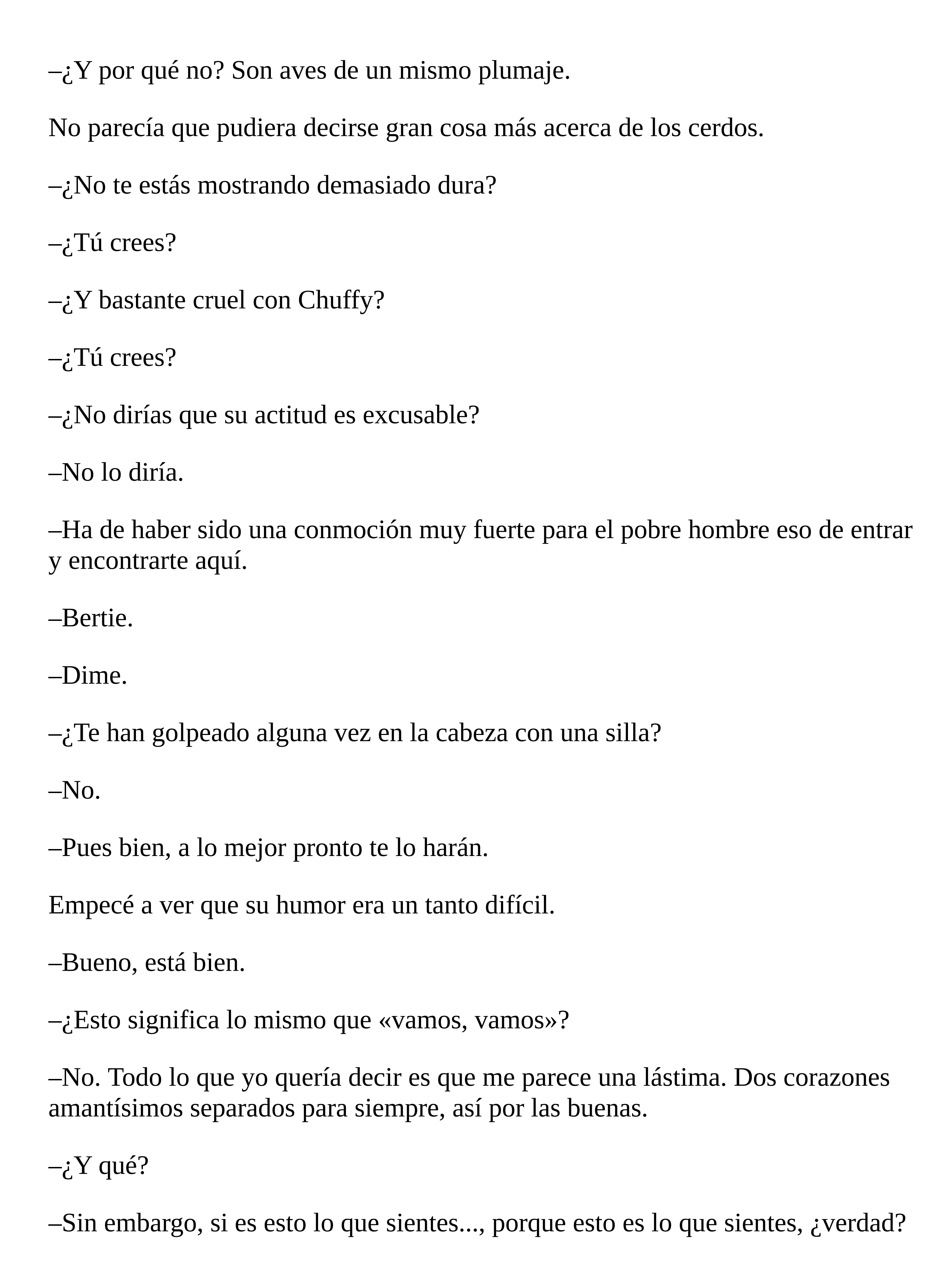
Respiró con dificultad y, por un momento, experimenté la sensación de un retorno al foso de los leones.

–No estaba segura de haberlas captado correctamente –me dijo.

–Quiero decir que tienes (a) una chica y (b) un chico y excitas sus generosas naturalezas, y el resultado es que cada uno dice montones de cosas que él o ella no quiere decir.

–¿Sí? Pues bien, permíteme que te diga que confirmo todas las palabras que he dicho antes. Le he dicho que no quería volver a hablar con él nunca más. Y así es. Le he dicho que le odio. Y es verdad. Le he dicho que es un cerdo. Y lo es.

–Oye, es curioso eso de los cerdos de Chuffy. No tenía idea de que los criara.


–¿Y por qué no? Son aves de un mismo plumaje.

No parecía que pudiera decirse gran cosa más acerca de los cerdos.

–¿No te estás mostrando demasiado dura?

–¿Tú crees?

–¿Y bastante cruel con Chuffy?

–¿Tú crees?

–¿No dirías que su actitud es excusable?

–No lo diría.

–Ha de haber sido una conmoción muy fuerte para el pobre hombre eso de entrar y encontrarte aquí.

–Bertie.

–Dime.

–¿Te han golpeado alguna vez en la cabeza con una silla?

–No.

–Pues bien, a lo mejor pronto te lo harán.

Empecé a ver que su humor era un tanto difícil.

–Bueno, está bien.

–¿Esto significa lo mismo que «vamos, vamos»?

–No. Todo lo que yo quería decir es que me parece una lástima. Dos corazones amantísimos separados para siempre, así por las buenas.

–¿Y qué?

–Sin embargo, si es esto lo que sientes..., porque esto es lo que sientes, ¿verdad?

–Sí.

–Y ahora llegamos a esa idea de volver a casa a nado. A mí me parece una locura.

–Es que ahora ya no hay nada que me retenga aquí, ¿no crees?

–No, pero eso de nadar en plena noche... Vas a encontrar un agua muy fría.

–Y mojada. No importa.

–¿Y cómo subirás a bordo?

–Subiré. Puedo trepar por aquel trasto del que cuelgan el ancla. Lo he hecho antes. Por consiguiente, retírate y deja que me cambie.

Salí al rellano y, al poco rato, apareció ella en traje de baño.

–No es necesario que me acompañes.

–Claro que lo haré, si es que de veras te vas.

–Ya lo creo que me voy.

–Está bien, si no hay más remedio.

Más allá de la puerta principal, el aire parecía más cortante que nunca. La mera idea de sumergirse en las aguas del puerto me daba escalofríos. Pero esto no ejerció el menor efecto en ella. Se deslizó a través de la oscuridad sin pronunciar una palabra, y yo subí otra vez en busca de mi cama.

Cabría suponer que, después de garajes y cobertizos para almacenar tiestos, el hecho de encontrarme en una cama había de dar como resultado un sueño instantáneo. Pues no. No me fue posible conciliarlo. Cuanto más lo intentaba, más se orientaba mi mente hacia la tragedia –así podríamos llamarla– en la que tan recientemente había participado. No me importa admitir que me dolía el corazón a causa de Chuffy. Y también me dolía por Pauline. Me dolía por los dos.

Y es que hay que considerar los hechos. Dos personas bien equilibradas, hechas

la una para la otra a lo largo –casi podríamos decir– de toda la eternidad, y mandándose mutuamente a freír espárragos sin el menor motivo. Penoso. Odioso. Perjudicial para todos. Cuanto más pensaba en ello, más descabellado me parecía.

Y, no obstante, había ocurrido. Se habían cruzado palabras. Se habían roto relaciones. La fiesta había concluido sin remedio.

En tales ocasiones, el observador compasivo sólo puede hacer una cosa, y me daba cuenta ahora de que era absurdo no haberla hecho antes de meterme en la cama e intentar dormir.

La botella de whisky estaba en la alacena. Y también el sifón. Y asimismo el vaso. Me preparé una saludable dosis y tomé asiento. Y al hacerlo, observé la presencia de una hoja de papel sobre la mesa.

Era una nota de Pauline Stoker.

Querido Bertie:

Tenías razón acerca del frío que hace. No me he atrevido a hacer la travesía a nado. Pero hay una barca junto al embarcadero. Remaré hasta el yate y la dejaré a la deriva. He vuelto para tomar prestado tu abrigo. No quería molestarte y, por tanto, he trepado hasta la ventana. Me temo que deberás sacrificar el abrigo, puesto que, como es natural, tendré que arrojarlo por la borda cuando llegue al yate. Lo siento.

P. S.

¿Se fijan en el estilo? Conciso. Staccato. Revelación de un corazón herido y una mentalidad vigorosa. Sentí todavía más lástima por ella, pero me alegró pensar que probablemente se libraría de un buen resfriado. En cuanto al abrigo, un despreocupado encogimiento de hombros zanjó la cuestión. Contento de cederlo, resumía más o menos mi actitud al respecto.

Rompí la nota y volví junto a mi vaso.

No hay nada como un whisky con soda algo cargado para calmar el sistema. Transcurrido otro cuarto de hora, me sentía tan sosegado que pude contemplar de nuevo la cama, confiando esta vez en que cabía apostar a razón de ocho contra tres, por lo menos, que me esperaba un descanso restaurador.

En vista de ello, me levanté y me disponía a volver al piso alto cuando, por segunda vez aquella noche, alguien procedió a golpear estruendosamente la puerta principal.

No sé si ustedes me calificarían como un hombre irascible. Me inclino a creer que no. Pregunten acerca de mí en el Club Los Zánganos, y probablemente les dirán que Bertram Wooster, si el tiempo lo permite, es la suavidad personificada. Ello no obstante, tal como me había visto forzado a demostrarle a Jeeves en la cuestión del banjo, no se me puede empujar más allá de cierto límite. Solté la cadena con el entrecejo fruncido y una gélida mirada, dispuesto a propinar al sargento Voules –pues daba por supuesto que era él– la mayor reprimenda que hubiera recibido en toda su vida.

«Voules», estaba dispuesto a decir, «yo creo que ya es suficiente. Este acoso policial debe cesar. Es tan monstruoso como inmerecido. No estamos en Rusia, Voules. Y debo recordarle, Voules, que existen cosas tales como una carta enérgica al Times.»

Esto, o algo parecido, es lo que le hubiera dicho al sargento Voules, y lo que me refrenó no fue la debilidad ni tampoco la compasión, sino el hecho de que el hombre agarrado a la aldaba no era ni mucho menos Voules. Era J. Washburn Stoker, y me estaba mirando con una especie de furia enconada que, de no ser por el hecho de que yo acababa de ingerir un buen trago reconstituyente y de que me constaba que su hija Pauline se encontraba lejos de mi casa, sin la menor duda me hubiera producido un intenso desconcierto.

Por consiguiente, me mantuve tranquilo.

–¿Sí? –dije.

Había introducido tal carga de altanería y helada sorpresa en esta palabra que un hombre de menor calibre hubiera sido proyectado hacia atrás como si le hubiese alcanzado una bala. J. W. Stoker la encajó sin pestañear. Me empujó hacia el

interior de la casa, y acto seguido hizo presa en mi hombro.

–¡Vamos a ver! –dijo.

Me solté fríamente. Tuve que sacar el cuerpo fuera de la chaqueta de mi pijama para conseguirlo, pero me salí con la mía.

–¿Cómo dice?

–¿Dónde está mi hija?

–¿Su hija Pauline?

–Sólo tengo una hija.

–¿Y me pregunta dónde está esa única hija?

–Yo sé dónde está.

–Entonces, ¿por qué lo pregunta?

–Está aquí.

–Pues devuélvame la chaqueta de mi pijama y dígale que venga.

En realidad, nunca he visto a un hombre al que le rechinen los dientes, y por tanto no me atrevo a afirmar con certeza que esto fue lo que le sucedió a J. Washburn Stoker en aquella coyuntura. Es posible que así fuera, pero también cabe que no. Cuanto puedo decir con autoridad es que los músculos sobresalían en sus mejillas y que sus mandíbulas empezaron a trabajar como si mascaran chicle. No resultaba un espectáculo agradable, pero, gracias a haberme preparado aquel whisky con soda particularmente fuerte, a fin de facilitar el sueño, fui capaz de arrostrarlo con fortaleza y flema.

–¡Está en esta casa! –exclamó, mientras continuaba rechinando los dientes, si es que los rechinaba.

–¿Qué le hace pensar semejante cosa?

–Le diré lo que me hace pensar semejante cosa. He entrado hace media hora en su camarote y estaba vacío.

–Pero ¿qué diablos le hace suponer que haya venido aquí?

–Porque sé que ella está enamorada de usted.

–En absoluto. Me mira como podría mirarme una hermana.

–Voy a registrar esta casa.

–Adelante con ello.

Subió raudo por la escalera y yo regresé a mi trago. No el mismo trago, sino otro. Pensé que, dadas las circunstancias, una repetición estaba más que justificada. Y finalmente mi visitante, que había subido como un león, bajó como un cordero. Supongo que un progenitor que irrumpe en la casa de un casi desconocido a altas horas de la madrugada, en busca de una hija extraviada, ha de sentirse más o menos como un perfecto estúpido. Sé que así me hubiera sentido yo, y al parecer lo mismo le ocurría a Stoker, puesto que dio unos pasos inciertos y vi que había perdido una buena ración de vapor o fuerza motivadora.

–Le debo una disculpa, míster Wooster.

–Dejémoslo.

–Al descubrir que Pauline se había marchado, di por sentado que...

–No piense más en ello. Son cosas que pueden ocurrirle a cualquiera. Errores por ambas partes, etcétera. ¿Tomará algo antes de marcharse?

Me parecía que sería un gesto prudente retenerle en mi casa todo lo posible, a fin de dar a Pauline tiempo sobrado para volver al yate. Pero no se dejó tentar. Sin duda, su mente estaba demasiado ocupada para pensar en tragos.

–No tengo ni la menor idea de dónde puede haber ido –dijo, y cualquiera se hubiera sorprendido al oír la suavidad de su voz, e incluso el pathos amistoso de la misma. Era como si Bertram hubiera sido un viejo y sabio amigo al que él estuviera confiando sus pequeñas cuitas. El hombre parecía estar auténticamente desinflado. Un niño habría podido hacer de él lo que hubiera querido.

Procuré darle un poco de ánimo.

–Supongo que habrá querido nadar un poco.

–¿A estas horas de la noche?

–Las chicas hacen cosas raras.

–Y ella es una chica muy especial. Eso de que se haya enamorado de usted, por ejemplo...

Esto me pareció una falta de tacto y hubiera fruncido levemente el ceño de no haber recordado que deseaba desengañar a mi visitante, si desengañar es la palabra exacta, de la idea de que existiera semejante enamoramiento.

–Corrija esta noción de que miss Stoker se halla bajo mi fatal hechizo –le rogué–. Se ríe a carcajadas apenas me ve.

–Pues esta tarde yo no he tenido esta impresión.

–¿Aquello? Tan sólo afecto entre hermano y hermana. No volverá a ocurrir.

–Será lo mejor –replicó, volviendo por un momento a lo que podríamos llamar su actitud anterior–. Bien, no deseo entretenerle más, míster Wooster. De nuevo le presento mis excusas por haberme comportado como un imbécil.

No llegué a darle una palmada en la espalda, pero hice un gesto que indicaba este deseo.

–No tiene importancia –contesté–. Ni la menor importancia. Ojalá tuviera yo una libra por cada vez que me he comportado como un imbécil.

Y con estas cordiales manifestaciones nos separamos. Se alejó por el camino del jardín y, tras haber esperado unos diez minutos por si acaso a alguien más se le ocurría hacerme una visita de cortesía, vacié mi vaso y fui a acostarme.

Intentos y realizaciones se habían ganado el reposo nocturno, o lo más parecido a un reposo nocturno en un lugar lleno de Stokers, Paulines, Voules, Chuffys y Dobsons. No pasó largo tiempo antes de que se me cerraran los fatigados párpados y me sumiera en el sueño.

Parece casi increíble, teniendo en cuenta lo que era la vida nocturna de Chuffnell

Regis, pero la siguiente cosa que me despertó no fue una muchacha que saliera de debajo de mi cama, su padre entrando de un salto con una expresión sanguinaria, ni un sargento de policía ejecutando ritmos musicales con la aldaba de la puerta, sino los pajarillos que, ante mi ventana, anunciaban el nuevo día.

Y cuando hablo de anunciar me refiero a que eran las diez y media de una excelente mañana estival, y la luz solar que entraba a raudales por la ventana parecía invitarme a abandonar la cama y ver qué podía hacer con un huevo, un poco de tocino y una buena cafetera humeante.

Me bañé y me afeité apresuradamente, y bajé a la cocina, lleno de joie de vivre.

# 11. LA SINIESTRA CONDUCTA DE UN PROPIETARIO DE YATE

Sólo después de haber dado buena cuenta de mi desayuno y cuando estaba tocando el banjo en el jardín frontal, algo pareció susurrar a mi oído, con tono de reproche, que no tenía derecho a sentirme tan campante en lo que era, esencialmente, tan sólo la mañana después. A lo largo de la noche, se había perpetrado tarea sucia. La tragedia había acechado la casa. Apenas diez horas antes, yo había sido testigo de una escena que, por ser yo el hombre de excelente fibra por el que me gustaba tenerme, hubiera tenido que eliminar de mi vida toda dicha posible. Dos corazones amantísimos, con uno de los cuales había ido a clase en Oxford, se habían enfrentado con dureza en mi presencia y, tras haberse hecho polvo mutuamente, se habían separado muy airados, para –de acuerdo con las últimas noticias– no volver a reunirse nunca más. Y allí estaba yo, despreocupado e insensible, tocando Levanto mi dedo y digo tuit-tuit con el banjo.

Un grave error. Cambié a Cuerpo y alma, y me invadió una sobria tristeza.

Algo debía hacerse, pensé. Era preciso tomar medidas y explorar caminos.

Sin embargo, no se me ocultaba que la situación era compleja. Generalmente, de acuerdo con mi experiencia, cuando uno de mis amigos ha roto las relaciones diplomáticas con una chica, o viceversa, se han alojado los dos en una casa de campo o al menos han vivido en Londres, no resulta tan difícil concertar un encuentro y unir de nuevo sus manos con una sonrisa benevolente. Pero, en este asunto de Chuffy y Pauline Stoker, consideremos los hechos. Ella se encontraba en el yate, prácticamente cargada de grilletes, y él en el Hall, cinco kilómetros tierra adentro. Y cualquiera que quisiera proceder a un apretón de manos había de ser una fuerza mucho más móvil que yo. Cierto que mi posición ante el viejo Stoker había mejorado algo la última noche, pero por su parte no había mostrado ninguna disposición a concederme la entrada en su yate. Todo parecía indicar que mis posibilidades para ponerme en contacto con Pauline y tratar de hacerla razonar eran las mismas que se hubieran ofrecido si ella no hubiese venido nunca de los Estados Unidos.

Me daba cuenta de que era todo un problema, y seguía meditando al respecto cuando oí el chasquido de la puerta de la cerca del jardín y vi a Jeeves avanzar

por el sendero.

–Ah, Jeeves –dije.

Es probable que mi actitud le pareciera algo distante, y, efectivamente, tal era mi intención. Lo que Pauline me había dicho acerca de sus inexactas e inconsideradas observaciones referentes a mi mentalidad había herido considerablemente mi amor propio. No era la primera vez que había dicho semejante cosa, y uno tiene sus sentimientos.

Pero si captó mi altivez, fingió ignorarla y su porte mantuvo la placidez y tranquilidad de siempre.

–Buenos días, señor.

–¿Viene del yate?

–Sí, señor.

–¿Se encontraba allí miss Stoker?

–Sí, señor. Hizo su aparición en la mesa del desayuno. Me llevé cierta sorpresa al verla, pues había supuesto que era su intención quedarse en tierra y establecer comunicación con su señoría.

Lancé una breve risotada.

–¡Ya lo creo que establecieron comunicación!

–¿Señor?

Dejé a un lado el banjo y le miré severamente.

–¡Buen jaleo armó usted anoche! –exclamé.

–¿Señor?

–No arreglará las cosas diciendo «¿Señor?». ¿Por qué demonios no impidió anoche que miss Stoker viniera aquí a nado?

–Difícilmente podía tomarme la libertad, señor, de desilusionar a la joven dama

en una empresa en la que de forma tan evidente había puesto todo su corazón.

–Ella dice que usted la animó con palabra y gesto.

–No, señor. Expresé meramente mi simpatía respecto a los objetivos por ella manifestados.

–Usted dijo que a mí me encantaría darle alojamiento por una noche.

–Ella ya había decidido buscar refugio en su casa, señor. Yo no hice más que aventurar la opinión de que usted haría cuanto estuviera en su mano para ayudarla.

–Pues bien, ¿sabe usted cuál fue el resultado..., el desenlace, si cabe utilizar este término? Me vi perseguido por la policía.

–¿De veras, señor?

–Sí. Naturalmente, no me era posible dormir en la casa, con todos los rincones y rendijas llenos de chicas frustradas, y por tanto me retiré al garaje. Apenas llevaba allí diez minutos, llegó el sargento Voules.

–No conozco al sargento Voules, señor.

–Le acompañaba el agente Dobson.

–Al agente Dobson sí le conozco. Un joven muy simpático. Tiene relaciones con Mary, la camarera del Hall. Una joven pelirroja, señor.

–Resista el impulso de hablar sobre el color de los cabellos de las camareras, Jeeves –dije fríamente–. No tiene relación con la cuestión que aquí se debate. Cíñase al tema, el cual consiste en que he pasado una noche en vela, perseguido implacablemente por la gendarmería.

–Lo lamento muchísimo, señor.

–Y finalmente llegó Chuffy. Estableciendo un diagnóstico totalmente erróneo del caso, insistió en ayudarme a subir a mi cuarto, me quitó las botas y me metió en la cama. Y en ello se ocupaba cuando apareció miss Stoker, ataviada con mi pijama color heliotropo.

–Una situación inquietante, señor.

–Lo fue. Los dos tuvieron un altercado de órdago, Jeeves.

–¿Sí, señor?

–Centellearon los ojos y se alzaron las voces. Finalmente, Chuffy bajó rodando la escalera y, muy enfadado, desapareció en la noche. Y el tema es..., el meollo de la cuestión es... ¿qué hacer al respecto?

–Es una situación que requerirá un cuidadoso estudio, señor.

–¿Quiere decir con esto que todavía no ha tenido ninguna idea?

–Tan sólo acabo de oír lo que sucedió, señor.

–Cierto. Lo olvidaba. ¿Ha hablado con miss Stoker esta mañana?

–No, señor.

–Pues bien, no creo que sirva de mucho que vaya usted al Hall y aborde a Chuffy. He estado pensando a fondo en esta cuestión, Jeeves, y es evidente que miss Stoker es la que requerirá la frase persuasiva, el argumento hábilmente razonado..., en otras palabras, el aceite lubricante. Esta noche, Chuffy ha herido sus más profundos sentimientos, y se necesitará un buen trabajo de zapa para volver a ponerla a flote. En comparación, el problema de Chuffy es sencillo. No me sorprendería que ya estuviera maldiciéndose cordialmente por haberse comportado como un perfecto majadero. Un día de apacible meditación, al aire libre, debería bastar para convencerle de que ha agraviado a la chica. Intentar razonar ahora con Chuffy es, sencillamente, una pérdida de tiempo. Déjele solo, y la naturaleza se ocupará de la curación. Lo mejor sería que regresara al yate y viera qué puede usted hacer con la otra parte.

–No he desembarcado con la intención de entrevistarme con su señoría, señor. Una vez más debo reiterar que, hasta que usted me ha informado recientemente, yo ignoraba que se hubiera producido esta división de pareceres. El motivo de mi visita era entregarle a usted una nota de míster Stoker.

Me sentí perplejo.

–¿Una nota?

–Aquí está, señor.

La abrí, todavía confuso, y leí el contenido. Una vez hecho esto, no puedo decir que me sintiera mucho más orientado.

–Muy extraño, Jeeves.

–¿Señor?

–Es una carta de invitación.

–¿Sí, señor?

–Sin la menor duda. Me invita a la fiesta. «Querido míster Wooster», escribe papá Stoker, «me dará un buen alegrón si viene a echar un trago y tomar un bocado a bordo esta noche. Nada de vestirse de etiqueta.» Ésta es la sustancia de la carta. Muy peculiar, Jeeves.

–Sin duda imprevisible, señor.

–Olvidé decirle que, entre mis visitantes de esta noche, se contó este mismo Stoker. Irrumpió en la casa vociferando que su hija se encontraba en ella, y lo registró todo.

–¿Sí, señor?

–Desde luego, no encontró ninguna hija, porque ella ya iba de regreso al yate, y entonces fue como si se diera cuenta de que se había estado comportando como un asno. Su actitud, al marcharse, no podía ser más humilde. Incluso habló educadamente conmigo..., cosa que yo hubiera apostado a razón de once contra cuatro que no sabía hacer. Sin embargo, ¿explica eso tan repentino arrebato de hospitalidad? No lo creo. Anoche se deshacía en excusas, pero no se mostraba amistoso. No había ninguna señal de que deseara iniciar una de aquellas grandes amistades.

–Creo posible que una conversación que he sostenido esta mañana con ese caballero, señor...

–¡Ah! ¿Entonces ha sido usted el causante de este sentimiento pro Bertram?

–Inmediatamente después del desayuno, señor, míster Stoker me llamó para preguntarme si yo había estado antes al servicio de usted. Dijo que le parecía haberme visto en su apartamento de Nueva York. Al contestar yo afirmativamente, procedió a interrogarme con respecto a ciertos incidentes acaecidos en el pasado.

–¿Los gatos en el dormitorio?

–Y el episodio de la bolsa de agua caliente.

–¿El sombrero robado?

–Y también la cuestión de su descenso por los canalones de desagüe, señor.

–¿Y usted dijo...?

–Expliqué que sir Roderick Glossop había asumido una visión muy partidista de estos sucesos, señor, y procedí a relatar su historia completa.

–¿Y él...?

–... pareció complacido, señor. Daba la impresión de pensar que le había juzgado erróneamente. Dijo que hubiera debido abstenerse de dar crédito a una información procedente de sir Roderick..., al que aludió llamándole hijo calvo de algo que de momento ha escapado de mi memoria. Imagino que poco después debió de escribir esta carta para invitarle a cenar, señor.

Me sentí complacido con el buen hombre. Cuando Bertram Wooster ve florecer el antiguo espíritu feudal, lo mira con aprobación y traduce esta aprobación en palabras.

–Gracias, Jeeves.

–De nada, señor.

–Ha hecho usted un buen trabajo. Contemplando el asunto desde un punto de vista, claro está que es indiferente que papá Stoker crea o no que soy un botarate. Quiero decir que un fulano unido por vínculos sanguíneos a un hombre que solía

caminar sobre sus manos difícilmente se encuentra en la posición adecuada, en lo que se refiere a la cuestión de la cordura, para alzar la voz y erigirse en...

–*¿Arbiter elegantiae, señor?*

–Esto es. Por consiguiente, poco me importa, desde cierto aspecto de la cuestión, lo que el viejo Stoker piense acerca de mi azotea. Puedo encogerme de hombros. Pero, dejando esto de lado, admito que este cambio de talante es placentero. Se ha producido en un buen momento. Acepto su invitación. La considero...

–¿La amende honorable, señor?

–Iba a decir la rama de olivo.

–O rama de olivo. Ambos términos son prácticamente sinónimos. Dadas las circunstancias, me inclinaría a considerar que la locución francesa es tal vez la más exacta, al llevar consigo la implicación de remordimiento, de un deseo de efectuar restitución. Pero si usted prefiere la expresión «rama de olivo», no deje de emplearla, señor.

–Gracias, Jeeves.

–De nada, señor.

–Supongo que sabe que me ha hecho olvidar por completo lo que estaba diciendo.

–Le ruego que me perdone, señor. No debí haberle interrumpido. Si mal no recuerdo, estaba haciendo la observación de que se disponía a aceptar la invitación de míster Stoker...

–Ah, sí... Muy bien, pues. Aceptaré su invitación. Sea como rama de olivo o como amende honorable es algo que carece totalmente de importancia y me tiene absolutamente sin cuidado, Jeeves...

–Sí, señor.

–¿Y quiere que le diga por qué aceptaré esta invitación? Porque me permitirá ver a miss Stoker y defender la causa de Chuffy.

–Lo comprendo, señor.

–Cosa que nada tendrá de fácil. Apenas sé qué línea seguir...

–Si me permite hacer una sugerencia, señor, yo diría que la joven dama respondería del modo más satisfactorio a la noticia según la cual su señoría padecía un quebranto de su salud.

–Le consta que está más sano que una manzana.

–Un quebranto de la salud inducido, desde que ella riñó con él, por un estado de angustia mental.

–¡Ah, ya le entiendo! ¿Confusión mental?

–Exactamente, señor.

–¿Pensando en la autodestrucción?

–Exactamente, señor.

–¿Cree que el tierno corazón de ella se verá afectado?

–Es perfectamente concebible, señor.

–Entonces éste es el camino que seguiré. Veo que esta invitación anuncia la cena para las siete. Un poquitín temprano, ¿no?

–Presumo que todo se ha planificado de modo conveniente para el señorito Dwight, señor. Ésta será la fiesta de cumpleaños de la que le informé ayer.

–Sí, claro. Con una atracción de juglares negros a continuación. Porque tengo entendido que van, ¿verdad?

–Sí, señor. Los negros estarán presentes.

–No sé si habrá alguna posibilidad de cambiar unas palabras con el que toque el banjo. Hay en su ejecución algunos detalles sobre los cuales me agradaría consultarle.

–Sin duda, esto podrá arreglarse, señor.

Parecía hablar con cierta reserva, y vi que, en su opinión, la conversación había tomado un rumbo embarazoso. Quiero decir que era como hurgar en una vieja herida.

Pues bien, siempre he constatado que lo mejor que cabe hacer en tales ocasiones es mostrarse abierto y directo.

–Estoy haciendo grandes progresos con el banjo, Jeeves.

–¿Sí, señor?

–Si quiere le interpreto ¿Qué es esta cosa llamada amor?

–Sin rencor, señor.

–¿Sus opiniones sobre el instrumento se mantienen inalterables?

–Sí, señor.

–¡Está bien! Es una lástima que no podamos tener la misma opinión en esta cuestión.

–Sí, señor.

–Sin embargo, nada puede hacerse al respecto. Sin rencor, ¿verdad?

–Sin rencor, señor.

–Pero es una lástima.

–Una verdadera lástima, señor.

–Bien, dígale a Stoker que estaré allí a las siete en punto y debidamente peinado.

–Sí, señor.

–¿O debería escribir una nota, breve pero cortés?

–No, señor. He recibido instrucciones en el sentido de volver con una respuesta verbal.

–Adelante, pues.

–Muy bien, señor.

A las siete en punto, por consiguiente, subí a bordo del yate y entregué el sombrero y un gabán ligero a un marinero que pasaba por allí. No obstante, lo hice no sin una mezcla de sentimientos, puesto que en mi pecho pugnaban varias emociones conflictivas. Por una parte, el vigoroso ozono de Chuffnell Regis me había abierto un buen apetito, y por recuerdos de su hospitalidad en Nueva York yo sabía que J. Washburn Stoker trataba bien a sus invitados. Por otra parte, yo nunca me había sentido lo que podría decirse tranquilo en su compañía, y en ese momento no la ansiaba particularmente. Si lo desearan, podrían plantearse la cosa del modo siguiente: el Wooster corpóreo, o sea el de carne y hueso, pensaba con agrado en la inminente francachela, pero su parte espiritual más bien se encogía un poco.

En mi experiencia, hay dos clases de estadounidenses de edad provecta. Uno, el corpulento y dotado de gafas con montura de concha, es la camaradería en persona. Le saluda a uno como si fuera un hijo predilecto, empieza a agitar la coctelera antes de que uno sepa dónde está, hace circular un par de copas acompañadas con carcajadas de satisfacción, da palmadas en la espalda, cuenta en dialecto un chiste protagonizado por dos irlandeses llamados Pat y Mike, y, en una palabra, hace que la vida se asemeje a una grandiosa y dulce canción.

El otro, que propende y no poco a la mirada fría y gris, y a la mandíbula cuadrada, parece contemplar con preocupación al primo inglés. No se le ve risueño. Está enfurruñado. Habla muy poco. Contiene el aliento con una expresión dolorosa. Y cada vez que uno capta su mirada, es como si chocara con una ostra cruda.

De esta última clase o especie, J. Washburn Stoker había sido siempre el vicepresidente perpetuo.

Por tanto, representó para mí un alivio considerable descubrir que esa noche había aflojado un tanto las amarras. Aunque no exactamente amable, daba la clara impresión de mostrarse tan amable como le era posible.

–¿Verdad que no se opone a una tranquila cena en familia, míster Wooster? –me preguntó, después de haberme estrechado la mano.

–De ninguna manera. Muy gentil por su parte haberme invitado –repliqué, dispuesto a no dejarme aventajar en cortesías.

–Sólo usted, Dwight y yo. Mi hija ha tenido que echarse. Padece una jaqueca.

Esto fue una especie de jarra de agua fría. De hecho, me pareció arrebatar lo que cabría describir como todo el significado de la expedición.

–Oh –dije.

–Mucho me temo que sus esfuerzos de anoche resultaron algo excesivos para ella –explicó papá Stoker, con algo de la antigua expresión de pez en la mirada, y leyendo entre líneas deduje que Pauline había sido enviada a la cama sin cenar y caído en desgracia. El veterano Stoker no era uno de esos padres modernos, dotados de miras amplias. Había en él, como había tenido ocasión de advertir anteriormente, una clara pincelada del severo y pétreo padre peregrino. Un hombre, en resumidas cuentas, que en sus tratos con la familia creía en el empleo de la mano firme.

Al observar aquella mirada, me resultó algo difícil articular mis amables preguntas.

–Entonces, ¿usted, ejem..., ella..., ejem?

–Sí. Usted tenía razón, míster Wooster. Había estado nadando.

Y una vez más, mientras hablaba, capté un destello de pez. Vi que las acciones de Pauline distaban de cotizarse altas aquella noche, y me hubiera gustado pronunciar unas palabras en favor de la pobre y alocada jovencita. Sin embargo, aparte de la idea de decir que las chicas siempre son chicas, idea que deseché, no me fue posible pensar en nada.

En aquel momento, por suerte, una especie de camarero anunció la cena y entramos en el comedor.

Debo decir que durante aquella cena hubo momentos en que lamenté que sucesos que no era posible pasar por alto hubieran dado como resultado la ausencia a bordo de la gente del Hall. Sin duda, el lector cuestionará esta afirmación, inclinado como está a abrigar la opinión de que todo lo que una cena necesita para ser un éxito es la ausencia de sir Roderick Glossop, la viuda lady

Chuffnell y el hijo de ésta, Seabury, y ello no obstante mantengo mi aseveración. Había en la atmósfera cierto no sé qué inquietante que más o menos convertía los alimentos en cenizas en mi boca. De no ser porque aquel hombre, Stoker, había insistido en invitarme, yo hubiera dicho que le estaba ocasionando una molestia notoria. Durante casi toda la cena se limitó a masticar sumido en un profundo silencio, como el hombre que barrunta algo en su cabeza. Y cuando hablaba, lo hacía con una acusada desgana; no lo hacía exactamente desde una comisura de la boca, pero no andaba muy lejos de ello.

Hice cuanto pude para promover una conversación fluida, pero hasta que el joven Dwight abandonó la mesa y nos dispusimos a encender los cigarros, no acerté con un tema que interesara, elevara y divirtiera.

–Buen barco este, míster Stoker –dije.

Por primera vez, apareció en su cara algo semejante a la animación.

–No hay muchos que sean mejores.

–Yo no he navegado mucho. Y, excepto un año en Cowes, nunca había estado a bordo de un yate de este tamaño.

Dio unas chupadas a su cigarro y un ojo se orientó en mi dirección, pero enseguida volvió a desviarse.

–Poseer un yate tiene ciertas ventajas.

–Claro.

–Espacio abundante donde instalar a los amigos.

–Montones de ellos.

–Y cuando los tienes aquí, no pueden escabullirse fácilmente para volver a tierra.

Parecía una manera algo extraña de enfocar las cosas, pero supuse que un hombre como Stoker tendría naturalmente ciertas dificultades para retener a sus huéspedes. Era muy probable que en este sentido hubiera tenido experiencias penosas en el pasado. Y nada, desde luego, hace que un anfitrión se sienta más ridículo que tener en su casa de campo a alguien llegado para una larga estancia

y descubrir, el segundo día a la hora del almuerzo, que el invitado se ha largado disimuladamente en busca de la estación del ferrocarril.

–¿Le gustaría echar un vistazo al barco? –preguntó.

–Buena idea –dije.

–Me gustaría enseñárselo. Ahora nos encontramos en el salón principal.

–Ah –dije.

–Le enseñaré los camarotes.

Se levantó y recorrimos unos pasillos. Llegamos ante una puerta. La abrió y encendió la luz.

–Ésta es una de nuestras más espaciosas habitaciones de huéspedes.

–Y muy bonita por cierto.

–Entre y échele un vistazo.

En realidad, poco había que ver que yo no pudiera enfocar desde el umbral, pero uno tiene que mostrar cortesía en estas ocasiones. Avancé y hurgué un poco la cama.

Y, mientras lo hacía, la puerta se cerró de golpe, y cuando me volví el vejete había desaparecido.

Muy extraño, fue mi veredicto. De hecho, manifiestamente extraño. Crucé el camarote y forcejeé con la manija.

La maldita puerta estaba cerrada con llave.

–¡Eh! –grité.

No hubo respuesta.

–¡Oiga! –llamé–. ¡Míster Stoker!

Sólo silencio, y en gran cantidad.

Me senté en la cama. La situación parecía exigirme cierta reflexión.

## 12. ¡EMPIECE A EMBADURNAR, JEEVES!

No puedo decir que me gustara el aspecto de la situación. Además de sentirme perdido y totalmente incapaz de seguir el guión, me sentía también indiscutiblemente intranquilo. No sé si habrán leído ustedes un libro titulado Los siete enmascarados. Se trata de uno de esos que ponen la carne de gallina y en él hay un tipo, Drexdale Yeats, investigador privado, que una noche empieza a buscar pistas en un sótano, y, apenas ha encontrado un par, oye un chasquido metálico y se encuentra con la trampilla cerrada y alguien que se ríe repulsivamente al otro lado. Por un momento se le para el corazón, y lo mismo hizo el mío. Excluyendo la repulsiva carcajada (que Stoker bien pudo haber proferido sin que yo le oyera), me pareció que mi caso era más o menos paralelo al suyo. Y, como el animoso Drexdale, supe que un peligro me acechaba.

Noten, desde luego, que si algo por el estilo hubiera ocurrido en una casa de campo en la que yo me alojara, y la mano que había dado vuelta a la llave hubiera sido la de un amigo mío, se habría presentado por sí misma una inmediata explicación. Yo lo hubiera considerado benévolamente un rasgo de saludable humor. Mi círculo de amistades está abarrotado de individuos que juzgarían sumamente divertido encerrarle a uno en una habitación y dar vuelta a la llave. Pero en la presente ocasión no admitía que ésta pudiera ser la explicación. Nada había de bromista en el viejo Stoker. Cualquier descripción que se le quisiera dar a aquel hombre de ojos de pescado, nunca podría ser la de juguetón. Y si papá Stoker almacenaba a sus invitados como alimentos en conserva, su motivo forzosamente había de ser siniestro.

No es de extrañar, pues, que, sentado en el borde de la cama y chupando pensativamente su cigarro, Bertram se sintiera inquieto. El recuerdo de George, el primo segundo de Stoker, se abría paso en su mente. Majareta, sin la menor duda. ¿Y quién sabía si esa demencia no podía ser cosa de familia? Quiero decir que no parecía haber gran diferencia entre un Stoker que encerrara a la gente en camarotes, y un Stoker con cara de negrero y mirada bestial que atacara a sus prisioneros con un hacha de carnicero.

Por consiguiente, cuando se oyó un chasquido y se abrió la puerta, revelando la figura de mi anfitrión en el umbral, confieso que me sentí amedrentado y me

preparé para lo peor.

Sin embargo, su actitud era tranquilizadora. Un semblante abotargado, sí, pero sin trazas del demonio con forma humana. Los ojos miraban con fijeza y en la boca no había señales de espuma. Y todavía fumaba su cigarro, un detalle que me pareció prometedor. Me refiero a que nunca me he topado con un maniaco homicida, pero imagino que lo primero que deben hacer antes de liquidar a alguien es arrojar sus cigarros.

–¿Y bien, míster Wooster?

Nunca he sabido qué contestar cuando alguien me dice «¿Y bien?», y tampoco lo supe en ese momento.

–Debo excusarme por haberle abandonado de manera tan brusca –prosiguió míster Stoker–, pero tenía que dar comienzo al concierto.

–Espero oír ese concierto –dije.

–Lástima –respondió papá Stoker–, puesto que va a quedarse sin él. –Me miró, meditabundo–. En otra época, cuando yo era más joven, le hubiese roto el cuello –me dijo.

No me agradaba el cariz que iba tomando la conversación. Después de todo, un hombre es tan joven como se siente, y no era posible saber si él no iba a sentir súbitamente una de aquellas..., ¿cómo se llaman? Sí, una de aquellas ilusiones juveniles. Yo tenía un tío que, a los setenta y seis años y bajo la influencia de un buen oporto añejo, trepaba a los árboles.

–Óigame –dije educadamente, pero con lo que podríamos denominar cierta urgencia–, ya sé que es abusar de su tiempo, pero ¿podría decirme a qué viene todo esto?

–¿No lo sabe?

–No, que me ahorquen si lo sé.

–¿Y no puede suponerlo?

–No, que me aspen si puedo.

–Entonces será mejor que se lo cuente desde un buen principio. Tal vez recuerde mi visita de anoche.

Le aseguré que no la había olvidado.

–Yo creía que mi hija estaba en su casa. La registré y no la encontré.

Agité una mano con un ademán magnánimo.

–Todos cometemos errores.

Asintió con la cabeza.

–Sí. Y, por consiguiente, me marché. ¿Y sabe lo que ocurrió después de dejarle, míster Wooster? Salía del jardín cuando su sargento de la policía local me dio el alto. Parecía mirarme con sospecha.

Sonreí amistosamente y agité mi cigarro.

–Algo tendremos que hacer con ese Voules –dije–. Ese hombre es un incordio. Espero que se mostrase usted severo con él.

–En absoluto. Supuse que sólo estaba cumpliendo con su deber. Le dije quién era yo y dónde vivía, y al saber que procedía de este yate, me pidió que le acompañase a la delegación de policía.

Me quedé estupefacto.

–¡Qué cara tan dura! ¿Quiere decir que le trincó?

–No, no procedió a mi arresto. Deseaba que identificara a alguien que se encontraba bajo custodia.

–Cara dura de todos modos. ¿Por qué había de importunarle a usted con semejante tarea? Además, ¿cómo diablos iba usted a identificar a nadie? Usted, un forastero por estos andurriales...

–En este caso, fue bien sencillo. Resultó que la persona detenida era mi hija Pauline.

–¿Qué?

–Sí, míster Wooster. Parece ser que ese Voules se encontraba en la parte trasera de su jardín la noche pasada, ya muy tarde (recordará que su jardín linda con el de usted), y vio una figura que abandonaba la casa de usted saltando por una de las ventanas de la planta baja. Corrió por el jardín y capturó al intruso. Era mi hija Pauline, ataviada con un bañador y un abrigo propiedad de usted. Ya lo ve, tenía usted toda la razón cuando me dijo que probablemente ella había ido a nadar un poco.

Desprendió cuidadosamente la ceniza de su cigarro. No necesité proceder a esta operación con el mío.

–Debía de estar en compañía de usted pocos momentos antes de llegar yo. Y ahora, míster Wooster, tal vez pueda entender lo que he querido decir al asegurar que, de ser un hombre más joven, le habría roto el cuello.

Me había quedado sin habla. Es una cosa que a veces ocurre.

–Actualmente, soy más sensato –prosiguió– y busco el camino más fácil. Me digo a mí mismo que míster Wooster no es el yerno que yo hubiera elegido personalmente, pero si las circunstancias obligan no hay más remedio que apechugar con él. De todos modos, me alegra poder decir que no es usted el idiota babeante que imaginé anteriormente. Desde entonces me he enterado de que aquellas historias que me movieron a romper el noviazgo de Pauline con usted en Nueva York no eran ciertas. Por tanto, bien podemos considerar las cosas como estaban hace tres meses. Daremos por sentado que aquella carta de Pauline nunca fue escrita.

Uno no puede tambalearse si está sentado en una cama. De lo contrario, lo hubiera hecho y, además, con mi mejor voluntad. Me sentía como si una mano oculta me hubiera soltado un trompazo en el plexo solar.

–¿Me está usted diciendo...?

Me clavó una mirada directamente en la pupila. Una clase de mirada horrorosa, fría y sin embargo caliente, si entienden lo que quiero decir. Si ésta era la Mirada del Jefe de la que tanto se habla en los anuncios de las revistas estadounidenses, que me aspen si comprendo por qué todos los agentes de expediciones ambiciosos están tan puñeteramente ansiosos de captar su atención. Me atravesó limpiamente y perdí el hilo de mi discurso.

–Doy por supuesto que desea usted casarse con mi hija, ¿no?

Bueno, claro... Quiero decir, maldición... Lo que quiero decir es que poca cosa cabe contestar a una observación como ésa. Me limité a replicar con una suave exclamación:

–¡Oh, ah!

–No estoy bien seguro de comprender el significado exacto de la expresión «¡Oh, ah!» –dijo él y, por Dios, me pregunto si habrán observado ustedes una cosa de lo más peculiar. Me refiero a que aquel hombre había gozado de la compañía de Jeeves tan sólo durante veinticuatro horas y ya estaba hablando como él, con la excepción de que Jeeves hubiera dicho «totalmente» en lugar de «bien», e introducido algún «señor». Son cosas que se notan. Recuerdo haber alojado al joven Catsmeat Potter-Pirbright en mi apartamento durante una semana, y que ya el segundo día me dijo algo acerca de calibrar las potencialidades latentes de alguien. Y Catsmeat es un tipo que siempre había creído que le tomaban el pelo cuando alguien le aseguraba que en el idioma había palabras de más de una sílaba. Como he dicho, hay cosas que se notan...

Pero ¿dónde me había quedado yo?

–No estoy bien seguro de comprender el significado exacto de la expresión «¡Oh, ah!» –decía Stoker–, pero lo interpretaré como una afirmación. No fingiré estar encantado, pero a veces no es posible tenerlo todo. ¿Cuál es su opinión sobre los compromisos matrimoniales, míster Wooster?

–¿Los compromisos matrimoniales?

–¿Han de ser cortos o largos?

–Bien, yo...

–Yo los prefiero cortos. Creo que lo mejor será celebrar este matrimonio lo antes posible. Tendré que averiguar con cuánta rapidez pueden efectuarse en este país. Tengo entendido que no se puede acudir simplemente al ministro más cercano, como se hace en mi país. Hay formalidades, y mientras me ocupo de ellas, usted, naturalmente, será mi huésped. Me temo que no pueda ofrecerle el libre tránsito a bordo, porque es usted un joven muy dado a la fuga y podría recordar repentinamente una cita en otra parte, un desafortunado compromiso que

requiriese su partida. No obstante, haré cuanto pueda para que se sienta cómodo en esta habitación durante los próximos días. Hay libros en aquel estante, doy por supuesto que sabe leer, y cigarrillos sobre la mesa. Dentro de unos minutos le enviaré a mi sirviente con un pijama y otros pertrechos. Y ahora le deseo una buena noche, míster Wooster. Tengo que regresar al concierto. No me es posible mantenerme al margen de la fiesta de cumpleaños de mi hijo, aunque ello me prive del placer de hablar con usted.

Cruzó la puerta y abandonó el camarote, y yo me quedé solo.

Resultaba que, dos veces a lo largo de mi carrera, yo había pasado por la experiencia de estar sentado en una celda y oír cómo giraban la llave en la cerradura. La primera vez fue aquella a la que había aludido Chuffy, cuando me vi obligado a asegurar al magistrado que yo era uno de los Plimsoll de West Dulwich. La otra –ambas, curiosamente, habían ocurrido en noche de regatas– fue cuando me asocié con mi viejo amigo Oliver Sipperley para apropiarnos de un casco de policía, sólo para descubrir que había un policía debajo del mismo. En estas dos ocasiones me había visto entre rejas, y es de suponer que un veterano presidiario como yo debía de empezar a estar acostumbrado a ello.

La presente situación era un tanto diferente. Antes, sólo me había enfrentado a la perspectiva de una multa moderada, pero esta vez me acechaba la posibilidad de una sentencia de cadena perpetua.

Un observador casual, al notar la indiscutible belleza de Pauline y teniendo en cuenta el hecho de que era la heredera de una suma que ascendía a más de cincuenta millones de pavos, hubiera podido considerar que al retorcerme, como hacía yo, en plena agonía anímica ante la perspectiva de tener que casarme con ella, estaba armando un jaleo excesivo por una nadería. Sin la menor duda, este observador hubiera deseado tener la mitad de mi problema. Pero lo cierto es que yo me retorcía, y que me retorcía de modo muy considerable.

Aparte del hecho de que no quería casarme con Pauline Stoker, estaba el inconveniente, gravísimo, de que yo sabía perfectamente que ella no quería casarse conmigo. Podía haberle abroncado con gran vigor y sin escatimar palabras en su reciente pelea, pero yo estaba seguro de que en lo profundo de su ser todavía persistía el antiguo amor por Chuffy, y que sólo se necesitaba una

pequeña intervención de sacacorchos para hacerlo aflorar de nuevo a la superficie. Y Chuffy, pese a haberse lanzado de cabeza escaleras abajo y haberse alejado en la noche, todavía la amaba a ella. De modo que, una vez revisados los pros y los contras, el resultado era que, al casarme con la chica, no sólo yo me ponía los grilletes, sino que además destrozaba el corazón de ella y el del viejo compañero de escuela. Y si esto no justifica que uno se retuerza, me gustaría saber qué es lo que puede hacerlo.

Sólo aparecía en la oscuridad un destello luminoso, a saber, lo que el viejo Stoker había dicho acerca de enviar a su sirviente con lo necesario para pasar la noche. Bien, podía ser que Jeeves encontrase un camino de salida.

Sin embargo, cómo podía incluso Jeeves sacarme del actual embrollo era más de lo que podía imaginar, y con la sensación de que ningún corredor de apuestas titubearía en aceptar cien contra uno terminé mi cigarro y me tendí en la cama.

Estaba doblando todavía el cubrecama cuando se abrió la puerta y una tosecilla respetuosa me informó de que él se encontraba a mi vera. Sus brazos estaban llenos de ropa de diversas clases. La depositó en una silla y me miró con lo que bien podría describir como conmiseración.

–Míster Stoker me ha dado instrucciones para que le traiga su pijama, señor.

Emití un profundo suspiro

–No es un pijama lo que necesito, Jeeves, sino las alas de una paloma. ¿Está usted al corriente del último acontecimiento?

–Sí, señor.

–¿Quién se lo ha contado?

–Mi fuente de información ha sido miss Stoker, señor.

–¿Ha tenido una conversación con ella?

–Sí, señor. Me ha expuesto un resumen de los planes elaborados por míster Stoker.

El primer destello de esperanza que atisbaba desde el comienzo de aquel

desagradable asunto cruzó mi pecho.

–Por Dios, Jeeves, se me acaba de ocurrir una idea. Las cosas no están tan mal como yo creía.

–¿No, señor?

–No. ¿No lo ve? Está muy bien que el viejo Stoker hable..., esto...

–¿Despreocupadamente, señor?

–Alegremente.

–Despreocupadamente o alegremente, señor. Lo que usted prefiera.

–Está muy bien que el viejo Stoker hable con alegre despreocupación de casarnos, pero no puede hacerlo, Jeeves. Sencillamente, miss Stoker echará atrás las orejas y se negará a cooperar. Es posible llevar un caballo hasta el altar, Jeeves, pero no se le puede obligar a beber.

–En mi reciente conversación con la joven dama, señor, no he obtenido la impresión de que se muestre antagónica respecto a estas disposiciones.

–¿Qué?

–No, señor. Parecía, si me es lícito decirlo, resignada y desafiante.

–No podía ser ambas cosas a la vez.

–Sí, señor. La actitud de miss Stoker reflejaba en parte indiferencia, como si creyera que nada importa ya ahora, pero colegí que se hallaba también influenciada por la idea de que, al contraer alianza matrimonial con usted, dirigiría, como si dijéramos, un gesto desafiante a su señoría.

–¿Un gesto desafiante?

–Sí, señor.

–¿Como un desquite, quiere decir?

–Exactamente, señor.

–¡Qué idea tan estúpida! Esta chica debe de estar chiflada.

–Hay que admitir que la psicología femenina es muy especial, señor. El poeta Pope...

–Dejemos al poeta Pope, Jeeves.

–Sí, señor.

–Hay veces que uno desea oírlo todo acerca del poeta Pope y otras veces que ocurre lo contrario.

–Muy cierto, señor.

–Lo malo es que parece como si todo se volviera contra mí. Si ella piensa de ese modo, nada puede salvarme. Soy hombre al agua.

–Sí, señor. A no ser que...

–¿A no ser que...?

–Yo me preguntaba, señor, si en resumidas cuentas no sería mejor que usted esquivara tantos inconvenientes y molestias abandonando el yate.

–¿Qué?

–El yate, señor.

–Ya sé que ha dicho «yate». Y yo he dicho «¿Qué?», Jeeves –proseguí, y había cierto temblor en mi voz–, no es propio de usted presentarse ante mí, en una crisis como ésta, con verdades a medias y frases ininteligibles. ¿Cómo diablos voy a abandonar el yate?

–Esta cuestión puede resolverse rápidamente, si usted se aviene a ello, señor. Implicaría, desde luego, ciertos inconvenientes...

–Jeeves –dije–, como no sea pasando a través de la portilla, cosa que es imposible, estoy dispuesto a arrostrar cualquier pequeño inconveniente pasajero con tal de verme fuera de esta maldita mazmorra flotante y devuelto a terra firma. –Hice una pausa y le miré con ansiedad–. No se trata de hablar por hablar,

¿verdad? ¿De veras tiene usted un plan?

–Sí, señor. El motivo de que titubeara antes de presentarlo es mi temor de que tal vez usted no apruebe la idea de cubrirse la cara con betún.

–¿Cómo?

–Por ser esencial el factor tiempo, señor, creo que no sería aconsejable emplear corcho quemado.

Volví la cara hacia la pared. Aquello era el fin.

–Déjeme, Jeeves –rogué–. Lleva usted un par de copas de más.

Y no estoy seguro de que lo que me hería como un puñal, más todavía que la agonía ante mi terrible situación, no fuese el advertir que mi sospecha original había sido cierta y que, después de todos aquellos años, aquel soberbio cerebro se había visto finalmente afectado. Pues aunque con mucho tacto yo hubiera fingido aceptar toda aquella charla acerca de corcho quemado y betún como una mera disertación jocosa, en el fondo de mi corazón estaba convencido de que el pobre hombre había perdido el juicio.

Tosió.

–Permítame explicarme, señor. Los artistas están a punto de concluir su actuación, y dentro de poco abandonarán el buque.

Me senté en la cama. De nuevo surgía la esperanza, y el remordimiento me roía como pudiera hacerlo un cachorro de bulldog con un hueso de goma al pensar que había juzgado tan erróneamente a aquel hombre. Vi hacia dónde apuntaba aquel cerebro gigante.

–¿Quiere decir que...?

–Tengo aquí una pequeña lata de betún, señor. La traje en previsión de esta maniobra. Sería tarea sencilla aplicarla a su cara y sus manos a fin de crear la ilusión, en caso de toparse con míster Stoker, de que era usted un miembro de esta troupe de músicos negros.

–¡Jeeves!

–La sugerencia que yo haría, señor, es la de que, si accede usted a lo que propongo, esperásemos hasta que estas personas de negra faz hubieran abandonado el yate para volver a tierra. Yo podría entonces informar al capitán de que uno de ellos, amigo personal mío, se había quedado rezagado hablando conmigo y por tanto había perdido la lancha motora. No dudo de que concedería permiso para conducirle a tierra en una de las barcas de remos más pequeñas.

Contemplé a aquel hombre. Años de íntimo conocimiento, el recuerdo de proezas por él realizadas en el pasado, la convicción de que se alimentaba prioritariamente a base de pescado, con lo que lograba que su cerebro estuviera tan lleno de fósforo como pueda soportar un cerebro humano, no me habían preparado para este esfuerzo supremo.

–Jeeves –dije–, como tantas veces he tenido ocasión de decir antes, es usted único.

–Gracias, señor.

–Otros esquivan nuestras preguntas, pero usted actúa con libertad.

–Procuro complacer, señor.

–¿Cree que la cosa funcionará?

–Sí, señor.

–¿El plan ostenta su garantía personal?

–Sí, señor.

–¿Y dice que tiene el betún a mano?

–Sí, señor.

Me arrellané en una silla y orienté mis facciones hacia el techo.

–Entonces empiece a embadurnar, Jeeves –dije–, y siga embadurnando hasta que sus bien adiestrados sentidos le digan que ya ha embadurnado bastante.

## 13. UN AYUDA DE CÁMARA SE EXCEDE EN SUS FUNCIONES

Debo decir que, como regla general, siempre desdeño aquellas historias en las que el tipo que las narra salta alegremente de un punto a otro y le deja a uno el trabajo de deducir por su cuenta, lo mejor que pueda, qué ha sucedido entre una y otra escena. Me refiero al género de relato en el que el capítulo 10 termina con el héroe atrapado en una madriguera subterránea y el capítulo 11 se inicia con él convertido en el alma de una alegre fiesta en la embajada de España. Y, estrictamente hablando, supongo que, llegados a este punto, yo debería describir, paso a paso, las diversas maniobras que me llevaron a lugar seguro y a recuperar la libertad, si entienden lo que quiero decir.

Pero cuando un estratega como Jeeves se ocupa de todo el dispositivo, esta precaución parece innecesaria. Simple pérdida de tiempo. Si Jeeves decide trasladar un fulano desde el Punto A hasta el Punto B, desde un camarote de un yate, por ejemplo, a la playa delante de su casita de campo, va y lo hace. Sin impedimentos. Sin dificultades. Sin armar jaleo. Sin la menor excitación. Sin absolutamente nada acerca de lo cual informar. Quiero decir que uno se limita a alargar la mano hacia la lata de betún más cercana, se ennegrece la cara, atraviesa la cubierta, baja por la pasarela, dedica un cordial saludo a aquellos miembros de la tripulación que puedan estar apoyados en la borda, lanzando escupitajos al agua, sube a una barca y, al cabo de unos diez minutos, uno se encuentra respirando el fresco aire nocturno en tierra firme. Un trabajo bien hecho.

Así lo mencioné ante Jeeves, mientras amarrábamos en el embarcadero, y él dijo que mis palabras eran extremadamente amables.

–Ni mucho menos, Jeeves –insistí–. Lo repito. Un trabajo extraordinariamente bien hecho, y un crédito para usted.

–Gracias, señor.

–Gracias a usted, Jeeves. ¿Y ahora qué?

Habíamos dejado atrás el embarcadero y nos hallábamos en la carretera que pasaba junto a la cerca de mi jardín. Todo estaba tranquilo. Las estrellas titilaban

sobre nuestras cabezas. Estábamos solos con la naturaleza. Ni siquiera había señales del sargento de policía Voules o del agente Dobson. Chuffnell Regis dormía, como dirían ustedes. Y, no obstante, al mirar mi reloj constaté que sólo eran las nueve y unos pocos minutos, y recuerdo que esto me sobresaltó. Entre tensiones y emociones, por así decirlo, y el espíritu sometido al tormento del potro, como si dijéramos, me había forjado la impresión de que la noche estaba ya muy avanzada, y no me hubiera sorprendido encontrar que era la una de la madrugada.

–¿Y ahora qué, Jeeves? –dije.

Observé una leve sonrisa en su bien cincelado rostro, y ello me irritó un poco. Estaba agradecido a aquel hombre, claro, por haberme salvado del sino que es peor que la muerte, pero hay cosas que deben atajarse. Le asesté una de mis miradas.

–¿Algo le cosquillea, Jeeves? –inquirí fríamente.

–Le ruego que me perdone, señor. No tenía la intención de exhibir regocijo, pero no he podido evitar cierta hilaridad ante su apariencia. Es un tanto extraña, señor.

–Muchas personas tendrían un aspecto extraño embadurnadas con betún, Jeeves.

–Sí, señor.

–Greta Garbo, para mencionar una de ellas.

–Sí, señor.

–O Dean Inge.

–Bien cierto, señor.

–Entonces ahórreme estos comentarios personales, Jeeves, y conteste a mi pregunta.

–Temo haber olvidado lo que me ha preguntado, señor.

–Mi pregunta era, y es, «¿Y ahora qué?».

–¿Desea alguna sugerencia referente a su próxima acción, señor?

–Así es.

–Yo recomendaría volver a su casa, señor, y lavarse cara y manos.

–De momento, correcto. Es precisamente lo que pensaba hacer.

–Después de lo cual, si me es lícito aventurar este consejo, señor, creo que no estaría de más que tomara usted el próximo tren con destino a Londres.

–Correcto de nuevo.

–Una vez allí, señor, yo abogaría por una visita a algún centro turístico continental, como París o Berlín, o tal vez incluso más lejano, como Italia.

–¿O la soleada España?

–Sí, señor. Posiblemente España.

–¿O incluso Egipto?

–En esta época del año, señor, encontraría Egipto algo caluroso.

–Ni la mitad de caluroso que Inglaterra, si papá Stoker vuelve a establecer contacto conmigo.

–Ciertamente, señor.

–¡Vaya individuo, Jeeves! ¡Un ciudadano de lo más recio! Un tipo que mastica cristales rotos y hunde clavos en su nuca en vez de utilizar un botón para el cuello postizo.

–La personalidad de míster Stoker es indiscutiblemente vigorosa, señor.

–Que Dios me asista, Jeeves, pero puedo recordar la época en que tenía a sir Roderick Glossop por un antropófago. Y también a mi tía Agatha. Pero palidecen en comparación con él, Jeeves. Palidecen positivamente. Y ello nos lleva a una consideración de la posición de usted. ¿Tiene la intención de volver al yate y seguir alternando con aquel siniestro pajarraco?

–No, señor. Tengo la impresión de que míster Stoker no me recibiría cordialmente. Cuando descubra su fuga, un caballero de su inteligencia comprenderá enseguida que yo he tenido una intervención instrumental para ayudarle a abandonar el barco. Volveré a ponerme a las órdenes de su señoría, señor.

–Se alegrará de su regreso.

–Es usted muy amable, señor.

–Cualquiera diría lo mismo, Jeeves.

–Gracias, señor.

–Entonces, ¿se va usted al Hall ahora?

–Sí, señor.

–Le deseo una noche de sueño reparador, pues. Le haré llegar unas líneas para hacerle saber dónde estoy y cómo me las arreglo.

–Gracias, señor.

–Gracias a usted, Jeeves. Y en el mismo sobre habrá un pequeño testimonio de mi estimación.

–Extremadamente generoso por su parte, señor.

–¿Generoso, Jeeves? ¿Se da cuenta de que, de no ser por usted, yo me encontraría ahora tras una puerta cerrada con llave en aquel maldito yate?

–Sí, señor.

–A propósito, ¿hay un tren para Londres esta noche?

–Sí, señor. El de las diez y veintiuno. Podría usted tomarlo cómodamente, señor, pero siento decirle que no es un expreso.

Moví una mano con un gesto negligente.

–Mientras se mueva, Jeeves, mientras las ruedas giren y él discurra de un punto a

otro, para mí será más que suficiente. Buenas noches, pues.

–Buenas noches, señor.

Entré en la casita de campo con los ánimos renovados. Y mi satisfacción no disminuyó al descubrir que Brinkley todavía no había regresado. Como patrono, tal vez mirase con resquemor el hecho de que aquel individuo, que sólo disponía de una tarde libre, se hubiera tomado noche y día, pero, en mi calidad de particular con betún negro en la cara, me alegraba de ello. En tales ocasiones, la soledad es esencial, como hubiera dicho Jeeves.

Subí al dormitorio con la máxima celeridad posible y vertí agua de la jarra en el lavabo, puesto que las casitas de campo de Chuffy no disponían de cuartos de baño. Hecho esto, me mojé la cara y procedí a una cuidadosa enjabonada. Después de enjuagarme a fondo, me coloqué ante el espejo y cabe imaginar mi dolor y mi decepción cuando descubrí que seguía estando tan negro como antes. Cabría decir que ni siquiera había conseguido arañar aquella negra superficie.

Éstos son los momentos que nos obligan a pensar un poco, y no pasó mucho tiempo antes de que viera dónde radicaba el fallo. Recordé haber oído o leído en algún sitio que, en crisis de esta especie, hay que disponer de mantequilla, y ya me disponía a bajar para agenciarme un poco cuando de pronto oí un ruido.

Bien, un tipo en mi situación –prácticamente, el ciervo acosado por el cazador, podríamos decir– ha de dedicar una reflexión considerable a lo que será su siguiente movimiento cada vez que oye un ruido en sus cercanías. Posiblemente, pensé, se trataba de J. Washburn Stoker ladrando al seguir la pista, pues si se le había ocurrido echar un vistazo al camarote y constatar que estaba vacío, la primera cosa que habría hecho es acudir sin pérdida de tiempo a mi casita de campo. Por tanto, nada había del león que abandona de un salto su guarida en mi manera de salir del dormitorio. Era más bien una sugerencia de un caracol sumamente desconfiado, asomando la cabeza desde su concha durante una tormenta. Por el momento, me limité a permanecer en el umbral y escuchar.

Había mucho que escuchar. Quienquiera que produjera el alboroto se encontraba abajo, en la sala de estar, y me pareció que procedía a derribar los muebles. Y creo que fue la reflexión de que un hombre decidido y práctico como papá Stoker, en caso de seguirme la pista, difícilmente perdería el tiempo haciendo

semejante cosa lo que consiguió reconfortarme hasta el punto de acercarme de puntillas a la barandilla y atisbar por encima de ella.

Debo decirles que lo que describo como la sala de estar era, en realidad, más bien una especie de saloncito. Por ser un lugar más bien pequeño, estaba abundantemente amueblado, y contenía una mesa, un reloj de caja, un sofá, dos sillones y de una a tres vitrinas llenas de aves disecadas. Desde donde yo me encontraba, mirando por encima de la barandilla, obtenía una visión completa de toda la instalación. Abajo reinaba una semioscuridad, pero vi bastante bien lo que ocurría porque había una lámpara de petróleo encendida sobre la repisa de la chimenea. Su luz me permitió observar que el sofá estaba volcado, los dos sillones habían sido arrojados por la ventana y las vitrinas de las aves disecadas habían sido destrozadas, y en el momento de cerrar esta edición había una oscura silueta en la esquina más distante, luchando con el reloj de caja.

Era difícil decir con certeza cuál de los dos llevaba la mejor parte en la pelea. Si me hubiera inspirado la vena deportiva, creo que me habría sentido inclinado a apostar mi dinero por el reloj, pero mi vena distaba de ser deportiva. Una repentina pirueta de los combatientes me había revelado la faz de la oscura silueta, y no sin considerable emoción había percibido que se trataba de Brinkley. Como la oveja que vuelve al redil, aquel maldito bolchevique había regresado al hogar, con veinticuatro horas de retraso, evidentemente borracho como una cuba.

La escena despertó todo lo que de dueño de la casa había en mí. Olvidé que dejarme ver era un acto que poco tenía de juicioso. Lo único que podía pensar era que aquel odioso partidario de los Planes Quinquenales procedía a destruir el hogar de Wooster.

–¡Brinkley! –rugí.

Creo que por unos momentos pensó que era la voz del reloj, pues arremetió contra él con renovada energía, pero de pronto su mirada se posó en mí y entonces se separó del reloj y siguió mirándome con fijeza. El reloj, después de balancearse unos momentos, adoptó la posición perpendicular tras una última sacudida, y, después de haber dado las trece, guardó silencio de nuevo.

–¡Brinkley! –repetí, y estaba a punto de añadir un «¡Maldita sea!» cuando apareció en sus ojos una especie de fulgor, el fulgor propio del hombre que lo

entiende todo. Por un instante se inmovilizó, con los ojos desorbitados, y a continuación profirió un grito:

–¡Pobre de mí! ¡El Diablo!

Y, apoderándose de un cuchillo de cocina que al parecer había dejado en la repisa de la chimenea, acaso con la idea de que nunca se sabe cuándo pueden ser útiles estas herramientas, subió a saltos por la escalera.

Sí, la cosa me vino por los pelos. Si alguna vez tengo nietos –cosa que, por el momento, parece bastante remota– y una noche se reúnen junto a mis rodillas pidiendo que les narre un cuento, el que les contaré tratará de mi regreso al dormitorio con una ventaja de apenas un segundo sobre aquel cuchillo de cocina. Y si, como resultado, sufren convulsiones durante la noche y se despiertan gritando, tendrán una idea aproximada acerca de las emociones de su viejo pariente en aquella ocasión. Decir que Bertram, incluso después de haber cerrado de golpe la puerta, dado vuelta a la llave, colocado una silla contra la puerta y la cama contra la silla, se sintió perfectamente a sus anchas, sería una flagrante exageración. No me es posible exponer mi actitud mental con mayor claridad si digo que, si por casualidad se hubiera presentado J. Washburn Stoker en aquel momento, le hubiera recibido como a un hermano.

Brinkley se encontraba junto al ojo de la cerradura, suplicándome que saliera y le permitiera verificar el color de mis entrañas, y, a fe mía, lo que me parecía que añadía el toque final a tan desagradable escena era el hecho de que hablara con la misma voz respetuosa que siempre había utilizado. Y también seguía llamándome «señor», cosa que se me antojaba una perfecta estupidez. Quiero decir que si se le pide a un fulano que salga de una habitación a fin de poderle descuartizar con un cuchillo de cocina, es absurdo intercalar un «señor» en cada frase. Son dos cosas que no se avienen.

Llegado a este punto, me pareció que mi primer gesto había de consistir en aclarar el evidente malentendido existente en la mente de aquel hombre.

Apliqué mis labios a la hoja de madera.

–Todo va bien, Brinkley.

–Irá bien si sale usted, señor –contestó cortésmente.

–Quiero decir que yo no soy el Diablo.

–Sí, ya lo creo que lo es, señor.

–Le aseguro que no lo soy.

–Sí que lo es, señor.

–Soy míster Wooster.

Lanzó un grito penetrante.

–¡Tiene a míster Wooster encerrado ahí!

Hoy en día, no se utiliza mucho el ya anticuado soliloquio, de modo que juzgué que se estaba dirigiendo a un tercer personaje. Y, efectivamente, se oyó un profundo resoplido y una voz habló, una voz que denotaba una afección de las amígdalas.

–¿A qué viene este jaleo?

Era mi vecino, el insomne sargento de policía Voules.

Mi primera emoción al comprender que la Ley hacía acto de presencia fue una considerable sensación de alivio. Había muchas cosas que no me agradaban en aquel hombre tan dado a la vigilancia –entre ellas su hábito de meter la nariz en los garajes y los cobertizos de los demás–, pero, cualquiera que fuese la opinión de uno acerca de algunas de sus costumbres, no podía negarse la utilidad de su comparecencia en una situación como aquélla. Habérselas con un ayuda de cámara que ha perdido el juicio no es juego de pocas tablas. Se requiere cierta personalidad y presencia, cosas que aquel corpulento guardián de la paz poseía en generosa medida. Y ya me disponía a apremiarle con ruidos estimulantes a través de la puerta, cuando algo pareció susurrarme que sería más prudente abstenerme de hacerlo.

Verán: lo malo de estos sargentos de policía tan vigilantes es que detienen e interrogan. Al encontrar a Bertram Wooster en la equívoca posición de ir por ahí con la cara ennegrecida, el sargento Voules no dejaría pasar la cosa con un

simple encogimiento de hombros y un alegre buenas noches. Como he dicho, detendría e interrogaría, y al recordar nuestros encuentros de la noche anterior, miraría el asunto con preocupación. Insistiría en que le acompañara al cuartelillo de policía, mientras convocaba a Chuffy y aconsejaba acerca de lo mejor que podía hacerse. Comparecerían médicos y se aplicarían bolsas de hielo, con el resultado de que me vería irremisiblemente obligado a permanecer por aquellos andurriales el tiempo suficiente para que el viejo Stoker descubriera que mi habitación estaba vacía y nadie había dormido en mi cama, y para que desembarcara a fin de capturarme y llevarme de nuevo al yate.

Por consiguiente, tras esta reflexión no dije nada. Me limité a respirar quedamente por la nariz.

Al otro lado de la puerta progresaba un crepitante diálogo, y les doy mi palabra de que, si no hubiera tenido autorizada información en el sentido contrario, habría jurado que Brinkley, aquel extraordinario pajarraco, estaba tan sobrio como la más abstemia de las Chicas Exploradoras. Todo lo que le había hecho una de las trompas más sensacionales de la historia era dar a su locución una entonación precisa, y hacerle articular con una claridad cristalina más parecida a una campanilla de plata que a cualquier otra cosa.

–El Diablo se encuentra aquí dentro, asesinando a míster Wooster, señor –estaba diciendo, y, excepto en los anuncios de la radio, jamás había oído yo algo tan bellamente modulado.

Supongo que cabría calificar esta declaración como bastante sensacional, pero no pareció causar un impacto inmediato en el sargento Voules. El sargento era uno de esos hombres a los que les gusta tomar las cosas en el orden apropiado y aclararlas una tras otra, y por el momento parecía interesarse exclusivamente por el cuchillo de cocina.

–¿Qué está usted haciendo con ese cuchillo? –inquirió.

Nada hubiera podido ser más cortés y deferente que la respuesta de Brinkley.

–Lo he cogido para atacar al Diablo, señor.

–¿Qué diablo? –preguntó el sargento Voules, pasando al punto siguiente.

–Un diablo negro, señor.

–¿Negro?

–Sí, señor. Está en esta habitación asesinando a míster Wooster.

Llegado por fin a este punto, el sargento Voules pareció interesado.

–¿En esta habitación?

–Sí, señor.

–Esto no podemos permitirlo –dijo el sargento Voules, con austeridad, y le oí chasquear la lengua.

Hubo una llamada autoritaria a la puerta.

–¡Oiga!

Mantuve un prudente silencio.

–Perdóneme, señor –oí que Brinkley decía, y por el rumor de sus pisadas en las escaleras interpreté que abandonaba nuestro pequeño simposio, posiblemente para iniciar otro asalto con el reloj.

Unos nudillos volvieron a golpear la madera.

–¡Oiga! ¿Hay alguien ahí dentro?

Me abstuve de toda observación.

–¿Está usted ahí, míster Wooster?

Yo empezaba a pensar que esta conversación era un tanto unilateral, pero no sabía qué podía hacerse al respecto. Me acerqué a la ventana y miré al exterior, más con la idea de hacer algo para pasar el tiempo que con cualquier otra intención, y fue entonces –y sólo entonces, si quieren creerme– cuando se me ocurrió la idea de que tal vez pudiera zafarme de aquel desagradable escenario. La altura no era muy considerable, y con una sensación de alivio empecé a hacer nudos en una sábana, con vistas a mi fuga.

Fue en aquel momento cuando de pronto oí ladrar al sargento Voules:

–¡Oiga!

Y la voz de Brinkley procedente de la planta baja:

–¿Señor?

–Tenga cuidado con esa lámpara.

–Sí, señor.

–La tirará.

–Sí, señor.

–¡Oiga!

–¿Señor?

–¡Prenderá fuego a la casa!

–Sí, señor.

Y entonces se oyó una rotura lejana de cristales y el sargento bajó precipitadamente por la escalera. Siguió un estruendo que me dio la impresión de que Brinkley, convencido de haber hecho su parte, había galopado hasta la puerta principal y la había cerrado de golpe tras él. Y después, otro portazo, como si también el sargento se hubiera trasladado a otros espacios más amplios. Y finalmente, filtrándose a través del ojo de la cerradura, llegó hasta mí una fina voluta de humo.

Supongo que nada puede arder con más facilidad que una de esas viejas casitas de campo. Basta con aplicarles una cerilla –o tumbar una lámpara de petróleo en el vestíbulo, según los casos– para que sean presa de las llamas. No pudo haber pasado más de medio minuto antes de que llegara a mis oídos un alegre crepitar y, en un rincón, parte del suelo se llenase repentinamente de traviesas llamas.

Esto le bastó a Bertram. Unos momentos antes, yo había estado manipulando sábanas anudadas con la intención de emprender lo que cabría llamar una partida de luxe, y en general esmerándome en la tarea sin escatimarle tiempo. Entonces aceleré considerablemente la operación, consciente de que todo lo que fuese

cómodo o placentero se encontraba en ese momento fuera de lugar. En los treinta segundos siguientes, un gato sobre ladrillos candentes hubiera podido tomar buen ejemplo de mí.

Recuerdo haber leído una vez en un periódico uno de aquellos Problemas Interesantes, acerca de «Supongamos que se le incendia la casa, ¿qué salvaría usted?». Si mal no recuerdo, intervenía en ello un bebé. Y también un cuadro valiosísimo y, si no me equivoco, una tía postrada en la cama. Sé que el campo de elección era amplio, y se suponía que uno había de fruncir el entrecejo y enfocar la cosa desde todos los ángulos.

En la presente ocasión, no titubeé. Inmediatamente miré a mi alrededor en busca de mi banjo, pero concíbase mi disgusto cuando recordé haberlo dejado en la sala de estar.

Desde luego, no estaba dispuesto a bajar a la sala, ni siquiera por aquel fiel instrumento musical. Empezaba ya a ser una cuestión muy opinable si yo acabaría achicharrado, porque aquel reconfortante resplandor del rincón se había extendido ya, y no poco. Con un suspiro apesadumbrado, me dirigí apresuradamente a la ventana y, un momento después, descendía como gentil rocío.

¿Es lluvia o es rocío? Siempre lo olvido.

Jeeves lo sabría.

Efectué un suave aterrizaje y atravesé rauda y silenciosamente el seto en el punto situado entre mi jardín posterior y la pequeña parcela del sargento Voules, y continué corriendo hasta encontrarme en una especie de bosque, creo que casi a un kilómetro del centro candente de la actividad. El cielo estaba iluminado y a lo lejos oí ruidos indicativos de que la brigada local de bomberos se dirigía a su trabajo.

Me senté en un tocón y me dediqué a reconsiderar la situación.

¿Era Robinson Crusoe o algún otro el que, cuando las cosas se le ponían un poco difíciles, solía trazarse una especie de relación de Debe y Haber a fin de saber con exactitud en qué situación se encontraba y averiguar si, en aquel momento

particular, iba rezagado o se adelantaba en el juego? Sé que alguien lo hacía y siempre había pensado que era una idea muy buena.

Y esto fue lo que yo hice. Dentro de mi cabeza, claro está, y manteniéndome ojo avizor con respecto a posibles perseguidores.

Más o menos, el resultado fue el siguiente:

*Haber*
Bueno, aquí estoy. ¿Qué pasa?
No es mía; es de Chuffy.
Nada de valor.
¡Diablos! ¡Es verdad!
No necesitas hurgar en la herida.
Sí, pero habría hecho un papel mucho más triste si esto me hubiera ocurrido a r
Pero de todos modos escapé del viejo Stoker.
Todavía no me ha atrapado.
Aún tengo tiempo para tomar el tren de las 10.21.
La mantequilla eliminará el betún.
Puedo comprar un poco.
Pues no...
¿Y por qué no puedo conseguir que alguien me dé mantequilla? Pues Jeeves, cl

Y Dios sabe que no parecía haber un solo «Debe» que se erigiera contra esto. Examiné a fondo la posición, tratando de encontrar algún punto flaco, pero al cabo de cinco minutos vi que tenía acorralado al Debe. Lo había apabullado. No tenía nada que decir.

Evidentemente, pensé, esta solución se me hubiera tenido que ocurrir mucho antes. Jeeves habría regresado ya al Hall y yo sólo tenía que ir allí y ponerme en contacto con él, y él me ofrecería kilos de mantequilla en una bandeja señorial. Es más, me prestaría lo suficiente para pagarme mi viaje a Londres y posiblemente incluso para adquirir una barra de chocolate con leche en la máquina expendedora de la estación. La cosa no podía ser más fácil.

Me levanté, abandonando mi tocón, me afiancé sobre mis pies y emprendí la marcha. En la carrera por la vida, como bien podríamos llamarla, había perdido un tanto mi orientación, pero no tardé en hallar la carretera principal y, apenas un cuarto de hora más tarde, me encontré llamando a la puerta trasera del Hall.

Ésta fue abierta por una mujercita –una especie de fregona, tal como yo la clasifiqué– que, al verme, permaneció un momento con la boca abierta y una expresión de horror, y después, lanzando un agudo chillido, dio media vuelta y emprendió veloz carrera. Y no puedo asegurar que no soltara espuma por la boca.

## 14. EL PROBLEMA DE LA MANTEQUILLA

Debo admitir que fue una impresión de lo más desagradable. Jamás había comprendido hasta entonces la importancia del papel que la complexión desempeña en la vida. Quiero decir que un Bertram Wooster que simplemente con un atractivo tostado de la piel llamara a la puerta posterior de Chuffnell Hall hubiera sido recibido con respeto y deferencia. De hecho, no me habría extrañado que una chica de la categoría social de una fregona hubiera llegado al extremo de dedicarme una reverencia. Y no creo que la situación hubiese sido sustancialmente diferente si yo hubiera ostentado una interesante palidez o granos en la cara. Pero, pura y simplemente por el hecho de haber un poco de betún en mi cara, aquella jovenzuela se había desmoronado ante la puerta y en ese momento chillaba corriendo de un lado para otro por el pasillo.

Claro está, yo sólo podía hacer una cosa. A lo largo del pasillo ya se oían voces que hacían preguntas, y presumí que era de esperar que, al cabo de medio segundo, se produjera una considerable concentración de personal doméstico. Puse pies en polvorosa y, teniendo en cuenta que los alrededores de la puerta trasera no tardarían en ser registrados, corrí hasta la fachada y busqué refugio entre unos matorrales, no lejos de la entrada principal.

Allí hice una pausa. Me parecía que, antes de ir más lejos, procedía analizar la situación y averiguar qué convenía hacer a continuación.

En otras circunstancias –por ejemplo, si hubiera estado reclinado en una tumbona, con un cigarrillo, en vez de puesto en cuclillas en una odiosa jungla, con escarabajos que bajaban a lo largo de mi cuello–, probablemente habría disfrutado de lo lindo y me habría complacido con el escenario y sus alrededores en general. Siempre he sido un decidido partidario de la paz reinante en el antiguo jardín inglés en el intervalo entre el final de la cena y la preparación de la última copa antes de acostarse. Desde el lugar donde me encontraba, vi la gran mole del Hall recortada contra el cielo, y no dejaba de ser impresionante. Los pájaros revoloteaban en los árboles y creo que debía de haber, muy cerca de mí, un parterre que contuviera injertos y plantas de tabaco, ya que llenaba el aire un olor de considerable intensidad. Añádase a ello la perfecta serenidad de una noche de verano, y se tendrá el cuadro completo.

Sin embargo, al cabo de unos diez minutos la serenidad de la noche de verano quedó un tanto truncada, pues desde una de las habitaciones brotó un grito desgarrador. Reconocí la voz del pequeño Seabury y recuerdo que me satisfizo el saber que él también tenía sus cuitas. Al poco tiempo, dejó de gritar –supuse que la fricción se había debido al hecho de que alguien quería meterle en la cama, cosa a la que él se negaba– y volvió a reinar la quietud.

Inmediatamente después, oí un ruido de pasos. Alguien andaba por el camino de entrada, en dirección a la puerta principal.

Mi primera idea fue la de que se trataba del sargento Voules. Sepan que Chuffy es el juez de paz local, e imaginé que una de las primeras cosas que Voules debía hacer después de los hechos de la casita de campo era visitar al gran jefe y presentarle un informe. Me empequeñecí todavía más entre los matorrales.

No, no era el sargento Voules. Acababa de verle ante un retazo de cielo y observé que era más alto y no tan macizo. Subió los escalones y empezó a aporrear la puerta.

Y no exagero. Yo había considerado la actuación de Voules en la casita de campo, la noche anterior, una excelente exhibición de trabajo de muñeca, pero ese fulano era un verdadero virtuoso, aunque en una categoría distinta. Estaba sometiendo aquel llamador a un ejercicio más intenso que todo el que había hecho, creo yo, desde que el primer Chuffnell, o quienquiera que fuese, lo hizo atornillar.

En los intervalos entre aldabonazos, cantaba también un himno con una voz en la que había una nota meditabunda. Era, si mal no recuerdo, Guíame, luz amable, y me permitió situar al intérprete. Yo había oído antes aquella aguda voz de tenor. Una de las primeras cosas a las que había tenido que poner freno, al llegar a la casita de campo, era el hábito de Brinkley de cantar himnos en la cocina mientras yo trataba de tocar fox-trots con mi banjo en la sala de estar. No podía haber más de una voz como aquélla en Chuffnell Regis. El visitante nocturno no era otro que mi bebido asistente personal, y lo que pretendía hacer en el Hall era más de lo que yo podía comprender.

Se encendieron luces en la casa y se abrió la puerta principal. Habló una voz. Era una voz manifiestamente airada, y era la de Chuffy. Normalmente, como es natural, el señor de Chuffnell Regis delega la tarea de abrir la puerta en la

plantilla de domésticos, pero supongo que consideró que un alboroto tan fenomenal constituía un caso fuera de lo corriente. Sea como fuere, allí estaba él, y no parecía precisamente complacido.

–¿A qué diablos se debe esta algarabía?

–Buenas noches, señor.

–¿Qué es eso de «buenas noches»? ¿Qué...?

Creo que se hubiera extendido más, pues era evidente que estaba muy enojado, pero en este punto Brinkley le interrumpió.

–¿Está el Diablo?

Era una pregunta sencilla, susceptible de ser contestada con un Sí o con un No, pero pareció desconcertar un tanto a Chuffy.

–¿Si está... quién?

–El Diablo, señor.

Debo confesar que nunca había tenido a Chuffy por un muchacho de inteligencia muy veloz, ya que siempre había desarrollado más los músculos y los tendones que las células grises, pero debo decir que en esta coyuntura exhibió una aguda intuición digna de todo encomio.

–Usted está borracho.

–Sí, señor.

Chuffy pareció explotar como una bolsa de papel. Pude seguir con toda claridad sus procesos mentales, si saben a qué me refiero. Desde aquel infortunado episodio en la casita de campo, cuando la joven a la que amaba le dio el portante y desapareció de su vida, imagino que había estado pensando, rumiando e hirviendo interiormente como un alma atormentada, ansiando encontrar un canal que diera salida a sus emociones reprimidas, y en ese momento acababa de encontrar uno. A partir de aquella penosa escena, había anhelado poder descargar en alguien el veneno que había estado almacenando, y por suerte los cielos le habían enviado a aquel borrachín aporreador de puertas.

Hacer bajar a Brinkley los escalones y recorrer el camino de entrada, sacudiéndole un puntapié cada dos metros de recorrido, fue para el quinto barón Chuffnell obra de un momento. Pasaron ante mi pequeño grupo de matorrales a unos setenta kilómetros por hora y se perdieron en la distancia. Al cabo de un rato oí pasos y a alguien que silbaba como si le hubieran quitado un peso del alma, y apareció Chuffy, de regreso a su casa.

Precisamente delante de mi escondrijo se detuvo para encender un cigarrillo, y me pareció llegado el momento de que nos pusiéramos en contacto.

Sepan que no me entusiasmaba ni mucho menos la perspectiva de charlar con el bueno de Chuffy, puesto que su actitud en nuestra última entrevista había distado de ser benévola, y, de haber presentado yo una faz un poco más rosada, con toda seguridad le hubiera dejado pasar. Pero en aquellos momentos él se estaba convirtiendo en mi postrera esperanza. Con pelotones de fregonas entregándose a manifestaciones histéricas cada vez que yo me aproximara a la puerta trasera, parecía imposible establecer contacto con Jeeves en el curso de la noche. E igualmente imposible era efectuar una ronda por el vecindario, llamando a casas de perfectos desconocidos y mendigando mantequilla. Ustedes saben cómo se sienten cuando un fulano al que nunca han visto se presenta en su casa, con la cara negrísima, y trata de sablear una porción de mantequilla. Ustedes no simpatizan con él.

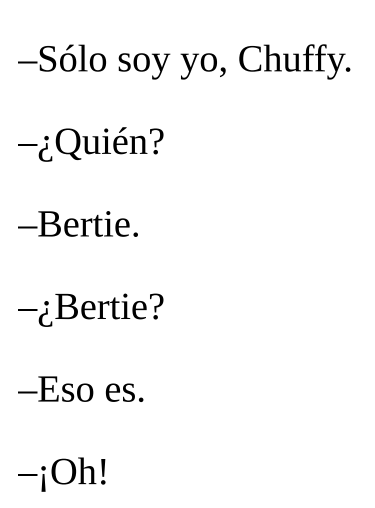
No, todo apuntaba hacia Chuffy como lógico salvador de la situación. Era un hombre que disponía de mantequilla bajo su mando, y bien podía ser que, tras haber desahogado parte de sus sentimientos más duros con Brinkley, estuviera en condiciones de facilitársela a un viejo compañero de clase, aunque sólo fueran cien gramos. Por consiguiente, salí arrastrándome de entre las matas y me situé en su inmediata retaguardia.

–¡Chuffy! –llamé.

Comprendo ahora que hubiera sido mejor darle más amplia advertencia de mi presencia. A nadie le gusta oír voces inesperadas que hablan de pronto junto a su cogote, y con un talante más tranquilo yo hubiera reconocido este inconveniente. No diré que fuese exactamente una repetición del episodio de la joven fregona, pero por un momento se aproximó mucho a ello. Mi pobre amigo pegó un brinco considerable. El cigarrillo se escapó de su mano, sus mandíbulas se juntaron con un chasquido, y se estremeció visiblemente. El efecto completo vino a ser como

si yo le hubiera pinchado en los fondillos del pantalón con una aguja saquera. He visto salmones comportarse de similar manera durante la época del desove.

Hice todo lo que pude para calmar la tormenta con palabras apaciguadoras.



–Sólo soy yo, Chuffy.

–¿Quién?

–Bertie.

–¿Bertie?

–Eso es.

–¡Oh!

No me gustó demasiado el sonido de aquel «¡Oh!». No tenía un timbre de bienvenida. Uno aprende a notar cuándo uno es popular y cuándo no lo es. En aquel momento, era más que evidente que no lo era, y juzgué acertado, antes de abordar el tema principal, iniciar la conversación con un rotundo cumplido.

–Le has dado una estupenda paliza a aquel individuo, Chuffy –dije–. Me ha agradado tu faena. Me ha sido particularmente agradable verle tan adecuadamente tratado, porque llevaba tiempo deseando tener arrestos para darle de puntapiés personalmente.

–¿Quién era?

–Brinkley, mi criado.

–¿Y qué hacía aquí?

–Supongo que me estaba buscando.

–¿Y por qué no estaba en la casita de campo entonces?

Yo había estado esperando una buena oportunidad para darle la noticia.

–Me temo que tienes una casita de campo menos, Chuffy –dije–. Lamento decirte que Brinkley acaba de pegarle fuego.

–¿Qué?

–¿La tendrías asegurada, supongo?

–¿Que ha incendiado la casita de campo? ¿Cómo? ¿Por qué?

–Un mero antojo. Supongo que en aquel momento le pareció una buena idea.

Chuffy se lo tomó muy mal. Vi que meditaba sombríamente y me hubiera agradado dejarle meditar cuanto quisiera, pero si tenía que tomar aquel tren de las diez y veintiuno era necesario ir al grano. El tiempo era un factor esencial.

–Oye –dije–, siento importunarte, muchacho...

–¿Y por qué diablos había de incendiar una casita de campo?

–No es posible sondear la psicología de tipos como Brinkley. Actúan de un modo misterioso para cumplir sus designios. Basta con saber que él lo hizo.

–¿Estás seguro de que no fuiste tú?

–¡Mi querido amigo!

–Parece el tipo de idiotez absurda que harías tú –dijo Chuffy, y me disgustó mucho notar en su voz una prueba evidente de su viejo rencor–. Por otra parte, ¿qué haces aquí? ¿Quién te dijo que vinieras? Si crees que, después de lo ocurrido, puedes entrar y salir...

–Lo sé, lo sé. Lo entiendo. Un lamentable malentendido. Frialdad. Predisposición a desaprobar a Bertram. Pero...

–¿Y de dónde has salido? Ni siquiera te había visto.

–Estaba sentado entre unos matorrales.

–¿Sentado entre unos matorrales?

El tono con el que pronunció estas palabras me indicó que, siempre demasiado dispuesto a juzgar erróneamente a un amigo, una vez más había llegado a la conclusión equivocada. Oí raspar una cerilla contra su caja y, un momento después, me estaba examinando bajo su luz. Luego la cerilla se apagó y le oí

respirar pesadamente en la oscuridad.

Podía seguir el funcionamiento de su mente. Era evidente que estaba luchando con sus sentimientos. La aversión a tener algo más que ver conmigo después de la lamentable riña de la pasada noche pugnaba con la reflexión de que una amistad de muchos años llevaba consigo ciertas obligaciones. Uno puede haber dejado de tener relaciones cordiales con un viejo compañero de escuela –estaba pensando–, pero difícilmente se le puede dejar errar campo a través en la situación en la que, según él creía, me encontraba yo.

–Será mejor que entres y duermas la mona –me dijo de mala gana–. ¿Puedes andar?

–Estoy muy bien –me apresuré a asegurarle–. No es lo que tú crees. Escucha.

Y con una soltura convincente le recité aquello de «El cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará?», seguido por «Un tigre, dos tigres, tres tigres».

La demostración surtió su efecto.

–Entonces, ¿no estás trompa?

–Ni pizca.

–Pero te sientas entre las matas.

–Sí, pero...

–Y tienes la cara negra.

–Ya lo sé. Déjame hablar, hombre, y te lo contaré todo.

Yo quiero suponer que han pasado ustedes por la experiencia de contarle a alguien una historia más bien larga y constatar, mediada la explicación, que no contaban con el beneplácito de la audiencia. Es una sensación de lo más desagradable. Yo la estaba teniendo en ese momento. No es que él dijera algo, pero parecía exudar de su persona un magnetismo animal deletéreo mientras yo pasaba de un punto a otro. Y cada vez más, mientras proseguía mi relato, se apoderaba de mí la convicción de que me estaba ganando una muda reprobación.

Sin embargo, continué tozudamente y, tras haber narrado los hechos más sobresalientes, concluí con una elocuente petición de materia esteárica.

–Mantequilla, Chuffy, amigo mío –dije–. Pellas de mantequilla. Si tienes mantequilla, disponte a compartirla. Yo me pasearé por aquí, mientras tú vas a la cocina y te haces con la mantequilla, ¿de acuerdo? ¿Comprendes, verdad, que el tiempo es esencial? De hecho, apenas tendré el tiempo justo para tomar el último tren.

Durante unos momentos guardó silencio. Cuando habló, había en su voz un timbre tan desagradable que confieso que mi corazón empezó a hundirse.

–Aclaremos este asunto –me dijo–. ¿Quieres que te traiga mantequilla?

–Ésa es la idea.

–Para que puedas limpiarte la cara y largarte a Londres en ese tren.

–Sí.

–Para escapar así de míster Stoker.

–Exacto. Es sorprendente cómo lo has comprendido todo –dije con un tono de felicitación en mi voz, considerando lo mejor darle un poco de coba y aplicarle jabón–. No creo conocer a más de seis tipos capaces de captar la cuestión con una precisión tan infalible. Siempre he tenido en muy alta consideración tu inteligencia, Chuffy, amigo mío, pero que muy alta...

Pero el corazón se me seguía hundiendo. Y cuando le oí proferir un resuello emocional en la oscuridad, casi tocó fondo.

–Comprendo –dijo–. En otras palabras, deseas que yo te ayude a evadirte de tus honorables obligaciones, ¿no es así?

–¿Qué?

–¿Y aún me dices «qué»? ¡Cielos! –gritó Chuffy, y me atrevo a decir que temblaba de pies a cabeza, aunque debido a la oscuridad no me era posible verle bien–. No te he interrumpido mientras me contabas tu degradante historia, porque quería oírla entera y con toda claridad. Ahora tal vez me dejes decirte

unas palabras.

Soltó otro resuello y prosiguió:

–Quieres tomar un tren con destino a Londres, ¿verdad? Lo comprendo. Pues bien, no sé qué opinión tienes de ti mismo, Wooster, pero si quieres saber qué impresión le causa tu conducta a cualquier hombre perfectamente exento de prejuicios, no me importa informarte de que bajo mi parecer te estás comportando como un canalla, una mofeta hedionda, un gusano, un insecto asqueroso, y un cerdo de los que se revuelcan en el estercolero. ¡Maldita sea mi estampa! Esa chica tan hermosa te ama. Su padre, muy decentemente, consiente un matrimonio sin pérdida de tiempo. Y en vez de sentirte contento, complacido y satisfecho como se sentiría... cualquier otro, planeas darte a la fuga.

–Pero, Chuffy...

–Darte a la fuga, lo repito. Brutal y traidoramente, proyectas largarte, dejando a esta muchacha encantadora con el corazón destrozado..., abandonada, olvidada, desechada como un... como un..., un día de éstos olvidaré mi nombre..., como un guante manchado.

–Pero, Chuffy...

–No intentes negarlo.

–Pero, maldita sea, si ni siquiera está enamorada de mí...

–¡Ja! ¿No está enamorada de ti y nada hasta tierra desde el yate para reunirse contigo?

–Te quiere a ti.

–¡Ja!

–Te quiere, te lo aseguro. Para verte a ti hizo anoche esa travesía a nado. Y sólo iba a aceptar esa historia de casarse conmigo para herirte por haber dudado de ella.

–¡Ja!

–De modo que muéstrate sensato, amigo mío, y tráeme mantequilla.

–¡Ja!

–Preferiría que dejaras de decir «¡Ja!». No aporta nada a la conversación y, además, suena muy mal. Necesito mantequilla, Chuffy. Me es esencial. Tráela, aunque sólo sea un poquitín. Te habla Wooster, muchacho, el mismo que iba a la escuela contigo, el compañero al que conociste desde que era así de alto.

Hice una pausa. Por un momento, tuve la impresión de que mis últimas palabras habían hecho efecto. Sentí que su mano caía sobre mi hombro y ejecutaba un movimiento como si quisiera amasarlo. En aquel instante, habría apostado mi camisa a favor de que mi amigo se había ablandado.

Y así era, pero no en el sentido más deseable.

–Te explicaré cómo me siento exactamente respecto a este asunto, Bertie –dijo, y en su tono había una especie de suavidad pringosa–. No fingiré que no amo a esa chica. Incluso después de lo ocurrido, sigo amándola. Siempre la amaré. La amé desde el momento en que nos conocimos. Recuerdo que fue en el grill del Savoy, y que ella estaba sentada en aquel saloncito, tomándose un Martini medio seco, porque sir Roderick y yo llegamos allí un poco tarde, y su padre había pensado que bien podían tomar un cóctel en vez de sólo esperar sentados. Nuestros ojos se encontraron y supe que acababa de conocer a la única chica que había para mí en el mundo, sin tener la menor idea de que en realidad ella estaba loca por ti.

–¡No lo está!

–Lo comprendo ahora y sé, desde luego, que nunca podré conseguirla. Pero puedo hacer otra cosa, Bertie. Al sentir este gran amor por ella, puedo velar para que no se vea privada de su felicidad. Si ella es feliz, nada más importa. Por alguna razón, su corazón ha decidido que sea tu esposa. El porqué no me es posible decirlo, y no necesitamos profundizar al respecto, pero por alguna razón inexplicable te quiere a ti, y te aseguro que va a tenerte. ¡Es curioso que hayas acudido precisamente a mí para que te ayudara a destrozar sus sueños femeninos y despojarla de su dulce e infantil confianza en la bondad de la naturaleza humana! ¿Y crees que colaboraré contigo en este repugnante proyecto? ¡Ni soñarlo! No obtendrás mantequilla de mí, amigo mío. Permanecerás exactamente como estás y, después de pensarlo debidamente, no dudo de que la mejor parte de tu ser te señalará el camino y regresarás al yate, dispuesto a cumplir con tu

obligación como un caballero inglés.

–Pero, Chuffy...

–Y, si lo deseas, seré tu padrino. Para mí será pura agonía, pero lo haré si tú lo deseas.

Me aferré a su brazo.

–¡Mantequilla, Chuffy!

Meneó la cabeza.

–Nada de mantequilla, Wooster. Estás mejor sin ella.

Y desprendiéndose de mi mano como si fuera un guante manchado, me abandonó en plena noche.

No sé por cuánto tiempo permanecí allí, como arraigado en el suelo. Pudo haber sido un rato muy breve, pero también pudo haber sido un intervalo muy largo. La desesperación se estaba apoderando de mí, y cuando esto ocurre, uno no se entretiene mirando el reloj.

Digamos, pues, que en cierto momento –cinco, diez, quince o tal vez veinte minutos más tarde– me di cuenta de que alguien tosía discretamente a mi lado como una oveja respetuosa que tratara de llamar la atención de su pastor, y no me sería posible describir con cuánto agradecimiento y cuánto asombro percibí a Jeeves.

## 15. EVOLUCIÓN DEL PROBLEMA DE LA MANTEQUILLA

En aquel momento pensé en un asombroso milagro, pero había, desde luego, una sencilla explicación.

–Abrigaba la esperanza de que no hubiera abandonado usted la propiedad, señor –dijo–. Llevo algún tiempo buscándole. Al enterarme de que la ayudante de la cocinera había sido víctima de un ataque de histeria a causa de haber abierto la puerta trasera y haber visto a un negro, llegué a la conclusión de que usted debió de llamar allí, sin duda con la intención de verme a mí. ¿Ha fallado alguna cosa, señor?

Me enjugué la frente.

–Jeeves –dije–, me siento como el niño perdido que acaba de encontrar a su madre.

–¿De veras, señor?

–Si no le importa que le compare con una madre.

–En absoluto, señor.

–Gracias, Jeeves.

–Entonces, ¿hay algo que no marcha debidamente, señor?

–¿Que no marcha debidamente? Usted lo ha dicho. ¿Cómo son esos apuros en los que a veces se encuentra la gente?

–Angustiosos, señor.

–Pues me encuentro en el más angustioso de los apuros, Jeeves. Para empezar, descubrí que el agua y el jabón no sirven para quitarse esta porquería de la cara.

–No, señor. Hubiera debido informarle de que la mantequilla es un sine qua non.

–Pues estaba a punto de echarle mano a la mantequilla cuando Brinkley (mi

sirviente, como usted sabe) se presentó de repente y le pegó fuego a la casa.

–Muy lamentable, señor.

–La expresión «muy lamentable» resulta un tanto modesta, Jeeves. Me vi en una situación muy desagradable. Vine aquí y traté de ponerme en contacto con usted, pero aquella fregona frustró mi proyecto.

–Es una joven temperamental, señor. Y por una infortunada coincidencia, en el momento de su llegada ella y la cocinera se estaban entreteniendo con la tabla Ouija, según tengo entendido con unos resultados interesantes. Al parecer, ella vio en usted un espíritu materializado.

Me sentí un tanto amoscado.

–Si las cocineras se atuvieran solamente a sus asados y sus picadillos –dije con severidad–, y no perdieran el tiempo en investigaciones psíquicas, la vida sería una cosa muy diferente.

–Muy cierto, señor.

–Y después me encontré con Chuffy, pero se negó obstinadamente a prestarme mantequilla.

–¿De veras, señor?

–Estaba de un humor muy desagradable.

–En estos momentos, su señoría está sometido a una intensa tensión mental, señor.

–Pude comprobarlo. Me dejó, al parecer para emprender una especie de carrera de campo a través. ¡Y a aquellas horas de la noche!

–El ejercicio físico es un paliativo bien reconocido cuando duele el corazón, señor.

–Claro está que no debo mostrarme demasiado duro con Chuffy. Siempre recordaré que le ha asestado una buena serie de coces a Brinkley. Me hizo mucho bien vérselo hacer. Y ahora que usted ha aparecido, todo va bien. Un final

feliz, ¿verdad?

–Exactamente, señor. Será para mí un placer procurarle mantequilla.

–Pero ¿puedo tomar todavía aquel tren de las diez y veintiuno?

–Me temo que no, señor. Sin embargo, he averiguado que hay otro tren que pasa a las once cincuenta.

–Entonces todo va sobre ruedas.

–Sí, señor.

Respiré profundamente. La sensación de alivio era considerable.

–Tal vez podría prepararme incluso unos cuantos bocadillos para el viaje.

–Ciertamente, señor.

–¿Y unas gotas de algo reconfortante?

–Indudablemente, señor.

–Y si por casualidad llevara usted encima algo parecido a un cigarrillo en este momento, todo sería más o menos perfecto.

–¿Turco o de Virginia, señor?

–Los dos.

No hay nada como un cigarrillo fumado con tranquilidad para calmar el sistema. Durante unos momentos, tragué humo ávidamente y mis nervios, que habían sobresalido de mi cuerpo un par de centímetros y con los extremos retorcidos, se situaron gradualmente de nuevo en su lugar. Me sentí restaurado y tonificado, y con ganas de entablar conversación.

–¿Qué era aquel griterío, Jeeves?

–¿Señor?

–Poco antes de encontrar a Chuffy, salieron unos gritos bestiales de algún lugar

de la casa. Tuve la impresión de que era Seabury.

–Era el señorito Seabury, señor. Esta noche se muestra algo rebelde.

–¿Qué mosca le ha picado?

–Se siente profundamente disgustado, señor, por haberse perdido el espectáculo de los negros a bordo del yate.

–Pues fue totalmente por culpa suya, el muy estúpido. Si quería asistir a la fiesta de cumpleaños de Dwight, no debió buscarle pendencia.

–Tiene toda la razón, señor.

–Intentar dar un sablazo de un chelín y medio a su anfitrión en concepto de protección y en vísperas de una fiesta de cumpleaños es algo que sólo se le puede ocurrir a un imbécil.

–Muy cierto, señor.

–¿Qué hicieron al respecto? Parece que ha dejado de chillar. ¿Acaso le han dado cloroformo?

–No, señor. Tengo entendido que se están tomando medidas para facilitarle al jovencito una especie de espectáculo alternativo.

–¿Qué quiere decir, Jeeves? ¿Acaso traerán los negros aquí?

–No, señor. El dispendio que ello significaría elimina ese proyecto del ámbito de toda política práctica. Sin embargo, tengo entendido que la señora ha persuadido a sir Roderick Glossop para que ofrezca sus servicios.

No me fue posible seguirle.

–¿El viejo Glossop?

–Sí, señor.

–Pero ¿qué puede hacer él?

–Al parecer, señor, tiene una agradable voz de barítono y en su juventud, en sus

tiempos de estudiante de medicina, solía interpretar canciones en conciertos familiares y otras reuniones similares.

–¡El viejo Glossop!

–Sí, señor. Casualmente, oí cómo se lo decía a la señora.

–Pues yo jamás lo hubiera imaginado.

–Estoy de acuerdo en que difícilmente se sospecharía semejante cosa teniendo en cuenta su porte actual, señor. Tempora mutantur, nos et mutamur in illis.

–¿Quiere decir, entonces, que se dispone a amansar al pequeño Seabury con sus canciones?

–Sí, señor. Acompañado al piano por la señora.

Advertí el punto flaco de la cuestión.

–No funcionará, Jeeves. Dedúzcalo usted mismo.

–¡Señor!

–Mire, tenemos un crío que está ansiando ver actuar a una troupe de juglares negros. ¿Cree que aceptará, como sustituto adecuado, a un médico de chiflados, de cara blanca, acompañado al piano por su madre?

–De cara blanca no, señor.

–¿Qué?

–No, señor. Esta cuestión fue debatida y, en opinión de la señora, se consideró indispensable algo que se asemejara a una representación negroide. Cuando se halla en su actual estado de ánimo, el joven caballero se muestra siempre extremadamente exigente.

Debido a mi emoción, se me coló un poco de humo por el conducto indebido.

–¿No me dirá que el viejo Glossop va a pintarse de negro?

–Sí, señor.

–Jeeves, recapacite, por favor. Esto no puede ser. ¿Va a ennegrecerse la cara?

–Sí, señor.

–No es posible.

–Sir Roderick se muestra de momento muy dócil, debe usted recordarlo, señor, ante cualquier sugerencia que emane de la señora.

–¿Quiere decir que está enamorado?

–Sí, señor.

–¿Y el Amor lo conquista todo?

–Sí, señor.

–Pero aun así... Si usted estuviera enamorado, Jeeves, ¿se pintaría de negro la cara para divertir al hijo del objeto de su adoración?

–No, señor, pero no todos estamos constituidos por igual.

–Es verdad.

–Sir Roderick intentó protestar, pero la señora invalidó sus objeciones. Y en resumidas cuentas, señor, creo que de hecho es bueno que así lo hiciera. El amable gesto de sir Roderick servirá para cerrar la brecha existente entre él y el señorito Seabury. Sé casualmente que el señorito había fracasado en sus intentos encaminados a conseguir de sir Roderick dinero en concepto de protección, y que este hecho le tenía muy disgustado.

–¿Trató de pegarle un sablazo al viejo?

–Sí, señor. De diez chelines. He obtenido la información del propio señorito.

–Todos confían en usted, Jeeves.

–Sí, señor.

–¿Y el viejo Glossop se negó a soltar la pasta?

–Sí, señor. Lo que hizo, en cambio, fue dedicar al señorito una especie de sermón. Lo que el señorito describió como «un rollo». Y me consta que, como consecuencia de ello, existía resentimiento por parte de este último. Hasta el punto de que obtuve la impresión de que había estado planeando algo a modo de represalia.

–¿Tendría jeta como para jugarle una mala pasada a un futuro padrastro?

–Estos señoritos suelen ser obstinados, señor.

–Cierto. Basta con recordar el caso del joven Thos, el hijo de mi tía Agatha, y el ministro.

–Sí, señor.

–Movido por su animadversión, le dejó abandonado en una isla en el lago, en compañía de un cisne.

–Sí, señor.

–¿Qué tal andan de cisnes en estos parajes? Confieso que me gustaría ver al viejo Glossop encaramándose a cualquier lugar, con un pajarraco encolerizado tras él.

–Tengo la impresión de que los pensamientos del señorito Seabury se orientaban más bien hacia algo así como una trampa, señor.

–No me extraña. Ese crío no tiene imaginación. Ni visión. Lo he advertido más de una vez. Su fantasía es..., ¿cuál es la palabra?

–¿Pedestre, señor?

–Exactamente. Con todas las ilimitadas oportunidades de una gran casa de campo a su disposición, se contenta con poner hollín y agua en lo alto de una puerta, cosa que cualquiera podría hacer en una villa suburbana. Nunca he tenido un concepto muy elevado de Seabury, y esto confirma mi baja opinión.

–Nada de hollín y agua, señor. Creo que lo que el señorito tenía decidido era la clásica pista resbaladiza a base de mantequilla, señor. Ayer me preguntó dónde se guarda la mantequilla y se refirió discretamente a un filme humorístico que

vio no hace mucho tiempo en Bristol y en el que ocurría algo de esta índole.

Me sentí disgustado. Dios sabe que todo ultraje perpetrado en la persona de un fulano como sir Roderick Glossop pulsa de inmediato una cuerda en el pecho de Bertram Wooster, pero una pista untada con mantequilla... cae ya en lo más bajo, podríamos decir. El más ínfimo abecé en el arte de preparar trampas. No hay en el Club Los Zánganos un solo miembro que se rebajara a semejantes extremos.

Inicié una risotada despectiva, pero la interrumpí. La palabra me había recordado que la vida seguía, implacable, y que el tiempo pasaba.

–¡Mantequilla, Jeeves! Aquí estamos los dos, charlando ociosamente acerca de la mantequilla, cuando ya hubiera tenido usted que correr hasta la despensa para conseguirme un poco.

–Iré inmediatamente, señor.

–¿Sabe usted con certeza dónde la guardan?

–Sí, señor.

–¿Y está seguro de que cumplirá su cometido?

–Totalmente seguro, señor.

–Entonces, adelante, Jeeves. Y no se entretenga.

Me senté en un tiesto colocado boca abajo y reanudé mi vigilia. Mis sentimientos diferían entonces considerablemente de lo que habían sido algo antes, cuando había empezado a merodear por aquella codiciable propiedad. Entonces yo era un indeseable indigente, como si dijéramos, prácticamente sin futuro ante mí, pero en este momento ya me era posible atisbar la luz del día. Jeeves no tardaría en regresar con lo necesario y poco después yo sería una vez más el viejo elegantón de sonrosadas mejillas. Y, a su debido tiempo, me encontraría sano y salvo en el tren de las once cincuenta, camino de Londres y de la seguridad.

Me sentía más que animado y bebí el aire nocturno con un corazón henchido de alegría. Y precisamente mientras lo estaba bebiendo, se oyó un repentino alboroto procedente de la casa.

Al parecer, Seabury era el que contribuía a la mayor parte del mismo, pues berreaba como un poseso. De vez en cuando se captaba la nota, más débil pero con todo penetrante, de lady Chuffnell, que parecía dirigir reproches o recriminaciones a alguien. Mezclada con todo ello, cabía discernir una voz más profunda, el inconfundible vozarrón de barítono de sir Roderick Glossop. El conjunto daba la impresión de proceder del salón y, excepto una ocasión en que paseaba por Hyde Park y de pronto me vi mezclado con una Asamblea de Cantos Comunitarios, jamás había oído nada semejante.

No mucho más tarde, se abrió repentinamente la puerta principal y alguien salió de la casa. La puerta se cerró de golpe, y seguidamente el personaje saliente echó a andar rápidamente por el camino, en dirección a la verja.

Hubo un solo momento en que la luz procedente del vestíbulo iluminó a aquel individuo, pero me bastó para identificarle.

Y el hombre que tan repentinamente abandonaba la casa y que avanzaba en la oscuridad, con todos los síntomas exteriores de estar más que exasperado, era nada menos que sir Roderick Glossop. Y pude observar que su cara era tan negra como el as de picas.

Momentos después, cuando yo todavía me estaba preguntando qué ocurría y en general dándole vueltas al asunto en mi cabeza, observé que Jeeves se me aproximaba por el flanco derecho.

Me alegró verle. Deseaba un poco de iluminación.

–¿Qué ha sido todo eso, Jeeves?

–¿El tumulto, señor?

–Parecía como si estuvieran asesinando al pequeño Seabury. No tendremos tanta suerte, ¿verdad?

–El señorito fue víctima de una agresión personal, señor. A cargo de sir Roderick Glossop. No presencié personalmente el episodio, pero he obtenido mi información de Mary, la camarera, que estuvo presente.

–¿Presente?

–Miraba por el ojo de la cerradura, señor. Al parecer, la apariencia de sir Roderick, cuando ella se encontró casualmente con él en la escalera, afectó considerablemente a la joven, y según me ha dicho se dedicó a seguirle desde aquel momento, con el deseo de ver qué haría a continuación. Deduzco de ello que su aspecto la fascinó. Tiende a ser algo frívola en su actitud mental, como muchas de estas jovencitas, señor.

–¿Y qué ocurrió?

–Podríamos decir que el asunto tuvo su comienzo, señor, cuando al atravesar sir Roderick el vestíbulo, pisó la pista enmantecada que había preparado el señorito.

–¡Ah! De modo que llevó a cabo su proyecto, ¿eh?

–Sí, señor.

–¿Y sir Roderick fue víctima de la trampa?

–Creo que se cayó con cierta pesadez, señor. La joven Mary habló de ello con una notable animación. Comparó su descenso con el suministro de una tonelada de carbón, y confieso que esta imagen me sorprendió un tanto, pues no es una muchacha muy imaginativa.

Sonreí complacido y pensé que la velada tal vez hubiese comenzado con tintes sombríos, pero sin duda terminaba bien.

–Vivamente enojado, parece ser que sir Roderick se apresuró a dirigirse hacia el salón, donde inmediatamente sometió al señorito Seabury a un severo castigo. En vano la señora trató de inducirle a desistir, ya que él se mostró firme en su negativa. El desenlace del asunto ha sido un desacuerdo definitivo entre la señora y sir Roderick, ya que la primera manifestó que no quería volver a verle nunca más, en tanto que el segundo aseveró que, si conseguía alguna vez abandonar sano y salvo esa casa pestilente, jamás volvería a cruzar sus puertas.

–Un auténtico embrollo.

–Sí, señor.

–¿Y se ha roto el compromiso matrimonial?

–Sí, señor. El afecto que la señora sentía por sir Roderick ha sido barrido instantáneamente por el oleaje impetuoso de un amor maternal herido.

–Muy bien expresado, Jeeves.

–Gracias, señor.

–¿Entonces sir Roderick se ha largado para siempre?

–Aparentemente, sí, señor.

–Está habiendo mucho jaleo en Chuffnell Hall últimamente. Casi parece como si pesara una maldición sobre el lugar.

–Una persona supersticiosa ciertamente podría creerlo así, señor.

–Pues bien, si antes no pesaba sobre él una maldición, puede apostar a que ahora carga con cincuenta y siete. He oído al viejo Glossop lanzarlas mientras se marchaba.

–Se sentiría muy arrebatado, ¿verdad, señor?

–Pero mucho, Jeeves.

–Lo imagino, señor. De lo contrario, difícilmente habría abandonado la casa en tales condiciones.

–¿Qué quiere decir?

–Pues bien, señor, tenga en cuenta que apenas le resultaría factible volver a su hotel en las circunstancias existentes. Su aparición suscitaría habladurías. Y tampoco puede volver al Hall después de lo ocurrido.

Vi hacia dónde apuntaba.

–¡Cielos, Jeeves! Está usted abriendo una nueva línea de pensamiento. Déjeme revisar todo esto. No puede volver a su hotel..., no, eso está bien claro, y tampoco puede arrastrarse hasta la viuda lady Chuffnell y suplicar asilo..., no, esto tampoco. Es un callejón sin salida. No me es posible imaginar qué demonios puede hacer.

–Es todo un problema, señor.

Guardé silencio por unos momentos, pensativo. Y, curiosamente, puesto que cualquiera hubiese creído que mi talante había de ser el de una sobria alegría, el corazón más bien sangraba un poquitín.

–Sepa, Jeeves, que por vilmente que me haya tratado ese hombre en el pasado, no puedo evitar sentirme apenado por él. Absolutamente. ¡Se encuentra en un trance tan doloroso! Ya era bastante malo que yo fuese un fugitivo de negro semblante, pero yo no tenía como él una posición tan eminente que defender. Quiero decir que el mundo, al observarme en semejante condición, fácilmente hubiera podido encogerse de hombros y murmurar: «¡Cosas de la juventud!» o algo por el estilo. ¿No es así?

–Sí, señor.

–Pero no ocurre lo mismo con un fulano de la categoría de él.

–Cierto, señor.

–¡Bien, bien, bien! ¡Vaya, vaya, vaya! Si llegamos al fondo de la cuestión, supongo que esto es la venganza del cielo.

–Cabe en lo posible, señor.

No es frecuente que yo busque moralejas, pero en ese momento no pude evitarlo.

–Esto nos enseña que siempre deberíamos ser amables, incluso con los más humildes, Jeeves. Durante años, ese Glossop me ha estado pisoteando la cara con botas de clavos, y vea lo que ahora ha sido de él. ¿Qué habría ocurrido si hubiéramos mantenido últimamente unas relaciones amistosas? La suerte le habría sonreído. Al verle marcharse precipitadamente hace un rato, yo lo habría detenido y le habría dicho: «¡Un momento, sir Roderick! No transite por ahí con este maquillaje. Espere un ratito aquí y pronto llegará Jeeves con la mantequilla necesaria y todo se normalizará.» ¿Verdad que hubiera dicho esto, Jeeves?

–Algo por el estilo, sí, señor.

–Y él se habría zafado de esa terrible situación, de ese trance angustioso en el que ahora se encuentra. Tengo toda la impresión de que el pobre hombre no

podrá conseguir mantequilla hasta bien entrada la mañana. Y ni siquiera entonces, si no lleva dinero encima. Y todo ello porque en el pasado no quiso tratarme decentemente. ¿No cree, Jeeves, que esto hace pensar un poco?

–Sí, señor.

–Pero, claro, de nada sirve hablar ahora de ello. Lo que está hecho, hecho está.

–Muy cierto, señor. El dedo en movimiento escribe y, una vez ha escrito, sigue avanzando y toda nuestra compasión y nuestro juicio no pueden inducirle a suprimir media línea, ni todas nuestras lágrimas borrarán una sola palabra.

–Exactamente. Y ahora, Jeeves, la mantequilla. Tengo que ir a lo mío.

Suspiró con un tono más que respetuoso.

–Lamento muchísimo verme obligado a informarle, señor, de que, debido a haberla utilizado toda el señorito Seabury para su pista resbaladiza, no hay mantequilla en la casa.

## 16. CONFLICTO EN DOWER HOUSE

Me quedé plantado y con una mano extendida, como si me hubiera helado de golpe. Mis facultades parecían entumecidas. Recuerdo que en cierta ocasión, cuando me encontraba en Nueva York, uno de aquellos chiquillos italianos de ojazos tristes que circulan por Washington Square sobre patines de ruedas se lanzó de pronto, con una violencia extraordinaria, contra mi chaleco, mientras yo daba un paseo y tomaba el aire. Su trayectoria terminó en el tercer botón empezando desde arriba, y tuve entonces la misma sensación que experimentaba en ese momento. Una especie de acuse de impacto. Un aturdimiento. Corte de respiración. Como si alguien me hubiera golpeado inesperadamente con un calcetín lleno de arena.

–¿Qué?

–Sí, señor.

–¿No hay mantequilla?

–No hay mantequilla, señor.

–Pero, Jeeves, ¡esto es espantoso!

–Muy desagradable, señor.

Si Jeeves tiene un defecto, es el de que en estas ocasiones su actitud tiende con excesiva frecuencia a ser mucho más tranquila y mucho menos emocional de lo que uno desearía. En general, uno no protesta, puesto que normalmente él controla la situación como es debido y al poco tiempo se presenta ante el Consejo con una de sus acertadas soluciones. Pero con frecuencia he pensado que me agradaría ver unos cuantos saltos con los ojos desorbitados por su parte, y lo pensaba en ese momento. En aquellas circunstancias, el adjetivo «desagradable» me parecía distar años luz de la realidad de la situación.

–Pero... ¿qué voy a hacer?

–Me temo que será necesario posponer la limpieza de su cara hasta fecha más

tardía, señor. Mañana estaré en condiciones de facilitarle mantequilla.

–Pero ¿y esta noche?

–Mucho me temo, señor, que esta noche deba resignarse a permanecer in statu quo.

–¿Eh?

–Una expresión en latín, señor.

–¿Quiere decir que nada puede hacerse hasta mañana?

–Me temo que no, señor, lo cual es enojoso.

–¿Llega al extremo de describirlo así?

–Sí, señor. Muy enojoso.

Respiré tensamente.

–Está bien. Lo que usted diga, Jeeves, pero ¿qué voy a hacer yo entretanto? –quise saber.

–Puesto que ha tenido una velada un tanto movida, creo que lo mejor sería, señor, que gozara usted de un sueño reparador.

–¿Echado en el césped?

–Si me permite la sugerencia, señor, creo que estaría usted más cómodo en la Dower House. Se encuentra a breve distancia del parque, y está desocupada.

–No es posible. No la dejarían vacía.

–Uno de los jardineros hace las veces de guardián mientras la señora y el señorito Seabury se alojan en el Hall, pero a esta hora siempre se encuentra en Chuffnell Arms, la taberna del pueblo. Para usted sería juego de pocas tablas efectuar su entrada e instalarse en una de las habitaciones del piso alto sin que él se diera cuenta. Y mañana por la mañana yo podría reunirme con usted allí, provisto de los materiales necesarios.

Confieso que no era ésta mi idea de una noche francamente agradable.

–¿No puede sugerirme nada más brillante?

–No, señor.

–¿No ha considerado la posibilidad de prestarme su cama por esta noche?

–No, señor.

–En este caso será mejor que me ponga en marcha.

–Sí, señor.

–Buenas noches, Jeeves –dije hoscamente.

–Buenas noches, señor.

No necesité mucho tiempo para llegar a la Dower House, y el recorrido me pareció más corto de lo que realmente era, debido a que mi cabeza estuvo ocupada, por el camino, en una serie de silenciosos Himnos de Odio dirigidos a los diversos individuos que se habían combinado para hacerme aterrizar en lo que Jeeves hubiera denominado «esa enojosa situación»..., encabezados por el jovencito Seabury.

Cuanto más pensaba en ese arrapiezo, más penetraba el hierro en mis entrañas. Y un resultado de mis meditaciones relacionadas con él fue el de engendrar –creo que es engendrar– una emoción respecto a sir Roderick Glossop que se aproximaba muchísimo a una sensación de afecto.

Ya saben ustedes cómo ocurren estas cosas. Uno se pasa años juzgando a un fulano como un pelmazo y una amenaza para la salud pública, y un buen día uno se entera de que el tipo en cuestión ha hecho algo decente y ello le hace pensar a uno que, después de todo, algo bueno debe de haber en él. Así me ocurrió en lo referente a aquel Glossop. Yo había padecido mucho a sus manos desde la primera vez que se cruzaron nuestros caminos. En el zoo humano que el hado ha querido situar alrededor de Bertram Wooster, Glossop siempre había figurado en un puesto muy alto entre los especímenes más nocivos, y de hecho más de un juez experto consideraba que incluso se disputaba la cinta azul con la tía Agatha, aquel gran azote de los tiempos modernos. Pero entonces, al revisar su reciente

conducta, debo admitir que mi opinión sobre él se reblandecía decididamente.

Mi razonamiento era el siguiente: nadie que fuese capaz de administrar una buena tunda al jovencito Seabury podía ser malo del todo. Debía de haber algo de metal puro entre la escoria, y de hecho llegué hasta el punto de decirme a mí mismo, no sin cierta emoción, que si alguna vez la situación permitía que yo pudiera ocuparme de nuevo de mis asuntos con entera libertad, miraría a aquel hombre con otros ojos y procuraría fraternizar con él. Había llegado incluso al punto de acariciar la idea de compartir un buen almuerzo con él, mano a mano en la misma mesa, saboreando un buen vino añejo y charlando como viejos amigos, cuando descubrí que había arribado a los aledaños de la Dower House.

El depósito o receptáculo para las viudas de los difuntos lores Chuffnell era una casucha de mediano tamaño que se alzaba en lo que los anuncios describían como espaciosos y cómodos terrenos. Se entraba por una puerta de cinco travesaños abierta en un seto y se llegaba a ella por un corto camino de gravilla..., a no ser que uno planeara una irrupción a través de una ventana más baja, en cuyo caso se seguía un sendero herboso, deslizándose silenciosamente de un árbol a otro.

Esto es lo que hice yo, aunque bien mirado en realidad no parecía necesario. El lugar estaba desierto, pero de momento yo sólo había visto la parte frontal del mismo, y si el jardinero había cambiado su política de trasladarse a la taberna local para echar un trago a esas horas y en cambio se encontraba en la casa, bien podía estar en la parte trasera de la misma. Por consiguiente, hacia allí dirigí mis pasos, procurando que fuesen tan quedos como las circunstancias lo permitían.

No puedo decir que me agradara la perspectiva que tenía ante mí. Jeeves había hablado con mucha labia –o con gran locuacidad– de entrar y considerarme en mi casa para pasar la noche, pero yo sabía por experiencia que cada vez que he tratado de allanar alguna morada, algo ha fallado. Aún no había olvidado aquella ocasión en que Bingo Little me persuadió para que entrara en su casa y sustrajera la copia en dictáfono del artículo sensiblero que su esposa, de soltera Rosie M. Banks, la conocida novelista, había escrito sobre él para Milady’s Boudoir, la revista de mi tía Dahlia. Pequineses, camareras y policías intervinieron en el asunto, como ustedes recordarán, con no poco desaliento y alarma por mi parte, y no estaba dispuesto a que volviera a ocurrirme nada semejante.

Por consiguiente, extremé la cautela al desviarme hacia la parte trasera de la

casa, y cuando lo primero que captó mi ojo fue la puerta de la cocina entreabierta, no me abalancé hacia ella con el brío que hubiese desplegado más o menos un año antes, o sea antes de que la Vida me hubiera convertido en el hombre austero y suspicaz que soy ahora, sino que me quedé plantado allí y clavando en ella un ojo vigilante. Cabía que no hubiera nada de particular, pero por otra parte también cabía que sí lo hubiera. Sólo el tiempo podía decirlo.

Un momento más tarde, me alegré inmensamente de haber permanecido en el exterior, porque de pronto oí que alguien silbaba en la casa, y percibí lo que esto quería decir. Significaba que el jardinero, en vez de bajar a Chuffnell Arms para atizarse un latigazo, había decidido quedarse en casa y pasar una tranquila velada entre sus libros. Y ello a pesar de la autorizada información interna que me había pasado Jeeves.

Me replegué de nuevo hacia las sombras como un leopardo, sintiéndome muy irritado. Pensaba que Jeeves no tenía ningún derecho a decir que ciertos sujetos bajaban al pueblo para tomar un trago a tal o cual hora cuando en realidad no lo hacían.

Y entonces, de repente, ocurrió algo que arrojó una luz enteramente nueva sobre la marcha del asunto, y vi que había juzgado mal a aquel hombre tan honesto. El silbido cesó, se oyó un solo y breve hipo y después llegó a mí, desde el interior, la voz de alguien que cantaba Guíame, luz amable.

El ocupante de la Dower House no era un mero jardinero. Era el Orgullo de Moscú, el impresentable Brinkley, quien se movía por allí.

La situación parecía exigirme una reflexión atenta y exenta de toda prisa.

Lo malo de los tipos como Brinkley es que, al tratar con ellos, uno no puede actuar según el manual. Hay en ellos recovecos intrincados. Aquella noche, por ejemplo, en el intervalo de poco más de una hora, yo había visto a aquel hombre blandiendo enfurecido un cuchillo de cocina y también sometiéndose tolerantemente a verse coceado por Chuffy a lo largo de casi todo el camino de entrada de Chuffnell Hall. Todo parecía ser cuestión del humor en que se encontrase en un momento dado. Por consiguiente –me vi obligado a preguntarme–, si entraba audazmente en la Dower House, ¿con qué clase de manifestación me saludaría aquel hombre polifacético? ¿Me encontraría con un

deferente amante de la paz al que resultara a la vez simple y agradable agarrar por el fondillo de los pantalones y arrojarlo al exterior, o tendría que pasarme el resto de la noche subiendo y bajando por la escalera llevándole tan sólo una cabeza de ventaja?

Y, a propósito de todo esto, ¿qué había sido de aquel cuchillo de cocina? Por lo que yo sabía, no parecía llevarlo sobre su persona durante la entrevista con Chuffy, pero también cabía que, simplemente, lo hubiera dejado en algún lugar y ya lo hubiera recogido otra vez.

Tras revisar el asunto desde todos los ángulos, decidí permanecer allí donde estaba, y poco después el rumbo de los acontecimientos demostró la sabiduría de esta decisión. Acababa él de llegar a aquel fragmento de «La noche está oscura» y parecía dispuesto a seguir con ímpetu, aunque algo inseguro en el registro más bajo, cuando de pronto se interrumpió. Y lo siguiente que oí fue un alarmante griterío, acompañado de fuertes pisadas y sordos golpes. Desde luego, no me era posible decir qué era lo que le había activado de aquel modo, pero los ruidos dejaban poco lugar a dudas de que, por una u otra razón, el hombre había vuelto bruscamente a lo que podríamos llamar la fase del cuchillo de cocina.

Una de las ventajas de encontrarse en la campiña, si uno pertenece, como Brinkley, al tipo más agresivo de chalado, es la de disponer de una gran libertad de movimientos. El estruendo que hacía en ese momento, de haberse producido por ejemplo en Grosvenor Square o Cadogan Terrace, habría atraído infaliblemente a docenas de policías ya en los primeros dos minutos. Pero en el tranquilo aislamiento de la Dower House, en Chuffnell Regis, el interfecto disponía del más amplio terreno para la autoexpresión. Excepto el Hall, no había otra cosa en un par de kilómetros, e incluso el Hall quedaba demasiado lejos para que el espantoso escándalo que estaba armando fuese algo más que un débil murmullo.

En cuanto a lo que creyese estar persiguiendo, tampoco era posible pronunciarse con certeza. Bien podía ser que, al fin y al cabo, el jardinero-guardián no hubiese ido al pueblo, y que en ese momento estuviera deseando haberlo hecho. O también cabía, claro, que un individuo en las espesas condiciones de Brinkley no requiriese un objeto definido al que perseguir, y que simplemente diera caza a sombras tan sólo para hacer ejercicio.

Me estaba inclinando por esta última posibilidad, y pensando con cierta ilusión

en que tal vez con un poco de suerte llegara a caerse y a romperse el pescuezo, cuando descubrí que me había equivocado. Durante unos minutos el ruido se había debilitado un tanto, ya que al parecer las actividades se habían desplazado a algún rincón distante de la casa, pero ahora se había intensificado de nuevo, de repente. Oí pies que bajaban ruidosamente por la escalera. A continuación hubo un choque terrorífico e, inmediatamente después, la puerta trasera se abrió de golpe y de ella salió proyectada una forma humana. Zumbó velozmente en mi dirección, tropezó con algo y aterrizó casi a mis pies. Y ya estaba yo a punto de encomendar mi alma a Dios y a saltar sobre su vientre, esperando que no ocurriera lo peor, cuando algo en el tono de los comentarios que estaba haciendo –una sarta de juramentos educados que parecían demostrar mejor crianza de la que Brinkley pudo haber tenido– me obligó a hacer una pausa.

Me incliné. Mi diagnóstico había sido correcto. Era sir Roderick Glossop.

Estaba a punto de presentarme e iniciar una tanda de preguntas cuando se abrió de nuevo la puerta trasera e hizo su aparición otra figura.

–¡Y no vuelva a entrar! –observó, no sin cierta amargura en el tono.

Era la voz de Brinkley y experimenté una leve satisfacción, pese a lo intempestivo del momento, al observar que se estaba frotando la espinilla izquierda.

La puerta se cerró de golpe y oí correr el cerrojo. Momentos después, una voz de tenor que interpretaba La fe del Señor me indicó que, en lo que a Brinkley se refería, el episodio había concluido.

Sir Roderick se había puesto trabajosamente de pie y resollaba ruidosamente, como si se hubiera quedado sin aire. No me sorprendió, pues había corrido lo suyo.

Me pareció que aquél era un buen momento para comenzar la conversación.

–¿Qué hay, qué hay? –dije.

En aquella noche particular, parecía ser mi sino el de asustar al prójimo, incluidas las fregonas, pero, a juzgar por los resultados, la fuerza magnética de mi personalidad parecía declinar un poco. Quiero decir que, en tanto que la fregona había sufrido un ataque de histeria y Chuffy había pegado un brinco de

dos palmos, Glossop se limitó a vibrar un poco, como un áspic al ser colocado en el plato. Sin embargo, esto pudo deberse, desde luego, a que era todo lo que físicamente podía hacer. Los ejercicios físicos con un Brinkley pueden agotar a cualquier hombre.

–Todo va bien –continué, deseoso de tranquilizarle y eliminar la impresión de que lo que oía murmurar en su oído pudiera ser alguna espantosa criatura nocturna–. Sólo soy B. Wooster...

–¡Míster Wooster!

–El mismo.

–¡Válgame Dios! –exclamó, calmándose un poco, pero lejos todavía de convertirse en el alma de la fiesta–. ¡Uf!

Y allí nos quedamos mientras el hombre absorbía una ración de aire vivificante. Guardé silencio. Los Wooster no nos entrometemos en semejantes momentos.

Finalmente, el resuello cedió hasta convertirse en un soplo a base de ráfagas ligeras. Necesitó otro minuto y medio para controlarlo, y cuando habló, hubo en su voz tal nota de sumisión, un temblor tan acusado, que a punto estuve de rodearle los hombros con un brazo afectuoso y decirle que se animara un poco.

–Sin duda, usted se estará preguntando cuál es el significado de todo esto, míster Wooster, ¿no es así?

No me había decidido a utilizar el brazo afectuoso, pero le asesté una especie de palmada alentadora.

–En absoluto –contesté–. En absoluto. Lo sé todo. Estoy al corriente de toda la situación. Oí lo que ocurrió en el Hall, y apenas le he visto a usted salir disparado por esa puerta, he sabido lo que debe de haber ocurrido aquí. ¿Verdad que planeaba pasar la noche en la Dower House?

–Así es. Si verdaderamente está usted informado de lo que ocurrió en Chuffnell Hall, míster Wooster, sabrá también que me encuentro en la desdichada situación de...

–... tener la cara pintada de negro. Lo sé. Y yo también.

–¡Usted!

–Sí. Es una larga historia y, por otra parte, tampoco podría contársela, puesto que es necesario considerarla una historia secreta, pero puede creerme si le digo que nos encontramos los dos en el mismo atolladero.

–¡Pero esto es asombroso!

–Usted no puede volver a su hotel y yo no puedo trasladarme a Londres hasta que nos hayamos quitado el maquillaje.

–¡Dios mío!

–Ello parece aproximarnos el uno al otro, ¿no cree?

Respiró cavernosamente.

–Míster Wooster, hemos tenido nuestras diferencias en el pasado y puede que la culpa fuese mía. No sabría qué decirle. Pero en la presente crisis debemos olvidarlas y..., esto...

–¿Formar un frente común?

–Exactamente.

–Lo formaremos –aseguré cordialmente–. Por mi parte, decidí dejar que el pasado entierre a sus muertos cuando oí que había propinado usted unos cuantos golpes en el lugar indicado al pequeño Seabury.

Le oí resoplar.

–¿Sabe usted lo que me hizo ese abominable muchacho, míster Wooster?

–Creo que sí. Y también lo que le hizo usted a él. Estoy perfectamente informado hasta el momento en que usted abandonó el Hall. ¿Qué ocurrió después?

–Casi inmediatamente después de haberlo hecho, comprendí lo terrible de la situación en la que me encontraba.

–Una tremenda impresión, supongo.

–La impresión fue más que severa. Me sentí totalmente perdido. Lo único que parecía posible hacer era buscar refugio en algún lugar para pasar la noche. Y, sabiendo que la Dower House estaba desocupada, me trasladé a ella. –Se estremeció–. Míster Wooster, esta casa es... un infierno, y le hablo con toda seriedad.

Resopló un poco más y prosiguió:

–No aludo a la presencia en el lugar de lo que me ha parecido ser un loco peligroso. Me refiero a que todo el lugar está infestado por organismos vivos. ¡Ratones, míster Wooster! Y perros de pequeño tamaño... Y me parece haber visto un mono.

–¿Eh?

–Recuerdo ahora que lady Chuffnell me contó que su hijo había comenzado a montar un establecimiento destinado a estas criaturas, pero de momento esto se me escapó de la mente y topé con esa experiencia sin la menor advertencia o preparación.

–Claro, es verdad. Seabury cría bichos. Recuerdo que me lo dijo. ¿Y se topó de manos a boca con todo el zoológico?

Rebulló en la oscuridad y supuse que se secaba la frente.

–¿Quiere que le cuente mis experiencias debajo de este tejado, míster Wooster?

–Hágalo –le pedí cordialmente–. Tenemos toda la noche por delante.

De nuevo se secó la frente con el pañuelo.

–Ha sido una pesadilla. Apenas había entrado cuando una voz se dirigió a mí desde un rincón oscuro de la cocina, pues ésta fue la primera habitación en la que entré. «Te estoy viendo, viejo estúpido», fue la frase que empleó.

–De una familiaridad excesiva.

–No es necesario que le cuente la consternación que eso me ocasionó. Me mordí con fuerza la lengua, pero después, adivinando que el orador no era más que un loro, me apresuré a abandonar la cocina. Apenas había llegado a la escalera,

observé una forma atemorizadora. Un individuo muy bajo, ancho de pecho y patizambo, con brazos largos y una faz oscura y maligna. Llevaba unas ropas extrañas y caminaba con rapidez, bamboleándose de un lado a otro y farfullando. Ahora, con la mente serena, comprendo que había de tratarse de un mono, pero en aquel momento...

–¡Vaya hogar! –exclamé con tono compasivo–. Añádase el pequeño Seabury, ¡y vaya hogar! ¿Y los ratones?

–Aparecieron más tarde. Permítame, por favor, seguir la secuencia cronológica de mis desventuras, pues de lo contrario no podría continuar el relato coherentemente. El cuarto en el que me encontré a continuación parecía estar totalmente lleno de perritos, que se abalanzaron sobre mí, husmeándome y mordiéndome. Huí de allí y entré en otro aposento. Allí por fin, me dije, incluso en aquella casa siniestra y maldita tenía que haber algo de paz, pero, míster Wooster, apenas había formulado este pensamiento cuando algo trepó por la pernera derecha de mi pantalón. Salté a un lado y, al hacerlo, volqué lo que parecía ser una especie de caja o de jaula, y seguidamente me encontré en un mar de ratones. Detesto esas criaturas y procuré sacudírmelas de encima, pero todavía se aferraban más a mí. Escapé de la habitación, y apenas había llegado a la escalera cuando apareció el lunático y se lanzó en mi persecución. ¡Y me persiguió escaleras arriba y abajo, míster Wooster!

Asentí, comprendiéndole perfectamente.

–Todos hemos pasado por ello –dije–. Yo tuve la misma experiencia.

–¿Usted?

–Ya lo creo. Estuvo a punto de matarme con un cuchillo de cocina.

–Por lo que he podido discernir, el arma que blandía contra mí era más bien una cuchilla de carnicero.

–Es que varía –expliqué–. Un día el cuchillo de cocina, y otro la cuchilla de carnicero. Es un muchacho versátil. Supongo que se trata de un temperamento artístico.

–Habla como si conociera usted a ese hombre.

–Mucho más que conocerle. Le tengo empleado. Es mi ayuda de cámara.

–¿Su ayuda de cámara?

–Un fulano llamado Brinkley. Desde luego, no va a ser mi criado mucho tiempo más. Si alguna vez se calma lo suficiente como para que yo me acerque a él y le dé el portante. Bien pensado, no deja de ser irónico –dije, adoptando un talante filosófico–. Me explicaré. ¿Sabe usted que durante todo ese tiempo le estoy pagando un salario a ese sujeto? En otras palabras, en realidad cobra para perseguirme armado con un cuchillo. Si esto no es Vida –añadí, pensativo–, ¿qué puede serlo?

El vejete necesitó unos momentos para asimilar toda esta información.

–¿Su ayuda de cámara? Entonces, ¿qué está haciendo en la Dower House?

–Es que es un individuo muy movedizo. Hoy aquí, mañana allí. Revolotea. No hace mucho rato se encontraba en el Hall.

–Jamás había oído cosa igual.

–Debo confesarle que también es una novedad para mí. Pero, sin la menor duda, ha tenido usted una noche de lo más movida. La impresión va a durarle, ¿verdad? Quiero decir que durante meses y meses no va a necesitar ninguna otra emoción, ¿no es así?

–Míster Wooster, mi más firme esperanza es la de que todo lo que me reste de existencia sea un oasis de inalterable monotonía. Esta noche me ha parecido captar los horrores subyacentes de la vida. ¿Verdad que no es posible que todavía haya ratones sobre mi persona?

–Yo diría que ha de habérselos sacudido todos. Sepa que se ha mostrado de lo más activo. Sólo le oía, claro, pero en realidad parecía saltarse los tramos de la escalera enteros.

–Desde luego, no he regateado esfuerzo para eludir a ese Brinkley. Sólo que hace un momento me ha parecido notar algo que mordisqueaba mi omoplato izquierdo.

–Ha pasado usted una noche de órdago.

–Una noche sin duda terrible. Tardaré en recobrar la tranquilidad normal de mi ánimo. Mi pulso es todavía alto y no me gusta cómo late mi corazón. Sin embargo, gracias a un destino piadoso, todo ha terminado bien. Podrá usted concederme el refugio que tanto necesito en su casita de campo. Y allí, con la ayuda de un poco de agua y jabón, podré quitarme este repugnante tinte negro.

Comprendí que ahí era donde yo tenía que empezar a hacerle revelaciones con el mayor cuidado.

–No es posible quitar esa porquería con agua y jabón. Yo lo he intentado. Necesita mantequilla.

–Éste es un detalle que me parece de poca monta. Sin duda, usted podrá procurarme mantequilla, ¿no?

–Lo siento. No hay mantequilla.

–Tiene que haber mantequilla en su casita de campo.

–Pues no la hay. ¿Y por qué? Porque no hay casita de campo.

–No acierto a comprenderle.

–Se ha quemado.

–¿Qué?

–Sí. Brinkley la incendió.

–¡Dios mío!

–Un inconveniente en más de un aspecto, debo confesarlo.

Guardó silencio durante un rato. Dando vueltas al asunto en su cabeza. Examinándolo desde un ángulo y otro.

–¿De veras se ha quemado su casita de campo?

–Es un montón de cenizas.

–En este caso, ¿qué puede hacerse?

Parecía llegado el momento de exhibir el lado bueno del caso.

–Anímese –dije–. Tal vez no nos sonría la suerte en materia de casitas de campo, pero me alegra decirle que la cuestión de la mantequilla se muestra aceptablemente satisfactoria. No podemos obtener ni pizca esta noche, pero llegará mañana por la mañana, como si dijéramos. Jeeves me traerá un poco apenas haya pasado el lechero.

–Pero yo no puedo permanecer hasta mañana en estas condiciones...

–Mucho me temo que sea el único curso practicable.

Se sumió en un hosco silencio. Era difícil distinguirlo en la oscuridad, pero pensé que su expresión debía de reflejar descontento, como si su altivo espíritu se quejara de algo. No obstante, debió de meditar lo suyo y además con acierto, pues de pronto volvió a la vida provisto de una idea.

–Esa casita de campo suya... ¿tenía garaje?

–Sí, claro.

–¿Y también ardió?

–No, creo que escapó del holocausto. Estaba muy alejado del escenario de la conflagración.

–¿Hay gasolina en él?

–Ya lo creo, en abundancia.

–Pues entonces todo va bien, míster Wooster. Estoy convencido de que la gasolina demostrará ser un agente limpiador tan eficaz como la mantequilla.

–Pero es que no puede ir a mi garaje...

–¿Y por qué no, si puede saberse?

–Bueno, sí que puede, si así lo desea, creo yo. Pero yo no puedo ir. Por razones que no estoy dispuesto a divulgar, me propongo pasar el resto de la noche en la glorieta del prado principal del Hall.

–¿Y no me acompañará?

–Lo siento, pero no.

–En este caso, buenas noches, míster Wooster. No le retendré por más tiempo privándole de su descanso. Le estoy muy agradecido por la ayuda que me ha prestado en una situación desesperada. Debemos vernos con más frecuencia. Uno de estos días tenemos que almorzar juntos. ¿Y cómo obtendré acceso a ese garaje suyo?

–Tendrá que forzar una ventana.

–Lo haré.

Se alejó lleno de vigor y determinación, y yo, tras saludar moviendo el coco, me encaminé, preñado de dudas, hacia la glorieta.

## 17. LA HORA DEL DESAYUNO EN EL HALL

No sé si ustedes han pasado alguna vez una noche en una glorieta. Si no lo han hecho, absténganse de hacer este experimento. No es cosa que yo aconsejara a ningún amigo mío. Sobre el tema de dormir en glorietas, hablaré sin ningún temor. Por lo que yo he podido comprobar, semejante experiencia no presenta ni un solo rasgo atractivo. Además de la inevitable incomodidad en las partes carnosas, está el frío, y además del frío, está la irritación mental. Todas las historias de fantasmas que uno ha leído acuden a la mente, particularmente aquellas en las que a la mañana siguiente se encuentran individuos absolutamente difuntos, sin una sola señal en ellos pero con tal mirada de horror y pavor en los ojos que los del equipo de rescate contienen el aliento y se miran entre sí y dicen: «¡Arrea!» Hay crujidos por doquier. Uno imagina oír firmes pisadas y obtiene la impresión de que un sinnúmero de manos esqueléticas pugnan por llegar hasta él en la oscuridad. Y, como he dicho, el frío es extremadamente desagradable y las partes carnosas padecen graves incomodidades. Todo ello constituye una experiencia francamente odiosa y que deben evitar los bien aconsejados.

Y lo que en mi caso daba un toque aún más desagradable era el pensamiento de que sólo con haber tenido valor para acompañar al intrépido viejo Glossop hasta el garaje, no me hubiera visto en la necesidad de permanecer anclado en aquel maloliente edificio, escuchando cómo aullaba el viento a través de las rendijas de sus maderos. Quiero decir que, una vez en el garaje, no sólo hubiera podido limpiarme la cara, sino también meterme en mi viejo biplaza, que se encontraba allí tascando el freno, y emprender el retorno a Londres por carretera, entonando una canción gitana.

Y es que, sencillamente, no me era posible hacer acopio del valor necesario para intentarlo. Sabía que el garaje se encontraba en plena zona de peligro, adentrado en la franja patrullada por Voules y Dobson, y no me era posible enfrentarme a la posibilidad de topar con el sargento de policía Voules y ser detenido e interrogado. Los encuentros con él, la noche anterior, habían quebrantado mi moral, obligándome a contemplar a aquel sabueso de la Ley como un merodeador insomne que erraba incesantemente y era muy capaz de salir por un escotillón en el preciso momento en que más pudiera prescindirse de él.

Por consiguiente, me quedé donde estaba. Me coloqué en la posición número cuarenta y seis, con la esperanza de que resultara más cómoda para las partes carnosas del cuerpo que las anteriores cuarenta y cinco, y de nuevo intenté vencer el insomnio.

Lo que siempre me desconcierta es cómo, en tales ocasiones, uno consigue conciliar el sueño. Personalmente, había abandonado toda idea en este sentido desde un buen principio, y nadie, por consiguiente, se hubiera sentido más sorprendido que yo cuando, en el preciso momento en que trataba de zafarme de un leopardo que estaba mordiendo con diligencia los fondillos de mis pantalones, me desperté súbitamente para descubrir que sólo había sido un sueño, que en realidad ningún leopardo hacía acto de presencia en las cercanías, que el sol ya estaba alto y que había comenzado un nuevo día, y que en el césped circundante los pájaros madrugadores tomaban ya su desayuno, armando para ello un jaleo considerable.

Me acerqué a la puerta y miré hacia el exterior. Apenas podía creer que fuese ya la mañana, pero así era, y además una mañana espléndida. El aire era límpido y fresco, había largas sombras a través del césped, y todo se combinaba para infundir tales emociones que, en mi situación, no pocos se hubieran quitado los calcetines y ejecutado danzas rítmicas sobre el rocío. En realidad, yo no hice tal cosa, pero sin duda me sentí tonificado considerablemente y cabría decir que me sentía simplemente como un espíritu puro, sin el menor vestigio de parte material en mí, cuando de pronto fue como si mi estómago saliera del trance con un sobresalto, y un momento después yo pensaba ya que en este mundo o el siguiente nada importaba, excepto un poco de café y todos los huevos con tocino que pudiera apilar en un plato.

Lo del desayuno es muy curioso. Cuando a uno le basta con pulsar un timbre para que la plantilla doméstica se ponga en marcha con todos los elementos del menú, desde gachas de avena hasta mermeladas, confituras y carnes en adobo, descubre que lo único a lo cual puede echarle una mirada es una copa de agua mineral con gas y una rebanada de pan tostado. Y cuando no es posible conseguir tamaño desayuno, uno se siente como una pitón cuando los empleados del zoo apenas han comenzado a tocar el gong que anuncia la pitanza. En mi caso particular, tengo como norma considerarme más o menos atraído por el festín, en el sentido de que en general no experimento lo que cabría llamar conciencia del desayuno hasta haber tomado mi té matutino y reflexionado un poco sobre la situación general. Y no me es posible expresar mejor el cambio

extraordinario que se había producido entonces en mi punto de vista si no es mencionando que, no muy lejos de mí, había un joven pajarraco dedicado a extraer del suelo una lombriz gruesa y rosada, y que de buena gana me habría sumado al banquete. De hecho, en aquel momento hubiera compartido el plato, sin hacer cumplidos, con un águila ratonera.

Se me había parado el reloj y por tanto no sabía qué hora era, y otra cosa que ignoraba era cuándo pensaba Jeeves trasladarse a la Dower House a fin de acudir a nuestra cita. Pensar que quizá en ese momento se encaminara hacia allí y que, al no encontrarme, pudiera juzgarlo todo como un malentendido y retirarse a alguna inexpugnable plaza fuerte en las partes posteriores del Hall, me causó una sensación muy desagradable. Abandoné la glorieta y, volviendo a los matorrales, empecé a abrirme camino entre ellos, avanzando como un piel roja que siguiera una pista y manteniéndome en todo momento a cubierto de las miradas ajenas.

Avanzaba precisamente a lo largo del ala lateral de la casa y me preparaba ya para efectuar mi salida a espacios más abiertos, cuando a través del ventanal de la sala de mañanas vi un espectáculo que me afectó profundamente. De hecho, sería exacto afirmar que pareció hablar a lo más hondo de mi ser.

En aquella habitación, una camarera procedía a depositar una gran bandeja sobre la mesa.

La luz del sol, que entraba allí a raudales, iluminaba los cabellos de la camarera y, al notar sus tonalidades rojizas, deduje que debía de tratarse de Mary, la novia del agente Dobson, un hecho que en cualquier otro momento hubiera ofrecido su interés. Pero entonces no estaba de humor para someter a la joven a un escrutinio crítico con vistas a decidir si el agente de policía había elegido o no un caballo de buena estampa. Toda mi atención se centraba en aquella bandeja.

Era una bandeja bien provista. Había en ella una cafetera y también tostadas en una cantidad notable, y además un plato tapado. Fue este último el que me tocó la fibra más sensible. Debajo de aquella tapadera podía haber huevos, podía haber tocino, podía haber salchichas, podía haber riñones, o podía haber arenques. No me era posible decirlo, pero lo que hubiera allí, fuera lo que fuese, había de sentarle bien a Bertram.

Pues yo ya había trazado mis planes y preparado mis esquemas. La muchacha acababa de salir y calculé que disponía de cincuenta segundos para ejecutar la

dura tarea que me esperaba. Calculando veinte para entrar en la sala, tres para hacerme con el botín y otros veinticinco para regresar a los matorrales, creía contar con los mejores augurios para rematar airosamente la empresa.

En cuanto se cerró la puerta, me puse en marcha sin perder un momento. Apenas pensé en la posibilidad de que alguien me viera, y suponía que, en caso de haber algún testigo ocular, lo único que hubiese visto habría sido una especie de forma borrosa. Cubrí la primera etapa del trayecto dentro de los límites del tiempo fijado, y acababa de echar mano a la bandeja y me disponía a levantarla y sustraerla cuando me llegó un rumor de pisadas desde el otro lado de la puerta.

Era un momento que exigía pensar con rapidez, y en tales momentos Bertram Wooster da lo mejor de sí.

Debo mencionar que aquel salón de mañanas no era la salita de mañanas en la que Dwight y el pequeño Seabury habían tenido su memorable encuentro. De hecho, desoriento a mi público al hablar de aquella habitación como si de un salón de mañanas se tratara. En realidad, era un estudio o despacho, el lugar donde Chuffy atendía los asuntos de su finca, revisaba sus facturas, cavilaba acerca de los precios ascendentes de la maquinaria agrícola, y desengañaba a sus inquilinos cuando éstos le visitaban para pedirle que les redujera un poco el alquiler. Y como no se puede ir muy lejos en este tipo de actividad sin contar con una mesa escritorio de respetable tamaño, por suerte Chuffy se había hecho instalar una. Se encontraba en un ángulo de la habitación, y parecía hacerme señas invitadoras.

Dos segundos y medio más tarde, me encontré detrás de él, agazapado sobre la alfombra y tratando de respirar únicamente a través de los poros.

Un momento después, se abrió la puerta y entró alguien. Unos pies cruzaron el suelo, en línea recta hacia el escritorio, y oí el chasquido cuando una mano invisible alzó el receptor del teléfono.

–Chuffnell Regis, dos nueve cuatro –dijo una voz, e imaginen mi súbita sensación de alivio cuando la reconocí como la de una persona cuya mano había estrechado muchas veces en el pasado. Era la voz, en suma, de un amigo indispensable.

–¡Ah, Jeeves! –exclamé, haciendo mi aparición como el muñeco de una caja sorpresa.

A Jeeves no se le puede sobresaltar. En una situación en la que fregonas de cocina se habían dejado llevar por la histeria y pares del reino se habían estremecido y pegado un brinco, él se limitó a mirarme con respetuosa serenidad y, tras un cortés «buenos días», prosiguió la tarea que había comenzado. Es un hombre al que le gusta hacer las cosas en su debido orden.

–¿Chuffnell Regis, dos nueve cuatro? ¿Hotel Seaview? ¿Puede decirme si sir Roderick Glossop se encuentra en su habitación?... ¿Todavía no ha regresado?... Muchas gracias.

Colgó el teléfono y se consideró en libertad para otorgar a su joven ex amo cierta atención.

–Buenos días, señor –repitió–. No esperaba encontrarle aquí.

–Ya lo sé, pero...

–Yo creía que habíamos quedado en reunirnos en la Dower House.

No pude evitar un estremecimiento.

–Jeeves –dije–, unas breves palabras acerca de la Dower House y a continuación me agradaría archivar el tema por tiempo indefinido. Ya sé que usted tenía buenas intenciones. Sé que cuando me envió allí sus motivos eran puros hasta la última gota, pero lo cierto es que me facturaba hacia un lugar nefasto. ¿Sabe quién se encontraba al acecho en aquella Casa del Terror? Brinkley. Completo, con cuchilla de carnicero.

–Lamento muchísimo oír esto, señor. ¿Debo suponer, pues, que no ha dormido allí?

–No, Jeeves, desde luego que no. He dormido, si a eso se le puede llamar dormir, en una glorieta. Y me estaba arrastrando entre los matorrales tratando de encontrarle a usted, cuando he visto a aquella camarera que disponía comida sobre esta mesa.

–El desayuno de su señoría, señor.

–¿Y dónde está él?

–No creo que tarde en bajar, señor. Ha sido una casualidad de las más afortunadas que la señora me haya dado instrucciones para llamar al Hotel Seaview, pues de lo contrario nos hubiera sido algo difícil establecer contacto.

–Sí. Y a propósito, ¿qué era esa historia del Hotel Seaview?

–La señora se siente algo inquieta con respecto a sir Roderick, señor. Supongo que, después de reflexionar al respecto, ha llegado a la conclusión de que anoche no le trató debidamente.

–¿El amor maternal no está tan vibrante esta mañana?

–No, señor.

–¿Y es un caso de «Vuelve y todo quedará perdonado»?

–Exactamente, señor. Pero por desgracia sir Roderick parece haber desaparecido, y no nos es posible saber qué ha sido de él.

Yo me hallaba en condiciones, desde luego, de explicar y aclarar, y procedí a hacerlo sin demora.

–Está bien. Después de una sesión vigorizante con Brinkley, fue a mi garaje en busca de gasolina. ¿Acertaba al suponer que ésta había de limpiarle tan bien como la mantequilla?

–Sí, señor.

–Entonces yo diría que ahora se encuentra camino de Londres, o tal vez ya en la metrópoli.

–Lo comunicaré inmediatamente a la señora, señor. Supongo que esta información contribuirá sensiblemente a reducir su ansiedad.

–Cree de veras que ella todavía le ama y desea brindar la amende honorable?

–¿O la rama de olivo? Sí, señor. Esto, al menos, he adivinado a juzgar por la actitud de ella. He obtenido la impresión de que todo el antiguo amor y estimación operaban una vez más.

–Y me alegra muchísimo oírlo –dije con sinceridad–, pues debo decirle, Jeeves, que desde la última vez que nos vimos he cambiado totalmente de manera de pensar con respecto al susodicho Glossop. Sé ahora que hay en él un lado muy bueno. En nuestra silenciosa guardia nocturna, hemos establecido lo que no sería exagerado describir como una hermosa amistad. Cada uno ha descubierto los méritos ocultos del otro, y él se ha despedido distribuyendo invitaciones para almorzar juntos.

–¿De veras, señor?

–¡Y tan de veras! De ahora en adelante, siempre habrá cuchillo y tenedor para Bertram en el hogar de Glossop, y lo mismo para Roddy chez Bertram.

–Muy gratificante, señor.

–Ya lo creo. Por consiguiente, si en fecha próxima habla usted con lady Chuffnell, puede decirle que su enlace goza ahora de mi total aprobación y sanción. Pero todo esto, Jeeves –proseguí, pulsando la nota práctica–, se sale de nuestro tema. La cuestión principal es que siento una aguda necesidad de alimento y quiero aquella bandeja. Tráigamela y actúe deprisa.

–¿Se propone comerse el desayuno de su señoría, señor?

–Jeeves –dije con emoción, y me disponía a añadir que, si abrigaba cualquier duda con respecto a lo que yo me proponía hacer con aquel desayuno, podría eliminarlas quedándose allí y viéndome entrar en acción, cuando una vez más oí pasos en el corredor contiguo.

Por tanto, en vez de pronunciar estas palabras, palidecí, tanto como un individuo puede palidecer cuando toda su cara está cubierta de betún negro, y me inmovilicé conteniendo un grito. Una vez más me di cuenta de que era imprescindible que yo desapareciera de la escena.

Debo mencionar que aquellas pisadas eran del sólido y robusto tipo que producen unos zapatos del número cuarenta y cinco. Era lógico, por tanto, que yo asumiera que era Chuffy quien se aproximaba. Y apenas es necesario decir que encontrarme con Chuffy hubiera sido un acto ajeno a mi política. Ya he indicado, creo que con suficiente claridad, que él no simpatizaba con mis planes y objetivos. Aquella entrevista que habíamos tenido la noche antes me había demostrado que debía ser reconocido esencialmente como miembro de la

oposición, como un elemento hostil y una amenaza. Si me descubría allí, sabía que la primera cosa que haría sería encerrarme en cualquier lugar, movido por un espíritu de celo caballeresco, y enviar mensajeros al viejo Stoker para que pasara por allí a recogerme.

En vista de ello, mucho antes de que girase el pomo de la puerta, yo me había refugiado ya en las profundidades, como el pato que se zambulle en el agua.

Se abrió la puerta. Habló una voz femenina. Era, sin ningún género de duda, la de la futura esposa del agente Dobson.

–Míster Stoker –anunció.

Unos pies grandes y planos irrumpieron en la habitación.

## 18. NEGRA SITUACIÓN EN UN ESTUDIO

Me acurruqué y me apreté un poco más detrás del viejo mueble. Esto no marcha, esto no marcha, parecía susurrar una voz junto a mi oído, y es que de todas las contingencias desagradables que pudieran haber surgido, ésta era la que me parecía más atroz. Por más que pudieran formularse críticas contra Chuffnell Hall –y recientes acontecimientos habían tendido considerablemente a empequeñecer su encanto ante mis ojos– yo había dado por supuesto que era posible romper al menos una lanza en su favor, y era la imposibilidad de encontrarse a J. Washburn Stoker en la finca. Y, a pesar de tener mi tiempo casi del todo ocupado en temblar como la gelatina, todavía fui capaz de experimentar un ramalazo de sincera indignación ante lo que consideraba una intrusión plenamente injustificable por su parte.

Quiero decir que si un hombre ha dado de qué hablar en una casa señorial de Inglaterra, irritando a los residentes en ella y asegurando con aplomo que nunca más volverá a cruzar sus puertas, no tiene ningún derecho a comparecer apenas dos días después como si el lugar fuera un hotel con un «Bienvenidos» en el felpudo. Era una cosa que a mí me parecía indignante.

También me preguntaba cómo capearía Jeeves la situación. Para entonces, un fulano astuto como aquel Stoker debía de haber sospechado que él era el cerebro organizador de mi fuga, y no me parecía improbable que hiciera algún intento destinado a esparcir dicho cerebro sobre la alfombrilla de la chimenea. Cuando habló, su voz indicaba, sin ningún género de duda, que alguna idea por el estilo flotaba en su mente. Era una voz áspera y metálica, y aunque todo lo que dijo en realidad, a guisa de preámbulo, fue «¡Ah!», un hombre decidido puede introducir un extenso significado en un «¡Ah!».

–Buenos días, señor –dijo Jeeves.

Hacerse un ovillo detrás de un escritorio tiene sus ventajas y también sus inconvenientes. Puramente desde el punto de vista del fugitivo que intenta escabullirse, es desde luego algo de primera. En realidad, difícilmente cabría encontrar nada mejor. Pero en contra hay que establecer el hecho de que indudablemente le priva a uno de su capacidad de audiencia. El efecto venía a ser el mismo que si hubiera estado escuchando una obra dramática en la radio.

Captaba las voces, pero me perdía el juego de expresiones, y hubiera dado cualquier cosa para poder verlas. No las de Jeeves, claro, puesto que Jeeves nunca muestra ninguna, pero tenía toda la impresión de que Stoker había de merecer algo más que una mirada casual.

–O sea que está usted aquí, ¿verdad?

–Sí, señor.

Lo que siguió fue una risotada, extremadamente repulsiva, del visitante. Una de aquellas risotadas breves y malignas.

–He venido porque quería informarme del paradero de míster Wooster y he pensado que tal vez lord Chuffnell le haya visto. Jamás hubiera creído toparme con usted. Óigame –dijo aquella peste, acalorándose de repente–, ¿sabe qué tengo ganas de hacer con usted?

–No, señor.

–Romperle su maldito pescuezo.

–¿De veras, señor?

–Sí.

Oí toser a Jeeves.

–Un deseo un tanto extremo, ¿no cree, señor? Comprendo que el hecho de que decidiera (algo bruscamente, lo admito) dejar su servicio y volver al de su señoría haya ocasionado disgusto por su parte, pero...

–Usted ya sabe de qué le estoy hablando. ¿O es que va a negarme que fue usted quien sacó a escondidas a ese Wooster de mi yate?

–No, señor. Admito que mi intervención fue instrumental para devolver la libertad a míster Wooster. En el transcurso de una conversación que sostuve con él, míster Wooster me informó de que se encontraba detenido ultra vires en el buque, y, actuando en el mejor interés de usted, yo lo liberé. En aquellos momentos, como usted recordará, señor, yo me encontraba a su servicio, y juzgué mi deber salvarle de lo que hubiera podido ser un contretemps

extremadamente grave.

Desde luego, yo no veía nada, pero por la cantidad de gruñidos y resuellos que emitió durante esta explicación, tuve la impresión de que al viejo Stoker le hubiese agradado tomar la palabra un poco antes. Yo hubiera podido decirle que de nada le serviría. No es posible reducir a Jeeves al silencio cuando tiene algo que decir y cree que será de interés. El único remedio es aguantar y esperar hasta que enmudezca.

Pero, aunque entonces ya lo hubiera hecho, la otra parte no comenzó enseguida lo que pudiera calificarse como su turno de réplica. Imagino que la sustancia del corto discurso de Jeeves le había proporcionado materia para alimentar sus pensamientos.

En esta coyuntura, pareció que yo estaba en lo cierto. El viejo Stoker respiró con alguna dificultad durante un rato, y después habló con un tono casi reverencial, cosa que sucede a menudo cuando alguien se enfrenta a Jeeves. Éste tiene especial habilidad para sugerir nuevos puntos de vista.

–¿Está usted loco o lo estoy yo?

–¿Señor?

–¿Ha dicho usted algo de salvarme de...?

–¿De un contretemps? Sí, señor. No puedo hacer esta aserción autoritariamente, pues no estoy seguro de hasta qué punto el hecho de que míster Wooster subiera a bordo del yate por propia voluntad pesaría ante un jurado...

–¿Un jurado?

–... pero su retención en el buque, en contra del deseo por él expresado de abandonarlo, constituiría, creo yo, un secuestro, lo cual, como sin duda ya sabe usted, señor, es castigado con suma severidad.

–Pero oiga, dígame...

–Inglaterra es un país extremadamente respetuoso con la ley, señor, y delitos que acaso pasen desapercibidos en su tierra son castigados aquí con el mayor rigor. Lamento decir que mis conocimientos acerca de los detalles legales son ligeros,

y por tanto no me es posible aseverar con perfecta confianza que esta retención de míster Wooster hubiera equivalido a un acto en contravención del código criminal, y como tal susceptible de ser castigado con pena de prisión, pero sin duda, de no haber intervenido yo, el joven caballero habría estado en condiciones de promover una acción judicial y reclamarle una suma muy sustancial en concepto de daños y perjuicios. Por consiguiente, actuando, como he dicho, en el mejor interés de usted, procedí a liberar a míster Wooster.

Hubo un silencio.

–Gracias –dijo Stoker, mansamente.

–De nada, señor.

–Muchísimas gracias.

–Hice lo que consideré la única cosa que podía evitar una contingencia de lo más desagradable, señor.

–Pues muy acertado por su parte.

Debo decir que no acierto a comprender por qué Jeeves no ha de entrar en el mundo de las leyendas y las canciones. Daniel lo hizo, gracias a haber pasado una media horita en el foso de los leones y dejado a esos hoscos animales en un ambiente de amabilidad y camaradería, y si lo que Jeeves acababa de hacer no se clasificaba muy por encima de un hecho como éste, yo no soy juez en la materia. En menos de cinco minutos había reducido al enfurecido Stoker de la categoría de una especie de gato montés en forma de hombre a la de un cariñoso minino faldero. De no haber estado yo presente y haberlo oído todo, no hubiera creído que ello fuera posible.

–Tengo que reflexionar al respecto –dijo el viejo Stoker, más dócil que nunca.

–Sí, señor.

–No había contemplado el asunto desde este ángulo. Sí, señor, tengo que meditar al respecto. Creo que iré a dar un paseo para darle unas cuantas vueltas en mi cabeza. ¿Lord Chuffnell no ha visto a míster Wooster?

–Desde anoche, no, señor.

–Ah, pero ¿le vio anoche? ¿Qué dirección llevaba?

–Supongo que la intención de míster Wooster era pasar la noche en la Dower House y regresar hoy a Londres.

–¿La Dower House? ¿Aquel lugar al otro lado del parque?

–Sí, señor.

–Quizá eche un vistazo allí. Me parece que lo primero que debo hacer es tener una conversación con míster Wooster.

–Sí, señor.

Le oí cruzar la puertaventana, pero dejé pasar unos segundos más hasta creer justificado mi ascenso a la superficie. Juzgando razonable suponer que para entonces el terreno estaba despejado, asomé la cabeza por encima del escritorio.

–Jeeves –dije, y si había lágrimas en mis ojos, no me importa decirlo, pues a los Wooster no nos asusta confesar nuestras honestas emociones–, no hay nadie como usted, absolutamente nadie.

–El señor es extremadamente amable.

–Es todo lo que puedo hacer, pues antes he tenido que abstenerme de salir de aquí y estrecharle la mano.

–No hubiera sido un paso juicioso, dadas las circunstancias, señor.

–Lo mismo he pensado yo. ¿Su padre no era encantador de serpientes, Jeeves?

–No, señor.

–Una idea que me ha pasado por la cabeza. ¿Qué cree que ocurrirá cuando Stoker llegue a la Dower House?

–Sólo podemos conjeturarlo, señor.

–Lo que temo es que Brinkley pueda haber dormido ya la mona.

–Existe esta posibilidad, señor.

–Sin embargo, fue una buena idea enviar allí a ese individuo, y debemos esperar lo mejor. Al fin y al cabo, Brinkley todavía tiene aquella cuchilla. Y otra cosa, ¿cree que Chuffy bajará realmente?

–Supongo que de un momento a otro, señor.

–Entonces, ¿no me aconseja que despache su desayuno?

–No, señor.

–Es que estoy hambriento, Jeeves.

–Lo siento muchísimo, señor, pero por el momento la situación es un tanto delicada. Más tarde, sin duda, yo mismo podré aliviar su malestar.

–¿Usted ha desayunado, Jeeves?

–Sí, señor.

–¿Y qué ha tomado?

–El zumo de una naranja, señor, seguido por Cute Crispies, un cereal estadounidense, huevos revueltos con una loncha de tocino ahumado y tostadas con mermelada.

–¡Cielos! ¿Y todo ello regado, sin duda, con una taza de vigorizante café?

–Sí, señor.

–¡Dios mío! ¿Y de veras cree que no puedo hurtar ni una sola salchicha?

–Yo no lo aconsejaría, señor. Y aunque el detalle carezca de importancia, su señoría va a desayunarse con arenques.

–¡Arenques!

–Y creo que ahora se aproxima su señoría, señor.

De nuevo Bertram tuvo que descender a las profundidades. Y apenas me había encajado en mi escondrijo cuando se abrió la puerta.

Se oyó una voz.

–¡Caramba! ¡Hola, Jeeves!

–Buenos días, señorita.

Era Paulina Stoker.

Debo admitir que me sentí algo indignado. Como ya he dicho antes, Chuffnell Hall, cualesquiera que pudieran ser sus otros defectos, debería haber estado totalmente libre de Stokers. Y sin embargo allí estaban ellos, infestando absolutamente el lugar como si fueran ratones. Ya estaba yo preparado para notar que algo respiraba junto a mi oído y, al volverme, comprobar que se trataba del pequeño Dwight. Con ello quiero decir que pensaba –con amargura, lo admito– que si aquélla iba a ser la Semana Hogareña de los Stoker, bien valía la pena disponer del repertorio completo.

Pauline había empezado a olfatear vigorosamente.

–¿Qué es este olor, Jeeves?

–Arenques ahumados, señorita.

–¿Para quién son?

–Para su señoría, señorita.

–Ya. Es que todavía no he desayunado, Jeeves.

–¿No, señorita?

–No. Mi padre me ha arrancado de la cama y me ha traído aquí antes de que estuviera despierta del todo. Está muy acalorado, Jeeves.

–Sí, señorita. Acabo de sostener una conversación con míster Stoker y parecía un tanto sobreexcitado.

–Durante todo el camino hasta aquí ha estado hablando de lo que le haría a usted si volvía a encontrarle. Y ahora me dice usted que le encontró. ¿Y qué sucedió? ¿No se lo comió vivo?

–No, señorita.

–Estará a dieta. ¿Y dónde se ha metido? Me han dicho que se encontraba aquí.

–Míster Stoker ha salido hace unos momentos con la intención de visitar la Dower House, señorita. Creo que espera encontrar allí a míster Wooster.

–Alguien debería advertírselo al pobre infeliz.

–No debe sentir ansiedad por míster Wooster, señorita. No se encuentra en la Dower House.

–¿Dónde está?

–En otro lugar, señorita.

–No es que me importe dónde pueda estar. ¿Recuerda que la noche pasada, Jeeves, le dije que pensaba en convertirme en la esposa de Bertram W.?

–Sí, señorita.

–Pues no será así. Por lo tanto, no es necesario que se preocupe por ese extremo. He cambiado de opinión.

–Me alegra oírlo, señorita.

Y a mí también. Las palabras de Pauline eran como música para mis oídos.

–¿Se alegra?

–Sí, señorita. Dudo de que esta unión hubiese sido afortunada. Míster Wooster es un señorito muy amable, pero yo le describiría como un solterón por naturaleza.

–¿Además de ser mentalmente insignificante?

–En ocasiones, míster Wooster es capaz de actuar con una astucia muy notable, señorita.

–Y yo también. Y por esto digo que, por más que haga mi padre, no me casaré con ese pobre corderillo perseguido. ¿Por qué habría de hacerlo? No tengo nada contra él.

Hubo una pausa.

–Acabo de hablar con lady Chuffnell, Jeeves.

–Sí, señorita.

–Al parecer, ella también ha tenido algún conflicto doméstico.

–Sí, señorita. Hubo una infortunada disputa entre la señora y sir Roderick Glossop anoche. Pero me satisface decir que la señora parece haber reflexionado al respecto y decidido que cometió un error al cortar sus relaciones con el caballero.

–Siempre hay que reflexionar, ¿verdad?

–Casi invariablemente, señorita.

–Y de poco sirve si las relaciones cortadas no reflexionan también. ¿Ha visto a lord Chuffnell esta mañana, Jeeves?

–Sí, señorita.

–¿Qué aspecto tenía?

–Me ha parecido algo preocupado, señorita.

–¿Sí?

–Sí, señorita.

–Hmmm. Bien, no quiero apartarle de sus deberes profesionales, Jeeves; por lo que a mí se refiere, puede volver a ellos inmediatamente.

–Gracias, señorita. Buenos días.

Durante unos momentos, después de cerrarse la puerta, permanecí inmóvil. Estaba sometiendo la situación en general a un minucioso examen. Hasta cierto punto, cabría decir que una sensación de alivio cosquilleaba a través de mis venas como un vino de calidad, causándome a la vez satisfacción y reanimación mental. Con el más llano de los lenguajes, sopesando sus palabras y hablando sin vacilación ni error, la joven Pauline había manifestado que ni siquiera las más

enérgicas medidas por parte de su padre la inducirían a ponerse el velo nupcial y a recorrer el pasillo de la iglesia a mi lado. Pues muy bien.

Pero ¿había estimado debidamente los poderes persuasivos de su padre? Esto era lo que yo me preguntaba. ¿Le había visto ella alguna vez cuando el hombre se manifestaba en toda su buena forma? ¿Sabía qué fuerza podía desplegar cuando se encontraba en plena temporada? En una palabra, ¿sabía a lo que se enfrentaba, y comprendía que intentar frustrar a J. Washburn Stoker, cuando éste se había lanzado al ruedo, era como entrar en una jungla y acometer a la primera pareja de gatos salvajes con los que uno se topara?

Era este pensamiento el que impedía que mi dicha fuera completa. Me parecía que, al oponer ella su voluntad a la de un viejo pirata retirado como aquel padre suyo, la frágil jovencita se excedía en sus posibilidades, y que su oposición a los planes matrimoniales de él sería inútil.

Y así meditaba cuando de pronto oí el leve chapoteo del café en una taza, y un momento más tarde me llegó lo que Drexdale Yeats hubiera denominado un sonido metálico y, con una profunda emoción, adiviné que Pauline, incapaz de resistir por más tiempo la visión de aquella bandeja, había levantado una humeante tapadera y estaba atacando los arenques. Y ya no había lugar a dudas en cuanto a la exactitud de la información de Jeeves. Era el aroma de los arenques ahumados lo que flotaba en torno a mí como una bendición, y apreté los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos debido a la tensión. Podía detectar cada bocado y uno tras otro me traspasaban como un cuchillo.

Es curioso el efecto que el hambre ejerce en uno. Nadie puede decir lo que hará bajo su acción. Permítase que el ave con más sentido común se sienta lo que se dice hambrienta, y prescindirá de toda prudencia, que es lo que hice yo llegado este momento. Obviamente, el plan de mayor seguridad era para mí el de permanecer a cubierto y esperar hasta que todos aquellos Stokers se esfumaran, y tal era la política que, con un estado de ánimo más sosegado, yo hubiera seguido. Pero el olor de aquellos arenques y el conocimiento de que con cada momento que pasaba se fundían como la nieve en las cimas de las montañas, y de que muy pronto desaparecerían también todas las tostadas, eran elementos demasiado poderosos para mí. Salí disparado de las profundidades de la mesa escritorio como un pececillo enganchado en un anzuelo.

–¡Hola! –dije, con una intensa nota de súplica en mi voz.

Es curioso constatar cómo la experiencia nunca llega a enseñarnos. Yo había presenciado la reacción de la fregona ante mi súbita aparición. Había observado su efecto en mi amigo Chuffy. Y había visto a sir Roderick Glossop en el momento del impacto. Y, no obstante, de nuevo surgía yo de la nada tan repentinamente como antes.

Y volvió a ocurrir exactamente lo mismo, aunque esta vez con mayor intensidad. En ese momento, Pauline Stoker estaba muy atareada con un bocado de arenque y por unos instantes éste paralizó su libertad de expresión, de modo que todo lo que ocurrió durante un segundo y cuarto fue que un par de ojos horrorizados se clavaron en los míos. A continuación, la barrera de arenque cedió y surcó el aire uno de los aullidos de terror más devastadores que haya oído en toda mi vida.

El grito coincidió con la abertura de la puerta y la aparición del quinto barón Chuffnell en el umbral. Y un momento después, él se había precipitado hacia ella y la había estrechado entre sus brazos, y ella se había precipitado hacia él y se había dejado estrechar.

No lo habrían hecho mejor si lo hubieran estado ensayando durante semanas.

## 19. PREPARATIVOS PARA ABLANDAR A UN PADRE

Siempre he sostenido que la conducta de un hombre en este tipo de situación es lo que realmente permite calibrarle y juzgar si posee o no la adecuada delicadeza caballeresca. Es la prueba del ácido. Acudan a mí y pregúntenme: «Wooster, tú me conoces bien. Dime una cosa. Para zanjar una apuesta, dirías que yo soy lo que se llama un preux chevalier?», y yo replicaré: «Mi querido Bates, o Cuthbertson, o cualquiera que sea el nombre, contestaré mejor a esta pregunta si me dices qué harías si te encontraras en una habitación en la que dos enamorados, tras una penosa riña, se disponían a hacer las paces de nuevo, sobre una base de camaradería y mutua estimación. ¿Te ocultarías detrás del escritorio? ¿O te quedarías plantado ante ellos y contemplando su actuación con ojos protuberantes?».

Mis opiniones al respecto son rígidas. Cuando se está fraguando una reconciliación entre enamorados, no me quedo mirando con ojos desorbitados. Siempre y cuando las condiciones lo permitan, me retiro y les dejo a sus anchas.

Pero aunque, con el escritorio entre ellos y yo, no viera a aquellos dos, sí les oía, y era de lo más desagradable. Como ya he dicho, he conocido a Chuffy prácticamente desde la infancia, y en el transcurso de los años le he visto en toda una variedad de diferentes circunstancias y de muy distintos humores. Y jamás le hubiera creído capaz del repelente sentimentalismo que brotó de sus labios a la velocidad de unas doscientas cincuenta palabras por minuto. Cuando les diga a ustedes que la observación «¡Vamos, vamos, niña mía!» fue la única que me decido a citar, podrán imaginar parte del tormento al que me vi sometido. Y para empeorar todavía más las cosas, con el estómago vacío.

Entretanto, Pauline contribuía muy poco, por no decir nada, al diálogo. Hasta aquel momento, yo había pensado que, en lo referente a reacción emocional ante mi aparición, la fregona había conseguido una marca que otros que se encontraran conmigo súbitamente en vano tratarían de igualar. Pero Pauline la eclipsó por completo. Permaneció entre los brazos de Chuffy, gorjeando como un radiador descompuesto, y tuvo que pasar algún tiempo antes de que empezara a recuperar cierto dominio sobre sus facultades. Parecía atontada.

Supongo que la explicación consistía en que en el momento en que yo manifesté

mi presencia ella se hallaba bajo una considerable tensión, y mi aparición fue, como si dijéramos, el colmo. Sea como fuere, continuó ofreciendo aquella imitación del radiador durante tanto tiempo que al final Chuffy pareció comprender que ya era hora de interrumpir sus cariñosos murmullos y pasar a las primeras causas.

–Pero querida –le oí decir–, ¿qué ha sido, ángel mío? ¿Qué te ha asustado, cariño? Cuéntamelo, preciosa. ¿Has visto algo, pichoncito?

Me pareció llegado el momento de sumarme a la reunión. Me alcé por encima del nivel de la mesa escritorio y Pauline soltó un respingo como el de un caballo asustado. Confieso que me molestó, pues Bertram Wooster no está acostumbrado a causar convulsiones entre el sexo débil. De hecho, cuando las chicas me ven suelen tender más bien a la sonrisa divertida o, en ocasiones, al suspiro de desconsuelo y una exclamación de desespero, como: «Vaya, ¿otra vez aquí, Bertie?», pero siempre es mejor esto que una expresión de horror.

–Hola, Chuffy –dije–. Un día espléndido.

Cualquiera podría creer que el alivio hubiera sido la emoción predominante en el pecho de Pauline Stoker al descubrir que la causa de su pánico era tan sólo un viejo amigo. Pues no. Me miró con ojos que despedían chispas.

–¿Cómo se te ocurre, pobre necio, jugar al escondite y dar estos sustos a la gente? –gritó–. Y no sé si lo sabes, pero tienes un tiznón en la cara.

Chuffy no se quedó atrás en sus recriminaciones.

–¡Bertie! –exclamó con un tono gimoteante–. ¡Dios mío! Hubiera debido sospechar que eras tú. Sin la menor duda, eres el lunático más desquiciado que jamás haya andado suelto.

Juzgué que ya era hora de atajar con energía tales comentarios, y hablé con fría altivez.

–Siento haber asustado a esa tontuela, pero mis motivos para ocultarme detrás de ese escritorio se han basado en la prudencia y en un sólido razonamiento. Y, hablando de lunáticos, Chuffnell, no olvides que me he visto obligado a escuchar lo que has estado diciendo en los últimos cinco minutos.

Me agradó ver cómo el rubor de la vergüenza teñía sus mejillas. Movió los pies, nervioso.

–No has debido escuchar.

–No imaginarás que deseaba hacerlo, ¿verdad?

Apareció en su actitud un toque desafiante de bravuconería.

–¿Y por qué diablos no habría de hablar así? La amo, maldito seas, y no me importa que todo el mundo se entere.

–Claro, claro –dije, con un desprecio apenas velado.

–Es la cosa más maravillosa que hay en la tierra.

–No, tú sí lo eres, amor mío –dijo Pauline.

–No, lo eres tú, ángel –insistió Chuffy.

–No, lo eres tú, dulzura.

–No, lo eres tú, preciosidad.

–Por favor –supliqué–. ¡Por favor!

Chuffy me dirigió una mirada aviesa.

–¿Decías algo, Wooster?

–No, nada.

–Me ha parecido oírte hacer una observación.

–Ni pensarlo.

–Muy bien. Será mejor que no la hagas.

Las primeras náuseas se habían calmado ya un tanto y fue un Bertram Wooster más amable el que entonces desplegó su actividad. Soy un hombre de miras amplias y, tras una caritativa reflexión, decidí que era erróneo mostrar dureza

con un tipo en la situación de Chuffy. Después de todo, dado lo especial de las circunstancias, difícilmente cabía esperar que mantuviera la decencia. Pulsé una nota conciliadora.

–Chuffy, viejo amigo –le dije–, no nos podemos permitir una pelea. Ahora es momento para la mirada afectuosa y la sonrisa afable. A nadie puede agradarle tanto como a mí que tú y esta buena amiga mía hayáis enterrado un pasado ya difunto y empezado de nuevo juntos los dos. ¿Verdad que puedo considerarme un viejo amigo?

Ella me dirigió una sonrisa radiante.

–Pues espero que sí, mi pobre simplón. ¡Pero si te conocía incluso antes de conocer a Marmaduke!

Me volví hacia Chuffy.

–Esta historia de Marmaduke quiero comentarla contigo en cualquier otro momento. Es curioso que lo hayas mantenido oculto durante todos estos años.

–¿Acaso hay algo de malo en que a uno lo bauticen Marmaduke? –inquirió Chuffy, un tanto acalorado.

–Nada de malo, en absoluto. Pero todos nos reiremos a gusto en Los Zánganos.

–Bertie –me advirtió Chuffy, muy tenso–, si les dices una sola palabra de esto a aquellos tipos de Los Zánganos, te buscaré aunque sea hasta los confines de la tierra y te estrangularé con mis propias manos.

–Está bien, está bien. Ya veremos, ya veremos. Pero, como decía antes, me encanta que esta reconciliación haya tenido lugar, por ser, como soy, uno de los mejores amigos de Pauline. Pasamos muy buenos ratos juntos en aquellos tiempos, ¿no es cierto?

–Ya lo creo.

–Aquel día en Piping Rock.

–Ah.

–¿Y te acuerdas de la noche en que el coche se estropeó y nos quedamos aislados durante horas, en plena campiña del condado de Westchester y bajo la lluvia?

–No faltaría más.

–Se te mojaron los pies y yo, siempre prudente, te quité las medias.

–¡Oye! –exclamó Chuffy.

–No es nada, muchacho. Me comporté en todo momento con la más exquisita corrección. Lo que trato de dejar bien sentado es que soy un viejo amigo de Pauline y que, por consiguiente, me siento autorizado para regocijarme ante la presente situación. Pocas chicas hay más encantadoras que esta Pauline Stoker y tú tienes muchísima suerte al haberla conseguido, muchacho, a pesar de la dificultad que representa que ella tenga un padre de notable semejanza con algo extraído del Apocalipsis.

–Papá no es mala persona si se le sabe tratar debidamente.

–¿Oyes esto, Chuffy? Al tratar a ese viejo bellaco, procura hacerlo debidamente.

–Papá no es un viejo bellaco.

–Perdona, pero apelo al arbitraje de Chuffy.

Chuffy se rascó la barbilla. Estaba algo apurado.

–Debo reconocer, ángel mío, que a veces da la impresión de pasarse de rosca.

–Exactamente –dije yo–. Y no olvidemos ni por un momento su resolución de que Pauline se case conmigo.

–¿Qué?

–¿No lo sabías? Pues así es, ya lo creo.

Pauline había asumido una especie de actitud a lo Juana de Arco.

–Que me cuelguen si me caso contigo, Bertie.

–Así me gusta –aprobé–, pero ¿puedes mantener esta actitud intrépida cuando

veas a tu padre lanzando llamaradas por las fosas nasales y mascando botellas rotas en primer plano? ¿No le tendrás miedo al lobo feroz, si me permites la comparación?

Vaciló levemente.

–Pasaremos un rato difícil con él, claro. Esto ya lo preveo. Está muy enfadado contigo, ángel, ya lo sabes.

Chuffy sacó pecho.

–¡Yo me ocuparé de él!

–No –dije con firmeza–, yo me ocuparé de él. Dejad todo este asunto en mis manos.

Pauline se echó a reír, cosa que no me gustó, pues creí captar en su risa una nota de menosprecio.

–¿Tú? Pero, mi pobre corderito, si correrías un kilómetro sólo con que mi padre te dijera «¡Bu!».

Enarqué las cejas.

–No preveo semejante contingencia. ¿Por qué había de decirme «¡Bu!» a mí? Es una perfecta idiotez decirle eso a cualquiera. Y, aun en el caso de que hiciera tan estúpida observación, los efectos no serían los que tú has precisado. Admito que en cierta ocasión me sentí algo nervioso en presencia de tu progenitor, pero ahora ya no. No volverá a suceder. Se me han abierto los ojos. Recientemente, le he visto ser reducido por Jeeves, en el espacio de menos de tres minutos, de huracán aullador a suave brisa, y su hechizo se ha roto. Cuando venga, podéis dejármelo a mí confiadamente. No me mostraré brutal con él, pero sí firme.

Chuffy se había quedado pensativo.

–¿Es que viene?

Fuera, en el jardín, se oían unos pasos, así como una respiración trabajosa. Señalé con el pulgar la ventana.

–Éste, si no me equivoco, Watson –dije–, es nuestro cliente.

## 20. JEEVES TIENE NOTICIAS

Y lo era. Una silueta corpulenta apareció recortada en el cielo estival. Entró. Tomó asiento. Y, después de tomar asiento, sacó un pañuelo y empezó a secarse la frente. Algo preocupado, adiviné, y mis bien adiestrados sentidos me permitieron reconocer los síntomas. Eran los propios del hombre que acababa de alternar con Brinkley.

Y la exactitud de este diagnóstico quedó probada momentos más tarde cuando, bajando por un momento el pañuelo, reveló todas las trazas de un magnífico ojo amoratado.

Al verlo, Pauline profirió un gritito filial.

–¿Qué te ha ocurrido, papá?

El viejo Stoker respiraba profundamente.

–No he podido echarle mano a aquel fulano –dijo, con un tono de vivo pesar en su voz.

–¿Qué fulano?

–No sé quién era. Una especie de demente en aquella Dower House. Se instaló en la ventana y desde allí me arrojó patatas. Apenas había llamado yo a la puerta cuando él ya se encontraba en la ventana, tirándome patatas. No quiso bajar como un hombre y permitir que yo le pusiera la mano encima. Se quedó en la ventana, tirándome patatas.

Confieso que, al oír estas palabras, aunque de mala gana me invadió una oleada de admiración inspirada por aquel Brinkley. Jamás podríamos ser amigos, desde luego, pero era obligado admitir que se trataba de un hombre capaz de emprender la acción más adecuada y popular cuando se presentaba la ocasión. Di por supuesto que los aldabonazos de Stoker le habían arrancado de un sueño matinal acompañado por la resaca y le habían hecho descubrir que tenía una jaqueca de campeonato, y que al instante había empezado a tomar medidas a través de los canales apropiados.

–Puede usted considerarse muy afortunado –dije, destacando la parte rosada de la cuestión– por el hecho de que ese individuo optara por atacarle desde lejos. Para la lucha cuerpo a cuerpo suele emplear un cuchillo de cocina o una cuchilla de carnicero, cosa que exige el más ágil de los juegos de piernas.

Había estado tan sumido en sus preocupaciones hasta el momento que dudo que captara el hecho de que Bertram volvía a estar junto a él. Al menos, me miró boquiabierto.

–Hola, Stoker –dije alegremente, para echarle una mano.

Siguió mirándome con ojos desorbitados.

–¿Es usted, Wooster? –preguntó, con lo que me pareció un asomo de pasmo.

–El mismo Wooster que viste y calza, Stoker, viejo amigo –contesté jovialmente–. Bajo todos los conceptos y en todo momento, Bertram Wooster.

Su mirada iba de Chuffy a Pauline y viceversa, casi suplicante, como si buscara consuelo y apoyo.

–¿Qué diablos le ha pasado a su cara?

–Exceso de sol –repliqué–. Pues bien, Stoker –proseguí, deseoso de ver zanjado el principal asunto del día–, es muy conveniente que se haya dejado caer por aquí. Le he estado buscando..., bueno, esto tal vez es un poco inexacto, pero de todos modos me alegra verle ahora, porque tenía ganas de decirle que esa idea suya de que su hija y yo nos casáramos queda descartada. Olvídela, Stoker. Abandónela. Bórrela en el acto. No saldrá nada de ella.

Sería difícil sobrevalorar el soberbio valor y la firmeza con los que hice uso de la palabra. De hecho, por un momento me pregunté si no me habría pasado un poco, pues capté la mirada de Pauline y había en ella tan rendida reverencia que parecía como si, subyugada por mi gallardía en esa situación, pudiera decidir que yo era su héroe, después de todo, y cambiar de nuevo a Chuffy por mí. Este pensamiento me movió a pasar con cierta prisa al punto siguiente del orden del día.

–Va a casarse con Chuffy..., lord Chuffnell..., él –dije, señalando a Chuffy con un gesto de la mano.

–¿Cómo?

–Sí. Todo está decidido.

El viejo Stoker lanzó un potente resuello. Estaba profundamente trastornado.

–¿Es verdad eso?

–Sí, papá.

–¿Conque pretendes casarte con un hombre que le llama a tu padre viejo estafador de ojos saltones?

Me sentí intrigado.

–¿Le llamaste viejo estafador de ojos saltones, Chuffy?

Chuffy enderezó una mandíbula inferior que había cedido un tanto.

–Claro que no –contestó débilmente.

–Sí lo hizo –dijo Stoker–. Cuando le dije que no estaba dispuesto a comprar su casa.

–Bueno –murmuró Chuffy–, ya sabe lo que ocurre.

Intervino entonces Pauline, que parecía creer que la conversación se desviaba del tema principal. A las mujeres les gusta aferrarse a las cuestiones prácticas.

–Sea como sea, voy a casarme con él, papá.

–No te casarás con él.

–Sí. Le amo.

–Y sólo ayer estabas enamorada de este maldito imbécil de la cara tiznada con hollín.

Me erguí en toda mi estatura. Los Wooster podemos comprender lo que es un dolor de padre, pero hay un límite certeramente definido.

–Stoker –dije–, se está usted propasando lamentablemente. Debo pedirle que mantenga la decencia del debate. Y no se trata de hollín, sino de betún.

–¡No lo estaba! –gritó Pauline.

–Dijiste que lo estabas.

–Pues no lo estaba.

El viejo Stoker soltó otro de sus resoplidos.

–Lo cierto es que no sabes lo que quieres, y yo voy a decidir por ti.

–Digas lo que digas, no me casaré con Bertie.

–Lo que es seguro es que no te casarás con un lord inglés cazafortunas.

Esto le sentó pésimamente a Chuffy.

–¿Qué quiere decir con eso de un lord inglés cazafortunas?

–Lo que estoy diciendo. No tiene usted ni un céntimo y trata de casarse con una chica de la posición de Pauline. Maldita sea, pero si es usted igual que aquel tipo de aquella comedia musical que vi una vez..., ¿cómo se llamaba?... ¡Lord Wotwotleigh!

Los labios cenicientos de Chuffy dejaron escapar un grito bestial.

–¡Wotwotleigh!

–Es su vivo retrato. La misma clase de cara, la misma expresión, la misma manera de hablar. Llevaba tiempo preguntándome a quién me recordaba usted, y ahora lo sé. A lord Wotwotleigh.

Pauline volvió a la carga.

–No dices más que tonterías, papá. Todo el problema ha consistido siempre en que Marmaduke es tan escrupuloso y caballeroso que no quería pedirme que me casara con él hasta contar con suficiente dinero. Yo no entendía qué le pasaba. Y entonces tú prometiste comprar Chuffnell Hall y, cinco minutos más tarde, él vino hacia mí pegando brincos y se me declaró. Si no te proponías comprar el

Hall no hubieras debido decir que lo harías. Y además no veo por qué no has de comprarlo.

–Yo pensaba comprarlo porque así me lo pidió Glossop –explicó Stoker–. Pero dado lo que siento ahora por ese tipo, no compraría ni una parada de cacahuetes para complacerle.

Me sentí obligado a intercalar unas palabras.

–No es mal hombre el viejo Glossop. A mí me cae bien.

–Puede quedarse con él.

–Lo que en primer lugar me hizo cobrarle aprecio fue su manera de ajustarle las cuentas al pequeño Seabury anoche. Me dio la impresión de que sabe utilizar el argumento apropiado.

Stoker me miraba con su ojo izquierdo. El otro se le había cerrado ya como una flor fatigada al caer la noche. Yo no podía dejar de pensar que Brinkley debía de tener una excelente puntería para acertarle con tanta precisión. No es la cosa más fácil del mundo darle a un tipo en el ojo con una patata desde una distancia más bien considerable. Lo sé porque lo he intentado. La misma naturaleza de la patata, con su forma caprichosa y cubierta de nudosidades, dificulta extraordinariamente una certera puntería.

–¿Qué me está diciendo? ¿Que Glossop vapuleó a aquel crío?

–Con gran esmero, según me han dicho.

–¡Bueno, pues que me cuelguen!

No sé si habrán visto ustedes una de esas películas en las que el duro de la pantalla oye la vieja canción que su madre le enseñó cuando le tenía sobre sus rodillas y se ve un primer plano de sus facciones en plena actividad, y poco después ya es un hombre cuyo corazón se ha derretido y que se dedica a hacer bien al prójimo por doquier. Estos cambios siempre me habían parecido un tanto repentinos, pero ahora puedo asegurarles que estos ablandamientos relámpago ocurren. Porque, ante nuestros ojos, el viejo Stoker estaba experimentando uno de ellos.

Un momento antes había sido, absolutamente, el hombre de frío acero. Al siguiente, ya era prácticamente humano. Me miró con fijeza, sin pronunciar palabra, y después se pasó la lengua por los labios.

–¿De verdad el viejo Glossop hizo tal cosa?

–Yo no estaba presente, pero me lo ha contado Jeeves, el cual obtuvo la versión de Mary, la camarera, que fue testigo ocular de toda la escena. Administró una buena tunda al pequeño Seabury..., y me aventuraría a decir que lo hizo con el dorso de un cepillo para la cabeza.

–¡Bueno, que me aspen!

En los ojos de Pauline se veía un leve centelleo. Se podía observar que la esperanza surgía de nuevo, y casi estuvo a punto de batir palmas en un momento de alegría juvenil.

–Ya lo ves, papá. Tenías una impresión errónea acerca de él. En realidad, es un hombre espléndido. Tienes que buscarle y decirle que lamentas haber sido tan engreído y que, pese a todo, le comprarás la casa.

Claro, yo hubiera podido decirle a la pobre necia que se equivocaba de lleno con esta intromisión. Las chicas no tienen idea de cómo manejar cualquier situación que exija un tacto exquisito. Jeeves les dirá, por ejemplo, que en estas ocasiones lo principal es estudiar la psicología del individuo, y hasta un búho hubiera visto cómo era la psicología de Stoker. Es decir, un búho macho. Stoker era uno de esos individuos que vuelven la espalda apenas piensan que sus seres más próximos y más queridos tratan de empujarles para que hagan algo; un tipo que, como dice la Biblia, si le dices vete, viene, y si le dices ven, se va; un fulano, en una palabra, que, al encontrarse ante una puerta con la inscripción «Empujar», siempre tira de ella.

Y estaba en lo cierto. Por sí solo, al cabo de otro medio minuto Stoker hubiera danzado alrededor de la habitación, sacando rosas de su sombrero y lanzándolas al aire. Estaba a punto de convertirse en algo compuesto enteramente de dulzura y luz. Pero se envaró de repente y apareció en sus ojos una mirada de testarudez mular. Era más que evidente que su altivo espíritu no toleraba que se le atosigara.

–¡No haré nada de esto!

–¡Oh, papá!

–Diciéndome lo que debo hacer y lo que no debo hacer...

–No tenía esta intención.

–¡No me importa cuál fuese tu intención!

La cosa había adquirido un cariz desagradable. El viejo Stoker gruñía para sus adentros como un bulldog malhumorado. Pauline daba la impresión de acabar de recibir un directo en el plexo solar. Chuffy tenía todo el aspecto de un hombre que todavía no se había recuperado de haber sido comparado con lord Wotwotleigh. Y en cuanto a mí, si bien veía que aquél era un momento que exigía la intervención de un pico de oro, pensaba que de poco iba a servir la exhibición de un pico de oro si uno no tenía nada que decir, como me ocurría a mí.

Por consiguiente, todo lo que se impuso fue un denso silencio, y éste continuaba aumentando y por momentos se hacía más pegajoso, cuando se oyó un golpe en la puerta y Jeeves flotó hacia el interior.

–Perdone, señor –dijo, encaminándose hacia Stoker y presentándole un sobre en una bandeja–. Un marinero de su yate acaba de traer este cablegrama, llegado poco después de marcharse usted esta mañana. El capitán del navío, pensando que tal vez se trate de un mensaje urgente, le dio instrucciones para traerlo a esta casa. Me lo ha entregado a mí en la puerta trasera, y me he apresurado a hacerle entrega del mismo personalmente.

Su manera de relatar los hechos recordaba una de aquellas grandes obras épicas que se leen de vez en cuando. Uno sigue las incidencias paso a paso, y el interés y el factor dramático evolucionan hasta llegar al momento supremo. El viejo Stoker, en cambio, en vez de sentirse emocionado, dio más bien muestras de impaciencia.

–Lo que usted quiere decir es que hay un cable para mí.

–Sí, señor.

–Entonces, ¿por qué no decirlo de una vez, maldita sea, en vez de contar tantas historias? ¿Cree que está cantando en la ópera? Vamos, démelo.

Jeeves entregó la misiva con una digna reserva y se retiró con la bandeja. Stoker empezó a abrir el sobre.

–Desde luego, no le diré nada por el estilo a Glossop –manifestó, reanudando la anterior discusión–. Si él acude a mí y me ofrece sus excusas, entonces es posible que...

Su voz se extinguió con un ruido parecido a la última manifestación de uno de aquellos patitos de goma que se inflan y después se les deja soltar el aire. Su mandíbula parecía haberse desprendido, y contemplaba el cablegrama como si de pronto hubiese descubierto que estaba manoseando una tarántula. Un momento después, brotó de sus labios una observación que, incluso en nuestra moderna época de laxitud, yo nunca habría considerado apropiada ante una audiencia mixta.

Pauline corrió hacia él, solícita, al ver que el dolor y la indignación fruncían el entrecejo de su padre.

–¿Qué ocurre, papá?

El viejo Stoker emitía sonidos entrecortados.

–¡Ha ocurrido!

–¿Qué es lo que ha ocurrido?

–¿Qué? ¿Qué? –exclamó, y vi que Chuffy se sobresaltaba–. ¿Qué? ¿Qué? Yo te diré qué. ¡Van a impugnar el testamento de George!

–¡No puede ser!

–Ya lo creo que sí. Léelo tú misma.

Pauline estudió el documento y después alzó la vista, desconcertada.

–Pero si se lo aceptan, nuestros cincuenta millones se van al traste...

–Claro.

–No nos tocará ni un centavo.

Chuffy volvió súbitamente a la vida.

–¡Repite esto! ¿Quieres decir que habéis perdido todo vuestro dinero?

–Eso parece.

–¡Estupendo! –exclamó Chuffy–. Colosal. Excelente. Maravilloso. Insuperable. ¡Espléndido!

Pauline dio una especie de brinco.

–¡Claro! Es así, ¿verdad?

–Es así. Yo estoy sin blanca. Tú estás sin blanca. Podemos casarnos inmediatamente.

–Claro que sí.

–Y esto lo soluciona todo. Nadie podrá decir, ahora, que soy como Wotwotleigh.

–Desde luego que no.

–Wotwotleigh, al oír la noticia, se habría escabullido.

–Yo diría que sí. No se le habría visto más el pelo.

–¡Es maravilloso!

–¡Es espléndido!

–En toda mi vida nunca había visto un golpe de suerte como éste.

–Ni yo tampoco.

–Y se ha presentado en el momento más oportuno.

–Exactamente en el momento oportuno.

–¡Es colosal!

–¡Es simplemente fabuloso!

Su impetuoso entusiasmo juvenil pareció afectar al viejo Stoker como un forúnculo en el pescuezo.

–Deja de decir esas sandeces infernales y escúchame. ¿Es que no te queda un mínimo de sentido común? ¿Qué quieres decir con eso de que has perdido el dinero? ¿Crees que voy a quedarme quieto y permitir que ocurra esto sin una réplica por mi parte? No tienen ni la menor posibilidad. George estaba tan cuerdo como yo, y para demostrarlo cuento con sir Roderick Glossop, el mejor alienista de Inglaterra.

–No cuentas con él.

–Me basta con poner a Glossop en la tarima de los testigos para que esta impugnación estalle como una burbuja.

–Pero es que sir Roderick no declarará a tu favor después de haberte peleado con él.

El viejo Stoker chirrió y casi humeó.

–¿Quién dice que me he peleado con él? Preséntame al imbécil que se atreva a afirmar que no mantengo las relaciones más cordiales con sir Roderick Glossop. ¿El simple hecho de que hayamos tenido una insignificante diferencia temporal, como ocurre entre los mejores amigos, ha de significar que no somos como dos hermanos?

–Pero supongamos que él no quiera ofrecerte sus excusas...

–Nunca se ha hablado de que tenga que ofrecerme excusas. Naturalmente, yo me excusaré ante él. Supongo que soy lo bastante hombre como para admitirlo francamente cuando comprendo que he incurrido en error y he herido los sentimientos de mi mejor amigo, ¿no es así? Claro que le ofreceré mis excusas, y él las aceptará con el mismo espíritu con el que yo se las presente. Nada hay de pequeño o mezquino en sir Roderick Glossop. Y dentro de un par de semanas le tendré en Nueva York, prestando su testimonio. ¿Cómo se llama aquel lugar en el que se hospeda? El Hotel Seaview, ¿verdad? Le llamaré enseguida por teléfono y concertaré una entrevista.

Aquí fue necesaria mi intervención.

–No se encuentra en el hotel. Lo sé porque Jeeves ha tratado de hablar con él hace unos momentos y no lo ha conseguido.

–Entonces, ¿dónde está?

–No sabría decírselo.

–Ha de estar en alguna parte.

–¡Ja! –dije, siguiendo su razonamiento y considerándolo sólido–. Esto es indudable. Pero ¿dónde? Es muy posible que ahora se encuentre en Londres.

–¿Por qué Londres?

–¿Y por qué no?

–¿Acaso planeaba ir a Londres?

–Tal vez sí.

–¿Cuál es su dirección en Londres?

–No lo sé.

–¿No la sabe nadie?

–Yo no –dijo Pauline.

–Yo no –coreó Chuffy.

–No puede decirse que resultéis muy útiles –dijo el viejo Stoker severamente–. ¡Largo de aquí! Estamos ocupados.

Esta observación iba dirigida a Jeeves, que de nuevo se había presentado como si flotara. Una de las propiedades más notables de ese hombre es la de que en un momento dado se le ve, pero al siguiente ya no. O, mejor dicho, en un momento dado no se le ve y al siguiente resulta visible. Uno está hablando de tal o cual cosa y de pronto nota una presencia, como si dijéramos, y allí está él.

–Le ruego que me perdone, señor –dijo Jeeves–. Es que deseaba hablar un momento con su señoría.

Chuffy movió distraídamente una mano.

–Más tarde, Jeeves.

–Muy bien, milord.

–Es que ahora estamos un poco atareados.

–Lo comprendo, milord.

–Bueno, no va a resultar tan difícil localizar a un hombre de la fama de sir Roderick –dijo Stoker, retomando el tema–. Sus señas estarán en el Who's Who. ¿Tiene un Who's Who?

–No –contestó Chuffy.

Stoker alzó ambas manos hacia el techo.

–¡Válgame el cielo!

Jeeves tosió.

–Si me permite la intromisión, señor, creo poder decirles dónde está sir Roderick. ¿Acierto al suponer que es a sir Roderick Glossop a quien ansía encontrar?

–¡Claro! ¿A cuántos sir Roderick cree que conozco? ¿Dónde está, pues?

–En el jardín, señor.

–¿En este jardín, quiere decir?

–Sí, señor.

–Entonces vaya a decirle que venga aquí enseguida. Dígale que míster Stoker desea verle inmediatamente por una cuestión de suma importancia. No, espere. No vaya. Iré yo mismo. ¿En qué lugar del jardín le ha visto?

–Yo no le he visto, señor. He sido meramente informado de que se encontraba allí.

El viejo Stoker hizo chasquear la lengua.

–Está bien, maldita sea, ¿en qué lugar del jardín le ha dicho que se encuentra quien meramente le haya informado de que se encontraba en él?

–En el cobertizo de los tiestos, señor.

–¿El cobertizo de los tiestos?

–Sí, señor.

–¿Y qué está haciendo en el cobertizo de los tiestos?

–Le supongo sentado allí, señor. Como he dicho, no hablo a partir de una observación de primera mano. Mi informador es el agente Dobson.

–¿Eh? ¿Cómo? ¿El agente Dobson? ¿Quién es?

–El oficial de policía que arrestó a sir Roderick anoche, señor.

Se inclinó levemente desde las caderas y abandonó la habitación.

## 21. JEEVES ENCUENTRA LA SOLUCIÓN

–¡Jeeves! –rugió Chuffy.

–¡Jeeves! –chilló Pauline.

–¡Jeeves! –grité yo.

–¡Eh! –aulló Stoker.

La puerta se había cerrado y juraría que no se había abierto de nuevo. Sin embargo, allí estaba otra vez el hombre, en medio de nosotros y con una expresión de cortés interrogación en la faz.

–¡Jeeves! –bramó Chuffy.

–¿Milord?

–¡Jeeves! –ululó Pauline.

–¿Señorita?

–¡Jeeves! –vociferé yo.

–¿Señor?

–¡Oiga, usted! –ladró Stoker.

No me es posible decir si a Jeeves le agradó que se dirigieran a él con un «¡Oiga, usted!», pero en todo caso su bien moldeado rostro no expresó el menor resentimiento.

–¿Señor? –dijo.

–¿Qué significa eso de largarse así por las buenas?

–He tenido la impresión de que su señoría, ocupado en cuestiones más vitales, no disponía de tiempo para atender a la comunicación que yo deseaba hacer,

señor. Pensaba volver algo más tarde, señor.

–Bueno, pues quédese quieto unos momentos, ¿quiere?

–Desde luego, señor. De haber sabido que usted deseaba hablar conmigo, señor, no habría abandonado la habitación. Ha sido tan sólo la aprensión de que pudiera entrometerme en un momento en que mi presencia no fuese deseable...

–¡Está bien, está bien! –Noté, y no por primera vez, que en las normas de conversación de Jeeves había algo que parecía exasperar a Stoker–. Eso no importa.

–Su presencia es lo esencial, Jeeves –dije.

–Gracias, señor.

Chuffy tomó la palabra, ya que Stoker estaba ocupado haciendo un ruido como el de un búfalo herido.

–Jeeves.

–¿Milord?

–¿Ha dicho usted que sir Roderick Glossop ha sido arrestado?

–Sí, milord. Sobre este punto, precisamente, deseaba hablar a su señoría. He venido para informar de que sir Roderick fue detenido por el agente Dobson anoche y se le instaló en el cobertizo para tiestos en el terreno del Hall, permaneciendo el agente de guardia ante la puerta. El cobertizo grande, milord, no el pequeño. El cobertizo para tiestos al que aludo es el que queda a la derecha al entrar en el jardín de la cocina. Tiene un tejado de tejas rojas, a diferencia del cobertizo para tiestos más pequeño, cuyo tejado fue construido con...

J. Washburn Stoker jamás me había inspirado lo que pudiéramos denominar una abrumadora simpatía, pero en aquel momento me pareció simplemente propio de buen vecino tratar de salvarle de la apoplejía.

–Jeeves –dije.

–¿Señor?

–No importa de qué cobertizo se trate.

–No, señor.

–No es esencial.

–Lo comprendo perfectamente, señor.

–Pues entonces prosiga, Jeeves.

Lanzó una mirada de respetuosa conmiseración al viejo Stoker, que al parecer estaba sufriendo graves apuros con sus tubos bronquiales.

–Parece ser, milord, que el agente Dobson arrestó a sir Roderick anoche a una hora muy avanzada. Se encontró entonces sumido en cierta perplejidad respecto a qué hacer con él. Debe tener en cuenta, milord, que en la conflagración que destruyó la casita de míster Wooster, la del sargento Voules, contigua a ella, quedó también arrasada por el fuego. Y como esta casita de campo del sargento Voules es también el cuartelillo de la policía local, no es extraño que el agente Dobson se encontrase algo desorientado en lo tocante a dónde instalar a su prisionero, tanto más cuanto que el sargento Voules no se encontraba allí para aconsejarle, puesto que, al luchar contra las llamas, tuvo el infortunio de sufrir una herida en la cabeza y fue trasladado a la casa de su tía. Me refiero a su tía Maud, la que reside en Chuffnell Regis, y no a...

Volví a intervenir con firmeza.

–No importa qué tía, Jeeves.

–No, señor.

–Apenas pertinente.

–Desde luego, señor.

–Entonces continúe, Jeeves.

–Muy bien, señor. Por lo tanto, al final, actuando bajo su propia iniciativa, el agente llegó a la conclusión de que podía ser un lugar tan seguro como cualquier otro el cobertizo para tiestos, el cobertizo más espacioso...

–Comprendido, Jeeves. El del tejado de tejas rojas.

–Exactamente, señor. En consecuencia, instaló a sir Roderick en el cobertizo grande y permaneció de guardia allí durante el resto de la noche. Hace un rato, han llegado los jardineros y el agente de policía, llamando a uno de ellos, un joven cuyo nombre es...

–Está bien, Jeeves.

–Muy bien, señor. Llamando a ese joven, le ha enviado a la residencia temporal del sargento Voules, con la esperanza de que éste estuviera lo suficientemente restablecido como para poder interesarse personalmente por el caso. Y así ha sido, al parecer. Una noche de sueño, junto con una constitución de por sí robusta, han permitido al sargento Voules levantarse a su hora de costumbre y consumir un copioso desayuno.

–¡Desayuno! –no pude evitar murmurar, a pesar de mi férreo control, pues la palabra había tocado un nervio de Bertram al descubierto.

–Al recibir esta comunicación, el sargento Voules se ha apresurado a encaminarse hacia el Hall para hablar con su señoría.

–¿Por qué su señoría?

–Su señoría es juez de paz, señor.

–Sí, claro...

–Y como tal tiene poder para someter al prisionero a encarcelamiento en una prisión más reconocida como tal. Y ahora espera en la biblioteca, milord, que su señoría disponga de unos momentos para atenderles.

Si el vocablo «desayuno» era, como si dijéramos, la palabra clave que tenía el poder de estremecer a Bertram Wooster, al parecer «prisión» era la que más excitaba al viejo Stoker, ya que profirió un grito aterrador.

–Pero ¿cómo puede estar en la cárcel? ¿Qué tiene él que ver con prisiones? ¿Qué le hace pensar a ese polizonte estúpido que debería estar en la cárcel?

–Tengo entendido señor que se le acusa de robo.

–¿De robo?

–Sí, señor.

Stoker me dirigió una mirada tan dolorosa –por qué a mí no lo sé, pero así lo hizo– que a punto estuve de darle unas palmadas afectuosas en la cabeza. Y de hecho, bien hubiera podido hacerlo de no haber inmovilizado mi mano un súbito ruido detrás de mí, un ruido como el producido por una gallina asustada o un faisán que levantara el vuelo. La viuda lady Chuffnell acababa de irrumpir en la habitación.

–¡Marmaduke! –gritó, y no puedo dar mejor indicación de su emoción si no es diciendo que, mientras hablaba, sus ojos se posaron en mi cara y ello no le causó la menor impresión. A juzgar por el caso que le hizo, bien hubiera podido ser yo el Gran Jefe Blanco–. Marmaduke, me han dado una noticia terrible. Roderick...

–De acuerdo –dijo Chuffy, con lo que me pareció ser un toque de petulancia–. A nosotros también. Precisamente, Jeeves nos lo estaba contando.

–Pero ¿qué vamos a hacer?

–No lo sé.

–Y todo es culpa mía, ¡todo culpa mía!

–Vamos, no diga esto, tía Myrtle –rogó Chuffy, exasperado, pero siempre preux–. Usted no hubiera podido evitarlo.

–Sí, sí hubiera podido. Nunca me lo perdonaré. De no haber sido por mí, él jamás hubiera salido de la casa con aquel tizne negro en la cara.

Sentí auténtica pena por el pobre Stoker. Le caía una detrás de otra, como si dijéramos. Los ojos sobresalieron de su cabeza como si fueran los de un caracol.

–¿Tizne negro? –gorgoteó débilmente.

–Se había pintado la cara con corcho quemado para divertir a Seabury.

El viejo Stoker avanzó vacilante hacia una silla y se desplomó en ella. Parecía pensar que ésta era una de aquellas historias que uno escucha mejor si ha tomado

asiento.

–Ese horrible tizne sólo puede quitarse con mantequilla...

–O con gasolina, según dicen los cognoscenti –no pude evitar añadir, pues me agrada puntualizar estas cosas–. ¿Me respalda usted, Jeeves? ¿La gasolina también sirve?

–Sí, señor.

–Está bien, gasolina pues. Gasolina o mantequilla. Sea como sea, debió de entrar en aquella casa para conseguir algo con que quitarse el tizne. Y ahora...

Pauline se interrumpió a media frase, profundamente emocionada. No tanto, sin embargo, como Stoker, que daba la impresión aproximada de estar pasando por una prueba de las más penosas.

–Esto es el fin –dijo con una especie de voz pálida–. Aquí es donde yo pierdo cincuenta millones de dólares como el que no quiere la cosa. Valiente peso va a tener, en un caso de certificación de salud mental, el testimonio de un tipo al que han detenido errando por los campos con la cara pintada de negro. En todo los Estados Unidos no hay un solo juez que no le considerase chiflado a él y anulara todo lo que él diga.

Lady Chuffnell se estremeció.

–Pero es que lo hizo para complacer a mi hijo...

–El hombre capaz de hacer algo para complacer a un arrapiezo malcriado como ése no puede estar en sus cabales –sentenció Stoker. Lanzó un profundo suspiro y prosiguió–: Bien, yo soy la víctima de la broma, y de ello no cabe duda. Me lo juego todo basándome en el testimonio de ese Glossop. Confío en él para que salve mis cincuenta millones atestiguando que el pobre George no estaba loco. Y dos minutos después de ponerle yo en la tarima de los testigos, la otra parte me ataca demostrando que mi experto es el que está loco como una cabra, mucho más de lo que George hubiera podido estarlo, aunque lo hubiese intentado durante mil años. Bien pensado, no deja de ser cómico. Irónico. Recuerda aquello que contaba no sé quién acerca de no sé qué.

Jeeves tosió. Había, en sus ojos, aquel resplandor informativo.

–Abu ben Adhem, señor.

–¿Qué dice? –exclamó el viejo Stoker, perplejo.

–El poema al que usted alude se refiere a un tal Abu ben Adhem, el cual, según esa historia, despertó una noche de un sueño profundo y tranquilo para encontrar un ángel...

–¡Lárguese! –ordenó Stoker casi sin alzar la voz.

–¿Señor?

–Salga de esta habitación antes de que le asesine.

–Sí, señor.

–Y llévese sus ángeles consigo.

–Muy bien, señor.

La puerta se cerró y Stoker respiró entrecortadamente.

–¡Ángeles! –exclamó–. ¡En un momento como éste!

Creí justo romper una lanza en favor de Jeeves.

–Tenía toda la razón –dije–. Yo me había aprendido esta poesía de memoria en la escuela. Aquel fulano se encontró un ángel sentado junto a su cama, escribiendo algo en un libro, ¿sabe?, y el quid de todo el asunto fue... Oh, está bien, si no quiere oírlo...

Me retiré a un rincón de la habitación y empecé a hojear un álbum de fotografías. Un Wooster no impone su conversación a quienes no desean oírla.

Hubo a continuación, durante un rato y en abundancia, lo que podríamos llamar una charla entremezclada en la que yo, aún resentido, no tomé parte. Todos hablaban a la vez, y nadie decía nada que pudiera describirse como mínimamente constructivo, excepto el viejo Stoker, el cual demostró que yo tenía toda la razón al pensar que en otro tiempo debió de ser un pirata del Caribe o cualquier otro mar, al sugerir sin circunloquios la formación de una partida de

rescate.

–¿Qué nos impide –quiso saber– ir allí, derribar la puerta, llevarnos al preso, ocultarlo en cualquier parte y dejar que esos malditos polizontes vayan de un lado a otro, buscándole?

–No podemos hacerlo –objetó Chuffy.

–¿Y por qué no?

–Ya ha oído a Jeeves. Dobson monta la guardia.

–Se le da un golpe en la cabeza con una pala.

A Chuffy no pareció agradarle mucho la idea. Supongo que si uno es juez de paz, ha de andarse con tiento en sus acciones. Si golpea con palas la cabeza de los policías, el condado no podrá menos que mirarle con suspicacia.

–Pues entonces se le soborna, maldita sea.

–A un policía inglés no se le puede sobornar.

–¿Lo dice de veras?

–Ni la menor posibilidad.

–¡Qué país, Dios mío! –exclamó el viejo Stoker, con una especie de gruñido sibilante, y era bien visible que Inglaterra nunca más volvería a ser la misma para él.

Mi resentimiento se derritió. Los Wooster somos humanos y el espectáculo de tanta angustia en una habitación de modestas dimensiones era excesivo para mí. Avancé hacia la chimenea y pulsé el timbre, con el resultado de que, precisamente cuando Stoker empezaba a decir lo que pensaba acerca de los policías ingleses, se abrió la puerta y compareció Jeeves.

El viejo Stoker le miró airadamente.

–¿Otra vez aquí?

–Sí, señor.

–¿Y bien?

–¿Señor?

–¿Qué quiere?

–Ha sonado el timbre, señor.

Chuffy hizo otra exhibición de movimientos de mano.

–No, no, Jeeves. No ha llamado nadie.

Di un paso al frente.

–Yo he llamado, Chuffy.

–¿Por qué?

–Para que venga Jeeves.

–No necesitamos a Jeeves.

–Chuffy, amigo mío –dije, y sin duda todos los presentes se sintieron intrigados por la tranquila gravedad de mi tono–, si ha habido un momento en que hayas necesitado a Jeeves más de lo que le necesitas ahora, yo... –Perdí el hilo de mis observaciones y tuve que comenzar de nuevo–. Chuffy, lo que quiero decir es que sólo hay un hombre capaz de sacarte de este atolladero. Se encuentra ante ti. Me refiero a Jeeves –añadí para que no quedara lugar a dudas–. Sabes tan bien como yo que, en estas ocasiones, Jeeves siempre encuentra la solución.

Chuffy quedó visiblemente impresionado. Vi que su memoria había comenzado a funcionar y que estaba recordando algunos de los triunfos de aquel hombre.

–Santo Dios, ya lo creo. Es cierto. La encuentra, ¿verdad?

–La encuentra, sin la menor duda.

Lancé una mirada represora al viejo Stoker, que había empezado a decir algo sobre los ángeles, y me volví hacia el recién llegado.

–Jeeves –dije–, requerimos su cooperación y su consejo.

–Muy bien, señor.

–Para empezar, déjeme que le exponga una breve sinopsis..., ¿digo bien, sinopsis?

–Sí, señor. Sinopsis es perfectamente correcto.

–... una breve sinopsis, pues, de la situación vigente. No me cabe duda de que recuerda usted al difunto señor George Stoker. El cable que usted acaba de traer indica que su testamento, bajo cuyas cláusulas míster Stoker aquí presente se ha beneficiado de modo tan considerable, ha sido impugnado sobre la base de que el testador estaba más loco que una cabra.

–Sí, señor.

–Para refutar esta afirmación, el señor Stoker había decidido presentar a sir Roderick Glossop como testigo, para que asegurase como experto que el pobre George tenía sobresaliente en el campo de la cordura. Ni sombra de chifladura en él, si entiende lo que quiero decir. Y, en circunstancias ordinarias, esta maniobra no podía haber fallado. Forzosamente había de cumplir su cometido.

–Sí, señor.

–Pero, y éste, Jeeves, es el meollo de la cuestión, sir Roderick se encuentra ahora en el cobertizo de los tiestos, el cobertizo grande, con la cara tiznada con un corcho quemado y con una dura sentencia por robo pendiendo sobre su cabeza. ¿Ve cómo lo debilita esto en cuanto a fuerza activa?

–Sí, señor.

–En este mundo, Jeeves, se puede hacer una de dos cosas. Uno puede erigirse como autoridad definitiva sobre si el prójimo está cuerdo o no lo está, o bien puede seguir ennegreciéndose la cara y viéndose encerrado en cobertizos para los tiestos. Lo que no es posible hacer es ambas cosas. Por consiguiente, ¿qué se ha de hacer, Jeeves?

–Yo sugeriría sacar a sir Roderick del cobertizo, señor.

Me volví hacia los allí reunidos.

–¡Ya está! ¿No dije yo que Jeeves encontraría la solución?

Hubo una voz que expresó disensión. La del viejo Stoker, que parecía inclinado a la pregunta intempestiva.

–¿Conque sacarle del cobertizo, verdad? –dijo, con una voz excesivamente desagradable–. ¿Y cómo? ¿Con un equipo de ángeles?

Inició de nuevo sus imitaciones del búfalo y tuve que reducirle al silencio empleando la firmeza.

–¿Puede usted sacar a sir Roderick del cobertizo, Jeeves?

–Sí, señor.

–¿Está convencido de ello?

–Sí, señor.

–¿Ha trazado ya un plan o esquema?

–Sí, señor.

–Retiro todo lo dicho –declaró Stoker reverentemente–. Olvide que lo he dicho. Sáqueme de este atolladero y puede venir a despertarme en plena noche y hablarme de ángeles, si quiere.

–Gracias, señor. Al sacar a sir Roderick antes de que llegue a comparecer ante su señoría, señor –prosiguió Jeeves–, creo que obviaremos la parte más desagradable. Su identidad todavía no es conocida por el agente Dobson ni por el sargento Voules. El agente jamás le había visto antes de su encuentro de esta noche, y supone que es un miembro de la troupe de músicos negros que actuó en el yate de míster Stoker. Por consiguiente, basta con poner a sir Roderick en libertad antes de que el asunto vaya más allá y todo irá debidamente.

Yo seguía su razonamiento.

–Le sigo, Jeeves –dije.

–Si me lo permite, señor, a continuación esbozaré el método que yo

recomendaría para cumplimentar este fin.

–Sí –dijo Stoker–, ¿cuál es ese método? Explíquelo.

Alcé una mano. Acababa de acometerme un pensamiento.

–Espere, Jeeves –pedí–. Sólo un momento.

Miré al viejo Stoker con ojos conminativos.

–Antes de continuar, hay dos cosas que deben quedar zanjadas. ¿Da usted su palabra de honor de comprarle Chuffnell Hall al amigo Chuffy, aquí presente, a un precio que deberán convenir las dos partes contratantes?

–Sí, sí, sí. Prosigamos.

–¿Y su consentimiento para la unión de su hija Paulina con Chuffy, abandonando esa tontería de casarla conmigo?

–¡Claro, claro!

–Jeeves –dije–, puede usted hablar.

Retrocedí y le cedí la tribuna, observando al hacerlo que en sus ojos brillaba la luz de la inteligencia pura. Como de costumbre, había una protuberancia en la parte posterior de su cabeza.

–Tras haber otorgado a este asunto una profunda consideración, señor, he llegado a la conclusión de que la principal dificultad a la que nos enfrentamos en la consecución de nuestro objetivo radica en la presencia del agente Dobson frente al cobertizo de los tiestos.

–Muy cierto, Jeeves.

–Él representa la crux, si me permite decirlo.

–Claro que se le permite decirlo, Jeeves. Otra manera de expresarlo sería «el obstáculo».

–Exactamente, señor. Por consiguiente, nuestro primer movimiento debe ser la eliminación del agente Dobson.

–Es lo que decía yo –intervino el viejo Stoker en tono de queja–, y nadie ha querido escucharme.

De nuevo le impuse silencio.

–Usted quería golpearle en la cabeza con una pala o no sé qué. Un error. Lo que se necesita aquí es..., ¿cuál es la palabra, Jeeves?

–Finesse, señor.

–Exactamente. Continúe, Jeeves.

–Esto, en mi opinión, puede realizarse fácilmente enviándole el recado de que Mary, la camarera, desea verle en los frambuesos.

Quedé estupefacto ante la sagacidad de aquel hombre, pero no tanto como para no poder volverme hacia los demás y añadir una nota al pie explicativa.

–Esta Mary, camarera de la casa –dije–, es la novia del agente Dobson y, aunque sólo la he visto de lejos, puedo atestiguar que es, exactamente, el tipo de chica por la que cualquier policía de sangre caliente iría hasta los frambuesos dando saltos para encontrarse con ella. Llena de encanto, ¿verdad, Jeeves?

–Una joven extraordinariamente atractiva, señor. Y creo que todavía podríamos asegurar un poco más las cosas incluyendo en el mensaje una indicación de que ella le espera con una taza de café y un bocadillo de jamón. Me consta que el agente todavía no ha desayunado.

Parpadeé.

–Pase por alto este pormenor, Jeeves. No soy de piedra.

–Le ruego que me perdone, señor. Lo había olvidado.

–No importa, Jeeves. ¿Tendrá que sobornar a Mary, claro?

–No, señor. He estado sondeando sus opiniones y he constatado que desea vivamente suministrar un refrigerio al agente de policía. Yo sugeriría hacerle llegar un mensaje, ostensiblemente procedente de este último, indicando que ella le espera en el lugar indicado.

Tuve que interrumpirle.

–Un obstáculo, Jeeves. Una crux, de hecho. Si él quisiera comer algo, ¿por qué no venir directamente a la casa?

–Le inquietaría la posibilidad de ser observado por el sargento Voules, señor. Ha recibido de su superior órdenes tajantes de permanecer en su puesto.

–En este caso, ¿lo abandonará? –preguntó Chuffy.

–Mi querido amigo –dije–, ten en cuenta que todavía no ha desayunado, y esa chica estará allí cargada de café y de bocadillos de jamón. No rompas el ritmo del diálogo con preguntas necias. ¿Sí, Jeeves?

–En su ausencia, señor, sería tarea más que sencilla retirar de allí a sir Roderick y conducirle a algún lugar donde esconderle. Se me ocurre sugerir el dormitorio de su señoría.

–Y Dobson no tendría valor para confesar que había abandonado su puesto de centinela. ¿Verdad que ésa es la conclusión a la que está usted llegando?

–Exactamente, señor. Sus labios quedarían sellados.

De nuevo hizo uso de la palabra el viejo Stoker.

–No vale –dijo–. No funcionaría. No digo que no pudiéramos llevarnos a Glossop, pero los polis verían que había pasado algo muy raro. Su hombre de guardia se habría marchado, y comprenderían que alguien le había inducido a ello. Sumarían dos y dos y pronto comprenderían que todo era obra nuestra. Anoche, por ejemplo, en mi yate...

Se interrumpió y supongo que lo hizo porque no deseaba desenterrar un pasado ya muerto, pero vi lo que quería decir. Después de fugarme yo de su yate, no había necesitado mucho tiempo para comprender que Jeeves tenía que haber estado mezclado en el asunto.

–Esto tiene su peso, Jeeves –me vi forzado a reconocer–. La policía tal vez no pudiera hacer nada definitivo, pero se hablaría de ello y, antes de que nos cantara el gallo, correría la historia de que sir Roderick había estado corriendo por esos mundos con la cara pintada de negro. El periódico local se apoderaría de la

noticia. Uno de esos cronistas de sociedad que se encuentran en Los Zánganos, siempre con el oído atento a cualquier rumor sobre los famosos, se enteraría del hecho, y entonces nos veríamos en tan mala situación como si al pobre hombre le invitaran a pasar unos años en Dartmoor o cualquier otra prisión.

–No, señor. Los policías encontrarían un prisionero en el cobertizo. Yo abogaría por sustituir a sir Roderick por usted.

Le miré fijamente.

–¿Yo?

–Es vital, si se me permite indicarlo, señor, que se encuentre en el cobertizo un cautivo de cara negra cuando llegue el momento de conducir al acusado ante su señoría.

–Pero yo no me parezco a Glossop. Tenemos un tipo muy diferente. Yo..., esbelto y juncal, y él..., bien, no quiero hacer ningún comentario despectivo concerniente a alguien que está unido a la tía de un viejo amigo por vínculos más cálidos que los de..., bueno, lo que yo quiero decir es que ni con los mayores esfuerzos de la imaginación se le podría llamar esbelto y juncal.

–Olvida usted, señor, que en realidad sólo el agente Dobson ha visto al prisionero, y sus labios, como he dicho, estarán sellados.

Era verdad. Lo había olvidado.

–Sí, pero maldita sea, Jeeves, por más ganas que tenga yo de aportar ayuda y consuelo a este hogar entristecido, no tengo el menor deseo de cumplir cinco años de chirona por robo.

–No hay el menor peligro en este sentido, señor. El edificio en el que sir Roderick estaba haciendo irrupción en el momento de su arresto era el garaje de usted.

–Pero, Jeeves, reflexione. Piénselo. Examine la situación. ¿Cabe suponer que yo dejé que me detuvieran por irrumpir en mi propio garaje y me encerraran toda la noche en un cobertizo sin decir palabra? Esto no es..., ¿cómo se dice?..., no es posible.

–Sólo se necesita persuadir al sargento Voules de que crea en ello, señor. Lo que el agente pueda pensar carece de importancia, debido al hecho de que sus labios están sellados.

–Pero Voules no lo creería ni por un momento.

–Ya lo creo que sí, señor. Sé que se halla bajo la impresión de que para usted es práctica frecuente la de dormir en cobertizos.

Chuffy lanzó un grito de alegría.

–¡Pues claro! Dará por supuesto que has estado empinando el codo una vez más.

Mi actitud era glacial.

–¿Sí? –dije, y mi voz sólo podía ser descrita como cáustica–. ¿O sea que tengo que entrar en la historia de Chuffnell Regis como uno de nuestros más destacados dipsómanos?

–Puede que sólo le considere majara –sugirió Pauline.

–Es verdad –dijo Chuffy, y se volvió hacia mí con una expresión suplicante–. Bertie, no irás a decirme a estas alturas que tienes alguna objeción respecto a ser considerado...

–... mentalmente insignificante –completó Pauline.

–Exactamente –aprobó Chuffy–. Claro que lo harás. ¿Qué, Bertie Wooster? ¿Sacrificarse y pasar una pequeña inconveniencia temporal para salvar a sus amigos? ¡Pero sí se lanza sobre esa clase de tareas!

–Se abalanza sobre ellas –dijo Pauline.

–Salta sobre ellas –añadió Chuffy.

–Yo siempre le he tenido por un joven muy agradable –comentó el viejo Stoker–. Recuerdo haberlo pensado el mismo día que le conocí.

–Y yo también –aseguró lady Chuffnell–. ¡Tan diferente de la mayoría de estos jóvenes modernos!

–Me gustó su cara.

–A mí siempre me ha gustado su cara.

Mi cabeza daba alguna que otra vuelta. No es frecuente que obtenga tan buena prensa, y la adulación comenzaba a desarmarme. Traté débilmente de atajar las alabanzas.

–Sí, pero oigan...

–Yo fui a la escuela con Bertie Wooster –dijo Chuffy–. Me agrada pensar en ello. A la escuela privada y también estuvimos juntos en Eton y después en Oxford. Todos le querían.

–¿A causa de su carácter altruista y maravilloso? –preguntó Pauline.

–Has dado en el clavo. A causa de su carácter altruista y maravilloso. Porque cuando se trataba de ayudar a un amigo, no escatimaba medios para hacerlo. Ojalá tuviera yo una libra por cada vez que le vi cargar sobre sus anchas espaldas los trabajos sucios de otros.

–¡Qué espléndido! –exclamó Pauline.

–Exactamente lo que yo hubiera esperado de él –dijo el viejo Stoker.

–Exacto –añadió lady Chuffnell–. El niño es ya el espejo del hombre.

–Había que verle enfrentándose a un enfurecido director de estudios con una especie de mirada indómita en esos ojazos azules...

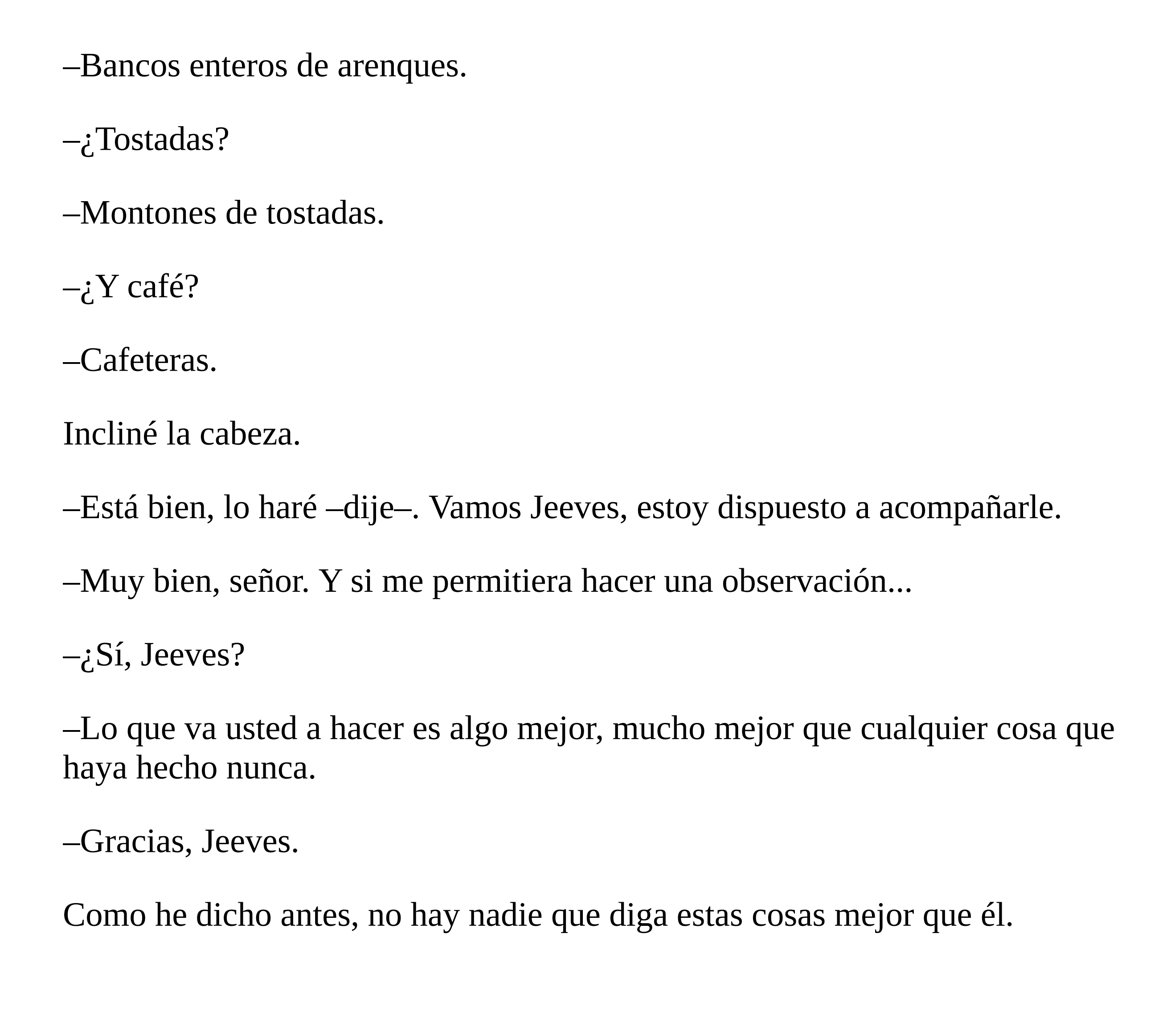
Levanté una mano.

–Ya basta, Chuffy –dije–. Es suficiente. Pasaré por esa terrible prueba. Pero quiero decir una cosa. Cuando salga, ¿podré desayunar?

–Tendrás el mejor desayuno que pueda ofrecer Chuffnell Hall.

Le miré inquisitivamente.

–¿Arenques?



–Bancos enteros de arenques.

–¿Tostadas?

–Montones de tostadas.

–¿Y café?

–Cafeteras.

Incliné la cabeza.

–Está bien, lo haré –dije–. Vamos Jeeves, estoy dispuesto a acompañarle.

–Muy bien, señor. Y si me permitiera hacer una observación...

–¿Sí, Jeeves?

–Lo que va usted a hacer es algo mejor, mucho mejor que cualquier cosa que haya hecho nunca.

–Gracias, Jeeves.

Como he dicho antes, no hay nadie que diga estas cosas mejor que él.

## 22. JEEVES SE OFRECE PARA UN EMPLEO

La luz del sol entraba a raudales en la salita de mañanas de Chuffnell Hall. Me bañaba a mí, sentado ante una mesa idónea; a Jeeves, que maniobraba en segundo término; los esqueletos de cuatro arenques ahumados, una cafetera y una rejilla de tostadas vacía. Me serví las últimas gotas de café y las bebí, pensativo. Los acontecimientos recientes habían dejado su marca en mí y era un Bertram Wooster más serio y más maduro el que en ese momento contemplaba la rejilla de tostadas y, al no encontrar nada allí, transfería su mirada al hombre que le estaba atendiendo.

–¿Quién es ahora la cocinera del Hall, Jeeves?

–Una mujer llamada Perkins, señor.

–Sabe preparar un desayuno apetitoso. Hágale llegar mi felicitación.

–Muy bien, señor.

Toqué la taza con los labios.

–Todo esto viene a ser como el amable resplandor del sol después de la tormenta, Jeeves.

–Extremadamente semejante, señor.

–Y ha sido una tormenta de las de órdago, ¿verdad?

–En ocasiones muy penosa, señor.

–Penosa es el mot juste, Jeeves. Y hablando de penas, en este momento estaba pensando en mi juicio. Me enorgullezco de ser un hombre fuerte, Jeeves. No me trastornan fácilmente los sucesos desfavorables de la vida. Sin embargo, estoy dispuesto a confesar que comparecer ante Chuffy ha sido una experiencia desagradable. Yo estaba nervioso y al mismo tiempo inquieto. El bueno de Chuffy sabe revestir buena parte de la tremenda majestad de la Ley. No sabía que llevara gafas con montura de concha.

–Cuando actúa como juez de paz, tengo entendido que las usa invariablemente, señor. Supongo que su señoría considera que le dan seguridad en sus deberes como magistrado.

–Pues yo creo que alguien hubiera debido avisarme. He tenido una impresión muy fuerte. Cambian toda su expresión. Le dan un gran parecido con mi tía Agatha. Tan sólo recordando que una vez él y yo nos sentamos en el mismo banquillo en Bow Street, acusados de haber armado escándalo la noche de las regatas, he conseguido conservar mi sangre fría. Sin embargo, la nota desagradable ha tenido corta vida. Debo admitir que ha manejado el asunto con habilidad y rapidez. Bien pronto ha zanjado el lío que se ha hecho Dobson, ¿verdad?

–Sí, señor.

–Me ha parecido una reprimenda de lo más severa.

–Y bien expuesta, señor.

–Y Bertram absuelto sin la menor mancha en su persona.

–Sí, señor.

–Pero con el sargento Voules firmemente convencido de que o bien es un beodo inveterado o bien un majara congénito. Posiblemente ambas cosas. Sin embargo –proseguí, abandonando la parte más negra–, de nada sirve preocuparse por esto.

–Muy cierto, señor.

–El punto principal es que una vez más usted ha demostrado que no hay crisis que no pueda solventar. Un esfuerzo notable, Jeeves. De lo más notable.

–Nada hubiera podido hacer sin su cooperación, señor.

–¡Ni hablar, Jeeves! Yo he sido un mero peón en la partida.

–De ningún modo, señor.

–Sí, Jeeves. Sé el puesto que me corresponde. Sin embargo, hay una cosa... No piense ni por un momento que deseo rebajar el mérito de su actuación, pero

reconozca que tuvo usted un poco de suerte.

–¿Señor?

–Pues bien, el hecho de que aquel cable llegara en lo que podríamos llamar el momento más oportuno. Una afortunada coincidencia.

–No, señor. Yo había previsto su llegada.

–¿Qué?

–En el cable que envié a mi amigo Benstead en Nueva York anteayer, le rogué que retransmitiera sin tardanza el mensaje que formó el núcleo de mi comunicación.

–¿No irá a decirme que...?

–Inmediatamente después de producirse la desavenencia entre míster Stoker y sir Roderick Glossop, cosa que implicó la decisión del primero en cuanto a no comprar Chuffnell Hall y el consiguiente disgusto para su señoría y miss Stoker, el envío del cable a Benstead parecía una posible solución. Di por supuesto que la noticia de que se procedía a impugnar el testamento de míster Stoker conduciría a una reconciliación entre míster Stoker y sir Roderick.

–¿Y en realidad nadie ha impugnado el testamento?

–No, señor.

–Pero ¿y cuándo se entere el viejo Stoker?

–Estoy convencido de que su natural sensación de alivio superará a cualquier posible resentimiento contra el artífice. Y ya ha firmado los documentos necesarios relativos a la venta de Chuffnell Hall.

–¿O sea que, aunque cambiara de parecer, ya no podría hacer nada?

–Exactamente, señor.

Me sumí en un hosco silencio. Aparte de asombrarme, esta revelación había tenido el efecto de engendrar un punzante dolor. Quiero decir que, al pensar que

había permitido que aquel hombre se alejara de mí, que se encontrara ahora al servicio de Chuffy, y de que era muy posible que Chuffy nunca fuese lo bastante necio como para ponerle de nuevo en circulación... Bueno, maldita sea, no puede decirse que no bastara para remover el puñal en la herida.

Gracias a un vestigio del espíritu del antiguo aristócrata al subir al carro, me obligué a cubrir mi rostro con la máscara.

–¿Me da un cigarrillo, Jeeves?

Me ofreció la caja y fumé en silencio.

–¿Puedo preguntarle, señor, qué piensa hacer ahora?

Salí de mi ensueño.

–¿Eh?

–Después de arder su casita de campo, señor. ¿Tiene la intención de alquilar otra en estos alrededores?

Meneé la cabeza.

–No, Jeeves, regresaré a la metrópoli.

–¿A su anterior apartamento, señor?

–Sí.

–Pero...

Yo había previsto la pregunta.

–Sé lo que va a decir, Jeeves. Está usted pensando en míster Manglehoffer, la honorable mistress Tinkler-Moulke y el teniente coronel J. J. Bustard. Pero las circunstancias han cambiado desde que me vi obligado a adoptar aquella firme postura ante su actitud respecto a mi banjo. De ahora en adelante, no habrá fricciones. Anoche mi banjo pereció entre las llamas, Jeeves, y ya no compraré otro.

–¿No, señor?

–No, Jeeves. El entusiasmo se ha extinguido. Me sería imposible tañer una cuerda sin pensar en Brinkley. Y la cosa que menos deseo hacer en mi vida es pensar en aquel hombre de pesadilla.

–Entonces, ¿el señor no piensa retenerle a su servicio?

–¿Retenerle a mi servicio? ¿Después de lo que ha ocurrido? ¿Después de haber acabado el primero, por menos de una cabeza, en la carrera contra él y su cuchillo de carnicero? No tengo esa intención, Jeeves. Stalin, sí. Al Capone, ciertamente. Pero no Brinkley.

Tosió.

–En este caso, puesto que hay una vacante en su casa, señor, me pregunto si consideraría una libertad excesiva el que yo le ofreciera mis servicios.

Volqué la cafetera.

–¿Ha dicho... qué, Jeeves?

–Me he aventurado a expresar la esperanza, señor, de que tal vez usted quiera considerar mi solicitud de esta plaza. Me esmeraría en darle satisfacción, como confío haber hecho en el pasado.

–Pero...

–En cualquier caso, no desearía continuar al servicio de su señoría, señor, ahora que está a punto de casarse. Nadie puede ganarme en mi admiración por las innumerables cualidades de miss Stoker, pero nunca ha sido mi política servir en el hogar de un caballero casado.

–¿Y por qué no?

–Es meramente un sentimiento personal, señor.

–Sé lo que quiere decir. ¿La psicología del individuo?

–Exactamente, señor.

–¿Y realmente desea volver conmigo?

–Consideraría un gran privilegio, señor, que me permitiera hacerlo, a no ser que tenga usted otros planes.

No es fácil encontrar palabras en estos momentos supremos, si entienden a qué me refiero. Y me refiero a que, si consiguen un momento como éste –supremo, podríamos decir–, con todas las nubes disipadas y el buen sol funcionando con todos sus cilindros... y uno se siente..., bueno, maldita sea, quiero decir...

–Gracias, Jeeves –dije.

–De nada, señor.

# El código de los Wooster

# 1

Saqué una mano de debajo de las sábanas y toqué el timbre para llamar a Jeeves.

–Buenas tardes, Jeeves.

–Buenos días, señor.

Esto me sorprendió.

–¿Es por la mañana?

–Sí, señor.

–¿Está seguro? Parece muy oscuro fuera.

–Hay niebla, señor. Si recuerda, estamos en otoño, época de neblinas y dulce fertilidad.

–¿Época de qué?

–De neblinas, señor, y dulce fertilidad.

–¿Eh? Sí. Sí, ya entiendo. Bueno, sea lo que fuere, deme uno de sus estimulantes, por favor.

–Tengo uno a punto, señor, en la nevera.

Desapareció, y yo me incorporé en la cama con la desagradable sensación que a veces se tiene de que uno se va a morir a los cinco minutos. La noche anterior, había ofrecido una pequeña cena en Los Zánganos a Gussie Fink-Nottle como amistosa despedida antes de sus próximas nupcias con Madeline, la única hija de sir Watkyn Bassett, comendador de la Orden del Imperio Británico, y estas cosas tienen su precio. En realidad, antes de que Jeeves entrara estaba soñando que algún sinvergüenza me clavaba clavos en la cabeza; no clavos ordinarios, como los utilizados por Jael, la esposa de Heber, sino clavos al rojo vivo.

Jeeves regresó con el regenerador de tejidos. Me lo eché al coleto y, después de

experimentar el malestar pasajero, inevitable cuando uno bebe los revitalizadores matinales de Jeeves, esa horrible sensación de que la parte superior del cráneo sale disparada hasta el techo y los ojos salen de sus órbitas y rebotan en la pared opuesta como pelotas de ráquetbol, me sentí mejor. Sería exagerado decir que en ese momento Bertram volvía a estar en sazón, pero al menos había llegado al estado de convaleciente y por fin tenía fuerzas para conversar.

–¡Ah! –exclamé, recogiendo los globos oculares y colocándolos en su lugar–. Bueno, Jeeves, ¿qué sucede en el gran mundo? ¿Es el periódico lo que tiene ahí?

–No, señor. Es un poco de literatura de la agencia de viajes. He creído que a lo mejor le gustaría echarle un vistazo.

–¿Eh? –dije–. Usted lo ha hecho, ¿verdad?

Y hubo un breve y –si ésta es la palabra que quiero– elocuente silencio.

Supongo que cuando dos hombres de acero viven en íntima asociación, tiene que haber choques de vez en cuando, y recientemente se había producido uno en casa de los Wooster. Jeeves intentaba convencerme de que efectuara un crucero alrededor del mundo, y yo no quería. Pero a pesar de mis firmes manifestaciones al respecto, apenas pasaba un día sin que me trajera un fajo o ramillete de esos folletos ilustrados que los aficionados a los espacios abiertos reparten con la esperanza de fomentar esa costumbre. La actitud de Jeeves recordaba irresistiblemente la de algún podenco diligente que insiste en llevar una rata muerta a la alfombra de la sala de estar, aunque repetidamente se le indique, con la palabra y el gesto, que el mercado para ello es flojo o incluso inexistente.

–Jeeves –dije–, este asunto tiene que cesar.

–Viajar es sumamente educativo, señor.

–No soporto más educación. Me llenaron de ella hace años. No, Jeeves, sé lo que le pasa. Esa vieja vena vikinga suya ha aparecido otra vez. Usted añora el sabor de las brisas saladas. Se ve a sí mismo caminando por la cubierta de un barco con gorra de capitán. Posiblemente alguien le ha hablado de las bailarinas de Bali. Lo comprendo. Pero no es para mí. Me niego a ser trasegado a un maldito transatlántico y arrastrado alrededor del mundo.

–Muy bien, señor.

Lo dijo con cierto retintín, y me di cuenta de que, si bien no estaba realmente descontento, se hallaba muy lejos de estar contento, así que con diplomacia cambié de tema.

–Bien, Jeeves, la juerga de anoche fue bastante satisfactoria.

–¿De veras, señor?

–Oh, muchísimo. Todos nos lo pasamos muy bien. Gussie me dio recuerdos para usted.

–Agradezco la amabilidad, señor. Creo que míster Fink-Nottle estaba de buen humor.

–Extraordinariamente bueno, considerando que le queda poco tiempo y que pronto tendrá a sir Watkyn Bassett por suegro. ¡Me alegro de no estar en su lugar, Jeeves, me alegro de no estar en su lugar!

Hablé con gran sentimiento, y les diré por qué. Unos meses antes, mientras se celebraba la noche de la regata, caí en las garras de la ley por intentar separar a un policía de su casco, y después de dormir a intervalos sobre un camastro, a la mañana siguiente fui llevado a Bosher Street y multado con cinco de los grandes. El magistrado que me impuso esa monstruosa condena –acompañada, añadiré, de algunos comentarios ofensivos por parte del tribunal– era nada menos que el viejo papá Bassett, padre de la futura esposa de Gussie.

Resultó que fui uno de sus últimos clientes, pues un par de semanas más tarde heredó una gran fortuna de un pariente lejano y se retiró al campo. Ésa, al menos, era la historia que había circulado. En mi opinión, había logrado ese dinero adhiriéndose como pegamento a las multas. Cinco de aquí, cinco de allí..., es fácil ver cuánto sumaría al cabo de los años.

–No ha olvidado a ese hombre iracundo, ¿verdad, Jeeves? Un caso duro, ¿eh?

–Posiblemente sir Watkyn es menos temible en la vida privada, señor.

–Lo dudo. Lo corte por donde lo corte, un sabueso siempre es un sabueso. Pero ya basta de hablar de ese Bassett. ¿Hay alguna carta?

–No, señor.

–¿Alguna llamada telefónica?

–Una, señor. De mistress Travers.

–¿La tía Dahlia? Así que ha vuelto a la ciudad.

–Sí, señor. Ha expresado el deseo de que la llame usted a su más pronta conveniencia.

–Haré algo mejor –dije cordialmente–. Iré a visitarla.

Y media hora más tarde subía la escalinata de su residencia y era admitido por el viejo Seppings, su mayordomo. Poco sabía yo, al cruzar aquel umbral, que en un abrir y cerrar de ojos iba a verme involucrado en un embrollo que sometería a prueba el alma de los Wooster como pocas veces lo había sido. Me refiero al siniestro asunto de Gussie FinkNottle, Madeline Bassett, el viejo papá Bassett, Stiffy Byng, el reverendo H. P. («Stinker») Pinker, la vaca-jarrita del siglo XVIII y el pequeño cuaderno marrón forrado en piel.

Ninguna premonición de inminente peligro, sin embargo, arrojó una nube a mi serenidad cuando entré. Yo esperaba con alegre anticipación la reunión con la tía Dahlia, que es, como quizá he mencionado ya, mi buena y meritoria tía, a la que no hay que confundir con la tía Agatha, que come cristales rotos y lleva alambre de púas sobre la piel. Aparte el mero placer intelectual de charlar con ella, existía la brillante perspectiva de poder gorronear una invitación a almorzar. Y debido a la sobresaliente virtuosidad de Anatole, su cocinero francés, acercarse a su pesebre es algo que siempre atrae al gastrónomo.

La puerta de la sala de las mañanas estaba abierta cuando crucé el vestíbulo, y vislumbré al tío Tom divirtiéndose con su colección de plata antigua. Por un momento acaricié la idea de detenerme y preguntarle por su indigestión, enfermedad a la que es extremadamente sensible, pero prevalecieron consejos más prudentes. Este tío mío es una persona que, al ver a un sobrino, es susceptible de obligarle a escuchar e informarle del tema de los candelabros de pared y la foliación, por no mencionar los rollos de pergamino, las guirnaldas de cinta en altorrelieve y las molduras ovaladas, y me pareció que el silencio era lo mejor. Pasé zumbando, por lo tanto, con los labios sellados, y me encaminé a la biblioteca, donde me habían informado de que se encontraba la tía Dahlia en

aquellos momentos.

Encontré a mi anciana parienta sumergida en un mar de pruebas de imprenta. Como todo el mundo sabe, ella es la cortés y popular propietaria de un semanario destinado a los que han sido delicadamente educados titulado Milady’s Boudoir. Una vez contribuí con un artículo titulado «Lo que lleva el hombre bien vestido».

Mi entrada hizo que aflorara a la superficie, y me saludó con uno de esos alegres gritos de caza que, en los días en que se dedicaba a cazar, utilizaba para convertirse en una figura notable del Quorn, el Pytchley y otras organizaciones para perseguir a los zorros británicos.

–Hola, feo –me dijo–. ¿Qué te trae por aquí?

–Me ha parecido entender, anciana parienta, que deseaba usted conferenciar conmigo.

–No quería que vinieras a interrumpir mi trabajo. Unas palabras por teléfono habrían sido suficientes. Pero supongo que algún instinto te ha dicho que hoy tenía un día ocupado.

–Si se preguntaba si podría venir a almorzar, no se preocupe. Estaré encantado, como siempre. ¿Qué nos ofrecerá hoy Anatole?

–A ti nada, mi alegre y joven tenia. Espero a Pomona Grindle, la novelista, para la comida del mediodía.

–Estaré encantado de conocerla.

–Bien, pero no vas a hacerlo. Será un estricto tête-à-tête. Estoy intentando que escriba una novela por entregas para el Boudoir. No, lo único que quería era decirte que vayas a un anticuario de Brompton Street (está después del Oratorio, no puedes perderte) y mires con desprecio una vaca-jarrita.

No la entendí. La impresión que tuve fue la de una tía que hablara con un montón de florituras.

–¿Hacer qué con qué?

–Tienen una vaca-jarrita del siglo XVIII que Tom comprará esta tarde.

La venda se me cayó de los ojos.

–Ah, es un nosequé de plata, ¿no?

–Sí. Una especie de jarrita para la crema de leche. Ve y pídeles que te la enseñen y, cuando lo hagan, muestra desdén.

–¿Y cuál es la idea?

–Minar su confianza, desde luego, cabezota. Sembrar dudas y recelos en su mente y hacerles bajar un poco el precio. Cuanto más barato sea, más satisfecho estará él. Y quiero que esté de buen humor, porque si consigo que la Grindle firme lo de esta novela por entregas, me veré obligada a pedirle una abultada suma de dinero. Es pecaminoso lo que estas novelistas de éxito quieren por su material. Así que vete allí enseguida y menea la cabeza en señal de desprecio ante esa cosa.

Siempre estoy ansioso por complacer a la tía de la clase correcta, pero me vi impulsado a presentar lo que Jeeves habría llamado un nolle prosequi. Esas mezclas matinales suyas son prácticamente mágicas en cuanto a su efecto, pero incluso después de tomar una, la cabeza no oscila.

–No puedo menear la cabeza. Hoy no.

Ella me miró con un movimiento hipercrítico de la ceja derecha.

–Ah, ¿y cómo es eso? Bueno, si tus repugnantes excesos te han dejado incapaz de menear la cabeza, al menos puedes fruncir los labios.

–Oh, por supuesto.

–Entonces, adelante. Y toma aliento. Procura también chasquear la lengua. Ah, sí, y diles que crees que es holandés moderno.

–¿Por qué?

–No lo sé. Al parecer es algo que una vaca-jarrita no debería ser.

Hizo una pausa, y paseó su mirada pensativa sobre mi rostro quizá algo cadavérico.

–Así que anoche estuviste de juerga, ¿verdad, mi pequeño polluelo? Es algo extraordinario: cada vez que te veo, estás recuperándote de alguna farra. ¿Nunca dejas de beber? ¿Y qué pasa cuando duermes?

Rebatí esa calumnia.

–Te equivocas, parienta. Excepto en ocasiones de especial jolgorio, soy extremadamente moderado en mis libaciones. Un cóctel estimulante, un vaso de vino en la comida y posiblemente un licor con el café, ése es Bertram Wooster. Pero anoche organicé una pequeña despedida de soltero para Gussie Fink-Nottle.

–¿Tú? –Se rió, un poco más alto de lo que mi frágil estado de salud habría deseado, pero ella es una mujer que siempre tiende a hacer caer el yeso del techo cuando algo le divierte–. Spink-Bottle,[1] ¿eh? ¡Bendito sea! ¿Cómo estaba el viejo aficionado a las salamandras?

–Bastante travieso.

–¿Hizo algún discurso en esa orgía tuya?

–Sí. Me quedé asombrado. Estaba preparado para recibir una candorosa negativa. Pero no. Bebimos a su salud, y él se puso en pie frío como un pepino, como diría Anatole, y nos tuvo embelesados.

–Borracho como una cuba, supongo.

–Al contrario: ofensivamente sobrio.

–Bien, es un agradable cambio.

Caímos en un silencio pensativo. Meditábamos acerca de aquella tarde de verano en su casa de Worcestershire cuando Gussie, después de que las circunstancias se dispusieran de tal modo que le hacían estar hasta la coronilla de la corrección, se había dirigido a los jóvenes escolares del instituto de Market Snodsbury con motivo de su entrega de premios anual.

Una cosa que nunca sé, cuando empiezo a contar una historia referente a alguien

de quien antes ya he contado algo, es cuántas explicaciones debo dar al principio. Es un problema que hay que mirar desde todos los ángulos. Quiero decir, en el presente caso, si doy por supuesto que mi público lo sabe todo respecto de Gussie Fink-Nottle y lo cuento por encima, los que no estuvieron pendientes de mis palabras la primera vez pueden quedar confundidos. Mientras que si antes de empezar produzco ocho volúmenes contando la vida y la historia de ese hombre, otros lectores, que sí lo estuvieron, bostezarán y murmurarán: «Eso es viejo. Prosigamos.»

Supongo que lo único que se puede hacer es resumir los hechos más sobresalientes en beneficio de los primeros, haciendo al mismo tiempo un gesto de disculpa a los segundos, para indicarles que será mejor que dejen vagar su atención durante un minuto o dos y que pronto estaré de nuevo con ellos.

Así pues, este tal Gussie, era un amigo mío con cara de pez que, al hacerse hombre, se había enterrado en el campo y dedicado enteramente al estudio de las salamandras, manteniendo a estos pequeños individuos en una pecera de cristal y observando sus hábitos con ojo diligente. Un solitario redomado, se le habría llamado de conocer esta palabra, y se habría estado en lo cierto. Según todas las normas de formulario, habría parecido imposible descubrir en un mes de domingos a una persona menos prometedora para susurrar palabras tiernas a oídos delicados y la posterior compra de un anillo de platino y la licencia para casarse.

Pero el Amor encuentra el camino. Después de conocer un día a Madeline Bassett y enamorarse de ella perdidamente, salió de su retiro y empezó a cortejarla, y tras numerosas vicisitudes lo había logrado y estaba anunciado para una fecha próxima que llevaría los pantalones a rayas y la gardenia en el ojal y caminaría por el pasillo central de la iglesia con la espantosa muchacha.

La llamo espantosa muchacha porque era una espantosa muchacha. Los Wooster somos caballerosos, pero decimos lo que pensamos. Era una sentimental marchita y turbia, con ojos tiernos y voz arrulladora y las opiniones más extraordinarias respecto de cosas como las estrellas y los conejos. Recuerdo que una vez me dijo que los conejos eran gnomos que acompañaban a la Reina de las Hadas y que las estrellas eran la cadena de margaritas de Dios. Auténticas tonterías, claro. No son nada de eso.

La tía Dahlia emitió una risita baja, pues aquel discurso de Gussie en Market

Snodsbury siempre ha sido uno de sus recuerdos más felices.

–¡El bueno de Spink-Bottle! ¿Dónde está ahora?

–En casa del padre de la Bassett, Totleigh Towers, Totleigh-in-theWold, Gloucester. Ha vuelto allí esta mañana. Se casarán en la iglesia local.

–¿Irás?

–Claro que no.

–No, supongo que sería demasiado doloroso para ti, ya que estás enamorado de esa chica.

La miré fijamente.

–¿Enamorado? ¿De una mujer que cree que cada vez que un hada se suena su diminuta nariz nace un bebé?

–Bueno, estuviste comprometido con ella.

–Durante cinco minutos, sí, y no fue culpa mía. Mi querida anciana parienta –dije, molesto–, conoces perfectamente los detalles internos de aquel horrible asunto.

Me estremecí. Era un incidente en mi carrera en el que no me gustaba pensar. En resumen, lo que sucedió fue esto. Agotados sus nervios por la larga asociación con las salamandras, Gussie se acobardó y me pidió a mí que me declarara a Madeline Bassett por él. Y cuando lo hice, la muy imbécil creyó que me declaraba por mí. El resultado fue que, cuando después de la exhibición que él hizo en la entrega de premios le dio calabazas, se apegó a mí y no tuve más opción que pagar el pato. Quiero decir, si a una chica se le ha metido en la cabeza que un tipo la quiere, y va y le dice que despide a su prometido y que está preparada para firmar con él, ¿qué puede hacer él?

Por suerte, las cosas se arreglaron a última hora con una reconciliación entre ambos, pero la idea del peligro que corrí todavía me hace estremecer. No iba a sentirme realmente tranquilo hasta que el sacerdote hubiera dicho «¿Lo harás, Augustus?» y Gussie hubiera susurrado un tímido «Sí».

–Bueno, por si te interesa –dijo la tía Dahlia–, no tengo intención de ir a esa boda. No me gusta sir Watkyn Bassett, y no creo que se le deba animar. ¡Es todo un personaje!

–Así que le conoces, ¿eh? –dije, sorprendido, aunque por supuesto corroboraba lo que con frecuencia digo, o sea, que el mundo es un pañuelo.

–Sí, le conozco. Es amigo de Tom. Los dos coleccionan plata antigua y se gruñen el uno al otro como lobos. El mes pasado le tuvimos unos días en Brinkley. ¿Y quieres saber cómo me pagó todos los cuidados amorosos que le prodigué mientras fue mi huésped? ¡Intentó robarme a Anatole a mis espaldas!

–¡No!

–Eso es lo que hizo. Afortunadamente, Anatole demostró ser leal... después de que le doblara el sueldo.

–Dóblaselo otra vez –dije con avidez–. Sigue doblándoselo. Derrama el dinero sobre él como si fuera agua antes que perder a ese soberbio maestro de los asados y picadillos.

Estaba visiblemente afectado. La idea de que Anatole, ese cocinero sin par, hubiera estado a punto de dejar de operar en Brinkley Court, donde yo siempre podía disfrutar de su cocina invitándome a efectuar una visita, y se fuera a servir al viejo Bassett, la última persona en el mundo que probablemente pondría un cuchillo y tenedor para Bertram, me había agitado profundamente.

–Sí –dijo la tía Dahlia, echando fuego por los ojos al pensar en aquella cosa tan horrible–, es un tipo de cuidado, ese sir Watkyn Bassett. Será mejor que avises a Spink-Bottle que vigile el día de la boda. La más mínima relajación de la vigilancia, y el viejo bruto probablemente se le llevará el alfiler de corbata en la sacristía. Y ahora –dijo, tendiendo la mano en lo que parecía un atento ensayo del cuidado de un bebé en la enfermedad y en la salud– vete. Tengo que corregir unas seis toneladas de pruebas. Ah, y dale esto a Jeeves cuando le veas. Es el artículo de «El rincón de los esposos». Está lleno de material profundo acerca del galón en el costado de los pantalones de vestir de caballero, y me gustaría que lo repasara. Por mí, podría ser propaganda de los rojos. ¿Y puedo confiar en que harás bien mi encargo? Dime con tus propias palabras lo que se espera que hagas.

–Ir al anticuario...

–... que está en Brompton Street...

–... que, como dices, está en Brompton Street. Pedir ver la vaca-jarrita...

–... y poner cara de desprecio. Bien. Vete. La puerta está detrás de ti.

Salí a la calle con alegría y detuve un taxi. Muchos hombres, sin duda, habrían podido enojarse por ver interrumpida su mañana de esa manera, pero yo era consciente sólo del placer que me producía la idea de poder llevar a cabo ese pequeño acto de bondad. Húrguese en Bertram Wooster, digo a menudo, y se encontrará a un boy scout.

La tienda de antigüedades de Brompton Street resultó ser, como estaba previsto, una tienda de antigüedades de Brompton Street y, como todas las tiendas de antigüedades, excepto las muy elegantes de las cercanías de Bond Street, sombría por fuera y oscura y apestosa por dentro. No sé por qué, pero los propietarios de estos establecimientos siempre parece que están cocinando algún estofado en la trastienda.

–Quería –empecé a decir al entrar; entonces me detuve, pues percibí que el encargado de la tienda atendía a otros dos clientes.

«Oh, lo siento», iba a añadir, para dar idea de que me había entrometido sin darme cuenta, cuando las palabras se helaron en mis labios.

Un bloque de nebulosa fertilidad había penetrado en el emporio, oscureciendo la vista, pero a pesar de la escasa luz pude notar que el más bajo y de más edad de estos dos clientes no era un extraño para mí.

Se trataba del viejo papá Bassett en persona. El mismo. No un cuadro.

Existe en los Wooster una vena dura, de bulldog, que con frecuencia ha levantado comentarios. Me sobrevino entonces. Un hombre más débil, sin duda, habría salido de puntillas de la escena y se habría encaminado al horizonte, pero

yo me mantuve firme. Al fin y al cabo, creí, lo pasado, pasado está. Aflojando aquellas cinco libras había pagado mi deuda con la sociedad y nada tenía que temer de ese pequeño hijo de nosequé con cara de camarón. Así que permanecí donde me encontraba, echándole un vistazo a hurtadillas.

Mi entrada le había hecho volverse y lanzarme una rápida mirada, y desde entonces de vez en cuando me había estado mirando de soslayo. Sólo era cuestión de tiempo, pensé, hasta que la cuerda oculta de su memoria fuera tocada y se diera cuenta de que la esbelta figura con aspecto distinguido que se apoyaba en su paraguas en la parte de atrás era un viejo conocido. Y en ese momento fue evidente que se había puesto al día. El pájaro encargado de la tienda se había metido en una habitación interior, y él se acercó a donde yo me encontraba y me miró de arriba abajo a través de sus parabrisas.

–Vaya, vaya –dijo–, le conozco, joven. Nunca olvido una cara. Una vez compareció ante mí.

Yo me incliné levemente.

–Pero no dos veces. ¡Bien! Aprendió su lección. ¿Se ha enmendado? Magnífico. Ahora, déjeme pensar, ¿de qué se trataba? No me lo diga. Ya me acuerdo. Claro, sí. Tirón de bolso.

–No, no. Fue...

–Tirón de bolso –repitió con firmeza–. Lo recuerdo claramente. Pero todo ha pasado ya, ¿no? Hemos pasado página, ¿verdad? Espléndido. Roderick, venga aquí. Esto es muy interesante.

Su compañero, que examinaba una bandeja, la dejó y se unió al grupo.

Era, como ya me había dado cuenta, un tipo imponente. De dos metros diez de altura, y envuelto en un gran abrigo a cuadros que le daba el aspecto de tener un metro y medio de anchura, llamaba la atención y la retenía. Era como si la naturaleza hubiera pretendido hacer un gorila y hubiera cambiado de opinión en el último momento.

Pero no era sólo la simple anchura del tipo lo que impresionaba. De cerca, en lo que más se fijaba uno era en su cara, cuadrada y fuerte y con un pequeño bigote hacia el centro. Su mirada era glacial y penetrante. No sé si han visto ustedes

alguna vez en los periódicos esas fotografías de dictadores con la barbilla inclinada y los ojos encendidos, enardeciendo al pueblo con palabras fieras durante la inauguración de una nueva bolera, pues eso es lo que me recordó.

–Roderick –dijo el viejo Bassett–, quiero presentarle a este individuo. He aquí un caso que ilustra exactamente lo que tan a menudo he sostenido: que la vida en prisión no degrada, no deforma el carácter ni impide que el hombre suba los escalones de su yo fenecido y ascienda a cosas más elevadas.

Reconocí la broma –una de las de Jeeves– y me pregunté dónde podía haberla oído.

–Mire a este tipo. Le impuse tres meses no hace mucho por robar bolsos en las estaciones de ferrocarril, y es evidente que este período en prisión ha producido el más excelente efecto en él. Se ha reformado.

–¿Ah, sí? –dijo el Dictador.

Aunque lo dijo en tono educado, no me gustó su manera de hablar. Me miraba con una desagradable expresión desdeñosa. Recuerdo que pensé que sería la persona ideal para mirar con desprecio una vaca-jarrita.

–¿Qué le hace pensar que se ha reformado?

–Claro que se ha reformado. Mírele. Bien acicalado, bien vestido, un miembro decente de la sociedad. Cuál es su ocupación actual, no lo sé, pero es evidente que ya no roba bolsos. ¿A qué se dedica ahora, joven?

–A robar paraguas, al parecer –dijo el Dictador–. Observo que ha cogido el de usted.

Y estaba yo a punto de negar la acusación acaloradamente –de hecho, había abierto la boca para hacerlo– cuando de repente me vino, como un golpe en el maxilar superior con un calcetín relleno de arena mojada, la idea de que tenía razón.

Quiero decir que recordé que había salido de casa sin paraguas y, sin embargo, allí estaba, sin lugar a dudas, con un paraguas. Qué me había hecho coger el que estaba apoyado en una silla del siglo XVII no puedo decirlo, a menos que fuera el instinto primigenio que hace que un hombre sin paraguas coja el primero que

ve, igual que las flores buscan el sol.

Una disculpa varonil parecía lo correcto. La presenté mientras el instrumento contundente cambiaba de manos.

–Oh, lo lamento muchísimo.

El viejo Bassett dijo que él también lo lamentaba, y que estaba decepcionado. Dijo que esas cosas le deprimían.

El Dictador tuvo que meter baza. Preguntó si debía llamar a la policía, y los ojos del viejo Bassett brillaron por un momento. Ser magistrado hace que uno ame la idea de llamar a la policía. Es como un tigre que prueba la sangre. Pero negó con la cabeza.

–No, Roderick. No podría. Hoy no, el día más feliz de mi vida.

El Dictador frunció los labios, como diciendo cuanto mejor sea el día, mejor será el acto.

–Pero oiga –me quejé–, ha sido un error.

–¡Ja! –exclamó el Dictador.

–Creía que el paraguas era mío.

–Ése –dijo el viejo Bassett– es su problema fundamental, amigo. Es totalmente incapaz de distinguir entre meum y tuum. Bueno, esta vez no voy a hacerle arrestar, pero le aconsejo que vaya con mucho cuidado. Vamos, Roderick.

Se marcharon, el Dictador se detuvo en la puerta para lanzarme otra mirada y volver a exclamar:

–¡Ja!

Esto había sido una experiencia de lo más desconcertante para un hombre de sensibilidad, como pueden ustedes imaginar, y mi reacción inmediata fue dejar correr el encargo de la tía Dahlia y regresar al piso y tomarme otro de los tragos de Jeeves. Ya saben ustedes cómo ansían los ciervos los refrescantes arroyos cuando están acalorados por la caza. Esa clase de cosa. Me di cuenta entonces de

la locura que había sido salir a las calles de Londres sólo con uno de ellos en el estómago, y estaba a punto de fundirme y regresar a la fuente cuando el propietario de la tienda salió de la habitación interior, acompañado de un rico olor a estofado y un gato rojizo, y me preguntó qué deseaba. Y así, ya que había salido el tema, dije que según me habían dicho él tenía a la venta una vaca-jarrita del siglo XVIII.

El hombre negó con la cabeza. Era un tipo bastante mohoso de aspecto sombrío, casi enteramente oculto tras una cascada de blancas barbas.

–Llega demasiado tarde. Se la he prometido a un cliente.

–¿Se llama Travers?

–Ajá.

–Entonces no hay problema. Sepa usted, amigo de rasgos precisos y agradable disposición –dije, porque a uno le gusta ser educado–, que el citado Travers es mi tío. Él me ha enviado aquí para que echara una mirada a ese objeto. Así que haga el favor de sacarlo. Supongo que es de mala calidad.

–Es una hermosa vaca-jarrita.

–¡Ja! –exclamé, cogiendo prestado algo del material del Dictador–. Eso es lo que usted cree. Ya lo veremos.

No me importa confesar que no soy muy aficionado a la plata antigua, y aunque nunca le he causado dolor diciéndoselo, siempre me ha parecido que la afición del tío Tom por ella es una muestra de bobería que sería mejor que vigilara y refrenara antes de que se extienda. Así que no esperaba que mi corazón diera un vuelco al ver semejante objeto. Pero cuando el barbudo anciano se sumergió en las sombras y volvió a aparecer con él, no supe si reír o llorar. La idea de que mi tío pagara una fuerte suma por un objeto como aquél penetró en mí.

Era una vaca de plata. Pero cuando digo «vaca», no se hagan la idea de algún rumiante decente y respetable como los que se pueden observar llenándose de hierba en la pradera más cercana. Ése era un animal siniestro, de mirada impúdica, como de los bajos fondos, de esos que escupirían por la comisura de la boca por dos peniques. Medía unos diez centímetros de alto y quince de largo. La espalda se abría con un gozne. Tenía el rabo arqueado, de modo que la punta

tocaba la espalda; así, supongo, se tenía un asa para que la cogiera el amante de la crema de leche. Su visión pareció transportarme a un mundo diferente y espantoso.

Fue, por lo tanto, tarea fácil para mí llevar a cabo el programa indicado por la tía Dahlia. Fruncí los labios y chasqueé la lengua, en un solo movimiento. También contuve el aliento claramente. El efecto en conjunto fue de un hombre al que no le gustaba en absoluto aquella vacajarrita, y vi que el tipo enmohecido daba un respingo, como si le hubieran herido en un punto sensible.

–¡Oh, vamos, vamos, vamos! –exclamé–. ¡Oh, qué pena, qué pena, qué pena! ¡Oh, no, no, no, no! No me parece bien esto –dije, frunciendo la boca y chasqueando la lengua libremente–. Muy mal.

–¿Muy mal?

–Muy mal. Holandés moderno.

–¿Holandés moderno? –Quizá echó espuma por la boca o quizá no. No estaba seguro. Pero la agonía de su espíritu era obviamente intensa–. ¿A qué se refiere, holandés moderno? Es inglés del siglo XVIII. Mire la marca del contraste.

–No veo marca del contraste.

–¿Está ciego? Aquí; sáquelo a la calle. Allí hay más luz.

–Está bien –dije, y me encaminé a la puerta, despacio al principio, de un modo lánguido, como un entendido un poco aburrido porque le hagan perder el tiempo.

Digo «al principio» porque sólo había dado un par de pasos cuando tropecé con el gato, y no se puede combinar tropezar con un gato y caminar con paso lánguido. Dando un brusco salto, salí disparado por la puerta como alguien a quien persigue la policía dirigiéndose hacia el coche después de una redada. La vaca-jarrita me voló de las manos, y fue una suerte que por casualidad yo chocara con un ciudadano que estaba fuera, pues de lo contrario habría caído en la cuneta.

Bueno, no fue absolutamente una suerte, en realidad, ya que resultó ser sir Watkyn Bassett. Se quedó mirándome con horror e indignación detrás de los quevedos, y casi se le veía contar con los dedos. «Primero, tirón de bolsos,

quiero decir; después, robo de paraguas; y ahora esto.» Su porte en conjunto era el de un hombre enfrentado con la última gota.

–¡Llame a un policía, Roderick! –gritó, dando un saltito.

El Dictador se apresuró a hacerlo.

–¡Policía! –gritó.

–¡Policía! –gritó a su vez el viejo Bassett, en clave de tenor.

–¡Policía! –rugió el Dictador, haciendo de bajo.

Y un momento más tarde, algo grande apareció en la niebla y preguntó:

–¿Qué es esto?

Bueno, quizá habría podido explicarlo todo, si me hubiera quedado y hubiera hablado, pero no quería quedarme ni hablar. Caminando de lado ágilmente, puse pies en polvorosa y desaparecí como el viento. Una voz gritó: «¡Alto!», pero por supuesto no lo hice. Pararme, quiero decir. ¡Qué idea tan tonta! Recorrí calles poco frecuentadas y secundarias, y al final fui a parar a algún lugar cerca de Sloane Square. Allí subí a un taxi y regresé a la civilización.

Mi intención original era ir a Los Zánganos y almorzar un poco allí, pero no había llegado muy lejos cuando me di cuenta de que no tenía fuerzas para ello. Aprecio como nadie el Club Los Zánganos..., su brillante conversación, su camaradería, su atmósfera que recuerda todo lo mejor y más brillante de la metrópoli..., pero sabía que se arrojaría un poco de pan acá y acullá en la mesa del almuerzo, y no estaba de humor para hacer frente a pan volador. Cambié mi estrategia en un instante, y le dije al hombre que me llevara al baño turco más próximo.

Tengo la costumbre de entretenerme en el baño turco, y por tanto se estaba haciendo tarde cuando regresé al piso. Había conseguido dormir dos o tres horas en mi cubículo, y eso, junto con la curativa transpiración en la habitación caliente y la zambullida en la helada piscina, había devuelto el color sonrosado a mis mejillas en grado no despreciable. En realidad, prácticamente entré en casa y me encaminé a la sala de estar con una alegre tonada en mis labios.

Y al instante siguiente mi efervescencia se apagó al ver un montón de telegramas sobre la mesa.

# 2

No sé si se encuentra usted en el grupo que ha seguido la narración de mis anteriores aventuras con Gussie Fink-Nottle –es posible que sea de los que no han tenido tiempo para ello–, pero si es de los primeros recordará que el trabajo sucio en aquella ocasión comenzó con un mar de telegramas, y no le sorprenderá saber que me encontré mirando ese montón de sobres con recelo. Desde entonces siempre me ha parecido que los telegramas, en cualquier cantidad, presagian problemas.

A primera vista tuve la idea de que había unos veinte, pero un examen más de cerca reveló sólo tres. Todos habían sido enviados desde Totleigh-in-the-Wold, y todos llevaban la misma firma.

Decían así:

El primero:

Wooster,

Berkeley Mansions,

Berkeley Square,

Londres.

Ven inmediatamente. Grave desavenencia Madeline y yo. Contesta.

GUSSIE

El segundo:

Sorprendido no recibir respuesta a mi telegrama que decía Ven inmediatamente grave desavenencia Madeline y yo. Contesta.

GUSSIE

Y el tercero:

Pregunto: Bertie, ¿por qué no respondes a mis telegramas? He enviado dos hoy diciendo Ven inmediatamente grave desavenencia Madeline y yo. A menos que vengas lo antes posible preparado para prestar todos los esfuerzos para reconciliación, la boda se suspenderá. Contesta.

GUSSIE

He dicho que la permanencia en el baño turco había contribuido mucho a restablecer el mens sana in corpore nosequé. La lectura atenta de estas horribles comunicaciones produjo una recaída instantánea. Mis recelos, me di cuenta, estaban bien fundados. Algo me había susurrado, al ver aquellos puñeteros sobres, que ya estábamos otra vez; y ya estábamos.

El sonido de las familiares pisadas había hecho salir a Jeeves de la parte trasera. Una mirada fue suficiente para indicarle que no todo le iba bien a su patrón.

–¿Está enfermo, señor? –preguntó, solícito.

Me senté en una silla y me pasé una mano agitada por el pelo.

–Enfermo no, Jeeves, pero muy nervioso. Lea esto.

Paseó los ojos por los telegramas, y luego los pasó a los míos, y pude leer en ellos su respetuosa ansiedad por el bienestar del joven señor.

–Muy inquietante, señor.

Su voz era grave. Me di cuenta de que lo había entendido. El siniestro significado de aquellos telegramas era tan claro para él como lo era para mí.

No hablamos del asunto, por supuesto, pues hacerlo habría sido hablar a la ligera de una mujer, pero Jeeves posee el pleno conocimiento de los hechos referentes a la mezcla Bassett-Wooster y es conocedor del peligro que me amenaza desde aquel frente. No había necesidad de explicarle por qué encendí entonces un febril cigarrillo y levanté la mandíbula inferior con visible esfuerzo.

–¿Qué supone que ha sucedido, Jeeves?

–Es difícil aventurar una conjetura, señor.

–La boda puede suspenderse, dice. ¿Por qué? Es lo que me pregunto.

–Sí, señor.

–Y no me cabe duda de que es lo que usted se pregunta.

–Sí, señor.

–Graves dificultades.

–Muy graves, señor.

–Lo único que podemos decir con certeza es que de alguna manera (cómo, presumiblemente lo sabremos más adelante) Gussie ha vuelto a hacer el idiota.

Pensé un momento en Augustus Fink-Nottle, recordando cómo siempre había pertenecido a la clase de los tontos. Los mejores jueces lo habían dicho durante años. En nuestra escuela privada, donde le conocí, le denominaban «Cabezota», y en ello competía con tipos como Bingo Little, Freddie Widgeon y yo.

–¿Qué debo hacer, Jeeves?

–Creo que lo mejor sería trasladarse a Totleigh Towers, señor.

–¿Pero cómo voy a hacerlo? El viejo Bassett me echará de allí en cuanto llegue.

–Posiblemente, si telegrafiara a míster Fink-Nottle, señor, para explicarle su problema, él podría sugerir alguna solución.

Esto parecía sensato. Me apresuré a ir a correos, y telegrafié lo siguiente:

Fink-Nottle,

Totleigh Towers,

Totleigh-in-the-Wold.

Sí, todo está muy bien. Dices que vaya inmediatamente, pero ¿cómo demonios quieres que lo haga? No comprendes las relaciones entre papá Bassett y yo. Éstas no son como para que reciba bien una visita de Bertram. Inevitablemente me echará y me arrojará los perros. Inútil sugerir que me ponga falsos bigotes y finja que voy a inspeccionar los desagües, pues el viejo conoce bien mis facciones y descubriría al instante la impostura. ¿Qué he de hacer? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué grave desavenencia? ¿Qué grave desavenencia? ¿Qué quieres decir con que se suspenderá la boda? ¿Por qué demonios? ¿Qué le has hecho a la muchacha? Contesta.

BERTIE

La respuesta llegó durante la cena:

Wooster,

Berkeley Mansions,

Berkeley Square,

Londres.

Entiendo dificultad, pero creo que puede funcionar. A pesar de las relaciones tensas, aún nos hablamos con Madeline. Le he dicho que he recibido carta urgente tuya rogando se te permita venir aquí. Espera invitación pronto.

GUSSIE

Y al día siguiente, después de una noche agitada, recibí tres.

El primero decía:

Ha funcionado. Enviada invitación. Cuando vengas, trae libro titulado Mis amigas las salamandras, de Loretta Peabody, publicado por Popgood y Grooly que puedes conseguir en cualquier librería.

GUSSIE

El segundo:

Bertie, viejo asno, me han dicho que vienes. Encantada, pues quiero que hagas algo muy importante para mí.

STIFFY

El tercero:

Por favor, ven si lo deseas, pero, oh, Bertie, ¿es prudente? ¿No te causará dolor innecesario verme? Es como meter el dedo en la llaga.

MADELINE

Jeeves entró con la taza de té de la mañana cuando leía estas misivas, y se las entregué en silencio. Él las leyó también del mismo modo. Fui capaz de beber cerca de media taza del líquido caliente y tonificante antes de que él hablara.

–Creo que deberíamos ponernos en marcha enseguida, señor.

–Eso supongo.

–Haré el equipaje inmediatamente. ¿Desea que llame a mistress Travers por teléfono?

–¿Por qué?

–Esta mañana ella ha llamado varias veces.

–¿Ah, sí? Entonces, quizá será mejor que le haga una llamada.

–Creo que no será necesario, señor. Imagino que ésta es la señora.

Un largo y sostenido timbrazo había sonado en la puerta delantera, como si una tía hubiera puesto el pulgar sobre el botón y lo hubiera dejado ahí. Jeeves se retiró, y un momento más tarde se hizo evidente que su intuición no le había engañado. Una voz resonante retumbó por todo el piso, la voz que en otra época, cuando anunciaba la llegada de un zorro a su proximidad, solía hacer que los miembros del Quorn y el Pytchley se sujetaran el sombrero y se ataran a su silla de montar.

–¿Todavía no está despierto ese joven sabueso, Jeeves?... Ah, ahí estás.

La tía Dahlia irrumpió en mi habitación.

En todo momento y en todas las ocasiones, debido a años de acoso a los zorros en toda clase de condiciones climatológicas, esta parienta tiene un rostro bastante purpúreo, pero en ese momento se observaba en ella un tono malva más profundo que de costumbre. Respiraba convulsivamente, y los ojos le relucían con un brillo extraño. Un hombre con menos penetración que Bertram Wooster habría podido adivinar que ante él se hallaba una tía que estaba de mal humor por algo.

Era evidente que la información que ansiaba destapar bullía dentro de ella, pero que aplazaba su revelación un momento para reprocharme el estar en la cama a semejante hora. Sumergido, como ella lo denominó con su franqueza de

costumbre, en un sueño porcino.

–No sumergido en un sueño porcino –corregí–. Hace un rato que estoy despierto. En realidad, estaba a punto de tomar mi comida matinal. Comerás conmigo, supongo. Huevos con tocino puedes darlos por sentados, pero si lo pides, podemos prepararte un par de arenques ahumados.

Ella soltó un bufido con súbita violencia que veinticuatro horas antes me habría acobardado por completo. Incluso en el estado tolerablemente fuerte en que me encontraba, me afectó casi como una de esas explosiones de gas que matan a seis.

–¡Huevos! ¡Arenques ahumados! Lo que quiero es un coñac con soda. Dile a Jeeves que me lo prepare. Y si se olvida de poner la soda, no me importará. Bertie, ha sucedido una cosa horrible.

–Vamos al comedor, mi agitado viejo álamo –dije–. Allí no nos interrumpirán. Jeeves querrá entrar aquí para hacer el equipaje.

–¿Te marchas a alguna parte?

–A Totleigh Towers. He recibido el más inquietante...

–¿Totleigh Towers? Bueno, que me aspen. Allí es adonde venía a decirte que tenías que ir inmediatamente.

–¿Eh?

–Cuestión de vida o muerte.

–¿Qué quieres decir?

–Pronto lo entenderás, cuando te lo haya explicado.

–Entonces, vamos al comedor y explícamelo enseguida.

»Ahora, mi querida y misteriosa insinuadora –dije, cuando Jeeves había llevado la comida y se había retirado–, cuéntamelo todo.

Por un instante, hubo un silencio, roto sólo por el musical sonido de una tía al

beber coñac con soda y yo tomándome una taza de café. Después, dejó su vaso alto y tomó aliento.

–Bertie –dijo–, deseo empezar por decir unas palabras acerca de sir Watkyn Bassett, comendador de la Orden del Imperio Británico. Que el pulgón ataque sus rosas. Que su cocinero se emborrache la noche de una gran cena. Que todas sus gallinas cojan la modorra.

–¿Cría gallinas? –pregunté.

–Que su cisterna tenga una fuga, y que las hormigas blancas, si existen en Inglaterra, le corroan los cimientos de Totleigh Towers. Y cuando avance por el pasillo central de la iglesia con su hija Madeline, para entregarla a ese asno de Spink-Bottle, que le coja un ataque de estornudos y descubra que ha salido de casa sin pañuelo.

Se interrumpió, y me pareció que todo esto, aunque enérgico, no era inoportuno.

–Totalmente –dije–. Estoy de acuerdo contigo in toto. Pero ¿qué ha hecho?

–Te lo diré. ¿Recuerdas aquella vaca-jarrita?

Empecé a comer un huevo frito, temblando un poco.

–¿Si lo recuerdo? Jamás la olvidaré. No lo creerá, tía Dahlia, pero cuando fui a la tienda, ¿quién se hallaba allí por la más asombrosa casualidad si no el propio Bassett...?

–No fue casualidad. Había ido allí a echar una mirada a ese objeto, para ver si era como Tom le había dicho. Porque (¿puedes imaginar semejante locura, Bertie?) ese idiota tío tuyo le había hablado de ella. Habría podido imaginar que ese demonio de hombre urdiría algún plan diabólico para que no la consiguiera. Y lo hizo. Ayer Tom almorzó con sir Watkyn Bassett en el club de éste. En la carta había langosta fría, y este Maquiavelo se la hizo tomar.

La miré con incredulidad.

–No irás a decirme –dije, perplejo, pues conocía el mecanismo intensamente delicado y finamente equilibrado del vientre de mi tío– que el tío Tom comió langosta. Después de lo que sucedió la pasada Navidad...

–Instigado por este hombre, al parecer comió no sólo kilos de langosta, sino también bosques de pepino en rodajas. Según su historia, que esta mañana ha podido contarme (cuando ayer regresó a casa sólo podía gruñir), al principio se resistió. Se mantuvo firme y decidido. Pero luego, las circunstancias le vencieron. El club de Bassett, al parecer, es uno de esos clubs donde tienen los platos fríos sobre una mesa en el centro de la habitación, colocados de tal manera que, se siente uno donde se siente, no puede evitar verlos.

Asentí con la cabeza.

–En Los Zánganos también lo hacen. Catsmeat Potter-Pirbright una vez dio en la tarta de venado, desde la ventana que está más lejos, seis veces con seis panecillos consecutivos.

–Eso fue la perdición del pobre Tom. Él habría podido ser lo suficientemente fuerte para ignorar la jerga de vendedor de Bassett sobre la langosta, pero ver el plato fue demasiado. Cedió a la tentación, devoró como un esquimal muerto de hambre, y a las seis me llamó el portero para preguntarme si podía enviar el coche a recoger los restos, que habían sido descubiertos por un criado retorciéndose en un rincón de la biblioteca. Llegó media hora más tarde, pidiendo débilmente bicarbonato. ¿Bicarbonato? ¡Y un cuerno! –dijo la tía Dahlia, con una carcajada amarga–. Necesitó a dos médicos y un lavado de estómago.

–¿Y entretanto...? –dije, pues vi adónde iba a parar la historia.

–Y entretanto, por supuesto, el demonio de Bassett había ido a comprar la vaca-jarrita. El hombre le había prometido a Tom que se la guardaría hasta las tres, pero, naturalmente, cuando llegaron las tres y él no había aparecido y había otro cliente pidiéndola, se la vendió. Así que ya sabes. Bassett tiene la vaca-jarrita, y anoche se la llevó a Totleigh.

Era una triste historia, desde luego, y confirmaba lo que yo tantas veces había pensado de papá Bassett, a saber, que un magistrado que podía multar a un tipo con cinco libras, cuando una simple reprimenda sería más que suficiente, era capaz de cualquier cosa, pero no alcanzaba a ver lo que ella creía que había que hacer al respecto. Toda la situación me parecía esencialmente una de esas en que uno se limita a apretar los puños y alzar la vista al cielo, sin decir palabra, y luego se empieza una nueva vida y se intenta olvidar. Eso dije mientras untaba

con mermelada una tostada.

Ella me miró en silencio un momento.

–¿Ah? ¿Eso es lo que crees?

–Sí, así es.

–Admites, supongo, que según toda ley moral esa vaca-jarrita pertenece a Tom.

–Oh, enfáticamente.

–¿Pero te tomarías este horrible ultraje tan tranquilo? ¿Permitirías que este atracador consiga su botín? ¿Enfrentado al espectáculo de semejante sucia trampa, más clara que cualquier otra perpetrada en un país civilizado, te quedarías ahí sentado y dirías «Bien, bien», y no harías nada?

Lo sopesé.

–Posiblemente no diría «Bien, bien». Admito que la situación requiere un comentario más fuerte. Pero no haría nada.

–Bueno, yo sí voy a hacer algo. Voy a robar ese maldito objeto.

La miré fijamente, pasmado. No emití la menor reprimenda, pero había un claro «¡Vamos!» en mi mirada. Aunque la provocación era, lo admití, grave, no podía aprobar esos métodos de mano dura. Y estaba a punto de intentar despertar su conciencia dormida al preguntarle suavemente qué pensaría el Quorn de esas actividades –o, para el caso, el Pytchley–, cuando ella añadió:

–O, mejor dicho, tú lo harás.

Yo acababa de encender un cigarrillo cuando pronunció estas palabras, y así, de acuerdo con lo que dicen en los anuncios, tenía que haber permanecido impasible. Pero debía de tratarse del cigarrillo equivocado, pues salté de la silla como si alguien me hubiera clavado un punzón afilado a través del asiento.

–¿Quién, yo?

–Eso es. Verás como todo encaja. Pasarás unos días en Totleigh. Tendrás cientos

de excelentes oportunidades para poner las garras sobre ese objeto...

–¡Pero porras!

–... y he de tenerlo, porque si no, jamás podré sacarle un cheque a Tom para esa novela por entregas de Pomona Grindle. Simplemente, no estará de humor. Y ayer firmé con esa chica un precio fabuloso, la mitad de la suma acordada hay que pagarla por adelantado dentro de una semana. Así que ponte a trabajar enseguida, muchacho. No veo por qué lo encuentras tan difícil. A mí no me parece que eso sea hacer mucho por una tía querida.

–A mí me parece que eso es hacer muchísimo por una tía querida, y de ningún modo voy a...

–Oh, sí que lo harás, porque ya sabes lo que ocurrirá si no lo haces. –Hizo una significativa pausa–. ¿Me sigues, Watson?

Me quedé callado. No era necesario que me dijera a qué se refería. No era la primera vez que ella mostraba la mano de terciopelo bajo el guante de hierro –o, mejor dicho, al revés– de aquella manera.

Pues esta cruel parienta tiene un arma poderosa que constantemente mantiene sobre mi cabeza como la espada de... ¿quién era? (Jeeves lo sabría), y mediante la cual siempre puede doblegarme a su voluntad, y que es la amenaza de que si no hago lo que ella dice, me prohibirá sentarme a su mesa y me quitará de la boca la cocina de Anatole. No olvido fácilmente la ocasión en que me sancionó durante un mes entero, en mitad de la temporada del faisán, cuando este superhombre está en su mejor forma.

Efectué un último intento de razonar con ella.

–Pero ¿por qué quiere el tío Tom esa espantosa vaca-jarrita? Es un objeto horrible. Estaría mucho mejor sin él.

–Él no lo cree así. Bueno, hazme este pequeño y sencillo encargo, o los invitados a mi mesa pronto dirán: «¿Cómo es que ya nunca vemos a Bertie Wooster por aquí?» Dios bendito, ¡qué almuerzo tan asombroso nos hizo ayer Anatole! «Soberbio» es la única palabra. No me extraña que te guste su cocina. Como a veces dices, se funde en la boca.

La miré con seriedad.

–¡Tía Dahlia, esto es chantaje!

–Sí, ¿verdad? –dijo ella, y se marchó.

Volví a sentarme y, enojado, comí una loncha de tocino frío. Jeeves entró.

–Las maletas están hechas, señor.

–Muy bien, Jeeves –dije–. Pongámonos en marcha.

–Desde niño –dije, rompiendo un pensativo silencio que había durado unos ciento cuarenta kilómetros–, he estado en algunas situaciones difíciles, pero ésta se lleva la palma.

Avanzábamos rápidamente en el viejo dos plazas camino de Totleigh Towers, yo al volante, Jeeves a mi lado, los efectos personales en el maletero. Habíamos salido hacia las once y media, y la agradable tarde se encontraba en ese momento en su apogeo. Era uno de esos vigorizantes días soleados con un agradable sabor fuerte en el aire, y de haber sido las circunstancias diferentes de las que eran, sin duda me habría sentido en plena forma, charlando alegremente, saludando con la mano a los campesinos que pasaban, posiblemente incluso cantando alguna tonada ligera.

Lamentablemente, sin embargo, las circunstancias no eran diferentes de como eran, y no había ni asomo de una canción en los labios. Cuanto más pensaba en lo que me esperaba en esas puñeteras Towers, más encogido tenía el corazón.

–La palma –repetí.

–¿Señor?

Fruncí el ceño. El hombre se mostraba discreto, y no era momento para la discreción.

–No finja que no lo sabe todo, Jeeves –dije fríamente–. Se encontraba en la habitación de al lado durante mi entrevista con la tía Dahlia, y sus comentarios

deben de haberse oído hasta en Piccadilly.

Él dejó de fingir.

–Bueno, sí, señor, debo confesar que he captado la sustancia de la conversación.

–Muy bien, pues. Estará de acuerdo conmigo en que la situación es complicada.

–Sin duda parece que se ha precipitado una crisis algo repentina en sus asuntos, señor.

Seguí conduciendo, reflexionando.

–Si tuviera que volver a vivir, Jeeves, comenzaría como huérfano sin tías. ¿En Turquía no ponen a las tías en sacos y las arrojan al Bósforo?

–A las odaliscas, señor, tengo entendido. No a las tías.

–Bien, ¿por qué no a las tías? Mire los problemas que causan en el mundo. Se lo digo, Jeeves, y puede citarme como autor de la frase: detrás de cada pobre e inocente sujeto que se mete en apuros por primera vez, se encontrará, si se mira con atención suficiente, a la tía que le ha metido en ellos.

–Hay gran parte de verdad en lo que dice, señor.

–Es inútil decirme que hay tías malas y tías buenas. En el fondo, todas son iguales. Tarde o temprano, sale la pata hendida. Piense en la tía Dahlia, Jeeves. Siempre la he considerado una buena sinvergüenza, como un perro raposero persiguiendo a un conejo. Y va y me hace un encargo como éste. A Wooster, el que birla cascos de policía, le conocemos. Estamos familiarizados con Wooster, el supuesto ladrón de bolsos. Pero tenía que ser ella quien presentara al mundo a un Wooster que va a la casa de un magistrado retirado y, mientras come su pan y su sal, le guinda su vaca-jarrita. ¡Fu! –dije, pues estaba nerviosísimo.

–Muy preocupante, señor.

–Me pregunto cómo me recibirá el viejo Bassett, Jeeves.

–Me interesará observar sus reacciones, señor.

–No puede echarme, supongo, ya que miss Bassett me ha invitado.

–No, señor.

–Por otra parte, puede (y creo que lo hará) mirarme por encima de sus quevedos y hacer ruidos extraños con la nariz. La perspectiva no es agradable.

–No, señor.

–Quiero decir, aunque no hubiera surgido este asunto de la vacajarrita, las condiciones serían difíciles.

–Sí, señor. ¿Puedo atreverme a preguntar si tiene intención de procurar llevar a cabo los deseos de mistress Travers?

No se pueden levantar las manos en un gesto apasionado cuando se conduce un coche a ochenta kilómetros por hora. De lo contrario, lo habría hecho.

–Éste es el problema que me tortura, Jeeves. No puedo decidirme. ¿Recuerda a ese tipo que alguna vez me ha mencionado, que dejó que algo sustituyera a algo? Ya sabe a quién me refiero, el tipo del gato.

–Macbeth, señor, un personaje de una obra de ese nombre escrita por el difunto William Shakespeare. Se decía de él que dejaba sustituir «Haría» por «No me atrevo», como el pobre gato del refrán.

–Bueno, así estoy yo ahora. Dudo, vacilo..., ¿es ésa la palabra?

–Perfectamente correcta, señor.

–Pienso en que se me prohíben los menús de Anatole y me digo a mí mismo que me dará algo. Luego reflexiono que mi nombre en Totleigh Towers ya es como el fango y que el viejo Bassett está firmemente convencido de que soy una especie de ladrón que roba todo lo que encuentro si no está clavado...

–¿Señor?

–¿No se lo conté? Tuve otro encuentro con él ayer, el peor hasta la fecha. Ahora me considera la escoria del mundo criminal; si no el enemigo público número uno, sin duda el número dos o tres.

Le informé brevemente de lo que había sucedido, e imaginen mi emoción cuando vi que al parecer él encontraba algo gracioso en la narración. Jeeves no sonríe a menudo, pero en ese momento una clara sonrisa había empezado a curvar sus labios.

–Un divertido malentendido, señor.

–¿Divertido, Jeeves?

Vio que su risa no era oportuna. Recompuso el semblante, haciendo desaparecer su sonrisa.

–Le ruego me perdone, señor. Debería haber dicho «inquietante».

–Bastante.

–Debió de ser muy duro, encontrarse con sir Watkyn en semejantes circunstancias.

–Sí, y será mucho más duro si me pilla birlándole su vaca-jarrita. No ceso de verle haciéndolo.

–Lo entiendo, señor. Y así, el matiz natural de la resolución se ve debilitado por la pálida sombra del pensamiento, y empresas de gran importancia en este aspecto se tuercen y pierden el nombre de la acción.

–Exactamente. Me ha quitado las palabras de la boca.

Seguí conduciendo, meditando más que nunca.

–Y hay otro punto que se presenta, Jeeves. Aunque quiera robar vacas-jarrita, ¿cómo voy a encontrar el momento de hacerlo? No es algo que se pueda coger de paso. Hay que planear, conspirar y hacer esquemas. Y necesitaré toda la concentración posible de Gussie para este asunto.

–Exactamente, señor. Se aprecia la dificultad.

–Y, por si esto no fuera suficiente, está el telegrama de Stiffy. ¿Recuerda el tercer telegrama que ha llegado esta mañana? Era de miss Stephanie Byng, la prima de miss Bassett, que reside en Totleigh Towers. Ya la conoce. Vino a casa a

almorzar hace una o dos semanas. Una chica más bien menuda, del tonelaje aproximado de Jessie Matthews.

–Ah, sí, señor. Recuerdo a miss Byng. Una joven encantadora.

–Sí. Pero ¿qué quiere que haga por ella? Ésa es la cuestión. Quizá algo completamente inadecuado para el consumo humano. O sea que también tengo eso para preocuparme. ¡Qué vida!

–Sí, señor.

–Aun así, he de conservar la calma, supongo, ¿no, Jeeves?

–Exactamente, señor.

Durante estos intercambios, habíamos avanzado a marcha regular, y no había dejado de observar que en un letrero que acabábamos de pasar estaban escritas las palabras «Totleigh-in-the-Wold: 13 kilómetros». Entonces apareció ante nosotros, a través de los árboles, una imponente casa de campo.

Frené el coche.

–¿Final del viaje, Jeeves?

–Eso tendería a suponer, señor.

Y así demostró ser. Después de cruzar la verja y detenernos ante la puerta principal, el mayordomo nos informó de que aquélla era, realmente, la morada de sir Watkyn Bassett.

–Childe Roland a la oscura torre ha venido, señor –dijo Jeeves, cuando nos apeamos, aunque no tenía ni idea de lo que significaba. Respondiendo con un breve «Ah, oh», desvié mi atención al mayordomo, que se esforzaba por comunicarme algo.

Lo que me decía, deduje, era que si deseaba mezclarme inmediatamente con los ocupantes de la casa, había elegido un mal momento para llegar. Sir Watkyn, explicó, había salido de repente a descansar un momento.

–Imagino que está en algún lugar de la finca con míster Roderick Spode.

Me sobresalté. Después de aquel asunto en la tienda de antigüedades, el nombre de Roderick estaba, como bien pueden imaginar, grabado profundamente en mi corazón.

–¿Roderick Spode? ¿Un tipo corpulento con un bigote pequeño y una mirada de esas que pueden abrir una ostra a sesenta pasos?

–Sí, señor. Llegó ayer con sir Watkyn procedente de Londres. Han salido poco después del almuerzo. Miss Madeline está en casa, creo, pero puede llevar un buen rato localizarla.

–¿Y míster Fink-Nottle?

–Creo que ha ido a dar un paseo, señor.

–Ah. Bien. Entonces, me entretendré un poco por ahí.

Me alegré de tener oportunidad de permanecer solo un rato, pues deseaba meditar. Paseé por la terraza, haciéndolo.

La noticia de que Roderick Spode se encontraba en la finca me había dejado inquieto. Suponía que no era más que un simple conocido del club del viejo Bassett, que limitaba sus actividades exclusivamente a la metrópoli, y su presencia en Totleigh Towers hacía la perspectiva de intentar acobardar a los más valientes el doble de intimidante de lo que había sido antes, cuando suponía que tendría que estar bajo la vigilancia personal de sir Watkyn solamente.

Bueno, eso lo pueden ver ustedes mismos. Quiero decir, imaginen cuán desgraciado se sentiría el Maestro Criminal, al cometer un asesinato en la vieja granja, si descubriera que no sólo Sherlock Holmes pasaba allí el fin de semana, sino también Hercule Poirot.

Cuanto más pensaba en la idea de robar la vaca-jarrita, menos me gustaba. Me parecía que tenía que haber otro camino, y que lo que yo debía hacer era explorar todas las vías con la esperanza de encontrar alguna fórmula. Con este fin, paseé por la terraza con la cabeza gacha, reflexionando.

El viejo Bassett, observé, había invertido muy bien su dinero. Soy bastante experto en casas de campo, y vi que ésta era de gran calidad. Bonita fachada, amplios terrenos, céspedes bien recortados, y una atmósfera general de lo que se

conoce como paz del Viejo Mundo. A lo lejos mugían las vacas, las ovejas balaban y los pájaros cantaban, y de algún lugar cercano llegó el sonido de un disparo, que indicaba que alguien se las tenía con los conejos de la zona. Totleigh Towers podía ser un lugar donde el Hombre era vil, pero no cabe duda de que todas las perspectivas eran agradables.

Y me paseaba arriba y abajo, intentando calcular cuánto habría tardado el viejo granuja, multando, por ejemplo, a veinte personas al día con cinco libras cada una, en recoger suficiente dinero para pagar todo aquello, cuando mi atención se detuvo en el interior de una habitación de la planta baja, visible a través de una puertaventana abierta.

Era una especie de sala de estar secundaria, si saben a lo que me refiero, y daba la impresión de estar amueblada en exceso. Ello se debía al hecho de que se hallaba repleta a rebosar de vitrinas, y éstas a su vez estaban repletas a rebosar de objetos de plata. Era evidente que contemplaba la colección de Bassett.

Me detuve. Algo parecía atraerme a través de la puertaventana. Y al instante siguiente allí estaba yo, vis-à-vis, como se dice, con mi vieja amiga la vaca de plata. Ésta se encontraba en una vitrina pequeña junto a la puerta, y atisbé en ella, respirando pesadamente sobre el cristal.

Con considerable emoción percibí que la vitrina no estaba cerrada con llave.

Di la vuelta al pomo. Metí la mano dentro y la saqué.

Bueno, si mi intención era simplemente inspeccionar y examinar, o si me proponía quedarme con el objeto, no lo sé. Lo más que puedo recordar es que realmente no tenía plan alguno. Mi estado de ánimo era más o menos el del gato del refrán.

Sin embargo, no tuve tiempo libre para revisar mis emociones en lo que Jeeves llamaría el análisis final, pues en ese punto una voz detrás de mí dijo:

–¡Manos arriba!

Y, al volverme, observé a Roderick Spode en la ventana. Llevaba una escopeta en la mano, y apuntaba con ella de un modo negligente hacia el tercer botón de mi chaleco. Deduje de ello que era uno de esos tipos a quienes les agrada disparar desde la cadera.

# 3

Había descrito a Roderick Spode al mayordomo como un hombre con una mirada que podía abrir una ostra a sesenta pasos, y era una mirada de esta naturaleza la que me estaba dirigiendo en ese momento. Parecía un dictador a punto de iniciar una purga, y vi que me había confundido al suponer que medía dos metros diez. Dos cuarenta, por lo menos. También vi los músculos de la mandíbula moverse despacio.

Esperaba que no dijera «¡Ja!», pero lo hizo. Y como yo no había dominado todavía las cuerdas vocales lo suficiente para poder responder, eso concluyó el diálogo por el momento. Entonces, aún con los ojos pegados a mí, gritó:

–¡Sir Watkyn!

Se oyó un distante «Ah-sí-aquí-estoy-qué-pasa».

–Venga, por favor. Tengo que enseñarle algo.

El viejo Bassett apareció en la ventana, ajustándose los quevedos.

Había visto a este hombre sólo con el atuendo adecuado para la metrópoli, y confieso que incluso en la difícil situación en que me hallaba fui capaz de estremecerme ante el espectáculo que presentaba en el campo. Por supuesto, es un axioma, como he oído a Jeeves llamarlo, que cuanto más pequeño es el hombre, más llamativo es el traje a cuadros, y la indumentaria del viejo Bassett estaba en armonía con su falta de centímetros. Chillón es la única palabra para describir aquel horrible traje de tweed, y, cosa extraña, verlo me produjo el efecto de calmarme los nervios. Me dio la sensación de que nada importaba.

–¡Mire! –exclamó Spode–. ¿Habría creído posible cosa semejante?

El viejo Bassett me miraba con grandes ojos, con una especie de asombro pasmado.

–¡Santo Dios! ¡Si es el ladrón de bolsos!

–Sí. ¿No es increíble?

–Es inaudito. Maldita sea, esto es acoso. Este tipo me sigue a todas partes, como el corderito de María. No me deja un momento libre. ¿Cómo le ha atrapado?

–Ha dado la casualidad de que venía por el sendero, y he visto una figura que se introducía furtivamente por la puertaventana. Me he apresurado, y le he apuntado con mi arma. Justo a tiempo. Ya había comenzado a saquear el lugar.

–Bueno, le estoy muy agradecido, Roderick. Pero lo que no puedo comprender es la pertinacia de este tipo. Se habría dicho que cuando frustramos su intento en Brompton Street habría abandonado el asunto. Pero no. Al día siguiente viene aquí. Bueno, lamentará haber venido.

–Supongo que se trata de un caso demasiado grave para usted para tratarlo sumariamente.

–Puedo extender una orden de arresto. Llévelo a la biblioteca y lo haré ahora. Este caso tendrá que ir a los tribunales.

–¿Qué cree usted que le caerá?

–No es fácil decirlo. Pero sin duda no menos de...

–¡Eh! –exclamé.

Mi intención había sido hablar con voz tranquila y razonable, explicarles, después de haber llamado su atención, que me encontraba en aquel lugar como invitado, pero por alguna razón la palabra me salió como algo que la tía Dahlia habría podido decir a un miembro del Pytchley a ochocientos metros a través de un campo arado, y el viejo Bassett replicó como si le hubieran clavado un palo ardiendo en un ojo.

Spode comentó mis métodos de producción de voz.

–¡No grite así!

–Casi me ha roto el tímpano –gruñó el viejo Bassett.

–¡Pero escuchen! –grité–. ¡Escúchenme!

Siguió entonces cierta cantidad de discusión confusa, en la que intenté defender el caso y la oposición hablando sin cesar del jaleo que estaba armando. Y en medio de todo ello, justo cuando me mostraba particularmente con buena voz, se abrió la puerta y alguien exclamó:

–¡Dios mío!

Me volví. Aquellos labios separados..., aquellos ojos como platos..., aquella figura esbelta, ligeramente caída en los goznes...

Madeline Bassett se encontraba entre nosotros.

–¡Dios mío! –repitió.

Puedo imaginar que un observador casual, si le hubiera confiado mis dudas ante la idea de casarme con esta chica, habría alzado las cejas y no habría podido comprenderlo. «Bertie», probablemente habría dicho, «no sabes lo que es bueno para ti», y posiblemente añadiría que deseaba tener la mitad de aquello de lo que yo me quejaba. Porque Madeline Bassett poseía un exterior innegablemente atractivo; era delgada, svelte, si ésa es la palabra, y estaba generosamente provista de pelo dorado y de todos los accesorios.

Pero en lo que el observador casual metería la pata es en que pasaría por alto su blandenguería, ese aire sutil que tenía de estar a punto de hablar como una niña. Eso era lo que helaba la sangre. Era sin lugar a dudas una de esas chicas que tapan los ojos de su esposo con las manos cuando él se arrastra a desayunar con resaca y dicen: «¿Quién soy?»

Una vez me alojé en la residencia de un amigo mío recién casado, y su esposa había hecho grabar con grandes letras, sobre la chimenea de la sala de estar, donde era imposible no verlo, la leyenda: «Dos amantes construyeron este nido», y aún recuerdo la expresión de torpe angustia en los ojos de mi amigo cada vez que entraba y lo veía. Si Madeline Bassett, al ingresar en el estado matrimonial, llegaría a tal extremo espantoso, no podía yo decirlo, pero parecía lo más probable.

Ella nos miraba con los ojos como platos, asombrada.

–¿Qué es todo este ruido? –preguntó–. Bertie, ¿cuándo has llegado?

–Ah, hola. Acabo de llegar.

–¿Has tenido buen viaje?

–Sí, gracias. He venido en el dos plazas.

–Debes de estar agotado.

–Oh, no, gracias, no lo estoy.

–Bueno, el té estará listo enseguida. Veo que ya conoces a papá.

–Y a míster Spode.

–Y a míster Spode.

–No sé dónde está Augustus, pero seguro que vendrá para el té.

–Contaré los minutos.

El viejo Bassett había escuchado estas frases de cortesía con expresión aturdida, tragando saliva de vez en cuando, como un pez que ha sido sacado de un estanque con anzuelo y no está seguro de hallarse a la altura de las circunstancias. Uno seguía los procesos mentales, por supuesto. Para él, Bertram era una criatura del submundo que robaba bolsos y paraguas y, lo que empeoraba las cosas, ni siquiera las robaba bien. A ningún padre le gusta ver a su oveja en términos amistosos con un individuo así.

–¿No me dirás que conoces a este hombre? –preguntó.

Madeline Basset rió con su risa argentina y cantarina, que era una de las cosas que la hacían tan desagradable para el mejor elemento.

–Papá, qué absurdo eres. Claro que le conozco. Bertie Wooster es un viejo, viejo, y muy querido amigo mío. Te dije que venía hoy.

El viejo Bassett no pareció enterarse. Spode tampoco.

–¿Éste no será tu amigo míster Wooster?

–Claro que sí.

–Pero si roba bolsos.

–Paraguas –apuntó Spode, como si fuera el Recordador del Rey o algo así.

–Y paraguas –afirmó el viejo Bassett–. Y efectúa incursiones a plena luz del día en tiendas de antigüedades.

Madeline no pareció enterarse. Y ya eran tres.

–¡Papá!

El viejo Bassett insistió con firmeza.

–Así es, te lo aseguro. Le he pillado haciéndolo.

–«Yo» le he pillado –dijo Spode.

–Los dos le hemos pillado –dijo el viejo Bassett–. En todo Londres. Vayas a donde vayas en Londres, encontrarás a este tipo robando bolsos y paraguas. Y ahora, en el corazón de Gloucestershire.

–¡Tonterías! –dijo Madeline.

Vi que era el momento de acabar con toda esa historia. Estaba harto de lo de robar bolsos. Naturalmente, uno no espera que un magistrado conozca al dedillo todos los detalles de sus clientes –ya es suficiente, supongo, recordar siquiera a su clientèle–, pero uno no puede dejar pasar una cosa así con tacto.

–Claro que es una tontería –rugí–. Todo el asunto es uno de esos ridículos malentendidos.

Debo decir que esperaba que mi explicación fuera mejor de lo que fue. Lo que yo había previsto era que tras unas palabras mías, perfilando la situación, se produjeran rugidos de alegría, seguidos de disculpas y palmadas en la espalda. Pero el viejo Bassett, igual que tantos jueces de instrucción, era un hombre difícil de convencer. La naturaleza de los magistrados pronto queda deformada. No dejó de interrumpirme y de hacer preguntas, y me miraba con atención cuando las hacía. Ya saben a qué me refiero; preguntas que empiezan con «Un momento...» y «Usted dice...» y «Entonces, pretende usted que creamos...». Ofensivo, muy ofensivo.

Sin embargo, después de una buena cantidad de aburrido trabajo preliminar, logré hacerle entender lo del paraguas, y confesó que tal vez me había juzgado injustamente en ese aspecto.

–Pero ¿y los bolsos?

–No había bolsos.

–No me cabe duda de que le sentencié por algo en Bosher Street. Lo recuerdo claramente.

–Birlé un casco de policía.

–Eso está tan mal como robar bolsos.

Roderick Spode intervino inesperadamente. Durante todo este..., bueno, este absoluto proceso de Mary Dugan, había permanecido en silencio, chupando pensativo la boca de su escopeta y escuchando mi declaración como si lo considerara todo más bien poco convincente; pero entonces una leve señal de sentimiento humano asomó a su cara de granito.

–No –dijo–. No creo que pueda ir tan lejos. Cuando estaba en Oxford, una vez yo también robé un casco de policía.

Me quedé pasmado. Nada en mis relaciones con ese hombre me habían dado la idea de que él también, por así decirlo, había vivido en Arcadia. Eso demostraba, como digo a menudo, que existe el bien en lo peor de nosotros.

El viejo Bassett quedó a todas luces desconcertado. Luego se repuso.

–Bueno, ¿y el asunto de la tienda de antigüedades? ¿Eh? ¿No le pillamos huyendo con mi vaca-jarrita? ¿Qué tiene que decir al respecto?

Spode pareció ver la fuerza de eso. Apartó el arma, que había vuelto a colocar entre sus labios, y asintió con la cabeza.

–El tipo de la tienda me la había dado para verla –dije con brevedad–. Me aconsejó que la llevara fuera, donde había mejor luz.

–Huía precipitadamente.

–Tropecé con el gato.

–¿Qué gato?

–Al parecer había un animal que sentía cariño por el personal del emporio.

–Mmm. No vi ningún gato. ¿Vio usted algún gato, Roderick?

–No, ningún gato.

–¡Ja! Bueno, dejaremos correr lo del gato...

–Pero yo no lo hice –dije, en uno de mis instantes inspirados.

–Dejaremos correr lo del gato –repitió el viejo Bassett, haciendo caso omiso de lo que yo había dicho– y pasemos a otro punto. ¿Qué hacía usted con esa vaca-jarrita? Dice que la miraba. Nos pide que creamos que simplemente la sometía a un inocente escrutinio. ¿Por qué? ¿Cuál era su motivo? ¿Qué interés podía tener para un hombre como usted?

–Exactamente –dijo Spode–. Es la pregunta que yo mismo iba a formular.

Este poquito de apoyo por parte de un compañero tuvo el peor efecto en el viejo Bassett. Le estimuló en tan grande medida que cedió completamente a la ilusión de que volvía a encontrarse en su puñetero tribunal de policía.

–Dice usted que el propietario de la tienda se la entregó. Yo sugiero que la robó y que huía con ella. Y ahora míster Spode le pilla aquí, con ese objeto en las manos. ¿Cómo lo explica? ¿Cómo responde a esto? ¿Eh?

–¡Pero papá! –exclamó Madeline.

Quizá se han estado preguntando ustedes por su silencio durante todo el tira y afloja que se había producido. Tiene una fácil explicación. Lo que había ocurrido era que poco después de decir «¡Tonterías!» en la primera parte, había inhalado sin querer algún insecto, y desde entonces se había estado ahogando en silencio manteniéndose en un segundo plano. Y como la situación era demasiado tensa para que nosotros prestáramos atención a una chica que se asfixiaba, la habíamos dejado que continuara desahogándose sola mientras los hombres tachaban el tema de la orden del día.

Entonces se adelantó, con los ojos aún un poco llorosos.

–Pero, papá –dijo–, naturalmente que tu plata sería lo primero que Bertie querría ver. Por supuesto que le interesa. Bertie es sobrino de míster Travers.

–¿Qué?

–¿No lo sabías? Su tío tiene una colección maravillosa, ¿verdad, Bertie? Supongo que te ha hablado a menudo de la de papá.

Hubo una pausa. El viejo Bassett respiraba pesadamente. No me gustaba en absoluto el aspecto que tenía. Me miró a mí y después la vaca-jarrita, y después a mí otra vez, y de nuevo la vaca-jarrita, y habría sido necesario un observador mucho menos astuto que Bertram para no saber lo que cruzaba por su mente. Si alguna vez he visto a alguien tratando de atar cabos, ése era sir Watkyn Bassett.

–¡Oh! –exclamó.

Sólo eso. Nada más. Pero era suficiente.

–Eh... –dije yo–, ¿podría enviar un telegrama?

–Puedes telefonear desde la biblioteca –dijo Madeline–. Te acompañaré allí.

Me llevó hasta el aparato y me dejó, diciendo que me esperaría en el vestíbulo. Me agarré a él, establecí conexión con la oficina de correos y, tras una breve conversación con lo que parecía ser el tonto del pueblo, telefoneé lo siguiente:

Mistress Travers,

47, Charles Street,

Berkeley Square,

Londres.

Hice una pausa, para ordenar las ideas, y luego procedí:

Lamento profundamente imposible llevar a cabo encargo referente ya sabe qué. Atmósfera de la mayor suspicacia y cualquier clase de acción instantáneamente fatal. Debería haber visto la cara del viejo Bassett al enterarse de mi relación de sangre con el tío Tom. Como embajador descubriendo a mujer con velo en la cara husmeando en caja de caudales con tratado secreto. Lo siento y todo eso, pero no haré nada. Besos.

BERTIE

Bajé al vestíbulo a reunirme con Madeline Bassett.

Estaba de pie junto al barómetro, el cual, si hubiera tenido un gramo de sensatez en su cabeza, habría señalado «Tormentoso» en lugar de «Apacible»; y cuando me acercaba, se volvió y me echó una tierna mirada que me produjo un escalofrío de temor en la espalda. La idea de que allí estaba la persona que se encontraba en relaciones distantes con Gussie y que podría devolver el anillo y los regalos me provocaba un horror indecible.

Decidí que si unas palabras tranquilas de un hombre de mundo podían cerrar la brecha, debían ser pronunciadas.

–¡Oh, Bertie –dijo en voz baja como una cerveza goteando de una jarra–, no deberías estar aquí!

Mi reciente entrevista con el viejo Bassett y Roderick Spode me había hecho pensar eso mismo. Pero no tenía tiempo de explicarle que no se trataba de una visita social sin más, y que si Gussie no me hubiera enviado el SOS no habría ni soñado en acercarme a menos de ciento cincuenta kilómetros de aquel temible lugar. Ella prosiguió, mirándome como si yo fuera un conejo y ella esperara que pronto me convertiría en gnomo.

–¿Por qué has venido? Oh, sé lo que vas a decir. Te pareció que, por mucho que te costara, tenías que verme de nuevo, sólo una vez. No podías resistir la necesidad de llevarte un último recuerdo que pudieras acariciar en los años de

soledad. Oh, Bertie, me recuerdas a Rudel.

Ese nombre era nuevo para mí.

–¿Rudel?

–El seigneur Geoffrey Rudel, príncipe de Blay-en-Saintonge.

Meneé la cabeza.

–No le conozco, me temo. ¿Amigo tuyo?

–Vivió en la Edad Media. Era un gran poeta. Y se enamoró de la esposa del señor de Trípoli.

Me removí, inquieto. Esperaba que no fuera a contar algo verde.

–Durante años la amó, y al fin no pudo resistir más. Tomó un barco hasta Trípoli, y sus criados le llevaron a tierra.

–¿No se encontraba bien? –dije, tanteando–. ¿Una mala travesía?

–Estaba muriendo. De amor.

–Oh, ah.

–Le llevaron a presencia de lady Melisande en litera, y él sólo tuvo fuerzas para alargar el brazo y tocarle la mano. Entonces murió.

Hizo una pausa y exhaló un suspiro que parecía salir directo de lo más profundo. Siguió un silencio.

–Terrible –dije, sintiendo que tenía que decir algo, aunque personalmente creía que la historia no era tan buena como la del vendedor ambulante y la hija del granjero. Diferente, desde luego, si se había conocido al tipo.

Madeline volvió a suspirar.

–Ya ves por qué he dicho que me recuerdas a Rudel. Igual que él, has venido a ver por última vez a la mujer que amas. Ha sido un bonito gesto, Bertie, y jamás lo olvidaré. Siempre permanecerá conmigo como un fragante recuerdo, como

una flor prensada entre las hojas de un viejo álbum. Pero ¿ha sido prudente? ¿No deberías haber sido fuerte? ¿No habría sido mejor haberlo terminado limpiamente, aquel día en que nos dijimos adiós en Brinkley Court, y no haber reabierto la herida? Nos conocimos y me amaste, y tuve que decirte que mi corazón pertenecía a otro. Ésa debería haber sido nuestra despedida.

–Absolutamente –dije. Quiero decir, todo eso era perfectamente razonable, hasta entonces. Si su corazón de verdad pertenecía a otro, bien. Nadie más complacido que Bertram. El quid de la cuestión era..., ¿era así?–. Pero recibí una comunicación de Gussie en la que me indicaba más o menos que tú y él habíais roto.

Ella me miró como alguien que acaba de resolver el crucigrama con un astuto «Emú» en la esquina superior derecha.

–¡Así que por eso has venido! ¿Creías que aún podría haber alguna esperanza? Oh, Bertie, lo siento mucho..., muchísimo..., lo siento mucho. –Las lágrimas acudieron a sus ojos, que mantenía abiertos como platos–. No, Bertie, realmente no hay esperanzas, ninguna. No debes construir castillos en el aire. Eso sólo puede causarte dolor. Amo a Augustus. Él es mi hombre.

–¿Y no habéis terminado?

–Claro que no.

–Entonces, ¿qué significa lo que dijo de «Grave desavenencia Madeline y yo»?

–Ah, eso. –Se rió, otra vez con su risa argentina y cantarina–. No fue nada. Fue una perfecta tontería y una ridiculez. El más diminuto y minúsculo malentendido. Creí que le había encontrado coqueteando con mi prima Stephanie, y tuve celos. Pero él me lo ha explicado todo esta mañana. Sólo le sacaba una mosca del ojo.

Supongo que tenía derecho a irritarme al saber que había sido arrastrado hasta allí para nada, pero no fue así. Estaba asombrosamente firme. Como he indicado, aquel telegrama de Gussie me había sacudido hasta los cimientos al hacerme temer lo peor. Y ahora había sonado la señal de fuera de peligro, y yo había recibido información de muy buena tinta de que todo iba viento en popa entre ellos dos.

–Así que todo va bien, ¿no?

–Todo. Jamás había amado a Augustus más que ahora.

–¿No? ¡Caramba!

–Cada momento que estoy con él, su maravillosa naturaleza parece abrirse ante mí como una encantadora flor.

–¿Ah, sí?

–Cada día descubro alguna nueva faceta de su extraordinario carácter. Por ejemplo..., le has visto últimamente, ¿no?

–Oh, sí. Anteanoche le ofrecí una cena en Los Zánganos.

–Me pregunto si observaste algo diferente en él.

Mi mente retrocedió a la juerga en cuestión. Por lo que podía recordar, Gussie había sido el mismo chiflado con cara de pez que siempre había conocido.

–¿Diferente? No, no lo creo. Claro que en aquella cena no tuve oportunidad de observarle muy de cerca, de someter su carácter a un análisis final, si sabes a qué me refiero. Se sentó a mi lado, y hablamos de esto y aquello, pero ya sabes lo que pasa cuando uno es anfitrión, hay un sinfín de cosas que distraen la atención: vigilar a los camareros, intentar generar conversación general, evitar que Catsmeat Potter-Pirbright haga su imitación de Beatrice Lillie..., cien pequeñas obligaciones. Pero él me pareció el mismo de siempre. ¿Diferente en qué sentido?

–Mejor, si esto fuera posible. ¿No has pensado a veces, Bertie, que si Augustus tenía un defecto, éste era la tendencia a ser un poco tímido?

Entendí a qué se refería.

–Oh, ah, sí, claro, seguro. –Recordé algo que Jeeves había llamado a Gussie en una ocasión–. Una planta sensible, ¿no?

–Exactamente. Conoces a tu Shelley, Bertie.

–¿Oh, sí?

–Eso es lo que siempre he pensado de él, que es una planta sensible, apenas adecuada para la dureza de la vida. Pero recientemente, de hecho esta última semana, ha demostrado, junto con esa maravillosa dulzura suya, una fuerza de carácter que yo no sospechaba que él poseía. Parece haber perdido por completo su falta de confianza en sí mismo.

–Caramba, sí –dije, recordando–. Es cierto. ¿Sabes?, hizo un discurso en esa cena mía, un discurso admirable. Y lo que es más...

Me detuve. Había estado a punto de decir que, lo que era más, lo había hecho tomando zumo de naranja desde el principio hasta el fin, y no –como había sucedido en la entrega de premios de Market Snodsbury– con cerca de tres cuartos de estimulantes alcohólicos mezclados en su estómago, y comprendí que esa afirmación podría ser indiscreta. Esa exhibición por parte del objeto adorado era, no cabía duda, algo que ella intentaba olvidar.

–Si esta misma mañana –dijo– ha hablado a Roderick Spode bruscamente.

–¿Eso ha hecho?

–Sí. Discutían de algo, y Augustus le ha dicho que se fuera a freír espárragos.

–¡Vaya, vaya! –dije.

Naturalmente, no lo creí ni por un instante. ¡Vaya! Nada menos que Roderick Spode, un tipo que incluso en reposo haría que un luchador de lucha libre se tragara sus palabras. No era posible.

Comprendí lo que había ocurrido, por supuesto. Ella intentaba dar bombo a su novio y, como todas las chicas, se pasaba. He observado lo mismo en las esposas jóvenes, cuando intentan engañar a uno diciendo que Herbert o George o como se llame tiene profundidades ocultas que el observador soso e irreflexivo podría pasar por alto. Las mujeres nunca saben cuándo detenerse en estas ocasiones.

Recuerdo que una vez la señora de Bingo Little me dijo, poco después de casarse, que Bingo le decía cosas poéticas acerca de las puestas de sol, sabiendo perfectamente sus mejores amigos, por supuesto, que ese sinvergüenza jamás en su vida se ha fijado en una puesta de sol, y que si por chiripa alguna vez lo ha

hecho, lo único que diría al respecto sería que le recordaba una tajada de rosbif en su punto.

Sin embargo, a una chica no se le puede llamar mentirosa; así pues, como digo, dije:

–¡Vaya, vaya!

–Era lo que necesitaba para ser perfecto. A veces, Bertie, me pregunto si merezco a un alma tan rara.

–Oh, en tu lugar yo no me preguntaría una tontería como ésa –dije animado–. Claro que lo mereces.

–Eres muy amable de decirlo.

–En absoluto. Los dos encajáis como el tocino y las alubias. Cualquiera podría ver que es una..., cómo se llama..., unión ideal. Conozco a Gussie desde que éramos niños, y ojalá tuviera un chelín por cada vez que he pensado para mis adentros que la chica adecuada para él es alguien como tú.

–¿De veras?

–Absolutamente. Y cuando te conocí, dije: «¡Ésta es la chica!» ¿Cuándo es la boda?

–El veintitrés.

–Yo lo haría antes.

–¿Tú crees?

–Claro. Hazlo de una vez, y ya no tendrás que pensar en ello. Nunca es demasiado pronto para casarse con un tipo como Gussie. Un gran tipo. Un tipo espléndido. Nunca he conocido a alguien a quien haya respetado más. No son frecuentes los tipos como Gussie. Es de los más jugosos.

Ella alargó el brazo, me cogió la mano y me la apretó. Desagradable, por supuesto, pero hay que estar a las duras y a las maduras.

–¡Ah, Bertie! ¡Siempre tan generoso!

–No, no. Sólo digo lo que pienso.

–Me hace tan feliz sentir que... todo esto... no ha interferido en tu afecto por Augustus...

–Claro que no.

–Muchos hombres en tu situación se habrían amargado.

–Son unos tontos.

–Pero tú eres demasiado bueno para eso. Todavía dices esas cosas maravillosas de él.

–Oh, claro.

–¡Querido Bertie!

Y con esta nota alegre nos separamos, ella para ir a ocuparse en alguna tarea doméstica, yo para encaminarme a la sala de estar a tomar el té. Ella, al parecer, no tomaba té, pues estaba a régimen.

Y había llegado a la sala de estar, y estaba a punto de abrir la puerta, que se encontraba entornada, cuando desde el otro lado me llegó una voz. Y lo que decía era:

–¡Haga el favor de no decir sandeces, Spode!

No había posibilidad de error en cuanto a quién pertenecía la voz. Desde sus primeros años, siempre ha habido algo distintivo e individual en el «timbre» de Gussie, que recuerda a quien lo oye en parte un escape en un tubo de gas y en parte una oveja llamando a sus crías en la época del parto.

Tampoco había la menor posibilidad de error en cuanto a lo que había dicho. Las palabras eran precisamente como las he reseñado, y decir que me sorprendió sería expresarlo con demasiada debilidad. Vi entonces que era perfectamente posible que hubiera algo, al fin y al cabo, en aquella extraña historia de Madeline Bassett. Quiero decir, un Augustus Fink-Nottle que le decía a Roderick Spode

que no dijera sandeces era un Augustus Fink-Nottle que podía muy bien haberle dicho que se fuera a freír espárragos.

Entré en la habitación, maravillado.

Salvo por alguna especie de turbia hembra detrás de la tetera, que parecía que podía ser una prima por matrimonio o algo de ese orden, sólo sir Watkyn Bassett, Roderick Spode y Gussie se encontraban presentes. Gussie estaba con las piernas separadas, una a cada lado de la alfombrilla de la chimenea, calentándose ante el fuego que, se habría dicho, debería estar reservado para el asiento del dueño de la casa, y comprendí de inmediato a qué se refería Madeline Bassett al decir que Gussie había perdido su falta de confianza en sí mismo. Incluso desde el otro lado de la habitación se veía que, en cuanto a confianza en sí mismo, Mussolini podía haber aprendido por correspondencia con él.

Él me vio cuando entré, y me saludó con lo que me pareció una mano protectora. Parecido al rubicundo hacendado que recibe graciosamente a la delegación de los arrendatarios.

–Ah, Bertie. Ya has llegado.

–Sí.

–Pasa, pasa y come un pastelillo.

–Gracias.

–¿Has traído el libro que te pedí?

–Lo lamento muchísimo. Me olvidé.

–Bueno, de todos los asnos atontados que jamás he conocido, sin duda tú eres el peor. Otros nos soportan a nosotros, tú eres libre.

Y despidiéndome con un gesto cansado, pidió otro bocadillo de carne enlatada.

Nunca he podido rememorar mi primera comida en Totleigh Towers como uno de mis recuerdos más felices. La taza de té al llegar a una casa de campo es algo

que, por regla general, me gusta particularmente. Me gustan el crepitar de la leña, las luces matizadas, el aroma de tostadas con mantequilla, la atmósfera general de comodidad pausada. Hay algo que parece hablar a lo más hondo de mí en la radiante sonrisa de mi anfitriona y el susurro furtivo de mi anfitrión, cuando me coge por el codo y dice «Salgamos de aquí y vayámonos a tomar un whisky con soda en la sala de las armas». En esas ocasiones es cuando, como se ha dicho a menudo, se pilla a Bertram Wooster en su apogeo.

Pero en ese momento, toda la sensación de bien-être quedaba destruida por la peculiar actitud de Gussie, esa extraña sensación que transmitía de haber comprado aquel lugar. Fue un alivio cuando el grupo se marchó por fin y nos quedamos solos. Había misterios que yo quería sondear.

Sin embargo, me pareció mejor empezar por pedir una segunda opinión de la situación de los asuntos entre él y Madeline. Ella me había dicho que ahora todo volvía a ir de perillas, pero era uno de esos asuntos en que uno no puede estar demasiado seguro.

–Acabo de ver a Madeline –dije–. Me ha dicho que todavía sois novios. ¿Correcto?

–Correcto. Hubo un poco de frialdad pasajera porque le quité una mosca del ojo a Stephanie Byng, y me asusté un poco y te telegrafié que vinieras. Pensé que tal vez pudieras interceder por mí. Sin embargo, ahora no es necesario. Me puse firme, y todo está arreglado. No obstante, quédate un par de días, ya que estás aquí.

–Gracias.

–Sin duda te alegrarás de ver a tu tía. Llega esta noche, tengo entendido.

No lo comprendí. Mi tía Agatha, lo sabía, estaba en una clínica con ictericia. Le había llevado flores un par de días atrás. Y, naturalmente, no podía ser la tía Dahlia, ya que no me había mencionado que tuviera planes para infestar Totleigh Towers.

–Hay algún error –dije.

–Ninguno. Madeline me ha enseñado el telegrama que ha llegado esta mañana, en el que preguntaba si podía venir a pasar un par de días. Lo enviaban desde

Londres, me he fijado, así que supongo que se ha marchado de Brinkley.

Le miré fijamente.

–¿No estarás hablando de mi tía Dahlia?

–Claro que estoy hablando de tu tía Dahlia.

–¿Quieres decir que la tía Dahlia viene aquí esta noche?

–Exactamente.

Era una noticia desagradable, y me encontré mordiéndome el labio inferior con preocupación no disimulada. Esa decisión repentina de seguirme a Totleigh Towers podía significar sólo una cosa: que la tía Dahlia había pensado mejor las cosas, desconfiaba de mi voluntad de ganar, y había considerado más conveniente ir a vigilarme para que no eludiera la tarea señalada. Y como yo estaba completamente decidido a eludirla, vi que se avecinaba una borrasca. Temí que su actitud hacia un sobrino recalcitrante se pareciera mucho a la que en los viejos tiempos de cacerías solía adoptar hacia un sabueso que se negara a rastrear.

–Dime –prosiguió Gussie–, ¿qué clase de voz tiene ella estos días? Lo pregunto porque si va a hacer esos ruidos de caza suyos durante su visita, me veré obligado a regañarla con dureza. Ya tuve bastante cuando me alojé en Brinkley.

Me habría gustado seguir meditando sobre la desagradable situación que había surgido, pero me pareció que me habían dado pie a iniciar mi sondeo.

–¿Qué te ha ocurrido, Gussie? –le pregunté.

–¿Eh?

–¿Desde cuándo eres así?

–No te entiendo.

–Bueno, por poner un ejemplo, decir que vas a regañar a la tía Dahlia. En Brinkley, te arrugabas ante ella como un calcetín mojado. Y, por poner otro ejemplo, decirle a Spode que no dijera sandeces. Por cierto, ¿qué sandeces

decía?

–Lo he olvidado. Dice muchas.

–Yo no tendría nervio para decirle a Spode que no dijera sandeces –dije con franqueza. Mi candor recibió una respuesta inmediata.

–Bueno, a decir verdad, Bertie –dijo Gussie, sincerándose–, yo tampoco hace una semana.

–¿Qué sucedió hace una semana?

–Tuve un renacimiento espiritual. Gracias a Jeeves. ¡Es todo un tipo, Bertie!

–¡Ah!

–Somos como niños, asustados de la oscuridad, y Jeeves es la sensata niñera que nos lleva de la mano y...

–¿Enciende la luz?

–Exactamente. ¿Quieres oírlo?

Le aseguré que estaba ansioso. Me acomodé en mi butaca y, acercando una cerilla a un cigarrillo, esperé la historia.

Gussie permaneció en silencio un momento. Vi que estaba reuniendo los datos. Se quitó las gafas y las limpió.

–Hace una semana –comenzó–, mis asuntos habían llegado a una crisis. Me enfrentaba a una dura prueba, la simple idea de la cual oscurecía el horizonte. Descubrí que tendría que pronunciar un discurso en el banquete de bodas.

–Claro, naturalmente.

–Lo sé, pero por alguna razón no lo había previsto, y la noticia me cayó como una bomba. Y te diré por qué estaba tan abrumado de horror ante la idea de pronunciar un discurso en el banquete de bodas. Era porque Roderick Spode y sir Watkyn Bassett se encontrarían entre el público. ¿Conoces a sir Watkyn

íntimamente?

–No mucho. Una vez me multó con cinco libras en su juzgado.

–Bueno, puedes creerme si te digo que es un hueso duro de roer, y se opone con dureza a tenerme por yerno. En primer lugar, le hubiera gustado que Madeline se casara con Spode, quien, puedo decirlo, la ha amado desde que era así de alta.

–¿Ah, sí? –dije, disimulando cortésmente mi asombro de que alguien, excepto un fantoche como él, pudiera amar a esa chica.

–Sí. Pero aparte el hecho de que ella quería casarse conmigo, él no quería casarse con ella. Él se considera un Hombre de Destino, y cree que el matrimonio interferiría en su misión. Desciende de Napoleón.

Me pareció que, antes de seguir, debía conocer los detalles de ese Spode. Yo no seguía todo el asunto de este Hombre de Destino.

–¿Qué quieres decir, su misión? ¿Es alguien especial?

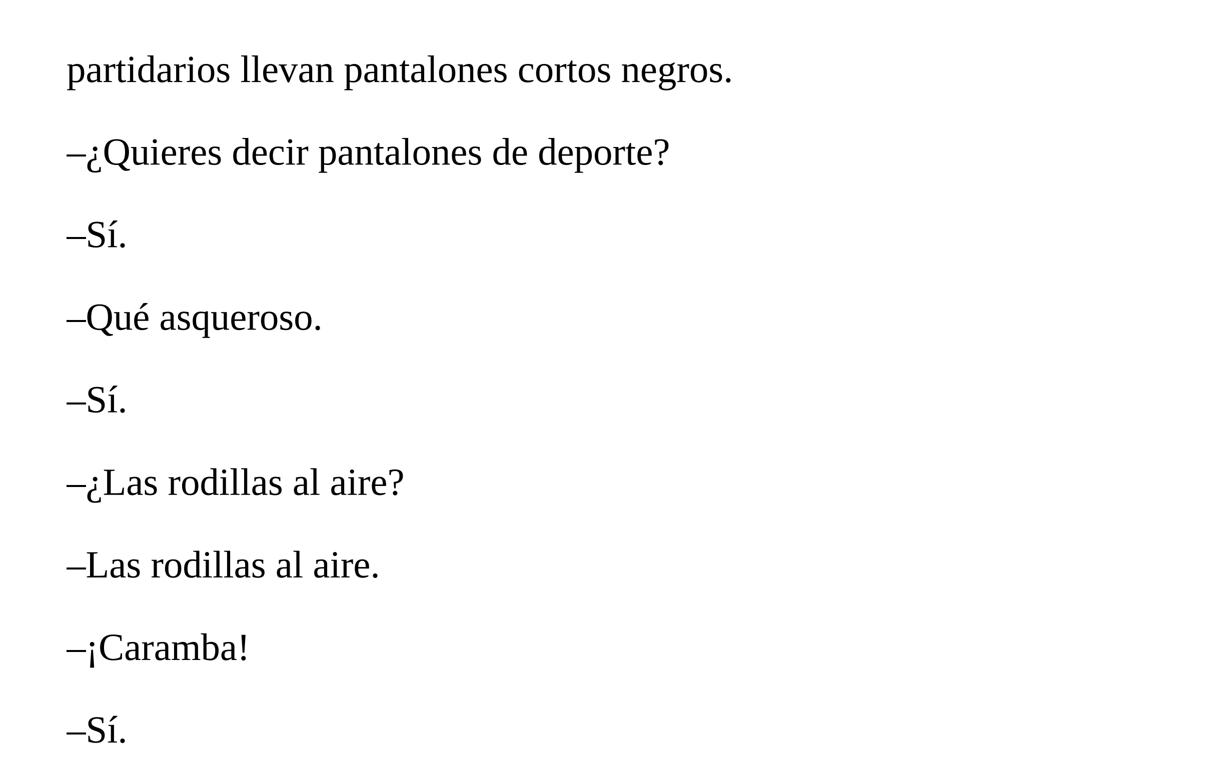
–¿Nunca lees los periódicos? Roderick Spode es el fundador y jefe de los Salvadores de Bretaña, una organización fascista más conocida como los Pantalones Cortos Negros. Su idea general, si no le golpean en la cabeza con una botella en una de las frecuentes refriegas en que él y sus seguidores participan, es convertirse en dictador.

–¡Que me cuelguen!

Me quedé estupefacto ante mis dotes de percepción. En el instante en que puse los ojos en Spode, si lo recuerdan, me dije: «¡Caramba, un dictador!» y había demostrado ser un dictador. No podía haber hecho una conjetura mejor si hubiera sido uno de esos detectives que ven a un tipo caminando por la calle y deducen que es un fabricante retirado de válvulas de disco llamado Robinson que padece reumatismo en un brazo y vive en Clapham.

–¡Vaya, que me aspen! Pensé que era algo así. Esa barbilla... esos ojos... Y, ya que lo dices, ese bigote... Por cierto, al decir «pantalones cortos», te refieres a «camisas», claro.

–No. Cuando Spode formó su asociación, no quedaban camisas. Él y sus



partidarios llevan pantalones cortos negros.

–¿Quieres decir pantalones de deporte?

–Sí.

–Qué asqueroso.

–Sí.

–¿Las rodillas al aire?

–Las rodillas al aire.

–¡Caramba!

–Sí.

Se me ocurrió una idea, tan repugnante que por poco se me cae el mechero.

–¿El viejo Bassett lleva pantalones cortos negros?

–No. Él no es miembro de los Salvadores de Bretaña.

–Entonces, ¿qué líos se trae con Spode? Les encontré por Londres como un par de marineros de permiso.

–Sir Watkyn está comprometido para casarse con su tía, una tal mistress Wintergreen, viuda del difunto coronel H. H. Wintergreen, de Pont Street.

Reflexioné un momento, reviviendo mentalmente la escena en la tienda de antigüedades.

Cuando uno está en el banquillo de los acusados, con un magistrado mirándole por encima de sus quevedos y dirigiéndose a uno como «el prisionero Wooster», se tiene amplia oportunidad de observarle, y lo que me llamó la atención principalmente de sir Watkyn Bassett, aquel día en Bosher Street, fue su mal humor. En aquella tienda, por el contrario, había dado la impresión de un hombre que ha encontrado el pájaro azul. Había dado saltitos como un gato alegre sobre ladrillos calientes, exhibiendo la mercancía a Spode con pequeños gorjeos como «Creo que a su tía le gustaría esto» y «¿Qué le parece esto?» y cosas así. Y en

ese momento le proporcionaban una pista para entender aquella efervescencia.

–¿Sabes, Gussie? –dije–, tengo la impresión de que ayer debió de tener suerte.

–Es muy posible. Sin embargo, eso no importa. Ésa no es la cuestión.

–No, ya lo sé. Pero es interesante.

–No, no lo es.

–Quizá tengas razón.

–No nos vayamos por las ramas –dijo Gussie, llamando al orden–. ¿Dónde estaba?

–No lo sé.

–Sí, te decía que a sir Watkyn le desagradaba la idea de tenerme por yerno. Spode también se oponía a la boda. No hacía el más mínimo intento de ocultar el hecho. Solía aparecer ante mí en las esquinas y murmurarme amenazas.

–No debía de gustarte.

–No.

–¿Por qué murmuraba amenazas?

–Porque no se casaría con Madeline, aunque ella le quisiera, pero se considera una especie de caballero que vela por ella. No deja de decirme que la felicidad de esa muchacha es algo muy querido para él, y que si alguna vez la dejo plantada, me romperá el cuello. Así son las amenazas que murmura, y ésa fue una de las razones por las que estaba un poco agitado cuando Madeline se volvió distante a su manera, al pillarme con Stephanie Byng.

–Dime, Gussie, ¿qué hacíais realmente tú y Stiffy?

–Le sacaba una mosca del ojo.

Asentí. Si ésa era su historia, no cabía duda de que lo sensato era atenerse a ella.

–Esto en lo que se refiere a Spode. Ahora llegamos a sir Watkyn Bassett. En

nuestro primer encuentro, me di cuenta de que yo no era el hombre de sus sueños.

–Yo también.

–Me comprometí con Madeline, como sabes, en Brinkley Court. La noticia de nuestro compromiso, por lo tanto, le fue comunicada por carta, e imagino que la querida muchacha debió de ponerme tan por las nubes, que el hombre supuso que yo era una especie de cruce entre Robert Taylor y Einstein. Cuando fui presentado a él como el hombre que iba a casarse con su hija, se quedó mirándome un momento y dijo: «¿Qué?» Con incredulidad, ¿sabes?, como si esperara que fuera una broma pesada y el tipo auténtico fuera a saltar de pronto de detrás de la silla y a gritar: «¡Bu!» Cuando al fin comprendió que no había engaño, se retiró a un rincón y se quedó allí sentado un rato, sosteniéndose la cabeza con las manos. Después de eso le pillé varias veces mirándome por encima de sus quevedos. Eso me inquietaba.

No me sorprendía. Ya he aludido al efecto que la mirada por encima de los quevedos del viejo Bassett había ejercido en mí, y podía comprender que, dirigida a Gussie, pudiera haberle agitado.

–También sorbía por la nariz. Y cuando supo por Madeline que yo criaba salamandras en mi dormitorio, dijo algo muy despectivo; en voz baja, pero le oí.

–Entonces, ¿has traído a la compañía?

–Por supuesto. Estoy en medio de un experimento muy delicado. Un profesor estadounidense ha descubierto que la luna llena influye en la vida amorosa de varias criaturas submarinas, incluidas una especie de peces, dos grupos de estrellas de mar, ocho clases de gusanos y un alga marina que parece una cinta llamada Dictyota. La luna estará llena dentro de dos o tres días, y quiero averiguar si también afecta a la vida amorosa de las salamandras.

–Pero ¿qué es la vida amorosa de las salamandras, si me lo puedes explicar? ¿No me dijiste una vez que en la época del apareamiento sólo se mueven la cola unos a otros?

–Correcto.

Me encogí de hombros.

–Bueno, está bien, si les gusta. Pero no es mi idea de una gran pasión. Así que al viejo Bassett no le gustaron tus amiguitas mudas.

–No. No le gustó nada de mí. Puso las cosas muy difíciles y desagradables. Añádele Spode, y comprenderás por qué empezaba a estar nervioso. Y luego, de la nada, me sueltan que tendría que dar un discurso en el banquete de boda; a un público, como he dicho antes, del que Roderick Spode y sir Watkyn Bassett formarían parte.

Se detuvo, y tragó saliva convulsivamente, como un pequinés tomándose una píldora.

–Soy un hombre tímido, Bertie. La timidez es el precio que pago por tener una naturaleza hipersensible. Y sabes lo que opino de dar discursos en cualquier circunstancia. La simple idea me horroriza. Cuando me arrastrasteis a aquel asunto de la entrega de premios en Market Snodsbury, la idea de estar en una tarima, frente a una multitud de muchachos cubiertos de granos, me llenó de auténtico terror. Me acosaba en sueños. Puedes imaginar, pues, lo que era para mí tener que contemplar el banquete de boda. A la tarea de arengar a un montón de tías y primas me habría podido enfrentar. No digo que habría sido fácil, pero lo habría podido hacer. Pero ponerme de pie con Spode a un lado y sir Watkyn Bassett al otro..., no veía cómo iba a hacerlo. Y entonces, en la noche que me envolvía, negra como boca de lobo, brilló un pequeño rayo de esperanza. Pensé en Jeeves.

Levantó la mano, y creo que su intención era descubrirse la cabeza con gesto reverente. Sin embargo, el objetivo fue nulo e inútil por el hecho de que no llevaba sombrero.

–Pensé en Jeeves –repitió–, y tomé el tren de Londres y le planteé mi problema. Tuve suerte de encontrarle a tiempo.

–¿Qué quieres decir con a tiempo?

–Antes de que se marchara de Inglaterra.

–Él no se va de Inglaterra.

–Me dijo que tú y él partíais casi inmediatamente a efectuar uno de esos cruceros alrededor del mundo.

–Oh, no, eso está cancelado. No me gustó el plan.

–¿Jeeves dice que está cancelado?

–No, pero yo sí.

–¡Ah!

Me miró de un modo extraño, y creí que iba a decir algo más al respecto. Pero sólo dejó escapar una especie de rara carcajada breve y reanudó su relato.

–Bueno, como digo, acudí a Jeeves, y le expuse los hechos. Le rogué que intentara encontrar la manera de sacarme de esta terrible situación en la que estaba inmerso, y le aseguré que no le culparía si no lo hacía, porque me parecía, después de algunos días de repasar el asunto, que no existía ayuda humana para mí. Y no lo creerás, Bertie, no me había tomado más de medio vaso del zumo de naranja que él me había servido, cuando resolvió el asunto. No lo habría creído posible. Me pregunto cuánto debe de pesar su cerebro.

–Bastante, imagino. Come mucho pescado. Así que era buena, su idea, ¿no?

–Magnífica. Abordó el tema desde el ángulo psicológico. En el análisis final, dijo, la aversión a hablar en público se debe al miedo al público.

–Bueno, eso te lo habría podido decir yo.

–Sí, pero él indicó cómo podría curarlo. No tememos, dijo, a los que despreciamos. Lo que hay que hacer, por lo tanto, es cultivar un elevado desprecio por los que nos escucharán.

–¿Cómo?

–Muy sencillo. Llenas tu mente de pensamientos desdeñosos hacia ellos. Te dices: «Piensa en ese grano que tiene Smith en la nariz», «Ten en cuenta las orejas grandes de Jones», «Recuerda cuando Robinson fue llevado ante un tribunal por viajar en primera con billete de tercera», «No olvides que una vez viste al niño Brown vomitando en una fiesta infantil», y así sucesivamente. De modo que cuando tienes que dirigirte a Smith, Jones, Robinson y Brown, les has perdido el miedo. Les dominas.

Reflexioné sobre esto.

–Entiendo. Bueno, sí, suena bien, Gussie. Pero ¿funciona, en la práctica?

–Mi querido amigo, funciona como un ensalmo. Lo he probado. ¿Recuerdas mi discurso en tu cena?

Me sobresalté.

–No nos despreciabas, ¿verdad?

–Claro que sí. Totalmente.

–¿A mí?

–A ti, a Freddie Widgeon, a Bingo Little, a Catsmeat Potter-Pirbright, a Barmy Fotheringay-Phipps y al resto de los presentes. «¡Gusanos!», me dije para mis adentros. «¡Qué grupo!», me dije. «¡El viejo Bertie!», me dije. «¡Un tonto!», me dije, «¡qué sé de él!» Con el resultado de que fui hurgando en vosotros y logré un triunfo notable.

Debo decir que yo era consciente de cierta desazón. Es injusto, quiero decir, ser despreciado por un bobo como Gussie, y más cuando se ha puesto las botas con la carne y el zumo de naranja de uno.

Pero prevalecieron algunas emociones más generosas. Al fin y al cabo, me dije, lo grande –lo fundamental a lo que deben ceder todas las otras consideraciones– era que este Fink-Nottle llegara a salvo a su luna de miel. Y de no ser por ese consejo de Jeeves, las amenazas murmuradas por Roderick Spode y la combinación de sorber por la nariz y mirar por encima de los quevedos de sir Watkyn Bassett podrían muy bien haber bastado para destruir por completo su moral y hacerle anular los preparativos de la boda y marcharse a África a buscar salamandras.

–Bien, sí –dije–, entiendo lo que quieres decir. Pero caramba, Gussie, acepto el hecho de que pudieras despreciar a Barmy FotheringayPhipps y a Catsmeat Potter-Pirbright y, estirando un poco las posibilidades, a mí, pero no podrías despreciar a Spode.

–¿Que no podría? –Se rió con su risa ligera–. Lo hice. Y también con sir Watkyn

Bassett. Te lo digo, Bertie, me aproximo a este banquete de bodas sin un solo temblor. Estoy alegre, confiado, gallardo. No habrá el sonrojo ni los balbuceos ni el juguetear con los dedos ni los tirones de mantel que se ven en la mayoría de los novios en estas ocasiones. Yo miraré a los ojos a estos hombres y les haré languidecer. En cuanto a las tías y primas, las haré rodar por los pasillos. En cuanto Jeeves pronunció estas palabras, empecé a pensar en todas las cosas de Roderick Spode y sir Watkyn Bassett que les exponen al justo desprecio de los demás hombres. Te podría decir cincuenta cosas sólo de sir Watkyn que te maravillarían de cómo semejante mancha moral y física en la escena inglesa ha podido ser tolerada todos estos años. Las anoté en un cuaderno.

–¿Las escribiste en un cuaderno?

–Una libreta pequeña, forrada de piel. La compré en el pueblo.

Confieso que me hallaba un poco agitado. Aunque supuestamente lo guardara bajo llave, la mera existencia de semejante cuaderno inquietaría a cualquiera. Uno no quería ni pensar en lo que sucedería si caía en las manos indebidas. Un cuaderno como aquél sería dinamita.

–¿Dónde lo guardas?

–En el bolsillo del pecho. Aquí está. Oh, no, no está. Es curioso –dijo Gussie–. Debe de habérseme caído en algún sitio.

# 4

No sé si ustedes han tenido la misma experiencia, pero una cosa que he descubierto en la vida es que de vez en cuando, a medida que uno va avanzando, se producen momentos que se pueden reconocer inmediatamente, a simple vista, como grandes hitos. Algo le dice a uno que van a permanecer grabados, si grabados es la palabra que quiero, para siempre en la memoria y volverán a uno con intervalos en el transcurso de los años, cuando uno se está quedando dormido, desterrando esa sensación de adormecimiento y haciéndole saltar a uno en la almohada como un salmón arponeado.

En mi caso, uno de estos momentos bien recordados es una ocasión en mi primera escuela privada, cuando me introduje a hurtadillas en el despacho del director, en plena noche, pues mis espías me habían informado de que guardaba una caja de galletas en el armario, debajo del estante para libros; descubrí, cuando ya me encontraba dentro y era imposible efectuar una retirada discreta, que el viejo granuja estaba sentado ante su escritorio y –por lo que siempre he considerado una extraña coincidencia– redactaba mi informe de final de curso, que después resultó ser endiablado.

Fue una situación en la que sería faltar a la verdad decir que Bertram mantuvo intacta su sangre fría habitual. Pero que me aspen si recuerdo haber mirado fijamente al reverendo Aubrey Upjohn en esa ocasión con la mitad de pálido horror que cuando oí estas palabras de Gussie.

–¿Se te ha caído? –pregunté tembloroso.

–Sí, pero no pasa nada.

–¿No pasa nada?

–Quiero decir, que recuerdo todas y cada una de las palabras que contiene.

–Ah, entiendo. Está bien.

–Sí.

–¿Había muchas cosas?

–Oh, montones.

–¿Buen material?

–Del mejor.

–Bueno, es espléndido.

Le miré con creciente admiración. Uno creería que para entonces incluso este preeminente subnormal habría vislumbrado el terrible peligro que acechaba. Pero no. Sus gafas con montura de concha brillaron con una luz jovial. Estaba lleno de élan y espièglerie, y nada le importaba. Hasta el cuello, muy bien; pero a partir de ahí, puro cemento: así era Augustus Fink-Nottle.

–Ah, sí –dijo–. Lo tengo todo cuidadosamente memorizado, y estoy muy satisfecho de ello. Durante la semana pasada he sometido los caracteres de Roderick Spode y sir Bassett a un examen despiadado. He sondeado estos dos flemones hasta el fondo de su ser. Es asombroso la cantidad de material que se puede reunir, cuando empiezas a analizar a la gente. ¿Alguna vez has oído a sir Watkyn Bassett tomando un plato de sopa? No es distinto del expreso escocés a través de un túnel. ¿Alguna vez has visto a Spode comer espárragos?

–No.

–Repugnante. Altera el concepto que uno tiene del Hombre como la última palabra de la naturaleza.

–¿Éstas son dos de las cosas que anotaste en el cuaderno?

–Les dediqué casi media página. Sólo eran faltas superficiales, sin importancia. El grueso de mis investigaciones era mucho más profundo.

–Entiendo. ¿Te explayaste?

–Muchísimo.

–¿Y todo era material brillante, enérgico?

–Todas y cada una de las palabras.

–Magnífico. Quiero decir, no hay posibilidad de que el viejo Bassett se aburra cuando lo lea.

–¿Cuando lo lea?

–Bueno, es tan probable que lo encuentre él como que lo haga cualquier otro, ¿no?

Recuerdo que Jeeves me dijo en una ocasión, a propósito de que nunca se puede decir qué hará el tiempo, que había visto muchas mañanas radiantes convertirse en una tarde asquerosa. Eso ocurrió entonces con Gussie. Había estado radiante como un reflector hasta que mencioné este aspecto del asunto, y el brillo desapareció como si el reflector hubiera sido apagado.

Se quedó mirándome boquiabierto como yo había mirado boquiabierto al reverendo A. Upjohn en la ocasión a la que he aludido antes. Su expresión era casi idéntica a la que una vez sorprendí en la cara de un pez, cuyo nombre no recuerdo, en el acuario real de Mónaco.

–¡No había pensado en eso!

–Empieza ahora.

–¡Oh, cielos!

–Sí.

–¡Oh, caramba!

–Bastante.

–¡Oh, mi santa tía!

–Absolutamente.

Se había acercado a la mesa del té como un hombre en un sueño, y empezó a comer un pastelillo. Los ojos le sobresalían buscando los míos.

–Supongamos que el viejo Bassett encuentra ese cuaderno, ¿qué crees que

sucederá?

Podía responder a eso.

–Inmediatamente prohibiría la boda.

–No crees eso realmente, ¿verdad?

–Sí.

Se le atragantó el pastelillo.

–Claro que lo haría –dije–. Tú mismo dices que nunca le ha gustado demasiado la idea de tenerte por yerno. Leer ese cuaderno no le hará cambiar de repente para mejorar. Un vistazo a él, y cancelará el pastel y le dirá a Madeline que para casarse contigo deberá pasar por encima de su cadáver. Y ella no es de esas chicas que desafían a un padre.

–¡Oh, cielos!

–Con todo, yo no me preocuparía por eso, amigo –dije, resaltando el lado bueno–, porque mucho antes de que eso ocurriera, Spode te habría partido el cuello.

Cogió débilmente otro pastelillo.

–Es espantoso, Bertie.

–No es demasiado bueno, no.

–Estoy en un buen apuro.

–Hasta el cuello.

–¿Qué he de hacer?

–No lo sé.

–¿No se te ocurre algo?

–Nada. Sólo nos queda confiar en un poder superior.

–¿Te refieres a consultar a Jeeves?

Negué con la cabeza.

–Ni siquiera Jeeves nos puede ayudar en esto. Es cuestión de encontrar y recuperar ese cuaderno antes de que llegue a manos del viejo Bassett. ¿Por qué diantres no lo guardaste bajo llave en algún sitio?

–No podía. Siempre estaba escribiendo cosas nuevas en él. Nunca sabía cuándo me vendría la inspiración, y debía tenerlo a mano.

–¿Estás seguro de que no lo tienes en el bolsillo del pecho?

–Segurísimo.

–¿No podría estar en tu dormitorio, por casualidad?

–No. Siempre lo llevo encima, para tenerlo a salvo.

–A salvo, ya veo.

–Y también, como te he dicho antes, porque tenía necesidad constante de él. Estoy tratando de pensar dónde lo he visto por última vez. Espera un momento. Está empezando a venirme. Sí, ya recuerdo. Junto a la bomba de agua.

–¿Qué bomba de agua?

–La que está en el patio del establo, donde llenan los cubos para los caballos. Sí, allí es donde lo vi por última vez, antes del almuerzo, ayer. Lo saqué para hacer una nota referente a la manera en que sir Watkyn derramaba las gachas en el desayuno, y acababa de completar mi crítica cuando me encontré con Stephanie Byng y le saqué la mosca del ojo. ¡Bertie! –gritó, interrumpiéndose. Una extraña luz había aparecido tras sus gafas. Dio un sonoro puñetazo en la mesa. Tonto. Se le podía haber ocurrido que volcaría la leche–. Bertie, acabo de recordar algo. Es como si se hubiera descorrido una cortina y se me hubiera revelado todo. La escena entera está apareciendo ante mis ojos. Saqué el cuaderno y anoté lo de las gachas. Después volví a guardármelo en el bolsillo del pecho. Donde guardo el pañuelo.

–¿Y?

–Donde guardo el pañuelo –repitió–. ¿No lo entiendes? Utiliza tu inteligencia, amigo. ¿Qué es lo primero que haces cuando encuentras a una chica con una mosca en el ojo?

Proferí una exclamación.

–¡Coger el pañuelo!

–Exactamente. Y sacarlo y con una esquina extraerle la mosca. Y si hay un pequeño cuaderno forrado de piel marrón junto con el pañuelo...

–Éste sale...

–Y se cae al suelo...

–... no sabes dónde.

–Pero yo sí sé dónde. Ésa es la cuestión. Podría llevarte al lugar exacto.

Por un instante me sentí fuerte. Luego regresó el mal humor.

–¿Ayer, antes del almuerzo, dices? Entonces alguien debe de haberlo encontrado ya.

–A eso iba. He recordado otra cosa. Inmediatamente después de haberme ocupado de la mosca, recuerdo que oí a Stephanie decir «Vaya, ¿qué es esto?», y la vi agacharse y recoger algo del suelo. Entonces no presté mucha atención a ese hecho, pues acababa de ver a Madeline. Estaba de pie en la entrada del patio del establo, con una mirada distante. Puedo mencionar que para extraer la mosca me había visto obligado a colocar una mano bajo la barbilla de Stephanie, para mantenerle quieta la cabeza.

–Claro.

–Esencial en estas ocasiones.

–Definitivamente.

–Si la cabeza no se mantiene rígida, no se puede hacer. Intenté señalarle esto a Madeline, pero no me quiso escuchar. Se marchó rápidamente, y yo me fui tras

ella. Hasta esta mañana no he podido explicarle los hechos y hacer que aceptara mi explicación. Entretanto, había olvidado por completo que Stephanie se había agachado y había recogido algo del suelo. Creo que es evidente que el cuaderno está ahora en posesión de esta Byng.

–Tiene que estarlo.

–Entonces, todo está en orden. La buscamos a ella y le pedimos que me lo devuelva, y ella lo hará. Supongo que se habrá reído mucho con él.

–¿Dónde está?

–Me parece recordar que ha dicho algo de bajar al pueblo. Creo que se codea con el cura. Si no tienes otra cosa que hacer, podrías ir y reunirte con ella.

–Lo haré.

–Bueno, ten cuidado con ese perro suyo. Probablemente la ha acompañado.

–Ah, sí. Gracias.

Recuerdo que me había hablado de ese animal en mi cena. En realidad, en el momento en que servían el sole meunière me enseñó dónde le había hecho daño en la pierna, lo que motivó que me perdiera ese plato.

–Muerde como una serpiente.

–Sí. Vigilaré. Y más vale que me vaya enseguida.

No tardé mucho en llegar al final del sendero. En las puertas, me detuve. Me parecía que mi mejor plan sería entretenerme allí hasta que Stiffy regresara. Encendí un cigarrillo y me entregué a la meditación.

Aunque mi mente estaba ligeramente más tranquila, todavía me encontraba muy inquieto. Hasta que aquel cuaderno no volviera a estar a buen recaudo, no podría haber auténtica paz para el alma de Wooster. De su recuperación dependía demasiado. Como había dicho a Gussie, si el viejo Bassett empezaba a hacerse el padre duro y a efectuar severas prohibiciones, no había posibilidades de que Madeline alzara la barbilla y respondiera con un moderno «¿Es así?». Una mirada era suficiente para decir que aquella muchacha pertenecía a ese pequeño

grupo de chicas que todavía piensan que un padre debe tener algo que decir respecto de las cosas, y yo estaba dispuesto a dar ciento por ocho a que, en las circunstancias que he señalado, ella suspiraría y derramaría una silenciosa lágrima, pero que cuando todo el humo se hubiera disipado Gussie estaría libre.

Aún me hallaba de un humor sombrío y aprensivo cuando mis meditaciones fueron interrumpidas. En la carretera, frente a mí, se desarrollaba un drama humano.

Las sombras del atardecer empezaban a caer bastante libremente para entonces, pero la visibilidad aún era lo bastante buena como para permitirme observar que por la carretera se acercaba, en bicicleta, un corpulento policía con cara de luna llena. Y, se le notaba, se hallaba en paz con el mundo. Sus tareas diarias puede que estuvieran hechas o puede que no, pero era evidente que por el momento se encontraba fuera de servicio, y su actitud era la de un policía sin otra cosa en la cabeza más que su casco.

Bueno, si les digo que montaba sin manos, comprenderán a qué extremo llegaba la despreocupada alegría de este sereno hombre.

Y donde se produce el drama es en que era evidente que su atención todavía no había sido desviada hacia el hecho de que era perseguido –de la manera fuerte, silenciosa y fervorosa característica de esta raza de animales– por un bonito terrier de Aberdeen. Y allí estaba, el hombre rodando confortablemente en su bicicleta, aspirando la fragante brisa del atardecer; y allí estaba también el perro, todo bigotes y cejas, corriendo detrás de él a toda velocidad. Como Jeeves dijo más tarde, cuando le describí la escena, la situación parecía algún gran momento de una tragedia griega, donde alguien llega muy arriba sin darse cuenta de que todo Némesis le pisa los talones, y puede que tuviera razón.

El agente, como digo, montaba en bicicleta sin manos; y de no haber sido por esto, el desastre, cuando se produjo, tal vez no habría sido tan completo. Yo mismo era ciclista en mi juventud –creo haber mencionado que en una ocasión gané la carrera de los chicos del coro en una competición de la localidad– y puedo atestiguar que cuando se monta en bicicleta sin manos, el aislamiento y una completa falta de interrupciones son esenciales. El más mínimo indicio de que algún perro inesperado muerde el tobillo en esos momentos, y uno se ve

obligado a desviarse de repente. Y, como todo el mundo sabe, si las manos no están firmemente sujetas al manillar, un desvío repentino significa caer de narices al suelo.

Y eso es lo que sucedió. Una caída –y de las más bonitas que jamás he tenido el privilegio de presenciar– fue lo que le pasó al agente. Un momento antes se encontraba entre nosotros, alegre y feliz, y al siguiente se encontraba en la zanja, hecho una especie de macédoine de brazos, piernas y ruedas, con el terrier de pie en el borde, mirándole con esa expresión más bien ofensiva de presunción virtuosa que a menudo he observado en las caras de los terriers de Aberdeen en sus choques con la humanidad.

Y mientras él se esforzaba por salir de la zanja, una muchacha apareció en la esquina, una joven y atractiva majadera tapizada de tweed con mezclilla, y reconocí las facciones familiares de S. Byng.

Después de lo que Gussie había dicho, debería haber esperado a Stiffy, por supuesto. Al ver el terrier de Aberdeen, debería haber supuesto que le pertenecía a ella. Habría podido decirme: si viene ese perro, ¿puede estar lejos Stiffy?

Stiffy se hallaba claramente enfadada con el policía. Se veía en su actitud. Enganchó la parte curva de su bastón en el collar del perro y lo apartó; luego se dirigió al hombre, que entonces había empezado a emerger de la zanja como Venus surgiendo de la espuma.

–¿Por qué demonios –preguntó– ha hecho usted eso?

No era asunto mío, claro, pero no pude evitar pensar que podía haber abordado con más tacto lo que amenazaba ser una conferencia difícil y delicada. Y me di cuenta de que el policía pensaba lo mismo. Tenía una buena cantidad de barro en la cara, pero no suficiente para ocultar la expresión herida.

–Podría haberle dado un susto de muerte, arrojándose al suelo de esa manera. Pobrecito Bartholomew, ¿ese hombre feo por poco te aplasta?

Volví a echar en falta la nota diplomática. Al describir a este servidor público como feo, ella sin duda estaba técnicamente en lo cierto. Sólo en competencia con sir Watkyn Bassett, Oofy Prosser de Los Zánganos y algunos tipos más así, habría podido esperar ganar en un concurso de belleza. Pero estas cosas no hay que decirlas. Amabilidad es lo que se necesita en semejantes ocasiones. No se

puede vencer a la amabilidad.

El policía se había levantado y había sacado la bicicleta del abismo, y efectuaba a esta última una serie de pruebas para evaluar el alcance de los daños. Satisfecho al ver que eran pocos, se volvió y miró a Stiffy de un modo muy parecido a como me había mirado el viejo Bassett en la ocasión en que ocupé el banquillo de Bosher Street.

–Yo iba por la carretera pública –empezó a decir, con tono lento y mesurado, como si presentara una prueba ante un tribunal– y el perro me ha saltado encima de un modo violento. Me ha hecho caer de la bicicleta...

Stiffy se aferró a este punto como un polemista con práctica.

–Bueno, no debería ir en bicicleta. Bartholomew odia las bicicletas.

–Voy en bicicleta, señorita, porque, si no, tendría que hacer la ronda a pie.

–Eso le haría bien. Eliminaría un poco de grasa.

–Eso –dijo el policía, que como polemista tampoco se quedaba corto, sacando un bloc de la parte de atrás de su uniforme y apartando de un soplo un insecto– no es lo que discutimos. Lo que discutimos es que es la segunda vez que este animal ha cometido un grave asalto a mi persona, y tendré que emplazarla una vez más, señorita, por estar en posesión de un perro salvaje sin el debido control.

La idea era aguda, pero Stiffy replicó con fuerza.

–No sea tonto, Oates. No puede esperar que un perro renuncie a un policía en bicicleta. No es naturaleza humana. Y apuesto a que ha empezado usted, de todos modos. Debe de haberle molestado o algo, y también quiero decirle que tengo intención de negar esta acusación ante la Cámara de los Lores. Llamaré a este caballero como testigo. –Se volvió hacia mí, y por primera vez se dio cuenta de que yo no era un caballero, sino un viejo amigo–. Ah, hola, Bertie.

–Hola, Stiffy.

–¿Cuándo has llegado?

–Oh, hace poco.

–¿Has visto lo que ha ocurrido?

–Oh, sí. En primera fila.

–Bueno, estate preparado para ser citado.

–Está bien.

El policía había estado haciendo una especie de inventario y escribiéndolo en el bloc. En ese momento se hallaba en situación de anunciar los daños sufridos.

–Arañazo en la rodilla derecha. Magulladura o contusión en el codo izquierdo. Rasguño en la nariz. Uniforme cubierto de barro y tendré que llevarlo a la tintorería. También susto... fuerte. Recibirá la citación a su debido tiempo, señorita.

Montó en su bicicleta y se alejó, haciendo que el perro Bartholomew diera un salto apasionado que casi le soltó del bastón que le frenaba. Stiffy permaneció un momento mirándole mientras se alejaba, como una niña que deseaba tener un ladrillo a mano. Luego se volvió, y yo me acerqué para hablarle de lo que me interesaba.

–Stiffy –dije–, pasando por alto eso de que estoy encantado de volver a verte y qué buen aspecto tienes y todo lo demás, ¿tienes una pequeña libreta, forrada de piel marrón, que a Gussie Fink-Nottle se le cayó ayer en el patio del establo?

Ella no respondió, y parecía meditar; sin duda en el reciente episodio con Oates. Repetí la pregunta, y ella salió del trance.

–¿Libreta?

–Pequeña, marrón, forrada de piel.

–¿Llena de animadas observaciones personales?

–Ésa es.

–Sí, la tengo.

Alcé las manos al cielo y proferí un gozoso aullido. El perro Bartholomew me

lanzó una mirada desagradable y dijo algo en voz baja en gaélico, pero no le hice caso. Una jauría de terriers de Aberdeen podría haber puesto los ojos en blanco y mostrado las muelas del juicio sin estropear ese momento extático.

–¡Qué alivio!

–¿Pertenece a Gussie Fink-Nottle?

–Sí.

–¿Quieres decir que es Gussie quien escribió esos estudios de carácter realmente excelentes de Roderick Spode y del tío Watkyn? No habría pensado que él pudiera hacerlo.

–Nadie lo pensaría. Es una historia de lo más interesante. Al parecer...

–Aunque no puedo imaginar por qué alguien perdería el tiempo con Spode y el tío Watkyn cuando Oates está pidiendo a gritos que escriban sobre él. No creo que jamás haya conocido a un hombre, Bertie, que me moleste tanto como este Eustace Oates. Me tiene harta. Siempre va presumiendo por ahí con esa bicicleta, pidiendo que le pase algo, y luego se queja cuando le pasa. Y ¿por qué tiene que discriminar al pobre Bartholomew de esta manera tan repugnante? Todos los perros de sangre roja del pueblo le han mordido los pantalones, y él lo sabe.

–¿Dónde está esa libreta, Stiffy? –dije, volviendo al tema.

–Qué me importan las libretas. Sigamos con lo de Eustace Oates. ¿Crees que ha dicho en serio lo de citarme?

Dije que, leyendo entre líneas, ésa era la impresión que me había dado, y ella hizo lo que creo que se conoce como un moue... ¿Es moue?... Echar hacia fuera los labios, quiero decir, y volver a meterlos rápidamente.

–Yo también temo eso. Sólo existe una palabra para Eustace Oates, y es «maligno». Siempre va buscando alguien a quien poder devorar. Ah, bueno, más trabajo para el tío Watkyn.

–¿Qué quieres decir?

–Compareceré ante él.

–Entonces, ¿sigue trabajando, aunque esté retirado? –dije, recordando con cierta intranquilidad la conversación entre este ex magistrado y Roderick Spode en la sala de la colección.

–Sólo se retiró de Bosher Street. No se puede hacer que un magistrado deje de trabajar de golpe si lo lleva en la sangre. Ahora es juez de paz. Mantiene una especie de tribunal secreto y arbitrario en la biblioteca. Allí es donde comparezco siempre. Estoy ocupada en algo, arreglando las flores o sentada en mi habitación con un buen libro, y entra el mayordomo y me dice que me reclaman en la biblioteca. Y allí está el tío Watkyn ante el escritorio, con pinta de juez Jeffreys, y Oates esperando para declarar.

Podía imaginarme la escena. Desagradable, por supuesto. La clase de situación que ensombrece la vida hogareña de una muchacha.

–Y siempre acaba de la misma manera: él se pone la toga y me clava una multa. Nunca escucha una palabra de lo que digo. No creo que entienda el abecé de la justicia.

–Eso es lo que me pareció cuando comparecí ante su tribunal.

–Y lo peor de todo es que sabe cuál es mi asignación, así que puede calcular exactamente cuánto tolerará mi bolsillo. Dos veces este año me ha dejado sin blanca, cada vez instigado por este Oates; una vez por exceder el límite de velocidad en una zona urbanizada, y la otra porque Bartholomew le había dado un mordisquito en el tobillo.

Hice un gesto afirmativo en señal de comprensión, pero deseaba poder desviar la conversación de nuevo hacia el cuaderno. Con frecuencia las chicas tienen tendencia a apartarse del asunto importante.

–Por la manera en que Oates se comportó, se habría dicho que Bartholomew le había arrancado una libra de carne. Y supongo que ahora volverá a ocurrir lo mismo. Estoy harta de la persecución de este policía. Parece que estemos en Rusia. ¿No odias a los policías, Bertie?

No estaba preparado para ir tan lejos en mi actitud hacia un grupo, en general, excelente de hombres.

–Bueno, no en masse, si entiendes la expresión. Supongo que varían, igual que otras secciones de la comunidad, y que algunos son encantadores y otros no tanto. He conocido a policías muy decentes. Del que patrulla frente a Los Zánganos soy muy amigo. En lo que se refiere a este Oates, no le conozco lo suficiente para formarme una opinión.

–Bueno, puedes creerme si te digo que es uno de los peores. Y le espera una amarga retribución. ¿Recuerdas aquella vez que almorcé en tu piso? Me contaste que habías intentado birlar el casco de un policía en Leicester Square.

–Fue entonces cuando conocí a tu tío. Eso fue lo que nos unió.

–Bueno, en aquel momento no pensé mucho en ello, pero el otro día acudió a mí de repente y me dije: «¡Por las barbas del diablo!» Durante meses he estado pensando en una manera de vengarme de este Oates, y tú me la habías enseñado.

Me sobresalté. Me parecía que sus palabras sólo podían tener una interpretación.

–¿No irás a robarle su casco?

–Claro que no.

–Creo que eres sensata.

–Es trabajo para un hombre. Me doy cuenta de ello. Así que le he dicho a Harold que lo haga. Me ha dicho muchas veces que haría cualquier cosa en el mundo por mí, que Dios le bendiga.

La cara de Stiffy, por regla general, tiende a ser más bien seria y soñadora, por lo que da la impresión de que tiene profundos y bellos pensamientos. Esto es engañoso, por supuesto. No creo que reconociera un profundo y bello pensamiento aunque se le entregara en bandeja con salsa tártara. Igual que Jeeves, no sonríe a menudo, pero en ese momento sus labios se habían separado –extáticamente, creo; tendría que verificarlo con Jeeves– y le brillaban los ojos.

–¡Qué hombre! –dijo–. Estamos comprometidos.

–¿Ah, sí?

–Sí, pero no lo digas. Es terriblemente secreto. El tío Watkyn no debe saberlo

hasta que le haya enternecido.

–¿Y quién es ese Harold?

–El cura del pueblo. –Se volvió al perro Bartholomew–. Es un cura amable y encantador que robará el casco de ese policía feo y malo para su amada, y la hará muy muy feliz –dijo.

O algo parecido.

Me quedé mirando a la joven, asombrado de su código moral, si se le podía llamar así. ¿Saben?, cuanto más veo de las mujeres, más creo que debería existir una ley. Algo hay que hacer con este sexo, o todo el entramado de la sociedad se derrumbará, y después, qué tontos pareceremos todos.

–¿Cura? –dije–. Pero, Stiffy, no puedes pedirle a un cura que robe el casco de un policía.

–¿Por qué no?

–Bueno, es inusual. Harás que expulsen a ese pobre tipo.

–¿Que le expulsen?

–Es lo que hacen a los sacerdotes cuando les pillan quebrantando una norma. Y ésta será inevitablemente la consecuencia de la horrible tarea que has encargado al santo Harold.

–Yo no veo que sea una tarea horrible.

–No me dirás que es una de las cosas que hacen los curas de modo natural.

–Sí. Tenía que estar bien en la calle de Harold. Cuando estaba en Magdalen, antes de ver la luz, era un diablo. Siempre hacía cosas así.

Su mención de Magdalen me interesó. Había sido mi colegio.

–Así que es un hombre de Magdalen, ¿eh? ¿De qué promoción? Quizá le conozca.

–Claro que le conoces. Él habla a menudo de ti, y estuvo encantado cuando le

dije que venías aquí. Es Harold Pinker.

Me quedé pasmado.

–¿Harold Pinker? ¿El viejo Stinker Pinker? ¡Santo cielo! Uno de mis compañeros más queridos. Muchas veces me he preguntado qué habría sido de él. Y resulta que se había retirado y convertido en cura. Eso demuestra cuán cierto es que la mitad del mundo no sabe cómo viven las otras tres cuartas partes. ¡Stinker Pinker, por Dios! ¿De verdad ese viejo Stinker salva almas?

–Sin duda. Y muy bien. Sus ilustrísimas tienen muy buena opinión de él. En cualquier momento pueden darle una vicaría, y después síguele el rastro. Algún día será obispo.

La excitación de descubrir a un compañero del que hacía tiempo nada sabía desapareció. Volví a temas prácticos. Me puse serio.

Y les diré por qué me puse serio. Estaba muy bien para Stiffy decir que sería correcto en la calle del viejo Stinker. Ella no le conocía como yo. Había observado a Harold Pinker durante sus años de formación, y le conocía tal como era –un tipo voluminoso y torpe de Terranova– con mucho celo, sí: siempre hacía todo lo que podía, es cierto; pero no lograba hacer las cosas bien; un hombre, en resumen, que si había una oportunidad de hacer muy mal una empresa y meterse en apuros, la aprovechaba. Ante la idea de que se le encargara realizar la extraordinariamente delicada tarea de birlar el casco del agente Oates, la sangre se me heló. No tenía ni siquiera una oportunidad de conseguirlo.

Pensé en Stinker, el joven. De complexión parecida a la de Roderick Spode, había jugado al rugby no sólo para su universidad, sino también para Inglaterra, y en el arte de arrojar a un oponente al fango y darle una patada en el cuello con las botas había pocos, si es que había alguno, superiores a él. Si hubiera querido que alguien me ayudara con un toro salvaje, le habría elegido a él el primero. Si por alguna mala fortuna me hubiera encontrado atrapado en la guarida subterránea de los Nueve Secretos, nadie había que me hubiera producido más placer ver descender por la chimenea que el reverendo Harold Pinker.

Pero los simples músculos no cualifican a un hombre para robar el casco de un policía. Se necesita traza.

–¿Lo hará? –dije–. Ya verás lo que hará cuando le pillen robando cascos de

miembros de su congregación.

–No le pillarán.

–Claro que le pillarán. En la vieja Alma Mater siempre le pillaban. Parecía no tener ni idea de hacer algo de una manera sutil, con tacto. Déjalo, Stiffy. Abandona todo el proyecto.

–No.

–¡Stiffy!

–No. El espectáculo debe continuar.

Me rendí. Vi claramente que sería una simple pérdida de tiempo intentar sacarla de sus sueños infantiles. Percibí que tenía el mismo tipo de mentalidad que Roberta Wickham, que una vez me persuadió de ir por la noche al dormitorio de otro invitado en una casa de campo y pincharle su bolsa de agua caliente con una aguja de zurcir colocada en la punta de un palo.

–Bueno, si ha de ser, que sea, supongo –dije con resignación–. Pero al menos señálale que es esencial, cuando se roba el casco de un policía, darle un empujón antes de sacárselo. De lo contrario, la barbilla impide que salga la correa. Mi ruina en Leicester Square se debió a que pasé por alto este punto vital. La correa se quedó trabada, el poli pudo darse la vuelta y cogerme, y antes de saber lo que había ocurrido me encontré en el banquillo de los acusados, diciendo «Sí, señoría» y «No, señoría» a tu tío Watkyn.

Caí en un silencio pensativo mientras reflexionaba acerca del oscuro futuro que esperaba a un viejo amigo. No soy un hombre débil, pero empezaba a preguntarme si había sido acertado frustrar tan bruscamente los esfuerzos de Jeeves para hacerme ir a un crucero alrededor del mundo. A pesar de lo que se pueda decir contra estas excursiones –las incomodidades del viaje en barco, la posibilidad de mezclarse con un montón de pelmazos, la pesadez de tener que ir a ver el Taj Mahal– al menos hay que decir una cosa en su favor, y es que uno escapa a la agonía mental de ver a inocentes curas frustrar sus carreras y perder toda posibilidad de llegar a grandes alturas en la Iglesia por ser atrapados robando el casco de sus feligreses.

Suspiré y reanudé la conversación.

–Así que tú y Stinker estáis comprometidos, ¿eh? ¿Por qué no me lo dijiste cuando almorzaste en casa?

–Entonces no había ocurrido. Oh, Bertie, soy tan feliz... Al menos, lo seré, si conseguimos que el tío Watkyn piense en la línea de «Dios os bendiga, hijos».

–Ah, sí, eso decías, ¿no? Lo de enternecerle. ¿Qué quieres decir con enternecerle?

–De eso quería hablarte. ¿Recuerdas lo que te decía en el telegrama, lo de que quería que hicieras algo por mí?

Me sobresalté. Una intranquilidad bien definida se apoderó de mí. Había olvidado por completo aquel telegrama suyo.

–Es algo muy sencillo.

Lo dudé. Quiero decir, si su idea de una tarea adecuada para un cura era robar cascos de policías, ¿qué clase de encargo, no podía dejar de preguntarme, me haría a mí? Al parecer había llegado el momento de saberlo.

–¿Ah, sí? –dije–. Bueno, déjame que te diga, aquí y ahora, que no voy a hacerlo.

–Cobarde, ¿eh?

–Muy cobarde. Como mi tía Agatha.[1]

–¿Qué le pasa a tu tía Agatha?

–Tiene ictericia.

–No me extraña que tenga ictericia, con un sobrino como tú. Pero si todavía no sabes de qué se trata.

–Prefiero no saberlo.

–Bueno, voy a decírtelo.

–No quiero escucharlo.

–¿Prefieres que suelte a Bartholomew? Observo que ha estado mirándote de esa

manera tan suya. No creo que le gustes. A veces la gente le desagrada de pronto.

Los Wooster somos valientes, pero no temerarios. Dejé que me llevara hasta el muro de piedra que bordeaba la terraza y nos sentamos. La tarde, recuerdo, era de absoluta tranquilidad, con una especie de paz serena.

–No te retendré mucho rato –dijo ella–. Es muy sencillo. Tendré que empezar, sin embargo, por decirte por qué he tenido que ser tan poco clara y he mantenido en secreto lo del compromiso. Es culpa de Gussie.

–¿Qué ha hecho?

–Simplemente ha sido Gussie, eso es todo. Yendo de un lado para otro, mirando a través de sus gafas y criando salamandras en su dormitorio. Puedes comprender los sentimientos del tío Watkyn. Su hija le dice que va a casarse. «¿Ah, sí?», dice él. «Bien, echemos un vistazo a ese muchacho.» Y aparece Gussie. Una sorpresa desagradable para un padre.

–Bastante.

–Bueno, no me dirás que cuando se está tambaleando por el golpe de tener a Gussie por yerno es el momento de comunicarle que quiero casarme con el cura.

Lo entendí. Recordé que Freddie Threepwood me había contado que había habido problemas en Blandings por una prima suya que quería casarse con un cura. En aquel caso, supuso, la tensión había sido mitigada al descubrir que el tipo era el heredero de un millonario de Liverpool; pero, por regla general, a los padres no les gusta que sus hijas se casen con curas, y supongo que lo mismo puede aplicarse a los tíos con sus sobrinas.

–Tienes que aceptarlo. Los curas no están bien vistos. Así que antes de poder hacer algo para correr el velo del secreto, tenemos que vender a Harold al tío Watkyn. Si jugamos bien nuestras cartas, espero que le dé una vicaría que tiene en sus manos. Entonces podremos empezar a llegar a alguna parte.

No me gustó su utilización del plural, pero vi adónde quería llegar, y lamenté tener que insertar una llave de tuercas en sus esperanzas y sueños.

–¿Deseas que pronuncie algunas palabras en favor de Stinker? ¿Te gustaría que me llevara a tu tío aparte y le dijera qué espléndido tipo es Stinker? Nada me

gustaría más, mi querida Stiffy, pero lamentablemente no estamos en buenas relaciones.

–No, no, nada de eso.

–Bien, no sé qué más puedo hacer.

–Lo sabrás –dijo ella, y volví a ser consciente de aquella sutil sensación de intranquilidad.

Me dije a mí mismo que debía mantenerme firme. Pero no podía dejar de pensar en Roberta Wickham y la bolsa de agua caliente. Un hombre cree que es como el acero –o inexorable, si prefieren esta expresión– y de repente la niebla se disipa y descubre que ha permitido que una chica le convenza de hacer algo horrible. Sansón tuvo la misma experiencia con Dalila.

–¿Ah, sí? –dije, precavido.

Ella se detuvo para acariciar al perro Bartholomew bajo la oreja izquierda. Después prosiguió.

–De nada sirve alabar a Harold delante del tío Watkyn. Necesitas algo mucho más hábil que eso. Hay que urdir un plan terriblemente inteligente que le haga aceptarle. Hace unos días creí que tenía algo. ¿Alguna vez lees el Milady’s Boudoir?

–Una vez colaboré con un artículo titulado «Lo que lleva el hombre bien vestido», pero no soy un lector regular. ¿Por qué?

–La semana pasada había una historia acerca de un duque que no quería dejar casar a su hija con el joven secretario, así que el secretario hizo que un amigo suyo se llevara al duque al lago y volcara la barca, y entonces él se zambulló y salvó al duque, y el duque dijo: «Está bien.»

Decidí que no había que perder mucho tiempo para eliminar esta idea.

–Cualquier noción que hayas podido acariciar de que voy a llevarme a sir W. Bassett en barca y volcarla puedes desterrarla instantáneamente. Para empezar, él no iría a un lago conmigo.

–No. Y no tenemos lago. Y Harold dijo que si estaba pensando en la laguna del pueblo podía olvidarlo, ya que hacía demasiado frío para zambullirse en las lagunas en esta época del año. Harold a veces es muy extraño.

–Aplaudo su robusto sentido común.

–Entonces tuve otra idea sacada de otra historia. Era referente a un joven amante que hace que un amigo suyo se disfrace de vagabundo y ataque al padre de la chica, y entonces él interviene y le salva.

Le di unas palmaditas en la mano.

–El inconveniente de todas estas ideas tuyas –señalé– es que el héroe al parecer siempre tiene un amigo imbécil que está dispuesto a colocarse en las situaciones más horribles por él. En el caso de Stinker, no es así. Aprecio a Stinker, incluso podría ir tan lejos como para afirmar que le quiero como a un hermano, pero hay unos límites bien definidos respecto de qué estoy dispuesto a hacer en interés suyo.

–Bueno, no importa, porque también puso el veto presidencial a esta idea. Algo respecto de qué diría el vicario si todo se descubriera. Pero le gusta la última que he tenido.

–Ah, ¿tienes una idea nueva?

–Sí, y es estupenda. Lo bonito es que el papel de Harold en ella es irreprochable. Ni mil vicarios podrían decirle una palabra. El único obstáculo es que alguien tiene que trabajar con él, y hasta que me enteré de que tú venías aquí no se me ocurría a quién se lo podía pedir. Pero ahora que has llegado, todo está en orden.

–¿Ah, sí? Ya te he informado, joven Byng, y ahora vuelvo a informarte, de que nada me inducirá a mezclarme con tus odiosos planes.

–¡Oh, Bertie, debes hacerlo! Confiamos en ti. Y lo que tienes que hacer es prácticamente nada. Sólo robar la vaca-jarrita del tío Watkyn.

No sé lo que habrían hecho ustedes si una chica vestida de tweed con mezclilla les hubiera soltado esto, escasamente ocho horas después de que una tía con la cara malva les hubiera soltado lo mismo. Es posible que hubieran retrocedido. La mayoría de la gente lo haría, imagino. Personalmente, me sentía más

divertido que asombrado. En realidad, si la memoria no me falla, me reí. Iba a ser la última oportunidad que tenía de hacerlo.

–¿Ah, sí? –dije–. Cuéntame más –dije, pensando que sería divertido dejar que la pequeña Stiffy prosiguiera–. Robar su vaca-jarrita, ¿eh?

–Sí. Es una cosa que se trajo ayer de Londres para su colección. Una especie de vaca de plata con algo así como una mirada borracha. Él piensa maravillas de ella. Anoche, a la hora de cenar, la tenía sobre la mesa, delante de él, y no paraba de hablar de ella. Y entonces se me ocurrió la idea. Pensé que si Harold podía robarla y después devolverla, el tío Watkyn estaría tan agradecido que empezaría a lanzar vicarías como un géiser. Y entonces vi la trampa.

–Ah, ¿había una trampa?

–Claro, ¿no lo ves? ¿Cómo esperas que Harold pueda coger ese objeto? Si una vaca de plata está en la colección de alguien y desaparece y al día siguiente un cura se presenta con ella, ese cura tiene que dar alguna explicación. Evidentemente, hay que hacer que parezca un trabajo de alguien de fuera.

–Entiendo. Quieres que me ponga una máscara negra e irrumpa por la ventana y robe este objet d’art y se lo entregue a Stinker, ¿no? Entiendo. Entiendo.

Hablé con satírica amargura, y debería haber pensado que cualquiera vería esa satírica amargura en mis palabras, pero ella se limitó a mirarme con admiración y aprobación.

–Eres listo, Bertie. Eso es exactamente lo que quiero. Por supuesto, no es necesario que te pongas una máscara.

–¿No crees que me ayudaría a meterme en el papel? –dije con satírica amargura como antes.

–Bueno, podría. Eso te lo dejo a ti. Pero lo importante es entrar por la puertaventana. Llevar guantes, por supuesto, por las huellas digitales.

–Por supuesto.

–Entonces Harold estará esperando fuera, y te cogerá el objeto.

–¿Y después yo me marcho y cumplo mi condena en Dartmoor?

–Oh, no. Tú escapas en la pelea, claro.

–¿Qué pelea?

–Y Harold irrumpe en la casa, todo cubierto de sangre...

–¿Sangre de quién?

–Bueno, yo dije la tuya y él dijo la suya. Ha de haber señales de lucha para hacerlo más interesante, y mi idea era que te golpeara en la nariz. Pero él dijo que si iba cubierto de sangre el hecho tendría más fuerza. Así que lo dejamos en que los dos os golpeáis en la nariz. Y entonces Harold despierta a los de la casa y entra y enseña al tío Watkyn la vacajarrita y explica lo que ha sucedido, y todo sale bien. Porque, quiero decir, al tío Watkyn no podría decir un simple «Oh, gracias» y dejarlo estar, ¿no? Se vería obligado, si tuviera una chispa de decencia, a darle esa vicaría. ¿No crees que es un plan maravilloso, Bertie?

Me puse de pie. Tenía la cara fría y dura.

–Mucho. Pero lamento...

–No me irás a decir que no vas a hacerlo, ahora que has visto que no te causará prácticamente inconveniente alguno. Sólo te llevará diez minutos de tiempo.

–Te digo que no lo haré.

–Bien, creo que eres un cerdo.

–Un cerdo, quizá, pero un cerdo prudente y juicioso. No quiero saber nada de ello. Te digo que conozco a Stinker. Exactamente cómo estropeará el asunto y nos meterá a todos en la cárcel, no lo sé, pero encontrará la manera. Y ahora dame ese cuaderno, si no te importa.

–¿Qué cuaderno? Ah, el de Gussie.

–Sí.

–¿Para qué lo quieres?

–Lo quiero –dije serio– porque Gussie no es apto para hacerse cargo de él. Podría volver a perderlo, en cuyo caso podría caer en manos de tu tío, en cuyo caso sin duda alguna desharía todos los preparativos de la boda de Gussie y Madeline, en cuyo caso yo estaría contra ello como pocos hombres han estado nunca contra ello.

–¿Tú?

–Ni más ni menos.

–¿Y qué pintas tú en eso?

–Te lo contaré.

Y con pocas palabras le señalé los acontecimientos que habían tenido lugar en Brinkley Court, la situación que había surgido a raíz de esos acontecimientos y el horrible peligro que me amenazaba si había que tachar a Gussie.

–Comprenderás –dije– que no quiero decir algo despectivo de tu prima Madeline cuando digo que la idea de unirme a ella con los lazos del santo matrimonio me hiela la molleja. No lo digo en absoluto en descrédito suyo. Pensaría lo mismo de casarme con muchas de las mujeres más nobles del mundo. Hay ciertas hembras a quienes se respeta, se admira, se reverencia, pero sólo de lejos. Si dan alguna muestra de intentar acercarse, uno está preparado para defenderse de ellas con una cachiporra. Tu prima Madeline pertenece a este grupo. Es una chica encantadora, y la compañera ideal para Augustus Fink-Nottle, pero un verdadero tormento para Bertram.

Ella se lo tragó.

–Entiendo. Sí, supongo que Madeline es un poco «que Dios nos ayude».

–No me habría atrevido a utilizar la expresión «que Dios nos ayude», pues creo que un hombre caballeroso debe detenerse en algún punto. Pero ya que lo has mencionado, admito que es verdad.

–Nunca me había dado cuenta de que las cosas fueran así. No me extraña que quieras ese cuaderno.

–Exactamente.

–Bien, todo esto ha abierto una nueva línea de pensamiento.

Aquella mirada grave, soñadora, había asomado a su rostro. Acariciaba el lomo del perro Bartholomew con un pie pensativo.

–Vamos –dije, impacientándome por el retraso–. Dámelo.

–Espera un momento. Estoy tratando de poner las cosas en orden en mi cabeza. Bertie, realmente debería dar ese cuaderno al tío Watkyn.

–¿Qué?

–Es lo que mi conciencia me dice que haga. Al fin y al cabo, le debo mucho. Durante años ha sido un segundo padre para mí. Y debería saber lo que Gussie piensa de él, ¿no? Quiero decir, es un poco duro para el viejo acoger en su seno lo que él cree que es un inofensivo aficionado a las salamandras, cuando en realidad es una serpiente que va por ahí criticando su manera de tomar la sopa. Sin embargo, como eres tan bueno y vas a ayudarnos a Harold y a mí robando esa vaca-jarrita, supongo que tendré que hacer una concesión.

Los Wooster somos bastante rápidos. Supongo que no pasaron más de un par de minutos hasta que comprendí a qué se refería. Leí su propósito y me estremecí.

Ella se refería al Precio de los Papeles. En otras palabras, había sido chantajeado por una tía a la hora del desayuno y era chantajeado por una hembra amiga antes de la cena. Buen ritmo, incluso para este laxo mundo de posguerra.

–¡Stiffy! –exclamé.

–De nada sirve decir «¡Stiffy!». O cumples con tu parte, o el tío Watkyn tendrá algo ligero que leer al tomarse su huevo y café de la mañana. Piénsalo, Bertie.

Hizo levantarse al perro Bartholomew y se alejó hacia la casa. Lo último que vi de ella fue una mirada significativa, dirigida a mí por encima del hombro, que me traspasó como un cuchillo.

Me había desplomado de nuevo en el muro bajo, y me quedé allí sentado, aturdido. Cuánto rato, no lo sé, pero fue bastante tiempo. Criaturas aladas de la noche chocaban contra mí, pero yo les prestaba poca atención. No salí del coma hasta que oí una voz que de pronto habló a medio metro por encima de mi

cabeza inclinada.

–Buenas noches, Wooster –dijo la voz.

Levanté la mirada. La masa como un acantilado que se cernía sobre mí era Roderick Spode.

Supongo que incluso los dictadores tienen sus momentos amistosos, cuando levantan los pies y se relajan con los muchachos, pero era evidente desde el principio que si Roderick Spode poseía un lado más risueño, no había acudido con la idea de exhibirlo en ese momento. Su actitud era brusca. Se percibía la ausencia de la nota afable.

–Me gustaría hablar unas palabras con usted, Wooster.

–¿Ah, sí?

–He estado hablando con sir Watkyn Bassett, y me ha contado toda la historia de la vaca-jarrita.

–¿Ah, sí?

–Y sabemos por qué está aquí.

–¿Ah, sí?

–Deje de decir «¿Ah, sí?», miserable gusano, y escúcheme.

Muchos tipos se habrían ofendido por su tono. Yo lo hice, en realidad. Pero ya saben lo que pasa. Con algunos tipos se está a punto para pelear cuando le llaman a uno miserable gusano, pero con otros no es así.

–Oh, sí –dijo él–, está perfectamente claro para nosotros por qué está usted aquí. Le ha enviado su tío para robar esa vaca-jarrita para él. No se moleste en negarlo. Esta tarde le he encontrado con ese objeto en las manos. Y ahora nos enteramos de que llega su tía. La asamblea de los buitres, ¡ja!

Hizo una pausa y luego repitió: «La asamblea de los buitres», como si lo

considerara una broma. Yo no le vi la gracia.

–Bien, lo que he venido a decirle, Wooster, es que está usted vigilado, vigilado de cerca. Y si le atrapan robando esa vaca-jarrita, le puedo asegurar que irá a prisión. No acaricie la menor esperanza de que a sir Watkyn le acobardará montar un escándalo. Cumplirá con su deber como ciudadano y como juez de paz.

Entonces me puso una mano en el hombro, y no recuerdo cuándo he experimentado algo más desagradable. Aparte de lo que Jeeves habría llamado el simbolismo de la acción, su apretón fue como el mordisco de un caballo.

–¿Ha dicho «Ah, sí»? –preguntó.

–Oh, no –le aseguré.

–Bien. Ahora, lo que se dice para sus adentros es, sin duda, que no le pillarán. Imagina que usted y esa preciosa tía suya serán tan hábiles que robarán la vaca-jarrita sin que les descubran. De nada le servirá, Wooster. Si ese objeto desaparece, por muy astutamente que usted y su cómplice femenino hayan ocultado sus huellas, sabré adónde ha ido, e inmediatamente le haré papilla. Papilla –repitió, paladeando sus palabras como si fueran oporto de calidad–. ¿Lo ha entendido bien?

–Oh, sí.

–¿Está seguro de que lo entiende?

–Oh, sí, seguro.

–Espléndido.

Una oscura figura se aproximaba desde el otro lado de la terraza, y él cambió su tono por uno de cordialidad bastante repugnante.

–Qué noche tan encantadora, ¿no? Extraordinariamente bonancible para esta época del año. Bueno, no quiero entretenerle más. Seguramente querrá ir a vestirse para la cena. Sólo corbata negra. Aquí somos muy informales. ¿Sí?

Esta palabra iba dirigida a la oscura figura. Una tos familiar reveló su identidad.

–Deseaba hablar con míster Wooster, señor. Tengo un mensaje para él de mistress Travers. Mistress Travers le presenta sus cumplidos, señor, y desea que le diga que se encuentra en el salón azul y le agradaría que pudiera usted visitarla allí lo antes posible. Tiene un asunto de importancia del que desea hablar.

Oí que Spode bufaba en la oscuridad.

–Así que mistress Travers ya ha llegado, ¿eh?

–Sí, señor.

–¿Y tiene un asunto de importancia del que quiere hablar con míster Wooster?

–Sí, señor.

–¡Ja! –exclamó Spode, y se alejó con una breve y aguda carcajada.

Me levanté de mi asiento.

–Jeeves –dije–, manténgase alerta para dar consejo y opinión. La trama se ha complicado.

# 5

Me puse la camisa y los calzoncillos hasta la rodilla.

–Bueno, Jeeves –dije–, ¿qué opina de ello?

Durante el paseo hasta la casa le había puesto al corriente de los últimos acontecimientos, y le había dejado que les diera vueltas en la cabeza con vistas a encontrar una fórmula, mientras yo iba a darme un rápido baño. Entonces le miraba lleno de esperanzas, como una foca esperando un pedazo de pescado.

–¿Ha pensado en algo, Jeeves?

–Todavía no, señor, lamento decirlo.

–¿Qué? ¿Ningún resultado?

–Ninguno, señor, me temo.

Me quejé en voz baja y me puse los pantalones. Me había acostumbrado tanto a que este hombre dotado interviniera con las ideas más perfectas enseguida, que la posibilidad de que en esa ocasión no consiguiera hacerlo no se me había ocurrido. Fue un duro golpe, y con mano temblorosa me puse los calcetines. Una extraña sensación helada se había apoderado de mí, lo que hacía inferiores a lo normal los procesos físicos y mentales. Era como si miembros y coco hubieran sido colocados en un frigorífico y se hubieran olvidado allí durante varios días.

–Puede ser, Jeeves –dije, al ocurrírseme una idea–, que no tenga toda la escena clara en su mente. Sólo he podido darle cuatro detalles antes de ir a bañarme. Creo que sería útil que hiciéramos lo que hacen en las novelas de misterio. ¿Alguna vez lee novelas de misterio?

–No con frecuencia, señor.

–Bueno, siempre hay una parte en que el detective, para aclarar sus ideas, escribe una lista de sospechosos, motivos, horas, coartadas, pistas y nosequé. Probemos este plan. Coja papel y lápiz, Jeeves, y reuniremos los hechos. Titúlelo «Wooster,

B. - posición de». ¿Está listo?

–Sí, señor.

–Bien. Ahora, punto número uno: la tía Dahlia dice que si no birlo esa vaca-jarrita y se la entrego a ella me prohibirá sentarme a su mesa, y se acabaron las comidas de Anatole.

–Sí, señor.

–Llegamos ahora al punto número dos: a saber, si birlo la vaca-jarrita y se la entrego a ella, Spode me hará papilla.

–Sí, señor.

–Además, punto número tres: si la birlo y se la doy a ella en lugar de birlarla y dársela a Harold Pinker, no sólo experimentaré el proceso de convertirme en papilla mencionado antes, sino que Stiffy entregará ese cuaderno de Gussie a sir Watkyn Bassett. Y usted sabe y lo sé yo cuál sería el resultado de ello. Bien, éste es el escenario. ¿Lo entiende?

–Sí, señor. Sin duda las cosas están en una situación algo desafortunada.

Le lancé una de mis miradas.

–Jeeves –dije–, no me ponga demasiado a prueba. No en un momento así. Algo desafortunada dice, ¡caramba! ¿De quién me hablaba usted el otro día, a cuya cabeza habían ido a parar todos los pesares del mundo?

–La Mona Lisa, señor.

–Bien, si me encontrara con la Mona Lisa en este momento, le estrecharía la mano y le aseguraría que sabía cómo se sentía. Tiene ante usted, Jeeves, a un sapo bajo el rastrillo.

–Sí, señor. Los pantalones quizá medio centímetro más altos, señor. Se pretende que caigan con elegancia sobre el empeine. Es cuestión de un ajuste más fino.

–¿Así?

–Admirable, señor.

Suspiré.

–Hay momentos, Jeeves, en que uno se pregunta: «¿Importan los pantalones?»

–Ese humor pasará, señor.

–No veo por qué deba hacerlo. Si no se le ocurre una manera de salir de este lío, me parece que esto es el fin. Por supuesto –proseguí con un tono un poco más animado–, realmente no ha tenido tiempo todavía de hincarle el diente al problema. Mientras estoy cenando, examínelo una vez más desde todos los ángulos. Es posible que le venga la inspiración. La inspiración existe, ¿no? Viene como un relámpago, en realidad.

–Sí, señor. Se dice que el matemático Arquímedes descubrió el principio del desplazamiento de un modo súbito una mañana, mientras se encontraba en la bañera.

–Bien, eso es. Y no creo que él fuera mejor que usted.

–Un hombre dotado, creo, señor. Se ha lamentado en general que fuera muerto por un soldado raso.

–Qué pena. Con todo, la carne es como la hierba, ¿no?

–Muy cierto, señor.

Encendí un cigarrillo, pensativo, y, tras despedir a Arquímedes por el momento, dejé que mi mente se ocupara una vez más del espantoso lío al que había sido arrojado por la conducta desconsiderada de Stiffy.

–¿Sabe, Jeeves? –dije–, cuando uno empieza realmente a estudiarlo, es asombroso cómo el sexo opuesto parece salirse de su camino para meterme en líos. ¿Recuerda a miss Wickham y la bolsa de agua caliente?

–Sí, señor.

–¿Y a Gwladys nosequé, que dejó a su novio con la pierna rota en cama en mi casa?

–Sí, señor.

–¿Y a Pauline Stoker, que invadió mi casa de campo en plena noche en traje de baño?

–Sí, señor.

–¡Qué sexo! ¡Qué sexo, Jeeves! Pero nadie de ese sexo, aunque más mortal que el masculino, puede igualarse a esta Stiffy. ¿Quién era el tipo cuyo nombre conducía a todo el resto..., el tipo con el ángel?

–Abu ben Adhem, señor.

–Ésa es Stiffy. Es el colmo. ¿Sí, Jeeves?

–Iba a preguntarle simplemente, señor, si miss Byng, cuando ha pronunciado su amenaza de entregar el cuaderno de míster Fink-Nottle a sir Watkyn, ¿por casualidad ha hablado con un destello en los ojos?

–¿Un destello travieso, quiere decir, indicando que sólo me tomaba el pelo? Ni una sospecha de ello. No, Jeeves, he visto antes ojos sin brillo, muchos, pero nunca un par totalmente desprovisto de él como los suyos. No bromeaba. Hablaba en serio. Era completamente consciente de que hacía algo que, incluso según los criterios femeninos, era injusto, pero no le importaba. La cuestión es que toda esta moderna emancipación de las mujeres ha dado como resultado que se les haya subido a la cabeza y les importe un bledo lo que hacen. No es como en la época de la reina Victoria. El príncipe consorte habría tenido algo que decir respecto de una chica como Stiffy, ¿no?

–Puedo imaginar que Su Alteza Real posiblemente no habría aprobado la conducta de miss Byng.

–La habría puesto sobre sus rodillas, y le habría pegado con una zapatilla antes de que ella supiera quién era. Y no me extrañaría que hubiera tratado a la tía Dahlia de una manera similar. Hablando de ello, supongo que debería ir a ver a mi anciana parienta.

–Parecía muy deseosa de conferenciar con usted, señor.

–Deseo que no comparto, Jeeves. Le confesaré francamente que no tengo ganas

de asistir a la séance.

–¿No, señor?

–No. Le he enviado un telegrama justo antes del té, en el que le decía que no iba a robar esa vaca-jarrita, y ella debe de haber salido de Londres mucho antes de que el telegrama llegara. En otras palabras, ha venido con la esperanza de encontrar a un sobrino impaciente por cumplir su mandato, y tendré que darle la noticia de que he roto el trato. No le gustará eso, Jeeves, y no me importa decirle que cuanto más contemplo la inminente charla, más miedo tengo.

–Si me permite una sugerencia, señor (por supuesto, no es más que un paliativo), se ha visto con frecuencia, en momentos de abatimiento, que la adopción de un traje formal ejerce un efecto estimulante en la moral.

–¿Cree que debería ponerme corbata blanca? Spode me ha dicho negra.

–Considero que la emergencia justifica la desviación, señor.

–Tal vez tenga razón.

Y, por supuesto, la tenía. En estos delicados asuntos de psicología nunca yerra. Puse manos a la obra, e inmediatamente fui consciente de una notable mejora. No tenía tanto miedo, un destello regresó a los ojos apagados, y el alma pareció expandirse como si alguien hubiera empezado a utilizar en ella una bomba de bicicleta. Y estaba yo examinando el efecto en el espejo, poniéndome la corbata con dedos delicados y repasando mentalmente algunas cosas que me proponía decirle a la tía Dahlia si se ponía dura, cuando se abrió la puerta y entró Gussie.

Al ver a ese tipo con gafas, una punzada de compasión me atravesó, pues una mirada fue suficiente para indicarme que no estaba al corriente de los acontecimientos de última hora. Era visible en su conducta que no era un hombre a quien Stiffy hubiera confiado sus planes. Su actitud era optimista, e intercambié una mirada rápida y significativa con Jeeves. La mía decía «¡Poco sabe!», y la suya también.

–¡Eh! –dijo Gussie–. ¡Hola, Jeeves!

–Buenas noches, señor.

–Bien, Bertie, ¿cuál es la noticia? ¿La has visto?

La punzada de compasión se hizo más aguda. Exhalé un silencioso suspiro. Iba a ser tarea mía administrar a este viejo amigo un considerable tortazo en la mandíbula, y no me atrevía.

Con todo, estas cosas hay que afrontarlas. El cuchillo del cirujano, quiero decir.

–Sí –dije–. La he visto. Jeeves, ¿tenemos coñac?

–No, señor.

–¿Podría conseguir una copa?

–Seguro, señor.

–Traiga la botella.

–Muy bien, señor.

Se retiró, y Gussie me miró con franco asombro.

–¿Qué es todo esto? No puedes empezar a beber coñac justo antes de cenar.

–No tengo esa intención. Lo he pedido para ti, mi sufrido viejo mártir.

–Yo no bebo coñac.

–Apuesto a que beberás éste, sí, y pedirás más. Siéntate, Gussie, y charlemos un rato.

Y tras dejar que se sentara en el sillón, inicié la conversación hablando del tiempo y las cosechas. No quise darle la noticia hasta que el reconstituyente estuviera a mano. Parloteé, esforzándome por infundir a mi conducta una especie de tacto que le preparara para lo peor, y no pasó mucho rato hasta que noté que me miraba de un modo extraño.

–Bertie, creo que estás borracho.

–En absoluto.

–Entonces, ¿por qué parloteas así?

–Sólo hago tiempo hasta que Jeeves vuelva con el líquido. Ah, gracias, Jeeves.

Cogí de su mano la copa llena y suavemente coloqué los dedos de Gussie alrededor del pie.

–Será mejor que vaya a informar a la tía Dahlia de que no podré acudir a nuestra cita, Jeeves. Esto llevará algún tiempo.

–Muy bien, señor.

Me volví hacia Gussie, que en ese momento parecía perplejo.

–Gussie –dije–, bébete esto y escucha. Me temo que tengo malas noticias para ti. Respecto del cuaderno.

–¿Respecto del cuaderno?

–Sí.

–No me digas que ella no lo tiene.

–Eso es precisamente el quid de la cuestión. Lo tiene y va a entregárselo a papá Bassett.

Esperaba que reaccionara, y lo hizo. Sus ojos, como estrellas, se salieron de sus esferas, saltó de la silla y derramó el contenido de la copa, lo que hizo que la habitación oliera como el bar de un pub un sábado por la noche.

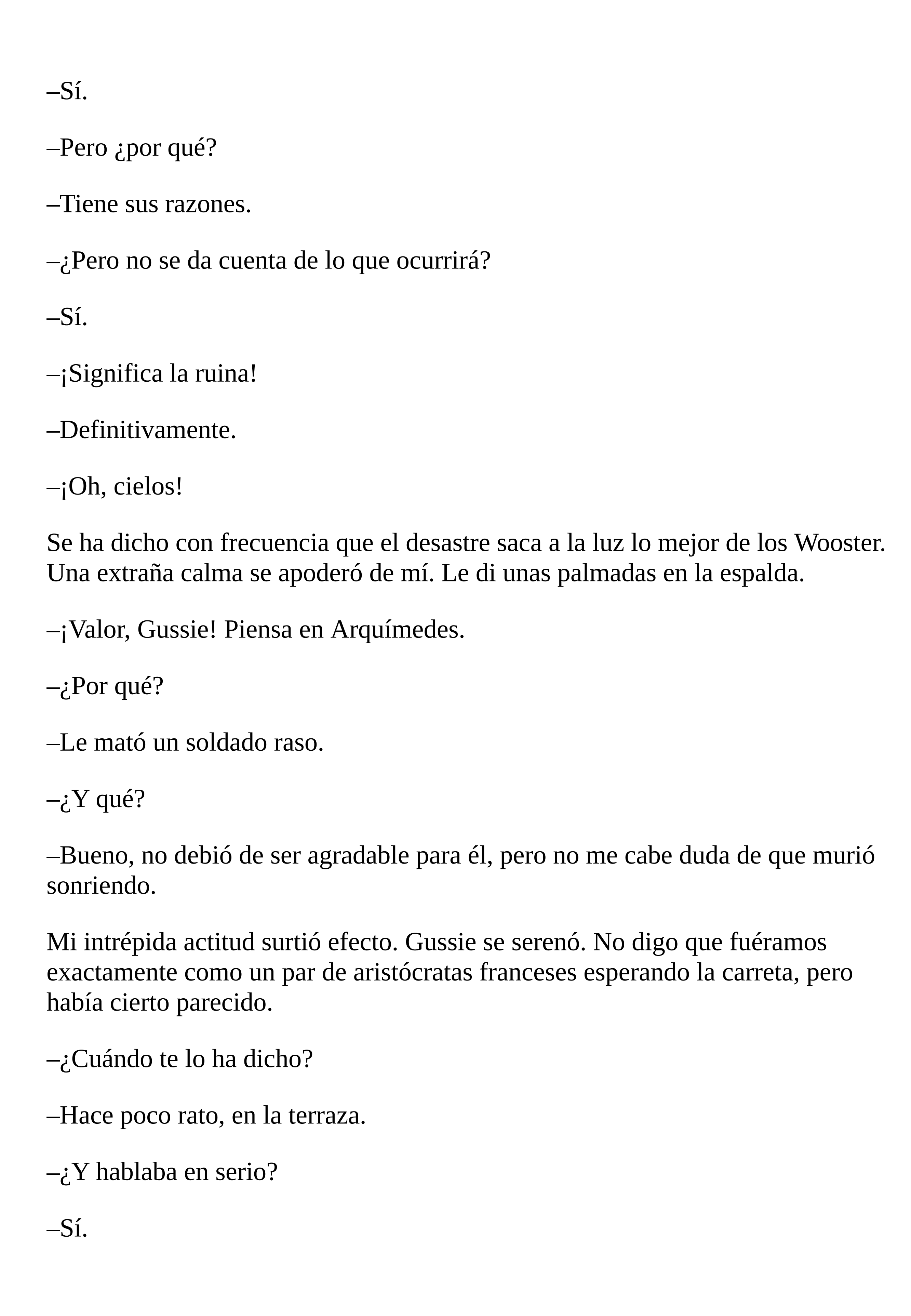
–¿Qué?

–Ésta es la situación, me temo.

–¡Pero cielos!

–Sí.

–No lo dices en serio.



–Sí.

–Pero ¿por qué?

–Tiene sus razones.

–¿Pero no se da cuenta de lo que ocurrirá?

–Sí.

–¡Significa la ruina!

–Definitivamente.

–¡Oh, cielos!

Se ha dicho con frecuencia que el desastre saca a la luz lo mejor de los Wooster. Una extraña calma se apoderó de mí. Le di unas palmadas en la espalda.

–¡Valor, Gussie! Piensa en Arquímedes.

–¿Por qué?

–Le mató un soldado raso.

–¿Y qué?

–Bueno, no debió de ser agradable para él, pero no me cabe duda de que murió sonriendo.

Mi intrépida actitud surtió efecto. Gussie se serenó. No digo que fuéramos exactamente como un par de aristócratas franceses esperando la carreta, pero había cierto parecido.

–¿Cuándo te lo ha dicho?

–Hace poco rato, en la terraza.

–¿Y hablaba en serio?

–Sí.

–¿No había...?

–¿... un destello en sus ojos? No.

–Bueno, ¿no hay manera de detenerla?

Esperaba que lo planteara, pero lamentaba que lo hubiera hecho. Preveía un período de discusión infructuosa.

–Sí –dije–. La hay. Dice que renunciará a su terrible propósito si yo robo la vaca-jarrita del viejo Bassett.

–¿Te refieres a esa vaca de plata que nos estuvo enseñando anoche a la hora de la cena?

–Esa misma.

–Pero ¿por qué?

Le expliqué la situación del asunto. Él me escuchó inteligentemente, y se le iluminó el rostro.

–¡Ahora lo veo! ¡Ya lo entiendo! No podía imaginar cuál era su idea. Su conducta me parecía absolutamente carente de motivos. Bueno, está bien. Eso lo soluciona todo.

Me desagradaba interrumpir su feliz entusiasmo, pero tenía que hacerlo.

–No exactamente, porque no voy a hacerlo.

–¿Qué? ¿Por qué no?

–Porque si lo hago, Roderick Spode dice que me hará papilla.

–¿Qué tiene que ver Roderick Spode con esto?

–Al parecer se ha adherido a la causa de la vaca-jarrita. No cabe duda de que por estima al viejo Bassett.

–¡Mmm! Bien, tú no tienes miedo de Roderick Spode, ¿no?

–Sí.

–¡Tonterías! Te conozco y sé que no es verdad.

–No, no me conoces.

Dio una vuelta a la habitación.

–Pero, Bertie, no has de tener miedo de un hombre como Spode, una simple masa de fuerza y músculo. Seguro que es lento de pies. Nunca te atraparía.

–No tengo intención de probarle como corredor.

–Además, no es como si tuvieras que quedarte aquí. Puedes irte en el momento en que hayas robado ese objeto. Envías una nota a ese cura después de cenar, para decirle que esté en el lugar a medianoche, y después lo haces. Ya veo el plan. Robas la vaca-jarrita, digamos que de doce y quince a doce y treinta, o digamos doce y cuarenta, por si ocurre algún accidente. A las doce y cuarenta y cinco estás en los establos, poniendo el coche en marcha. A las doce y cincuenta en plena carretera, después de haber realizado un bonito y limpio trabajo. No veo por qué te preocupas. Todo el asunto me parece infantilmente sencillo.

–No obstante...

–¿No lo harás?

–No.

Se acercó a la repisa de la chimenea, y se puso a juguetear con una figurilla que representaba a una especie de pastorcita.

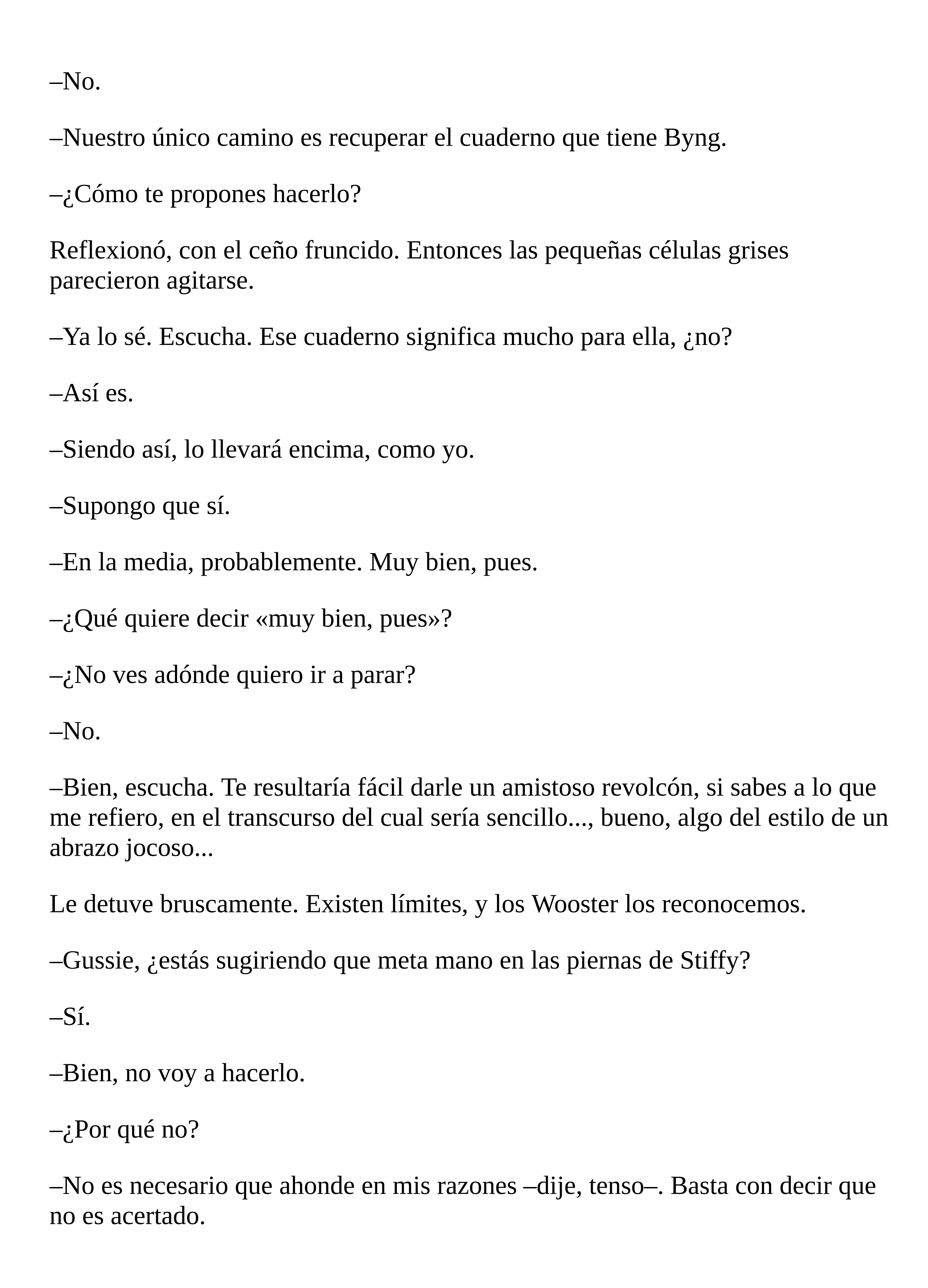
–¿Es Bertie Wooster quien habla? –preguntó.

–Sí.

–¿Bertie Wooster, a quien tanto admiré en la escuela, el chico al que solíamos llamar «Bertie el Temerario»?

–Eso es.

–En ese caso, supongo que no hay más que decir.



–No.

–Nuestro único camino es recuperar el cuaderno que tiene Byng.

–¿Cómo te propones hacerlo?

Reflexionó, con el ceño fruncido. Entonces las pequeñas células grises parecieron agitarse.

–Ya lo sé. Escucha. Ese cuaderno significa mucho para ella, ¿no?

–Así es.

–Siendo así, lo llevará encima, como yo.

–Supongo que sí.

–En la media, probablemente. Muy bien, pues.

–¿Qué quiere decir «muy bien, pues»?

–¿No ves adónde quiero ir a parar?

–No.

–Bien, escucha. Te resultaría fácil darle un amistoso revolcón, si sabes a lo que me refiero, en el transcurso del cual sería sencillo..., bueno, algo del estilo de un abrazo jocoso...

Le detuve bruscamente. Existen límites, y los Wooster los reconocemos.

–Gussie, ¿estás sugiriendo que meta mano en las piernas de Stiffy?

–Sí.

–Bien, no voy a hacerlo.

–¿Por qué no?

–No es necesario que ahonde en mis razones –dije, tenso–. Basta con decir que no es acertado.

Me lanzó una mirada, una especie de mirada con grandes ojos y llena de reproches, como una salamandra moribunda podía haberle lanzado a él si hubiera olvidado cambiarle el agua con regularidad. Tomó aliento bruscamente.

–Sin duda ya no eres aquel muchacho que conocía en la escuela –dijo–. Al parecer te has desintegrado. Ni agallas. Ni impulso. Ni iniciativa. El alcohol, supongo.

Suspiró y rompió la pastorcita, y los dos nos acercamos a la puerta. Mientras yo la abría, me lanzó otra mirada.

–No vas a bajar a cenar así, ¿verdad? ¿Por qué llevas corbata blanca?

–Jeeves me lo ha recomendado, para animarme.

–Bueno, vas a parecer un perfecto asno. El viejo Bassett cena con esmoquin de terciopelo con manchas de sopa en la pechera. Será mejor que te cambies.

Había mucha verdad en lo que dijo. A uno no le gusta llamar la atención. A riesgo de hundir mi moral, me volví para cambiarme. Y mientras lo hacía, nos llegó desde el salón de abajo el sonido de una voz joven y fresca que cantaba, acompañada al piano, lo que presentaba todos los síntomas de ser una vieja canción popular inglesa. El oído detectó gran cantidad de «eh na na na» y todo eso.

Ese bullicio produjo el efecto de hacer que los ojos de Gussie echaran chispas tras las gafas. Fue como si sintiera que eso era ese poquito más de lo que un hombre puede soportar.

–¡Stephanie Byng! –dijo con amargura–. ¡Cantar en un momento así!

Soltó un bufido y salió de la habitación. Y terminaba yo de ponerme la corbata negra, cuando Jeeves entró.

–Mistress Travers –anunció con formalidad.

Un «Oh, cielos» escapó de mis labios. Sabía, claro está, al oír aquel anuncio formal, que ella estaba llegando, pero también un pobre tío que pasea y al mirar

hacia arriba ve a un tipo en un aeroplano que lanza una bomba sobre su cabeza sabe lo que se le avecina, pero ello no mejora las cosas cuando la bomba llega.

Me di cuenta de que estaba muy agitada –muy nerviosa quizá lo expresaría mejor– y me apresuré a instalarla en un sillón y a presentarle mis disculpas.

–Lamento muchísimo no haber podido ir a verla, anciana antepasada –dije–. He estado encerrado con Gussie Fink-Nottle para tratar de un asunto que afecta profundamente a nuestros intereses mutuos. Desde que nos vimos por última vez, se han producido nuevos acontecimientos, y mis asuntos se han liado un poco, lamento decirlo. Se podría decir que los cimientos del infierno tiemblan. No es una exageración, ¿verdad, Jeeves?

–No, señor.

Ella rechazó mis declaraciones con un gesto de la mano.

–¿Así que tú también tienes tus problemas? Bueno, no sé qué nuevos acontecimientos se han producido por tu parte, pero se ha producido uno por la mía, y es endiablado. Por eso he venido aquí con tanta prisa. Hay que emprender una acción rápida, o bien se producirá un cambio radical.

Empecé a preguntarme si incluso la Mona Lisa podía haber encontrado la situación tan difícil como yo la encontraba. Una cosa después de la otra, quiero decir.

–¿Qué es? –pregunté–. ¿Qué ha ocurrido?

Se atragantó un momento y luego consiguió pronunciar una sola palabra.

–¡Anatole!

–¿Anatole? –Le cogí la mano y le di un apretón tranquilizador–. Dígame, paciente febril –dije–, ¿de qué habla? ¿Qué quiere decir con «Anatole»?

–Si no vamos con cuidado, le perderé.

Me dio la impresión de que una mano fría me aferraba el corazón.

–¿Perderle?

–Sí.

–¿Incluso después de doblarle el sueldo?

–Incluso después de doblarle el sueldo. Escucha, Bertie. Justo antes de salir de casa esta tarde, ha llegado una carta para Tom de sir Watkyn Bassett. Cuando digo «justo antes de salir de casa» lo digo porque eso ha sido lo que me ha hecho salir. Porque ¿sabes qué contenía?

–¿Qué?

–Contenía una oferta de cambiar la vaca-jarrita por Anatole, ¡y Tom lo está meditando!

La miré fijamente.

–¿Qué? ¡Es incrédulo!

–Increíble, señor.

–Gracias, Jeeves. ¡Increíble! No lo creo. El tío Tom nunca contemplaría semejante posibilidad ni por un instante.

–¿Que no? Eso es lo que crees. ¿Recuerdas a Pomeroy, el mayordomo que teníamos antes de Seppings?

–Sí. Un tipo noble.

–Un tesoro.

–Una joya. Nunca entendí por qué le dejaste marchar.

–Tom le cambió en el Bessington-Copes por una chocolatera oviforme sobre tres pies de voluta.

Combatí una creciente desesperación.

–Pero seguramente el delirante viejo asno, o, mejor dicho, el tío Tom, no desperdiciaría a Anatole de ese modo.

–Claro que lo haría.

Se puso de pie y se acercó inquieta a la repisa de la chimenea. Me di cuenta de que buscaba algo para romper con el fin de aliviar sus emociones –lo que Jeeves habría llamado un paliativo– y cortésmente atraje su atención hacia una figura de terracota de Samuel niño orando. Ella me dio las gracias con brevedad, y lo lanzó contra la pared opuesta.

–Te lo aseguro, Bertie, no existen límites que un coleccionista realmente loco no traspase para asegurarse un ejemplar codiciado. Las palabras textuales de Tom, cuando me ha dejado leer la carta, han sido que le produciría auténtico placer despellejar vivo al viejo Bassett y arrojarle personalmente a una cuba de aceite hirviendo, pero que no veía más alternativa que satisfacer sus demandas. Lo único que le ha impedido mandarle un telegrama en aquel momento para decirle que trato hecho ha sido el que yo le dijera que habías venido a Totleigh Towers expresamente para robar la vaca-jarrita, y que la tendría en sus manos casi de inmediato. ¿Cómo van las cosas en ese sentido, Bertie? ¿Has pensado en algo? ¿Tienes planes definidos? No podemos perder tiempo. Cada instante es precioso.

Me sentí un poquito débil. Me di cuenta de que tenía que darle la noticia, y esperaba que eso fuera todo. Esta tía es una vieja criatura fantástica cuando se agita, y no pude evitar recordar lo que le había sucedido al Samuel niño.

–Iba a hablarle de eso –dije–. Jeeves, ¿tiene preparado ese documento?

–Aquí está, señor.

–Gracias, Jeeves. Y creo que sería buena idea que trajera una copa y más coñac.

–Muy bien, señor.

Se retiró, y yo le entregué el papel a mi tía, pidiéndole que lo leyera con mucha atención. Ella lo miró.

–¿Qué es todo esto?

–Pronto lo verá. Observe el título: «Wooster, B. - posición de». Estas palabras cuentan la historia. Explican –dije, dando un paso atrás y preparándome para agachar la cabeza– por qué, decididamente, debo negarme a robar esa vaca-jarrita.

–¿Qué?

–Le he enviado un telegrama a tal efecto esta tarde, pero, por supuesto, no le ha llegado a tiempo.

Me miraba con ojos suplicantes, como una madre amorosa mira a un hijo idiota que acaba de hacer algo excepcionalmente bobo.

–Pero Bertie, querido, ¿no me has escuchado? ¿Lo de Anatole? ¿No comprendes la situación?

–Oh, sí.

–Entonces, ¿te has vuelto lelo? Cuando digo «se ha ido», por supuesto...

Alcé una mano para frenarla.

–Déjeme explicarle, anciana parienta. Recordará que le he mencionado que se han producido algunos acontecimientos. Uno de ellos es que sir Watkyn Bassett lo sabe todo de este plan de robar la vaca-jarrita y vigila cada uno de mis movimientos. Otro es que ha confiado sus sospechas a un amigo llamado Spode. ¿Quizá al llegar aquí ha conocido a Spode?

–¿Ese tipo corpulento?

–Corpulento es correcto, aunque quizá «supercolosal» sería más el mot juste. Bueno, sir Watkyn, como digo, ha confiado sus sospechas a Spode, y éste personalmente me ha dicho que si desaparece la vaca-jarrita, me hará papilla. Por eso nada constructivo puede llevarse a cabo.

Un silencio de cierta duración siguió a estas observaciones. Vi que ella se tragaba mis palabras y de mala gana estaba llegando a la conclusión de que no era un capricho de Bertram lo que le hacía fallarle a ella en el momento que le necesitaba. Apreciaba el apuro en que él se encontraba y, a menos que me equivoque mucho, la idea la hacía temblar.

Esta parienta es una mujer que, en los días de mi infancia y adolescencia, estaba acostumbrada a darme un golpe en el costado de la cabeza cuando consideraba que mi conducta merecía este gesto, y a menudo en estos días me ha parecido que estaba a punto de volver a hacerlo. Pero bajo este exterior castigador late un corazón tierno, y su amor por Bertram está, lo sé, profundamente arraigado. Ella sería la última persona que desearía verle con los ojos hinchados y con su bien

formada nariz torcida.

–Entiendo –dijo al fin–. Sí. Eso pone las cosas difíciles, por supuesto.

–Extraordinariamente difíciles. Si quiere describir la situación como un impasse, por mí estará bien.

–¿Ha dicho que te haría papilla?

–Ésa ha sido la expresión que ha utilizado. La ha repetido, para que no hubiera la más mínima duda.

–Bien, por nada del mundo querría que ese hombretón te maltratara. No tendrías ni una oportunidad contra un gorila como él. Te destriparía antes de que pudieras decir «Jesús». Te despedazaría miembro a miembro y esparciría los fragmentos a los cuatro vientos.

Di un pequeño respingo.

–No es necesario que especifique tanto, venerable antepasada mía.

–¿Estás seguro de que hablaba en serio?

–Sí.

–Perro ladrador, poco mordedor.

Sonreí con tristeza.

–Veo adónde quiere ir a parar, tía Dahlia –dije–. Dentro de un minuto me preguntará si no había un destello en sus ojos mientras hablaba. No lo había. La política que Roderick Spode me ha señalado en nuestra reciente entrevista es la que seguirá y cumplirá.

–Entonces parece que estamos bloqueados. A menos que a Jeeves se le ocurra algo. –Se dirigió a él, que acababa de entrar con el coñac..., no antes de hora. No sabía por qué había tardado tanto–. Hablamos del señor Spode, Jeeves.

–¿Sí, señora?

–Jeeves y yo ya hemos hablado de la amenaza de Spode –dije abatido–, y

confiesa que está confundido. Por una vez, ese cerebro ha fallado. Ha reflexionado, pero no tiene ninguna fórmula.

La tía Dahlia se había bebido el coñac agradecida, y entonces apareció en su rostro una mirada pensativa.

–¿Sabes lo que se me acaba de ocurrir? –dijo.

–Dígalo, tiíta de mis entretelas –respondí, aún de humor sombrío–. Seguro que será una tontería.

–No es una tontería. Puede solucionarlo todo. Me he preguntado si ese tal Spode no tiene algún secreto escondido. ¿No sabe algo de él, Jeeves?

–No, señora.

–¿A qué se refiere, un secreto?

–He estado dándole vueltas en la cabeza a la idea de que, si tiene algún punto débil, podríamos detenerle con él, y arrancarle así los colmillos. Recuerdo que cuando era niña vi a tu tío George besar a mi institutriz, y fue asombroso cómo eso aflojó la tensión a partir de entonces, cuando se trataba de hacerme quedar después de la escuela a escribir las principales importaciones y exportaciones del Reino Unido. ¿Entiendes lo que quiero decir? Supongamos que sabemos que Spode ha disparado a una zorra o algo así. ¿No te gusta la idea? –dijo, viendo que yo fruncía los labios dubitativo.

–Me parece una idea. Pero creo que tiene un inconveniente fatal, y es que nada sabemos.

–Sí, eso es cierto. –Se levantó–. Ah, bien, sólo ha sido una cosa que se me ha ocurrido y la he dicho. Y ahora que pienso, voy a volver a mi habitación y rociarme las sienes con eau-de-Cologne. Tengo la cabeza que parece que va a estallarme como metralla.

Se cerró la puerta. Yo me hundí en el sillón que ella había dejado vacío y me enjugué la frente.

–Bueno, ya está –dije, agradecido–. Se lo ha tomado mejor de lo que esperaba, Jeeves. El Quorn adiestra bien a sus hijas. Pero, aunque lo ha aguantado sin

chistar, se veía que lo sentía profundamente, y ese coñac ha llegado en el momento justo. Por cierto, ha tardado mucho en traerlo. Un perro San Bernardo habría ido y vuelto en la mitad de tiempo.

–Sí, señor. Lo siento. Me ha detenido a conversar míster Fink-Nottle.

Permanecí sentado, meditando.

–¿Sabe, Jeeves? –dije–, no es mala idea eso que ha dicho la tía Dahlia de encontrar algo contra Spode. Fundamentalmente, es sensato. Si Spode hubiera enterrado el cadáver y supiéramos dónde, eso sin lugar a dudas le convertiría en una fuerza insignificante. Pero dice usted que nada sabe de él.

–No, señor.

–Y, de todos modos, dudo que haya algo que saber. Hay tipos a los que basta echar un vistazo para saber que son auténticos señores que siguen el juego y no hacen las cosas que no hay que hacer, y entre éstos destaca, me temo, Roderick Spode. No creo que la más rigurosa investigación descubriera algo de él peor que su bigote, y para el escrutinio del mundo, eso evidentemente no es de objetar, o no lo llevaría.

–Muy cierto, señor. Aun así, valdría la pena efectuar pesquisas.

–Sí, pero ¿dónde?

–Estaba pensando en el Junior Ganymede, señor. Es un club para ayudas de cámara personales de caballeros, en Curzon Street, al que yo pertenezco desde hace algunos años. El criado personal de un caballero de la importancia de míster Spode seguro que será miembro, y, por supuesto, habrá confiado al secretario buena cantidad de material referente a él para su inserción en el libro del club.

–¿Qué?

–Según la regla número once, se exige a cada nuevo miembro que proporcione al club información referente a su patrón. Esto no sólo da lugar a lectura entretenida, sino que sirve de advertencia a los miembros que pueden estar contemplando la posibilidad de prestar servicio a caballeros que distan mucho de ser ideales.

Se me ocurrió una idea y me sobresalté. En verdad, di un respingo bastante violento.

–¿Qué ocurrió cuando ingresó usted?

–¿Señor?

–¿Les contó todo acerca de mí?

–Oh, sí, señor.

–¿Qué, todo? ¿La ocasión en que el viejo Stoker me perseguía y tuve que cubrirme la cara con betún negro para adoptar un disfraz rudimentario?

–Sí, señor.

–¿Y la ocasión en que llegué a casa después de la fiesta de cumpleaños de Pongo Twistleton y confundí la lámpara de pie con un ladrón?

–Sí, señor. A los miembros les gusta leer este tipo de cosas las tardes de lluvia.

–¿Ah, sí? ¿Y si una tarde de lluvia las lee la tía Agatha? ¿Se le ha ocurrido eso?

–La posibilidad de que la señora de Spenser Gregson tenga acceso al libro del club es remota.

–Tal vez. Pero los acontecimientos recientes producidos bajo este mismo techo le habrán demostrado cómo las mujeres consiguen acceso a los libros.

Me quedé en silencio, meditando acerca de esa asombrosa visión que me había proporcionado de lo que pasaba en instituciones como el Junior Ganymede, cuya existencia yo desconocía hasta entonces. Sabía, por supuesto, que por las noches, después de servir la frugal cena, Jeeves se colocaba el viejo bombín y se perdía tras la esquina, pero siempre había supuesto que su destino era el bar de algún pub del vecindario. No sabía nada de los clubs de Curzon Street.

Menos idea aún tenía de que algunas de las acciones posiblemente mal juzgadas de Bertram Wooster fueran registradas en un libro. Todo el asunto olía bastante mal a Abu ben Adhem y a ángeles registradores de las acciones buenas y malas, y me encontré frunciendo un poco el ceño.

Con todo, no parecía que pudiera hacer gran cosa por ello, así que regresé a lo que el agente Oates habría llamado el punto en cuestión.

–Entonces, ¿cuál es su idea? ¿Pedir al secretario información acerca de Spode?

–Sí, señor.

–¿Cree que se la dará?

–Oh, sí, señor.

–¿Quiere decir que difunde esos datos, esos datos extraordinariamente peligrosos, esos datos que podrían significar la ruina si cayeran en manos indebidas, que los propaga a quienquiera que se los pida?

–Sólo a los miembros, señor.

–¿Cuándo podría ponerse en contacto con él?

–Podría llamarle por teléfono ahora mismo, señor.

–Entonces, hágalo, Jeeves, y si es posible, cárguele la llamada a sir Watkyn Bassett. Y no pierda la calma cuando oiga que la chica dice «Tres minutos». Prosiga sin hacerle caso. Cueste lo que cueste, hay que hacerle comprender al secretario, y comprender bien, que es el momento de que todos los hombres buenos acudan en ayuda del grupo.

–Creo que podré convencerle de que se trata de una emergencia, señor.

–Si no puede, pásemelo a mí.

–Muy bien, señor.

Se marchó a efectuar su encargo misericordioso.

–Ah, por cierto, Jeeves –dije, cuando él cruzaba la puerta–, ¿ha dicho que ha estado hablando con Gussie?

–Sí, señor.

–¿Le ha informado de algo nuevo?

–Sí, señor. Al parecer, sus relaciones con miss Bassett se han roto. Han cancelado el compromiso.

Se marchó, y yo di un salto de un metro. Algo difícil de hacer, cuando se está sentado en un sillón, pero lo logré.

–¡Jeeves! –grité.

Pero ya se había ido.

Desde abajo llegó el repentino retumbo del gong que anunciaba la cena.

# 6

Siempre me ha producido una punzada recordar esa cena y pensar que la agonía mental me impidió afrontarla con el debido humor despreocupado, ya que fue una cena de la que en circunstancias más felices habría disfrutado. A pesar de las deficiencias morales de sir Watkyn Bassett, obsequiaba a sus invitados extraordinariamente bien en la mesa, e incluso en mi estado de preocupación, me resultó evidente desde los primeros cinco minutos que su cocinera era una mujer que poseía la inspiración divina. De una sopa de primera clase pasamos a un sabroso pescado, y del sabroso pescado a un plato de caza que incluso Anatole habría podido estar orgulloso de ofrecer. Añádanse espárragos, una tortilla de jamón y unas sardinas sobre pan tostado, y comprenderán a qué me refiero.

Todo se desperdició en mí, claro. Como dijo alguien, mejor una cena de hierbas cuando todos son compinches que un banquetazo cuando no es así, y ver a Gussie y a Madeline Bassett sentados uno al lado del otro al otro extremo de la mesa convertía la comida en cenizas en mi boca. Les miraba con preocupación.

Ya saben cómo son las parejas de novios cuando están en compañía diversa, por regla general. Acercan sus cabezas y conversan en susurros. Dan palmadas y ríen entre dientes. Se dan golpecitos y codazos. Incluso he conocido a un miembro femenino del dúo que le da la comida a su compañero con el tenedor. Nada de esto había en Madeline Bassett y Gussie. Estaban pálidos y tensos, ella fría y altiva. Pasaron la mayor parte del tiempo formando bolitas de pan y, por lo que vi, no intercambiaron ni una palabra del principio al fin. Ah, sí, una vez, cuando él le pidió que le pasara la sal y ella le pasó la pimienta, él dijo: «Quería decir la sal», y ella dijo «¿Ah, sí?» y le pasó la mostaza.

No cabía la menor duda de que Jeeves tenía razón. La joven pareja había roto relaciones, y lo que pesaba en mí, aparte del aspecto trágico, era el misterio de ello. No se me ocurría solución alguna, y esperaba con ansia que concluyera la cena, cuando las mujeres se retirarían y yo podría hablar con Gussie al tomar el oporto y enterarme de qué había pasado.

Sin embargo, para mi sorpresa, la última hembra acababa de cruzar la puerta cuando Gussie, que la había mantenido abierta, salió tras ella como un pato buceando y no regresó, dejándome solo con mi anfitrión y Roderick Spode. Y

como ellos permanecieron sentados juntos en el otro extremo de la mesa, hablándose en voz baja, y mirándome de vez en cuando como si fuera un hombre en libertad condicional que la hubiera conseguido destrozando la puerta y pudiera esperarse de él, a menos que se le vigilara atentamente, que robara alguna cuchara, no tardé mucho en irme yo también. Murmurando algo acerca de ir a buscar mi pitillera, salí y subí a mi habitación. Pensé que Gussie o Jeeves irían a buscarme tarde o temprano.

Un alegre fuego ardía en la chimenea, y para pasar el rato preparé el sillón y cogí la novela de misterio que había traído conmigo desde Londres. Como mis investigaciones ya me habían demostrado, era particularmente buena, llena de pistas y suculentos asesinatos, y pronto quedé absorto. Sin embargo, apenas había tenido tiempo de adelantar en la lectura cuando oí que alguien abría la puerta, y quién entró sino Roderick Spode.

Le miré con no poco asombro. Quiero decir, la última persona que esperaba invadiera mi dormitorio era él. Y no parecía que hubiera venido para disculparse por su actitud ofensiva en la terraza, cuando además de proferir amenazas me había llamado gusano miserable, o por aquellas miradas en la mesa. Un vistazo a su cara me lo indicó. Lo primero que hace un tipo que acude a disculparse es entrar con una sonrisa afectada para congraciarse, y de ésta no había ni rastro.

En realidad, me pareció que tenía un aspecto ligeramente más siniestro que nunca, y lo encontré tan lúgubre que fui yo quien sonrió para congraciarse. No suponía que sirviera de mucho para conciliarse con aquel tipo, pero toda pequeñez ayuda.

–Ah, hola, Spode –dije afable–. Entre. ¿Puedo hacer algo por usted?

Sin responderme, se acercó al armario, lo abrió con un brusco gesto y miró en su interior. Hecho esto, se volvió y me miró, otra vez de aquella manera poco amistosa.

–Creía que Fink-Nottle podría estar aquí.

–No está.

–Ya lo veo.

–¿Esperaba encontrarle en el armario?

–Sí.

–¡Ah!

Hubo una pausa.

–¿Puedo darle algún mensaje si aparece?

–Sí. Puede decirle que voy a romperle el cuello.

–¿Romperle el cuello?

–Sí. ¿Es usted sordo? Romperle el cuello.

Asentí pacíficamente.

–Entiendo. Romperle el cuello. Bien. ¿Y si pregunta por qué?

–Él ya sabe por qué. Porque es una mariposa que juega con los corazones de las mujeres y los tira como guantes sucios.

–Está bien. –No sabía que las mariposas hacían eso. Muy interesante–. Bien, se lo haré saber si tropiezo con él.

–Gracias.

Se retiró y dio un portazo, yo me senté a meditar acerca de la extraña manera en que la historia se repite. Quiero decir, la situación era casi idéntica a la que había surgido unos meses atrás en Brinkley, cuando el joven Tuppy Glossop había entrado en mi habitación con un propósito similar. Cierto, Tuppy, si no recordaba mal, quería volver del revés a Gussie y hacer que se tragara a sí mismo, mientras que Spode había hablado de romperle el cuello, pero el principio era el mismo.

Comprendía lo que había ocurrido, claro. Era un acontecimiento que habría podido prever. No había olvidado lo que Gussie me había dicho aquel mismo día de que Spode le había informado de su intención de no dejar piedra sobre piedra para dislocarle las cervicales si alguna vez hacía daño a Madeline Bassett. Sin duda se había enterado por ella de los hechos al tomar café, y entonces se proponía poner en práctica su política.

En cuanto a cuáles eran estos hechos, todavía no tenía la más remota idea. Pero era evidente, a juzgar por la actitud de Spode, que no reflejaban mucho mérito por parte de Gussie. Comprendí que debía de haber vuelto a hacer el idiota.

Una situación temible, no cabía duda, y si yo hubiera podido hacer algo, lo habría hecho sin vacilar. Pero me parecía que me encontraba indefenso, y que la naturaleza debía seguir su curso. Con un leve suspiro reanudé mi lectura de la novela de misterio, y poco había avanzado cuando una voz hueca dijo: «Eh, Bertie» y me incorporé, temblándome cada uno de mis miembros. Era como si un espectro familiar se hubiera acercado a mí con cautela y hubiera soltado su aliento en mi nuca.

Me volví y vi a Augustus Fink-Nottle salir de debajo de la cama.

Debido al hecho de que el susto me había trabado la lengua con las amígdalas, lo que me causaba una desagradable sensación de ahogo, me encontré momentáneamente incapaz de hablar. Lo único que podía hacer era mirar a Gussie con grandes ojos, y enseguida se me hizo evidente que él había seguido de cerca la reciente conversación. Su conducta era la de un hombre vivamente consciente de estar a sólo medio salto delante de Roderick Spode. Iba despeinado, tenía los ojos desorbitados y la nariz contraída. Un conejo perseguido por una comadreja habría tenido el mismo aspecto, si se tiene en cuenta, por supuesto, el hecho de que no habría llevado gafas con montura de concha.

–Ha estado muy cerca, Bertie –dijo con voz temblorosa. Cruzó la habitación, flaqueándole un poco las rodillas. Su cara tenía un color más bien verdoso–. Me parece que cerraré con llave. Podría volver. ¿Por qué no ha mirado debajo de la cama? No puedo imaginarlo. Siempre había creído que estos dictadores eran muy concienzudos.

Conseguí desatar la lengua.

–¡Qué importan las camas y los dictadores! ¿Qué pasa contigo y Madeline Bassett?

Dio un respingo.

–¿Te importa que no hablemos de ello?

–Sí, me importa no hablar de ello. Es lo único de lo que quiero hablar. ¿Por qué diantres ha roto el compromiso? ¿Qué le has hecho?

Volvió a dar un respingo. Me di cuenta de que pinchaba nervio.

–No es tanto lo que le he hecho a ella... como lo que le he hecho a Stephanie Byng.

–¿A Stiffy?

–Sí.

–¿Qué le has hecho a Stiffy?

Dio muestras de cierta turbación.

–Yo..., eh... Bueno, en realidad, yo... Lo siento, ahora veo que ha sido un error, pero entonces me pareció una buena idea... Verás, la cuestión es...

–Adelante.

Hizo un visible esfuerzo y se controló.

–Bien, no sé si recuerdas, Bertie, lo que decíamos aquí antes de la cena..., la posibilidad de que llevara ese cuaderno sobre su persona... He expuesto la teoría, si lo recuerdas, de que podría llevarlo en la media... y he sugerido, si te acuerdas, que se podría averiguar...

Me tambaleé. Captaba la idea.

–¿No habrás...?

–Sí.

–¿Cuándo?

Otra vez le cruzó el rostro aquella expresión de dolor.

–Justo antes de cenar. Recordarás que la hemos oído cantar canciones populares

en el salón. He bajado allí, y estaba al piano, sola... Al menos, yo he creído que estaba sola... Y de repente se me ha ocurrido que sería una excelente oportunidad... Lo que no sabía, claro, era que Madeline, aunque invisible por el momento, también estaba presente. Había ido detrás del biombo del rincón a coger más partituras de canciones populares del cajón donde se guardan... y..., bueno, en resumen, cuando yo estaba..., bueno, para abreviar, cuando estaba..., ¿cómo lo diré? Cuando estaba, por decirlo de alguna manera, empezando, ella ha salido... y... Bueno, entiendes lo que quiero decir, ¿no?, me refiero a que como hacía tan poco tiempo del asunto de sacar una mosca del ojo de la chica en el patio del establo, no era fácil disimular. En realidad, no he disimulado. Ésta es la historia. ¿Qué tal se te da anudar sábanas, Bertie?

No pude seguir lo que se conoce como la transición del pensamiento.

–¿Anudar sábanas?

–He pensado en ello cuando estaba debajo de la cama, mientras tú y Spode charlabais, y he llegado a la conclusión de que lo único que puedo hacer es coger las sábanas de tu cama y anudarlas, y entonces puedes bajarme por la ventana. En los libros lo hacen, y me parece que lo he visto en el cine. Una vez fuera, puedo coger tu coche e ir a Londres. Después, mis planes son inciertos. Quizá vaya a California.

–¿California?

–Está a más de once mil kilómetros. No creo que Spode vaya hasta allí.

Le miré fijamente, perplejo.

–No irás a fugarte, ¿verdad?

–Claro que voy a fugarme. Inmediatamente. ¿Has oído lo que ha dicho Spode?

–No tienes miedo de Spode, ¿verdad?

–Sí.

–Pero si tú mismo has dicho que no es más que una masa de fuerza y músculos, evidentemente lento de pies.

–Lo sé. Lo recuerdo. Pero eso era cuando creía que iba tras de ti. La perspectiva cambia.

–Pero, Gussie, contrólate. No puedes huir así.

–¿Qué puedo hacer, si no?

–Bueno, quédate aquí e intenta lograr una reconciliación. Todavía no has hecho una tentativa de suplicarle.

–Sí. Lo he hecho en la cena. Durante el plato de pescado. Fue inútil. Ella se ha limitado a lanzarme una mirada fría y a hacer bolitas de pan.

Me estrujé el coco. Estaba seguro de que en alguna parte tenía que haber un camino, esperando ser explorado, y en medio minuto lo localicé.

–Lo que tienes que hacer –dije– es conseguir el cuaderno. Si lo consiguieras y se lo enseñaras a Madeline, su contenido la convencería de que tus motivos al actuar como lo has hecho con Stiffy no eran lo que ella ha supuesto, sino puros hasta la última gota. Se daría cuenta de que tu conducta era consecuencia de..., lo tengo en la punta de la lengua..., de un consejo de la desesperación. Ella lo entendería y te perdonaría.

Por un momento, un débil parpadeo de esperanza pareció iluminar sus facciones contraídas.

–Es una idea –coincidió–. Creo que tiene algo, Bertie. No es mala idea.

–No puede fallar. Tout comprendre, c’est tout pardonner.

El parpadeo desapareció.

–Pero ¿cómo puedo conseguir el cuaderno? ¿Dónde está?

–¿No estaba sobre su persona?

–No lo creo. Aunque mis investigaciones, dadas las circunstancias, han sido necesariamente superficiales.

–Entonces, quizá lo tenga en su habitación.

–Bueno, ahí está. No puedo registrar la habitación de una chica.

–¿Por qué no? Mira el libro que estaba leyendo cuando has aparecido. Por una extraña coincidencia (lo llamo coincidencia, pero probablemente estas cosas nos son enviadas con un fin), acababa de leer un fragmento en que una banda hacía eso mismo. Hazlo ahora, Gussie. Es muy probable que ella esté ocupada en el salón durante la próxima hora.

–En realidad, se ha ido al pueblo. El cura da una conferencia sobre Tierra Santa con diapositivas para las Madres del Pueblo en el Instituto del Obrero, y ella toca el acompañamiento al piano. Pero aun así... No, Bertie, no puedo hacerlo. No me parece correcto..., de hecho, me doy cuenta de que es el momento oportuno de hacerlo..., pero no tengo el valor necesario. Supón que Spode entra y me pilla.

–No es fácil que Spode se meta en la habitación de una chica.

–No sé. No se pueden hacer planes basados en un supuesto tan ligero como ése. Le considero un tipo que se mete en todas partes. No. Tengo el corazón destrozado, mi futuro es un vacío, y nada se puede hacer más que aceptar el hecho y empezar a anudar las sábanas. Vamos, ayúdame.

–No anudarás mis sábanas.

–Pero, porras, mi vida está en juego.

–No me importa. Me niego a contribuir a esta cobarde huida.

–¿Es Bertie Wooster quien habla?

–Ya lo has dicho antes.

–Y lo vuelvo a decir. Por última vez, Bertie, ¿me prestas un par de sábanas y me ayudas a anudarlas?

–No.

–Entonces, tendré que irme y esconderme en algún sitio hasta el amanecer, cuando sale el tren de la leche. Adiós, Bertie. Me has decepcionado.

–Tú sí me has decepcionado a mí. Creía que tenías entrañas.

–Las tengo, y no quiero que Roderick Spode haga tonterías con ellas.

Me lanzó otra de aquellas miradas de salamandra moribunda y abrió la puerta con cautela. Miró arriba y abajo el pasillo y, al parecer satisfecho, por el momento, de que no estuviera Spode, salió y desapareció. Yo volví a mi libro. Era lo único que se me ocurría que me impediría permanecer sentado torturándome con agonizantes meditaciones.

Después, me di cuenta de que Jeeves se encontraba conmigo. No le había oído entrar, pero eso ocurre con frecuencia con Jeeves. Simplemente, se desliza en silencio del punto A al punto B, como el gas.

# 7

No diría que Jeeves sonreía realmente satisfecho, pero sí había una expresión satisfecha en su cara, y de pronto recordé lo que esta repugnante escena con Gussie me había hecho olvidar, es decir, que la última vez que le había visto él se dirigía hacia el teléfono para llamar al secretario del club Junior Ganymede. Me puse de pie impaciente. A menos que hubiera malinterpretado aquella expresión, Jeeves tenía algo que comunicarme.

–¿Ha hablado con el secretario, Jeeves?

–Sí, señor. Acabo de hablar con él.

–¿Y ha difundido los chismes?

–Ha sido muy informativo, señor.

–¿Tiene Spode algún secreto?

–Sí, señor.

Me golpeé la pernera, emocionado.

–Debería saber que no debo dudar de la tía Dahlia. Las tías siempre lo saben todo. Es una especie de intuición. Cuéntemelo.

–Me temo que no puedo hacerlo, señor. Las reglas del club referentes a la difusión del material registrado en el libro son muy rígidas.

–¿Quiere decir que sus labios están sellados?

–Sí, señor.

–Entonces, ¿de qué ha servido telefonear?

–Sólo son los detalles lo que no puedo mencionar, señor. Tengo perfecta libertad de decirle que la potencialidad de mal de míster Spode se reduciría grandemente si le informara de que lo sabe todo de Eulalie, señor.

–¿Eulalie?

–Eulalie, señor.

–¿Eso realmente le detendría?

–Sí, señor.

Reflexioné. No parecía mucho para seguir adelante.

–¿Está seguro de que no puede profundizar un poquito en el tema?

–Totalmente seguro, señor. Si lo hiciera, es probable que pidieran mi dimisión.

–Bien, no querría que eso ocurriera, desde luego. –Me desagradaba pensar que un pelotón de mayordomos formaran un cuadrado mientras el comité le arrancaba los botones–. Aun así, ¿está realmente seguro de que si miro a Spode a los ojos y le digo esto quedará desconcertado? Aclarémoslo. Supongamos que usted es Spode, y yo me acerco a usted y le digo: «Spode, lo sé todo de Eulalie», ¿eso le haría palidecer?

–Sí, señor. El tema de Eulalie, señor, es un tema que el caballero, ocupando la posición que ocupa a los ojos públicos, no querría, estoy convencido, que fuera ventilado.

Practiqué un poco. Me acerqué a la cómoda con las manos en los bolsillos, y dije: «Spode, lo sé todo de Eulalie». Volví a probarlo, meneando el dedo esa vez. Después lo probé con los brazos cruzados, y debo decir que seguía sin parecerme demasiado convincente.

Sin embargo, me dije que Jeeves siempre sabía lo que decía.

–Bueno, si usted lo dice, Jeeves. Entonces, lo primero que habría que hacer sería encontrar a Gussie y proporcionarle esta información salvavidas.

–¿Señor?

–Ah, claro, usted nada sabe de eso, ¿no? Debo decirle, Jeeves, que, desde que nos hemos visto por última vez, la trama ha vuelto a complicarse. ¿Sabía que Spode hace tiempo que ama a miss Bassett?

–No, señor.

–Bien, pues así es. La felicidad de miss Bassett es muy querida para Spode, y ahora que su compromiso se ha roto por razones sumamente desacreditativas para la parte contractual masculina, quiere partirle el cuello a Gussie.

–¿De verdad, señor?

–Se lo aseguro. Acaba de estar aquí hablando de ello, y Gussie, que resulta que estaba debajo de la cama, le ha oído, con el resultado de que ahora habla de fugarse por la ventana e irse a California. Lo cual, por supuesto, sería fatal. Es imperativo que se quede aquí e intente efectuar una reconciliación.

–Sí, señor.

–No podrá efectuar una reconciliación si está en California.

–No, señor.

–O sea que hemos de encontrarle. Aunque, se lo advierto, dudo de que se le encuentre fácilmente en este punto de su carrera. Es probable que esté en el tejado, preguntándose cómo puede mejorar su situación.

Mis recelos demostraron estar abundantemente justificados. Busqué en la casa con diligencia, pero no había señales de él. Algún lugar, sin duda, de Totleigh Towers escondía a Augustus Fink-Nottle, pero guardaba bien su secreto. Al final, abandoné, y volví a mi habitación, y que me aspen si lo primero que vi al entrar no era el hombre que buscaba en persona. Estaba de pie junto a la cama, anudando sábanas.

El hecho de que se encontrara de espaldas a la puerta y de que la alfombra fuera mullida le impidió darse cuenta de mi entrada hasta que hablé. Mi «¡Eh!» –bastante brusco, pues me horrorizó ver mi cama tan desordenada– le hizo girarse en redondo, pálido.

–¡Uf! –exclamó–. ¡Creí que eras Spode!

La indignación sucedió al pánico. Me lanzó una dura mirada. Los ojos detrás de las gafas eran fríos. Parecía un rodaballo molesto.

–¿Qué pretendes, maldito Wooster –preguntó–, entrando a hurtadillas por detrás de alguien y diciendo «¡Eh!» de ese modo? Podría haberme dado un ataque al corazón.

–¿Y qué pretendes, maldito Fink-Nottle –pregunté a mi vez–, sacando mi ropa de cama después de habértelo prohibido específicamente? Tienes tus propias sábanas. Ve a cogerlas.

–¿Cómo quieres que lo haga? Spode está sentado en mi cama.

–¿De veras?

–Claro que sí. Esperándome. He ido allí después de dejarte, y lo he visto. Si por casualidad no se hubiera aclarado la garganta, habría entrado.

Vi que era hora de poner a descansar este espíritu perturbado.

–No debes tener miedo de Spode, Gussie.

–¿Qué quieres decir con que no debo tener miedo de Spode? Habla con sentido.

–Quiero decir simplemente eso. Spode, qua amenaza, si qua es la palabra que quiero, es una cosa del pasado. Debido a la extraordinaria perfección del sistema de servicio secreto de Jeeves, me he enterado de algo que a él no le gustaría que se supiera.

–¿Qué?

–Ah, ahí me has pillado. Cuando he dicho que me he enterado, debería haber dicho que Jeeves se ha enterado, y lamentablemente los labios de Jeeves están sellados. Sin embargo, estoy en situación de poder insinuarle claramente a Spode que estoy al corriente de su asunto. Si intenta hacer algo, le haré sufrir. –Me interrumpí y escuché. Por el pasillo se acercaban unos pasos–. ¡Ah! –exclamé–. Alguien viene. Es muy posible que sea él mismo.

Un grito animal escapó de Gussie.

–¡Cierra con llave esa puerta!

Hice un gesto de desprecio con la mano.

–No será necesario –dije–. Déjale entrar. Sin duda recibo con agrado esta visita. Observa cómo me enfrento a él, Gussie. Te divertirás.

Había supuesto correctamente. Era Spode. Sin duda se había cansado de esperar sentado en la cama de Gussie, y le había parecido que otra charla con Bertram podría servirle para variar la monotonía. Entró, como antes, sin llamar, y cuando vio a Gussie, profirió una exclamación de triunfo y satisfacción. Entonces se quedó un momento respirando con fuerza por la nariz.

Parecía haber crecido un poco desde nuestro último encuentro, en ese momento medía dos metros y medio, y si mis consejos con referencia a afrontar su mole hubieran procedido de una fuente menos autorizada, su aspecto habría podido intimidarme bastante. Pero tan asiduamente me había entrenado en el transcurso de los años para confiar en la más leve palabra de Jeeves, que le miré sin un solo temblor.

Gussie, lamenté observar, no compartía mi alegre confianza. Quizá no le había proporcionado yo suficiente explicación de los hechos referentes al caso, o quizá era que, enfrentado con Spode en carne y hueso, le había fallado el valor. De cualquier modo, en ese momento se retiró a la pared y me pareció, por lo que vi, que intentaba atravesarla. Frustrado en este intento, se quedó con el aspecto de haber sido disecado por algún buen taxidermista, mientras yo me volvía hacia el intruso y le lanzaba una larga mirada, en la que sorpresa y altivez se hallaban agradablemente mezcladas.

–Bien, Spode –dije–, ¿qué pasa ahora?

Había puesto una considerable cantidad de énfasis en la palabra final, para indicar desagrado, pero el hombre no lo captó. Hizo caso omiso de la pregunta como la víbora sorda de las Escrituras, y avanzó lentamente, la mirada concentrada en Gussie. Los músculos de la mandíbula, observé, trabajaban como habían hecho en la ocasión en que me había pillado jugueteando con la colección de plata antigua de sir Watkyn Bassett y algo en su actitud sugería que en cualquier momento podría empezar a golpearse el pecho con un ruido de tambor hueco, como hacen los gorilas cuando se emocionan.

–¡Ja! –dijo.

Bien, por supuesto, yo no iba a tolerar aquello. Esta costumbre suya de ir por todas partes exclamando «¡Ja!» había que cortarla, y pronto.

–¡Spode! –dije con aspereza, y me parece recordar que di un golpe en la mesa.

Por primera vez pareció percatarse de mi presencia. Se detuvo un instante y me lanzó una mirada desagradable.

–Bien, ¿qué quiere?

Alcé una ceja o dos.

–¿Que qué quiero? Me gusta eso. Está bien. Ya que lo pregunta, Spode, quiero saber qué demonios pretende entrando a cada momento en mi habitación, ocupando espacio que preciso para otros propósitos e interrumpiéndome cuando estoy hablando con mis amigos personales. De veras que en esta casa se tiene tanta intimidad como una bailarina de striptease. Supongo que tiene usted habitación propia. Vuelva a ella, gordo palurdo, y quédese allí.

No pude resistirme a lanzar una rápida mirada a Gussie, para ver cómo se tomaba todo esto, y me agradó observar en su rostro el florecimiento de una mirada de veneradora admiración, como la que una afligida damisela de la Edad Media habría dirigido a un caballero al observarle pelear con el dragón. Me di cuenta de que una vez más me había convertido para él en el viejo Wooster el Temerario de nuestros días de juventud, y no me cabía duda de que ardía de vergüenza y remordimientos al recordar sus sarcasmos y burlas.

También Spode parecía muy impresionado, aunque no tan favorablemente. Me miraba con incredulidad, como alguien a quien ha mordido un conejo. Parecía preguntarse si ése era realmente el tímido sujeto con el que había conferenciado en la terraza.

Me preguntó si le había llamado palurdo, y dije que sí.

–¿Gordo palurdo?

–Gordo palurdo. Ya era hora –proseguí– de que alguna persona cívica se presentara y le cantara las cuarenta. El problema con usted, Spode, es que sólo porque ha conseguido inducir a un puñado de bobos a desfigurar la escena londinense pululando en pantalones cortos negros, se cree que es alguien. Ya les oye gritar «Heil, Spode!» y usted se imagina que es la Voz del Pueblo. Ahí es donde mete la pata. Lo que la Voz del Pueblo dice es: «¡Mirad a ese espantoso asno de Spode pavoneándose en pantalones de deporte! ¿Habéis visto alguna vez

en vuestra vida semejante perfecto tunante?»

Hizo lo que se conoce como luchar por encontrar las palabras.

–¿Ah? –dijo–. ¡Ja! Bien, me ocuparé de usted más tarde.

–Y yo –repliqué, rápido como el rayo– me ocuparé de usted ahora. –Encendí un cigarrillo–. Spode –dije, abriendo mis baterías–, ¡conozco su secreto!

–¿Eh?

–Lo sé todo acerca de...

–¿Todo acerca de qué?

Precisamente para preguntarme eso había hecho la pausa. Porque, créanme o no, en ese tenso momento, cuando tan desesperadamente lo necesitaba, el nombre que Jeeves me había mencionado como la fórmula mágica para enfrentarme a ese tipo se me había ido por completo de la mente. Ni siquiera podía recordar con qué letra empezaba.

Lo de los nombres es algo extraordinario. Probablemente ya lo han observado ustedes mismos. Uno cree que los tiene, quiero decir, y simplemente desaparecen. A menudo he deseado tener una libra esterlina por cada vez que algún tipo con una cara conocida se ha acercado a mí y me ha dicho «Hola, Wooster», y me ha tenido luchando por respirar porque no podía ponerle etiqueta. Esto siempre hace que uno se sienta perdido, pero en ninguna ocasión previa me había sentido tan perdido como en ese momento.

–¿Todo acerca de qué? –repitió Spode.

–Bueno, en realidad –tuve que confesar–, lo he olvidado.

Una especie de jadeo procedente del fondo de la escena volvió a dirigir mi atención a Gussie, y vi que la importancia de mis palabras no se le había pasado por alto. Una vez más trató de retroceder, y cuando se dio cuenta de que ya había ido todo lo lejos que podía ir, una mirada de desesperación asomó a sus ojos. Y entonces, bruscamente, cuando Spode comenzó a avanzar hacia él, se transformó en una mirada de determinación y dura resolución.

Me gusta pensar en Augustus Fink-Nottle en aquel momento. Actuó bien. Hasta entonces, debo decirlo, nunca le había considerado un hombre de acción. Habría dicho que era esencialmente del tipo soñador. Pero en ese momento no podía haber atacado con más rápido entusiasmo si hubiera sido un pendenciero del puerto de San Francisco desde su tierna infancia.

Sobre él, que estaba pegado a la pared, colgaba un cuadro al óleo de tamaño medianamente grande de un tipo en pantalones hasta la rodilla y un sombrero de tres picos contemplando a una mujer que parecía estar gorjeando a un pájaro; una paloma, a menos que esté confundido, o un pichón. Me había fijado en él una o dos veces desde que me encontraba en la habitación y, en realidad, había pensado en dárselo a la tía Dahlia para que lo rompiera en lugar del Samuel niño orando. Por suerte, no lo había hecho, o Gussie no habría estado en posición de arrancarlo de sus amarras y bajarlo con un gesto rápido de muñeca sobre la cabeza de Spode.

Digo «por suerte» porque si alguna vez ha existido hombre alguno que necesitara que le golpearan con un cuadro al óleo, ese hombre era Roderick Spode. Desde el momento de nuestro primer encuentro, cada una de sus palabras y acciones había demostrado en abundancia que esto era lo que se merecía. Pero siempre hay una trampa en estas cosas buenas, y tardé sólo un instante en ver que ese esfuerzo de Gussie, aunque bienintencionado, había tenido poca importancia constructiva. Lo que debería haber hecho, claro, era sujetar el cuadro de lado, para sacar el máximo partido del robusto marco. En cambio, había utilizado la parte plana del arma, y Spode atravesó la tela como un jinete de circo atraviesa un aro cubierto de papel. En otras palabras, lo que prometía ser un golpe decisivo se había convertido simplemente en lo que Jeeves llamaría un gesto.

Sin embargo, distrajo a Spode de su propósito durante unos segundos. Se quedó parpadeando, con el objeto alrededor del cuello como una gorguera, y la pausa fue suficiente para permitirme entrar en acción.

Que nos den ejemplo, que nos dejen claro que el grupo se ha calentado y que a partir de entonces todo vale, y los Wooster no nos quedamos atrás. Había una sábana sobre la cama, donde Gussie la había dejado cuando le había interrumpido su labor de anudarlas, y cogerla y envolver en ella a Spode fue para mí trabajo de un momento. Hace mucho tiempo que estudié el tema, y antes de comprometerme definitivamente debería haber consultado a Jeeves, pero creo

que los gladiadores de la antigua Roma solían hacer algo parecido en la arena, y por ello se les tenía en gran consideración.

Supongo que un hombre que acaba de ser golpeado en la cabeza con el cuadro de una chica gorjeando a una paloma y, casi inmediatamente después, se ve atrapado en una sábana, realmente no puede conservar una actitud fría e inteligente. Cualquier amigo de Spode que tuviera presente sus intereses le habría aconsejado en tal situación que se mantuviera quieto y no se agitara hasta que hubiera salido del capullo. Sólo así, en un terreno tan generosamente sembrado de sillas y cosas, habría podido evitar caerse.

Él no lo hizo. Al oír el ruido precipitado causado por la salida de Gussie, dio un salto en su dirección y ocurrió lo inevitable. En el momento en que Gussie, moviéndose bien, cruzó la puerta, él se encontraba en el suelo, más enredado que nunca.

Si mis propios amigos me hubieran aconsejado, sin duda me habrían recomendado una partida inmediata en ese punto, y al mirar atrás veo que en lo que me equivoqué fue en detenerme para golpear el bulto que, por las observaciones que salían de ese lugar, tomé por la cabeza de Spode con un jarrón de porcelana que estaba en la repisa de la chimenea, no lejos de donde había estado el Samuel niño. Fue un error estratégico. Acerté y el jarrón se rompió en mil pedazos, lo cual estaba bien –pues cuantos más bienes de un hombre como sir Watkyn Bassett fueran destrozados, mejor–, pero la acción de descargar ese golpe me hizo perder el equilibrio. Al instante siguiente, una mano que salía de debajo de la sábana me agarraba la chaqueta.

Fue un serio desastre, claro está, y que podía haber hecho que un hombre inferior sintiera que ya de nada servía seguir peleando. Pero lo importante en los Wooster, como he tenido ocasión de comentar antes, es que no somos hombres inferiores. Conservamos la cabeza. Pensamos con rapidez y actuamos con rapidez. Napoleón era igual. He mencionado que en el momento en que me preparaba para informar a Spode de que conocía su secreto había encendido un cigarrillo. Este cigarrillo, en su boquilla, todavía se encontraba entre mis labios. Me lo saqué deprisa, y presioné el extremo encendido en la mano que me impedía huir.

Los resultados fueron altamente gratificantes. Se diría que la dirección de los recientes acontecimientos habría puesto a Roderick Spode de un humor que

esperaría cualquier cosa y estaría preparado para ella, pero esta sencilla maniobra le pilló desprevenido. Con un agudo grito de angustia, me soltó la chaqueta y yo no me entretuve más. Bertram Wooster es un hombre que sabe cuándo estar y cuándo no estar entre los presentes. Cuando Bertram Wooster ve un león en su camino, se mete en una calle secundaria. Me marché a una velocidad impresionante, y sin duda habría cruzado el umbral como un rayo y aventajado a Gussie en uno o dos segundos, de no haber experimentado una colisión de cabeza con un cuerpo sólido que entraba en aquel momento. Recuerdo que pensé, cuando estábamos con los brazos enlazados, que en Totleigh Towers, si no era una cosa era otra.

Creo que fue el perfume de eau-de-Cologne que todavía emanaba de sus sienes lo que me permitió identificar a ese cuerpo sólido como el de la tía Dahlia, aunque, aun sin él, la palabrota digna de un carretero que salió de sus labios me habría puesto sobre la pista. Nos quedamos enlazados hechos un lío, y debimos de entrar un poco en la habitación, pues enseguida chocamos con la figura amortajada de Roderick Spode, que cuando la había visto por última vez se hallaba en el otro extremo de la habitación. Sin duda la explicación es que nosotros habíamos avanzado nornoreste y él había rodado sursuroeste, con el resultado de que nos habíamos juntado en el centro.

Spode, observé, cuando la razón comenzó a regresar a su trono, sujetaba a la tía Dahlia por la pierna izquierda, y no parecía que a ella le gustara mucho. Gran parte de su aliento le había sido arrebatado por el impacto de un sobrino en su diafragma, pero le quedaba el suficiente para permitirle protestar, y esto hacía con todo su fuego:

–¿Qué es esto? –preguntó acalorada–. ¿Un manicomio? ¿Todo el mundo se ha vuelto loco? Primero me encuentro con Spink-Bottle corriendo por el pasillo como un caballo salvaje. Después tú intentas pasar a través de mí como si yo fuera una flor del cardo. Y ahora este caballero amortajado me hace cosquillas en el tobillo, cosa que no me había sucedido desde el baile de la cacería de York y Ainsty del año 1921.

Estas protestas debieron de filtrarse hasta Spode, y es de suponer que ello agitó su mejor naturaleza, pues la soltó, y ella se levantó y se limpió el polvo del vestido.

–Bien –dijo, algo más calmada–. Una explicación, por favor, y categórica. ¿Qué

es esto? ¿De qué se trata? ¿Quién demonios está dentro de esta sábana?

Hice las presentaciones.

–Ya conoce a Spode, ¿verdad? Míster Roderick Spode, mistress Travers.

Spode se había quitado la sábana, pero el cuadro seguía en su lugar, y la tía Dahlia lo miró inquisitivamente.

–¿Por qué diantres tiene esa cosa alrededor del cuello? –preguntó. Luego, de un humor más tolerante, dijo–: Llévelo si quiere, claro, pero no le queda bien.

Spode no respondió. Respiraba pesadamente. No me extraña, en su lugar yo habría hecho lo mismo, pero el ruido no era agradable y deseé que no lo hiciera. También me miraba intensamente, y deseé que tampoco hiciera eso. Tenía la cara enrojecida, los ojos saltones, y daba la extraña impresión de que su pelo estaba de punta, como las púas del inquieto puercoespín, como lo expresó Jeeves una vez al describirme las reacciones de Barmy Fotheringay-Phipps al ver al caballo favorito, en el que había invertido mucho, llegar sexto en la carrera de primavera de Newmarket.

Recuerdo una vez, durante una desavenencia temporal con Jeeves, que contraté a un hombre de la oficina de empleo para que me sirviera en lugar de él, y no hacía una semana que estaba conmigo cuando una noche se emborrachó y prendió fuego a la casa e intentó rebanarme con el cuchillo de cortar carne. Dijo que quería ver el color de mis entrañas, nada menos. Y hasta ese momento siempre había considerado ese episodio como mi más dura experiencia. Entonces vi que debía colocarlo en segundo lugar.

El tipo de quien hablo era un alma simple y sin educación, y Spode un hombre de buena crianza, pero era evidente que había un punto en que sus almas se tocaban. No creo que tuvieran algo más en común, pero en cuestión de querer ver el color de mis entrañas sus mentes corrían paralelas. La única diferencia parecía ser que mientras mi empleado tenía intención de utilizar un cuchillo de cortar carne para sus excavaciones, Spode parecía contentarse con que el trabajo pudiera hacerse con las manos desnudas.

–Debo pedirle que nos deje, señora –dijo.

–Pero si acabo de llegar –dijo la tía Dahlia.

–Voy a zurrar a este hombre hasta dejarle medio muerto.

No era el tono más adecuado para hablar a la anciana parienta. Ella tiene un fuerte espíritu de tribu y, como he dicho, siente afecto por Bertram. Su frente se ensombreció.

–Usted no tocará a un sobrino mío.

–Voy a romperle todos y cada uno de los huesos de su cuerpo.

–Usted no hará nada de eso. ¡Qué idea!... ¡Eh, usted!

Elevó la voz bruscamente al pronunciar las palabras finales, y lo que le había hecho hacerlo era que Spode, en aquel momento, había efectuado un rápido movimiento en mi dirección.

Considerando la manera en que le brillaban los ojos y se le erizó el bigote, por no mencionar el rechinar de dientes y el siniestro movimiento de los dedos, fue un gesto del que podía esperarse que me enviara volando como un bailarín. Y de haber ocurrido un poco antes, sin duda lo habría hecho. Pero no volé. Me quedé donde estaba, tranquilo y calmado. Si me crucé de brazos o no, no puedo recordarlo, pero sí recuerdo que había una leve sonrisa divertida en mis labios.

Pues aquella breve palabra «usted» había logrado lo que un cuarto de hora de búsqueda había sido incapaz de lograr, es decir, la apertura de la fuente de la memoria. Las palabras de Jeeves acudieron a mí de súbito. Un instante antes tenía la mente en blanco, y al siguiente, la fuente de la memoria levantaba un surtidor. A menudo ocurre así.

–Un momento, Spode –dije tranquilamente–. Sólo un momento. Antes de que empiece a darse humos, puede que le interese saber que lo sé todo de Eulalie.

Fue asombroso. Me sentí como uno de esos tipos que oprimen un botón y hacen explotar minas. Si no hubiera sido porque mi fe implícita en Jeeves me había llevado a esperar resultados sólidos, me habría quedado estupefacto ante el efecto que estas palabras produjeron en aquel hombre. Se veía que le había penetrado y le había agitado como un batidor de huevos. Retrocedió como si hubiera tropezado con algo caliente, y una expresión de horror y alarma se extendió lentamente por su rostro.

Aquella situación me hizo recordar algo que me había sucedido una vez en Oxford, cuando mi corazón era joven. Fue durante la Semana de los Ocho, y me encontraba paseando por la orilla del río con una chica cuyo nombre había olvidado, cuando se oyó un ladrido y un perro enorme se acercó a la carrera, lleno de vigor, con la evidente intención de armar jaleo. Y estaba yo encomendando mi alma a Dios, y sintiendo que me arrancaría un pedazo de franela de los pantalones por valor de treinta chelines, cuando la chica, esperando hasta que vio el blanco de los ojos del perro, con extraordinaria presencia de ánimo, de repente abrió una sombrilla japonesa de vivos colores delante de la cara del animal. Con lo cual, éste dio tres saltos mortales hacia atrás y se retiró a la vida privada.

Excepto en que no dio salto mortal alguno hacia atrás, las reacciones de Roderick Spode fueron casi idénticas a las de ese perplejo sabueso. Por un momento, se limitó a quedarse boquiabierto. Luego dijo «¿Oh?». Luego, sus labios se torcieron en lo que tomé por su idea de una sonrisa conciliadora. Después, tragó saliva seis, o quizá fueron siete veces, como si se hubiera tragado una espina de pescado. Finalmente, habló. Y cuando lo hizo, fue lo más parecido a una paloma arrulladora que jamás había oído, y una paloma excepcionalmente mansa, diría.

–Oh, ¿de veras? –dijo.

–Sí –respondí.

Si me hubiera preguntado qué sabía de ella, me habría dejado bloqueado, pero no lo hizo.

–Esto..., ¿cómo lo ha descubierto?

–Tengo mis métodos.

–¿Oh? –dijo.

–Ah –respondí yo, y hubo un momento de silencio.

No habría creído posible que un tipo tan duro se acercara obsequiosamente, pero así fue como se acercó a mí. Había una mirada suplicante en sus ojos.

–Espero que lo guardará para usted mismo, Wooster. Lo guardará para usted

mismo, ¿verdad, Wooster?

–Lo haré...

–Gracias, Wooster.

–... con tal de que –proseguí– no se produzcan más exhibiciones extraordinarias por su parte de..., ¿cuál es la palabra?

Se acercó un poco más.

–Claro, claro. Me temo que he actuado con un poco de precipitación. –Alargó una mano y me alisó la manga–. ¿Le he arrugado la chaqueta, Wooster? Lo siento. Me he pasado. No volverá a ocurrir.

–Será mejor que no. ¡Cielo santo! Agarrar a la gente por la chaqueta y decir que le va a romper los huesos. Jamás había oído algo semejante.

–Lo sé. Lo sé. Estaba equivocado.

–Claro que estaba equivocado. En el futuro seré muy severo con estas cosas.

–Sí, sí, lo comprendo.

–No estoy en absoluto satisfecho con su comportamiento desde mi llegada a esta casa. La manera en que me miraba durante la cena. Quizá cree que la gente no se da cuenta de estas cosas, pero sí.

–Por supuesto, por supuesto.

–Y llamarme miserable gusano.

–Lamento haberle llamado miserable gusano, Wooster. He hablado sin pensar.

–Piense siempre, Spode. Bien, eso es todo. Puede retirarse.

–Buenas noches, Wooster.

–Buenas noches, Spode.

Salió apresuradamente con la cabeza inclinada, y yo me volví a la tía Dahlia, que

hacía ruidos como una motocicleta en un segundo plano. Me miraba con el aire de quien ha visto visiones. Y supongo que todo el asunto debía de haber sido extraordinariamente impresionante para el espectador casual.

–Bien, que me...

Aquí se detuvo, afortunadamente, quizá, pues es una mujer que, cuando está fuertemente conmovida, a veces tiene tendencia a olvidar que ya no se encuentra en el campo de cacería y el verbo, de haberle dado salida, habría podido resultar demasiado fuerte para la compañía.

–¡Bertie! ¿De qué iba todo eso?

Hice un gesto de indiferencia con la mano.

–Oh, sólo ha sido un engaño. Una manera de imponerme. Hay que mostrarse firmes con los tipos como Spode.

–¿Quién es Eulalie?

–Ah, ahí me ha pillado. Para información respecto de ese punto tendrá que recurrir a Jeeves. Y de nada servirá, porque las reglas del club son rígidas y sólo se permite a sus miembros saberlo. Jeeves –proseguí, dando el mérito a quien lo tenía, como tengo por costumbre– ha venido a mí hace un rato y me ha dicho que sólo tenía que informar a Spode de que lo sabía todo acerca de Eulalie para hacer que se arrugara como una pluma quemada. Y una pluma quemada, como ha visto, es precisamente lo que parecía al arrugarse. En cuanto a quién puede ser la citada, no tengo la más remota idea. Lo único que puedo decir es que es una parte del pasado de Spode y, me temo, una parte de mucho descrédito.

Suspiré, pues no estaba impasible.

–Pero cualquiera se puede imaginar la situación, creo, ¿verdad, tía Dahlia? La confiada chica que se enteró demasiado tarde de que los hombres traicionan..., el pequeño fardo..., el último paseo triste por la orilla del río..., la salpicadura..., el grito burbujeante..., eso me imagino. No me extraña que ese hombre palidezca ante la idea de que el mundo lo sepa.

La tía Dahlia respiró hondo. Una especie de expresión de Despertar del Alma había aparecido en su rostro.

–¡Bendito chantaje! Es inmejorable. Siempre lo he dicho y siempre lo diré. Funciona como la magia en una emergencia. Bertie –exclamó–, ¿te das cuenta de lo que esto significa?

–¿Qué significa, anciana parienta?

–Ahora que tienes a Spode en tus manos, el único obstáculo para que robes esa vaca-jarrita ha desaparecido. Puedes bajar y cogerla esta noche.

Meneé la cabeza con pesar. Había temido que mirara ese aspecto del asunto. Me obligó a arrebatarle la copa de júbilo de sus labios, algo siempre desagradable de hacer a una tía que le ha hecho jugar a uno sobre sus rodillas cuando niño.

–No –dije–. En eso se equivoca. Si me disculpa que se lo diga, habla como una imbécil. Spode puede que haya dejado de ser un peligro, pero eso no cambia el hecho de que Stiffy todavía tiene el cuaderno. Antes de dar un solo paso en la dirección de la vaca-jarrita, tengo que conseguirlo.

–Pero ¿por qué? Ah, supongo que no te has enterado. Madeline Bassett ha roto su compromiso con Spink-Bottle. Me lo acaba de decir ella en la más estricta confianza. Bien, entonces, el inconveniente que antes había era que la joven Stephanie podía provocar la ruptura del compromiso al enseñar al viejo Bassett el cuaderno. Pero si ya está roto...

Volví a menear la cabeza.

–Mi querida razonadora errónea –dije–, se equivoca. Mientras Stiffy retenga ese cuaderno, no puede ser mostrado a Madeline Bassett. Y sólo si se lo muestra a Madeline Bassett puede Gussie demostrarle que su móvil al pellizcar las piernas de Stiffy no era lo que ella suponía. Y sólo si le demuestra que su móvil no era lo que ella suponía podrá él cuadrarse y efectuar una reconciliación. Y sólo si se cuadra y efectúa una reconciliación podré yo eludir la desagradable necesidad de tener que casarme con esta puñetera Bassett. No, repito. Antes de hacer cualquier cosa, tengo que conseguir ese cuaderno.

Mi despiadado análisis de la situación surtió efecto. Por la actitud de mi tía era evidente que lo había comprendido. Por unos momentos se quedó sentada mordiéndose el labio inferior en silencio, frunciendo el ceño como una tía que se ha tragado una copa amarga.

–Bien, ¿cómo vas a conseguirlo?

–Me propongo registrar su habitación.

–¿Y de qué servirá eso?

–Mi querida y anciana parienta, las investigaciones de Gussie ya han revelado que el objeto no se halla sobre su persona. Razonando, hemos llegado a la conclusión de que tiene que estar en su habitación.

–Sí, pero, pobre asno, ¿dónde en su habitación? Puede estar en cualquier sitio. Y esté donde esté, puedes estar seguro de que está bien escondido. Supongo que no has pensado en eso.

En realidad, no lo había hecho, e imagino que mi brusco «¡Oh, ah!» debió de revelarlo, pues ella soltó un bufido como un bisonte en el abrevadero.

–Sin duda creías que estaría sobre el tocador. Está bien, registra su habitación, si quieres. No hay mal alguno en ello, supongo. Así tendrás algo que hacer y te mantendrás lejos de las tabernas. Entretanto, yo me marcharé y empezaré a pensar en algo sensato. Es hora de que uno de los dos lo haga.

Se detuvo ante la repisa de la chimenea, cogió un caballo de porcelana que había allí y lo arrojó al suelo y después saltó sobre los fragmentos; luego se marchó. Y yo, algo descompuesto, pues creía que lo tenía todo bien planeado y había descubierto con sorpresa que no era así, me senté y empecé a estrujarme el cerebro.

Cuanto más me lo estrujaba, más obligado me veía a admitir que mi parienta tenía razón. Al echar una mirada a mi propia habitación, vi al primer vistazo una docena de lugares donde, si hubiera tenido que esconder un pequeño objeto como un cuaderno forrado de cuero lleno de críticas del método de tomar sopa del viejo Bassett, habría podido hacerlo con facilidad. Era de suponer que en la guarida de Stiffy sucediera lo mismo. Por lo tanto, al ir allí, me embarcaría en una búsqueda bien calculada para confundir al sabueso más brillante, por no hablar del tipo que desde la infancia siempre había sido un desastre en el juego del escondite.

Para dar al cerebro un descanso antes de volver a intentar resolver el problema, reanudé mi lectura. Y, por Cristo, no había leído más de media página cuando

proferí un grito. Había tropezado con un pasaje importante.

–Jeeves –dije, dirigiéndome a él cuando entró un momento más tarde–, acabo de tropezar con un pasaje importante.

–¿Señor?

Vi que había sido demasiado brusco, y que se requerían notas a pie de página.

–En esta novela de misterio que estoy leyendo –expliqué–. Pero espere. Antes de mostrárselo, me gustaría pagarle tributo por la exactitud de su información en lo referente a Spode. Un cordial agradecimiento, Jeeves. Ha dicho que el nombre de Eulalie le haría palidecer, y eso ha hecho. Spode, qua amenaza..., ¿es qua?

–Sí, señor. Es correcto.

–Eso creía. Bien, Spode, qua amenaza, es un tipo acabado. Se ha retirado y ha dejado de funcionar.

–Eso es muy gratificante, señor.

–Muchísimo. Pero todavía nos enfrentamos con otro problema, esa joven Stiffy sigue en posesión del cuaderno. Ese cuaderno, Jeeves, debe ser localizado y recuperado antes de poder movernos en cualquier otra dirección. La tía Dahlia acaba de marcharse deprimida, porque, si bien acepta que el maldito objeto casi con seguridad está escondido en la habitación de esa chica, no tiene esperanzas de que se le pueda poner las manos encima. Dice que puede estar en cualquier sitio y que indudablemente está escondido con cuidado.

–Ésa es la dificultad, señor.

–Sí. Pero ahí es donde entra el pasaje importante. Señala el camino y coloca los pies en el sendero adecuado. Se lo leeré. El detective habla a este sujeto, y el plural se refiere a unos granujas hasta ahora no identificados que han saqueado la habitación de una chica con la esperanza de encontrar las joyas desaparecidas. Escuche con atención, Jeeves: «Al parecer han mirado por todas partes, mi querido Postlethwaite, excepto en el único lugar donde podrían esperar encontrar algo. Aficionados, Postlethwaite, simples aficionados. No se les ocurrió mirar encima del armario, el primer lugar en que cualquier ladrón experimentado piensa, porque», fíjese en lo que sigue, «porque sabe que es el escondrijo

favorito de toda mujer.»

Le miré con intensidad.

–¿Comprende el profundo significado de esto, Jeeves?

–Si interpreto bien su significado, señor, ¿sugiere usted que el cuaderno de míster Fink-Nottle puede estar escondido encima del armario de la habitación de miss Byng?

–No «puede», Jeeves, sino «debe». No veo cómo puede estar escondido en otro sitio. Este detective no es tonto. Si él dice una cosa así, es que es así. Tengo toda la confianza en este tipo, y estoy preparado para seguir su sugerencia sin cuestionarla.

–Pero, señor, ¿no estará usted proponiendo...?

–Sí. Voy a hacerlo inmediatamente. Stiffy ha ido al Instituto del Obrero, y tardará mucho en regresar. Es absurdo suponer que una manada de Madres del Pueblo van a quedar saciadas con diapositivas en color de Tierra Santa, más acompañamiento de piano, en menos de dos horas. Así que es el momento de operar, mientras no hay moros en la costa. Apréstese para la lucha, Jeeves, y acompáñeme.

–Bien, realmente, señor...

–Y no diga «Bien, realmente, señor». Ya he tenido ocasión anteriormente de regañarle por este hábito que tiene de decir «Bien, realmente, señor» con esa voz espesa, cuando yo indico alguna línea de acción estratégica. Lo que quiero de usted es menos «Bien, realmente, señor» y más ganas de empezar a trabajar.

–Sí, señor.

–Entonces, ¡adelante!

No puedo decir, a pesar del impulso estimulante que había exhibido en el anterior diálogo, que me encaminara a mi destino en un estado mental muy animado. De hecho, cuanto más cerca de él estaba, menos animado me sentía. Había sido igual la vez en que me dejé convencer por Roberta Wickham de ir a pinchar aquella bolsa de agua caliente. Detesto estos paseos subrepticios.

Bertram Wooster es un hombre al que le gusta ir por el mundo con la cabeza alta y los dos pies en el suelo, no ir de puntillas con la espalda encorvada.

Precisamente porque había previsto estas reacciones había estado tan ansioso por que Jeeves me acompañara y me prestara apoyo moral, y me encontré deseando que me animara más y me diera más apoyo moral. Yo había esperado servicio complaciente y cooperación altruista, y no me lo proporcionaba. Su actitud desde el principio daba a entender una reservada desaprobación. Parecía disociarse enteramente del asunto, y a mí me sabía mal.

Debido a esa reserva por su parte y a ese resentimiento por la mía, efectuamos el trayecto en silencio, y en silencio entramos en la habitación y encendimos la luz.

La primera impresión que recibí al echar un vistazo a la estancia fue que a una joven renacuajo de la precaria actitud moral de Stiffy le había ido muy bien en la cuestión de alojamiento. Totleigh Towers era una de esas casas de campo que habían sido construidas en una época en que la gente que proyectaba un nidito tenía la idea de que un dormitorio no era un dormitorio si no se podía ofrecer en él un baile informal de unas cincuenta parejas, y este lugar podía haber acomodado a una docena de Stiffys. Al resplandor de la pequeña luz eléctrica del techo, el puñetero lugar parecía extenderse varios kilómetros en cada dirección, y el pensamiento de que si aquel detective no tenía controlada la situación el cuaderno de Gussie podía estar escondido en cualquier parte en aquellos grandes espacios me produjo un escalofrío.

Me encontraba esperando lo mejor, cuando mis meditaciones fueron interrumpidas por una especie de ruido extraño, algo como una estática y algo como un trueno distante, y, para abreviar una larga historia, el ruido resultó proceder de la laringe del perro Bartholomew.

El animal estaba sobre la cama, afilando sus garras en la colcha, y tan fácil era interpretar el mensaje que revelaban sus ojos que actuamos como dos mentes pero con un solo pensamiento. En el momento exacto en que yo me subí como un águila a la cómoda, Jeeves se elevaba como una golondrina encima del armario. El animal saltó de la cama y, tras avanzar hasta el centro de la habitación, tomó asiento, respiró por la nariz con un curioso sonido sibilante y nos miró desde debajo de las cejas como un predicador laico escocés dando una reprimenda desde el púlpito.

Y así quedó el asunto durante un rato...

8

Jeeves fue el primero en romper el silencio más bien tenso.

–Al parecer el cuaderno no está aquí, señor.

–¿Eh?

–He registrado la parte superior del armario, señor, pero no he encontrado el cuaderno.

Puede ser que mi respuesta pecara un poco de aspereza. El hecho de haber escapado por los pelos de aquellas fauces feroces me había dejado un poco nervioso.

–¡A la porra el cuaderno, Jeeves! ¿Qué me dice de este perro?

–Sí, señor.

–¿Qué quiere decir con «Sí, señor»?

–Trataba de transmitirle que aprecio el tema que ha planteado, señor. La aparición inesperada del animal presenta incuestionablemente un problema. Si continúa manteniendo su actitud actual, no nos será fácil proseguir la búsqueda del cuaderno de míster Fink-Nottle. Nuestra libertad de acción se verá necesariamente circunscrita.

–Entonces, ¿qué hay que hacer?

–Es difícil decirlo, señor.

–¿No tiene alguna idea?

–No, señor.

Podía haber dicho algo amargo y punzante al oír esto –no sé qué, pero algo– pero me contuve. Comprendí que era bastante duro por parte de aquel hombre, por muy sobresaliente que fuera su talento, esperar que tuviera una idea cada

vez, sin fallar. No cabía duda de que la brillante inspiración suya que me había llevado a mi triunfo sobre las fuerzas de la oscuridad representadas por R. Spode le habían supuesto un gran esfuerzo, lo que había dejado su cerebro un poco fláccido por el momento. Uno sólo podía esperar que la maquinaria se pusiera pronto en marcha otra vez y nos permitiera buscar nuevos altos niveles de éxito.

Y me parecía mientras le seguía dando vueltas al asunto en mi cabeza, que cuanto antes mejor, ya que era evidente que nada iba a hacer mover a aquella excrecencia canina excepto una ofensiva en gran escala, gallardamente concebida y hábilmente llevada a cabo. No creo haber visto alguna vez un perro que transmitiera más vivamente la impresión de estar arraigado en el lugar y preparado para permanecer allí hasta que las vacas –en este caso, su propietaria– regresaran a casa. Y lo que iba a decir a Stiffy si regresaba y me encontraba encaramado a su cómoda era algo que no había pensado todavía con detalle.

Al observar al animal clavado allí, pronto me encontré muy irritado. Recuerdo que Freddie Widgeon, que una vez fue acosado por un perro alsaciano y se refugió en lo alto de un armario durante una visita a una casa de campo, me contó que lo que más le había desagradado del asunto era la indignidad de todo ello –el golpe al orgullo, si saben a lo que me refiero–, la sensación, en fin, de que él, el Heredero de los Siglos, como se podría decir, estaba sobre un armario a capricho de un puñetero perro.

A mí me sucedía lo mismo. No es que quiera alardear de mi antiguo linaje, claro, pero al fin y al cabo los Wooster llegaron con el Conquistador y fueron extremadamente amigos de éste, y llegar con los conquistadores no sirve de mucho si uno simplemente va a terminar perseguido por un terrier de Aberdeen.

Estas reflexiones produjeron el efecto de ponerme de mal humor, y miraba al animal con bastante acritud.

–Yo lo llamo monstruoso, Jeeves –dije, expresando en voz alta el hilo de mis pensamientos–, el que este perro gandulee en un dormitorio. Es de lo más antihigiénico.

–Sí, señor.

–Los perros huelen, incluso los mejores. Recordará cómo apestaba McIntosh, el de mi tía Agatha, cuando disfrutó de mi hospitalidad. Con frecuencia se lo mencionaba a usted.

–Sí, señor.

–Y éste todavía es peor. Es evidente que deberían haberle alojado en los establos. Dios mío, entre un perro en la habitación de Stiffy y salamandras en la de Gussie, Totleigh Towers no está lejos de ser un lazareto.

–No, señor.

–Y considere el asunto desde otro ángulo –dije, acalorándome–. Me refiero al peligro de mantener un perro de esta naturaleza y disposición en un dormitorio, donde puede saltar sobre cualquiera que entre. Usted y yo somos capaces de cuidar de nosotros mismos en una emergencia como ha sido el caso, pero suponga que hubiéramos sido una doncella muy nerviosa.

–Sí, señor.

–Puedo verla entrar en la habitación para hacer la cama. Me la imagino como una frágil muchacha con grandes ojos y expresión tímida. Cruza el umbral. Se acerca a la cama. Y salta sobre ella este perro devorador de hombres. No me gusta pensar en las consecuencias.

–No, señor.

Fruncí el ceño.

–Me gustaría –dije– que en lugar de estar ahí sentado diciendo «Sí, señor» y «No, señor», Jeeves, hiciera algo.

–Pero ¿qué puedo hacer, señor?

–Ponerse en acción, Jeeves. Esto es lo que aquí se requiere: acción decisiva. Me pregunto si se acuerda de una visita que una vez hicimos a la residencia de mi tía Agatha en Woollam Chersey, en el condado de Herts. Para refrescarle la memoria, fue la ocasión en que, en compañía del muy honorable A. B. Filmer, el ministro, fui perseguido hasta el tejado de una cabaña de la isla del lago por un cisne furioso.

–Recuerdo muy bien el incidente, señor.

–Yo también. Y la imagen grabada más profundamente en mi retina mental...,

¿es la expresión correcta?

–Sí, señor.

–... es la de usted haciendo frente a aquel cisne de la manera más intrépida lanzándole un impermeable sobre la cabeza, con lo que desbarató así sus planes y le obligó a revisar su estrategia del principio al fin. Fue un hermoso trabajo. No sé cuándo he visto algo mejor.

–Gracias, señor. Me alegro de que le satisficiera.

–Sin duda lo hizo, Jeeves, en gran medida. Y lo que ha cruzado mi mente es que una operación similar haría que este perro se sintiera bastante bobo.

–No cabe duda, señor. Pero no tengo impermeable.

–Entonces le aconsejaría que viera lo que puede hacer con una sábana. Y en caso de que se pregunte si una sábana funcionaría igual de bien, puedo decirle que antes de que viniera usted a mi habitación yo he obtenido resultados admirables con una en el caso de míster Spode. Le ha costado lo suyo deshacerse de la sábana.

–¿De veras, señor?

–Se lo aseguro, Jeeves. No podría desear mejor arma que una sábana. En la cama hay una.

–Sí, señor. En la cama.

Hubo una pausa. Yo estaba poco dispuesto a agraviar a aquel hombre, pero si esto no era un nolle prosequi, no lo reconocía cuando lo veía. La mirada distante y poco entusiasta en su semblante me indicó que yo tenía razón, y me dediqué a picarle en su orgullo, como Gussie había hecho conmigo en nuestros pourparlers en el asunto de Spode.

–¿Tiene miedo de un perrito pequeño, Jeeves?

Me corrigió con respeto, dando su opinión de que el mencionado perro no era un perrito pequeño, sino muy por encima de la media en cuanto a desarrollo muscular. En particular, me hizo observar la dentadura del animal.

Le tranquilicé.

–Creo que si diera un salto repentino, descubriría que su dentadura no intervenía en absoluto. Podría saltar hasta la cama, coger una sábana y envolverle en ella antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, y ya estaría.

–Sí, señor.

–Bueno, ¿dará usted un salto repentino?

–No, señor.

Siguió un silencio bastante tenso, durante el cual el perro Bartholomew siguió mirándome sin pestañear, y una vez más me di cuenta de la expresión de superioridad, mojigata, de su cara, y me sentó mal. Nada puede hacer agradable la experiencia de verse obligado a encaramarse a una cómoda a causa de un terrier de Aberdeen, pero me pareció que al menos se podía esperar en semejante ocasión que el animal se quedara a medio camino y no echara sal sobre la herida mirándole a uno como si le preguntara si estaba a salvo.

Con la esperanza de borrar esa expresión de su cara hice un gesto. Había un pedazo de vela en un candelero a mi lado, y se lo arrojé al pequeño sinvergüenza. Se lo comió con lo que pareció deleite, sacó tiempo brevemente para vomitar, y reanudó su silenciosa mirada. Y en ese momento se abrió la puerta y entró Stiffy, horas antes de lo que yo la esperaba.

Lo primero que se grababa en uno al verla era que no se encontraba animada como de costumbre. Stiffy, por regla general, es una chica que se mueve airosa de un lado a otro –elasticidad de la juventud, creo que es la expresión–, pero en ese momento entró con paso lento como un remero del Volga. Nos lanzó una mirada apagada y, después de un breve «Hola, Bertie. Hola, Jeeves», pareció despedirnos de sus pensamientos. Se dirigió hacia el tocador y, después de sacarse el sombrero, se sentó mirándose al espejo con ojos sombríos. Era evidente que por alguna razón su alma se había deshinchado, y al ver que si yo no iniciaba la conversación iba a producirse una de esas torpes pausas, lo hice.

–Eh, hola, Stiffy.

–Hola. Agradable velada. Tu perro acaba de vomitar en la alfombra.

Todo esto, por supuesto, era tan sólo para introducir el tema principal, el cual procedí entonces a abordar.

–Bueno, Stiffy, supongo que te sorprende vernos aquí.

–No, no me sorprende. ¿Habéis estado buscando ese cuaderno?

–Vaya, sí. Tienes razón. Aunque, en realidad, no habíamos empezado. Nos lo ha impedido el guauguau. –Hablé con ligereza, observarán. Siempre es el mejor método en estos casos–. Se ha tomado a mal nuestra entrada.

–¿Ah, sí?

–Sí. ¿Sería mucho pedirte que le ataras la correa al collar, para que el mundo sea seguro para la democracia?

–Sí, sería mucho pedirme.

–Seguramente deseas salvar la vida de dos criaturas como tú, ¿no?

–No, no lo deseo. No si son hombres. Detesto a todos los hombres. Espero que Bartholomew os muerda.

Vi que poco iba a ganarse abordando el problema desde aquel ángulo. Me agarré a otro point d’appui.

–No te esperaba –dije–. Creía que habías ido al Instituto del Obrero para tocar el piano como acompañamiento a la colorida conferencia del viejo Stinker sobre Tierra Santa.

–Eso he hecho.

–Has regresado pronto, ¿no?

–Sí. La conferencia se ha cancelado. Harold ha roto las diapositivas.

–¿Ah, sí? –dije, sintiendo que era la clase de tipo que rompería diapositivas–. ¿Qué ha ocurrido?

Ella pasó una mano lánguida por la frente del perro Bartholomew, que se había acercado a ella para confraternizar.

–Las ha tirado.

–¿Qué le ha impulsado a hacerlo?

–Ha tenido una fuerte sorpresa cuando he roto nuestro compromiso.

–¿Qué?

–Sí. –Un destello apareció en sus ojos, como si reviviera escenas desagradables, y su voz adoptó la agudeza metálica que tan a menudo he observado en la de mi tía Agatha durante nuestros encuentros. Su languidez desapareció, y por primera vez habló con vehemencia de niña–. He ido a la casa de campo de Harold, y he entrado, y después de hablar de cosas sin importancia durante un rato, he dicho «¿Cuándo vas a birlar el casco de Eustace Oates, cariño?». Y, no lo creerás, me ha mirado de una manera horrible, tímida, avergonzada, y me ha dicho que había estado luchando con su conciencia con la esperanza de obtener su aprobación, pero que simplemente no quería ni oír hablar de birlar el casco de Eustace Oates, así que quedaba anulado. «¿Ah, sí?», he dicho, levantándome. «Todo anulado, ¿no? Bueno, también lo está nuestro compromiso», y ha lanzado un par de puñados de diapositivas a todo color de Tierra Santa y me he ido.

–No hablarás en serio.

–Sí. Y considero que he tenido una salida muy afortunada. Si es un hombre que va a negarme todas las cosas que le pida, me alegro de haberlo averiguado a tiempo. Estoy encantada con todo el asunto.

Aquí, sorbiendo por la nariz, escondió la cabeza entre las manos y estalló en lo que se llaman sollozos incontrolables.

Bueno, era muy doloroso, claro, y no se equivocarían mucho si dijeran que yo compartía su dolor. No creo que hubiera en el distrito postal W1 de Londres un hombre más conmovido por la pena de una mujer que yo. Por menos de nada, si me hubiera hallado un poco más cerca, le habría dado unas palmaditas en la cabeza. Pero aunque existe esta vena amable en los Wooster, también existe otra práctica, y no tardé mucho en ver el lado brillante de todo esto.

–Bueno, es una lástima –dije–. El corazón sangra. ¿Eh, Jeeves?

–Claramente, señor.

–Sí, por Dios, sangra profusamente, y supongo que lo único que se puede decir es que se espera que el Tiempo, el gran sanador, cerrará al final la herida. Sin embargo, como en estas circunstancias ya no necesitarás, por supuesto, ese cuaderno de Gussie, ¿y si nos lo dieras?

–¿Qué?

–He dicho, que si tu proyectada unión con Stinker está cancelada, ya no desearás conservar ese cuaderno de Gussie entre tus efectos...

–Oh, no me molestes ahora con cuadernos.

–No, no. Por nada del mundo. Lo único que digo es que si, a tu comodidad, eliges el momento que más te convenga, no te importará dárnoslo...

–Oh, está bien. Pero no puedo dároslo ahora. No está aquí.

–¿Que no está aquí?

–No. Lo puse... Eh, ¿qué es eso?

Lo que le había hecho suspender sus comentarios justo en el momento en que se hacían más interesantes eran unos repentinos golpes. Una especie de tap-tap-tap. Venían de la ventana.

La habitación de Stiffy, debería haberlo mencionado, además de estar equipada con camas de columnas, valiosos cuadros, sillas ricamente tapizadas y toda clase de cosas demasiado buenas para una joven mequetrefe que mordía la mano que la alimentaba causándole la máxima alarma y abatimiento, tenía balcón. Era de este balcón de donde procedía el golpeteo, lo que hacía pensar que había alguien fuera.

Que el perro Bartholomew había llegado a esta conclusión se demostró inmediatamente por la agilidad con que saltó hasta la ventana y empezó a intentar abrirse paso a mordiscos. Hasta entonces se había mostrado como un perro de fuertes reservas, que se contentaba simplemente con estar sentado y mirar, pero en aquel momento estaba lleno de extraños juramentos. Y confieso que mientras observaba sus mordiscos y escuchaba sus observaciones me congratulé por la prontitud con que me había subido a aquella cómoda. Ese Bartholomew Byng era un rompehuesos. Reacio como soy siempre a criticar los

actos de la sabia Providencia, no veía por qué un perro del tamaño de éste tenía que haber sido provisto de las mandíbulas y la dentadura de un cocodrilo. Con todo, ya era demasiado tarde para hacer algo, por supuesto.

Stiffy, después de ese momento de inacción sorprendida que cabía esperar en una muchacha que oye que llaman a su ventana, se había levantado para ir a investigar. Desde donde yo me encontraba no veía nada, pero ella evidentemente se hallaba mejor situada. Cuando apartó la cortina, vi que se llevaba una mano a la garganta, como en las obras de teatro, y un fuerte grito escapó de ella, audible incluso a pesar del espantoso ruido que procedía de los labios del babeante terrier.

–¡Harold! –exclamó ella, y utilizando la lógica, supuse que el tipo del balcón debía de ser el viejo Stinker Pinker, mi cura favorito.

La muchachita había pronunciado su nombre con una especie de grito alegre, como el de una mujer que se reúne con su amante demonio, pero era evidente que la reflexión le había indicado que, después de lo que había ocurrido entre aquel hombre de Dios y ella, ése no era el tono adecuado. Sus siguientes palabras fueron pronunciadas con un tono frío, hostil. Las oí, porque ella se había agachado y había cogido al granuja de Bartholomew y le había tapado la boca con la mano para amortiguar sus gritos, algo que yo no habría hecho ni por todo el dinero del mundo.

–¿Qué quieres?

Debido a la calma por parte de Bartholomew, la conversación en ese momento me llegaba bien. La voz de Stinker quedaba un poco amortiguada por el cristal de la ventana, pero le entendí bien.

–¡Stiffy!

–¿Qué quieres?

–¿Puedo entrar?

–No, no puedes.

–Te he traído una cosa.

Un repentino grito de éxtasis surgió de la joven muchachita.

–¡Harold! ¡Ángel mío! ¿Lo has cogido, después de todo?

–Sí.

–¡Oh, Harold, mi sueño de la felicidad!

Abrió la ventana con dedos impacientes, y una corriente de aire frío entró y me dio en los tobillos. No fue seguida, como yo había supuesto, por el viejo Stinker. Él siguió fuera, y un momento más tarde se aclaró el motivo por el que lo hacía.

–Eh..., Stiffy, muchacha, ¿ese sabueso tuyo está bajo control?

–Sí. Espera un momento.

Llevó el animal al armario, lo metió dentro y cerró la puerta. Y por el hecho de que no se recibieron más boletines de él, imagino que se enroscó y se puso a dormir. Estos perros son filósofos, muy capaces de adaptarse a condiciones variables.

–El camino está despejado, ángel mío –dijo, y volvió a la ventana, adonde llegó a tiempo para ser envuelta en el abrazo de Stinker, que entraba.

No fue fácil, por unos momentos, distinguir los ingredientes masculinos de los femeninos en el enredo que siguió, pero al final se separaron y pude verle bien. Y cuando lo hice, observé que había más de él que cuando le había visto por última vez. La mantequilla del campo y la vida fácil que llevan esos curas habían añadido algunos kilos a su siempre impresionante figura. Para encontrar al Stinker esbelto y bien entrenado de mi juventud, me pareció que habría que pillarle en Cuaresma.

Pero pronto percibí que el cambio operado en él era puramente superficial. La manera en que en ese momento tropezó con la alfombra y salió disparado hasta chocar con una mesa y desbaratarlo todo con su antigua perfección me demostró que en el fondo seguía siendo el mismo hombre alegre pero torpe, con dos pies izquierdos, que siempre había sido constitucionalmente incapaz de caminar por el gran desierto de Gobi sin volcar algo.

La cara de Stinker en los días del viejo colegio había brillado de salud y

cordialidad. La salud todavía estaba allí –parecía una remolacha clerical–, pero de la cordialidad en aquellos momentos noté más bien escasez. Sus facciones estaban contraídas, como si la conciencia le royera las partes vitales. Y sin duda lo hacía, pues en una mano llevaba el casco que yo últimamente había visto posado en la cúpula del agente Eustace Oates. Con un rápido movimiento impulsivo, como el de un hombre que intenta librarse de un pez muerto, se lo entregó a Stiffy, quien lo recibió con un suave y tierno gritito de éxtasis.

–Te lo he traído –dijo él apagado.

–¡Oh, Harold!

–También te he traído los guantes. Te los has dejado olvidados. Al menos, te he traído uno. No he podido encontrar el otro.

–Gracias, cariño. Pero los guantes no me importan, mi hombre maravilloso. Cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Iba él a hacerlo cuando se detuvo, y vi que me miraba con una expresión febril en sus ojos. Luego se volvió y miró a Jeeves. Se podía leer lo que le pasaba por la mente. Debatía consigo mismo si éramos reales o si la tensión nerviosa a la que había estado sometido le hacía ver cosas.

–Stiffy –dijo, bajando la voz–, no mires ahora, pero ¿hay algo sobre la cómoda?

–¿Eh? Ah, sí, es Bertie Wooster.

–¿Ah, sí? –dijo Stinker, animándose visiblemente–. No estaba seguro. ¿Hay alguien también sobre el armario?

–Ése es el criado de Bertie, Jeeves.

–¿Cómo está usted? –dijo Stinker.

–Encantado de conocerle –dijo Jeeves.

Bajamos, y yo me adelanté con la mano extendida, ansioso por que la reunión prosiguiera.

–Eh, hola, Stinker.

–Hola, Bertie.

–Hace mucho tiempo que no nos veíamos.

–Sí, bastante.

–Me han dicho que eres cura.

–Sí, así es.

–¿Cómo están las almas?

–Oh, bien, gracias.

Hubo una pausa, y supongo que le habría preguntado si había visto a Fulano de Tal últimamente o si sabía qué se había hecho del viejo Zutano, como se hace cuando la conversación muestra una tendencia a desvanecerse en esas ocasiones en que antiguos compañeros de colegio vuelven a encontrarse tras una larga separación. Pero antes de poder hacerlo, Stiffy, que había estado canturreando sobre el casco como una madre sobre la cuna de su hijo dormido, se lo puso en la cabeza con una alegre risa, y el espectáculo pareció devolver a Stinker la noción de lo que había hecho. Probablemente han oído ustedes decir «El pobre hombre parecía totalmente consciente de su situación». Ése era Harold Pinker en ese momento. Dio un respingo como un caballo asustado, volcó otra mesa, se tambaleó hasta una silla, la volcó, la levantó, se sentó y escondió la cara en las manos.

–¡Si la clase de la Biblia para niños se enterara de esto! –dijo, con fuertes estremecimientos.

Comprendí lo que quería decir. Un hombre de su posición tenía que vigilar. Lo que la gente espera de un cura es un cumplimiento celoso de sus obligaciones parroquiales. Les gusta pensar que es un tipo que predica acerca de los hivitas, jebuseos y qué sé yo, dice la palabra adecuada al reincidente, lleva sopa y mantas a los necesitados postrados en la cama, y todo eso. Cuando descubrieran que se dedicaba a robar cascos de policía, se mirarían unos a otros con la ceja levantada en gesto de censura, y se preguntarían si él era el hombre adecuado para ese trabajo. Eso era lo que preocupaba a Stinker y le impedía ser el viejo cura efervescente cuya alegre risa había hecho que el último picnic de la escuela fuera tan bien.

Stiffy se dedicó a animarle.

–Lo siento, cariño. Si te disgusta, lo guardaré. –Cruzó la habitación hasta la cómoda y guardó el casco–. Pero no puedo imaginar por qué te disgusta –dijo al volver–. Pensé que te haría feliz y te sentirías orgulloso. Y ahora cuéntame todo lo que ha sucedido.

–Sí –dije–. Me gustaría oír la historia de primera mano.

–¿Te has acercado a él sigilosamente por detrás, como un leopardo? –preguntó Stiffy.

–Claro que lo ha hecho –dije, previniendo a aquella boba–. No supondrás que ha ido caminando a plena vista de ese tipo. Sin duda le has seguido con infatigable tortuosidad, ¿eh, Stinker?, y has realizado el acto cuando él estaba relajándose en una escalera y fumándose una tranquila pipa.

Stinker permaneció mirando fijo al frente, con aquella expresión cansada.

–No estaba en la escalera. Se apoyaba en ella. Cuando me has dejado, Stiffy, he salido a dar un paseo para pensar, y acababa de cruzar el prado de Plunkett e iba a subir los escalones para ir al de al lado, cuando he visto algo oscuro frente a mí, y allí estaba él.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza. Podía visualizar la escena.

–Espero –dije– que recordaras darle primero el empujón hacia delante antes de quitarle el casco.

–No ha sido necesario. El casco no estaba en su cabeza. Se lo había sacado y lo había dejado en el suelo. Y yo me he limitado a acercarme con sigilo y lo he cogido.

Di un respingo, frunciendo un poco los labios.

–Eso no vale, Stinker.

–Sí –dijo Stiffy, con una buena cantidad de calor–. A mí me parece que ha sido muy listo.

Yo no podía volverme atrás. En Los Zánganos, tenemos opiniones fuertes sobre estas cosas.

–Hay una manera correcta y una manera incorrecta de birlar el casco de un policía –dije con firmeza.

–Estás diciendo tonterías –dijo Stiffy–. Creo que eres maravilloso, cariño.

Me encogí de hombros.

–¿Qué le parece a usted, Jeeves?

–No creo que sea adecuado que ofrezca una opinión, señor.

–No –dijo Stiffy–. Y tampoco es adecuado que tú ofrezcas una opinión, joven cara de tarta Bertie Wooster. ¿Quién te crees que eres –preguntó con renovado calor– para entrar en el dormitorio de una chica y opinar acerca de la manera correcta y la manera incorrecta de birlar cascos? No es que tú seas una maravilla en ello, considerando que fuiste apresado y arrastrado al día siguiente a Bosher Street, donde tuviste que humillarte ante el tío Watkyn con la esperanza de salir con una multa.

Repliqué rápidamente.

–No me humillé ante él. Mi actitud fue calmada y digna, como la de un indio piel roja en la hoguera. Y cuando dices que esperaba salir con una multa...

Aquí Stiffy me interrumpió para rogarme que me callara.

–Bueno, lo único que iba a decir era que la sentencia me sorprendió. Me parecía que era motivo para una simple reprimenda. Sin embargo, esto no viene al caso, que es que Stinker, en su reciente encuentro, no ha seguido las reglas del juego. Considero su conducta moralmente equivalente a disparar a un pájaro que está inmóvil. No puedo cambiar mi opinión.

–Y yo no puedo cambiar mi opinión de que nada tienes que hacer en mi dormitorio. ¿Qué haces aquí?

–Sí, eso me preguntaba yo –dijo Stinker, abordando el tema por primera vez.

Y, por supuesto, me di cuenta de que podría muy bien sorprenderse al descubrir a esta multitud en lo que él suponía era el dormitorio exclusivo de su amada.

La miré con severidad.

–Ya sabes lo que hago aquí. Te lo he dicho. He venido...

–Ah, sí. Bertie ha venido a pedirme prestado un libro, cariño. Pero –sus ojos miraron los míos de una manera fría y siniestra– me temo que no puedo prestárselo todavía. No lo he terminado. Por cierto –prosiguió, reteniéndome aún con aquella mirada–, Bertie dice que le encantará ayudarnos en el plan de la vaca-jarrita.

–¿Lo harás, viejo amigo? –dijo Stinker ansioso.

–Claro que lo hará –dijo Stiffy–. Estaba diciéndome el placer que le produciría hacerlo.

–¿No te importará que te dé un golpe en la nariz?

–Claro que no le importará.

–Ya sabes, tiene que haber sangre. La sangre es esencial.

–Por supuesto, por supuesto –dijo Stiffy. Su actitud era impaciente. Parecía tener prisa por terminar la escena–. Lo comprende.

–¿Cuándo querrías hacerlo, Bertie?

–Le gustaría hacerlo esta noche –dijo Stiffy–. No tiene sentido aplazar las cosas. Espera fuera a medianoche, cariño. Todo el mundo se habrá ido a la cama entonces. ¿A medianoche te va bien, Bertie? Sí, Bertie dice que le parece espléndido. Así pues, todo está arreglado. Y ahora de veras debes irte, cariño. Si alguien entrara y te encontrara aquí, podría parecerle extraño. Buenas noches, cariño.

–Buenas noches, cariño.

–Buenas noches, cariño.

–Buenas noches, cariño.

–¡Espera! –dije yo, interrumpiendo estos repugnantes intercambios, pues deseaba efectuar una última súplica a los mejores sentimientos de Stinker.

–No puede esperar. Tiene que irse. Recuerda, ángel mío. Aquí, a las doce en punto de la noche. Buenas noches, cariño.

–Buenas noches, cariño.

–Buenas noches, cariño.

–Buenas noches, cariño.

Salieron al balcón, sus nauseabundas palabras cariñosas se oían a lo lejos, y yo me volví hacia Jeeves, con el rostro serio y duro.

–¡Fu, Jeeves!

–¿Señor?

–He dicho «¡Fu!». Soy un hombre de mentalidad abierta, pero esto me ha sorprendido, diría que muchísimo. No es tanto la conducta de Stiffy lo que encuentro tan repugnante. Ella es mujer, y la tendencia de las mujeres a ser incapaces de distinguir entre el bien y el mal es notoria. Pero que Harold Pinker, un clérigo con las Sagradas Órdenes, un tipo que se abrocha el cuello por detrás, apruebe esto me horroriza. Sabe que ella tiene ese cuaderno. Sabe que me tiene inmovilizado con él. Pero ¿insiste en que me lo devuelva? ¡No! Se presta al trabajo bruto con franco entusiasmo. ¡Una buena perspectiva para el rebaño de Totleigh-in-the-Wold, intentar seguir el camino recto y estrecho con un pastor como ése! ¡Buen ejemplo da a esa clase de Biblia infantil de la que habla! Unos cuantos años sentados a los pies de Harold Pinker embebiéndose de sus extraordinarias opiniones sobre moralidad y ética, y todo puñetero niño de la lista cumplirá una larga condena en Wormwood Scrubs por chantaje.

Hice una pausa, muy conmovido. Un poco sin aliento, también.

–Creo que es injusto con el caballero, señor.

–¿Eh?

–Estoy seguro de que tiene la impresión de que su consentimiento del plan se debe enteramente a la bondad de corazón y a un deseo de ayudar a un viejo amigo.

–¿Cree usted que ella no le ha hablado del cuaderno?

–Estoy convencido de ello, señor. Lo he deducido por la actitud de la señorita.

–Yo nada he observado en su actitud.

–Cuando usted estaba a punto de mencionar el cuaderno, ella ha demostrado turbación, señor. Temía que míster Pinker pudiera preguntar por el tema y, al conocer los hechos, la obligara a devolverlo.

–Por Dios, Jeeves, creo que tiene razón.

Repasé la escena reciente. Sí, tenía toda la razón. No cabía duda de que Stiffy, aunque era una de esas chicas que poseen en cantidades iguales la bilis de una mula del ejército y la calmada insouciance de un pez sobre un bloque de hielo, se había subido un poco por las paredes cuando parecía que yo iba a aclarar a Stinker mis motivos para encontrarme en la habitación. Recordé la manera más bien febril en que ella le había hecho marchar, como un pequeño gorila en un pub echando a un cliente corpulento.

–¡Caramba, Jeeves! –exclamé, impresionado.

Se oyó un estrépito amortiguado procedente del balcón. Unos momentos más tarde, Stiffy regresó.

–Harold se ha caído de la escalera –explicó, riendo con ganas–. Bueno, Bertie, ¿has entendido bien el programa? ¡Esta noche es la noche!

Saqué un pitillo y lo encendí.

–¡Espera! –dije–. No tan deprisa. Un momento, joven Stiffy.

La aureola de calmada autoridad en mi tono pareció pillarla por sorpresa. Parpadeó dos veces, y me miró con aire interrogativo, mientras yo, después de

tragarme un cargamento de humo, lo expelía con indiferencia por la nariz.

–Un momento –repetí.

En la narración de mis anteriores aventuras con Augustus FinkNottle en Brinkley Court, las cuales ustedes puede que conozcan o no, mencionaba que en una ocasión había leído una novela histórica acerca de un Buck o Beau o un tipo así, quien, cuando le resultaba necesario poner a alguien en su sitio, tenía la costumbre de reírse mirando a la gente con los párpados entrecerrados y sacudiéndose una mota de polvo del irreprochable encaje que llevaba en las muñecas. Y creo que señalé que yo había obtenido excelentes resultados imitando a este tipo.

En ese momento lo hice.

–Stiffy –dije, riendo mientras la miraba con los párpados entrecerrados y me sacudía una mota de ceniza de cigarrillo de mi irreprochable puño de la camisa–, te ruego me devuelvas ese cuaderno.

La mirada interrogativa se intensificó. Vi que todo eso la dejaba perpleja. Ella había supuesto que tenía a Bertram debajo de su tacón de hierro, y he allí que él saltaba como un niño de dos años, lleno de espíritu de lucha.

–¿Qué quieres decir?

Me reí un poco más.

–Suponía –dije con un chasquido– que estaba claro. Quiero el cuaderno de Gussie y lo quiero inmediatamente, sin más charla.

Ella apretó los labios.

–Lo tendrás mañana, si Harold me da un informe satisfactorio.

–Lo tendré ahora.

–¡Ja, ja!

–«¡Ja, ja!» para ti, joven Stiffy –repliqué con dignidad–. Repito, lo tendré ahora. Si no, iré a Stinker y se lo contaré todo.

–¿Todo qué?

–Todo lo de todo. Actualmente, tiene la impresión de que mi aceptación de tu plan se debe por entero a la bondad de mi corazón y a un deseo de ayudar a un viejo amigo. No le has hablado del cuaderno. Estoy convencido de ello. He podido verlo por tu actitud. Cuando estaba a punto de mencionar el cuaderno, has demostrado turbación. Temías que Stinker pudiera preguntar por el tema y, al conocer los hechos, te obligara a devolverlo.

Ella parpadeó. Comprendí que Jeeves había acertado en su diagnóstico.

–Estás diciendo auténticas tonterías –dijo ella, pero con un temblor en la voz.

–Está bien. Bueno, adiós. Voy a buscar a Stinker.

Giré sobre mis talones y, como esperaba, ella me detuvo con un grito suplicante.

–¡No, Bertie, no lo hagas! ¡No debes hacerlo!

Me volví.

–Así pues, ¿lo admites? Stinker nada sabe de... –se me ocurrió la poderosa frase que la tía Dahlia había empleado al hablar de sir Watkyn Bassett– tus turbias trampas.

–No entiendo por qué lo llamas turbias trampas.

–Lo llamo turbias trampas porque así es como lo considero. Y así es como Stinker, rebosante como está de elevados principios, lo considerará cuando conozca los hechos. –Volví a girar sobre mis talones–. Bueno, adiós una vez más.

–¡Bertie, espera!

–¿Qué?

–Bertie, cariño...

La detuve con un frío gesto con la boquilla.

–Menos «Bertie, cariño», «Bertie, cariño». A buena hora empiezas a decirme

«Bertie, cariño».

–Pero, Bertie, cariño, quiero explicártelo. Claro que no me he atrevido a hablarle a Harold del cuaderno. Le habría dado un ataque. Habría dicho que era un truco asqueroso, y por supuesto yo sabía que lo era. Pero no podía hacer otra cosa. No parecía haber otra manera de conseguir que nos ayudaras.

–No la había.

–Pero vas a ayudarnos, ¿verdad?

–No.

–Bien, yo creo que podrías.

–Quizá lo crees, pero no lo haré.

En algún punto de la primera o segunda línea de este diálogo, yo había observado que sus ojos empezaban a humedecerse y sus labios a temblar, y una lágrima perlada había comenzado a resbalar por la mejilla. El reventón de la presa, del que esa lágrima había sido el preludio, comenzó entonces con gran severidad. Con unas breves palabras que significaban que deseaba estar muerta y que yo parecería bastante tonto cuando mirara su ataúd, sabiendo que mi falta de humanidad la había puesto allí, se arrojó sobre la cama y se echó a sollozar.

Lloraba de aquella manera incontrolable de antes, y una vez más me sentí un poco acobardado. Permanecí allí indeciso, tironeando nervioso de mi corbata. Ya he aludido al efecto que la pena de una mujer produce en los Wooster.

–Buaaa –lloraba ella.

–Pero, Stiffy... –dije yo.

–Buaaa..., buaaa...

–Pero, Stiffy, muchacha, sé razonable. Utiliza el coco. No puedes esperar en serio que robe esa vaca-jarrita.

–Lo representa, buaaa, todo para nosotros.

–Es muy probable. Pero escucha. No has tenido en cuenta los inconvenientes. Tu maldito tío vigila todos mis movimientos a la espera de que haga algo. Y aunque no fuera así, el hecho de que yo colaborara con Stinker hace imposible la acción. Ya te he dado mi opinión de Stinker como compañero de un delito. De alguna manera, él lo estropearía todo. Bueno, mira lo que acaba de ocurrir. Ni siquiera ha podido bajar la escalera sin caerse.

–Buaaa...

–Y, de todos modos, examina este plan tuyo haciendo un análisis implacable. Me has dicho que la idea es que Stinker entre todo cubierto de sangre y diga que ha golpeado al intruso en la nariz. Supongamos que lo hace. ¿Qué sigue? «¡Ja!», dice tu tío, quien sin duda sabe conocer una pista. «Le ha golpeado en la nariz, ¿eh? Que todo el mundo mantenga los ojos bien abiertos para encontrar a un tipo con la nariz hinchada.» Y lo primero que ve es a mí con una nariz el doble del tamaño normal. No me digas que no sacará conclusiones.

Interrumpí mi argumentación. Me parecía que lo había hecho bien, y preveía el resignado «Bueno. Sí, entiendo lo que quieres decir. Supongo que tienes razón». Pero ella se limitó a seguir llorando, y yo me volví hacia Jeeves, quien hasta el momento no había hablado.

–¿Sigue mi razonamiento, Jeeves?

–Completamente, señor.

–¿Está de acuerdo conmigo en que el plan, tal como está previsto, simplemente acabaría en desastre?

–Sí, señor. Es indudable que presenta ciertas dificultades graves. Me pregunto si me permitiría sugerir un plan alternativo.

Miré fijamente a Jeeves.

–¿Quiere decir que ha encontrado una fórmula?

–Eso creo, señor.

Sus palabras habían hecho que Stiffy dejara de llorar. Creo que ninguna otra cosa en el mundo lo habría conseguido. Se incorporó y miró a Jeeves con salvaje

expectación.

–¡Jeeves! ¿De veras lo tiene?

–Sí, señorita.

–Bueno, sin duda es usted el más maravilloso corderito lanudo que jamás ha existido.

–Gracias, señorita.

–Bien, oigámoslo, Jeeves –dije, encendí otro cigarrillo y me senté en una silla–. Espero, por supuesto, que tenga razón, pero yo habría dicho, personalmente, que no había vía alguna.

–Creo que podemos encontrar una, señor, si abordamos el asunto desde el ángulo psicológico.

–¿Psicológico?

–Sí, señor.

–¿La psicología del individuo?

–Exactamente, señor.

–Entiendo. Jeeves –expliqué a Stiffy, quien, por supuesto, conocía a ese hombre sólo ligeramente, apenas más, en realidad, que a una figura silenciosa que le había servido algunas patatas cuando ella había almorzado en mi piso– es y siempre ha sido un lince en cuanto a la psicología del individuo. La domina. ¿Qué individuo, Jeeves?

–Sir Watkyn Bassett, señor.

Fruncí el ceño, dubitativo.

–¿Se propone intentar ablandar a ese viejo enemigo público? No creo que pueda hacerse, excepto con un puño de hierro.

–No, señor. No sería fácil ablandar a sir Watkyn, quien, como usted da a entender, es un hombre de fuerte carácter, nada fácil de moldear. La idea que

tengo en mente es tratar de aprovechar su actitud hacia usted. Usted no le gusta a sir Watkyn, señor.

–A mí no me gusta él.

–No, señor. Pero lo importante es que él ha concebido una fuerte aversión hacia usted y, en consecuencia, sufriría una grave conmoción si le informara de que usted y miss Byng estaban prometidos y ansiaban ser unidos en matrimonio.

–¿Qué? ¿Quiere que le diga que Stiffy y yo estamos así?

–Exactamente, señor.

Negué con la cabeza.

–No veo la menor posibilidad en ello, Jeeves. Está bien como broma, sin duda, observar las reacciones de ese granuja, quiero decir, pero tiene poco valor práctico.

Stiffy también parecía decepcionada. Era evidente que esperaba algo mejor.

–A mí me parece bobo –dijo–. ¿Adónde nos conduciría eso, Jeeves?

–Si pudiera explicarlo, señorita. Las reacciones de sir Watkyn serían, como sugiere míster Wooster, de un carácter fuertemente definido.

–Se subiría por las paredes.

–Exactamente, señorita. Una imagen muy viva. Y si entonces usted le asegurara que la afirmación de míster Wooster no era cierta, y añadiera que, de hecho, usted estaba comprometida con míster Pinker, creo que el alivio que él sentiría al oír la noticia le haría mirar con buenos ojos su unión con ese caballero.

Personalmente, jamás había oído una locura semejante, y mi actitud lo indicaba. Stiffy, por el contrario, estaba a su favor. Inició unos pasos de una danza de primavera.

–¡Jeeves, es maravilloso!

–Creo que sería eficaz, señorita.

–Claro que sí. No podría fallar. Imagina, Bertie, querido, cómo se sentiría si le dijeras que quería casarme contigo. Si después yo le dijera «Oh, no, no es así, tío Watkyn. El tipo con quien realmente quiero casarme es el chico que limpia las botas», me estrecharía entre sus brazos y prometería asistir a la boda y bailar. Y cuando descubra que el tipo de verdad es un hombre espléndido, maravilloso, fantástico como Harold, el asunto será pan comido. Jeeves, realmente es usted un genio.

–Gracias, señorita. Me alegro de haberle dado satisfacción.

Me levanté. Mi intención era decir adiós a todo eso. No me importa que la gente diga tonterías en mi presencia, pero no tienen que ser tonterías completas. Me volví hacia Stiffy, que en ese momento se encontraba en los últimos pasos de su danza de primavera, y me dirigí a ella con brusca severidad.

–Cogeré el cuaderno ahora, Stiffy.

Ella se encontraba junto al armario, esparciendo rosas. Se detuvo un momento.

–Ah, el cuaderno. ¿Lo quieres?

–Inmediatamente.

–Te lo daré después de que hayas visto al tío Watkyn.

–¿Ah, sí?

–Sí. No es que no confíe en ti, Bertie, cariño, pero me sentiría mucho más feliz si supiera que sabes que todavía lo tengo yo, y estoy segura de que quieres que me sienta feliz. Tú ve y desafíale, y después hablaremos.

Fruncí el ceño.

–Me iré –dije con frialdad–, pero no le desafiaré. ¡No me veo desafiándole!

Ella me miró fijamente.

–Pero, Bertie, esto ha sonado como si no fueras a ir a verle.

–Así es como he querido que sonara.

–Tú no me fallarías, ¿verdad?

–Sí. Te fallaría hasta más no poder.

–¿No te gusta el plan?

–No. Jeeves hace un momento ha dicho que se alegraba de haberte dado satisfacción. A mí no me ha dado satisfacción alguna. Considero que la idea que ha propuesto es el cero absoluto en estupidez humana, y me sorprende que él la haya acariciado. El cuaderno, Stiffy, por favor, y deprisa.

Ella permaneció en silencio unos momentos.

–Me preguntaba –dijo– si podrías no adoptar esta actitud.

–Y ahora sabes la respuesta –repliqué–. Yo la tengo. El cuaderno, por favor.

–No voy a darte el cuaderno.

–Muy bien. Entonces iré a ver a Stinker y se lo contaré todo.

–Está bien. Hazlo. Y antes de que estés a un kilómetro y medio de él, yo estaré en la biblioteca contándoselo todo al tío Watkyn.

Alzó la barbilla, como una muchacha que considera que ha dicho la última palabra. Y, al examinar lo que había dicho, me vi obligado a comprender que eso era precisamente lo que había hecho. Yo había pasado por alto completamente esta contingencia. Sus palabras me detuvieron. Lo mejor que podía decir a modo de réplica era un «Mmmm» algo amortiguado. De nada sirve tratar de disimular el hecho: Bertram estaba perplejo.

–Así que ya ves. Y ahora, ¿qué me dices?

Nunca es agradable para un tipo que se ha estado comportando como el macho dominante tener que cambiar su postura y ceder a innobles argumentos, pero no veía otro camino. Mi voz, que había sido firme y resonante, adoptó un tierno trémolo.

–¡Pero, Stiffy, maldita sea! Tú no harías eso, ¿verdad?

–Sí que lo haría, si tú no vas a ablandar al tío Watkyn.

–Pero ¿cómo voy a ir a ablandarle? Stiffy, no puedes someterme a esta terrible prueba.

–Sí que puedo. Y ¿qué hay de tan terrible en ello? No va a comerte.

Reconocí que tenía razon en esto.

–Cierto. Pero eso es lo mejor que puedes decir.

–No será peor que una visita al dentista.

–Será peor que seis visitas a seis dentistas.

–Bueno, piensa en lo que te alegrarás cuando todo haya terminado.

De poco consuelo me sirvió esto. La miré intensamente, esperando detectar alguna señal de ablandamiento. Ni una. Stiffy había sido dura como un bistec de restaurante, y seguía dura como un bistec de restaurante.

Hice una última súplica.

–¿No te echarás atrás?

–Ni un paso.

–¿A pesar del hecho, disculpa que te lo mencione, de que te ofrecí un buen almuerzo en mi piso, sin reparar en gastos?

–No.

Me encogí de hombros, como un gladiador romano –uno de esos tipos que lanzaban sábanas anudadas sobre la gente, por ejemplo– habría podido hacer al oír al traspunte gritar su número entre bastidores.

–Muy bien, pues –dije.

Me sonrió con aire maternal.

–Así me gusta. Ése es mi hombrecillo valiente.

En un momento de menor preocupación habría podido sentarme mal que me llamara su hombrecillo valiente, pero en esa hora torva apenas parecía importar.

–¿Dónde está ese temible tío tuyo?

–Es probable que ahora esté en la biblioteca.

–Muy bien. Entonces iré a verle.

No sé si alguna vez, de niños, les habían contado esa historia del tipo cuyo perro se comió el manuscrito del libro que estaba escribiendo, de un valor incalculable. Recordarán que él echaba al animal una mirada llena de dolor y decía: «Oh, Diamond, Diamond, no sabes lo que has hecho.» Yo lo oí en mi niñez, y siempre ha permanecido en mi mente. Y ahora lo saco a colación porque así es como miré a Jeeves al salir de la habitación. No conté la historia, pero imagino que él sabía lo que yo pensaba.

Deseé que mientras cruzaba el umbral Stiffy no hubiera exclamado «¡Hala, hala!» como cuando se achucha a los perros en las cacerías. Me pareció, dadas las circunstancias, poco serio y de dudoso gusto...

# 9

Aquellos que le conocen mejor han dicho a menudo que en la naturaleza de Bertram Wooster existe cierta flexibilidad que le permite, por regla general, hacer frente airoso a las circunstancias más desfavorables. No con frecuencia fracaso en mantener alta la barbilla y los ojos brillantes. Pero mientras me encaminaba a la biblioteca para llevar a cabo mi terrible tarea, admito libremente que la Vida me había derrotado. Avanzaba con pies de plomo, como dice la expresión.

Stiffy había comparado esa tarea con una visita al dentista, pero a medida que me acercaba al final del viaje, me sentía cada vez más como cuando, en los viejos días de escuela, iba a una cita con el director en su despacho. Recordarán que les he contado la ocasión en que me escabullí por la noche hasta el despacho del reverendo Aubrey Upjohn en busca de galletas y me encontré inesperadamente cara a cara con el viejo, yo en pijama a rayas que no encogía, él en traje de tweed y con una mirada horrible. En aquella ocasión, antes de separarnos, concertamos una cita para el día siguiente a las cuatro y media en el mismo lugar, y mis emociones en ese momento eran casi exactamente similares a las que experimenté aquella lejana tarde, cuando llamé a la puerta y oí una voz apenas humana que me invitaba a entrar.

La única diferencia era que mientras el reverendo Aubrey se hallaba solo, sir Watkyn Bassett al parecer tenía compañía. Cuando mis nudillos golpearon la madera, me pareció oír rumor de voces, y cuando entré descubrí que mis oídos no me habían engañado. Papá Bassett se encontraba sentado ante su escritorio, y delante de él estaba el agente Eustace Oates.

Era un espectáculo que ponía la guinda al sentimiento de timidez que yo experimentaba. No sé si alguna vez han sido ustedes arrojados ante un tribunal de justicia, pero si es así estarán de acuerdo conmigo si digo que el recuerdo de semejante experiencia aún perdura, con el resultado de que cuando, más tarde, uno se enfrenta repentinamente a un magistrado sentado y a un policía de pie, la asociación de ideas le produce una ligera conmoción y tiende a acobardarle.

Una mirada rápida y penetrante del viejo Bassett nada hizo para calmar el pulso agitado.

–¿Sí, míster Wooster?

–Oh..., ah..., ¿podría hablar con usted un momento?

–¿Hablar conmigo? –Me di cuenta de que un fuerte disgusto por ver su despacho particular invadido por Wooster luchaba en el seno de sir Watkyn Bassett con un sentido de las obligaciones de un anfitrión. Después de lo que pareció una fuerte lucha, ganó el último–. Bien, sí... Es decir... Si usted realmente... Oh, claro... Tome asiento, se lo ruego.

Eso hice, y me sentía muchísimo mejor. En el tribunal, hay que estar de pie. El viejo Bassett, tras una rápida mirada en mi dirección para ver que no robaba la alfombra, se volvió al policía de nuevo.

–Bien, creo que eso es todo, Oates.

–Muy bien, sir Watkyn.

–¿Entiende, pues, lo que deseo que haga?

–Sí, señor.

–Y con respecto a ese otro asunto, lo investigaré, teniendo en cuenta lo que me ha dicho de sus sospechas. Se efectuará una investigación de lo más rigurosa.

El celoso agente se marchó con fuertes pisadas. El viejo Bassett revolvió un momento los papeles que tenía sobre el escritorio. Después me miró.

–Ése era el agente Oates, míster Wooster.

–Sí.

–¿Le conoce?

–Le he visto.

–¿Cuándo?

–Esta tarde.

–¿No desde entonces?

–No.

–¿Está seguro?

–Sí.

–Mmmm.

Volvió a revolver los papeles, y luego tocó otro tema.

–Nos ha decepcionado ver que no se encontraba entre nosotros en el salón después de cenar, míster Wooster.

Esto, por supuesto, fue un poco embarazoso. Al hombre sensible no le gusta revelar a su anfitrión que le ha estado evitando como a un leproso.

–Le hemos echado mucho de menos.

–¿Ah, sí? Lo siento. Tenía un poco de dolor de cabeza, y he ido a instalarme cómodamente en mi habitación.

–Entiendo. ¿Y ha permanecido allí?

–Sí.

–¿Por casualidad no ha salido a dar un paseo al aire libre para aliviar su dolor de cabeza?

–Oh, no. He estado en mi habitación todo el rato.

–Entiendo. Qué extraño. Mi hija Madeline me ha dicho que ha ido dos veces a su habitación una vez terminada la cena, pero la ha encontrado vacía.

–¿Oh, de veras? ¿No estaba allí?

–No.

–Supongo que debía de estar en otra parte.

–Eso mismo se me ha ocurrido a mí.

–Ahora lo recuerdo. He salido en dos ocasiones.

–Entiendo.

Cogió una pluma, se inclinó hacia delante, y comenzó a golpear con ella su dedo índice izquierdo.

–Alguien ha robado el casco del agente Oates esta noche –dijo, cambiando de tema.

–¿Ah, sí?

–Sí. Lamentablemente, no ha podido ver al sinvergüenza.

–¿No?

–No. En el momento en que ha tenido lugar este atropello, él estaba de espaldas.

–Muy difícil, claro, ver a un sinvergüenza cuando uno está de espaldas.

–Sí.

–Sí.

Hubo una pausa. Y como, a pesar del hecho de que al parecer estábamos de acuerdo en todos los puntos, seguía percibiendo cierta tensión en la atmósfera, traté de aligerar las cosas con una broma que recordaba de los viejos días de in statu pupillari.

–Eso le hace a uno decir Quis custodiet ipsos custodes, ¿no?

–¿Cómo dice?

–Un chiste en latín. ¿Quis, quién, custodiet, guardará, ipsos custodes, a los propios guardias? Es divertido, quiero decir –proseguí, aclarándoselo a la inteligencia inferior–, un tipo que se supone que detiene a los tipos que roban cosas de otros tipos que tiene a un tipo que se presenta y le roba algo a él.

–Ah, entiendo a lo que se refiere. Sí, puedo concebir que cierta clase de mentalidad podría detectar un lado humorístico al asunto. Pero le aseguro, míster Wooster, que no es éste el lado que se me presenta a mí como juez de paz. Yo

asumo la perspectiva más grave del asunto, y cuando le haya apresado y dejado en custodia, haré todo lo posible para persuadir al culpable de que lo comparta.

No me gustó cómo sonaba aquello. Una repentina alarma por el bienestar de Stinker se apoderó de mí.

–Esto..., ¿qué cree que le podrían hacer?

–Aprecio su afán de conocimientos, míster Wooster, pero en estos momentos no estoy preparado para confiar en usted. En palabras del difunto lord Asquith, sólo puedo decir: «Espere y verá.» Creo que es posible que su curiosidad pueda ser satisfecha dentro de poco.

Yo no quería abrir viejas heridas, pues soy un tipo al que le gusta dejar que el pasado muerto entierre a sus muertos, pero creí que podría darle una pista.

–A mí me multó con cinco libras –le recordé.

–Así me ha informado usted esta tarde –dijo, mirándome fríamente a través de sus quevedos–. Pero si he entendido correctamente lo que me ha dicho, la ofensa por la que fue llevado ante mí en Bosher Street fue perpetrada la noche de la regata anual entre las universidades de Oxford y Cambridge, cuando es tradición conceder cierta licencia por parte de las autoridades. En el presente caso, no existen estas circunstancias atenuantes. No cabe duda de que no debería castigar al ladrón de la propiedad del gobierno representado en la persona del agente Oates con una simple multa.

–¿No querrá decir que sería la trena, verdad?

–He dicho que no estaba preparado para confiar en usted, pero ya que he ido tan lejos lo haré. La respuesta a su pregunta, míster Wooster, es afirmativa.

Hubo un silencio. Él seguía dándose golpecitos en el dedo con la pluma. Yo, si la memoria no me falla, me arreglé la corbata. Estaba profundamente preocupado. La idea de que el pobre Stinker fuera arrojado a La Bastilla era suficiente para perturbar a cualquiera a quien le interesara su carrera y su futuro. Nada retrasa más el progreso de un cura en la profesión que ha elegido que haber estado a la sombra.

El hombre dejó la pluma.

–Bien, míster Wooster, creo que estaba usted a punto de decirme qué es lo que le trae por aquí.

Me sobresalté un poco. No había olvidado mi misión, por supuesto, pero todo eso tan siniestro me había hecho arrinconarla en mi mente, y la brusquedad con que en ese momento apareció me chocó.

Comprendí que debería haber algunos pourparlers preliminares antes de ir al grano. Cuando las relaciones entre un tipo y otro tipo son de naturaleza tensa, el segundo tipo no puede abordar directo el tema de que se quiere casar con la sobrina del primer tipo. Es decir, no si tiene un sentido delicado de lo que es adecuado, como tenemos los Wooster.

–Oh, ah, sí. Gracias por recordármelo.

–De nada.

–Se me ha ocurrido entrar y charlar un poco.

–Entiendo.

Lo que el asunto requería, por supuesto, era irse introduciendo, y vi que había encontrado la manera de hacerlo. Comencé con cierta confianza.

–¿Ha pensado usted alguna vez en el amor, sir Watkyn?

–¿Cómo dice?

–En el amor. ¿Alguna vez ha meditado sobre ello?

–No habrá venido para hablar del amor, ¿verdad?

–Sí. Eso es exactamente. Me pregunto si ha observado usted una cosa bastante extraña, es decir, que se encuentra en todas partes. No se puede apartar de él. Del amor, quiero decir. Adondequiera que uno va, allí está, zumbando en toda clase de vida. Muy notable. Observe las salamandras, por ejemplo.

–¿Se encuentra bien, míster Wooster?

–Oh, sí, gracias. Observe las salamandras, decía. No se le ocurriría pensar en

ello, pero Gussie Fink-Nottle me ha dicho que en la época de apareamiento se suben por las paredes. Se pasan horas en fila, agitando la cola ante las bellezas locales. Las estrellas de mar también, y los gusanos submarinos.

–Míster Wooster...

–Y, según Gussie, incluso las algas marinas en forma de cinta. Eso le sorprende, ¿eh? A mí me sorprendió. Pero él me aseguró que así es. Adónde cree que va un alga marina en forma de cinta al hacer una oferta de matrimonio es algo que no puedo decirle, pero cuando hay luna llena oye la voz del Amor y se levanta y hace todo lo que puede. Supongo que tiene la esperanza de que la vean bien las otras algas marinas tipo cinta, que también están afectadas por la luna llena. Bien, sea lo que fuere, a lo que quiero llegar es que ahora estamos casi en luna llena, y que si ésta afecta a las algas marinas, no se puede reprochar a un tipo como yo que sienta el impulso, ¿no?

–Me temo...

–¿Bueno, puede? –repetí, presionándole. E inserté un «¿Eh, no?» para terminar el asunto.

Pero en sus ojos no había el más mínimo destello de inteligencia a modo de respuesta. Había parecido un hombre que nada entendía, y seguía pareciendo un hombre que nada entendía.

–Me temo, míster Wooster, que pensará que soy duro de mollera, pero no tengo la más remota idea acerca de qué me está hablando.

Ahora que había llegado el momento de soltárselo, me alegró descubrir que la sensación de estar nerviosísimo que me había atenazado al principio había dejado de existir. No digo que me hubiera vuelto exactamente gallardo y capaz de sacudirme las motas de polvo del irreprochable encaje de mis muñecas, pero me sentía totalmente calmado.

Lo que había tranquilizado mi organismo era el darme cuenta de que en un instante iba a arrojar un cartucho de dinamita debajo de este viejo tío que le enseñaría que no estamos en este mundo sólo para el placer. Cuando un magistrado le ha sacado a uno cinco libras por lo que, bien mirado, era un simple pecadillo de muchacho que habría quedado ampliamente castigado con un movimiento del dedo índice y un breve «¡Vamos!», siempre es agradable hacerle

saltar como un guisante en una pala caliente.

–Estoy hablando de mí y de Stiffy.

–¿Stiffy?

–Stephanie.

–¿Stephanie? ¿Mi sobrina?

–Así es. Su sobrina. Sir Watkyn –dije, recordando una buena frase–, tengo el honor de pedirle la mano de su sobrina.

–¿Que usted... qué?

–Tengo el honor de pedirle la mano de su sobrina.

–No lo entiendo.

–Es muy sencillo. Quiero casarme con la joven Stiffy. Ella quiere casarse conmigo. Ahora lo ha entendido, ¿no? Acuérdese de las algas marinas en forma de cintas.

No cabía duda de que había acertado. Al oír «la mano de su sobrina», el hombre había saltado de la silla como un cohete. En ese momento se había hundido de nuevo, y se abanicaba con la pluma. Parecía haber envejecido mucho.

–¿Ella quiere casarse con usted?

–Ésa es la idea.

–No sabía que conociera a mi sobrina.

–Oh, sí. Nosotros dos, si quiere expresarlo de esta manera, hemos deshojado la margarita. Sí, conozco muy bien a Stiffy. Bien, quiero decir, si no la conociera, no querría casarme con ella, ¿no?

Él pareció ver la justicia de esto. Se quedó en silencio, salvo por un suave gruñido. Recordé otra frase buena.

–No perderá una sobrina. Ganará un sobrino.

–¡Pero yo no quiero un sobrino, maldita sea!

Bueno, ya estaba.

Se levantó y, murmurando algo que sonó como «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!», se acercó a la chimenea y tocó el timbre con dedo débil. Al volver a su asiento, se quedó sosteniéndose la cabeza en las manos hasta que el mayordomo acudió.

–Butterfield –dijo en voz baja y ronca–, busque a miss Stephanie y dígale que quiero hablar con ella.

Se produjo entonces una espera, no tan larga como cabía suponer. Sólo había pasado un minuto cuando Stiffy apareció. Imagino que había estado merodeando cerca, a la espera de esa llamada. Entró con paso ligero, alegre y animada.

–¿Querías verme, tío Watkyn? Ah, hola, Bertie.

–Hola.

–No sabía que estabas aquí. ¿Habéis tenido una agradable charla tú y el tío Watkyn?

El viejo Bassett, que había vuelto a entrar en coma, salió de él y emitió un sonido como el estertor de la muerte de un pato moribundo.

–«Agradable» –dijo– no es el adjetivo que yo habría seleccionado. –Se humedeció los pálidos labios–. Míster Wooster acaba de informarme de que quiere casarse contigo.

Debo decir que la joven Stiffy efectuó una actuación extremadamente convincente. Miró fijamente a su tío. Me miró fijamente a mí. Enlazó las manos. Creo que se sonrojó.

–¡Vaya, Bertie!

El viejo Bassett rompió la pluma. Yo me había estado preguntando cuándo lo haría.

–¡Oh, Bertie! Me haces sentir muy orgullosa.

–¿Orgullosa? –Detecté una nota de incredulidad en la voz del viejo Bassett–. ¿Has dicho «orgullosa»?

–Bueno, es el mayor cumplido que un hombre puede hacer a una mujer. Me siento tremendamente adulada y agradecida... y, bien, todo eso. Pero, Bertie querido, lo siento muchísimo. Me temo que es imposible.

No suponía que hubiera algo en el mundo capaz de sacudir a un hombre de las profundidades con tanta eficacia como una de esas mezclas matinales de Jeeves, pero estas palabras actuaron en el viejo Bassett con una prontitud y energía aún mayores. El hombre estaba sentado en su silla de una manera fláccida, acurrucado. Entonces se irguió, con los ojos brillantes y los labios crispados. Se veía que la esperanza había nacido en él.

–¿Imposible? ¿No quieres casarte con él?

–No.

–Él ha dicho que querías.

–Debía de estar pensando en otra pareja. No, Bertie, cariño, no puede ser. Amo a otra persona.

El viejo Bassett dio un respingo.

–¿Eh? ¿A quién?

–Al hombre más maravilloso del mundo.

–¿Tiene nombre?

–Harold Pinker.

–¿Harold Pinker...? Pinker... El único Pinker que conozco es...

–El cura, sí. Es él.

–¿Amas al cura?

–¡Ah! –exclamó Stiffy, poniendo los ojos en blanco y pareciendo la tía Dahlia cuando había hablado de los méritos del chantaje–. Hace semanas que estamos

comprometidos en secreto.

Era evidente por la actitud del viejo Bassett que no estaba preparado para clasificar eso bajo el título de noticias de gran júbilo. Tenía las cejas fruncidas, como alguien en un restaurante que, al comenzar a comer su docena de ostras, encuentra que la primera que pasa por sus labios está en mal estado. Vi que Stiffy había demostrado un agudo conocimiento de la naturaleza humana, si se podía llamar así a aquello, cuando me había dicho que este hombre tendría que ser ablandado antes de darle la noticia. Se veía que compartía la casi universal opinión de padres y tíos de que los curas no eran algo por lo que empezar a sacar flores de un sombrero y esparcirlas.

–¿Sabes esa vicaría que posees, tío Watkyn? Lo que Harold y yo pensábamos era que tal vez se la podrías dar, y entonces estaríamos en condiciones de casarnos enseguida. Verás, aparte de que ganaría más, le serviría para iniciar el camino hacia cosas más elevadas. Hasta ahora, Harold ha estado trabajando en secreto. Como cura, no ha tenido campo de acción. Pero dale una vicaría, y obsérvale arrancar. Literalmente no hay eminencia a la que ese muchacho no puede llegar una vez se ponga manos a la obra.

Se movía de la cabeza a los pies con entusiasmo infantil, pero no había entusiasmo infantil en el comportamiento del viejo Bassett. Bueno, no tenía que haberlo, claro, pero lo que quiero decir es que no lo había.

–¡Ridículo!

–¿Por qué?

–No podría ni soñar...

–¿Por qué no?

–En primer lugar, eres demasiado joven...

–Qué tontería. Tres chicas con las que fui al colegio se casaron el año pasado. Yo soy senil en comparación con algunos de los niños que se ven recorrer el pasillo central de la iglesia hoy en día.

El viejo Bassett dio un puñetazo en el escritorio, aterrizando, me alegró verlo, sobre una grapa vuelta hacia arriba. La angustia corporal inducida por ello prestó

vehemencia a su tono.

–Todo el asunto es absurdo y completamente fuera de cuestión. Me niego a considerar por un instante esa idea.

–Pero ¿qué tienes contra Harold?

–Nada tengo, como tú dices, contra él. Parece celoso en sus deberes y popular en la parroquia...

–Es un corderito.

–Sin duda.

–Jugaba al fútbol por Inglaterra.

–Muy posiblemente.

–Y es maravilloso en el tenis.

–Quizá sí. Pero ésa no es razón por la que deba casarse con mi sobrina. ¿De qué medios dispone, si es que dispone de alguno, además de su estipendio?

–Unas quinientas al año.

–¡Bah!

–Bueno, a mí no me parece tan mal. Quinientas está muy bien, si me preguntas. Además, el dinero no importa.

–Importa muchísimo.

–¿Tú crees eso realmente?

–Claro. Hay que ser práctico.

–Bien, lo seré. Si prefieres que me case por dinero, me casaré por dinero. Bertie, de acuerdo. Empieza a tomarte las medidas para el traje de boda.

Sus palabras crearon lo que se conoce como una auténtica sensación. El «¿Qué?» del viejo Bassett y mi «Eh..., bueno, ¡porras!» salieron al mismo

tiempo y chocaron en el aire, teniendo quizá mi grito aún mayor potencia que el suyo. La experiencia me ha enseñado que nunca se sabe con las chicas, y podría muy bien suceder, me pareció, que ella prosiguiera con este terrible proyecto como gesto. Nadie ha podido enseñarme algo acerca de los gestos. Brinkley Court, el verano anterior, había estado plagado de ellos.

–Bertie está forrado de dinero y, como tú sugieres, hay cosas peores que sacar tajada de los millones de los Wooster. Por supuesto, Bertie querido, sólo me caso contigo para hacerte feliz. Jamás podré amarte como amo a Harold. Pero como el tío Watkyn tiene este violento prejuicio contra él...

El viejo Bassett volvió a golpear la grapa, pero esa vez no pareció notarlo.

–Mi querida niña, no digas tonterías. Estás equivocada. Has debido de malinterpretarme. No tengo el menor prejuicio contra ese joven Pinker. Me gusta y le respeto. Si tú realmente crees que tu felicidad radica en convertirte en su esposa, yo sería el último hombre en impedírtelo. Por supuesto, cásate. La alternativa...

No dijo más, pero me lanzó una larga y estremecedora mirada. Entonces, como si verme fuera más de lo que su frágil fortaleza podía soportar, apartó la mirada, sólo para volverla hacia mí, pero esa vez fue una mirada corta y rápida. Después cerró los ojos y se recostó en la silla, respirando estentóreamente. Y como no parecía haber cosa alguna que me retuviera, me marché. Lo último que vi de él fue que se sometía sin gran animación al abrazo de su sobrina.

Supongo que cuando se tiene un tío como sir Watkyn Bassett en el extremo receptor, el abrazo de una sobrina es algo que se tiende a hacer bastante rápido. No había pasado más de un minuto cuando Stiffy salió e inmediatamente dio rienda suelta a su alegría.

–¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¡Qué hombre! –dijo, agitando los brazos y dando otras muestras de bien-être–. Jeeves –explicó, como si supusiera que yo podría imaginar que aludía a Bassett–. ¿Ha dicho que funcionaría? Lo ha dicho. ¿Y tenía razón? La tenía. Bertie, ¿podría besar a Jeeves?

–Claro que no.

–¿Te beso a ti?

–No, gracias. Lo único que te pido, joven Byng, es aquel cuaderno.

–Bueno, tengo que besar a alguien, y que me aspen si voy a besar a Eustace Oates.

Se interrumpió. Una expresión más seria acudió a su rostro.

–¡Eustace Oates! –repitió con aire meditabundo–. Eso me recuerda... Con la precipitación de los recientes acontecimientos me había olvidado de él. He intercambiado algunas palabras con Eustace Oates hace un momento, Bertie, mientras esperaba en la escalera que el globo ascendiera, y se ha mostrado de lo más siniestro.

–¿Dónde está el cuaderno?

–No me vengas ahora con el cuaderno. El tema de discusión es Eustace Oates, y ese hombre es siniestro. Me sigue la pista por lo del casco.

–¿Qué?

–Absolutamente. Soy el sospechoso número uno. Me ha dicho que lee muchas historias de detectives, y dice que lo primero que hace un detective es buscar el móvil. Después, la oportunidad. Y, por último, las pistas. Bueno, como ha señalado, como me duele en el alma ese comportamiento arbitrario que tiene respecto de Bartholomew, yo tenía un móvil, y al ver que yo estaba por ahí en el momento del crimen, dice que también he tenido la oportunidad. Y, en cuanto a las pistas, ¿qué crees que tenía cuando le he visto? ¡Uno de mis guantes! Lo había recogido en la escena del delito, mientras medía unas pisadas o buscaba ceniza de cigarro, supongo. Recuerda que cuando Harold me ha devuelto los guantes sólo tenía uno. El otro al parecer se le ha caído mientras cogía el casco.

Una especie de sensación sombría me oprimía mientras reflexionaba sobre esta última manifestación de la torpeza de Harold Pinker, como si una mano fuerte me hubiera golpeado la cúpula con una cachiporra. Había una especie de espantosa ingenuidad en la manera en que ideaba nuevos métodos de invitar a la ruina.

–¡Lo haría!

–¿Qué significa lo haría?

–Bueno, lo ha hecho, ¿no?

–Eso no es lo mismo que decir que lo haría, en un tono burlón y desdeñoso, como si tú fueras tan terriblemente estupendo. No puedo entenderte, Bertie, la manera en que siempre criticas al pobre Harold. Creía que le tenías afecto.

–Le quiero un poco. Pero eso no altera mi opinión de que de todos los zopencos cabezotas que alguna vez han predicado acerca de los hivitas y los jebuseos, él es el primero.

–No es la mitad de cabezota que tú.

–Él es, según estimación conservadora, unas veintisiete veces más cabezota que yo. Él empieza cuando yo termino. Puede que sea algo duro decirlo, pero es más cabezota que Gussie.

Con esfuerzo visible, ella se tragó la creciente cólera.

–Bueno, eso no importa. La cuestión es que ese Eustace Oates está sobre mi pista, y tengo que darme prisa y encontrar una caja de seguridad mejor para ese casco que mi cómoda. Antes de saber dónde estoy, el OGPU estará registrando mi habitación. ¿Dónde crees que sería un buen lugar?

Rechacé el asunto con gesto cansado.

–Oh, maldita sea, utiliza tu propio criterio. Volviendo al tema principal, ¿dónde está ese cuaderno?

–Oh, Bertie, eres un auténtico pelmazo con eso del cuaderno. ¿No puedes hablar de otra cosa?

–No, no puedo. ¿Dónde está?

–Te reirás cuando te lo diga.

Le lancé una austera mirada.

–Es posible que algún día pueda volver a reír; cuando esté bien lejos de esta casa del terror, pero existe la posibilidad de que lo haga muy pronto. ¿Dónde está ese cuaderno?

–Bueno, si realmente quieres saberlo, lo escondí en la vaca-jarrita.

Todo el mundo, imagino, ha leído historias en las que alguien pierde el mundo de vista. Cuando oí estas palabras, yo perdí el mundo de vista. Era como si hubiera estado mirando a una negra vacilante.

–¿Que tú qué?

–Lo escondí en la vaca-jarrita.

–¿Por qué demonios lo hiciste?

–Oh, se me ocurrió.

–Pero ¿cómo voy a recuperarlo?

Una ligera sonrisa curvó los labios móviles de la joven.

–Oh, maldita sea, utiliza tu propio criterio –dijo–. Bueno, hasta pronto, Bertie.

Se marchó, y yo me apoyé en la barandilla, tratando de recuperarme de este golpe terrible. Pero el mundo aún vacilaba, y unos momentos más tarde me di cuenta de que un vacilante mayordomo se dirigía a mí.

–Disculpe, señor. Miss Madeline me ha encargado que le diga que se alegraría si pudiera verle un momento.

Miré a aquel hombre con ojos apagados, como alguien en una celda cuando el carcelero entra al amanecer para notificarle que el pelotón de fusilamiento está listo. Yo sabía lo que eso significaba, por supuesto. Había reconocido la voz del mayordomo: era la voz del destino. Sólo había una razón por la que Madeline Bassett se alegraría de verme.

–¿Ah, sí?

–Sí, señor.

–¿Dónde está miss Bassett?

–En el salón, señor.

–Está bien.

Me armé del viejo valor de los Wooster. Alcé la barbilla, erguí los hombros.

–Acompáñeme –dije al mayordomo, y el mayordomo me acompañó.

# 10

La suave y triste música que se filtraba a través de las puertas del salón mientras me acercaba allí no sirvió para animar el panorama general, y cuando entré y vi a Madeline Bassett sentada ante el piano, lánguida sobre su tronco, esa visión casi me hizo volverme y marcharme. Sin embargo, combatí ese impulso e inicié las cosas con un «Eh, hola» a modo de prueba.

La observación no produjo una respuesta inmediata. Ella se había levantado, y durante quizá medio minuto permaneció mirándome de una manera triste, como la Mona Lisa en una de las mañanas en que las penas del mundo le han ido llegando demasiado deprisa para ella. Por fin, cuando ya pensaba que sería mejor intentar decir algo referente al tiempo, habló.

–Bertie...

Sin embargo, sólo fue algo pasajero. Hizo sonar una nota, y el silencio sobrevino de nuevo.

–Bertie...

Nada. Otro fracaso.

Empezaba a sentir un poco la tensión. Ya habíamos tenido antes esas sesiones de sordomudos, en Brinkley Court, en verano, pero en aquella ocasión podía aligerar las cosas al introducir alguna frase trivial durante los violentos silencios en la conversación. Nuestra charla anterior, como es posible que recuerden o es posible que no, había tenido lugar en el comedor de Brinkley en presencia de una colación fría, y era de gran ayuda hallarse en una posición que permitía inclinarse hacia delante de vez en cuando para tomar un huevo al curry o una espiral de queso. En ausencia de tales alimentos, nos vimos obligados a mirarnos a la cara, y esto siempre tiende a ser embarazoso.

Sus labios se separaron. Vi que iba a salir algo a la superficie. Tragó saliva dos veces y estuvo preparada para empezar.

–Bertie, quería verte..., te he pedido que vinieras porque quería decir..., quería

decirte... Bertie, mi compromiso con Augustus está anulado.

–Sí.

–¿Lo sabías?

–Oh, sí. Me lo ha dicho él.

–Entonces ya sabes por qué te he pedido que vinieras. Quería decir...

–Sí.

–Que estoy dispuesta...

–Sí.

–A hacerte feliz.

Por un momento pareció que un ligero regreso del antiguo problema con las amígdalas la detenía, pero después de otro par de tragos prosiguió.

–Seré tu esposa, Bertie.

Supongo que después de esto, la mayoría de las personas pensaría que no valía la pena luchar contra lo inevitable, pero yo no. Con temas tan vitales en juego, uno se habría sentido estúpido si hubiera dejado alguna piedra sin remover.

–Tremendamente decente por tu parte –dije, civilizado–. Profundamente sensible al honor, y todo eso. Pero ¿lo has pensado? ¿Has reflexionado? ¿No te parece que eres un poco dura con el pobre Gussie?

–¿Qué? ¿Después de lo que ha pasado esta noche?

–Ah, quería hablarte de eso. Siempre pienso que es conveniente en estas ocasiones, antes de hacer algo drástico, cambiar unas palabras con un experto hombre de mundo y conocer la verdad. No te gustaría más adelante tener que empezar a retorcerte las manos diciendo «¡Ah, si lo hubiera sabido!». En mi opinión, todo el asunto debería ser reexaminado con vistas a dilucidarlo. Si quieres saber lo que pienso, te has equivocado con Gussie.

–¿Que me he equivocado? Si le he visto con mis propios ojos...

–Ah, pero no estabas en el ángulo adecuado. Déjame que te explique.

–No puede haber explicación. No hablaremos más de ello, Bertie. He borrado a Augustus de mi vida. Hasta esta noche sólo le veía a través de la niebla dorada del amor, y le creía el hombre perfecto. Esta noche se ha revelado como lo que es en realidad: un sátiro.

–Pero ahí es adonde quiero llegar. Ahí es donde metes la pata. Verás...

–No hablaremos más de ello.

–Pero...

–¡Por favor!

–Oh, está bien.

Desconecté. No se puede avanzar en el asunto del tout comprendre c’est tout pardonner si la chica no quiere escuchar.

Ella apartó la cabeza, sin duda para ocultar una lágrima silenciosa, y se produjo entonces un breve intervalo durante el cual ella se secó los ojos con un pañuelo de bolsillo y yo, desviando la mirada, hundí la nariz en una jarra de popurrí que había sobre el piano.

Después, se controló.

–Es inútil, Bertie. Sé, por supuesto, por qué hablas así. Es esa naturaleza tuya tan dulce y generosa. No existen distancias que tú no recorras para ayudar a un amigo, aun cuando ello signifique la destrucción de tu propia felicidad. Pero nada de lo que digas me cambiará. He terminado con Augustus. Desde esta noche no será más que un recuerdo, un recuerdo que con el transcurrir de los años será cada vez más débil, mientras tú y yo estaremos cada vez más cerca. Contigo a mi lado, podré exorcizar el hechizo de Augustus... Y ahora supongo que será mejor que vaya a decírselo a papá.

Me sobresalté. Todavía veía la cara de papá Bassett cuando creía que iba a tenerme por sobrino. Sería un poco duro, me pareció, cuando aún temblaba de la cabeza a los pies al recordar que había escapado por los pelos, decirle que iba a convertirme en su yerno. No sentía afecto por papá Bassett, pero uno tiene

instintos humanos.

–¡Oh, por Dios! –exclamé–. ¡No lo hagas!

–Debo hacerlo. Él tiene que saber que voy a ser tu esposa. Espera que me case con Augustus dentro de tres semanas.

Rumié el asunto. Comprendí lo que quería decir, claro. Hay que tener a un padre informado de estas cosas. No se puede dejar que todo suceda y que el pobre tipo cruce la iglesia con chistera y una flor en el ojal para descubrir que la boda se ha anulado y nadie se ha molestado en mencionárselo.

–Bueno, no se lo digas esta noche –urgí–. Deja que se tranquilice. Acaba de tener un buen susto.

–¿Un susto?

–Sí. Está un poco fuera de sí.

Una expresión preocupada acudió a sus ojos, lo que hizo que éstos sobresalieran un poco.

–Entonces tenía razón. Me ha parecido que no era el de siempre cuando le he encontrado saliendo de la biblioteca hace un momento. Se secaba la frente y emitía unos extraños jadeos. Y cuando le he preguntado qué pasaba, me ha dicho que todos teníamos que soportar nuestra cruz en este mundo, pero que suponía que no debía quejarse, porque las cosas no iban tan mal como podrían haber ido. No he sabido a qué se refería. Entonces ha dicho que iba a darse un baño caliente, tomarse tres aspirinas e irse a la cama. ¿Qué era? ¿Qué ha pasado?

Comprendí que revelarle toda la historia sería complicar una situación ya de por sí bastante complicada. Toqué, por lo tanto, sólo un aspecto.

–Stiffy acaba de decirle que quiere casarse con el cura.

–¿Stephanie? ¿Con el cura? ¿Míster Pinker?

–Eso es. El querido Stinker Pinker. Y eso le ha agitado mucho. Al parecer es un poco alérgico a los curas.

Ella respiraba con emoción, como el perro Bartholomew después de haberse comido la vela.

–Pero... pero...

–¿Sí?

–¿Stephanie ama a míster Pinker?

–Oh, sí. De eso no cabe duda.

–Pero entonces...

Comprendí lo que pensaba, e intervine rápidamente.

–¿Entonces nada puede haber entre ella y Gussie, ibas a decir? Exactamente. Esto lo demuestra, ¿no? Es el punto que había estado intentando explicarte desde el principio.

–Pero él...

–Sí, sé que lo hizo. Pero sus motivos para hacerlo eran tan puros como la nieve. Más puros, quizá. Te lo contaré todo, y estoy preparado para darte ciento por ocho si cuando he terminado no admites que hay que tenerle lástima y no censurarle.

Denle a Bertram Wooster una buena historia que revelar y sabrá narrarla bien. Empezando por el principio, por el miedo de Gussie ante la idea de tener que pronunciar un discurso en el banquete de boda, la llevé paso a paso a través de los posteriores acontecimientos. Cuando llegué al capítulo final, la tenía un poco desconcertada, pero definitivamente oscilando en el borde de la convicción.

–¿Y dices que Stephanie ha escondido ese cuaderno en la vaca-jarrita de papá?

–Así es, en la vaca-jarrita.

–Pero nunca había oído una historia tan extraordinaria.

–Es extraña, sí, pero verosímil, ¿no crees? Lo que tienes que tener en cuenta es la psicología del individuo. Puedes decir que no tendrías una psicología como la

de Stiffy ni que te pagaran por ello, pero es la suya.

–¿Estás seguro de que no te lo inventas todo, Bertie?

–¿Por qué demonios iba a hacerlo?

–Conozco muy bien tu naturaleza altruista.

–Oh, entiendo lo que quieres decir. No, no. Esto es el material oficial, de veras. ¿No lo crees?

–Lo creeré si encuentro el cuaderno donde dices que Stephanie lo ha puesto. Creo que será mejor que vaya a verlo.

–Yo lo haría.

–Lo haré.

–Bien.

Se apresuró a salir, y yo me senté ante el piano y me puse a tocar Los días felices han vuelto con un dedo. Era el único método de autoexpresión que pareció presentarse. Habría preferido tomarme un huevo con curry o dos, pues la tensión me había dejado débil, pero, como he dicho, allí no había huevos con curry.

Me encontraba profundamente vigorizado. Me sentía como un corredor de maratón que, después de sudar la gota gorda durante horas, al fin rompe la cinta con el pecho. Lo único que impedía que mi vigor fuera absoluto era el vago pensamiento de que en esa nefasta casa siempre existía la posibilidad de que algo imprevisto se presentara para estropear el final feliz. Por alguna razón no veía a Totleigh Towers arrojando la toalla tan fácilmente como parecía hacer. Me daba la impresión de que debía de guardarse algo en la manga.

No me equivocaba. Cuando Madeline Bassett regresó unos minutos más tarde, no había cuaderno alguno en su mano. Informó de su total incapacidad de descubrir el menor indicio de un cuaderno en el lugar indicado. Y supuse, por sus comentarios, que había dejado por completo de creer en la existencia de aquel cuaderno.

No sé si alguna vez les han echado un cubo de agua fría por encima. Yo recibí

uno en mi juventud por la mediación de un mozo de caballos con quien tuve cierta diferencia de opinión. La misma sensación de ser golpeado de canto se apoderó de mí en ese momento.

Me sentía confundido y perplejo. Como había dicho el agente Oates, el primer movimiento que hace la persona entendida cuando se producen acontecimientos extraños es tratar de encontrar el motivo, y fui incapaz de imaginar cuál podía ser el motivo de que Stiffy dijera que el cuaderno estaba en la vaca-jarrita cuando no estaba. Con mano firme esta muchacha me había tomado el pelo, pero ¿por qué –ése era el punto que me desconcertaba–, por qué me había tomado el pelo?

Hice todo lo que pude.

–¿Estás segura de que lo has mirado?

–Completamente segura.

–Quiero decir, con atención.

–Con mucha atención.

–Stiffy me ha jurado que estaba allí.

–¿De veras?

–¿Qué quieres decir con «de veras»?

–Si quieres saber lo que quiero decir, es que no creo que alguna vez haya existido ese cuaderno.

–¿No crees mi historia?

–No.

Bueno, después de eso, no parecía haber mucho que decir. Yo quizá dije «¿Oh?» o algo así –no estoy seguro–, pero si lo hice, eso me dejó libre. Me dirigí hacia la puerta y me marché aturdido, meditando.

Ya saben cómo es cuando uno medita. Uno se queda absorto, concentrado. Los

fenómenos externos no se registran. Supongo que me encontraba a medio camino del pasillo que conducía a mi habitación cuando el tremendo estruendo que tenía lugar penetró en mi conciencia y me hizo detener, mirar y escuchar.

El estruendo al que me refiero era una especie de estruendo de golpes, como si alguien golpeara algo. Y apenas me había dicho para mis adentros «¡Vaya, alguien que golpea algo!» cuando vi de quién se trataba. Era Roderick Spode, y lo que estaba golpeando era la puerta del dormitorio de Gussie. Cuando me acerqué, estaba descargando otro golpe en la madera.

El espectáculo ejerció un efecto tranquilizante inmediato en mi sistema nervioso. Me sentí un hombre nuevo. Y les diré por qué.

Todo el mundo, supongo, ha experimentado la sensación de confort y alivio que sobreviene cuando uno se ve dominado por fuerzas que escapan a su control y de repente descubre a alguien en quien puede descargar los sentimientos reprimidos. El comerciante, cuando las cosas van mal, se desahoga riñendo al dependiente más joven. El dependiente más joven va y echa una bronca al chico de los recados. El chico de los recados da una patada al gato. El gato sale a la calle para buscar a un gato más pequeño, el cual a su vez, concluida la entrevista, empieza a explorar el vecindario en busca de un ratón.

Eso me ocurrió a mí en aquel momento. Acuciado hasta casi reventar por papá Bassett y Madeline Bassett y Stiffy Byng y qué se yo qué más, y perseguido como el diablo por un Destino implacable, encontré solaz en la idea de que podía descargarme en Roderick Spode.

–¡Spode! –grité con aspereza.

Él se detuvo con el puño levantado y volvió un rostro inflamado en mi dirección. Después, cuando vio quién había hablado, la luz roja desapareció de sus ojos. Decayó obsequiosamente.

–Bueno, Spode, ¿qué es todo esto?

–Ah, hola, Wooster. Agradable noche.

Procedí a descargar mis sentimientos reprimidos.

–No importa qué clase de noche es –dije–. Caramba, Spode, esto es demasiado. Es ese poquito de más que obliga a un hombre a tomar medidas drásticas.

–Pero Wooster...

–¿Qué pretende molestando a la casa con este abominable alboroto? ¿Ya ha olvidado lo que le he dicho de frenar esta disposición que tiene a desbocarse como un hipopótamo furioso? Creía que después de lo que le he dicho habría pasado el resto de la velada acurrucado con un buen libro. Pero no. Le encuentro renovando sus esfuerzos por asaltar y apalear a mis amigos. Debo advertirle, Spode, que mi paciencia no es inagotable.

–Pero, Wooster, no lo entiende.

–¿Qué es lo que no entiendo?

–No conoce la provocación que he recibido de este Fink-Nottle de ojos saltones. –Una mirada triste asomó a su rostro–. Tengo que romperle el cuello.

–Usted no va a romperle el cuello.

–Bueno, pues a sacudirle como a una rata.

–Ni a sacudirle como a una rata.

–Pero él dice que soy un asno pomposo.

–¿Cuándo le ha dicho Gussie eso?

–No lo ha dicho exactamente. Lo escribió. Mire. Está aquí.

Ante mis ojos saltones se sacó del bolsillo un pequeño cuaderno marrón, forrado de piel.

Volviendo una vez más a Arquímedes, la descripción que de él había hecho Jeeves al descubrir el principio del desplazamiento, aunque breve, me había causado una profunda impresión al presentar ante mis ojos un retrato muy vivo de lo que debía de haber sucedido en aquella ocasión. Había podido ver al hombre probando el agua de la bañera con el dedo gordo del pie..., entrando..., sumergiendo su cuerpo. Le había acompañado en espíritu a través de todas las

posteriores formalidades: poner jabón en la esponja, ponerse champú en el pelo, cantar...

Y entonces, de pronto, cuando asciende hacia la nota alta, se produce un silencio. Su voz ha desaparecido. A través del jabón que le cae por la cara se puede ver que sus ojos brillan con una extraña luz. La esponja se le cae de la mano. El hombre profiere un grito de triunfo: «¡Lo tengo! ¡Lo tengo! ¡El principio del desplazamiento!» Y sale de un salto, sintiéndose a las mil maravillas.

Exactamente de la misma manera me afectó la milagrosa aparición de ese cuaderno. Hubo ese idéntico momento de silencio asombrado, seguido del grito triunfal. Y no me cabe duda de que, cuando alargué una mano apremiante, mis ojos brillaban con una extraña luz.

–¡Deme ese cuaderno, Spode!

–Sí, me gustaría que lo viera, Wooster. Entonces entendería lo que quiero decir. Me he encontrado esto –dijo– de una manera bastante notable. Se me ha pasado por la cabeza la idea de que sir Watkyn pudiera sentirse más feliz si yo me ocupaba de esa vaca-jarrita suya. Se han producido muchos robos en el vecindario –se apresuró a añadir–, muchos robos, y esas puertaventanas nunca son realmente seguras. Así que yo... he ido a la sala de la colección y la he sacado de su vitrina. Me ha sorprendido notar que había algo dentro. La he abierto y he encontrado este cuaderno. Mire –dijo, señalando con un dedo como un plátano por encima de mi hombro–, mire lo que dice de mi manera de comer espárragos.

Creo que la idea que tenía Roderick Spode era que íbamos a revisar aquellas páginas juntos. Cuando vio que me metía el volumen en el bolsillo, percibí su decepción.

–¿Va a quedarse con el cuaderno, Wooster?

–Sí.

–Pero yo quiero enseñárselo a sir Watkyn. También dice muchas cosas de él.

–No le causaremos a sir Watkyn dolor innecesario, Spode.

–Quizá tenga razón. Entonces seguiré intentando echar esta puerta abajo.

–Ni hablar –dije con severidad–. Lo único que hará será evaporarse.

–¿Evaporarme?

–Evaporarse. Déjeme, Spode. Quiero estar solo.

Le observé desaparecer tras el recodo, y luego golpeé con vigor en la puerta.

–Gussie.

No obtuve respuesta.

–Gussie, sal.

–Si salgo estoy perdido.

–Sal, no seas burro. Soy Wooster.

Pero ni siquiera esto produjo resultados inmediatos. Me explicó más tarde que le había dado la impresión de que era Spode haciendo una astuta imitación de mi voz. Pero al fin le convencí de que era realmente su amigo de la infancia y no otro, y entonces se oyó el ruido de un mueble al ser arrastrado y después la puerta se abrió y apareció su cabeza con cautela, como un caracol echando un vistazo después de una tormenta.

La escena emocional que siguió no es necesario que la cuente con detalle. Habrán presenciado muchas de igual índole en el cine, cuando los marines de los Estados Unidos llegan justo a tiempo para ayudar a la guarnición sitiada. Puedo resumirlo si digo que empezó a adularme. Parecía tener la impresión de que yo había vencido a Roderick Spode en un combate personal, y no merecía la pena corregirle. Apretando el cuaderno en su mano, le envié a mostrárselo a Madeline Bassett y me encaminé a mi habitación.

Allí se encontraba Jeeves, ocupado en alguna tarea profesional.

Mi intención había sido, al ver a este hombre otra vez, regañarle por haberme sometido a la tensión nerviosa de mi reciente entrevista con papá Bassett. Pero le saludé con una sonrisa cordial y no con una mirada ácida. Al fin y al cabo, me dije, su plan había salido bien, y en cualquier caso no era momento para recriminaciones. Wellington no fue riñendo a la gente después de la batalla de

Waterloo. Les dio unas palmadas en la espalda y bebió con ellos.

–¡Ajá, Jeeves! Está ahí, ¿eh?

–Sí, señor.

–Bueno, Jeeves, puede empezar a hacer el equipaje.

–¿Señor?

–Para el viaje a casa. Nos vamos mañana.

–¿No se propone, pues, señor, alargar su estancia en Totleigh Towers?

Solté una de mis alegres carcajadas.

–No haga preguntas tontas, Jeeves. ¿Es Totleigh Towers un lugar donde la gente quiera alargar su estancia si no tienen que hacerlo? Y ahora ya no hay necesidad de que permanezca en este lugar. Mi tarea está cumplida. Nos marcharemos mañana por la mañana a primera hora. Empiece, pues, a hacer el equipaje, para que podamos irnos sin un solo instante de retraso. No tardará mucho, ¿verdad?

–No, señor. Sólo hay dos maletas.

Las sacó de debajo de la cama; abrió la más grande y empezó a meter en ella chaquetas y otras cosas, mientras yo, sentado en el sofá, procedía a ponerle al corriente de los recientes acontecimientos.

–Bueno, Jeeves, ese plan suyo ha funcionado.

–Me alegro mucho de oírlo, señor.

–No digo que la escena no me acose en sueños durante algún tiempo. No hago comentario alguno al hecho de que me ha metido usted en semejante acción. Simplemente señalo que ha demostrado ser eficaz. La bendición del tío ha salido disparada como un corcho de una botella de champán, y Stiffy y Stinker se encaminan al altar sin más impedimentos.

–Extremadamente satisfactorio, señor. Entonces, ¿las reacciones de sir Watkyn han sido como habíamos previsto?

–Si acaso, más aún. No sé si alguna vez ha visto usted una corteza de árbol golpeada por las olas.

–No, señor. Mis visitas al mar siempre han sido en tiempo bonancible.

–Bueno, eso es lo que parecía él al ser informado por mí de que quería convertirme en sobrino suyo por matrimonio. Parecía y se comportaba como en el naufragio del Hesperus. ¿Recuerda? Navegaba en el mar invernal, y el capitán se había llevado a su hijita para que le hiciera compañía.

–Sí, señor. Azules eran sus ojos como los de un hada, sus mejillas como el nacimiento del día y su pecho era blanco como los capullos del espino que se abren en el mes de mayo.

–Bien, como iba diciendo, se ha tambaleado bajo el golpe y ha dejado entrar agua por todas las junturas. Y cuando Stiffy ha aparecido y le ha dicho que se trataba de un error, y que el promesso sposo era en realidad el amigo Stinker Pinker, su alivio no ha conocido límites. Al instante ha bendecido su unión. Apenas podía pronunciar las palabras con suficiente rapidez. Pero ¿por qué pierdo el tiempo contándole todo esto, Jeeves? Esto no es más que un asunto secundario. He aquí la noticia de primera página; la noticia que sacudirá las chancelleries. Tengo ese cuaderno.

–¿De veras, señor?

–Sí, absolutamente. He encontrado a Spode con él y se lo he quitado, y Gussie ahora está mostrándoselo a miss Bassett y limpiando su nombre del estigma que llevaba consigo. No me sorprendería que en este mismo momento estuvieran unidos en un fuerte abrazo.

–Consumación devotamente deseable, señor.

–Usted lo ha dicho, Jeeves.

–Entonces, ya nada hay que le cause preocupación, señor.

–Nada. El alivio es estupendo. Me siento como si me hubieran quitado un gran peso de los hombros. Podría bailar y cantar. Creo que no cabe la menor duda de que exhibir ese cuaderno producirá el efecto deseado.

–Ninguna, imagino, señor.

–Esto..., Bertie –dijo Gussie, interviniendo en este momento con el aire de quien ha pasado por un escurridor–, ha ocurrido una cosa terrible. La boda se ha anulado.

# 11

Miré fijamente a Gussie, apretándome la frente y balanceándome sobre mi base.

–¿Anulado?

–Sí.

–¿Tu boda?

–Sí.

–¿Se ha anulado?

–Sí.

–¿Cómo..., anulado?

–Sí.

No sé qué habría hecho la Mona Lisa en mi lugar. Probablemente lo mismo que hice yo.

–Jeeves –dije–, coñac.

–Muy bien, señor.

Se marchó en su misión de caridad, y yo me volví a Gussie, que paseaba aturdido por la habitación, como si llenara el tiempo antes de empezar a arrancarse los cabellos.

–¡No puedo soportarlo! –le oí murmurar–. La vida sin Madeline no merecerá la pena vivirla.

Era una actitud asombrosa, por supuesto, pero no se pueden discutir los gustos. Lo que para un hombre es miel para otro es veneno, y viceversa. Incluso mi tía Agatha, recordé, había encendido la chispa de la pasión en el difunto Spenser Gregson.

Sus paseos le habían llevado hasta la cama, y vi que miraba la sábana anudada que había encima.

–Supongo –dijo con una voz ausente, de soliloquio– que alguien podría colgarse con eso.

Decidí poner fin rápidamente a este hilo de pensamientos. Para entonces ya me había acostumbrado más o menos a que mi dormitorio fuera tratado como una especie de lugar de encuentro de las naciones, pero no iba a permitir que lo convirtieran en un lugar marcado con una X. Era un punto del que estaba muy seguro.

–No te colgarás aquí.

–En alguna parte tengo que hacerlo.

–Bueno, pues no te colgarás en mi habitación.

Alzó las cejas.

–¿Pones alguna objeción a que me siente en tu sofá?

–Adelante.

–Gracias.

Se sentó y se quedó mirando al frente con ojos vidriosos.

–Bueno, Gussie –dije–, empecemos por tu afirmación. ¿Qué es todo esto de que la boda se ha anulado?

–Se ha anulado.

–Pero ¿no le has enseñado el cuaderno?

–Sí. Le he enseñado el cuaderno.

–¿Ha leído su contenido?

–Sí.

–Bien, ¿no lo ha tout compris?

–Sí.

–¿Y tout perdonné?

–Sí.

–Entonces debes de tener los datos erróneos. La boda no puede estar anulada.

–Lo está, te lo aseguro. ¿Crees que no sé cuándo una boda está anulada y cuándo no lo está? Sir Watkyn lo ha prohibido.

Esto era un ángulo no previsto.

–¿Por qué? ¿Habéis peleado o algo?

–Sí. Por las salamandras. No le ha gustado que las pusiera en la bañera.

–¿Has puesto salamandras en la bañera?

–Sí.

Como un celoso consejero, me agarré a ese punto.

–¿Por qué?

Agitó la mano, como si fuera a arrancarse algún cabello.

–Se me ha roto el tanque. El tanque que tengo en mi dormitorio. El tanque de cristal en el que tengo las salamandras. Se me ha roto el tanque de cristal de mi dormitorio, y la bañera era el único lugar donde podía meter a las salamandras. El lavabo no era lo suficientemente grande. Las salamandras necesitan espacio. Así que las he puesto en la bañera. Porque se me ha roto el tanque. El tanque de cristal de mi dormitorio. El tanque de cristal en el que tengo...

Comprendí que si le dejaba proseguir en esa vena aquello podría prolongarse indefinidamente, así que le llamé al orden dando un fuerte golpe con un jarrón de porcelana sobre la repisa de la chimenea.

–Capto la idea –dije, y barrí con la mano los fragmentos para que cayeran en la

chimenea–. Adelante. ¿Qué papel tiene papá Bassett?

–Ha ido a darse un baño. No se me había ocurrido que alguien quisiera darse un baño tan tarde. Y yo estaba en el salón cuando él ha entrado gritando: «¡Madeline, este maldito Fink-Nottle ha llenado mi bañera de renacuajos!» Y yo he perdido un poco la cabeza, me temo. He gritado a mi vez: «¡Oh, Dios mío, estúpido viejo asno, cuidado con lo que les hace a esas salamandras! ¡No las toque! ¡Estoy en mitad de un experimento muy importante!»

–Entiendo. Y entonces...

–He seguido diciéndole que quería averiguar si la luna llena afectaba a la vida amorosa de las salamandras. Y una extraña expresión ha asomado a su rostro, y ha temblado un poco, y después me ha dicho que había sacado el tapón y todas mis salamandras se habían ido por el desagüe.

Creo que él habría preferido, en este punto, arrojarse sobre la cama y volver la cara a la pared, pero no se lo permití. Estaba decidido a atenerme al resultado.

–¿Ante lo cual tú qué has hecho?

–Le he echado una bronca como es debido. Le he llamado todos los nombres que se me han ocurrido. Parecían salir a borbotones de mi subconsciente. Al principio me lo ha impedido un poco el hecho de que Madeline estaba allí, pero al cabo de poco rato le ha dicho que se fuera a la cama, y entonces he podido expresarme realmente. Y cuando por fin me he detenido para tomar aliento, él ha prohibido las amonestaciones y se ha largado. Y yo he llamado a Butterfield para que me trajera un vaso de zumo de naranja.

Me sobresalté.

–¿Zumo de naranja?

–Quería reponerme.

–Pero ¿zumo de naranja? ¿A estas horas?

–Era lo que necesitaba.

Me encogí de hombros.

–Ah, bueno –dije.

Otra prueba, desde luego, de lo que digo a menudo: que hay de todo en este mundo.

–En realidad, ahora me iría muy bien un buen trago largo.

–El enjuague bucal está junto a tu codo.

–Gracias... ¡Ah! ¡Esto está bien!

–Tómate otro.

–No, gracias. Sé cuándo parar. Bien, ésta es la situación, Bertie. No permitirá que Madeline se case conmigo, y me pregunto si existe alguna manera de convencerle. Me temo que no. Verás, no es sólo que le he llamado cosas...

–¿Como qué?

–Bueno, miserable, recuerdo que ha sido una de ellas. Y canalla, creo. Sí, estoy seguro de que le he llamado canalla estrábico. Pero eso tal vez me lo perdonara. El problema auténtico es que me he burlado de esa vaca-jarrita suya.

–¡La vaca-jarrita!

Lo dije con aspereza. Él había iniciado un hilo de pensamientos. Una idea había empezado a florecer. Durante un rato yo había estado apelando a todos los recursos del intelecto Wooster para ayudarme a resolver ese problema, y no suelo hacerlo a menudo sin que algo se desate. Ante la mención de la vaca-jarrita, el cerebro de pronto pareció darse él mismo un empujón y salir corriendo campo a través con la nariz pegada al suelo.

–Sí. Como sabía cuánto le gustaba y la admiraba, y como buscaba palabras punzantes que le hirieran, le he dicho que era de estilo holandés moderno. Anoche deduje por sus comentarios a la hora de cenar que era lo último que debería ser. «¡Usted y su vaca-jarrita del siglo XVIII!», he dicho. «¡Bah, holandés moderno!», u otras palabras similares. Eso ha sido la estocada definitiva. Se ha vuelto de color púrpura y ha anulado la boda.

–Escucha, Gussie –dije–, creo que ya lo tengo.

Se le iluminó la cara. Vi que el optimismo se había agitado y sacudía una pierna. Este Fink-Nottle siempre ha sido de naturaleza optimista. Los que recuerdan su alocución a los chicos del instituto de Market Snodsbury recordarán que fue en gran medida un llamamiento a los pequeños sujetos a no mirar el lado oscuro.

–Sí, creo que veo la manera. Lo que tienes que hacer, Gussie, es robar esa vaca-jarrita.

Separó los labios, y creí que de ellos saldría un «¿Eh, qué?», pero no fue así. Sólo silencio y un par de burbujas.

–Éste es el primer paso, el esencial. Pones a buen recaudo la vacajarrita, y le comunicas que está en tu poder, y le dices: «Bueno, ¿qué le parece?» Estoy convencido de que para recuperar esa maldita vaca aceptaría todos los términos que quisieras mencionar. Ya sabes cómo son los coleccionistas. Prácticamente chiflados, todos ellos. Vaya, mi tío Tom desea tanto tener ese objeto que de hecho está dispuesto a cambiar a su supremo cocinero, Anatole, por él.

–No será el tipo que cocinaba en Brinkley cuando yo estuve allí, ¿verdad?

–Ése es.

–¿El tipo que preparó aquellas nonettes de poulet Agnes Sorel?

–Ese mismo artista.

–¿De veras quieres decir que a tu tío no le importaría perder a Anatole a cambio de esta vaca-jarrita?

–Lo sé por los propios labios de la tía Dahlia.

Aspiró hondo.

–Entonces tienes razón. Este plan tuyo lo resolvería todo, sin duda. Suponiendo, claro está, que sir Watkyn considere igualmente valioso ese objeto.

–Así es. ¿Verdad, Jeeves? –dije, cuando entró con el coñac–. Sir Watkyn Bassett ha prohibido la boda de Gussie –expliqué–, y le he dicho que lo único que tiene que hacer para que cambie de opinión es apoderarse de esa vaca-jarrita y negarse a entregársela hasta que les dé la bendición de padre. ¿Está de acuerdo?

–Indudablemente, señor. Si míster Fink-Nottle está en posesión del objet d'art en cuestión, estará en situación de imponerse. Un plan muy astuto, señor.

–Gracias, Jeeves. Sí, no está mal, considerando que he tenido que improvisar y dar forma a mi estrategia en un momento. Yo de ti, Gussie, pondría las cosas en marcha inmediatamente.

–Disculpe, señor.

–¿Ha dicho algo, Jeeves?

–Sí, señor. Iba a decir que antes de que míster Fink-Nottle pueda iniciar los preparativos hay que vencer un obstáculo.

–¿Cuál?

–Para proteger sus intereses, sir Watkyn ha apostado al agente Oates de guardia en la sala de la colección.

–¿Qué?

–Sí, señor.

El sol se apagó en el rostro de Gussie, y emitió un sonido chirriante como un disco de gramófono al acabarse.

–Sin embargo, creo que con una pequeña sutileza será perfectamente posible eliminar este factor. Me pregunto si recuerda, señor, aquella ocasión en Chuffnell Hall, cuando sir Roderick Glossop quedó encerrado en el invernadero y sus esfuerzos por soltarle parecía que se frustrarían por el hecho de que el agente de policía Dobson había sido apostado ante la puerta.

–Lo recuerdo muy bien, Jeeves.

–Me aventuré a sugerir que era posible inducirle a dejar su puesto si se le hacía llegar el rumor de que la camarera Mary, con quien estaba comprometido, deseaba hablar con él en los frambuesos. El plan se llevó a cabo y resultó satisfactorio.

–Cierto, Jeeves. Pero –dije dubitativo– no veo que aquí pueda hacerse algo

parecido. El agente Dobson, recordará, era joven, ardiente, romántico, de esos tipos que automáticamente se precipitarían a los frambuesos si le dijeran que allí había chicas. Eustace Oates no posee la pasión de Dobson. Tiene bastantes más años y da la impresión de ser un hombre casado bien aposentado que preferiría tomar una taza de té.

–Sí, señor, el agente Oates es, como dice, de un temperamento más sobrio. Pero es simplemente el principio del asunto lo que yo abogaría por realizar en la presente emergencia. Sería necesario proporcionar un señuelo adecuado a la psicología del individuo. Lo que yo sugeriría es que míster Fink-Nottle informara al agente de que usted tiene su casco.

–¡Porras, Jeeves!

–Sí, señor.

–Entiendo la idea. Sí, muy aguda. Sí, eso serviría.

Los ojos vidriosos de Gussie indicaban que no registraba todo esto, y se lo expliqué.

–Esta tarde, Gussie, una mano oculta ha birlado la tapadera de este gendarme, lo que le ha herido en lo vivo. Lo que dice Jeeves es que una palabra tuya referente a que lo has visto en mi habitación le hará venir aquí como una tigresa tras su cachorro perdido, con lo que te dejará campo libre para actuar. Ésa es, en esencia, su idea, ¿no, Jeeves?

–Exactamente, señor.

Gussie se animó visiblemente.

–Entiendo. Es una treta.

–Así es. Una de las tretas, y no la peor de ellas. Buen trabajo, Jeeves.

–Gracias, señor.

–Eso servirá, Gussie. Dile que tengo su casco, espera mientras él sale corriendo, ve a la vitrina y coge la vaca. Un plan sencillo, hasta un niño podría llevarlo a cabo. Lo único que siento, Jeeves, es que esto parece eliminar toda posibilidad

de que la tía Dahlia pueda obtener ese objeto. Es una lástima que haya tanta demanda de él.

–Sí, señor. Pero, posiblemente, mistress Travers, al comprender que míster Fink-Nottle lo necesita más que ella, aceptará la decepción con filosofía.

–Es posible. Por otra parte, también es posible que no. Con todo, la posibilidad existe. En estas ocasiones en que los intereses individuales chocan, alguien tiene que quedarse con la pajita más corta.

–Muy cierto, señor.

–No se puede esperar que se produzcan finales felices en todas partes; uno por persona, quiero decir.

–No, señor.

–Lo importante es que Gussie solucione lo suyo. Así que vete, Gussie, y que el cielo te ayude.

Encendí un cigarrillo.

–Una idea muy buena, Jeeves. ¿Cómo se le ha ocurrido?

–Ha sido el propio agente quien me la ha inspirado, señor, cuando he hablado con él no hace mucho. He deducido por lo que ha dicho que realmente sospecha que usted es el individuo que le ha robado el casco.

–¿Yo? ¿Por qué? Maldita sea, si apenas conozco a ese hombre. Creía que sospechaba de Stiffy.

–Al principio, sí, señor. Y sigue opinando que miss Byng es la fuerza motivadora que hay detrás del ladrón. Pero ahora cree que la joven dama debe de haber tenido un cómplice masculino, quien hizo el trabajo sucio. Sir Watkyn, tengo entendido, le apoya en su teoría.

De pronto recordé los pasajes iniciales de mi entrevista con papá Bassett en la biblioteca, y al fin comprendí a lo que se había referido. Aquellas observaciones suyas que me habían parecido simples comentarios triviales, entonces me daba cuenta, tenían un siniestro significado oculto. Yo había supuesto que sólo éramos

dos muchachos intercambiando las últimas noticias frescas, y en cambio se trataba de un sondeo o interrogatorio.

–Pero ¿qué es lo que les hace pensar que yo he sido el cómplice masculino?

–Deduzco que al agente le sorprendió la cordialidad que vio que existía entre miss Byng y usted, cuando ha tropezado con usted esta tarde en la carretera, y sus sospechas se han visto reforzadas cuando ha encontrado el guante de la joven en la escena del delito.

–No le entiendo, Jeeves.

–Él supone que usted está enamorado de miss Byng, señor, y cree que usted llevaba el guante junto a su corazón.

–Si lo hubiera llevado junto a mi corazón, ¿cómo se me habría caído?

–Su opinión es que lo sacó para llevárselo a los labios, señor.

–Vamos, vamos, Jeeves. ¿Iba a llevarme un guante a los labios en el momento en que me disponía a robar el casco de un policía?

–Al parecer, míster Pinker lo ha hecho, señor.

Iba a explicarle que lo que el viejo Stinker haría en cualquier situación dada y lo que haría la persona corriente, normal, con cincuenta gramos más de cerebro que un reloj de cuco eran dos cosas completamente diferentes, cuando fui interrumpido por la segunda entrada de Gussie. Me di cuenta, por el optimismo de su conducta, de que las cosas se habían desarrollado bien.

–Jeeves tenía razón, Bertie –dijo–. Ha leído a Eustace Oates como un libro.

–¿La información le ha agitado?

–No creo haber visto alguna vez a un policía más animado. Su primer impulso ha sido dejarlo todo y precipitarse aquí enseguida.

–¿Por qué no lo ha hecho?

–No podía decidirse a hacerlo, dado que sir Watkyn le ha ordenado que

permanezca allí.

Seguí la psicología. Era lo mismo que lo del chico que permanecía en la cubierta en llamas mientras todos los demás huían.

–Entonces, el procedimiento, supongo, será que enviará recado a papá Bassett, para notificarle los hechos y pedirle permiso para seguir adelante.

–Sí. Supongo que le tendrás aquí dentro de unos minutos.

–En ese caso no deberías estar aquí. Deberías esconderte en el vestíbulo.

–Voy allí enseguida. Sólo he venido a informar.

–Estate preparado para deslizarte dentro en el momento en que salga.

–Lo haré. Confía en mí. No habrá el menor problema. Ha sido una idea maravillosa, Jeeves.

–Gracias, señor.

–Puedes imaginar el alivio que siento al saber que dentro de cinco minutos todo estará solucionado. Lo único que lamento un poco ahora –dijo Gussie pensativo– es haberle dado el cuaderno al viejo.

Soltó esta asombrosa afirmación con tanta naturalidad que tardé unos segundos en captar su significado. Cuando lo hice, una fuerte conmoción penetró en mi organismo. Fue como si hubiera estado apoyado en la silla eléctrica y las autoridades hubieran conectado la corriente.

–¿Le has entregado el cuaderno?

–Sí. Cuando se iba. He pensado que podría contener algunos nombres que había olvidado llamarle.

Me sujeté con mano temblorosa en la repisa de la chimenea.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–¡Más coñac!

–Sí, señor.

–Y deje de servirlo en esos vasos pequeños, como si fuera radio. Traiga el barril.

Gussie me miraba con un toque de sorpresa.

–¿Pasa algo, Bertie?

–¿Que si pasa algo? –Solté una carcajada sin alegría–. ¡Ja! Bueno, esto lo estropea todo.

–¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

–¿No ves lo que has hecho, pobre imbécil? Ahora de nada sirve robar esa vaca-jarrita. Si el viejo Bassett ha leído el contenido de ese cuaderno, nada le hará cambiar de opinión.

–¿Por qué no?

–Bueno, ya sabes cómo ha afectado a Spode. No creo que a papá Bassett le guste leer verdades caseras acerca de él más de lo que le ha gustado a Spode.

–Pero ya sabía las verdades caseras. Ya te he dicho cómo le he insultado.

–Sí, pero eso podía haberlo perdonado. Repásalo, por favor..., dicho en caliente..., extrañamente me he salido de mis casillas..., con todo esto. Las opiniones razonadas fríamente, escritas con cuidado día a día en un cuaderno, son algo muy distinto.

Vi que por fin lo había comprendido. Su cara volvió a adoptar un tono verduzco. Abrió la boca y la cerró como un pez de colores que ve a otro pez de colores entrar y llevarse el huevo de hormiga que se había reservado para él.

–¡Oh, Dios mío!

–Sí.

–¿Qué puedo hacer?

–No lo sé.

–¡Piensa, Bertie, piensa!

Eso hice, tenso, y fui recompensado con una idea.

–Dime –dije–, ¿qué ha ocurrido exactamente al finalizar la vulgar pendencia? Le has entregado el cuaderno. ¿Lo ha hojeado allí mismo?

–No. Se lo ha metido en el bolsillo.

–¿Y suponías que iba a darse un baño?

–Sí.

–Entonces respóndeme esto: ¿en qué bolsillo? Quiero decir, ¿el bolsillo de qué prenda? ¿Qué vestía?

–Una bata.

–¿Encima..., piénsalo bien, Fink-Nottle, pues todo depende de esto..., encima de la camisa y los pantalones y todo eso?

–Sí, llevaba puestos los pantalones. Recuerdo que me he fijado.

–Entonces todavía queda alguna esperanza. Después de dejarte, habrá ido a su habitación a despojarse de la vestimenta. ¿Dices que estaba muy exaltado?

–Sí, muchísimo.

–Bien. Mi conocimiento de la naturaleza humana, Gussie, me dice que un hombre muy exaltado no se entretiene palpando los bolsillos para ver si hay algún cuaderno y empapándose de su contenido. Se quita la ropa y se va a la salle de bain. El cuaderno debe de estar todavía en el bolsillo de su bata, que sin duda ha dejado sobre la cama o encima de una silla, y lo único que tienes que hacer es entrar en su habitación y cogerlo.

Yo había anticipado que este claro pensamiento produciría un grito gozoso y un estallido sincero de agradecimiento. En cambio, él se limitó a arrastrar los pies, dubitativo.

–¿Entrar en su habitación?

–Sí.

–¡Pero maldita sea!

–¿Qué pasa?

–¿Estás seguro de que no hay otra manera?

–Claro que no la hay.

–Entiendo... ¿Tú no lo harías por mí, Bertie?

–No, no lo haría.

–Muchos tipos lo harían, ayudar a un viejo amigo de la escuela.

–Muchos tipos son bobos.

–¿Has olvidado aquellos días en la vieja y querida escuela?

–Sí.

–¿No recuerdas aquel día que compartí contigo mi última barrita de chocolate con leche?

–No.

–Bueno, lo hice, y entonces me dijiste que si alguna vez tenías oportunidad de hacer algo por mí... Sin embargo, si estas obligaciones (sagradas, las considerarían algunos) nada significan para ti, supongo que no hay más que decir.

Se entretuvo un rato; luego, sacó del bolsillo del pecho una fotografía de Madeline Bassett y la miró atentamente. Al parecer era el estímulo que necesitaba. Sus ojos se iluminaron. Su rostro perdió la expresión como de pez. Salió en dos zancadas, inmediatamente regresó y cerró la puerta tras de sí.

–Esto..., Bertie, ¡Spode está ahí fuera!

–¿Y qué?

–Ha intentado cogerme.

–¿Que ha intentado cogerte?

Fruncí el ceño. Soy un hombre paciente, pero tengo un límite. Parecía increíble, después de lo que le había dicho, que Roderick Spode siguiera con lo mismo. Me acerqué a la puerta y la abrí de golpe. Era como Gussie había dicho. Aquel hombre estaba al acecho.

Cedió un poco, cuando me vio. Me dirigí a él con fría severidad.

–¿Puedo hacer algo por usted, Spode?

–No. No, nada, gracias.

–Pasa, Gussie –dije, y me quedé observándole con ojo protector mientras él pasaba con cautela junto al gorila humano y desaparecía por el pasillo. Entonces me volví hacia Spode.

–Spode –dije con voz ecuánime–, ¿no le he dicho que deje en paz a Gussie?

Él me miró con aire suplicante.

–¿No habría manera de que me dejara hacerle algo a Gussie, Wooster? Aunque sólo fuera darle una patada.

–Claro que no.

–Bueno, como usted diga, desde luego. –Se rascó la mejilla, descontento–. ¿Ha leído ese cuaderno, Wooster?

–No.

–Dice que mi bigote es como la mancha decolorada que deja una cucaracha aplastada en un costado de un fregadero de cocina.

–Siempre ha sido un tipo poético.

–Y que mi manera de comer espárragos altera el concepto que uno tiene del

Hombre como última palabra de la naturaleza.

–Sí, me lo dijo, ahora que me acuerdo. También tiene razón en eso. Lo he observado en la cena. Lo que tiene que hacer, Spode, en el futuro, es descender el vegetal suavemente hacia el abismo. Tómeselo con calma. No lo ataque. Trate de recordar que es usted un ser humano y no un tiburón.

–¡Ja, ja! Un ser humano y no un tiburón. Muy listo, Wooster. Muy divertido.

Todavía se reía, aunque no terriblemente de corazón, me pareció, cuando Jeeves llegó con una botella en una bandeja.

–El coñac, señor.

–Ya era hora, Jeeves.

–Sí, señor. Debo pedirle disculpas una vez más por mi retraso. Me ha detenido el agente Oates.

–¿Ah, sí? ¿Otra vez charlando con él?

–No tanto charlando, señor, como deteniendo el flujo de sangre.

–¿Sangre?

–Sí, señor. El agente había sufrido un accidente.

Mi resentimiento momentáneo se desvaneció, y en su lugar apareció una alegría austera. La vida en Totleigh Towers me había endurecido, embotando los sentimientos más amables, y no saqué más que gratificación de la noticia de que el agente Oates había sufrido un accidente. Sólo una cosa, en verdad, me habría podido complacer más: si me hubieran informado de que sir Watkyn Bassett había pisado la pastilla de jabón y se había caído en la bañera.

–¿Cómo ha ocurrido?

–Ha sido atacado mientras trataba de recuperar la vaca-jarrita de sir Watkyn que había cogido un intruso a medianoche, señor.

Spode dejó escapar un grito.

–¿No habrán robado la vaca-jarrita?

–Sí, señor.

Era evidente que Roderick Spode estaba profundamente afectado por la noticia. Su actitud hacia la vaca-jarrita, si recuerdan, había sido paternal desde el principio. Sin entretenerse a oír más, se fue a toda prisa, y yo acompañé a Jeeves a la habitación, ansioso por conocer detalles.

–¿Qué ha ocurrido, Jeeves?

–Bien, señor, ha sido un poco difícil extraer una narración coherente por parte del agente, pero supongo que se encontraba inquieto y nervioso.

–No cabe duda, debido a su incapacidad de ponerse en contacto con papá Bassett, quien, como sabemos, está en el baño, y recibir permiso para abandonar su puesto y venir aquí por su casco.

–Sin duda, señor. Y como estaba inquieto, ha experimentado un fuerte deseo de fumar una pipa. Reacio, sin embargo, a correr el riesgo de que se descubriera que había fumado estando de servicio, como habría podido ser el caso de haberlo hecho en una habitación cerrada donde el humo habría permanecido, ha salido al jardín.

–Rápido pensador, este Oates.

–Al salir ha dejado abierta la puertaventana. Y un rato después, un ruido repentino procedente del interior le ha llamado la atención.

–¿Qué clase de ruido?

–El ruido de pasos sigilosos, señor.

–¿Alguien caminaba con sigilo?

–Exacto, señor. Y a continuación, ruido de cristales rotos. Inmediatamente se ha apresurado a regresar a la habitación, la cual se encontraba, por supuesto, a oscuras.

–¿Por qué?

–Porque él había apagado la luz, señor.

Asentí con la cabeza. Seguía la idea.

–Las instrucciones de sir Watkyn habían sido de mantener su vigilancia a oscuras, para dar al intruso la impresión de que la habitación se hallaba desocupada.

Volví a asentir. Era un truco sucio, pero que acudiría de manera natural a la mente de un ex magistrado.

–Se ha apresurado a acercarse a la vitrina en la que estaba depositada la vaca-jarrita, y ha encendido una cerilla. Casi enseguida se ha apagado, pero no antes de haber visto que el objet d'art había desaparecido. Y se encontraba todavía en el proceso de adaptarse al descubrimiento, cuando ha oído un movimiento, y al volverse, ha percibido una figura confusa que salía por la puertaventana. La ha perseguido hasta el jardín, y estaba llegando a ella y en breve habría podido arrestarla, cuando una figura confusa ha salido de la oscuridad...

–¿La misma figura confusa?

–No, señor. Otra.

–¡Una gran noche para las figuras confusas!

–Sí, señor.

–Será mejor que las llamemos Pat y Mike, o nos confundiremos.

–¿A y B, quizá, señor?

–Si lo prefiere, Jeeves. Estaba llegando a la figura confusa A, decía, cuando la figura confusa B ha salido de la oscuridad...

–... y le ha golpeado en la nariz.

Proferí una exclamación. El asunto ya no era un misterio.

–¡Stinker!

–Sí, señor. Sin duda miss Byng ha olvidado advertirle de que se había producido

un cambio en los planes de esta noche.

–Y él acechaba allí, esperándome a mí.

–Eso me inclinaría a imaginar, señor.

Aspiré profundamente, mis pensamientos jugueteaban con la nariz herida del policía. Pensé, por los motivos que sean, que ahí entraba Bertram Wooster, como dijo aquél.

–Este ataque ha distraído la atención del agente y el objeto de su persecución ha podido escapar.

–¿Qué ha sido de Stinker?

–Oh, al darse cuenta de la identidad del policía se ha disculpado, señor. Después se ha retirado.

–No se lo reprocho. Buena idea, de hecho. Bien, no sé qué pensar de esto, Jeeves. Esta figura confusa. Me refiero a la figura confusa A. ¿Quién podía ser? ¿Ha podido ver Oates al sujeto?

–Lo ha visto muy bien, señor. Está convencido de que era usted.

Le miré fijamente.

–¿Yo? ¿Por qué diantres todo lo que ocurre en esta horrible casa tengo que haberlo hecho yo?

–Y es su intención, en cuanto pueda conseguir la cooperación de sir Watkyn, venir aquí y registrar su habitación.

–De todos modos iba a hacerlo, por el casco.

–Sí, señor.

No pude evitar sonreír. El asunto me divertía.

–Esto será bastante divertido, Jeeves. Será entretenido observar a estos dos sujetos revolviéndolo todo, sintiéndose cada vez más como asnos con cada momento que pase y no encuentren nada.

–Muy divertido, señor.

–Y cuando el registro haya terminado y estén ahí de pie, confusos, balbuceando débiles disculpas, me desquitaré. Me cruzaré de brazos y me erguiré todo lo que pueda...

Se oyeron, procedentes de fuera, los cascos de una parienta que venía al galope, y la tía Dahlia entró zumbando.

–Toma, esconde esto en algún sitio, Bertie –dijo entre jadeos, muy alterada.

Y diciendo esto, me arrojó a las manos la vaca-jarrita.

# 12

En mi reciente descripción de sir Watkyn Bassett tambaleándose bajo el golpe producido al oír que quería formar parte de su familia por matrimonio, comparaba los sonidos que emitió con el estertor de la muerte de un pato moribundo. En ese momento yo podía ser el hermano gemelo del pato, igualmente herido. Durante unos instantes me quedé inmóvil, graznando débilmente; luego, con un poderoso esfuerzo de la voluntad, me controlé y puse fin a la imitación del ave. Miré a Jeeves. Él me miró a mí. No hablé, salvo por el lenguaje de los ojos, pero sus entrenados sentidos le permitieron leer mis pensamientos sin error.

–Gracias, Jeeves.

Le cogí el vaso y bebí un buen trago del fuerte licor. Luego, vencido el leve mareo, trasladé mi mirada a la anciana parienta, quien se sentaba en el sillón.

Está generalmente aceptado, tanto en el Club Los Zánganos como en todas partes, que Bertram Wooster, en sus tratos con el sexo opuesto, invariablemente se muestra como un hombre de la más amable caballerosidad, lo que algunas veces se oye describir como un parfait gentil caballero. Es cierto que a la edad de seis años, cuando la sangre corre apasionada, una vez di a mi niñera un buen golpe con el plato de sopa, pero fue un simple lapsus temporal. Desde entonces, aunque pocos hombres han sufrido tanto por culpa de las mujeres, nunca he levantado una mano contra ellas. Y no puedo dar mejor idea de mis emociones en este momento que decir que, por muy preux chevalier que sea, estuve en un tris de coger un elefante de papier mâché, el único objeto de la repisa de la chimenea que la vida impetuosa de Totleigh Towers había dejado intacto, y estrellárselo en la cabeza a una tía reverenciada.

Ella, mientras esta lucha tenía lugar en mi seno, se hallaba de lo más animada. Había recuperado el aliento y empezado a parlotear con una despreocupada alegría que a mí me hería como un cuchillo. Era evidente por su conducta que apenas sabía lo que había hecho.

–Una agradable carrera –decía–, no hacía una igual desde la última vez que salí con los Berks y Bucks. Ni una parada desde la salida hasta el final. Deporte

británico limpio del mejor. Pero ha sido muy reñido, Bertie. Notaba el aliento caliente de ese poli en la nuca. Si un pelotón de curas no hubiera aparecido y me hubiera prestado una mano voluntariosa en el preciso momento, me habría cogido. Bueno, que Dios bendiga a los clérigos, digo yo. Un cuerpo de hombres estupendo. Pero ¿qué demonios hacía un policía allí? Nadie me había mencionado ningún policía.

–Era el agente Oates, el vigilante de la paz de Totleigh-in-the-Wold –respondí, manteniendo un fuerte control sobre mí mismo, no fuera a aullar como un espíritu que anuncia la muerte y saltara hasta el techo–. Sir Watkyn le ha apostado en la sala para que vigile sus pertenencias. Yo era el visitante que esperaba.

–Me alegro de que no fueras tú el visitante que ha tenido. La situación te habría superado, pobrecito. Habrías perdido la cabeza y te habrías quedado allí como un wombat disecado, para ser presa fácil. No me importa decirte que cuando ese hombre ha aparecido de repente por la puertaventana, yo misma por un momento me he quedado paralizada. Aun así, bien está lo que bien acaba.

Meneé la cabeza, sombrío.

–Se equivoca, querida mía. Esto no es el fin, sino un principio. Papá Bassett está a punto de echar la red.

–Déjale.

–¿Y cuando él y el policía vengan a registrar esta habitación?

–No harían eso.

–Lo harían y lo harán. En primer lugar, creen que el casco de Oates se encuentra aquí. En segundo lugar, la opinión del agente, que me ha transmitido Jeeves, quien la ha obtenido de primera mano mientras trataba de detener el flujo de sangre, es que era a mí a quien perseguía.

Su alegría desapareció. Yo esperaba que fuera así. Antes sonreía radiante. Ahora ya no. Mirándola con fijeza, vi que el matiz natural de la resolución había quedado debilitado por la pálida sombra del pensamiento.

–Mmm. Es un inconveniente.

–Muy grande.

–Si encuentran la vaca-jarrita aquí, puede ser un poco difícil explicarlo.

Se levantó y rompió el elefante con aire pensativo.

–Lo importante –dijo– es no perder la cabeza. Debemos decirnos a nosotros mismos: «¿Qué habría hecho Napoleón?» Él sí sabía de crisis. Conocía bien su oficio. Debemos hacer algo inteligente, muy astuto, que confunda por completo a esos sinvergüenzas. Bueno, adelante, espero sugerencias.

–La mía es que se marche sin tardar y se lleve esa vaca.

–¿Y tropezarme con el equipo de búsqueda en la escalera? No lo haré. ¿Tiene alguna idea, Jeeves?

–Por el momento no, señora.

–¿No puede sacarse del sombrero algún secreto de sir Watkyn, como hizo con Spode?

–No, señora.

–No, supongo que eso es mucho pedir. Entonces tenemos que esconder esto en algún sitio. Pero ¿dónde? Es el viejo problema, por supuesto, el que hace la vida tan dura para los asesinos: ¿qué hacer con el cuerpo? Supongo que el viejo truco de la carta robada no serviría, ¿verdad?

–Mistress Travers alude a la conocida historia del difunto Edgar Allan Poe, señor –dijo Jeeves, al ver que yo no comprendía–. Se trata del ladrón de un importante documento, y el personaje que lo había obtenido frustra a la policía colocándolo a plena vista, pues su teoría es que lo evidente a menudo pasa inadvertido. Sin duda mistress Travers desea sugerir que depositemos el objeto en la repisa de la chimenea.

Solté una carcajada hueca.

–¡Eche un vistazo a la repisa! Está desnuda como una pradera barrida por el viento. Cualquier cosa colocada ahí destacaría como un dedo gordo inflamado.

–Sí, eso es cierto –se vio obligada a admitir la tía Dahlia.

–Métalo en la maleta, Jeeves.

–No es buena idea. Probablemente mirarán ahí.

–Simplemente como paliativo –expliqué–. No puedo seguir soportando su visión. Métalo ahí, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Siguió un silencio, y justo después de que la tía Dahlia lo hubiera roto para sugerir que formáramos una barricada tras la puerta y nos mantuviéramos sitiados, del pasillo nos llegó el ruido de pasos que se acercaban.

–Ahí están –dije.

–Parecen tener prisa –dijo la tía Dahlia.

Tenía razón. Eran pasos que corrían. Jeeves fue a la puerta y miró fuera.

–Es míster Fink-Nottle, señor.

Y al instante siguiente entró Gussie, jadeando.

Una sola mirada fue suficiente para revelar al ojo perspicaz que no había estado corriendo sólo para hacer ejercicio. Las gafas le brillaban de un modo extraño, y en su cabello había más que un toque del inquieto puercoespín.

–¿Te importa que me esconda aquí hasta que salga el tren de la leche, Bertie? –preguntó–. Debajo de la cama me irá bien. No te estorbaré.

–¿Qué ocurre?

–O, mejor aún, la sábana anudada. Eso es.

Un bufido como un arma diminuta advirtió que la tía Dahlia no se encontraba de muy buen humor.

–Vete de aquí, estúpido Spink-Bottle –dijo escuetamente–. Estamos de conferencia. Bertie, si los deseos de una tía tienen alguna importancia para ti, le

darás una patada a este hombre y le echarás de aquí.

Levanté una mano.

–¡Espera! Quiero saberlo todo. Deja de manosear esas sábanas, Gussie, y explícate. ¿Spode va tras de ti otra vez? Porque si es así...

–Spode no. Sir Watkyn.

La tía Dahlia soltó otro bufido, como alguien que repite algo como respuesta en una demanda popular.

–Bertie...

Levanté otra mano.

–Un segundo, anciana antepasada. ¿Qué quieres decir, sir Watkyn? ¿Por qué sir Watkyn? ¿Por qué diantres te persigue?

–Ha leído el cuaderno.

–¿Qué?

–Sí.

–Bertie, no soy más que una débil mujer...

Levanté una tercera mano. No era momento para escuchar a tías.

–Adelante, Gussie –dije, apagado.

Se quitó las gafas y se las secó con un pañuelo tembloroso. Se veía que era un hombre que había pasado por una terrible prueba.

–Cuando te he dejado, he ido a su habitación. La puerta estaba entreabierta, y he entrado. Y cuando hube entrado, he visto que él no había ido a darse un baño, después de todo. Estaba sentado en la cama, en ropa interior, leyendo el cuaderno. Ha levantado la vista, y nuestras miradas se han encontrado. No tienes idea de qué terrible impresión me ha dado.

–Sí, la tengo. Una vez tuve una experiencia muy similar con el reverendo

Aubrey Upjohn.

–Se ha producido una larga y espantosa pausa. Después, ha proferido una especie de gorgoteo y se ha levantado, el rostro contraído. Ha dado un salto en mi dirección. Me he largado. Él me ha seguido. En la escalera iba pisándome los talones, pero cuando hemos cruzado el vestíbulo, él se ha parado para coger un látigo de caza y esto me ha permitido adelantarme mucho, lo que yo...

–Bertie –dijo la tía Dahlia–, sólo soy una débil mujer, pero si no pisoteas a este insecto y arrojas sus restos a la calle, tendré que ver lo que puedo hacer. Los problemas más tremendos en la balanza... Nuestro plan de acción aún por decidir... Cada segundo es de valiosísima importancia... y viene él a contarnos la historia de su vida. Spink-Bottle, horrible pedazo de gorgonzola de ojos desorbitados, ¿te vas o no?

Existe una fuerza impulsora en mi vieja antepasada, cuando se agita, que generalmente hace que se la escuche. La gente me ha contado que en sus días de caza podía hacer que se respetaran sus deseos a dos campos arados y un par de bosquecillos de distancia. La palabra «no» había salido de sus labios como un proyectil de gran potencia, y Gussie, recibiéndolo entre los ojos, se levantó unos quince centímetros en el aire. Cuando regresó a tierra firme, su actitud era de disculpa y conciliadora.

–Sí, mistress Travers. Ya me voy, mistress Travers. En cuanto consiga que la sábana funcione, mistress Travers. Si tú, Bertie, y Jeeves sujetáis este extremo...

–¿Quieres que te hagan bajar por la ventana con una sábana?

–Sí, mistress Travers. Después puedo coger prestado el coche de Bertie e irme a Londres.

–Está muy alto.

–Oh, no tanto, mistress Travers.

–Puedes romperte el cuello.

–Oh, no lo creo, mistress Travers.

–Pero es posible que sí –discutió la tía Dahlia–. Vamos, Bertie –dijo con

auténtico entusiasmo–, date prisa. Hazle bajar con la sábana, ¿no puedes? ¿A qué esperas?

Me volví hacia Jeeves.

–¿Está listo, Jeeves?

–Sí, señor. –Tosió levemente–. Y quizá si míster Fink-Nottle va en su coche hasta Londres, podría llevarse la maleta de usted y dejarla en el piso.

Me quedé boquiabierto. La tía Dahlia también. Le miré fijamente. La tía Dahlia también. Nuestros ojos se encontraron, y vi en los suyos el mismo temor reverencial que no me cabe duda también ella veía en los míos.

Me sentía abrumado. Un momento antes era consciente de que nada podría salvarme del desastre. Ya me había parecido oír el batir de sus alas. ¡Y ahora esto!

La tía Dahlia, hablando de Napoleón, había dicho que era experto en emergencias, pero en ese momento podía apostar a que ni siquiera Napoleón habría podido superar eso. Una vez más, igual que tantas veces en el pasado, aquel hombre había dado en el clavo.

–Sí, Jeeves –dije, hablando con cierta dificultad–, es cierto. Podría hacerlo, ¿no?

–Sí, señor.

–No te importará llevarte mi maleta, ¿verdad, Gussie? Si te presto el coche, tendré que ir en tren. Yo me marcho mañana por la mañana. Y es un fastidio tener que arrastrar mucho equipaje.

–Por supuesto.

–Te bajaremos con la sábana y tiraremos la maleta después. ¿Todo a punto, Jeeves?

–Sí, señor.

–Entonces, ¡adelante!

No creo haber asistido alguna vez a una ceremonia que proporcionara semejante placer universal a todos los implicados. La sábana no se rompió, lo cual complació a Gussie. Nadie nos interrumpió, lo que me complació a mí. Y cuando tiré la maleta, le dio a Gussie en la cabeza, lo que agradó a la tía Dahlia. En cuanto a Jeeves, se veía que aquel tipo fiel estaba encantado por haber podido salvar a su joven amo en la hora de peligro. Su lema es «Servicio».

Las tormentosas emociones que había experimentado me dejaron, cosa no poco natural, débil, y me alegré de que la tía Dahlia, después de un vigoroso discurso en el que expresó su gratitud a nuestro protector en términos bien estructurados, dijera que iba a ver qué ocurría en el campo enemigo. Su partida me permitió hundirme en el sofá, del que, de haberse quedado, se habría apoderado ella indefinidamente. Me hundí en el asiento con cojines y emití un «uf» que me salió directo del corazón.

–¡Bueno, ya está, Jeeves!

–Sí, señor.

–Una vez más, su rápido pensamiento ha evitado el desastre que nos amenazaba.

–Es muy amable de su parte decir eso, señor.

–Amable no, Jeeves. Sólo digo lo que diría cualquier hombre pensante. No he intervenido mientras la tía Dahlia hablaba, porque he visto que ella deseaba tener la palabra, pero puede estar seguro de que en silencio yo suscribía todos los sentimientos que ella ha manifestado. Es usted único, Jeeves. ¿Qué talla de sombrero usa?

–Una ocho, señor.

–Habría dicho que más grande. Una once o doce.

Me serví un vaso de coñac y lo paladeé con placer. Era delicioso relajarse después de la tensión que había experimentado.

–Bien, Jeeves, esto ha sido muy duro, ¿no?

–Extremadamente.

–Uno empieza a comprender cómo debía de sentirse la hijita del capitán del Hesperus. Con todo, supongo que estas pruebas son buenas para el carácter.

–Sin duda, señor.

–Lo refuerzan.

–Sí, señor.

–Sin embargo, no puedo decir que lamento que todo haya terminado. Bueno está lo bueno. Y todo ha terminado, me parece. Ni siquiera esta casa siniestra puede tener más sorpresas que ofrecer.

–Imagino que no, señor.

–No, esto es el final. Totleigh Towers ha pasado el cerrojo, y por fin estamos tranquilos. Es gratificante, Jeeves.

–De lo más gratificante, señor.

–Seguro. Siga haciendo el equipaje. Quiero tenerlo hecho e irme a la cama.

Abrió la pequeña maleta, y yo encendí un cigarrillo y procedí a subrayar la lección moral que había que aprender de todo ese jaleo.

–Sí, Jeeves, «gratificante» es la palabra. Hace poco rato, el aire estaba congestionado con depresiones en forma de uve, pero ahora uno mira a norte, sur, este y oeste y no divisa ni una sola nube en el horizonte, excepto el hecho de que la boda de Gussie sigue anulada, y no se puede evitar. Bueno, eso sin duda tiene que enseñarnos, cómo no, a nunca quejarnos, a nunca desesperar, a nunca inmutarnos, pero a recordar siempre que, por sombrío que esté el panorama, el sol brilla en algún lugar y al final aparecerá.

Hice una pausa. Percibí que no me prestaba atención. El hombre tenía la mirada baja con una expresión concentrada, pensativa, en el rostro.

–¿Ocurre algo, Jeeves?

–¿Señor?

–Parece preocupado.

–Sí, señor. Acabo de descubrir que hay un casco de policía en esta maleta.

# 13

Había tenido yo razón al hablar del efecto reforzante del carácter que tenían las vicisitudes a las que había estado sometido desde que entrara en la residencia de campo de sir Watkyn Bassett. Poco a poco, me habían ido moldeando, transformándome de un sensible miembro de club y boulevardier en un hombre de temple de acero. Un novato en cuanto a las condiciones de esa casa horrible, al darle bruscamente la noticia que acababan de darme, imagino que habría puesto los ojos en blanco y se habría desmayado. Pero yo, endurecido y reforzado por la rutina de una maldita cosa tras otra que constituía la vida en Totleigh Towers, fui capaz de mantener firmes la cabeza y el semblante.

No digo que no dejara mi asiento como una liebre que se hubiera sentado sobre un cactus, pero una vez levantado no perdí tiempo en inútiles inquietudes. Fui a la puerta y la cerré con llave. Luego, pálido y con los labios apretados, regresé junto a Jeeves, quien en ese momento había sacado el casco de la maleta y lo balanceaba, con gesto meditativo, sosteniéndolo por la correa.

Sus primeras palabras me demostraron que había cogido el ángulo equivocado de la situación.

–Habría sido más sensato, señor –dijo con leve reproche–, haber seleccionado un escondrijo más adecuado.

Negué con la cabeza. Puede que incluso sonriera, débilmente, por supuesto. Mi veloz inteligencia me había permitido llegar hasta el fondo del asunto.

–Yo no, Jeeves. Stiffy.

–¿Señor?

–La mano que ha puesto ahí ese casco no ha sido la mía, sino la de S. Byng. Lo tenía en su habitación. Temía que pudieran efectuarle un registro, y la última vez que la he visto trataba de encontrar un lugar más seguro. Esto es la idea que ella tiene de un sitio así.

Suspiré.

–¿Cómo imagina, Jeeves, que una chica puede tener una mente como la de Stiffy?

–Sin duda la joven es algo excéntrica en sus acciones, señor.

–¿Excéntrica? Podría entrar directa en Colney Hatch y no le harían una sola pregunta. Le pondrían la alfombra roja. Cuanto más moran los pensamientos en esa joven, más se horroriza su alma. Uno atisba en su futuro, y se estremece ante lo que ve allí. Hay que afrontarlo, Jeeves: Stiffy, que está loca de remate, está a punto de casarse con el reverendo H. P. Pinker, el más torpe ser con quien he compartido mesa, y no existe razón alguna para suponer, hay que afrontarlo también, que su unión no saldrá bien. Será así, es decir, y pronto habrá unos pequeños pies andando con paso ligero por la casa. Y lo que uno se pregunta es cuán segura será la vida humana cerca de esos piececitos, suponiendo, como uno se ve obligado a suponer, que heredarán las cualidades de semejantes padres. Con esta especie de tierna lástima, Jeeves, pienso en las niñeras, las institutrices, los profesores de escuelas privadas y de escuelas públicas que alegremente asumirán la responsabilidad de cuidar de una mezcla de Stephanie Byng y Harold Pinker, sin saber que se enfrentan con algo más picante que la mostaza. Sin embargo –proseguí, abandonando estas especulaciones–, todo esto, aunque de absorbente interés, no viene realmente al caso. Contemplando este casco y teniendo en cuenta el hecho de que el dúo cómico Oates-Bassett llegará en cualquier momento a iniciar su registro, ¿qué recomendaría usted?

–Es un poco difícil decirlo, señor. Un escondrijo realmente eficaz para un objeto tan voluminoso no se presenta fácilmente.

–No. Esa maldita cosa parece llenar la habitación, ¿verdad?

–Es indiscutible que llama la atención, señor.

–Sí. Las autoridades forjaron bien este casco para el agente Oates. Pretendían rematarlo de manera impresionante, no darle algo que quedara en equilibrio sobre su cabeza como un cacahuete, y lo consiguieron. No se podría esconder una tapadera como ésta en una jungla impenetrable. Ah, bien –dije–, tendremos que ver lo que hacen el tacto y la suavidad. Me pregunto cuándo vendrán estos pájaros. Supongo que podemos esperarles pronto. ¡Ah! Ésa es la mano del destino, si no me equivoco, Jeeves.

Pero al suponer que quien acababa de llamar a la puerta era sir Watkyn Bassett

había errado. Fue la voz de Stiffy la que habló.

–Bertie, déjame entrar.

No había persona a la cual estuviera más ansioso por ver, pero no me arrojé inmediatamente a abrirle las puertas. La prudencia dictaba un interrogatorio preliminar.

–¿Está contigo ese puñetero perro?

–No. El mayordomo lo ha sacado a pasear.

–En ese caso, puedes entrar.

Cuando lo hizo, encontró a Bertram enfrentándose a ella con los brazos cruzados y una mirada dura. Sin embargo, ella no pareció advertir mi imponente exterior.

–Bertie, cariño...

Se interrumpió, frenada por un gruñido animal procedente de los labios de Wooster.

–Menos «Bertie, cariño». Tengo que decirte una cosa, joven Stiffy, y es ésta: ¿has sido tú quien ha puesto este casco en mi maleta?

–Claro que sí. De eso venía a hablarte. ¿Recuerdas que he estado intentando pensar en un buen lugar? Me he estrujado un poquito el cerebro, y de repente se me ha ocurrido.

–Y ahora lo tengo yo.

La acidez de mi tono pareció sorprenderla. Me miró con infantil asombro, con los ojos abiertos de par en par.

–Pero no te importa, ¿verdad, Bertie, cariño?

–¡Ja!

–Pero ¿por qué? Creía que te alegrarías de ayudarme.

–¿Ah, sí? –dije, con intención de huir.

–No podía arriesgarme a que el tío Watkyn lo encontrara en mi habitación.

–¿Preferías que lo encontrara en la mía?

–Pero ¿cómo va a hacerlo? No puede registrar tu habitación.

–No puede, ¿eh?

–Claro que no. Eres su invitado.

–¿Y supones que eso le haría detenerse? –Esbocé una de esas sonrisas amargas, sardónicas–. Creo que atribuyes a ese viejo germen venenoso una bondad de sentimientos y un respeto por las leyes de la hospitalidad que nada en sus antecedentes sugiere que posea. Puedes estar segura de que registrará mi habitación, e imagino que la única razón por la que todavía no ha llegado es que aún está explorando la casa en busca de Gussie.

–¿Gussie?

–En estos momentos está persiguiendo a Gussie con un látigo de caza. Pero un hombre no puede hacer eso indefinidamente. Tarde o temprano tendrá que abandonar, y entonces le tendremos aquí, con la lupa y los sabuesos.

Lo peligroso de la situación por fin se había grabado en ella. Profirió un gritito de desaliento, y sus ojos se volvieron un poco como platos de sopa.

–¡Oh, Bertie! Entonces me temo que te he metido en un buen aprieto.

–Eso lo define perfectamente.

–Ahora lamento haberle pedido a Harold que robara eso. Ha sido un error. Lo admito. Aun así, después de todo, aunque el tío Watkyn venga aquí y lo encuentre, no importa mucho, ¿verdad?

–¿Ha oído eso, Jeeves?

–Sí, señor.

–Yo también. Entiendo. ¿Te parece que no importa?

–Bueno, lo que quiero decir es que tu reputación realmente no quedará muy

afectada, ¿no? Todo el mundo sabe que no puedes mantener las manos apartadas de los cascos de los policías. Éste sólo será uno más.

–¡Ja! ¿Y qué te hace suponer, joven Stiffy, que cuando el asirio venga como un lobo al ataque yo asumiré mansamente la culpa y no proclamaré la verdad..., qué, Jeeves?

–Ante el mundo, señor.

–Gracias, Jeeves. ¿Qué te hace suponer que yo asumiré mansamente la culpa y no proclamaré la verdad ante el mundo?

No habría supuesto que sus ojos pudieran abrirse más, pero lo hicieron de manera perceptible. Otro gritito de desaliento escapó de ella. En realidad, fue tal su volumen, que quizá sería mejor llamarlo grito.

–¡Pero, Bertie!

–¿Qué?

–¡Bertie, escucha!

–Escucho.

–¿Seguro que no pagarás el pato? No puedes dejar que se las cargue Harold. Esta misma tarde me decías que le expulsarían. No quiero que le expulsen. ¿Adónde irá si le expulsan? Ese tipo de cosas son una mancha negra terrible para un cura. ¿Por qué no puedes decir que lo has hecho tú? Lo único que representaría sería que te echarían de esta casa, y no creo que estés tan ansioso por quedarte, ¿no?

–Posiblemente no eres consciente de que tu puñetero tío se propone enviar a la trena al culpable de este ultraje.

–Oh, no. En el peor de los casos, sólo una multa.

–Nada de eso. Él me ha dicho específicamente la trena.

–No hablaba en serio. Supongo que había...

–No, no había un destello en sus ojos.

–Entonces razón de más. No puedo permitir que mi precioso ángel, Harold, pase una temporada a la sombra.

–¿Y qué me dices de tu precioso ángel Bertram?

–Pero Harold es sensible.

–Yo también soy sensible.

–Ni la mitad de sensible que Harold. Bertie, no me lo harás difícil, ¿verdad? Eres un tipo demasiado bueno. ¿No me dijiste una vez que el código de los Wooster era «Nunca fallar a un amigo»?

Había dado en el clavo. La gente que apela al código de los Wooster rara vez deja de tocar la fibra sensible de Bertram. Mi fachada de hierro empezó a desmoronarse.

–Todo eso está muy bien...

–¡Bertie, cariño!

–Sí, lo sé, pero, maldita sea...

–¡Bertie!

–¡Oh, bueno!

–¿Asumirás la culpa?

–Supongo que sí.

Ella emitió un canto a la tirolesa, y creo que si yo no me hubiera retirado un paso hacia un lado, habría arrojado sus brazos a mi cuello. Lo cierto es que se acercó a mí con semejante propósito a la vista. Frustrada por mi agilidad, empezó a dar unos pasos de aquella danza de primavera a la que era tan aficionada.

–Gracias, Bertie, cariño. Sabía que serías bueno. No puedo decirte lo agradecida que estoy, y cuánto te admiro. Me recuerdas a Carter Paterson..., no, no es ése... Nick Carter..., no, Nick Carter no... ¿A quién me recuerda míster Wooster, Jeeves?

–A Sydney Carton, señorita.

–Eso es. Sydney Carton. Pero él era de poca monta comparado contigo, Bertie. Y, de todos modos, espero que se nos esté encogiendo el ombligo innecesariamente. ¿Por qué damos por sentado que el tío Watkyn encontrará el casco si viene y registra la habitación? Hay cientos de lugares donde puedes esconderlo.

Y antes de poder decir «¡Di tres!», ella se había acercado a la puerta con una pirueta y había salido. Oí que se alejaba con una canción en los labios.

Los míos, cuando me volví hacia Jeeves, estaban contraídos formando una extraña sonrisa.

–¡Mujeres, Jeeves!

–Sí, señor.

–Bueno, Jeeves –dije, acercando mi mano a la botella–, ¡esto es el fin!

–No, señor.

Me sobresalté con tamaña violencia que estuve a punto de mancharme los zapatos con el líquido.

–¿Que no es el fin?

–No, señor.

–¿No me dirá que tiene una idea?

–Sí, señor.

–Pero si me acaba de decir que no tenía ninguna.

–Sí, señor. Pero desde entonces he estado pensando en el asunto, y ahora estoy en situación de decir «¡Eureka!».

–¿Decir qué?

–Eureka, señor. Como Arquímedes.

–¿Él dijo Eureka? Creía que había sido Shakespeare.

–No, señor. Arquímedes. Lo que yo recomendaría es que arrojara el casco por la ventana. Es muy improbable que a sir Watkyn se le ocurra registrar el exterior, y lo podremos recuperar cuando nos convenga. –Hizo una pausa y se quedó escuchando–. Si esta sugerencia recibe su aprobación, señor, creo que sería aconsejable cierta prisa. Me parece que oigo el ruido de pasos aproximándose.

Tenía razón. El aire vibraba con ese ruido. Suponiendo que una horda de bisontes no estuviera avanzando por el pasillo del segundo piso de Totleigh Towers, teníamos al enemigo encima. Con la agilidad de una oveja que observa aproximarse a los asirios, cogí el casco, me acerqué de un salto a la ventana y arrojé el objeto a la noche. Y apenas lo había hecho, cuando la puerta se abrió y entraron, por este orden, la tía Dahlia, exhibiendo una mirada divertida e indulgente, como si participara en algún juego para agradar a los niños, papá Bassett, vestido con una bata color púrpura, y el agente Constable Oates, quien se llevaba un pañuelo de bolsillo a la nariz.

–Lamento molestarte, Bertie –dijo cortés la anciana parienta.

–En absoluto –respondí con igual suavidad–. ¿Puedo hacer algo por esta multitud?

–Sir Watkyn tiene la extraordinaria idea en su cabeza de que quiere registrar tu habitación.

–¿Registrar mi habitación?

–Tengo intención de registrarla de arriba abajo –dijo Bassett, con el mismo aspecto que si se encontrara en Bosher Street.

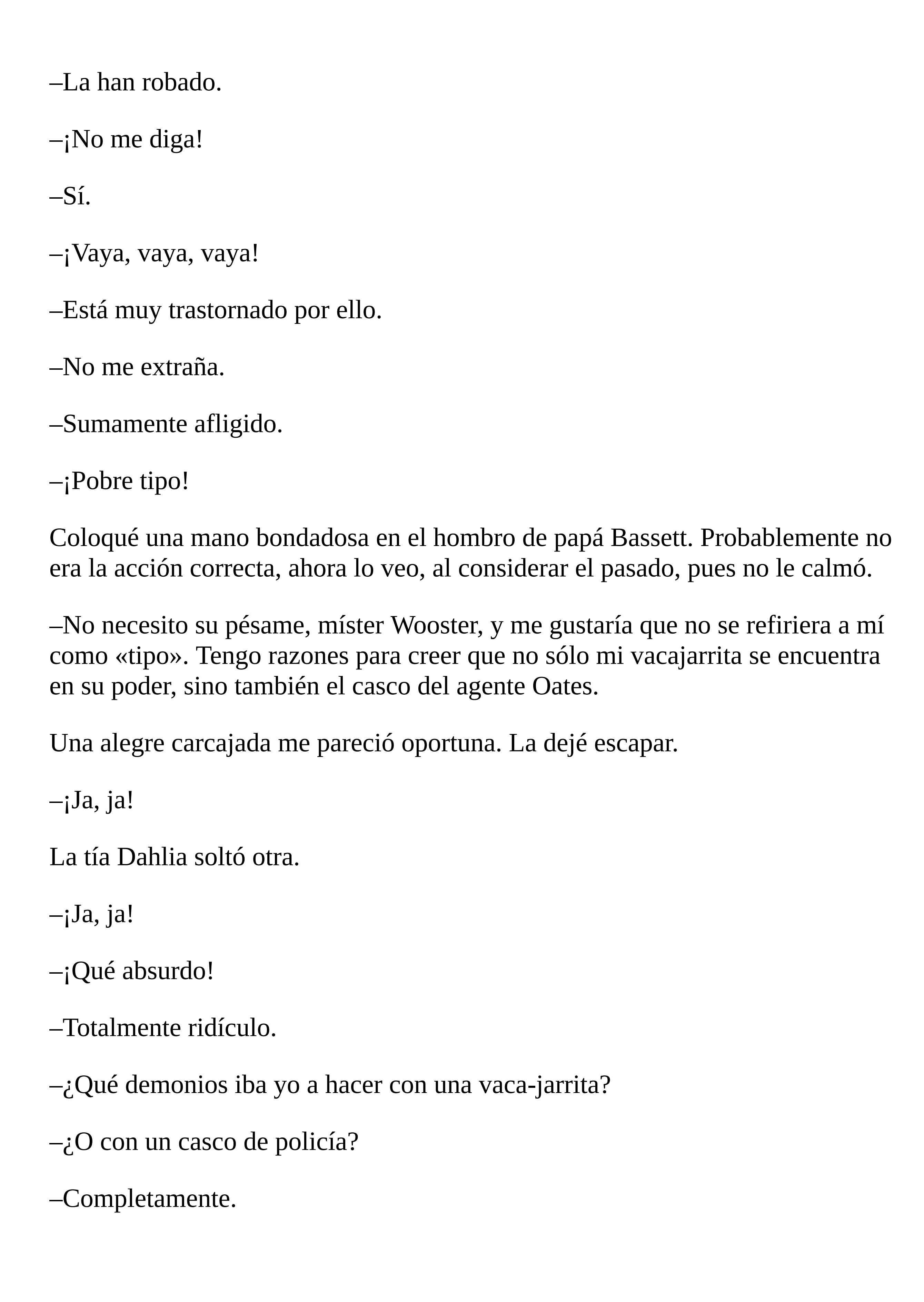
Miré a la tía Dahlia, alzando las cejas.

–No entiendo. ¿De qué se trata?

Ella se rió con indulgencia.

–No lo creerás, Bertie, pero cree que la vaca-jarrita está aquí.

–¿Ha desaparecido?



–La han robado.

–¡No me diga!

–Sí.

–¡Vaya, vaya, vaya!

–Está muy trastornado por ello.

–No me extraña.

–Sumamente afligido.

–¡Pobre tipo!

Coloqué una mano bondadosa en el hombro de papá Bassett. Probablemente no era la acción correcta, ahora lo veo, al considerar el pasado, pues no le calmó.

–No necesito su pésame, míster Wooster, y me gustaría que no se refiriera a mí como «tipo». Tengo razones para creer que no sólo mi vacajarrita se encuentra en su poder, sino también el casco del agente Oates.

Una alegre carcajada me pareció oportuna. La dejé escapar.

–¡Ja, ja!

La tía Dahlia soltó otra.

–¡Ja, ja!

–¡Qué absurdo!

–Totalmente ridículo.

–¿Qué demonios iba yo a hacer con una vaca-jarrita?

–¿O con un casco de policía?

–Completamente.

–¿Alguna vez ha oído una idea tan extraña?

–Nunca. Mi querido anfitrión –dije–, mantengamos la calma y aclaremos todo esto. Con el espíritu más amable, debo señalar que está usted a punto de hacer el ridículo, si es que no lo ha hecho ya. Esto de nada servirá. No puede ir por ahí acusando a la gente de crímenes innombrables sin la sombra de una prueba.

–Tengo todas las pruebas que preciso, míster Wooster.

–Eso es lo que usted cree. Y ahí, insisto, es donde está metiendo la pata. ¿Cuándo ha sido sustraído ese objeto holandés moderno?

Tembló al recibir el golpe, y la punta de la nariz se le sonrojó.

–¡No es holandés moderno!

–Bueno, eso podemos discutirlo más tarde. La cuestión es: ¿cuándo ha abandonado el lugar?

–No ha abandonado el lugar.

–Eso, también, es lo que usted cree. Bueno, ¿cuándo ha sido robado?

–Hace unos veinte minutos.

–¿Lo ve? Hace veinte minutos yo me encontraba aquí, en mi habitación.

Esto le desconcertó. Es lo que yo había esperado.

–¿Estaba usted en su habitación?

–En mi habitación.

–¿Solo?

–Al contrario. Jeeves estaba conmigo.

–¿Quién es Jeeves?

–¿No conoce a Jeeves? Le presento a Jeeves. Jeeves..., sir Watkyn Bassett.

–¿Y quién es este hombre?

–Es mi criado. ¿Puedo decir que mi mano derecha?

–Gracias, señor.

–De nada, Jeeves. Es un tributo bien ganado.

El rostro de papá Bassett se desfiguró, si se puede desfigurar un rostro como el suyo, con una fea mueca.

–Lamento, míster Wooster, no estar preparado para aceptar como prueba concluyente de su inocencia la palabra no fundamentada de su criado.

–¿No fundamentada? Jeeves, vaya a buscar a míster Spode. Dígale que quiero que venga y dé un poco de consistencia a mi coartada.

–Muy bien, señor.

Se marchó, y papá Bassett pareció tragar algo duro y con púas.

–¿Roderick Spode se encontraba con usted?

–Sin duda. ¿Quizá a él le creerá?

–Sí, a Roderick Spode le creería.

–Muy bien. Estará aquí en un momento.

El hombre pareció meditar.

–Entiendo. Bien, al parecer estaba equivocado al suponer que usted escondía mi vaca-jarrita. Debe de haber sido robada por otra persona.

–Alguien de fuera, si me lo pregunta –dijo la tía Dahlia.

–Posiblemente trabajo de alguna banda internacional –aventuré yo.

–Muy probable.

–Supongo que fue en el lugar donde sir Watkyn compró el objeto. Recuerde que

el tío Tom contaba con conseguirlo, y sin duda contó a toda clase de gente adónde había ido a parar. No tardaría mucho en filtrarse la noticia hasta las bandas internacionales. Siempre tienen el oído atento.

–Muy hábiles, esas bandas –coincidió la anciana parienta.

Me pareció que papá Bassett daba un ligero respingo al oír mencionar el nombre del tío Tom. La conciencia culpable trabajando, sin duda; royendo, como hacen esas conciencias culpables.

–Bien, no es necesario discutir más el asunto –dijo–. En lo que se refiere a la vaca-jarrita, admito que los hechos están comprobados. Ahora pasemos al casco del agente Oates. Eso, míster Wooster, sé positivamente que se encuentra en su posesión.

–¿Ah, sí?

–Sí. El agente ha recibido información específica acerca de este punto por parte de un testigo. Por lo tanto, procederé a registrar su habitación sin demora.

–¿De veras tiene ganas de hacerlo?

–Así es.

Me encogí de hombros.

–Muy bien –dije–, muy bien. Si ése es el espíritu con el que interpreta los deberes de un anfitrión, adelante. Le invitamos a la inspección. Sólo puedo decir que parece usted tener unas opiniones extraordinariamente extrañas en cuanto a que sus invitados se sientan cómodos el fin de semana. No cuente con que yo vuelva aquí otra vez.

Había expresado la opinión a Jeeves de que sería divertido quedarnos y observar a ese tipo y a su colega revolviéndolo todo, y así resultó ser. No sé cuándo he obtenido un entretenimiento más grande de algo. Pero todas las cosas buenas tienen que tener un fin. Al cabo de unos diez minutos, era evidente que los sabuesos tenían intención de terminar el registro y marcharse.

Decir que papá Bassett estaba disgustado cuando desistió de sus esfuerzos y se volvió hacia mí sería decir poco.

–Al parecer le debo una disculpa, míster Wooster –dijo.

–Sir W. Bassett –repliqué–, jamás ha dicho algo más cierto.

Y, tras cruzarme de brazos y erguirme todo lo que pude, le reprendí.

Las palabras exactas de mi arenga, lamento decirlo, han escapado de mi memoria. Es una lástima que nadie las tomara en taquigrafía, pues no exagero si digo que me superé a mí mismo. Una o dos veces, estando un poco achispado en alguna juerga, he hablado con una elocuencia que, con razón o sin ella, ha merecido los aplausos del Club Los Zánganos, pero no creo que nunca haya alcanzado el nivel al que en ese momento me remonté. Se veía el relleno de Bassett rezumar en cantidad.

Pero mientras desarrollaba mi perorata, de repente observé que dejaba de captar su atención. Había cesado de escuchar, y miraba detrás de mí algo que quedaba fuera del alcance de mi vista. Y tanto parecía merecer la pena mirar ese espectáculo, a juzgar por la expresión del hombre, que me volví para echar un vistazo.

Era el mayordomo lo que tanto llamaba la atención de sir Watkyn Bassett. Estaba en el umbral de la puerta, con una bandeja de plata en la mano derecha. Y en la bandeja había un casco de policía.

Recuerdo que Stinker Pinker, quien hacia el final de su carrera en Oxford solía realizar servicios sociales en los distritos más difíciles de Londres, me describió una vez con detalle las sensaciones que experimentó una tarde, mientras difundía la luz en Bethnal Green, al ser golpeado inesperadamente en el estómago por un vendedor ambulante. Le produjo, me dijo, una extraña sensación de somnolencia, junto con una rara ilusión de haber penetrado en una espesa niebla. Y la razón por la que lo menciono es que mis propias emociones en ese momento eran extraordinariamente similares.

Cuando vi a este mayordomo por última vez –si lo recuerdan, al acudir a decirme que Madeline Bassett se alegraría de verme–, mencioné que había vacilado un poco. Ahora no era un mayordomo vacilante lo que yo miraba, sino una especie de niebla que subía y bajaba sugiriendo vagamente algo semejante a un mayordomo que vibraba dentro de ella. Después se me cayó la venda de los ojos y pude observar las reacciones del resto de la compañía.

Todos se lo tomaron extremadamente en serio. Papá Bassett, como el tipo del poema que tuve que escribir cincuenta veces en el colegio por llevar una rata blanca a la clase de literatura inglesa, parecía sentirse como algún observador del firmamento cuando un nuevo planeta entra en su conocimiento, mientras la tía Dahlia y el agente Oates parecían, respectivamente, el robusto Cortés contemplando el Pacífico y todos sus hombres mirándose entre sí, sumidos en un mar de conjeturas, silenciosos en lo alto de un pico en Darién.

Pasó un buen rato hasta que alguien se movió. Luego, con un grito ahogado como el de una madre al localizar a su hijo largo tiempo perdido, el agente Oates se adelantó, cogió el casco y lo estrechó contra su pecho con visible éxtasis.

Ese movimiento pareció romper el hechizo. Bassett cobró vida como si alguien hubiera apretado un botón.

–¿De dónde... de dónde ha sacado eso, Butterfield?

–Lo he encontrado en un macizo de flores, sir Watkyn.

–¿En un macizo de flores?

–Extraño –dije–. Muy extraño.

–Sí, señor. Estaba paseando al perro de miss Byng, y cuando pasaba por este lado de la casa he visto a míster Wooster arrojar algo desde su ventana. Ha caído en el macizo de flores de abajo, y tras una inspección ha resultado ser este casco.

El viejo Bassett respiró hondo.

–Gracias, Butterfield.

El mayordomo se marchó, y Bassett, girando sobre su eje, me miró con sus relucientes quevedos.

–¡Bien! –dijo.

Nunca se puede hacer gran cosa en el sentido de replicar cuando alguien le dice a uno «¡Bien!». Mantuve un silencio juicioso.

–Algún error –dijo la tía Dahlia, saliendo a la palestra con una intrepidez que le pegaba mucho–. Probablemente ha caído de una de las otras ventanas. Es fácil confundirse en una noche oscura.

–¡Bah!

–O puede ser que ese hombre mienta. Sí, ésa parece una explicación verosímil. Creo que lo veo todo. Este Butterfield es el culpable. Él ha robado el casco, y sabiendo que se había iniciado la búsqueda y que la detención era inminente, ha decidido arriesgarse y tratar de cargárselo a Bertie. ¿Eh, Bertie?

–No me extrañaría, tía Dahlia. No me extrañaría en absoluto.

–Sí, eso debe de ser lo que ha ocurrido. Cada vez se hace más evidente. No se puede confiar ni un ápice en estos mayordomos con cara de santo.

–Ni un ápice.

–Recuerdo haber pensado que ese tipo tenía una mirada furtiva.

–Yo también.

–¿Tú también lo has notado?

–Enseguida.

–Me recuerda a Murgatroyd. ¿Recuerdas a Murgatroyd, de Brinkley, Bertie?

–¿El de antes de Pomeroy? ¿Aquel tipo robusto?

–Eso es. Con una cara como la de un más que respetable arzobispo. Nos engañó a todos, esa cara. Confiamos en él sin reservas. ¿Y cuál fue el resultado? El tipo birló todo lo que pudo, lo empeñó y malgastó lo que le dieron en las carreras de galgos. Este Butterfield es otro Murgatroyd.

–Algún parentesco, quizá.

–No me sorprendería. Bueno, ahora que todo está aclarado satisfactoriamente y Bertie se puede marchar sin una mancha en su reputación, ¿y si nos fuéramos a la cama? Se hace tarde, y si no duermo mis ocho horas, soy como un harapo.

La tía Dahlia había inyectado en el acto una atmósfera tan agradable de «ahora todos juntos» y alegre «no hablemos más del asunto» que resultó una sorpresa descubrir que Bassett no estaba de acuerdo. Procedió inmediatamente a dar la nota discordante.

–Con su teoría de que alguien miente, mistress Travers, estoy completamente de acuerdo. Pero cuando usted afirma que es mi mayordomo, debo mostrar mi desacuerdo. Míster Wooster ha sido extremadamente hábil, muy ingenioso...

–Oh, gracias.

–... pero me temo que soy incapaz de dejarle marchar, como usted sugiere, sin una mancha en su reputación. De hecho, para serle franco, no me propongo dejarle marchar en absoluto.

Me miró a través de los quevedos de una manera fría y amenazadora. No recuerdo cuándo he visto a un hombre cuyo aspecto me haya gustado menos.

–Es posible que recuerde, míster Wooster, que en el transcurso de nuestra conversación en la biblioteca le he informado de que contemplo este asunto como muy grave. Me he declarado incapaz de aceptar su sugerencia de que

podría contentarme con imponer una multa de cinco libras, como fue el caso cuando usted compareció ante mí en Bosher Street convicto de un delito similar. Le he asegurado que el perpetrador de este desenfrenado ataque en la persona del agente Oates, cuando fuera atrapado, cumpliría una sentencia de prisión. No veo razón para revisar esa decisión.

Esta declaración tuvo efectos distintos. Eustace Oates evidentemente la aprobó. Levantó la vista del casco con una rápida sonrisa alentadora y, de no ser por la férrea disciplina, creo que habría dicho «¡Escuche, escuche!». A la tía Dahlia y a mí, por el contrario, no nos gustó.

–Vamos, sir Watkyn, esto..., de verdad..., porras –protestó, alerta siempre cuando los intereses del clan se veían amenazados–. No puede hacer eso.

–Señora, puedo hacerlo y lo haré. –Hizo un gesto con la mano en dirección a Eustace Oates–. ¡Agente!

No añadió «Arreste a este hombre» o «Cumpla con su deber», pero el policía le entendió. Se adelantó con celo. Yo esperaba que me apoyara la mano en el hombro o que sacara las esposas y me las pusiera en las muñecas, pero no lo hizo. Se limitó a quedarse a mi lado como si fuéramos a ejecutar un dúo y permaneció allí, jadeante.

La tía Dahlia siguió apelando y razonando.

–No puede invitar a un hombre a su casa y en el momento en que cruza la puerta arrojarle a la policía. Si eso es la hospitalidad de Gloucestershire, que el cielo ayude a Gloucestershire.

–Míster Wooster no está aquí invitado por mí, sino por mi hija.

–Eso no importa. No puede eludir la cuestión de esta manera. Él es su invitado. Ha comido su sal. Y déjeme que se lo diga, ya que estamos en ello, que había demasiada en la sopa de esta noche.

–Oh, ¿tú crees? –dije–. A mí me ha parecido la justa.

–No. Demasiado salada.

Papá Bassett intervino.

–Debo disculparme por los defectos de mi cocinero. Puede que pronto efectúe un cambio. Entretanto, volviendo al tema que nos ocupa, míster Wooster está arrestado, y mañana daré los pasos necesarios para...

–¿Y qué le ocurrirá esta noche?

–Disponemos de una pequeña pero útil comisaría de policía en el pueblo, presidida por el agente Oates. Él sin duda podrá encontrarle alojamiento.

–No propondrá usted llevar al pobre tipo a una comisaría de policía a estas horas de la noche, ¿no? Al menos podría permitirle dormir en una cama decente.

–Sí, no veo objeción a ello. No deseo ser indebidamente áspero. Puede permanecer en esta habitación hasta mañana, míster Wooster.

–Oh, gracias.

–Cerraré la puerta con llave...

–Oh, bien.

–Y me quedaré la llave.

–Oh, por supuesto.

–Y el agente Oates patrullará bajo la ventana el resto de la noche.

–¿Señor?

–Esto frenará la conocida propensión de míster Wooster a arrojar cosas por la ventana. Será mejor que ocupe su lugar enseguida, Oates.

–Muy bien, señor.

Hubo una nota de callada angustia en la voz del policía, y era evidente que la extrema satisfacción con la que había estado observando el curso de los acontecimientos se había desvanecido. Su opinión respecto de sus ocho horas al parecer era la misma que la de la tía Dahlia. Tras saludar con aire triste, salió de la habitación como deprimido. Volvía a tener su casco, pero se notaba que empezaba a preguntarse si los cascos lo eran todo.

–Y ahora, mistress Travers, me gustaría, si puedo, tener unas palabras con usted en privado.

Se marcharon y me quedé solo.

No me importa confesar que mis emociones, cuando la llave giró en la cerradura, eran un poco patéticas. Por otra parte, era agradable sentir que por unos minutos tenía mi dormitorio para mí solo, pero en contra de esto había que tener en cuenta el hecho de que me encontraba en lo que se conoce como arresto domiciliario, y no era probable que saliera de él.

Por supuesto, eso no era nuevo para mí, pues había oído sonar los barrotes de la celda aquella vez en Bosher Street. Pero en aquella ocasión había podido mantenerme a flote con la reflexión de que lo peor que la pesadilla me aportaría sería probablemente una reprimenda por parte del tribunal o, como después resultó ser, un pellizco a la cartera. No me enfrentaba, como me enfrentaba en ese momento, con la idea de despertar al día siguiente para cumplir una sentencia de treinta días en una cárcel donde era de lo más improbable que pudiera tomar mi taza de té de la mañana.

Tampoco ayudó mucho el conocimiento de que era inocente. No obtuve el menor consuelo del hecho de que Stiffy Byng me comparara con Sydney Carton. No conocía a ese tipo, pero suponía que era alguien que había soportado algo con valor para satisfacer a una chica, y a mi modo de ver eso era suficiente para catalogarle de tonto de remate. Sydney Carton y Bertram Wooster: ninguna diferencia entre ellos. Sydney, un primo; Bertram, otro.

Me acerqué a la ventana y miré fuera. Al recordar el malhumorado disgusto que el agente Oates había exhibido ante la sugerencia de que debería montar guardia durante las horas nocturnas, tuve una débil esperanza de que, una vez eliminado el ojo de la autoridad, podría eludir la tarea e irse a dormir. Pero no. Allí estaba, paseando arriba y abajo en el césped, la imagen de la vigilancia. Y acababa de ir al lavabo a coger una pastilla de jabón para arrojársela, pues me parecía que eso podría aliviar un poco al espíritu herido, cuando oí que alguien intentaba abrir la puerta.

Crucé la habitación y pegué mis labios a la madera de la puerta.

–Hola.

–Soy yo, señor. Jeeves.

–Ah, hola, Jeeves.

–Al parecer la puerta está cerrada con llave, señor.

–Y puede creerme si le digo, Jeeves, que las apariencias no engañan. Papá Bassett la ha cerrado y se ha guardado la llave.

–¿Señor?

–Me han arrestado.

–¿De veras, señor?

–¿Qué ha dicho?

–He dicho «¿De veras, señor?».

–Ah, ¿eso? Sí. Sí, de veras. Y le diré por qué.

Le ofrecí un précis de lo que había sucedido. No era fácil oír, con una puerta entre los dos, pero creo que la narración provocó una respetuosa exclamación de desaprobación.

–Lamentable, señor.

–Muchísimo. Bueno, Jeeves, ¿qué noticias trae?

–He tratado de localizar a míster Spode, señor, pero ha salido a dar un paseo por la finca. No cabe duda de que regresará pronto.

–Bueno, ya no le necesitamos. La rápida marcha de los acontecimientos nos ha llevado más lejos del punto en que Spode podía haber sido útil. ¿Ha ocurrido alguna cosa más en su lado?

–He hablado con miss Byng, señor.

–A mí me gustaría hablar con ella. ¿Qué ha dicho?

–La joven se encuentra en un estado de considerable aflicción, señor, pues su

unión con el reverendo míster Pinker ha sido prohibida por sir Watkyn.

–¡Santo cielo, Jeeves! ¿Por qué?

–Al parecer, sir Watkyn se ha ofendido por el papel interpretado por míster Pinker al permitir que el ladrón de la vaca-jarrita escapara.

–¿Por qué dice «el ladrón»?

–Por motivos de prudencia, señor. Las paredes oyen.

–Entiendo lo que quiere decir. Es muy hábil, Jeeves.

–Gracias, señor.

Medité un rato sobre este último acontecimiento. Sin duda había corazones dolidos en Gloucestershire aquella noche. Fui consciente de que sentía una punzada de lástima. A pesar del hecho de que era totalmente debido a Stiffy el que me encontrara en aquella situación, deseaba a la joven loca lo mejor y la compadecí en su hora de desastre.

–Así que ha saboteado el romance de Stiffy y también el de Gussie, ¿no? Ese viejo pájaro esta noche sí ha utilizado su autoridad, ¿eh, Jeeves?

–Sí, señor.

–Y nada se puede hacer, que yo sepa. ¿Se le ocurre algo que se pueda hacer al respecto?

–No, señor.

–Y pasando a otro aspecto del asunto, supongo que no tiene un plan inmediato para sacarme de aquí, ¿verdad?

–No adecuadamente formulado, señor. Estoy dándole vueltas a una idea.

–Déselas bien, Jeeves. No escatime esfuerzos.

–Pero de momento sólo está nebulosa.

–¿Implica fineza, presumo?

–Sí, señor.

Meneé la cabeza. Una pérdida de tiempo realmente, claro, porque él no me veía. Aun así, la meneé.

–De nada sirve tratar de ser sutil y tortuoso ahora, Jeeves. Lo que se precisa es acción rápida. Y se me ha ocurrido una idea. Hablábamos hace poco de cuando sir Roderick Glossop quedó atrapado en el invernadero y el agente Dobson protegía todas las salidas. ¿Recuerda cuál fue la idea de Stoker para hacer frente a la situación?

–Lo recuerdo perfectamente, señor. Míster Stoker abogaba por un ataque físico al policía. «¡Se le da un golpe en la cabeza con una pala!» fue, creo recordar, su expresión.

–Correcto, Jeeves. Ésas fueron sus palabras exactas. Y aunque a la sazón rechazamos la idea, ahora me parece que demostraba una cantidad considerable de buen sentido. Estos hombres prácticos, que se han hecho a sí mismos, saben ir directos al grano y evitar los temas secundarios. El agente Oates está de centinela bajo mi ventana. Todavía tengo las sábanas anudadas y puedo atarlas fácilmente a la pata de la cama o algo. Así que si usted cogiera prestada una pala en algún sitio y bajara...

–Me temo, señor...

–Vamos, Jeeves. No es momento de nolle prosequis. Sé que le gusta la finura, pero ha de comprender que ahora no nos ayudará. Ha llegado el momento en que sólo las palas pueden servir. Podría ir y entablar conversación con él, manteniendo la herramienta oculta tras la espalda, y esperar el momento psicológico...

–Disculpe, señor. Creo que oigo venir a alguien.

–Bueno, piense en lo que le he dicho. ¿Quién viene?

–Sir Watkyn y mistress Travers, sir. Creo que vienen a visitarle.

–Sabía que no tendría esta habitación para mí solo mucho rato. Aun así, déjeles entrar. Los Wooster mantenemos casa abierta.

Cuando, unos momentos más tarde, la puerta se abrió, sólo entró mi parienta. Se dirigió hacia el familiar sillón y se hundió pesadamente en él. Su actitud era sombría, sin despertar la menor esperanza de que hubiera acudido para anunciar que papá Bassett, prevaleciendo consejos más sensatos, había decidido liberarme. Y, sin embargo, que me aspen si no era eso precisamente lo que había venido a anunciarme.

–Bien, Bertie –dijo después de meditar en silencio durante un rato–, puedes seguir haciendo el equipaje.

–¿Eh?

–Ha suspendido el arresto.

–¿Que lo ha suspendido?

–Sí. No presentará el cargo.

–¿Quieres decir que no iré a la trena?

–No.

–¿Soy libre como el aire, como dice la expresión?

–Sí.

Estaba tan ocupado en regocijarme, que tardé unos momentos en observar que la danza que efectuaba no era seguida por la anciana parienta. Ella continuaba con su actitud sombría, y la miré con cierto aire de reproche.

–No pareces muy complacida.

–Oh, estoy encantada.

–No logro detectar los síntomas –dije con bastante frialdad–. Habría dicho que la liberación de un sobrino al pie de la horca, como se podría decir, te produciría un poco de alegría.

Un profundo suspiro escapó de ella.

–Bueno, el problema es, Bertie, que hay una trampa. Ese viejo sinvergüenza ha

puesto una condición.

–¿Cuál?

–Quiere a Anatole.

Me quedé mirándola fijamente.

–¿Quiere a Anatole?

–Sí. Ése es el precio de tu libertad. Dice que accederá a no presentar el cargo si le dejo tener a Anatole. ¡Maldito chantajista!

Un espasmo de angustia le contrajo las facciones. No hacía mucho que ella había hablado de chantaje y le había dado su sincera aprobación, pero si uno quiere sacar auténtica satisfacción del chantaje, hay que estar en el lado correcto.

Yo tampoco me sentía muy bien. De vez en cuando, en el transcurso de esta narración, he tenido ocasión de indicar mis sentimientos respecto de Anatole, el artista sin par, y recordarán que cuando mi parienta me contó que sir Watkyn Bassett había intentado birlárselo durante su visita a Brinkley Court me había hecho temblar hasta los cimientos.

Es difícil, claro está, transmitir a los que no han probado los productos de este genio la extraordinaria importancia que sus asados y hervidos suponen en el orden del universo para los que sí los han probado. Sólo puedo decir que una vez probado uno de sus platos, le queda a uno la sensación de que la vida carecerá de toda su poesía y todo su significado a menos que se esté en situación de seguir hincándole el diente. La idea de que la tía Dahlia estaba dispuesta a sacrificar a ese hombre maravilloso simplemente para salvar a un sobrino de la cárcel me conmovía.

No sé cuándo he estado tan profundamente emocionado. La miré con ojos tiernos. Me recordó a Sydney Carton.

–¿De verdad has pensado en ceder a Anatole por mí? –pregunté, extrañado.

–Por supuesto.

–¡Por supuesto no! No quiero ni oír hablar de ello.

–Pero no puedes ir a la cárcel.

–Claro que puedo si mi ida allí significa que ese maestro supremo seguirá trabajando en su puesto. No sueñes en satisfacer la exigencia de Bassett.

–¡Bertie! ¿Lo dices en serio?

–Totalmente. ¿Qué son unos simples treinta días en la segunda división? Una bagatela. Puedo soportarlo. Deja que Bassett haga lo que quiera. Y –añadí con voz más suave– cuando me llegue la hora y salga al mundo una vez más como hombre libre, que Anatole haga lo que pueda. Un mes a pan y agua o rancho o lo que den de comer en esos establecimientos me producirá un apetito raro. La noche en que salga, espero una cena que cree leyenda.

–La tendrás.

–Podríamos esbozar los detalles ahora.

–Ningún momento como el presente. ¿Empezamos con caviar? ¿O cantaloup?

–Y cantaloup. Seguido de una sopa vigorizante.

–¿Espesa o clara?

–Clara.

–¿No olvidas el Velouté aux fleurs de courgette de Anatole?

–Ni por un momento. Pero ¿y su Consommé aux Pommes d’Amour?

–Quizá tengas razón.

–Creo que sí. La tengo.

–Será mejor que te lo deje a ti.

–Sería lo más sensato.

Cogí lápiz y papel, y unos diez minutos más tarde me encontraba en situación de anunciar el resultado.

–Esto –dije–, sujeto a todas las adiciones que se me puedan ocurrir en mi celda, es el menú.

Leí lo siguiente:

*Le Diner*

Caviar Frais

Cantaloup

Consommé aux Pommes d'Amour

Sylphides à la crème d'écrevisses

Mignonette de poulet petit Duc

Points d'asperges à la Mistinguette

Suprême de foie gras au champagne

Neige aux Perles des Alpes

Timbale de ris de veau Toulousaine

Salade d'endive et de céleri

Le Plum Pudding

L'Étoile au Berger

Bénédictins Blancs

Bombe Néro

Friandises

Diablotins

Fruits

–¿Lo tiene todo, tía Dahlia?

–Sí, no parece que te hayas dejado muchas cosas.

–Entonces que pase ese hombre y desafiémosle. ¡Bassett! –grité.

–¡Bassett! –gritó la tía Dahlia.

–¡Bassett! –me desgañité, haciendo temblar cielo y tierra.

Todavía estaba gritando cuando el hombre apareció, con aire molesto.

–¿Por qué demonios gritan así?

–Ah, está ahí, Bassett. –No tardé mucho en iniciar la orden del día–. Bassett, le desafiamos.

Fue evidente que el hombre se sorprendió. Lanzó una mirada interrogativa a la tía Dahlia. Parecía creer que Bertram hablaba en clave.

–Alude –explicó la parienta– a esa idiota oferta suya de cancelar el asunto si yo le dejaba tener a Anatole. La idea más estúpida que jamás he oído. Nos hemos reído un buen rato a costa de ello, ¿verdad, Bertie?

–Nos partíamos de risa –asentí.

El hombre parecía asombrado.

–¿Quiere decir que la rechazan?

–Claro que la rechazamos. Mal debería conocer a mi sobrino para suponer siquiera por un instante que consideraría llevar tristeza y aflicción al hogar de su tía para salvarse a sí mismo de algo desagradable. Los Wooster no son así, ¿verdad, Bertie?

–Diría que no.

–No se ponen a sí mismos primero.

–Jamás debería haberle insultado mencionándole la oferta. Te pido disculpas, Bertie.

–Está bien, vieja parienta.

Me dio un apretón de manos.

–Buenas noches, Bertie, y adiós; o, mejor dicho, au revoir. Volveremos a vernos.

–Claro que sí. Cuando los campos estén cubiertos de margaritas, si no antes.

–Por cierto, ¿no has olvidado los Nonais de la Méditerranée au Fenouil?

–Sí. Y la Selle d’Agneau aux laitues à la Grecque. Añádalos a la lista, por favor.

Su partida, que fue acompañada por una tierna mirada de admiración y estima por encima del hombro mientras cruzaba el umbral, fue seguida por un breve y, por mi parte, arrogante silencio. Al cabo de un rato, papá Bassett habló con voz tensa y desagradable.

–Bien, míster Wooster, al parecer tendrá usted, al fin y al cabo, que cumplir la pena por su locura.

–Así es.

–Debo decirle que he cambiado de opinión respecto de permitirle pasar la noche bajo mi techo. Irá a la comisaría de policía.

–Qué vengativo, Bassett.

–En absoluto. No veo razón por la que el agente Oates deba verse privado de su bien merecido descanso simplemente por conveniencia de usted. Enviaré por él. –Abrió la puerta–. ¡Eh, usted!

Era una manera de lo más inadecuada de dirigirse a Jeeves, pero el fiel hombre no pareció ofenderse.

–¿Señor?

–En el césped de fuera encontrará al agente Oates. Hágale venir.

–Muy bien, señor. Creo que míster Spode desea hablar con usted, señor.

–¿Eh?

–Míster Spode, señor. Ahora viene por el pasillo.

El viejo Bassett entró de nuevo en la habitación, con aire de desagrado.

–Desearía que Roderick no me interrumpiera en un momento como éste –dijo quejumbroso–. No puedo imaginar qué razón puede tener para querer verme.

Yo me reí levemente. La ironía del asunto me divertía.

–Viene, un poco tarde, para decirle que se encontraba conmigo cuando han robado la vaca-jarrita y librarme así de toda culpa.

–Entiendo. Sí, como dice, es un poco tarde. Tendré que explicarle... Ah, Roderick.

El corpulento cuerpo de R. Spode había aparecido en la puerta.

–Pase, Roderick, pase. Pero no tiene que preocuparse, mi querido amigo. Míster Wooster ha hecho bien patente que él nada tenía que ver con el robo de mi vaca-jarrita. Era respecto de esto por lo que quería verme, ¿no?

–Bueno..., no –dijo Roderick Spode.

Había una extraña mirada tensa en el rostro de aquel hombre. Sus ojos estaban vidriosos y, en la medida en que una cosa de ese tamaño podía ser manoseada, se manoseaba el bigote. Parecía prepararse para alguna tarea desagradable.

–Bueno..., no –dijo–. El hecho es que... me he enterado de que ha habido algún problema con el casco que he robado al agente Oates.

Hubo un silencio de asombro. Bassett le miró con ojos desorbitados. Yo le miré con ojos desorbitados. Roderick Spode siguió manoseándose el bigote.

–Ha sido una estupidez por mi parte –dijo–. Ahora lo veo. Yo... he cedido a un impulso incontrolable. A veces se hace, ¿no? ¿Recuerda que le dije que una vez robé un casco de policía en Oxford? Esperaba mantener el secreto, pero el criado de Wooster me ha dicho que tiene usted la impresión de que lo ha hecho Wooster, así que, por supuesto, he venido a decírselo. Eso es todo. Creo que me voy a la cama –dijo Roderick Spode–. Buenas noches.

Se marchó, y el silencio de asombro empezó a funcionar de nuevo.

Supongo que ha habido hombres que parecían más estúpidos que sir Watkyn Bassett en ese momento, pero yo nunca los he visto. La punta de la nariz se le había puesto de color rojo brillante, y los quevedos se le mantenían flojos sobre la nariz en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Aunque desde el comienzo de nuestras relaciones no nos habíamos llevado bien, casi sentí lástima del pobre tipo.

–¡Hem! –dijo al fin.

Peleó un poco con las cuerdas vocales. Al parecer se le habían enredado.

–Me parece que le debo una disculpa, míster Wooster.

–No hablemos más de ello, Bassett.

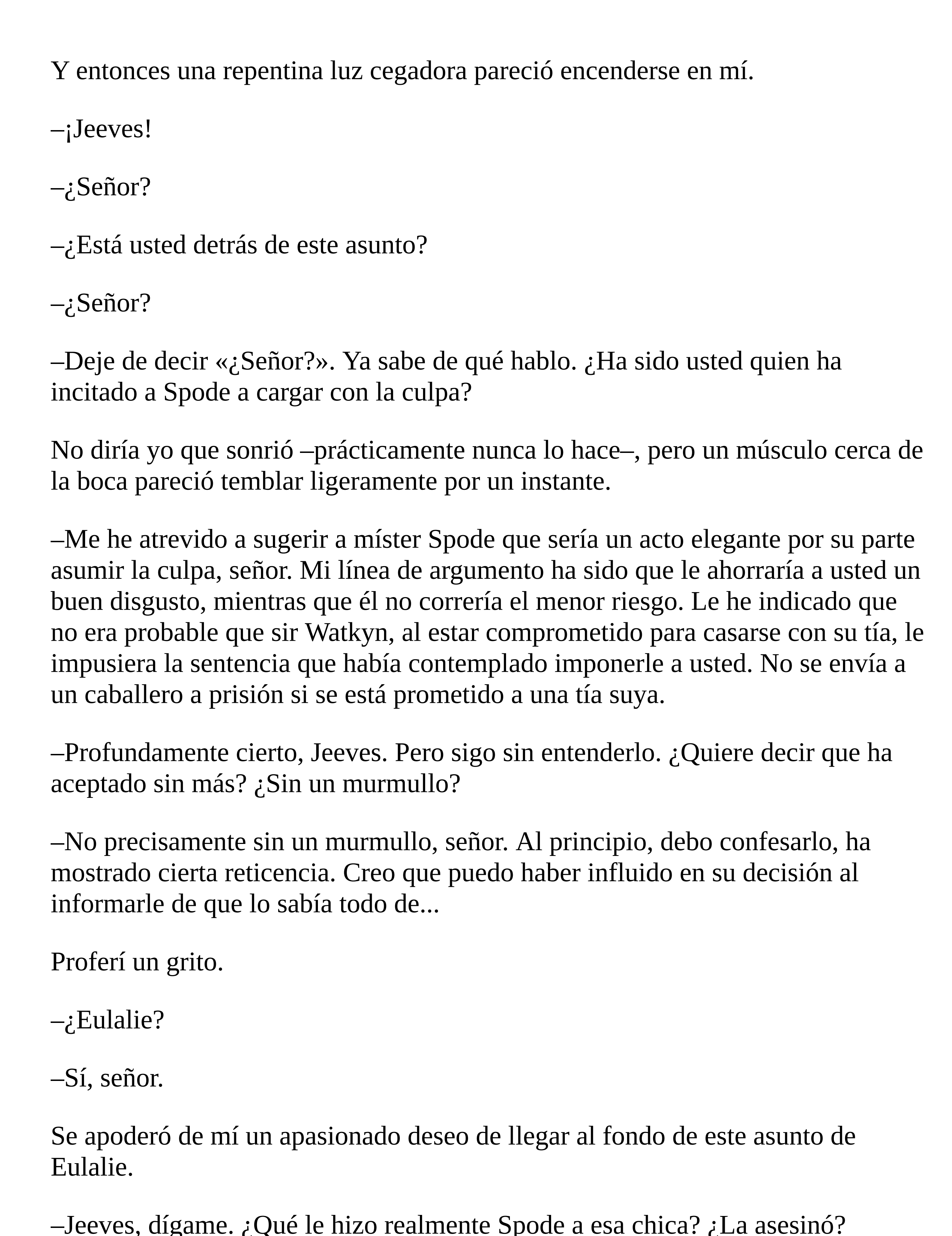
–Lamento que todo esto haya ocurrido.

–No diga más. Mi inocencia está probada. Eso es lo único que importa. Presumo que ahora estoy en libertad de marcharme, ¿no?

–Oh, claro, claro. Buenas noches, míster Wooster.

–Buenas noches, Bassett. No necesito decirle, creo, que espero que esto sea una lección para usted.

Le despedí con una distante inclinación de la cabeza, y permanecí donde estaba, absorto en mis pensamientos. No podía explicarme lo que había ocurrido. Siguiendo el viejo y gastado método de Oates de buscar el móvil, tuve que confesarme a mí mismo que estaba confundido. Sólo podía suponer que era el espíritu de Sydney Carton que aparecía de nuevo.



Y entonces una repentina luz cegadora pareció encenderse en mí.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–¿Está usted detrás de este asunto?

–¿Señor?

–Deje de decir «¿Señor?». Ya sabe de qué hablo. ¿Ha sido usted quien ha incitado a Spode a cargar con la culpa?

No diría yo que sonrió –prácticamente nunca lo hace–, pero un músculo cerca de la boca pareció temblar ligeramente por un instante.

–Me he atrevido a sugerir a míster Spode que sería un acto elegante por su parte asumir la culpa, señor. Mi línea de argumento ha sido que le ahorraría a usted un buen disgusto, mientras que él no correría el menor riesgo. Le he indicado que no era probable que sir Watkyn, al estar comprometido para casarse con su tía, le impusiera la sentencia que había contemplado imponerle a usted. No se envía a un caballero a prisión si se está prometido a una tía suya.

–Profundamente cierto, Jeeves. Pero sigo sin entenderlo. ¿Quiere decir que ha aceptado sin más? ¿Sin un murmullo?

–No precisamente sin un murmullo, señor. Al principio, debo confesarlo, ha mostrado cierta reticencia. Creo que puedo haber influido en su decisión al informarle de que lo sabía todo de...

Proferí un grito.

–¿Eulalie?

–Sí, señor.

Se apoderó de mí un apasionado deseo de llegar al fondo de este asunto de Eulalie.

–Jeeves, dígame. ¿Qué le hizo realmente Spode a esa chica? ¿La asesinó?

–Me temo que no tengo libertad para decírselo, señor.

–Vamos, Jeeves.

–Me temo que no, señor.

Abandoné.

–¡Oh, bueno!

Empecé a despojarme de la ropa. Me puse el pijama. Me metí en la cama. Como las sábanas estaban anudadas de modo inextricable, vi que sería necesario acurrucarme entre las mantas, pero estaba preparado para soportarlo por una noche.

La rápida sucesión de acontecimientos me había dejado pensativo. Me senté, me rodeé las rodillas con los brazos y medité acerca de los veloces cambios de la Fortuna.

–Una cosa extraña, la vida, Jeeves.

–Muy extraña, señor.

–Nunca se sabe qué sucederá, ¿no? Tome un ejemplo sencillo: poco pensaba yo hace media hora que estaría sentado aquí en pijama, tranquilamente, observándole preparar el equipaje para la partida. Un futuro muy diferente parecía esperarme.

–Sí, señor.

–Se habría dicho que una maldición se abatía sobre mí.

–En verdad sí, señor.

–Pero ahora podría decirse que mis problemas han desaparecido como el rocío de las flores. Gracias a usted.

–Estoy encantado de haber podido serle útil, señor.

–Ha cumplido como pocas veces antes. Y, sin embargo, Jeeves, siempre hay una dificultad.

–¿Señor?

–Desearía que dejara de decir «¿Señor?». Lo que quiero decir, Jeeves, es que unos corazones amantes han sido separados en esta vecindad y todavía se hallan separados. Yo puedo estar muy bien, lo estoy, pero Gussie no está bien. Ni Stiffy está bien. Es la única pega.

–Sí, señor. Me pregunto, señor...

–¿Sí, Jeeves?

–Sólo iba a preguntar si tiene intención de hacer algo contra sir Watkyn por arresto indebido y difamación ante testigos.

–No había pensado en ello. ¿Cree que sería admisible alguna acción?

–No cabe duda de ello, señor. Tanto mistress Travers como yo podríamos ofrecer un testimonio contundente. Se encuentra usted en situación de multar a sir Watkyn por graves daños.

–Sí, supongo que tiene razón. Sin duda por eso ha saltado de ese modo cuando Spode ha efectuado su actuación.

–Sí, señor. Su mentalidad legal habrá vislumbrado el peligro.

–No creo haber visto alguna vez a un hombre con la nariz tan enrojecida. ¿Y usted?

–Tampoco, señor.

–Aun así, me parece una vergüenza hostigarle más. No sé si en realidad quiero reducir a polvo a ese viejo pájaro.

–Sólo estaba pensando, señor, que si usted le amenaza con semejante acción, sir Watkyn, para evitar ese hecho desagradable, quizá podría ver la manera de ratificar los esponsales de miss Bassett y míster FinkNottle y de miss Byng y el reverendo míster Pinker.

–¡Dios mío, Jeeves! Hacerle chantaje, ¿no?

–Exactamente, señor.

–Eso puede ponerse en marcha ahora mismo.

Salté de la cama y me acerqué a la puerta.

–¡Bassett! –grité.

No hubo respuesta inmediata. Era de suponer que el hombre se había escondido. Pero después de perseverar varios minutos gritando «¡Bassett!» con intervalos regulares y volumen creciente, oí el distante sonido de unos pies que se acercaban, y era él que venía, con un ánimo muy diferente del que había exhibido antes. Esa vez era más como un camarero ansioso al responder a la campanilla.

–¿Sí, míster Wooster?

Le conduje a mi dormitorio, y volví a meterme en la cama.

–¿Desea decirme algo, míster Wooster?

–Hay una docena de cosas que deseo decirle, Bassett, pero la que tocaremos ahora es ésta. ¿Es consciente de que su testaruda conducta al hacer que un agente de policía me arreste y me encierre en mi habitación le hace susceptible de una acción por..., ¿cómo era, Jeeves?

–Arresto indebido y difamación ante testigos, señor.

–Eso es. Podría pedirle millones por ello. ¿Qué hará al respecto?

Se retorcía como un ventilador.

–Le diré lo que hará al respecto –proseguí–. Va usted a emitir su aprobación a la unión de su hija Madeline con Augustus Fink-Nottle y también a la de su sobrina Stephanie con el reverendo H. P. Pinker. Y lo hará ahora.

Una breve lucha parecía tener lugar en él. Habría podido durar más si no hubiera visto que yo le miraba.

–Muy bien, míster Wooster.

–Y respecto de esa vaca-jarrita, es altamente probable que la banda internacional haya logrado vendérsela a mi tío Tom. Su sistema de información clandestina les habrá dicho que él está en el mercado. Ni un grito escapará de usted, Bassett, si en una fecha futura ve esa vaca-jarrita en su colección.

–Muy bien, míster Wooster.

–Y otra cosa. Me debe cinco libras.

–¿Cómo dice?

–Como devolución de las cinco que me sacó en Bosher Street. Las quiero antes de marcharme.

–Le extenderé un cheque por la mañana.

–Lo esperaré en la bandeja del desayuno. Buenas noches, Bassett.

–Buenas noches, míster Wooster. ¿Es coñac eso que veo ahí? Creo que me gustaría tomar una copa, si me lo permite.

–Jeeves, una copa para sir Watkyn Bassett.

–Muy bien, señor.

Apuró la copa agradecido y salió tambaleándose. Probablemente era un tipo agradable cuando se le conocía.

Jeeves rompió el silencio.

–He terminado de hacer el equipaje, señor.

–Bien, creo que me acurrucaré. Abra la ventana, por favor.

–Muy bien, señor.

–¿Qué noche hace?

–Inestable, señor. Ha empezado a llover con cierta violencia.

El sonido de un estornudo llegó a mis oídos.

–Vaya, ¿qué es eso, Jeeves? ¿Hay alguien fuera?

–El agente Oates, señor.

–No me diga que sigue de servicio.

–No, señor. Imagino que en su preocupación por otros asuntos, sir Watkyn ha olvidado enviarle recado de que ya no era necesario mantener su vigilia.

Suspiré con satisfacción. Sólo necesitaba eso para completar mi día. La idea de que el agente Oates rondaba bajo la lluvia como las tropas ismaelitas, cuando podía estar acurrucado en la cama tostando sus rosados dedos de los pies con la bolsa de agua caliente, me produjo una sensación de felicidad curiosamente melosa.

–Es el final de un día perfecto, Jeeves. ¿Cómo es aquello suyo de las alondras?

–¿Señor?

–Y, creo, los caracoles.

–Ah, sí, señor. «El año está en la primavera, el día está en la mañana, la mañana está en las siete, la ladera de la colina perlada de rocío...»

–Pero ¿y las alondras, Jeeves? ¿Y los caracoles? Estoy seguro de que hablaba de alondras y caracoles.

–Ahora llego a las alondras y los caracoles, señor. «La alondra está en el ala, el caracol está en la espina...»

–Ahora le escucho. ¿Y el verso final?

–«Dios está en el cielo, todo está bien con el mundo.»

–Eso es, en resumidas cuentas. Yo mismo no lo habría expresado mejor. Y, sin embargo, Jeeves, hay una cosa. Desearía que me contara los detalles de Eulalie.

–Me temo, señor...

–Lo guardaré en secreto. Ya me conoce..., una silenciosa tumba.

–Las reglas del Junior Ganymede son muy estrictas, señor.

–Lo sé. Pero podría hacer una excepción.

–Lo siento, señor...

Tomé la gran decisión.

–Jeeves –dije–, deme los detalles y me uniré a ese crucero suyo alrededor del mundo.

Vaciló.

–Bien, en la más estricta confianza, señor...

–Por supuesto.

–Míster Spode diseña ropa interior femenina, señor. Posee un talento considerable en ese sentido, y se ha dedicado a ello en secreto durante algunos años. Es el fundador y propietario del emporio de Bond Street conocido como Eulalie Soeurs.

–¿No hablará en serio?

–Sí, señor.

–¡Dios mío, Jeeves! No me extraña que no quisiera que una cosa así se supiera.

–No, señor. Ello sin duda pondría en peligro su autoridad sobre sus seguidores.

–No se puede ser un dictador de éxito y diseñar ropa interior femenina.

–No, señor.

–O una cosa o la otra. No ambas.

–Exactamente, señor.

Reflexioné.

–Bueno, ha merecido la pena, Jeeves. No habría podido dormir preguntándome

por ello. Quizá ese crucero no sea tan estúpido, al fin y al cabo.

–La mayoría de los caballeros lo encuentran divertido, señor.

–¿Ah, sí?

–Sí, señor. Ver nuevas caras.

–Eso es cierto. No había pensado en ellas. Las caras serán nuevas, ¿no? Miles y miles de personas, pero Stiffy no.

–Exactamente, señor.

–Será mejor que mañana vaya a sacar los billetes.

–Ya los he sacado, señor. Buenas noches, señor.

La puerta se cerró. Apagué la luz. Permanecí unos momentos escuchando el paso mesurado del agente Oates y pensando en Gussie y Madeline Bassett y en Stiffy y Stinker Pinker, y en la felicidad de su vida amorosa. También pensé en el tío Tom al recibir la vaca-jarrita, y en la tía Dahlia aprovechando el momento psicológico y sacándole un cuantioso cheque para el Milady’s Boudoir. Jeeves tenía razón, me pareció. El caracol estaba en el ala y la alondra en la espina –o mejor al revés– y Dios estaba en el cielo y todo estaba bien con el mundo.

Y entonces se me cerraron los ojos, los músculos se relajaron, la respiración se hizo suave y regular, y el sueño que transporta la mente me cubrió como una ola curativa.

# El inimitable Jeeves

## 1. JEEVES HACE FUNCIONAR SU ACREDITADO CEREBELO

–Buenos días, Jeeves –dije.

–Buenos días, señor –dijo Jeeves.

Dejó suavemente la taza de té sobre mi mesita de noche, y yo bebí un sorbo de la reconfortante bebida. Estaba en su punto, como siempre. Ni demasiado caliente ni demasiado dulce, ni demasiado floja ni demasiado fuerte, no tenía demasiada leche y ni una sola gota se había derramado sobre el platito. Era un tipo asombroso este Jeeves, siempre tan capacitado en todo género de cosas. Lo he dicho en otras ocasiones y lo repetiré de nuevo. Aquí tienen ustedes un pequeño ejemplo. Todos los demás criados que habían estado a mi servicio irrumpían en mi habitación cuando aún me encontraba dormido, y esto era un terrible suplicio para mí: pero Jeeves parece saber, mediante una especie de telepatía, el momento justo en que me despierto. Entra siempre con la taza sin hacer el menor ruido exactamente dos minutos después de haber vuelto yo a la vida. Esto constituye una notable diferencia en el comienzo del día de un individuo.

–¿Qué tiempo hace, Jeeves?

–Excepcionalmente benigno, señor.

–¿Hay alguna novedad en los periódicos?

–Leves disturbios en los Balcanes, señor. Y nada más.

–Oiga, Jeeves, un hombre que vi en el club anoche me dijo que me jugara la camisa por Privateer, que tomará parte en las carreras de las dos en punto de la tarde. ¿Qué opina usted?

–No se lo aconsejaría, señor. Esas caballerizas no me inspiran mucha confianza.

Esto era suficiente para mí. Jeeves lo sabe. Cómo, no podría decirlo, pero lo sabe. Hubo un tiempo en que me hubiera reído suavemente, hubiera hecho mi santa voluntad y habría perdido lo poco que poseo por no seguir su consejo, pero ahora no.

–Hablando de camisas –dije–, ¿han llegado ya las camisas de color malva que encargué?

–Sí, señor. Las devolví.

–¿Que las devolvió?

–Sí, señor. No le habrían sentado bien.

Bueno, confieso que tenía una elevada opinión de esas camisas, pero me incliné ante la sabiduría superior. ¿Debilidad? No sé. Muchas personas, sin duda, opinan que sus criados deben limitar sus actividades a planchar la raya de los pantalones y otras cosas semejantes sin tratar de gobernar la casa, pero con Jeeves es distinto. Desde el día que entró a mi servicio, le he considerado una especie de guía, filósofo y amigo.

–Míster Little llamó por teléfono hace un momento, señor. Le informé de que usted aún no se había despertado.

–¿Dejó algún mensaje?

–No, señor. Dijo que tenía que discutir con usted un asunto de importancia, pero no entró en detalles.

–Bien, supongo que lo veré en el club.

–Sin duda, señor.

Yo no sentía lo que pudiera llamarse una impaciencia febril. Bingo Little es un muchacho con quien fui a la escuela, y seguimos viéndonos muy a menudo. Es sobrino del viejo Mortimer Little, que se ha retirado recientemente de los negocios después de haber acumulado una buena fortuna. (Probablemente han oído ustedes hablar del «Linimento Little – Da flexibilidad a las piernas».) Bingo campa por Londres con una pensión bastante considerable que le pasa su tío, y lleva, en general, una vida sin preocupaciones. No era posible que algo que él definiera como asunto importante resultase realmente importante. Supuse que había descubierto una nueva marca de cigarrillos y querría que yo la probara, o algo por el estilo, y, por tanto, no eché a perder mi desayuno con preocupaciones.

Terminado el desayuno, encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana abierta para inspeccionar el día. Era, por cierto, magnífico y claro.

–Jeeves –dije.

–¿Señor? –dijo Jeeves. Estaba quitando de la mesa los cubiertos del desayuno, pero, al oír el sonido de la voz de su joven amo, suspendió cortésmente su tarea.

–Tenía usted razón respecto al tiempo. Hace una mañana magnífica.

–Decididamente, señor.

–La primavera y demás zarandajas.

–Sí, señor.

–En primavera, Jeeves, la satinada paloma tiene un brillo más irisado.

–Así me han informado, señor.

–¡Muy bien! Entonces tráigame mi traje a cuadros, los zapatos más amarillos que tengo y mi viejo Homburg verde. Voy al Park a bailar danzas pastorales.

No sé si conocen ustedes la sensación que se experimenta hacia fines de abril y primeros de mayo, cuando el cielo es de un azul diáfano, con nubes de algodón y una brisa ligera que sopla del oeste. Es una sensación embriagadora. Hasta diré romántica, si me entienden ustedes. No soy hombre muy mujeriego, pero aquella mañana me parecía que lo que necesitaba verdaderamente era una encantadora muchacha que surgiera pidiéndome que la salvara de unos asesinos o algo semejante. Así que experimenté cierta desilusión al tropezarme tan sólo con el joven Bingo Little, el cual presentaba un aspecto perfectamente repulsivo con una corbata de raso carmesí decorada con herraduras de caballo.

–Hola, Bertie –dijo Bingo.

–¡Dios me valga, hombre! –exclamé–. ¡Esa corbata! ¿Cómo se te ocurrió ponértela? ¿Qué motivo te ha inducido a ello?

–Oh, ¿la corbata? –Se sonrojó–. Yo..., verás..., me la regalaron.

Parecía azorado y no hablé más de la corbata. Caminamos un rato y nos sentamos en dos sillas cerca del Serpentine.

–Jeeves me ha dicho que deseabas hablar conmigo a propósito de algo –dije.

–¿Cómo? –exclamó Bingo, con un sobresalto–. ¡Ah, sí! ¡Sí, sí!

Esperé que desembuchara el tópico del día, pero no parecía querer ponerse en marcha. La conversación languideció. Bingo miraba ante sí de un modo que podría llamarse vidrioso.

–Oye, Bertie –dijo después de una pausa de una hora y cuarto aproximadamente.

–¿Dime?

–¿Te gusta el nombre de Mabel?

–No.

–¿No?

–No.

–¿No te parece que hay una especie de música en esa palabra, como el viento que susurra a través de las copas de los árboles?

–No.

Por un momento pareció decepcionado; luego se animó.

–Naturalmente, no puede gustarte. Siempre fuiste un torpe gusano sin alma. ¿No es así?

–Tú lo has dicho. ¿Quién es ella? Cuéntamelo todo.

Me había dado cuenta de que el pobre Bingo había perdido una vez más la cabeza. Desde que le conozco –y fuimos juntos a la escuela–, ha estado enamorándose perpetuamente de alguien, por lo general en primavera, estación que parece obrar sobre él como una droga mágica. En la escuela era quien poseía la mejor colección de fotografías de artistas; en Oxford su romántica naturaleza constituía la diversión de todo el mundo.

–Lo mejor que podrías hacer es venir a almorzar conmigo; así la conocerías.

–Esa sugerencia me parece de primera –dije–. ¿Dónde tienes que encontrarte con ella? ¿En el Ritz?

–Cerca del Ritz.

Geográficamente, tenía razón. A unos cincuenta metros al este del Ritz hay una de esas horribles tiendas de té y pasteles que se ven esparcidas por todo Londres y, aunque no lo crean ustedes, allí se precipitó el joven Bingo como un conejo que vuelve a su madriguera; y antes de que yo tuviera tiempo de decir una sola palabra estábamos sentados a la mesa, ante un silencioso charco de café abandonado por un cliente mañanero.

Confieso que no veía las cosas claras. Bingo, si bien no nadaba en la abundancia, siempre ha tenido bastante más de lo necesario. Sin contar lo que le pasaba su tío, sabía yo que había acabado aquella temporada con una buena tendencia hacia el lado derecho del libro mayor. ¿Por qué, pues, había invitado a almorzar a la muchacha en un figón abandonado de la mano de Dios? No sería porque estuviese escaso de dinero.

En aquel momento llegó la camarera. Era una muchacha bastante bonita.

–¿No vamos a esperar...? –empecé a decir a Bingo, pensando que era un poco fuerte que, después de invitar a una chica a almorzar con él en semejante tugurio, se precipitara sobre la comida antes de llegar ella. Pero cuando vi la expresión de su cara me callé.

Hacía rodar los ojos y su faz estaba cubierta de intenso rubor. Parecía el Despertar del Alma pero teñido de rosa.

–¡Hola, Mabel! –dijo con una especie de sollozo.

–¡Hola! –dijo la muchacha.

–Mabel –dijo Bingo–, éste es Bertie Wooster, un amigo mío.

–Encantada de conocerle –dijo ella–. Hermosa mañana.

–Estupenda –dije yo.

–Ya ve usted que llevo la corbata –dijo Bingo.

–Le sienta a usted muy bien –dijo la muchacha.

Si alguien me hubiese dicho que una corbata como aquélla me sentaba bien, me habría levantado y le hubiera atizado un porrazo, sin consideración de edad o sexo; pero el pobre Bingo quedó medio alelado de satisfacción y sonrió de la manera más horrorosa.

–Bueno, ¿qué va a tomar hoy? –preguntó la muchacha, introduciendo los negocios en la conversación.

Bingo estudió la carta devotamente.

–Tomaré una taza de chocolate, ternera fría y una empanada de jamón, un pedazo de tarta de frutas y un almendrado. ¿Tomarás lo mismo, Bertie?

Miré a Bingo, indignado. El hecho de que hubiese sido amigo mío tantos años y, no obstante, me creyese capaz de insultar a mi viejo estómago con aquella fantasía gastronómica, me hirió en lo más profundo del alma.

–¿O qué te parecería un pudin caliente de carne, con una limonada espumosa para hacerlo pasar? –dijo Bingo.

Es realmente horroroso contemplar de qué manera el amor puede hacer cambiar a un hombre. El muchacho que yo tenía delante y que hablaba con tanta indiferencia de almendrados y limonadas era el mismo que yo viera en días más felices explicar al camarero del Claridge cómo quería que el chef preparase la sole frite du gourmet aux champignons y amenazar con arrojársela a la cabeza si no estaba al punto. ¡Espantoso!

Un panecillo con mantequilla y un café parecían ser las únicas cosas de la carta que no hubiesen sido especialmente preparadas por los peor intencionados de la familia Borgia para la gente por la que sintieran especial rencor, de modo que los escogí y Mabel se fue.

–¿Bien? –dijo Bingo, arrobado.

Comprendí que quería mi opinión acerca de la envenenadora que acababa de dejarnos.

–Muy mona –dije.

Esto no pareció satisfacerlo.

–¿No crees que es la muchacha más hermosa que has visto en tu vida? –dijo ardientemente.

–¡Oh, claro! –dije para apaciguar su ardor–. ¿Dónde la conociste?

–En un baile benéfico de Camberwell.

–¿Qué diablos hacías en un baile benéfico de Camberwell?

–Tu ayuda de cámara, Jeeves, me preguntó si quería comprarle un par de entradas. Era para ayudar a una obra de caridad.

–¿Jeeves? No sabía que se ocupara de esas cosas.

–Supongo que de cuando en cuando tendrá que distraerse un poco. Sea como fuere, allí estaba divirtiéndose de lo lindo. Al principio yo no tenía la intención de asistir, pero luego me decidí a echar un vistazo. ¡Ay, Bertie, piensa en lo que me hubiera perdido!

–¿Qué te hubieras perdido? –pregunté, pues las palabras de Bingo me parecieron algo nebulosas.

–¡Mabel, idiota! De no haber ido, no hubiera conocido a Mabel.

–¡Ah, ya!

En este punto, Bingo se sumió en una especie de éxtasis, del que salió únicamente para concentrarse en la empanada y el almendrado.

–Bertie –dijo al poco–. Quiero tu consejo.

–Adelante, pues.

–Bueno, en realidad no es tu consejo lo que quiero, porque eso no serviría de nada a nadie. Quiero decir que tú eres un perfecto asno, ¿no es así? Y conste que no quiero herir tus sentimientos, naturalmente.

–No, no, ya lo veo.

–Lo que quiero que hagas es que expongas el asunto a Jeeves para ver lo que sugiere. Me has dicho a menudo que ha ayudado a salir de apuros a otros amigos tuyos. Por lo que he comprendido, está en camino de ser el cerebro de la familia.

–Hasta ahora nunca me ha defraudado.

–Entonces, exponle mi caso.

–¿Qué caso?

–Mi problema.

–¿Qué problema?

–Pues el de mi tío, naturalmente. ¿Qué piensas que dirá mi tío de todo esto? Si se lo suelto en frío, se me cae cuan largo es sobre la alfombra.

–Es un tipo propenso a las emociones, ¿eh?

–De un modo u otro he de preparar su mente para recibir la noticia, pero ¿cómo?

–¡Ah!

–¡Es una gran ayuda ese «ah»! Yo, ¿comprendes?, dependo prácticamente del viejo. Si me corta la asignación, estoy listo. De modo que se lo cuentas todo a Jeeves y a ver si él puede conseguir que todo acabe felizmente. Dile que mi futuro está en sus manos y que, si las campanas llegan a tocar a boda, puede contar conmigo y hasta con la mitad de mi reino. Bueno, llama a eso diez libras. Jeeves se empleará a fondo con diez libras en el horizonte, ¿verdad?

–Indudablemente –dije yo.

No me sorprendía en absoluto que Bingo quisiera mezclar a Jeeves en sus asuntos particulares. Es lo primero que se me hubiera ocurrido de encontrarme metido en un embrollo. Como he tenido frecuentemente ocasión de observar, Jeeves es un pájaro de excepcional intelecto, lleno de ideas luminosas. Si alguien podía arreglar las cosas para el pobre viejo Bingo, era Jeeves.

Lo puse en antecedentes aquella misma noche, después de cenar.

–Jeeves.

–¿Señor?

–¿Está ocupado en este momento?

–No, señor.

–Quiero decir, ¿no está haciendo nada en particular?

–No, señor. Tengo la costumbre de leer a esta hora algún libro instructivo; pero si usted desea mis servicios, esto puede ser fácilmente aplazado o, desde luego, abandonado completamente.

–Bueno, quiero que me dé un consejo. Se trata de míster Little.

–¿El joven míster Little, señor, o el anciano míster Little, su tío, que vive en Pounceby Gardens?

Jeeves parece conocer a todo bicho viviente. Es algo asombroso. Prácticamente he sido amigo de Bingo toda la vida, y no obstante no recuerdo haber oído decir jamás que su tío viviera en un lugar determinado.

–¿Cómo sabe que vive en Pounceby Gardens? –pregunté.

–Una amistad íntima me une con la cocinera del anciano míster Little, señor. De hecho, tenemos relaciones.

He de confesar que eso me hizo sobresaltar un poco. La verdad es que nunca había pensado que Jeeves se dedicara a esas cosas.

–¿Quiere decir que está prometido?

–Puede decirse que más o menos es así, señor.

–¡Vaya, vaya!

–Es una cocinera extraordinaria, señor –dijo Jeeves, como si comprendiera que debía dar una explicación–. ¿Qué deseaba preguntarme el señor a propósito de

míster Little?

Le di toda clase de detalles.

–Y así está el asunto, Jeeves –dije–. Creo que debemos animarnos un poco y ayudar al pobre Bingo a lograr su propósito. Hábleme del viejo míster Little. ¿Qué tipo de hombre es?

–Tiene un carácter algo curioso, señor. Desde que se retiró de los negocios hace vida de recluso, y ahora se dedica casi por entero a los placeres de la mesa.

–¿Quiere decir que es un cerdo glotón?

–Yo no me tomaría la libertad de describirlo con esos mismos términos, señor. Es lo que habitualmente se llama un gourmet. Atribuye gran importancia a lo que come, y por esta razón aprecia sobremanera los servicios de miss Watson.

–¿La cocinera?

–Sí, señor.

–Bueno, me parece que lo mejor será que el joven Bingo hable con él una noche después de cenar. Estará en el mejor estado de espíritu, probablemente, y dispuesto a derretirse.

–Lo malo es, señor, que actualmente míster Little está sometido a un severo régimen a causa de un ataque de gota.

–La cosa se pone fea.

–No, señor. Creo que la desgracia del viejo míster Little puede redundar en beneficio del joven míster Little. El otro día estuve hablando con el criado de míster Little, y me dijo que su principal tarea consiste ahora en leer en voz alta a míster Little por las tardes. Si yo estuviera en su lugar, señor, mandaría al joven míster Little a que le leyera a su tío.

–¿La devoción del sobrino, quiere decir? Viejo señor conmovido por una acción amable, ¿no?

–En parte, sí, señor. Pero yo contaría más con la elección de la lectura del joven

míster Little.

–Con eso no cuente. El bueno de Bingo tiene una cara simpática, pero cuando se trata de literatura, no pasa del Sporting Times.

–Esa dificultad puede ser salvada. Me encantará escoger los libros que vaya a leer a míster Little. ¿Puedo explicarle mi idea con más detalle?

–No puedo decir que hasta ahora la haya comprendido a la perfección.

–Mi método es, creo yo, lo que los propagandistas llaman «sugestión directa», señor, y consiste en inculcar una idea a fuerza de repeticiones constantes. ¿Ha ensayado el señor alguna vez ese sistema?

–¿Quiere decir que a uno le repiten constantemente que una determinada marca de jabón es la mejor, y que al cabo de un tiempo uno cae bajo esa influencia, y corre a la primera perfumería a comprar una pastilla?

–Exactamente, señor. Este método fue la base de la propaganda más valiosa que se hizo durante la reciente guerra, señor. No veo razón alguna para que no se adopte para lograr el resultado apetecido, considerando los puntos de vista que tiene míster Little sobre las diferencias de clase. Si el joven míster Little leyera a su tío día tras día una serie de narraciones sosteniendo que el matrimonio con muchachas de categoría social inferior es una cosa factible y al mismo tiempo admirable, creo que prepararía la mente del viejo míster Little para recibir la información de que su sobrino desea casarse con la camarera de un salón de té.

–*¿Existen libros de ese tipo en la actualidad? Los únicos que he visto mencionados en los periódicos tratan de parejas de casados que encuentran la vida gris y que no pueden soportarse mutuamente a ningún precio.*

–Sí, señor, hay muchos, menospreciados por los críticos, pero muy leídos. ¿Por casualidad no ha leído el señor Todo por el amor, de Rosie M. Banks?

–No.

–¿Y tampoco Una roja, roja rosa de verano de la misma autora?

–No.

–Yo tengo una tía, señor, que posee una colección casi completa de las obras de Rosie M. Banks. Me sería fácil pedirle prestados todos los volúmenes que el joven míster Little pudiera necesitar. Proporcionan una lectura muy agradable y atractiva, señor.

–Bueno, podemos intentarlo.

–Yo ciertamente recomendaría este proyecto, señor.

–Muy bien, pues. Vaya a ver a su tía mañana y escoja un par de libros de los más jugosos. Nada perderemos probando.

–Exactamente, señor.

## 2. LAS CAMPANAS NO TOCARÁN A BODA PARA BINGO

Bingo me informó tres días más tarde de que Rosie M. Banks era lo que necesitaba y, sin duda alguna, el alimento literario adecuado para las tropas. Al principio el viejo Little había protestado un poco ante el cambio de la dieta diaria, puesto que no era muy aficionado a las novelas y hasta aquel momento se había dedicado exclusivamente a las revistas mensuales más pesadas; pero Bingo, a pesar de su oposición, había terminado el primer capítulo de Todo por el amor antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, y luego todo había marchado sobre ruedas. A la sazón, había leído ya Una roja, roja rosa de verano, Myrtle, la atolondrada, Sólo una chica de fábrica y estaban a la mitad de La corte de lord Strathmorlick.

Bingo dijo todo eso con voz bastante ronca ante un huevo batido con jerez. El único inconveniente desde su punto de vista era que la lectura perjudicaba sus viejas cuerdas vocales, las cuales empezaban a dar señales de rotura a causa de la tensión a que estaban sometidas. Había consultado sus síntomas en un diccionario médico y creía tener «laringitis clerical». Pero contra eso uno podía oponerle el hecho de que indudablemente había dado en el clavo, y también que, después de la lectura vespertina, se quedaba siempre a cenar, y, por lo que me había contado, las cenas preparadas por la cocinera del viejo Little había que probarlas para creerlas. Había lágrimas en los ojos del pobre muchacho al hablarme de la sopa. Supongo que para un individuo que durante semanas y semanas ha estado tragando almendrados y limonada, aquello debía de ser un manjar. celestial.

El viejo Little no estaba en condiciones de participar en tales banquetes, pero Bingo dijo que se sentaba a la mesa ante su ración de papilla y, mientras olía los platos, aludía a las entrées que devorara antaño y esbozaba proyectos de lo que comería en el futuro, cuando el médico lo hubiese vuelto a poner en forma; por consiguiente, supongo que, hasta cierto punto, él también debía pasarlo bien. Sea como fuere, las cosas parecían marchar de modo satisfactorio, y Bingo dijo que se le había ocurrido una idea que, a su parecer, remacharía la cosa. No me quiso decir de qué se trataba, pero aseguró que era un hallazgo.

–Estamos progresando, Jeeves –dije.

–Me satisface mucho, señor.

–Míster Little me ha dicho que cuando llegó a la escena culminante de Sólo una chica de fábrica, su tío lloró como un perrito al que han dado una paliza.

–¿De veras, señor?

–Cuando lord Claude coge a la muchacha entre sus brazos y le dice...

–Conozco ese párrafo, señor. Es sumamente emocionante.

–Creo que hemos dado en el clavo.

–Eso parece, señor.

–En verdad, esto parece convertirse en otro de sus éxitos. Lo he dicho siempre y lo repetiré: es usted un cerebro privilegiado. El resto de grandes pensadores de esta época pertenecen sencillamente a la masa que ve usted pasar.

–Muchísimas gracias, señor. Sólo hago lo posible para satisfacer a todo el mundo.

Una semana más tarde, Bingo llegó jadeante con la noticia de que la gota de su tío había dejado de molestarle y que al día siguiente reanudaría su antigua vida, dándole que hacer al cuchillo y al tenedor como antes.

–Y, a propósito –dijo Bingo–, quiere que mañana vayas a almorzar con él.

–¿Yo? ¿Por qué? ¡Si ni siquiera sabe que existo!

–Sí lo sabe. Le he hablado de ti.

–¿Qué le has dicho?

–Varias cosas. Lo cierto es que desea conocerte. Y óyeme bien, muchacho..., ¡tú irás! Creo que el almuerzo de mañana va a ser algo especial.

No sé por qué, pero ya entonces se me ocurrió que había algo condenadamente extraño –casi siniestro, si comprenden lo que quiero decir– en las maneras del joven Bingo. Tenía el aire de alguien que oculta algo.

–Aquí hay algo más de lo que se ve a primera vista –dije–. ¿Por qué ha de invitar tu tío a almorzar a un individuo que no ha visto en su vida?

–Mi querido Bertram, ¿no acabo de decirte que le hablé de ti, diciéndole que eras mi mejor amigo y que fuimos a la escuela juntos y otra serie de cosas por el estilo?

–Pero, aun así..., ¿por qué tienes tanto interés en que vaya?

Bingo titubeó un momento.

–Bueno, ya te dije que se me ocurrió una gran idea. Y es la siguiente: quiero que le sueltes la noticia. A mí me falta el valor para hacerlo.

–¿Qué? ¡Que me cuelguen si lo hago!

–¡Y dices ser amigo mío!

–Sí, lo soy, pero todo tiene su límite.

–Bertie –dijo Bingo en tono de reproche–. Una vez te salvé la vida.

–¿Cuándo?

–¿No lo hice? Bueno, debí de salvársela a otro. De todos modos, hemos pasado la infancia juntos y todo eso que se dice. No puedes abandonarme.

–Está bien –dije–. Pero cuando dices que te falta valor para hacer cualquier cosa en el mundo, te formas un juicio falso de ti mismo. Un individuo que...

–¡Adiós! –dijo el joven Bingo–. Mañana, a la una y media. Sé puntual.

He de confesar que cuanto más meditaba el asunto, menos me agradaba. Estaba muy bien por parte de Bingo decir que la perspectiva que se me presentaba era la de un magnífico almuerzo; pero ¿de qué le sirve a uno el mejor de los almuerzos si, durante la sopa, lo cogen de la oreja y lo echan a la calle? Sea como fuere, la palabra de un Wooster es sagrada y otras tonterías similares, de modo que al día siguiente, a la una y media, ascendía yo los peldaños del número 16 de Pounceby

Gardens y pulsaba el timbre. Medio minuto más tarde me hallaba en el salón del primer piso estrechando la mano al hombre más gordo que había visto en mi vida.

El lema de la familia Little era evidentemente «variedad». El joven Bingo es alto y delgado y no ha tenido un gramo superfluo encima desde que nos conocimos; pero su tío resultaba algo más que una compensación. La mano que estrechaba la mía la envolvía y rodeaba hasta tal punto que empecé a preguntarme si podría extraerla sin la ayuda de una máquina de excavar.

–Míster Wooster, le estoy muy agradecido..., estoy orgulloso..., me considero muy honrado.

Me pareció que el joven Bingo debía de haberme alabado con alguna intención desconocida.

–¡Oh, ah! –dije.

Retrocedió un poco sin soltarme la mano.

–¡Es usted muy joven para haber realizado tantas cosas!

No podía comprender el significado de sus palabras. La familia, en especial la tía Agatha, que desde mi más tierna infancia no ha hecho más que regañarme continuamente, siempre ha insistido en que mi vida era estúpida e inútil y en que, desde que gané en mi primera escuela el premio de recolección de flores silvestres durante las vacaciones veraniegas, no he hecho maldita la cosa para alcanzar los pináculos de la fama nacional. Me preguntaba si míster Little me había confundido con otra persona cuando sonó el teléfono que estaba en el vestíbulo y entró la doncella para decir que me llamaban. Me precipité escaleras abajo y me encontré con que era Bingo.

–¡Hola! –dijo el joven Bingo–. ¿De modo que ya estás ahí? ¡Eres un buen chico! Ya sabía que podría contar contigo. Oye, muchacho, ¿parece contento de verte mi tío?

–Está encantado. No puedo comprenderlo.

–Magnífico. Precisamente te he llamado para explicártelo. Verás, ya sé que no te importará, pero le dije que eras el autor de todos los libros que le he estado

leyendo.

–¿Qué?

–Sí, le dije que «Rosie M. Banks» era tu seudónimo y que, por lo general, no querías que nadie se enterase de ello porque eras un chico muy modesto y nada presuntuoso. Ahora te escuchará. Estará absolutamente pendiente de tus labios. Ha sido una idea brillante, ¿no? Dudo de que al mismo Jeeves se le hubiera ocurrido nada mejor. Bueno, duro y a la cabeza, muchacho, y ten muy presente el hecho de que necesito que me aumente la pensión. Me resulta del todo imposible casarme con lo que ahora me da. Si esta película ha de terminar con la lenta escena final del beso, lo indicado es por lo menos el doble. Bueno. ¡Adiooós!

Y colgó. En ese momento sonó el gong y el simpático anfitrión bajó dando tumbos como si hubieran soltado una tonelada de carbón.

Siempre que recuerdo aquel almuerzo experimento una sensación de apenada nostalgia. Fue de esos almuerzos únicos en una vida y yo no estuve en condiciones de apreciarlo. Para que me entiendan ustedes les diré que mi subconsciente pudo ver que fue algo especial, pero la espantosa situación en que me había puesto Bingo me atolondró de tal manera que fui incapaz de captar realmente su profundo significado. En muchos momentos me hubiera sentado igual un plato de serrín.

El viejo Little atacó el tema de la literatura desde el principio.

–Mi sobrino le habrá informado probablemente de que no hace mucho efectué un detenido estudio de sus obras, ¿verdad?

–Sí. Me lo mencionó. ¿Qué... qué le parecieron mis cosillas?

Me miró reverentemente.

–Míster Wooster, no me avergüenzo de confesar que al oír su lectura mis ojos estaban anegados en lágrimas. ¡Me asombra que un hombre tan joven como usted haya podido sondear con tanta seguridad las profundidades de la naturaleza humana; que haga pulsar con mano tan maestra las temblorosas

cuerdas del corazón de su lector; que escriba novelas tan verídicas, tan humanas, tan emocionantes, tan vitales!

–No es más que pura habilidad –dije yo.

Entretanto, el sudor bañaba generosa y abundantemente mi frente. No sé cuándo he podido encontrarme más aturdido.

–¿Encuentra la habitación demasiado calurosa?

–No, no, de ninguna manera. Está muy bien.

–Entonces debe de ser la pimienta. Si mi cocinera tiene un defecto, cosa que no estoy dispuesto a admitir, es que se le va un poco la mano con la pimienta en los platos que prepara. Y, a propósito, ¿le gusta cómo cocina?

Me sentí tan aliviado por haberme alejado del tema de mi producción literaria que emití mi aprobación con resonante voz de barítono.

–Me encanta oírlo, míster Wooster. Puede que me deje influir demasiado pero, a mi modo de ver, esta mujer es un genio.

–¡Exacto! –dije.

–Hace siete años que está a mi servicio y me consta que durante todo este tiempo nunca se ha hecho merecedora de la menor censura. Excepto una vez, en el invierno de 1917, en que un purista habría podido condenar cierta mahonesa por faltarle suavidad. Pero en aquel entonces habíamos sufrido algunos ataques aéreos y sin duda la pobre mujer estaba trastornada. No hay nada perfecto en este mundo, míster Wooster, y yo también he tenido que llevar mi cruz. Durante siete años he vivido con la constante preocupación de que alguna persona malintencionada pudiera inducirla a abandonar mi servicio. Sé de buena tinta que le han hecho varias proposiciones, y lucrativas por cierto, para que trabajara en otros sitios. Puede usted imaginar mi desesperación cuando esta misma mañana estalló la bomba. ¡Me avisó de que se iba!

–¡Válgame Dios!

–Su consternación honra, si así puedo decirlo, el corazón del autor de Una roja, roja rosa de verano. Pero me es grato añadir que lo peor no ha acaecido. El

asunto ha sido arreglado. Jane ya no me dejará.

–¡Caracoles!

–Caracoles, sí, aunque la expresión no me resulte familiar. No recuerdo haberla encontrado en sus libros. Y, hablando de sus libros, permítame decirle que lo que me ha impresionado en ellos más aún que el patetismo conmovedor de la narración en sí, es su filosofía de la vida. Si hubiera más hombres como usted, míster Wooster, Londres no sería lo que es.

Esto era diametralmente opuesto a la filosofía de la vida de mi tía Agatha, puesto que ella siempre me había dado a entender que es la presencia de individuos como yo lo que hace de Londres un sitio más o menos pestilente; pero lo pasé por alto.

–Déjeme decirle, míster Wooster, que aprecio su espléndido desafío a los decaídos fetiches de un sistema social completamente ciego. ¡Lo admiro! Usted es lo suficientemente grande para ver que el rango no es sino el troquel de la moneda y que, según las magníficas palabras de lord Bletchmore en Sólo una chica de fábrica: «Por humilde que sea su origen, una mujer vale lo que la dama más refinada del mundo.»

–¡Oiga! ¿Cree usted eso?

–Lo creo, míster Wooster. Me avergüenza decir que hubo un tiempo en que yo era como los demás hombres, un esclavo del necio convencionalismo que llamamos «diferencia de clases». Pero desde que he leído sus libros...

Habría debido esperarlo así. Una vez más Jeeves había logrado su propósito.

–¿Encuentra usted natural que un muchacho con lo que podríamos llamar cierta posición social se case con una muchacha perteneciente a lo que podría describirse como la clase más baja?

–Puede estar usted seguro de que lo es, míster Wooster.

Aspiré profundamente y le espeté la buena nueva.

–El joven Bingo, su sobrino, quiere casarse con una camarera –dije.

–Eso le honra mucho –dijo el viejo Little.

–¿No tiene usted nada que objetar?

–Al contrario.

Volví a aspirar profundamente y desvié la conversación hacia el lado sórdido del asunto.

–Espero que no creerá usted que soy un entrometido –dije–, pero... ejem..., bueno, ¿qué hay de la pasta?

–Me temo que no le comprendo muy bien.

–Bueno, me refiero a la pensión de su sobrino. El dinero que usted tiene la bondad de pasarle. El muchacho tenía la esperanza de que considerara usted la posibilidad de aumentar un poco la cifra.

El viejo Little sacudió la cabeza con pesar.

–Me temo que eso no puede ser. Un hombre de mi posición debe ahorrar todo lo posible, ¿entiende? Gustosamente continuaré dándole a mi sobrino la cantidad actual, pero no puedo pasar de ahí. No sería justo para con mi mujer.

–¿Qué? ¡Pero si no está usted casado!

–Aún no, pero me propongo tomar ese santo estado casi inmediatamente. La señora que tan bien ha guisado para mí durante años me ha hecho el honor de aceptar mi mano esta mañana. –Un frío resplandor de triunfo brilló en sus ojos–. Y ahora, ¡que intenten quitármela! –musitó en tono de desafío.

–El joven míster Little le ha telefoneado a usted varias veces esta tarde, señor –dijo Jeeves aquella noche, cuando llegué a casa.

–Ya me lo figuraba –dije.

Le había enviado al pobre Bingo, en cuanto terminé de comer, un bosquejo de la situación por mediación de un mensajero.

–Parecía estar bastante agitado.

–No me extraña, Jeeves –dije–. Y además temo ser portador de malas noticias para usted. El proyecto de leer aquellos libros al viejo Little ha actuado como un explosivo.

–¿No lo han ablandado?

–Sí. Y en eso estriba precisamente el inconveniente. Jeeves, siento decirle que su novia, miss Watson, ¿sabe?, la cocinera, ¿sabe?, bueno, pues, en pocas palabras: ha preferido la riqueza al trabajo honrado; supongo que ya me entiende usted.

–¿Señor?

–Ha obrado sin consideración hacia usted y se ha comprometido con el viejo míster Little.

–¿De veras, señor?

–No parece afectarle mucho.

–Lo cierto es, señor, que había previsto semejante resultado.

Le miré.

–Entonces, ¿por qué diablos sugirió este plan?

–A decir verdad, señor, no me era desagradable la perspectiva de una ruptura de relaciones con miss Watson. En realidad, la deseaba extraordinariamente. Respeto mucho a miss Watson, pero hacía tiempo que me había dado cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro. Ahora, la otra joven con quien tengo relaciones...

–¡Válgame Dios, Jeeves! ¿Hay otra?

–Sí, señor.

–¿Cuánto tiempo hace que dura eso?

–Unas semanas. Me atrajo muchísimo cuando la conocí en un baile benéfico en Camberwell.

–¡Atiza! No...

Jeeves inclinó la cabeza gravemente.

–Sí, señor. Por una extraña coincidencia se trata de la misma joven que el joven míster Little... He dejado sus cigarrillos sobre la mesita. Buenas noches, señor.

# 3. LA TÍA AGATHA EXPRESA SU OPINIÓN

Supongo que en el caso de un muchacho de alma realmente superior, al derrumbamiento de los planes matrimoniales del joven Bingo hubiera seguido un estado de tristeza y ansiedad. Quiero decir que si mi naturaleza hubiera sido de las nobles, yo habría quedado hecho migas. Pero no puedo decir sinceramente que quedara muy afectado. El hecho de que antes de transcurrir una semana tras haber recibido la mala noticia, me encontrara a Bingo bailando en el Ciro como una gacela salvaje, me sirvió de consuelo.

Es un pájaro resistente ese Bingo. Puede tener decepciones, pero nunca se deja abatir. Mientras duran sus pequeños asuntos amorosos nadie puede mostrarse más sincero y ardiente; pero una vez se ha convertido todo en agua de borrajas y la muchacha le ha entregado el sombrero, le ha indicado la puerta y le ha pedido como favor especial que no se vean nunca más, vuelve a ser tan alegre y bullicioso como siempre. Esto lo he visto yo más de una docena de veces.

Por consiguiente, no me preocupaba por Bingo. Ni por ninguna otra cosa, realmente. Porque, a decir verdad, no recuerdo haber estado nunca de tan buen humor durante aquel período de mi carrera. Todo parecía salirme a pedir de boca. En tres ocasiones diferentes los caballos por los que había apostado una considerable cantidad de dinero vencieron por varias cabezas en lugar de sentarse a descansar en medio de la pista, como suelen hacer habitualmente los caballos cuando apuesto por ellos.

Además de esto, el tiempo continuaba espléndido; por doquier admitían que mis calcetines nuevos eran exactamente del tipo de los que confeccionaba mamá; y, para colmo, mi tía Agatha se había ido a Francia y no estaría a mano para fastidiarme por lo menos durante otras seis semanas. Y, si ustedes conocieran a mi tía Agatha, admitirían que esto solo ya basta para hacer feliz a cualquiera.

Una mañana, mientras me bañaba, se me ocurrió tan de repente y con tanta fuerza la idea de que no tenía ninguna preocupación en el mundo, que rompí a cantar como un ruiseñor mientras chapoteaba con la esponja. Me parecía que todo iba absolutamente a pedir de boca y que vivía en el mejor de los mundos posibles.

Pero ¿se han percatado ustedes de lo extraña que es la vida? Quiero decir que siempre sucede algo que le sienta a uno como un golpe en la nuca precisamente cuando más optimista se siente respecto a las cosas en general. Acababa de secarme, de vestirme y de entrar en la salita, cuando cayó el golpe. Sobre la repisa de la chimenea había una carta de mi tía Agatha.

–¡Maldita sea! –exclamé en cuanto la hube leído.

–¿Señor? –dijo Jeeves, que se hallaba atareado al fondo de la habitación.

–Es de mi tía Agatha, Jeeves. Ya sabe, mistress Gregson.

–¿Sí, señor?

–No hablaría con ese tono ligero y despreocupado si supiera lo que me escribe –dije con una risa hueca y triste–. La desgracia ha caído sobre nosotros, Jeeves. Quiere que vaya a reunirme con ella en..., ¿cuál es el nombre de ese maldito lugar?..., en Roville-sur-Mer. ¡Que el diablo me lleve!

–¿He de empezar a preparar las maletas, señor?

–Supongo que sí.

Encuentro extraordinariamente difícil explicar a la gente que no conoce a mi tía Agatha por qué razón ella siempre consigue sacarme de mis casillas. Quiero decir que yo no dependo de ella económicamente ni nada que se le parezca. He llegado a la conclusión de que se trata sencillamente de personalidad. Durante toda mi infancia y cuando estaba en el colegio, ¿saben?, ella siempre fue capaz de obligarme a hacer su voluntad con una sola mirada, y todavía no he podido librarme de esa influencia. Somos bastante altos en mi familia, y la tía Agatha mide su buen metro setenta y cinco, coronado por una nariz ganchuda, ojos de águila y una gran cantidad de cabello gris; el efecto general es realmente formidable. Sea como fuere, ni siquiera por un momento se me ocurrió la idea de darle esquinazo en esta ocasión. Si decía ella que yo debía ir a Roville, nada podía hacerse, salvo comprar los billetes.

–¿Qué le parece, Jeeves? Me pregunto qué querrá.

–No podría decírselo, señor.

Bueno, era inútil hablar de ello. El único consuelo, el único espacio claro entre las nubes, era el hecho de que en Roville podría finalmente usar el vistoso fajín que me había comprado seis meses antes y que nunca me había atrevido a llevar. Una de esas telas de seda, ¿saben?, que uno se pone alrededor de la cintura en lugar del chaleco, algo parecido a un cinturón, pero más sustancioso. Nunca había hecho acopio de valor suficiente para ponérmelo hasta aquel momento porque sabía que, de hacerlo, tendría disgustos con Jeeves, por ser de un hermoso y brillante color escarlata. Sin embargo, en un lugar como Roville, donde probablemente desbordaba la alegría y la joie de vivre de Francia, me parecía que se podía hacer algo.

Roville, adonde llegué a primera hora de la mañana después de una travesía fastidiosa y desagradable y de una ajetreada noche en tren, es un lugar bastante ameno donde un muchacho sin trabas en forma de tías puede pasar un par de semanas divertidas. Es como todos esos lugares franceses que están principalmente compuestos de arena, hoteles y casinos. El hotel que había tenido la mala suerte de dar albergue a la tía Agatha era el Splendide, y hasta el momento en que llegué no había ni un solo miembro del personal que no pareciese sentirlo profundamente. Simpaticé con ellos. Ya sabía por experiencias anteriores lo que significaba ir por los hoteles con la tía Agatha. Desde luego, la parte más dura del trabajo ya estaba hecha cuando yo llegué, pero vi por el modo en que todo el mundo se arrastraba ante su presencia que ella había empezado trasladándose de la primera habitación porque no estaba expuesta al sur, y de la siguiente porque tenía un armario que crujía, y que había manifestado su punto de vista respecto a la cocina a las doncellas y a todo lo demás con perfecta libertad y candor. Había logrado que todo el servicio estuviese pendiente a la sazón de sus órdenes. El gerente, un tipo con patillas y con el aspecto de un bandido, se echaba sencillamente a temblar cada vez que ella lo miraba.

Ese triunfo le había dado una especie de ceñuda cordialidad, y se mostró casi maternal cuando nos encontramos.

–Me alegro mucho de que hayas podido venir, Bertie –dijo–. Estos aires te sentarán la mar de bien. Esto es mucho mejor para ti que pasar el tiempo en los sofocantes clubs nocturnos de Londres.

–Sí, claro –contesté.

–Aquí también encontrarás gente agradable. Quiero presentarte a miss Hemmingway y a su hermano, que han trabado gran amistad conmigo. Estoy segura de que miss Hemmingway te agradará. Es una muchacha deliciosa y tranquila, muy diferente de las descocadas chicas que se encuentran actualmente en Londres. Su hermano es el pastor de Chipley-in-the-Glen, en Dorsetshire. Me han dicho que están emparentados con los Hemmingway de Kent. Una familia excelente. Ella es una muchacha encantadora.

Tuve el presentimiento de que se cernía sobre mí un destino horrible. Tal discurso no era propio de la tía Agatha, ya que normalmente es una de las más célebres demoledoras de la sociedad londinense. Me asaltó una tremenda sospecha. Y Dios sabe que tuve razón.

–Aline Hemmingway –continuó la tía Agatha– es precisamente la muchacha con quien me gustaría verte casado, Bertie. Debes pensar en casarte. El matrimonio puede hacerte un gran bien. Yo no podría desearte mejor esposa que la querida Aline. ¡Ejercería una influencia tan buena en tu vida!

–Oye, tía –la interrumpí en este punto, helado hasta la médula.

–¡Bertie! –dijo la tía Agatha, abandonando por un instante el tono maternal y dirigiéndome una fría mirada.

–Yo digo que...

–Son los jóvenes como tú, Bertie, los que hacen desesperar a las personas que se preocupan por el futuro de la raza. Poseéis demasiado dinero y malgastáis en un ocioso egoísmo unas vidas que habrían podido ser útiles y provechosas. No hacéis sino desperdiciar vuestro tiempo en frívolos placeres. No sois más que unos animales antisociales, unos zánganos. Bertie, es necesario que te cases.

–Pero ¡maldita sea!...

–¡Sí! Deberías tener hijos para...

–¡No, francamente, tía, por favor! –dije, sonrojándome intensamente. La tía Agatha pertenece a dos o tres clubs femeninos, y suele imaginar con frecuencia que está disertando en ellos.

–¡Bertie! –exclamó, y sin duda habría expuesto ampliamente sus ideas de no

haber sido interrumpida–. ¡Oh, aquí están! –dijo–. ¡Querida Aline!

Divisé a una muchacha y a un individuo que se nos venían encima sonriendo amablemente.

–Quiero presentarles a mi sobrino, Bertie Wooster –dijo la tía Agatha–. Acaba de llegar. ¡Me ha dado una gran sorpresa! No tenía la menor idea de que pensara venir a Roville.

Saludé cautelosamente a la pareja, sintiéndome como un gato en medio de una jauría de sabuesos. Tuve la sensación de haber caído en la trampa, ya me entienden ustedes. Una voz interior me susurraba que Bertie estaba aviado.

El hermano era un tipo pequeño y rechoncho con cara de cordero. Llevaba quevedos, su expresión era benévola y usaba un cuello de esos que se abrochan por detrás.

–Bienvenido a Roville, míster Wooster –dijo.

–¡Fíjate, Sidney! –exclamó la muchacha–. ¿No te recuerda míster Wooster al canónigo Blenkinsop, el que vino a Chipley a predicar las pasadas Pascuas?

–¡Dios bendito! ¡El parecido es asombroso!

Me miraron durante un rato como si yo fuese algo raro metido en una urna de cristal, en tanto que yo sonreía y echaba una buena mirada a la muchacha. No cabía duda de que era muy diferente de lo que la tía Agatha había llamado las descocadas muchachas que se encuentran actualmente en Londres. ¡Nada de pelo corto ni de cigarrillos! No sé cuándo he encontrado a nadie que pareciese tan... respetable, ésta es la única palabra. Llevaba una especie de traje sencillo, y su cabello era liso, y su rostro tenía una expresión dulce y santurrona. No pretendo ser un Sherlock Holmes ni nada semejante, pero al mirarla me dije: «¡Esta chica toca el órgano en una iglesia de pueblo!»

Bueno, nos miramos mutuamente un poco, charlamos un ratito y luego logré coger el portante. Pero antes de que me fuera, me comprometí para llevar de paseo a los hermanos aquella tarde. Y este pensamiento me deprimió hasta tal punto que comprendí que sólo me quedaba una cosa que hacer. Volví directamente a mi habitación, saqué el fajín y envolví mi estómago en él. Di media vuelta y Jeeves respingó como un potro salvaje asustado.

–Le pido perdón, señor –dijo con voz sorda–. No se propondrá usted comparecer en público con eso puesto, ¿verdad?

–¿El fajín? –dije de un modo despreocupado y bonachón, como dando poca importancia al asunto–. ¡Claro que sí!

–No se lo aconsejaría, señor, realmente no se lo aconsejaría.

–¿Por qué no?

–El efecto, señor, es de lo más chillón.

Ataqué al hombre de frente. Nadie sabe mejor que yo que Jeeves es un cerebro excepcional y todo lo demás, pero, ¡diantre!, un individuo no puede hacer siempre lo que le dicen los demás. Uno no puede ser el esclavo de su ayuda de cámara. Además, me sentí bastante desanimado y el fajín era lo único que podía animarme.

–Lo que tiene usted de malo, Jeeves –dije–, es que es demasiado..., ¿cuál es la palabra adecuada?, demasiado insular. No se da cuenta de que ya no está en Piccadilly. En un lugar como éste lo que esperan de uno es un poco de color y un ápice de poesía. Mire, acabo de ver abajo a un tipo que llevaba un traje de mañana de terciopelo amarillo.

–No obstante, señor...

–Jeeves –dije con firmeza–, mi decisión está tomada. Me siento algo abatido y necesito animarme. Además, ¿qué tiene de malo? Este fajín me parece muy apropiado. Considero que produce un efecto bastante español. Da un tono de hidalgo. De personaje de Vicente Blasco no sé cuántos. El alegre hidalgo que se va a los toros.

–Está muy bien, señor –dijo Jeeves, fríamente.

Son condenadamente molestas esas cosas. Si hay algo que me pone de mal humor es tener disgustos en casa, y yo veía claramente que las relaciones iban a estar bastante tensas durante cierto tiempo. Y, después de la bomba de la tía Agatha respecto a la chica Hemmingway, no me avergüenza confesar que me sentía más o menos como si nadie me quisiera.

El paseo de aquella tarde resultó todo lo fastidioso que yo esperaba. El pastor habló de esto y de lo de más allá, la muchacha admiró el paisaje, y yo tuve un dolor de cabeza, desde el primer instante, que empezó en la planta de los pies y empeoró a medida que iba subiendo. Llegué tambaleándome hasta mi habitación para vestirme para la cena, sintiéndome como un sapo bajo el rastrillo. De no haber mediado el asunto del fajín a primera hora de la tarde, habría podido llorar sobre el pecho de Jeeves y confiarle todos mis disgustos. Incluso estando así las cosas, no podía guardármelo todo para mí solo.

–Oiga, Jeeves –dije.

–¿Señor?

–Prepáreme un coñac con soda, que sea fuerte.

–Sí, señor.

–Fuerte, Jeeves. No eche demasiada soda, pero no escatime el coñac.

–Perfectamente, señor.

Después de haber bebido, me sentí bastante mejor.

–Jeeves –dije.

–¿Señor?

–Creo que estoy metido en un buen embrollo, Jeeves.

–¿De veras, señor?

Miré atentamente. Sus modales eran condenadamente distantes. Aún duraba lo del fajín.

–Sí, hasta el cuello –dije, abandonando el orgullo de los Wooster e intentando inducirle a ser más cordial–. ¿Ha visto por aquí a una muchacha que tiene un hermano párroco?

–¿Miss Hemmingway, señor? Sí, señor.

–La tía Agatha quiere que me case con ella.

–¿De veras, señor?

–¿Qué opina usted?

–¿Señor?

–Quiero decir, ¿no tiene nada que sugerirme?

–No, señor.

Los modales de Jeeves fueron tan fríos y poco amistosos que me mordí la lengua e intenté mostrarme superficial.

–¡Oh, bueno, tra-la-la! –canturreé.

–Exactamente, señor –dijo Jeeves.

Y eso fue todo.

# 4. PERLAS QUIEREN DECIR LÁGRIMAS

Recuerdo –debió de ser cuando estaba en el colegio, porque hoy día no me entretengo mucho con esas cosas– haber leído un poema o algo semejante sobre no sé qué, en el cual había un verso que rezaba, si mal no recuerdo: «Las sombras de la cárcel comienzan a caer sobre el adolescente.» Pues bien, lo que quiero demostrar es que durante las dos semanas que siguieron, eso fue exactamente lo que me sucedió a mí. Es decir, oía las campanas nupciales tañer débilmente en la lejanía y hacerse cada día más audibles, sin poder idear cómo diablos escaparía de aquella trampa. Jeeves, no cabe duda, habría podido idear una docena de planes ingeniosos en un par de minutos, pero permanecía frío y distante y yo no me atrevía a pedirle ayuda. Quiero decir que veía fácilmente que su joven amo estaba en apuros, y si esto no era suficiente para hacerle pasar por alto el hecho de que yo todavía lucía brillantemente la faja, significaba que el viejo espíritu feudal había muerto en su pecho y que ya no podría hacerse nada.

Fue realmente extraño cómo la familia Hemmingway se encariñó conmigo. Yo no habría dicho sin vacilación que en mí hubiera algo particularmente fascinador..., en realidad, mucha gente me considera un tanto idiota; pero era innegable el hecho de que yo, para esa muchacha y su hermano, era como una brisa fresca. No parecían felices si estaban lejos de mí. No podía dar un paso, ¡maldita sea!, sin que uno de ellos saliera de algún rincón y se me pegara como una lapa. Por consiguiente, adquirí la costumbre de retirarme a mi habitación cuando quería tener un momento de tranquilidad. Me las había arreglado para obtener una suite bastante decente en el tercer piso cuyas ventanas daban al paseo.

Una noche había entrado en mi suite y por primera vez aquel día pensaba que, después de todo, la vida no es tan mala. A partir del almuerzo había tenido que aguantar a la Hemmingway durante todo el día, puesto que la tía Agatha nos había hecho salir juntos inmediatamente después de dicho almuerzo. El resultado fue que, mientras contemplaba el paseo iluminado y veía a toda la gente que iba a cenar alegremente al Casino y a otros lugares de diversión, una sensación de tristeza se apoderó de mí. Pensaba con amargura en lo condenadamente feliz que habría podido ser en aquel lugar si la tía Agatha y los demás pelmazos hubieran estado en otra parte.

Exhalé un suspiro y en aquel momento sonó un golpe en la puerta.

–Alguien llama, Jeeves –dije.

–Sí, señor.

Abrió y quienes entraron fueron Aline Hemmingway y su hermano. Eran las últimas personas que hubiese esperado ver en aquel momento. Había creído realmente poder estar a solas unos minutos en mi propia habitación.

–¡Oh, hola! –dije.

–¡Oh, míster Wooster! –dijo la muchacha tartajeando–. No sé cómo empezar.

Entonces me percaté de que estaba considerablemente agitada, en tanto que su hermano parecía un cordero atenazado por un secreto pesar.

Esto me hizo enderezarme un poco y prestarles atención. Había supuesto que sólo se trataba de una visita de cumplido, pero evidentemente les sucedía algo grave. Con todo, no veía por qué razón venían a contármelo a mí.

–¿Ocurre algo? –pregunté.

–El pobre Sidney..., la culpa ha sido mía..., nunca hubiera tenido que dejarle ir allí solo –dijo la muchacha, extraordinariamente nerviosa.

En este punto, su hermano, que después de quitarse el abrigo y dejar el sombrero en una silla había permanecido silenciosamente apartado, emitió una tosecilla como una oveja sorprendida por la niebla en lo alto de una montaña.

–El hecho es, míster Wooster –dijo–, que ha sucedido una cosa en extremo triste y deplorable. Esta tarde, mientras escoltaba usted con tanta amabilidad a mi hermana, encontré que el tiempo se me hacía pesado, y tuve la tentación de... hmm... de ir a jugar al Casino.

Miré al hombre con más simpatía de la que hasta entonces me fuera posible sentir por él. Confieso que esta demostración de que tenía sangre deportiva en las venas lo hacía parecer más humano. Si hubiera sabido antes que se entregaba a tales diversiones, estoy convencido de que juntos lo habríamos pasado mejor.

–¡Vaya! –exclamé–. ¿Ha dado un buen golpe?

Suspiró profundamente.

–Si lo que quiere decir usted es si tuve éxito, debo contestarle con una negativa. Persistí con temeridad convencido de que el rojo, habiendo salido siete veces consecutivas, pronto debía dejar inevitablemente lugar al negro. Estaba en un error. Perdí lo que poseía, míster Wooster.

–Mala suerte –dije.

–Abandoné el Casino –continuó– y regresé al hotel. Allí encontré a uno de mis feligreses, el coronel Musgrave, que por suerte veranea en este lugar. Yo... hmm... le convencí para que me cambiara un cheque de cien libras de mi pequeña cuenta de mi banco de Londres.

–¡Vaya! No está mal, ¿verdad? –dije, esperando que el pobrecillo viera las cosas por el lado optimista–. Quiero decir que tuvo usted suerte encontrando a alguien que lo sacara del apuro.

–Al contrario, míster Wooster, esto sólo empeoró la cosa. Ardo de vergüenza al confesarlo, pero inmediatamente volví al Casino y perdí la suma entera..., esta vez bajo la equivocada suposición de que el negro estaba, creo que ésa es la expresión, destinado a llevar ventaja.

–¡Vaya! –dije–. ¡Está usted de malas!

–Y el lado más lamentable del asunto –concluyó– es que no tengo fondos en el banco para abonar el cheque cuando el coronel lo presente.

Puedo confesar que, si bien me di cuenta al instante de que todo esto acabaría en el inevitable sablazo, mi corazón se compadeció del pobre angelito. Nunca me había encontrado con un clérigo que fuera tan desaprensivo. Aunque se pareciera poco a los muchachos que rondaban por aquel pueblo, no cabía duda de que parecía ser un frescales, y yo hubiera deseado que me manifestara antes este aspecto de su carácter.

–El coronel Musgrave –continuó con esfuerzo– no es de los que pasan por alto un asunto así. Es un hombre inflexible. Expondrá la cuestión a mi vicario. Mi vicario también es inflexible. En fin, míster Wooster, si el coronel Musgrave

presenta ese cheque, estoy perdido. Y él se marcha a Inglaterra esta misma noche.

La muchacha, que había permanecido a un lado mordisqueando el pañuelo y balbuciendo a intervalos mientras su hermano vaciaba su pecho, empezó de nuevo a hablar atropelladamente:

–¡Míster Wooster! –gritó–. ¿No querrá usted ayudarnos? ¡Diga usted que lo hará! Necesitamos el dinero para recuperar el cheque del coronel Musgrave antes de las nueve..., él sale en el tren de las nueve y veinte. Estaba desesperada no sabiendo qué hacer, cuando me acordé de lo amable que usted ha sido siempre. Míster Wooster, ¿quiere usted prestar el dinero a Sidney y aceptar esto como garantía? –Y antes de que yo me diera cuenta de lo que hacía, abrió su bolso y sacó un estuche–. Mis perlas –dijo–. No sé lo que valen..., son un recuerdo de mi pobre padre...

–¡Que en paz descanse! –musitó el hermano.

–Pero sé que deben valer muchísimo más que la suma que necesitamos.

Era una cosa francamente embarazosa. Experimentaba la sensación de ser un prestamista. Aquel asunto tenía algo de la pignoración de un reloj.

–No, oigan –protesté–. No hace falta que me den garantía ninguna. Me considero muy satisfecho pudiendo prestarles el dinero. Precisamente lo tengo. Esta mañana he recibido un giro.

Y lo saqué y se lo alargué. El hermano sacudió la cabeza.

–Míster Wooster –dijo–, apreciamos su generosidad, su noble confianza en nosotros, pero no podemos permitir eso.

–Lo que Sidney quiere decir –explicó la muchacha– es que, bien pensado, usted nada sabe de nosotros. No debe usted arriesgarse a prestar todo ese dinero sin ninguna garantía a dos personas que, después de todo, le son casi extrañas. Si yo no hubiera pensado que usted lo consideraría una operación comercial, nunca me habría atrevido a pedírselo.

–La idea de... hmm... empeñar las perlas nos resultaba, como usted fácilmente podrá comprender, repulsiva –dijo el hermano.

–Si quiere darnos usted un recibo, como simple formalidad...

–¡Está bien!

Extendí el recibo y se lo entregué, sintiéndome algo confuso.

–Aquí está –dije.

La muchacha cogió el pedazo de papel, lo metió en su bolso, agarró el dinero y lo pasó a su hermano. Luego, antes de que yo me diera cuenta de lo que pasaba, se precipitó sobre mí, me besó y salió de la habitación.

He de admitir que la cosa me dejó aturdido. Tan repentina e inesperada fue. Quiero decir, en una muchacha como ésta. Siempre había sido tranquila y discreta y todo lo que se quiera..., en modo alguno el tipo de mujer que uno espera encontrar por el mundo besando a los hombres. A través de una especie de niebla vi que Jeeves había surgido del fondo de la habitación y estaba ayudando al hermano a ponerse el abrigo, y recuerdo que me pregunté distraídamente cómo diablos un hombre podía llevar un abrigo semejante, que más parecía un saco que otra cosa. Luego el hermano vino hacia mí y me estrechó la mano.

–No sé cómo expresarle lo agradecido que le quedo, míster Wooster.

–¡Oh, no tiene importancia!

–Usted ha salvado mi buen nombre. La reputación de un hombre y una mujer, mi querido amigo –dijo, frotándose las manos fervorosamente–, es la joya más preciosa de sus almas. Quien roba mi cartera roba una bagatela. Fue mía, es suya, y ha sido esclava de miles de personas. Pero el que me roba mi buen nombre, me roba algo que no le enriquece y me hace realmente pobre. Le estoy agradecido desde lo más profundo del alma. Buenas noches, míster Wooster.

–Buenas noches, amigo.

Lancé una mirada a Jeeves en cuanto la puerta se hubo cerrado.

–Un asunto bastante triste, Jeeves –dije.

–Sí, señor.

–Afortunadamente podía disponer de ese dinero.

–Bueno, sí, señor.

–Habla usted como si el asunto no le agradara mucho.

–No soy el más indicado para criticar sus actos, señor, pero me aventuraría a decir que su proceder fue un tanto imprudente.

–¿Se refiere usted al dinero que he prestado?

–Sí, señor. Es notorio que estos elegantes balnearios franceses están infestados de personas malintencionadas.

Eso era un poco fuerte.

–Escúcheme bien, Jeeves –dije–. Puedo aguantar muchas cosas, pero el que usted se atreva a insinuar que un hombre que ha recibido las Sagradas Órdenes...

–Puede que yo sea demasiado suspicaz, señor. Pero he frecuentado una gran cantidad de estos balnearios. Cuando estaba empleado con lord Frederick Ranelagh, poco tiempo antes de entrar a su servicio, su señoría fue limpiamente timado por un criminal conocido, si mal no recuerdo, bajo el apodo de Sid el Zalamero, que entró en relación con nosotros en Montecarlo mediante la ayuda de un cómplice femenino. Nunca olvidaré aquellas circunstancias.

–No quiero entrometerme en sus recuerdos, Jeeves –dije fríamente–, pero está usted hablando por hablar. ¿Qué puede haber de sospechoso en este asunto? Me han dejado sus perlas, ¿no es así? De modo que, antes de hablar, piense lo que dice. Ahora será mejor que baje usted y haga guardar estas cosas en la caja fuerte del hotel. –Cogí el estuche y lo abrí–. ¡Oh, Dios santo!

¡El maldito trasto estaba vacío!

–¡Oh, Dios mío! –exclamé estremeciéndome–. ¡No me diga usted que verdaderamente me han hecho una faena!

–Precisamente, señor. De esta misma manera estafaron a lord Frederick en la ocasión aludida. Mientras su cómplice femenino besaba, agradecida, a su señoría, Sid el Zalamero sustituyó con un segundo estuche el que contenía las

perlas y se largó con las alhajas, el dinero y el recibo. Basándose en el recibo, pidió más tarde a su señoría la devolución de las perlas, y su señoría, no pudiendo hacerlo, se vio obligado a pagar una fuerte suma a título de compensación. Fue un truco sencillo pero eficaz.

Me pareció que se hacía la luz en mi cerebro.

–¿Sid el Zalamero? ¡Sid! ¡Sidney! ¡El hermano Sidney! ¡Atiza, Jeeves!, ¿cree usted que ese cura es Sid el Zalamero?

–Sí, señor.

–Pero me parece increíble. Un tipo que se abrocha el cuello por detrás..., habría engañado a un obispo. ¿De verdad cree que es Sid el Zalamero?

–Sí, señor. Lo reconocí en cuanto entró en la habitación.

Le miré fijamente.

–¿Usted le reconoció?

–Sí, señor.

–Entonces, ¡maldita sea! –dije profundamente agitado–, creo que hubiera podido usted decírmelo.

–Pensé que evitaría problemas y molestias si, al ayudarle a ponerse el abrigo, le sustraía el estuche del bolsillo. Aquí lo tiene el señor.

Puso otro estuche sobre la mesa, al lado del que estaba vacío, y Dios sabe que no se hubiera podido distinguir el uno del otro. Lo abrí y allí estaban las perlas, sonriéndome alegres y brillantes. Miré desfalleciente a Jeeves. Me sentía un tanto deprimido.

–Jeeves –dije–. ¡Es usted un genio de pies a cabeza!

–Sí, señor.

Poco a poco fui sintiéndome más tranquilo. Gracias a Jeeves no podrían obligarme a desembolsar varios miles de libras.

–Me parece que ha salvado usted mi viejo hogar. Quiero decir que ni siquiera un pájaro de la categoría del viejo Sid tendría la osadía de volver a reclamar estas pequeñas preciosidades.

–Es de suponer que no, señor.

–Bueno, entonces... Oiga, ¿cree usted que no son más que pasta o algo parecido?

–No, señor. Son perlas auténticas y sumamente valiosas.

–Bueno, entonces, ¡diantre!, estoy de suerte. ¡Una suerte inaudita! Puedo haber perdido cien libras, pero en cambio tengo un hermoso collar de perlas. ¿Tengo razón o no?

–Es difícil decirlo, señor. Creo que debería usted devolver las perlas.

–¡Qué! ¿A Sid? ¡No, en tanto esté en mis manos!

–No, señor. A su legítimo propietario.

–¿Y quién es su legítimo propietario?

–Mistress Gregson, señor.

–¿Cómo lo sabe usted?

–Corrió la voz por el hotel, hace una hora, de que las perlas de mistress Gregson habían sido robadas. Yo estaba hablando con la doncella de mistress Gregson poco antes de que llegara usted, y ella me informó de que el gerente del hotel se halla ahora en las habitaciones de mistress Gregson.

–¿Y estará pasando un mal rato, seguramente?

–Es lo que me inclino a suponer, señor.

La situación comenzaba a mostrarse clara ante mis ojos.

–Iré a devolvérselas, ¿eh? Esto me dará cierto prestigio, ¿verdad?

–Exactamente, señor. Y si puedo permitirme una sugerencia, señor, creo que sería acertado subrayar el hecho de que fueron robadas por...

–¡Voto al diablo! ¡Por la condenada muchacha con la que la tía Agatha quería obligarme a contraer matrimonio, Dios santo!

–Exactamente, señor.

–Jeeves –dije–, ésta va a ser la mayor derrota infligida a mi anciana parienta que jamás se haya registrado en la historia del mundo.

–Es probable, señor.

–Esto la calmará un poco, ¿verdad? Creo que dejará de perseguirme durante algún tiempo, ¿no le parece?

–Tendría que producir ese efecto, señor.

–¡Colosal! –dije, dando un brinco hacia la puerta.

Mucho antes de llegar al cubil de la tía Agatha vi que la caza había terminado. Algunos tipos con el uniforme del hotel y no pocas camareras de toda índole estaban reunidos en el pasillo, y a través de los tabiques oí un variado surtido de voces, con la de la tía Agatha dominándolas a todas. Llamé, pero nadie me prestó atención, de modo que me deslicé adentro. Entre los presentes divisé a una camarera presa de un ataque de nervios, a la tía Agatha con los cabellos de punta, y al individuo patilludo con aspecto de bandido, el gerente del hotel.

–¡Hola! –dije–. ¿Qué tal?

La tía Agatha se volvió hacia mí. En sus labios no había ninguna sonrisa de bienvenida para Bertram.

–No me molestes ahora, Bertie –dijo mirándome como si yo fuera algún mueble inútil de la habitación.

–¿Pasa algo?

–¡Sí, sí, sí! He perdido mis perlas.

–¿Perlas? ¿Perlas? ¿Perlas? –dije–. ¡No! ¿De veras? ¡Qué mala pata! ¿Dónde las

viste por última vez?

–¿Qué importa dónde las viera por última vez? Han sido robadas.

En este punto Wilfred el Rey de las Patillas, quien parecía haberse tomado un descanso entre dos asaltos, saltó nuevamente al ring y empezó a hablar rápidamente en francés. Parecía estar profundamente afectado. La camarera aulló desde su ángulo.

–¿Estás segura de haber buscado por todas partes, tía?

–Claro que he mirado por todas partes.

–Es que muchas veces yo he perdido el botón del cuello y...

–¡No me saques de mis casillas, Bertie! ¡Estoy demasiado apurada para tener que soportar tus imbecilidades! ¡Déjame en paz! –estalló con el mismo tono de voz empleado por los sargentos mayores o por los que arrean al ganado que vuelve a la granja a través de los arenales del Dee. Y fue tal el magnetismo de su personalidad que Wilfred se desplomó como si hubiera chocado contra una pared. La camarera continuó gritando.

–Oye –dije–, creo que a esta muchacha le pasa algo. ¿No está llorando o algo parecido? Puede que no te hayas dado cuenta, pero soy bastante listo para ver las cosas.

–¡Ella robó mis perlas! ¡Estoy convencida de ello!

Esto volvió a poner en marcha al tío patilludo y un par de minutos más tarde la tía Agatha había adoptado el aire glacial de una gran dama y azotaba al último de los bandidos con una voz que habitualmente reserva para reprender a los camareros en los restaurantes.

–Le digo, buen hombre, por centésima vez...

–Oye –dije–, no quisiera interrumpirte ni nada de eso, pero ¿no serán por casualidad estas simpáticas bolitas...?

Saqué las perlas de mi bolsillo y las agité en el aire.

–Parecen perlas, ¿verdad?

No recuerdo haber pasado un momento más divertido. Fue una de aquellas ocasiones de las que hablaré a mis nietos... si es que llego a tener alguno, cosa para la que, en el momento de ir este original a la imprenta, me parece que existe más o menos una posibilidad contra cien. La tía Agatha se desinfló ante mis ojos. Me recordó una ocasión en que vi a unos muchachos deshinchar un globo.

–¿Dónde... dónde... dónde? –balbució.

–Me las dio tu amiga, miss Hemmingway.

La tía Agatha continuaba sin comprender.

–Miss Hemmingway. ¡Miss Hemmingway! Pero... ¿cómo llegaron a su poder?

–¿Cómo? –dije–. Porque te las robó alegremente. ¡Las birló! ¡Las escamoteó! Porque así es como se gana la vida: trabando amistad en los hoteles con gente poco recelosa y robándoles las joyas. No conozco su alias, pero su honorable hermano, el fulano que lleva el cuello abrochado por detrás, es conocido en el ambiente del hampa por el nombre de Sid el Zalamero.

La tía Agatha parpadeó.

–¡Miss Hemmingway una ladrona! Yo... yo... –Se interrumpió y me miró desfallecida–. Pero ¿cómo conseguiste recobrar las perlas, Bertie, querido?

–Eso no tiene importancia –dije en tono displicente–. Tengo mis métodos.

Saqué a relucir todas mis reservas de valentía varonil, farfullé una breve plegaria y le espeté mi discurso.

–He de decirte, tía Agatha –dije severamente–, que creo que has sido escandalosamente descuidada. Hay un cartel impreso en cada habitación de este hotel en el que se advierte que tienen una caja de caudales en el despacho del gerente, donde se deben guardar las joyas y los objetos de valor, y tú no hiciste el menor caso. ¿Y cuál ha sido el resultado? El primer ladrón que se presentó no tuvo más que entrar en tu habitación y birlarte las perlas. Y en vez de admitir que todo era culpa tuya, empezaste a acosar a este pobre hombre. Has sido muy injusta con este pobre hombre.

–Sí, sí –gimoteó el pobre hombre.

–Y esta infortunada muchacha, ¿qué has hecho con ella? La acusaste de haber robado las joyas sin tener absolutamente ninguna prueba. Creo que tendría todos los motivos para ponerte un pleito por... por lo que fuera y reclamar una jugosa indemnización.

–Mais oui, mais oui, c’est trop fort! –estalló el supuesto jefe de los bandidos, poniéndose de mi parte.

La camarera levantó los ojos con expresión inquisitiva, como si el sol hubiera asomado entre las nubes.

–Ya la recompensaré –dijo la tía Agatha débilmente.

–Si aceptas mi consejo, lo harás en el acto o muy rápidamente. Tiene la sartén por el mango y yo, de ella, no aceptaría un penique menos de veinte libras. Pero lo que mayormente me irrita es el modo injusto de abusar de este pobre hombre y el intento de dar a su hotel una mala fama...

–¡Sí, maldición! ¡Es demasiado! –ladró el patilludo–. ¡Vieja descuidada! Usted quiere desacreditar mi hotel, ¿es o no es cierto? ¡Mañana mismo se marchará usted!

Y le fue diciendo otras cosas por el estilo. Y luego, habiendo dicho cuanto tenía que decir, se retiró llevándose consigo a la camarera, que estrechaba en la mano, como una tenaza, un billete nuevo de diez libras. Supongo que ella y el bandido, una vez fuera, se lo repartieron. Un gerente de hotel francés no sería capaz de dejar escapar dinero auténtico sin contarse a sí mismo en el reparto.

Me volví hacia la tía Agatha, cuyo talante, a la sazón, era como el de quien, buscando margaritas entre los raíles del ferrocarril, se da cuenta de que tiene un expreso a pocos milímetros de la espalda.

–No quiero insistir, tía Agatha –dije fríamente–, pero me gustaría dejar sentado, antes de irme, que la muchacha que robó tus perlas es la muchacha con quien insistías en que me casara desde que estoy aquí. ¡Santo cielo! ¿Te das cuenta de que, si hubieras logrado tu propósito, yo tendría probablemente unos hijos que me robarían el reloj mientras jugaran sobre mis rodillas? No soy de los que se quejan, pero he de decirte que espero que otra vez seas más prudente al elegir la

mujer con quien me quieras obligar a casarme.

Le lancé una mirada, di media vuelta y salí de la habitación.

–Las diez en punto, una noche serena y todo marcha bien, Jeeves –dije al volver a mis habitaciones.

–Me encanta oírlo, señor.

–Si veinte libras le pueden resultar de alguna utilidad, ya sabe usted, Jeeves...

–Le quedo muy agradecido, señor.

Hubo un silencio. Y luego..., bueno, fue un arranque, pero lo hice. Me quité el fajín y se lo tendí.

–¿Quiere que lo planche, señor?

Eché a la tela una postrera mirada de cariño. ¡Era una prenda tan querida!

–No –dije–, llévesela; désela a cualquier pobre que la necesite... No la usaré nunca más.

–Muchísimas gracias, señor –dijo Jeeves.

## 5. EL ORGULLO DE LOS WOOSTER, HERIDO

Si hay algo que me agrada es la vida tranquila. No soy de aquellos individuos que se sienten inquietos y deprimidos si no les ocurre algo constantemente. La vida nunca puede ser bastante plácida para mí. Denme comidas regulares, un buen espectáculo con música decente de cuando en cuando, uno o dos amigos con quienes pasar el tiempo, y no pido más.

Fue por esto que el choque, cuando sucedió, fue un choque particularmente desagradable. Quiero decir que había vuelto de Roville con la sensación de que en adelante no podía suceder nada que me causara trastorno. Supuse que la tía Agatha necesitaría por lo menos un año para reponerse del asunto Hemmingway y aparte de la tía Agatha no hay nadie que haga realmente nada para molestarme. Me parecía que el cielo era azul, por decirlo así, sin nube alguna a la vista.

Poco imaginaba yo... Bueno, esto es lo que ocurrió, y yo les pregunto si no era suficiente para fastidiar a cualquiera.

Una vez al año Jeeves se toma un par de semanas de vacaciones y se va a orillas del mar o a otra parte para restaurar sus tejidos celulares. Y, naturalmente, las cosas no marchan bien para mí mientras él está fuera. Pero hay que soportarlo y yo lo soporto; y confieso que Jeeves suele encontrar un tipo bastante conveniente para cuidarme durante su ausencia.

Pues bien, había llegado este momento, y Jeeves se hallaba en la cocina dando al sustituto algunos consejos acerca de sus obligaciones. Precisamente necesitaba un sello o algo por el estilo y bajé por el pasillo a decírselo. El asno había dejado abierta la puerta de la cocina y no había dado yo dos pasos cuando su voz llegó claramente a mis tímpanos.

–Encontrará en míster Wooster –estaba diciendo al sustituto– un caballero agradable y amable, pero no inteligente. No posee un adarme de inteligencia. Mentalmente es insignificante..., enteramente insignificante.

¡Bueno, eso era el colmo!

Supongo que, según todas las reglas, hubiese tenido que precipitarme en la

cocina y reprenderle con voz firmemente decidida. Pero dudo que sea humanamente posible reprender a Jeeves. Personalmente, ni siquiera lo intenté. Me limité a pedir el sombrero y el bastón, y me fui. Pero el recuerdo me quemaba, como comprenderán ustedes. Nosotros, los Wooster, no olvidamos fácilmente. Si lo hacemos, son cosas como las citas, los cumpleaños, echar una carta al correo y cosas similares, pero de ninguna manera un insulto tan categórico como el que acababa de oír. Me estaba entregando a los fuegos del infierno.

Aún estaba rumiando cuando entré en el bar de Buch para tomar un tónico de efectos rápidos. Necesitaba un tónico especial, en aquel momento, porque iba a almorzar con la tía Agatha. Es una prueba espantosamente dura, créanlo o no, aun cuando suponía que después de lo acaecido en Roville ella se encontraría en un estado de ánimo bastante dócil y amable. Acababa de tomar un tónico de efectos rápidos y otro de efectos más lentos y me sentía todo lo feliz que podía ser dadas las circunstancias, cuando una voz sorda me llamó desde el noroeste y, volviéndome, vi al joven Bingo sentado en un rincón, regalándose con un buen pedazo de pan y una porción de queso.

–¡Hola, hola, hola! –dije–. Hacía siglos que no te veía. No has estado por aquí últimamente, ¿verdad?

–No. He estado fuera, en el campo.

–¿Cómo? –exclamé porque el odio de Bingo por el campo era bien conocido–. ¿Dónde?

–En Hampshire, en un lugar llamado Ditteredge.

–¿De veras? Conozco a unas personas que tienen su casa allí. Los Glossop. ¿Los conoces?

–Allí es donde resido –dijo el joven Bingo–. Soy profesor del pequeño Glossop.

–¿Por qué? –dije. No me era posible imaginar al joven Bingo haciendo de profesor. Aunque, naturalmente, había obtenido un diploma en Oxford y supongo que siempre es posible enredar a determinadas personas durante cierto tiempo.

–¿Por qué? ¡Por dinero, naturalmente! Una triste calamidad llegó deshecha en la

segunda carrera de Haydock Park –dijo Bingo, con alguna amargura–, y yo había apostado por ella toda la pensión del mes. No me atreví a pedirle a mi tío que me adelantara algo, de modo que fui a una agencia de colocaciones. Ya llevo tres semanas allí.

–No conozco al pequeño Glossop.

–¡Ni lo intentes! –me advirtió Bingo brevemente.

–La única persona de la familia que conozco a fondo es la muchacha.

Apenas había dicho estas palabras, cuando un cambio extraordinario se produjo en el rostro del joven Bingo. Los ojos le salieron de las órbitas, sus mejillas se tornaron coloradas, y la nuez le saltó como una de esas bolitas de caucho sobre el surtidor de una barraca de tiro al blanco.

–¡Oh, Bertie! –dijo con voz ahogada.

Miré al pobrecillo ansiosamente. No era un misterio que siempre se enamorara de alguien, pero no me parecía posible que hubiese podido enamorarse de Honoria Glossop. Para mí la chica era, ni más ni menos, un saco de veneno. Era una de esas condenadas chicas altas, cerebrales, enérgicas y dinámicas de las que se ven tantas en nuestros días. Había estado en Girton, donde, además de ensanchar su cerebro hasta el grado más espantoso, practicó todos los deportes y desarrolló el físico como una campeona de lucha libre del peso medio. No estoy seguro de que no boxeara por la universidad mientras estuvo allí. El efecto que producía sobre mí cuando la veía me impulsaba a meterme en la bodega y quedarme quieto allí hasta que las sirenas anunciaran el cese de la alarma.

Sin embargo, he aquí al joven Bingo evidentemente loco por ella. No era posible equivocarse. El brillo del amor estaba en sus ojos.

–¡La adoro, Bertie! ¡Adoro hasta el polvo que pisa! –continuó el enfermo con voz alta y penetrante. Habían entrado Fred Thompson y un par de muchachos más, y McGarry, el tipo del mostrador, estaba escuchando con los oídos bien alerta. Mas no hay reticencia alguna en Bingo. Siempre me recuerda al héroe de las comedias musicales que se sitúa en medio del escenario, agrupa a los muchachos del coro a su alrededor y les cuenta sus amores a grito pelado.

–¿Se lo has dicho?

–No, no me atreví. Pero paseamos juntos por el jardín la mayoría de las tardes y a veces me parece que hay un resplandor en sus ojos.

–Conozco esa mirada. Es como la de un sargento mayor.

–¡Nada de eso! Es como la de una tierna diosa.

–Aguarda medio segundo –dije–. ¿Estás seguro de que hablamos de la misma chica? Yo me refiero a la que se llama Honoria. Quizá hay alguna hermana menor o algo así que yo no conozco.

–Su nombre es Honoria –voceó Bingo reverentemente.

–¿Y ella te impresiona como una tierna diosa?

–Sí.

–¡Que Dios te bendiga! –dije.

–Es hermosa como las noches sin nubes y los cielos estrellados; cuanto haya de más hermoso en las tinieblas y la luz se encuentra en su aspecto y en sus ojos. Otro poco de pan y queso –dijo al muchacho del mostrador.

–Preservas las fuerzas –observé.

–Esto es mi almuerzo. He de ir a buscar a Oswald a la estación de Waterloo a la una quince, para tomar el tren. Lo traje a la ciudad para ir al dentista.

–¿Oswald? ¿Es el joven?

–Sí. Es repulsivo en el grado máximo.

–¡Repulsivo! Eso me recuerda que he de almorzar con mi tía Agatha. He de irme pitando o llegaré con retraso.

No había vuelto a ver a la tía Agatha desde el asunto de las perlas, y si bien preveía que no sería una gran diversión roer un hueso en su compañía, confieso que tenía la certidumbre de que habría un tópico que ella no tocaría: el tema de mi futuro matrimonial. Quiero decir que cuando una mujer ha cometido un disparate como el que la tía Agatha cometiera en Roville, uno piensa,

naturalmente, que una decente vergüenza le impedirá volver pronto a las andadas.

Pero las mujeres son más fuertes que yo. Es decir, en lo que a los nervios se refiere. Ustedes difícilmente lo creerán, pero soltó su perorata durante el primer plato. Cuando acababan de servir el pescado, palabra de caballero. Habíamos cambiado apenas dos palabras sobre el tiempo, cuando ella comenzó sin rubor alguno.

–Bertie –dijo–, he estado pensando nuevamente en ti y en lo necesario que es que te cases. Admito por completo haberme equivocado terriblemente con respecto a la horrible e hipócrita muchacha de Roville, pero esta vez no hay peligro de equivocación. Por fortuna he encontrado a la verdadera esposa para ti, una muchacha que conocí recientemente, pero cuya familia está por encima de toda sospecha. También tiene mucho dinero, aunque eso poco importe en tu caso. Lo más importante es que es fuerte, llena de confianza en sí misma y sensata, y equilibrará las deficiencias y debilidades de tu carácter. Te conoce y aunque, naturalmente, desaprueba muchas de tus características, no te tiene antipatía. Lo sé porque la he sondeado, prudentemente, desde luego, y estoy segura de que bastará con que des los primeros pasos...

–¿Quién es? –Hubiera podido preguntárselo mucho antes, pero con la sorpresa se me había atragantado un trocito de pan y aún estaba congestionado e intentando restablecer el paso del aire a través de mi gaznate–. ¿Quién es?

–Honoria, la hija de sir Roderick Glossop.

–¡No, no! –grité, palideciendo bajo mi piel atezada.

–No seas necio, Bertie. Es exactamente la mujer que te conviene.

–Sí, pero escucha...

–Ella te moldeará.

–Pero si yo no quiero que me moldeen.

La tía Agatha me echó una de esas miradas que solía lanzarme cuando yo era chiquillo y me atrapaba junto al armario de las confituras.

–¡Bertie! Espero que no te pondrás pesado.

–Bueno, pero quiero decir...

–Lady Glossop ha tenido la amabilidad de invitarte a Ditteredge Hall unos días. Le he dicho que estarás encantado de ir allí mañana.

–Lo siento, pero para mañana tengo un compromiso sumamente importante.

–¿Qué compromiso?

–Pues...

–No tienes ningún compromiso. Y aunque lo tuvieras, puedes aplazarlo. Me enojaría seriamente si no fueras a Ditteredge Hall mañana.

–¡Oh, está bien! –dije.

Menos de dos minutos después de haberme separado de la tía Agatha, el viejo espíritu luchador de los Wooster se afirmó de nuevo. Por espantoso que fuera el peligro que aparecía ante mí, me sentía poseído por un extraño alborozo. Era un callejón sin salida, mas por muy difícil que resultara la situación creí que sería en extremo agradable saldar cuentas con Jeeves resolviendo el mal paso sin que él me ayudara en lo más mínimo. Normalmente, desde luego, le habría consultado y confiado en él para resolver la dificultad, pero después de cuanto le había oído decir en la cocina, que me emplumaran si iba a rebajarme. Cuando volví a casa le hablé con alegre despreocupación.

–Jeeves –dije–, me hallo en una pequeña dificultad.

–Siento oírselo decir, señor.

–Sí, en un buen embrollo. En realidad, casi podría decirse que estoy al borde del precipicio y que he de afrontar un destino fatal.

–Si puedo serle de alguna ayuda, señor...

–¡Oh, no! No, no. Muchísimas gracias, pero no. No quisiera molestarle. No dudo de que seré capaz de arreglármelas yo solo.

–Muy bien, señor.

Y eso fue todo. He de decir que me hubiera agradado un poco más de curiosidad por parte de Jeeves, pero él es así. Si digo que oculta sus emociones, ya me comprenderán ustedes.

Honoria estaba ausente cuando llegué a Ditteredge a la mañana siguiente. Su madre me informó de que estaba pasando unos días en casa de una familia llamada Braythwayt que vivía en las cercanías, y que regresaría al día siguiente, trayendo consigo a la hija de la casa que les haría una visita. Dijo que encontraría a Oswald en el parque, y tal es el amor de una madre que habló como si eso fuese una alabanza del parque y un incentivo para visitarlo.

El parque de Ditteredge está bastante bien. Un par de terrazas, un poco de césped con un cedro, un bosquecillo de arbustos y finalmente un pequeño pero agradable estanque con una fuente de piedra que lo atraviesa. Inmediatamente después de haber dado la vuelta al bosquecillo, vi al joven Bingo apoyado en el puente, fumando un cigarrillo. Sentado sobre una piedra y pescando, se halla un muchachito que supuse era Oswald, la Peste Viviente.

Bingo se mostró a la vez sorprendido y encantado de verme, y me presentó al muchacho. Si este último estuvo también encantado y sorprendido, lo disimuló como un diplomático. Sólo me miró, levantó ligeramente las cejas y continuó pescando. Era uno de esos arrogantes mozalbetes que dan la sensación de que uno fue a un mal colegio y va mal vestido.

–Éste es Oswald –dijo Bingo.

–¡Qué niño tan encantador! –repliqué–. ¿Cómo estás?

–Muy bien –dijo el chiquillo.

–Bonito lugar éste.

–Muy bonito –dijo el chiquillo.

–¿Te diviertes pescando?

–Mucho –dijo el chiquillo.

El joven Bingo me llevó aparte para hablarme.

–¿No te da, a veces, dolor de cabeza el flujo incesante de la charla del pequeño Oswald? –pregunté.

Bingo suspiró.

–Es un trabajo duro.

–¿Qué es un trabajo duro?

–Quererle.

–¿Lo quieres? –pregunté, sorprendido. Nunca hubiera pensado que esto fuera posible.

–Lo intento –dijo el joven Bingo– por amor a ella. Volverá mañana, Bertie.

–Eso he oído.

–Vuelve mi amor, mi sola...

–Sí, sí, de acuerdo –dije–. Pero volviendo al joven Oswald, ¿tienes que pasarte el día con él? ¿Cómo consigues aguantarlo?

–No me molesta mucho. Cuando no trabajamos, pasa el tiempo sentado sobre ese puente, intentando coger peces.

–¿Por qué no le echas abajo?

–¿Echarlo abajo?

–Me parece que es lo más oportuno que podrías hacer –dije, mirando la espalda del jovencito con manifiesta antipatía–. Lo espabilaría un poco y despertaría su interés por las cosas.

Bingo meneó la cabeza melancólicamente.

–Tu proposición me atrae –dijo–, pero temo que sea irrealizable. Ella nunca me lo perdonaría, ¿comprendes? Adora al bestia ese.

–¡Caramba! –grité–. ¡Ya lo tengo!

No sé si conocen ustedes aquella sensación que se experimenta al tener una inspiración; algo que le produce a uno un estremecimiento .a lo largo de la espina dorsal, desde el cuello flojo, como se lleva ahora, hasta las mismas suelas de los zapatos. Jeeves, supongo, debe de experimentarla con harta frecuencia, pero no es cosa que a mí me suceda a menudo. Pero a la sazón toda la naturaleza parecía gritarme: «¡Has dado en el clavo!», y agarré al joven Bingo por el brazo de un modo que a él debió de producirle el efecto de haber sido mordido por un caballo. Sus finamente modeladas facciones se contrajeron con angustia y me preguntó a qué demonios pensaba que estaba jugando.

–Bingo –dije–, ¿qué hubiera hecho Jeeves?

–¿Qué quieres decir con «qué hubiera hecho Jeeves»?

–Quiero decir: ¿qué hubiese aconsejado él en un caso como el tuyo? Es decir, tu deseo de provocar la admiración de Honoria Glossop y todo lo demás. Pues hazme caso, muchacho, te habría dicho que te pusieras detrás de aquel arbusto; me hubiese obligado a atraer a Honoria hasta el puente con algún pretexto; luego, en el momento preciso, me habría dicho que le diera al chiquillo un suave empujoncito en la espalda, haciéndole caer al agua, y tú te hubieras echado de cabeza a salvarlo. ¿Qué opinas?

–¿Has pensado tú solo todo esto, Bertie? –dijo el joven Bingo con voz ahogada.

–Sí. Jeeves no es el único que tiene ideas.

–¡Es absolutamente maravilloso!

–No es más que una sugerencia.

–La única objeción que puedo hacer es que sería muy molesto para ti. Quiero decir, suponte que el chico se vuelve en redondo y dice que tú lo has empujado; esto te haría muy antipático a los ojos de ella.

–No me importa correr este riesgo.

–Bertie, eso es ser noble –dijo Bingo, conmovido.

–No, no.

Estrechó mi mano en silencio y luego se rió entre dientes, emitiendo un sonido parecido al de la última gota de agua que sale por el desagüe de una bañera.

–¿Qué pasa ahora?

–Sólo estaba pensando –dijo el joven Bingo– en el terrible remojón que se llevará Oswald. ¡Oh, qué día tan feliz!

# 6. LA RECOMPENSA DEL HÉROE

No sé si ustedes lo habrán notado, pero lo extraño es que nada en este mundo parece nunca perfecto. El único inconveniente de aquella ingeniosa estratagema era, desde luego, el hecho de que Jeeves no estaría presente para verme actuar. Sin embargo, hecha esta salvedad, no había una sola grieta. La belleza del proyecto consistía en que nada podía fallar. Ustedes saben lo que sucede, por lo general, cuando se quiere que el tipo A esté en el lugar B exactamente en el mismo momento en que el tipo C está en el sitio D. Siempre existe la posibilidad de que surja algún contratiempo. Tomen el caso de un general, por ejemplo, que está planeando un gran movimiento de tropas. Ordena al regimiento que se apodere de la colina del molino en el momento preciso en que otro regimiento está tomando la cabeza de puente o algo semejante en el valle; y todo se va al traste. Y luego, cuando examinan la cosa en el cuartel general a la noche siguiente, el coronel del primer regimiento dice: «¡Lo siento! ¿Dijo usted la colina del molino? Pensé que había dicho la del rebaño de ovejas.» ¡Ahí lo tienen ustedes! Pero en el caso presente nada semejante podía ocurrir, porque Oswald y Bingo estarían en el lugar debido, y la única cosa de que yo tendría que preocuparme sería de llevar a Honoria hasta allí en el momento oportuno. Y eso lo arreglé fácilmente porque tenía que decirle algo privado.

Llegó en coche, poco después del almuerzo, con la chica Braythwayt. Me la presentaron, era una muchacha bastante alta con ojos azules y el cabello rubio. Me agradó bastante –¡era tan diferente a Honoria!– y, de haber tenido tiempo, no me habría molestado charlar un rato con ella. Pero los negocios son los negocios... Había quedado con Bingo en que estaría detrás de los arbustos a las tres en punto; de modo que me encargué de Honoria y la guié a través del parque en la dirección del estanque.

–Está usted muy callado, míster Wooster –dijo ella.

Me sobresalté. En aquel momento estaba concentrándome con bastante intensidad. Acabábamos de llegar a la vista del lago y yo estaba echando una ojeada de inspección sobre el terreno para ver si todo estaba en orden. Todo parecía hallarse como habíamos convenido. Oswald estaba sentado en el puente; y, puesto que a Bingo no se le veía por ninguna parte, me figuré que se hallaba

en su puesto. Mi reloj marcaba las tres y dos minutos.

–¿Eh? –dije–. Oh, sí. Estaba pensando solamente.

–Usted dijo que tenía algo interesante que comunicarme.

–Exactamente. –Había decidido empezar la ofensiva allanando el terreno al joven Bingo. Es decir que, sin mencionar su nombre, quería preparar la mente de la muchacha al hecho de que, por sorprendente que pudiera parecer, había alguien que la amaba en silencio desde hacía mucho tiempo y zarandajas–. Así es –dije–. Puede parecerle extraño, pero hay alguien que está terriblemente enamorado de usted..., un amigo mío.

–¡Oh!, ¿un amigo suyo?

–Sí.

Emitió una especie de risa.

–Bueno, ¿por qué no me lo dice?

–Porque, ¿sabe?, es un tipo así. Es un individuo apocado y tímido. No se atreve. ¡La ve a usted tan superior a él! La mira a usted como a una especie de diosa. Adora la tierra que usted pisa, pero le faltan ánimos para decírselo.

–Eso es muy interesante.

–Sí. No es un mal muchacho, ¿sabe?, a su manera. Quizá sea algo borrico, pero tiene buenas intenciones. Bien, ésta es la situación. Podría usted tenerla en cuenta, ¿verdad?

–¡Qué divertido es usted!

Echó la cabeza hacia atrás y rió con considerable alegría. Tenía una risa penetrante. Algo parecido al rumor de un tren que entra en un túnel. No fue muy musical para mis oídos y pareció molestar un poco también a Oswald. Nos lanzó una mirada que entrañaba un profundo desdén.

–Desearía que no hicierais tanto escándalo –dijo–. Asustáis a los peces.

Esto rompió un poco el encanto. Honoria cambió de tema.

–Me agradaría que Oswald no se sentara de ese modo en el puente –dijo–. Estoy convencida de que no está seguro. Podría caerse fácilmente.

–Voy a decírselo –contesté.

Creo que en aquella ocasión, la distancia que me separaba del chiquillo eran unos cinco metros, pero tuve la impresión de que eran casi cien. Y al empezar a atravesar el espacio que mediaba entre los dos, experimenté la extraña sensación de haber hecho lo mismo anteriormente. Entonces me acordé. Hace años, en una fiesta celebrada en una casa de campo, me habían convencido para que hiciera el papel de mayordomo en una representación teatral de aficionados en favor de alguna estúpida obra benéfica, y yo tenía que iniciar el espectáculo atravesando el escenario vacío desde la entrada izquierda, para dejar una bandeja en el lado derecho. En los ensayos había insistido en que no tenía que cubrir el trayecto con paso rápido, como alguien que acabase con buen estilo una carrera pedestre; y el resultado fue que me frené hasta el punto que me pareció que nunca alcanzaría la condenada mesa. El escenario parecía extenderse ante mis ojos como un desierto sin sendas, y reinaba un silencio desolador como si la naturaleza se hubiese detenido para dedicarme toda su atención. Bueno, en aquel momento experimenté la misma sensación. Tenía una especie de nudo en la garganta, y cuanto más caminaba, más me parecía que el pequeño estaba lejos de mí, hasta que, de repente, me encontré a su espalda sin saber cómo había llegado hasta allí.

–¡Hola! –dije con una risita que no produjo ningún efecto en el chiquillo, que ni siquiera se molestó en volverse y mirarme. Se limitó a mover la oreja izquierda, con harta impertinencia. No creo haber conocido nunca a nadie en cuya vida yo pareciera contar tan poco–. ¡Hola! –dije–. ¿Pescando?

Puse una mano sobre su hombro como hubiera podido hacerlo un hermano mayor.

–¡Oiga, cuidado! –dijo el chiquillo, balanceándose sobre sus posaderas.

Era una de aquellas cosas que hay que hacerlas rápidamente o no hacerlas. Cerré los ojos y empujé. Algo pareció ceder. Se oyó un rumor de lucha, una especie de

gruñido, un grito en la distancia y el ruido de un cuerpo al caer al agua. Y así fue consumado el sacrificio.

Abrí los ojos. El chiquillo emergía precisamente a la superficie.

–¡Socorro! –grité, lanzando una mirada al arbusto, tras el que había de surgir el joven Bingo.

No sucedió nada. El joven Bingo no surgió en absoluto.

–¡Auxilio! ¡Socorro! –volví a gritar.

No quiero molestarles con los recuerdos de mi carrera teatral, pero tengo que referirme una vez más a mi actuación como mayordomo. La escena, en aquella ocasión, consistía en que después de poner yo la bandeja sobre la mesa tenía que comparecer la protagonista y pronunciar unas palabras para despedirme. Bueno, aquella noche, la joven de marras olvidó presentarse puntualmente y transcurrió un minuto entero antes de que la brigada de captura la encontrara y la lanzara al escenario. Y, entretanto, tuve que quedarme allí, esperando. Una sensación en extremo penosa, créanme, y esto fue lo mismo, sólo que peor. Comprendí lo que quieren decir los escritores cuando describen que el tiempo se ha parado.

Mientras tanto, el pequeño Oswald estaba, indudablemente, sucumbiendo en la flor de la vida, y yo comencé a pensar que se imponía tomar alguna decisión a este respecto. Lo que había visto del mocito no me hizo tomarle un cariño particular, pero no cabía duda que dejar que se ahogase era demasiado fuerte. No recuerdo haber contemplado nunca nada más lúgubre y desagradable que el lago visto desde el puente; pero aparentemente había que actuar. Me quité la americana y salté.

Parece extraño que el agua sea más mojada cuando uno entra en ella vestido que cuando se entra desnudo, pero les aseguro que es así. Sólo permanecí sumergido unos tres segundos, supongo, pero volví a la superficie sintiéndome como los cuerpos de los que, según se lee en los periódicos, «evidentemente habían estado en el agua durante varios días». Me sentía viscoso e hinchado.

Al llegar a este punto, la escena tomó otro aspecto. Me había figurado que al llegar a la superficie cogería al niño y lo llevaría valientemente a la orilla. Pero él no había esperado a que lo llevaran. Cuando acabé de quitarme el agua de los ojos y hube tenido tiempo de mirar a mi alrededor, lo vi a unos diez metros de

distancia, zumbando fuerte y usando, creo, el crol australiano. El espectáculo me descorazonó. Quiero decir que toda la esencia de un salvamento, si me comprenden ustedes, consiste en que quien ejecuta el segundo papel se quede bastante quieto y en un sitio. Si empieza a nadar por su cuenta y puede concederle a uno cuarenta metros de ventaja en un recorrido de cien, ¿adónde vamos a parar? El asunto fracasa. No me pareció que quedara mucho por hacer, salvo volver a la orilla, y volví a la orilla. Cuando toqué tierra, el niño estaba a medio camino de la casa. Mírenlo desde el ángulo que más les agrade, pero el asunto fue un desastre.

Fui interrumpido en mis meditaciones por un ruido semejante al del expreso de Escocia pasando debajo de un puente. Era Honoria Glossop que reía. Estaba a mi lado, mirándome de un modo extraño.

–¡Oh, Bertie, qué divertido es usted! –dijo. E incluso en ese momento me pareció oír una nota siniestra en aquellas palabras. Hasta entonces no me había llamado más que «míster Wooster»–. ¡Qué mojado está usted!

–Sí, estoy mojado.

–Debería usted correr a casa y cambiarse.

–Sí.

Yo había sacado ya un galón o dos de agua de mi ropa, retorciéndola.

–¡Es usted muy divertido! –dijo de nuevo–. Primero declarándose de aquella extraordinaria manera llena de rodeos, luego empujando al pobre Oswald al lago para causarme impresión salvándolo.

Me las arreglé para sacar de mi garganta el agua suficiente y corregir esta espantosa interpretación.

–¡No, no!

–Dijo que usted le empujó, y yo le vi hacerlo. No estoy enojada, Bertie. Pienso que fue muy ingenioso por su parte. Pero estoy completamente segura de que ya es hora de que me encargue de usted. Ciertamente necesita alguien que lo cuide. Ha visto demasiadas películas. Supongo que la próxima cosa que se le ocurriría es incendiar la casa para poder salvarme. –Me miró con aires de propietaria–. Yo

creo –añadió– que seré capaz de sacar algo de usted, Bertie. Es cierto que ha despilfarrado su vida, pero aún es joven y hay muchas cosas buenas en su interior.

–No, realmente no las hay.

–¡Oh, sí las hay! Pero hay que sacarlas a la superficie. Ahora corra directamente a casa y cámbiese la ropa mojada; de otro modo atrapará un resfriado.

Y lo peor del caso es que había un acento maternal en su voz que parecía decirme, aún más que sus anteriores palabras, que yo estaba aviado.

Al bajar la escalera después de haberme mudado la ropa, abordé al joven Bingo, que parecía estar muy alegre.

–¡Bertie! –dijo–. Eres precisamente el hombre que quería ver. Bertie, ha ocurrido una cosa maravillosa.

–¡Gusano! –grité–. ¿Qué te ha pasado? ¿Sabes que...?

–Oh, ¿te refieres al asunto de los arbustos? No tuve tiempo de decírtelo. Eso terminó.

–¿Qué terminó?

–Bertie, me disponía realmente a esconderme detrás de aquellos arbustos cuando sucedió una cosa extraordinaria. Paseando por el césped vi a la muchacha más radiante y hermosa del mundo. No hay ninguna como ella, ninguna, Bertie. ¿Crees en el amor a primera vista? ¿Verdad que crees en los flechazos, Bertie? En cuanto la vi, pareció atraerme como un imán. Me pareció que me olvidaba de todo. Los dos estábamos solos en un mundo de música y de rayos de sol. Me acerqué a ella. Entablamos conversación. Es una tal miss Braythwayt, Bertie: Daphne Braythwayt. Apenas se encontraron nuestros ojos me percaté de que lo que había imaginado amor hacia Honoria Glossop no era más que capricho pasajero. Bertie, tú crees en el amor a primera vista, ¿verdad? Es tan maravillosa, tan simpática. Como una tierna diosa...

En este punto lo dejé.

Dos días más tarde recibí una carta de Jeeves.

«El tiempo», decía al final, «continúa siendo espléndido. He tomado un baño en extremo agradable.»

Emití una de aquellas risas melancólicas y huecas, y bajé para reunirme con Honoria. Estaba citado con ella en la salita de estar. Iba a leerme unas páginas de Ruskin.

## 7. PRESENTACIÓN DE CLAUDE Y EUSTACE

La bomba estalló exactamente a la una cuarenta y cinco (hora de verano). Spenser, el mayordomo de la tía Agatha, estaba ofreciéndome en aquel momento las patatas fritas, y fue tal mi emoción que proyecté seis de ellas sobre el aparador al mismo tiempo que la cuchara. Me comprenderán ustedes cuando les diga que me estremecí hasta la médula de los huesos.

Observen que ya me hallaba en condiciones de extrema debilidad. Estaba prometido con Honoria Glossop desde hacía casi dos semanas y durante ese tiempo ella no había dejado pasar ni un solo día sin llevar a cabo alguna ruda tarea relacionada con lo que la tía Agatha definía como «moldearme». Había leído sólida literatura hasta que mis ojos llegaron a nublarse; habíamos recorrido juntos kilómetros y kilómetros de galerías de pinturas; y me habían obligado a soportar conciertos clásicos hasta un extremo que ustedes difícilmente comprenderían. En conjunto, pues, no me hallaba en condiciones adecuadas para recibir golpes, y especialmente golpes de este calibre. Honoria me había llevado a almorzar a casa de la tía Agatha y yo acababa precisamente de decirme a mí mismo: «Muerte, ¿dónde está tu vieja guadaña?», cuando ella lanzó la bomba.

–Bertie –dijo de repente, como si acabara de recordarlo–, ¿cómo se llama ese criado tuyo..., tu ayuda de cámara?

–¿Eh? Ah, Jeeves.

–Creo que ejerce una mala influencia sobre ti. Cuando nos casemos, tendrás que despedir a ese Jeeves.

Fue en este momento cuando tiré la cuchara y proyecté seis de las más tostaditas patatas sobre el aparador, mientras Spenser saltaba detrás de ellas como un digno perro de caza.

–¡Despedir a Jeeves! –farfullé.

–Sí. No me agrada.

–A mí tampoco me agrada –dijo la tía Agatha.

–Pero no puedo hacer eso. Quiero decir..., no podría componérmelas ni un solo día sin Jeeves.

–Tendrás que hacerlo –dijo Honoria–. No me agrada en lo más mínimo.

–A mí tampoco me agrada en lo más mínimo –dijo la tía Agatha–. Nunca me agradó.

Espantoso, ¿verdad? Siempre había supuesto que el matrimonio era una especie de catástrofe, pero jamás había imaginado que exigiera tales sacrificios a un individuo. Durante el resto de la comida me quedé sumido en una especie de estupor.

Se había dispuesto, si mal no recuerdo, que después de almorzar yo iría con Honoria de tiendas por Regent Street; pero cuando ella se levantó y se dispuso a recogerme con el resto de las cosas, la tía Agatha la detuvo.

–Vaya usted delante, querida –dijo–; yo quiero decirle unas palabras a Bertie.

De modo que Honoria se fue y la tía Agatha acercó su silla y soltó la perorata.

–Bertie –dijo–, nuestra querida Honoria no lo sabe, pero se ha presentado una pequeña dificultad en tu casamiento.

–¡Por Dios! ¿De veras? –dije, mientras la esperanza renacía dentro de mí.

–Oh, no es nada, desde luego. Sólo un poco exasperante. El hecho es que sir Roderick se está poniendo algo fastidioso.

–¿Piensa que no soy una buena inversión? ¿Quiere cancelar el asunto? Bueno, a lo mejor tiene razón.

–Te ruego que no seas absurdo, Bertie. No es tan serio como eso. Pero la naturaleza de la profesión de sir Roderick desgraciadamente le hace... supercauteloso.

No comprendí.

–¿Supercauteloso?

–Sí. Es inevitable. Un especialista en nervios con su larga práctica difícilmente puede evitar el tener una visión algo falseada de la humanidad.

Ahora comprendí adónde quería llegar. Al padre de Honoria, sir Roderick Glossop, lo llaman siempre especialista de los nervios porque eso suena mejor, pero todos saben que es una especie de conserje de un asilo de chiflados. Quiero decir que cuando uno ve que su tío el duque empieza a exaltarse y lo encuentra en la salita poniéndose pajitas en el cabello, la primera persona a quien manda llamar es al viejo Glossop. Da unos cuantos pasitos alrededor del paciente, le echa una rápida ojeada, habla de los sistemas nerviosos sobreexcitados y recomienda descanso completo, reclusión y otras cosas semejantes. Prácticamente toda familia elegante del país lo ha llamado alguna que otra vez, y supongo que, hallándose en tal posición –quiero decir, relacionándose constantemente con personas a las que había que sujetar, mientras los familiares e íntimos telefoneaban al asilo para que enviasen un coche–, un individuo ha de tener forzosamente lo que puede llamarse una visión algo falseada de la humanidad.

–¿Quieres decir que teme que yo pueda estar chiflado y no quiere a un chiflado por yerno? –pregunté.

La tía Agatha pareció más molesta que otra cosa ante mi rápida comprensión.

–No piensa ridiculeces. Te dije simplemente que es en extremo cauteloso. Quiere tener la satisfacción de ver que eres perfectamente normal. –Hizo una pausa porque Spenser había entrado con el café. Cuando éste se hubo marchado, continuó–: Parece que ha oído una extraña historia según la cual tú arrojaste a su hijo Oswald al lago, en Ditteredge Hall. Increíble, por supuesto. No serías capaz de hacer una cosa así.

–Bueno, la verdad es que me apoyé contra él, ¿sabes?, y que él se cayó del puente.

–En definitiva, Oswald te acusa de haberle tirado al agua de un empellón. Esto molestó a sir Roderick y desgraciadamente lo impulsó a recabar informes, enterándose de lo de tu pobre tío Henry.

Me miró con mucha solemnidad y yo tomé gravemente un sorbo de café. Estábamos metiendo las narices en el museo familiar y echando un vistazo al viejo secreto de familia. El difunto tío Henry, ¿comprenden?, estaba en camino

de ser una mancha en el escudo de los Wooster. Personalmente fue un individuo de lo más decente y siempre se había hecho querer por mí porque me llenaba el portamonedas con considerable generosidad cuando yo estaba en el colegio; pero no cabe duda de que a veces hacía cosas extrañas, como por ejemplo albergar once conejos en su dormitorio, y creo que un pesimista lo hubiera juzgado más o menos chalado. En realidad, y hablando con entera franqueza, acabó su carrera feliz y completamente rodeado de conejos en una especie de manicomio.

–Es absurdo, desde luego –continuó la tía Agatha–. Si alguien de la familia hubiera tenido que heredar la excentricidad del pobre Henry, porque no fue más que un excéntrico, serían Claude y Eustace, y no se pueden encontrar dos muchachos más brillantes.

Claude y Eustace eran gemelos, y habían estado en mi colegio, en la clase de párvulos, durante mi último curso de verano. Volviendo la vista atrás, me parecía que la palabra «brillantes» era la que más acertadamente los describía. Me había pasado todo aquel curso, si mal no recordaba, sacándolos de una serie de espantosos embrollos.

–Fíjate en lo bien que progresan en Oxford. Tu tía Emily recibió una carta de Claude el otro día en la que decía que esperaban ser aceptados pronto en un importante club del colegio llamado de los Buscadores.

–¿Los Buscadores? –No pude recordar ningún club que llevara ese nombre en la época en que yo estaba en Oxford–. ¿Qué buscan?

–Claude no lo dijo. La verdad o la sabiduría, supongo. Es un club al que evidentemente es muy deseable pertenecer, porque Claude añadía que lord Rainsby, el hijo del duque de Datchet, también deseaba ser admitido. De todos modos, nos estamos alejando de lo importante, o sea que sir Roderick quiere tener una conversación a solas contigo. Espero, Bertie, que te mostrarás... no voy a decir inteligente, pero por lo menos sensato. No te rías estúpidamente; intenta eliminar esa horrible expresión vacua de tus ojos; no bosteces ni te inquietes; y recuerda que sir Roderick es el presidente de la sección del oeste londinense de la Liga Contra los Juegos de Azar, de modo que no le hables de carreras de caballos. Almorzará contigo en tu casa mañana a la una y media. Recuerda, por favor, que no bebe vino, no soporta el tabaco y sólo puede comer las cosas más sencillas, debido a su digestión dificultosa. Y, por favor, no le ofrezcas café, porque lo considera la causa de la mitad de los problemas nerviosos del mundo.

–Creo que una galleta para perros y un vaso de agua serán lo más conveniente, ¿verdad?

–¡Bertie!

–¡Está bien! Sólo bromeaba.

–Pues bien, es precisamente esa especie de observación idiota lo que podría despertar las peores sospechas en sir Roderick. Te ruego que procures refrenar tus extravagancias cuando estés con él. Es un hombre sumamente serio... ¿Te marchas? Bueno, procura recordar cuanto te he dicho. Cuento contigo, y si algo marchara mal, nunca te lo perdonaría.

–¡Muy bien! –dije.

Y me fui con la perspectiva de un día en extremo divertido.

Desayuné bastante tarde, al día siguiente, y luego me fui a dar un paseo. Me parecía que debía hacer cuanto fuera factible para despejarme la sesera, y un poco de aire puro alivia por lo general aquella sensación de nebulosidad que se apodera de uno al comienzo del día. Había dado un paseo por el parque y me hallaba ya en Hyde Park Corner, cuando un tipo me pegó un manotazo entre los omoplatos. Era el joven Eustace, mi primo. Iba cogido del brazo de otros dos. El de un extremo era mi primo Claude y el del medio un muchacho de cara rosada, cabello rubio y mirada apocada.

–¡Bertie, viejo pillastre! –dijo el joven Eustace, afablemente.

–¡Hola! –dije, sin manifestar demasiada alegría.

–¡Curioso, topar contigo, el único hombre en Londres que puede soportarnos en nuestro estilo habitual! A propósito, no conoces al viejo Cara de Perro, ¿verdad? Cara de Perro, éste es mi primo Bertie. Lord Rainsby, míster Wooster. Acabamos de salir de tu piso, Bertie. Nos quedamos amargamente desilusionados al ver que no estabas, pero el viejo Jeeves nos acogió hospitalariamente. Ese hombre es un tío serio, Bertie. No lo dejes escapar.

–¿Qué estáis haciendo en Londres? –inquirí.

–Dando una vuelta. Sólo hemos venido a pasar el día. Una visita rápida y eminentemente extraoficial. Nos volvemos en el tren de las tres y diez. Y ahora, hablando del almuerzo que tan amablemente nos has ofrecido, ¿adónde vamos? ¿Al Ritz? ¿Al Savoy? ¿Al Carlton? Si eres socio del Ciro o del Embassy, no tenemos inconveniente en ir allí.

–No puedo invitaros a almorzar. Tengo un compromiso. Y, ¡Dios santo! –dije, consultando mi reloj–, llevo retraso. –Paré un taxi–. Lo siento.

–De hombre a hombre, entonces –dijo Eustace–, préstanos cinco libras.

No tenía tiempo para pararme a discutir. Saqué las cinco libras y subí al taxi. Eran las dos menos veinte cuando llegué a casa. Di un brinco hasta el salón, pero estaba vacío.

Jeeves entró.

–Sir Roderick no ha llegado todavía, señor.

–¡Estupendo! –dije–. Ya pensaba encontrarlo desahogándose con los muebles. –La experiencia me ha enseñado que cuanto menos quiere uno ver a un individuo, más puntual suele ser éste, y había tenido una visión del viejo pelmazo midiendo a pasos la alfombra de mi salón, diciendo: «¡Aún no llega!», y enfureciéndose por momentos–. ¿Está todo en orden? –pregunté.

–Espero que estará a entera satisfacción del señor.

–¿Qué nos va a servir usted?

–Consomé frío, una chuleta y postre, señor. Con zumo de limón helado.

–Bueno, no creo que esto pueda molestarle. No se deje arrastrar por la exaltación del momento y nos vaya a traer el café.

–No, señor.

–Y no muestre tampoco una expresión vacua en los ojos, porque, si lo hace, se encontrará en una celda acolchada en un abrir y cerrar de ojos.

–Muy bien, señor.

Se oyó el timbre de la puerta.

–Atención, Jeeves –dije–. ¡Aquí está!

## 8. SIR RODERICK VIENE A ALMORZAR

Me había encontrado ya con sir Roderick, naturalmente, pero sólo en presencia de Honoria; y hay algo en Honoria que hace que casi todos los que uno encuentra en la misma habitación parezcan, por comparación, triviales y de poca estatura. Nunca me había percatado, hasta aquel momento, de lo extraordinariamente formidable que era aquel viejo pájaro. Tenía un par de cejas como breñales que daban a sus ojos una mirada penetrante; mirada que un individuo no hubiera deseado afrontar por nada del mundo con el estómago vacío. Era bastante alto y corpulento, y tenía una cabeza enorme, con muy poco pelo, que se parecía extraordinariamente a la cúpula de la catedral de San Pablo. Supongo que usaría sombrero del número nueve o algo así. Eso demuestra lo repulsivo que resulta dejar que el cerebro se desarrolle demasiado.

–¡Qué tal! ¡Qué tal! ¡Qué tal! –dije con fingida cordialidad, y luego tuve la repentina sensación de que aquello era precisamente lo que me habían advertido que no hiciera. Es condenadamente difícil poner las cosas en marcha de un modo conveniente en ocasiones semejantes. ¡Un individuo que vive en un piso de Londres encuentra tantas dificultades! Quiero decir que si yo hubiera sido el joven terrateniente que recibe a su invitado en el campo, habría podido decir: «¡Bienvenido a Meadowsweet Hall!», o algo tan sencillo como eso. Parece tonto decir: «Bienvenido al número 6 A, Crichton Mansions, Berkeley Street, W.»

–Temo haber llegado con un poco de retraso –dijo mientras nos sentábamos–. Fui retenido en el club por lord Alastair Hungerford, hijo del duque de Ramfurline. Me comunicó que el duque había vuelto a presentar los síntomas que tanta preocupación han causado ya en la familia. No me fue posible separarme de él inmediatamente. He aquí la razón de mi falta de puntualidad, que espero no le habrá molestado.

–De ninguna manera. ¿De modo que el duque está mal de la azotea?

–La expresión que usted emplea no es precisamente la que yo hubiera usado hablando del cabeza de la quizá más noble familia de Inglaterra, pero no cabe duda de que la excitación cerebral, como usted sugiere, existe en no pequeño grado. –Suspiró lo mejor que pudo, ya que tenía un pedazo de chuleta en la boca–. Mi profesión es muy fatigosa, muy fatigosa.

–Debe serlo.

–A veces me desanima lo que veo en torno a mí. –Se detuvo de repente y pareció endurecerse–. ¿Tiene usted gato, míster Wooster?

–¿Eh? ¿Cómo? ¿Gato? No, no tengo ninguno.

–Estoy seguro de haber tenido la clara impresión de haber oído maullar un gato en este comedor o muy cerca de donde estamos sentados.

–Probablemente ha sido un taxi o algo parecido en la calle.

–Temo no comprenderle.

–Quiero decir que los taxis producen sonidos discordantes, ¿sabe? En cierto sentido, como los gatos.

–Nunca había reparado en la semejanza –dijo, un tanto fríamente.

–Tome un poco de zumo de limón –dije.

La conversación parecía hacerse algo difícil.

–Gracias. Medio vaso, por favor. –El infernal brebaje pareció animarle, pues continuó en un tono ligeramente más amistoso–: Los gatos me desagradan de un modo particular. Pero volviendo a lo que decía... ¡Oh, sí! A veces estoy realmente consternado por lo que veo a mi alrededor. No se trata sólo de los casos que están bajo mi cuidado profesional, por muy penosos que sean muchos de ellos. Se trata de lo que veo mientras atravieso Londres. Algunas veces me parece que el mundo entero está mentalmente desequilibrado. Esta misma mañana, por ejemplo, ocurrió un incidente singularísimo y en extremo lamentable mientras iba de mi casa al club. Como hace un día clemente, había encargado al chófer que bajara la capota de mi pequeño landó, y estaba arrellanado en el asiento, gozando del sol, cuando fuimos detenidos en nuestra carrera por uno de esos atascos inevitables en el tráfico congestionado de Londres.

Supongo que había dejado vagar un poco mi espíritu, porque cuando se interrumpió y bebió un sorbo de zumo de limón, experimenté la sensación de estar escuchando una conferencia y de que se esperaba que yo dijera algo.

–¡Cierto, cierto! –dije.

–¿Cómo?

–Nada, nada. Decía usted...

–Los vehículos que venían en sentido contrario también se habían detenido, pero al cabo de un momento los dejaron continuar. Me hallaba sumido en mis meditaciones cuando, repentinamente, sucedió una cosa extraordinaria. ¡El sombrero me fue arrancado bruscamente de la cabeza! Y al mirar hacia atrás lo vi agitado con una especie de fervoroso triunfo en el interior de un taxi que desaparecía en un hueco de la circulación y se perdía de vista.

No me reí, pero oí claramente cómo un par de mis costillas flotantes se separaban de sus amarras bajo la tensión.

–Se supone que era una broma –dije–. ¿Verdad?

La sugerencia pareció no ser del agrado del viejo.

–Le aseguro –dijo– que soy capaz de apreciar una chanza, pero confieso que estoy muy lejos de admitir una broma de este calibre. La acción fue, no cabe ninguna duda, propia de un sujeto mentalmente desequilibrado. Las lesiones mentales pueden expresarse en formas muy distintas. El duque de Ramfurline, al que he tenido ocasión de aludir hace un momento, está bajo la impresión (esto se lo digo en un plan estrictamente confidencial) de que es un canario; y su crisis de hoy, que tanto conturba a lord Alastair, fue debida al hecho de que un lacayo descuidado olvidó llevarle su terrón de azúcar matinal. Son comunes los casos, por ejemplo, de hombres que asaltan a las mujeres y les cortan mechones de cabello. Me inclino a suponer que mi asaltante padece una variante de esta manía. Sólo puedo esperar que lo pongan en observación antes de que... Míster Wooster, ¡aquí cerca hay un gato! ¡No está en la calle! El maullido parece venir de la habitación contigua.

Esta vez tuve que admitir que no cabía ninguna duda. Se oyó un inconfundible rumor de maullidos procedentes de la habitación de al lado. Llamé a Jeeves, el cual entró y se quedó esperando con aire de respetuosa devoción.

–¿Señor?

–Jeeves –dije–. ¡Hay gatos! ¿Qué sucede? ¿Hay algún gato en el piso?

–Sólo los tres de su dormitorio, señor.

–¿Qué?

–¡Gatos en su dormitorio! –oí musitar a sir Roderick con voz ahogada, y sus ojos parecieron taladrarme.

–¿Qué quiere decir? –exclamé–. ¿Sólo los tres de mi dormitorio?

–El negro, el moteado y el pequeño de color limón, señor.

–¿Qué diablos...?

Me lancé alrededor de la mesa en dirección a la puerta. Desgraciadamente, sir Roderick había decidido avanzar en la misma dirección, y el resultado fue que chocamos ante el umbral con bastante fuerza y juntos retrocedimos tambaleándonos hasta el vestíbulo. Se libró vivamente de mi abrazo y agarró un paraguas del perchero.

–¡Atrás! –gritó–. ¡Atrás, joven! ¡Voy armado!

Me pareció que había llegado el momento de buscar una reconciliación.

–Deploro mucho haber chocado con usted –dije–. Daría todo el oro del mundo para que esto no hubiera sucedido. Sólo intentaba ver lo que ocurría.

Pareció calmarse un tanto y bajó el paraguas, pero en aquel momento comenzó en el dormitorio una algarabía espantosa. Daba la impresión de que todos los gatos de Londres, ayudados por los delegados de los suburbios más alejados, se hubieran reunido para arreglar sus diferencias de una vez por todas. Era una especie de orquesta gatuna, copiosamente aumentada.

–Este ruido es insoportable –aulló sir Roderick–. Ni siquiera me oigo a mí mismo.

–Supongo, señor –dijo Jeeves respetuosamente–, que los animales se han puesto

algo alegres al descubrir el pescado debajo de la cama de míster Wooster.

El viejo se bamboleó.

–¡Pescado! ¿He oído bien?

–¿Señor?

–¿Ha dicho usted que hay pescado debajo de la cama de míster Wooster?

–Sí, señor.

Sir Roderick emitió un prolongado gemido y buscó su sombrero y su bastón.

–¿No se irá a marchar usted? –pregunté.

–¡Míster Wooster, me marcho! Prefiero pasar mi tiempo libre con una compañía menos excéntrica.

–Pero, oiga, tengo que ir con usted. Estoy seguro de que puedo explicárselo todo. Jeeves, mi sombrero.

Jeeves se aproximó. Cogí el sombrero que me tendía y me lo puse.

–¡Santo cielo!

¡Fue un golpe brutal! Me dio la sensación de que aquel condenado chisme me cubría toda la cara. Ya en el momento de ponérmelo tuve la impresión de que era un poco ancho; y en cuanto lo hube soltado, descansó sobre mis orejas como una especie de matacandelas.

–¡Oiga! ¡Éste no es mi sombrero!

–¡Es mi sombrero! –dijo sir Roderick, con la voz más fría y desagradable que he oído en mi vida–. Es el sombrero que me robaron esta mañana cuando estaba en mi coche.

–Pero...

Supongo que Napoleón o alguien semejante hubiera sabido dominar aquella situación, pero yo la encontré superior a mis fuerzas. Permanecí allí torciendo

los ojos en forma de coma, mientras el viejo me arrebataba el sombrero y se volvía hacia Jeeves.

–Oiga usted –dijo–, me agradaría que me acompañara unos cuantos metros por la calle. Quiero hacerle unas preguntas.

–Muy bien, señor.

–¡Ah, pero oiga...! –comencé, pero él me dejó plantado.

Salió, seguido de Jeeves. Y en aquel momento el ruido en el dormitorio comenzó de nuevo más estruendoso que nunca.

Estaba hasta la coronilla de aquel asunto. Me refiero a los gatos en mi dormitorio... Un poco fuerte, ¿verdad? No sabía cómo diablos habían entrado, pero estaba resuelto a no permitir que se quedaran merendando allí ni un minuto más. Abrí la puerta de un tirón. Ante mis ojos se ofreció la repentina visión de cerca de ciento quince gatos de todos los tamaños y colores peleando en el centro de la estancia; luego me pasaron rápidamente por delante y salieron disparados por la puerta de entrada. Cuanto quedó de aquel tumulto fue la cabeza de un gigantesco pescado que yacía sobre la alfombra y me miraba con cierta severidad, como si estuviera pidiendo explicaciones por escrito con las correspondientes excusas.

Había un no sé qué en la expresión del pescado que me dejó absolutamente helado; me retiré, pues, de puntillas y cerré la puerta. Y, mientras lo hacía, tropecé contra alguien.

–¡Oh, lo siento! –dijo una voz.

Me volví en redondo. Era el muchacho de faz rosada, lord no sé cuántos, el individuo que había encontrado con Claude y Eustace.

–Oiga –dijo en tono de disculpa–, siento muchísimo molestarle a usted, pero ¿no eran mis gatos los que acabo de ver bajando la escalera?

–Salían de mi dormitorio.

–¡Entonces eran mis gatos! –dijo tristemente–. ¡Oh, maldita sea!

–¿Fue usted quien puso los gatos en mi dormitorio?

–Su criado, como quiera que se llame, fue quien lo hizo. Dijo amablemente que podía dejarlos allí hasta la hora del tren. Precisamente venía a buscarlos. ¡Y ahora se han ido! Bueno, supongo que ya no tiene remedio. De todos modos, cogeré el pescado y el sombrero.

Aquel muchacho me estaba empezando a resultar antipático.

–¿También es suyo el asqueroso pescado que estaba allí?

–No, era de Eustace. Y el sombrero era de Claude.

Me desplomé en una silla.

–Oiga, ¿puede explicarme todo esto? –pregunté.

El muchacho me miró con apacible sorpresa.

–¿Cómo, no estaba usted enterado? ¡Vaya! –Se sonrojó profundamente–. Bueno, si usted no estaba enterado de nada, no me extraña que la cosa le parezca rara.

–Rara es la palabra justa.

–Era para los Buscadores, ¿sabe?

–¿Los Buscadores?

–Es un club selecto de Oxford, en el que anhelamos ingresar sus primos y yo. Es menester robar algo para ser elegidos, ¿sabe? Una especie de recuerdo, ¿sabe? Un casco de policía o la aldaba de una puerta o algo así, ¿sabe? Se adorna la sala con las cosas el día del banquete anual, y todo el mundo echa discursos y cosas semejantes. ¡Muy divertido! Bueno, quisimos hacer un esfuerzo especial y hacer las cosas a lo grande, ¿comprende?, de modo que nos vinimos a Londres para ver si aquí lográbamos birlar algo que se saliera de lo ordinario. Y desde el primer momento tuvimos una suerte asombrosa. Su primo Claude consiguió coger un sombrero de copa muy decente de un coche que pasaba, su primo Eustace se apropió de un estupendo salmón o algo así en Harrods, y yo escamoteé tres gatos excelentes a primera hora. Estábamos la mar de satisfechos, se lo aseguro. Pero la dificultad estribaba en encontrar un lugar donde dejar las

cosas hasta la hora de nuestro tren. ¡Uno se pone tan en evidencia, ¿sabe?, andando por Londres con un pescado y tres gatos! Entonces Eustace se acordó de usted y nos vinimos todos aquí en un taxi. Usted estaba fuera, pero su criado dijo que todo marcharía bien. Cuando le encontramos a usted, llevaba tanta prisa que nos faltó tiempo para contárselo todo. Bueno, me llevaré el sombrero, si a usted no le importa.

–Ha volado.

–¿Que ha volado?

–Dio la coincidencia de que el individuo a quien se lo birlaron era el señor que estaba almorzando aquí. Se lo llevó.

–¡Oh, qué pena! El pobre Claude se llevará una decepción. Bueno, ¿qué hay del espléndido salmón?

–¿Le gustaría ver los restos?

Pareció quedar muy abatido al ver lo que quedaba del pescado.

–Dudo que la junta directiva quiera aceptar eso –dijo tristemente–. No ha quedado mucho, ¿verdad?

–Los gatos se comieron el resto.

Suspiró profundamente.

–Ni gato, ni pescado, ni sombrero. Nos tomamos todas aquellas molestias para nada. ¡Eso sí que es duro! Y para postre... Oiga, me molesta extraordinariamente pedírselo, pero ¿podría usted prestarme diez libras?

–¿Diez libras? ¿Para qué?

–Bueno, el hecho es que tengo que pagar la fianza de Claude y Eustace. Los han detenido.

–¡Detenido!

–Sí. En la excitación de haber logrado el sombrero y el salmón, ¿sabe?, añadido

al hecho de que tuvimos un almuerzo bastante alegre, quisieron superarse a sí mismos, ¡pobres chicos!, e intentaron robar un pequeño camión. Fue una tontería, desde luego, porque no veo cómo lo hubieran podido llevar a Oxford para enseñárselo a la junta. Pero era imposible discutir con ellos, y cuando el chófer empezó a protestar, hubo un poco de jaleo, y Claude y Eustace están ahora languideciendo en la comisaría de Vine Street, hasta que yo vaya a pagar la fianza para sacarlos. De modo que si quisiera usted prestarme diez libras... Oh, gracias, es de una gran bondad por su parte. Hubiera sido injusto dejarlos allí, ¿verdad? Quiero decir que los dos son realmente buenos chicos, ¿sabe? En la universidad todo el mundo los quiere. Son en extremo populares.

–De eso no me cabe la menor duda –dije.

Cuando Jeeves volvió, yo lo estaba esperando sobre el felpudo. Quería hablar con él.

–¿Y bien? –pregunté.

–Sir Roderick me hizo una serie de preguntas, señor, respecto a sus costumbres y a su modo de vivir, a las cuales contesté con mucha circunspección.

–Eso me tiene sin cuidado. Lo que quiero saber es por qué no le explicó todo el asunto desde el primer momento. Una palabra suya lo hubiera puesto todo en claro.

–Sí, señor.

–Ahora se ha ido pensando que estoy chiflado.

–No me sorprendería, señor, que esta idea le hubiese, en efecto, entrado en la cabeza.

Estaba a punto de empezar a hablar cuando sonó el timbre del teléfono. Jeeves fue a contestar.

–No, señora, míster Wooster no está en casa. No, señora, no sé cuándo volverá. No, señora, no dejó ningún recado. Sí, señora, se lo comunicaré. –Colgó el auricular–. Era mistress Gregson, señor.

¡La tía Agatha! Lo había estado esperando. Desde que el almuerzo saltara en el aire como un cohete, su sombra se había cernido sobre mi cabeza.

–¿Lo sabe ya?

–Supongo que sir Roderick ha estado hablando con ella por teléfono, señor, y...

–No tocarán a boda las campanas para mí, ¿verdad?

Jeeves tosió.

–Mistress Gregson no me hizo confidencia alguna, señor, pero me resulta fácil suponer que ha ocurrido algo semejante. Parecía muy agitada.

Es extraño, pero yo había estado tan ocupado con el viejo, los gatos, el pescado, el sombrero y el muchacho de faz rosada y todo lo demás, que el lado alegre del caso no se me apareció hasta aquel momento. ¡Dios santo, fue como si me quitaran un peso de encima! Solté un alarido de puro alivio.

–¡Jeeves! –dije–. ¡Creo que fue usted quien lo montó todo!

–¿Señor?

–Creo que usted dominó la situación desde el primer momento.

–Verá, señor; Spenser, el mayordomo de mistress Gregson, tal vez inadvertidamente, llegó a oír algo de la conversación cuando el señor almorzaba con ella, y me comunicó algunos detalles; y confieso que, aunque quizá sea un atrevimiento el decirlo, alimenté la esperanza de que ocurriera algo que impidiera la unión. Dudo que la joven dama fuera del todo conveniente para el señor.

–Y ella le hubiera despedido antes de que usted se diera cuenta, cinco minutos después de la ceremonia.

–Sí, señor. Spenser me informó de que ella había expresado una opinión parecida. Mistress Gregson desea que vaya usted a verla inmediatamente, señor.

–Eso quiere, ¿eh? ¿Qué me aconseja usted, Jeeves?

–Creo que un viaje al extranjero podría resultar divertido, señor.

Sacudí la cabeza.

–Ella me seguiría...

–No si el señor se marchase lejos. Hay excelentes buques que salen cada miércoles y cada sábado para Nueva York.

–Jeeves –dije–, tiene usted razón, como siempre. Reserve los pasajes.

## 9. UNA CARTA DE PRESENTACIÓN

A medida que voy cumpliendo años, veo más claramente que la mitad de las molestias de este condenado mundo son causadas por la manera ligera y despreocupada con que algunos individuos escriben cartas de presentación y las dan a otros individuos para que las entreguen a unos terceros. Es una de aquellas cosas que le hacen desear a uno retroceder a la Edad de Piedra. Quiero decir, que si un tipo, en aquellos tiempos, quería dar a alguien una carta de presentación, tenía que pasar cerca de un mes grabándola en una piedra de considerable tamaño, y cabía la posibilidad de que el otro tipo se hartara tanto de arrastrarla por el mundo bajo el cálido sol, que al cabo de un rato la abandonara. Mas en nuestros tiempos es tan fácil escribir cartas de presentación que todo el mundo lo hace sin darle la menor importancia, con el resultado de que un sujeto perfectamente inocente como yo se encuentre metido en un lío.

Observen ustedes que todo lo antedicho es lo que podría llamarse el resultado de mis más maduras experiencias. No me molesta admitir que en el primer momento, cuando Jeeves me comunicó –unas tres semanas después de haber desembarcado yo en América– que un fulano llamado Cyril Bassington-Bassington había llegado con una carta de presentación para mí de la tía Agatha..., ¿dónde estaba? ¡Ah, sí!... No me importa admitir, decía, que de momento me alegré bastante. Después de los lamentables sucesos que habían motivado mi marcha de Inglaterra no esperaba recibir ninguna carta de la tía Agatha que pudiera pasar por la censura, y me llevé una agradable sorpresa al abrir ésta y encontrarla tan amable. Quizá un tanto fría, pero en conjunto tolerablemente civilizada. Aquello me pareció una buena señal. Una especie de rama de olivo, ¿saben? ¿O debiera decir de flor de azahar? Bueno, lo que quiero demostrar es que el hecho de que mi tía Agatha me escribiera sin dirigirme ningún adjetivo insultante me parecía que era más o menos un paso hacia la paz.

Y yo quería hacer las paces, y con mucha rapidez. No es que vaya a decir una palabra contra Nueva York, ni muchísimo menos. Me agradaba el lugar y allí me divertía de lo lindo. Pero queda el hecho de que un muchacho que ha vivido en Londres toda la vida se siente un poco nostálgico en una playa extranjera, y yo quería regresar a mi cómodo piso de Berkeley Street. Esto, naturalmente, sólo podía llevarlo a la práctica cuando la tía Agatha hubiera dejado de hervir y

hubiera olvidado el episodio Glossop. Sé que Londres es una ciudad inmensa, pero créanme, no es ni la mitad de lo grande que debiera ser para que un muchacho viva allí cuando la tía Agatha lo busca blandiendo un hacha. De modo que, he de decirlo, cuando llegó ese Bassington-Bassington, lo miré como si fuera más o menos la paloma de la paz y le otorgué todas mis simpatías.

Parece ser, según los relatos, que cayó por casa a las siete cuarenta y cinco de la mañana, puesto que ésta viene a ser la hora espantosa en que lo echan a uno del barco en Nueva York. Jeeves lo recibió respetuosamente y le dijo que volviera tres horas más tarde, cuando existiera la posibilidad de que yo hubiese saltado de la cama con un alegre grito de bienvenida a un nuevo día y otras cosas por el estilo. Cosa que, por cierto, resultó muy decente por parte de Jeeves, porque daba la casualidad de que en aquel momento existía cierto alejamiento, una pizca de frialdad o, en otras palabras, una pequeña pelea entre los dos a causa de unos preciosos calcetines color púrpura que yo llevaba en contra de sus deseos; y un hombre de carácter mezquino habría podido aprovechar la ocasión para vengarse un poquito, dejando suelto a Cyril en mi dormitorio en un momento en que yo no hubiese podido sostener una conversación de más de dos minutos ni con mi más querido amigo. Porque hasta que no he ingerido mi taza de té matinal y he meditado un poco sobre la vida con absoluta tranquilidad, no puedo entregarme a la charla frívola.

De modo que Jeeves arrojó muy deportivamente a Cyril al fresco aire mañanero y no informó de su existencia hasta que me trajo su tarjeta de visita con el té.

–¿Qué puede ser todo esto, Jeeves? –dije echando a la tarjeta una mirada vidriosa.

–El caballero acaba de llegar de Inglaterra, según creo, señor. Vino a ver al señor a primera hora de la mañana.

–¡Dios me valga, Jeeves! ¿Quiere usted decir que el día empieza más pronto que ahora?

–Me rogó le dijera que volvería más tarde, señor.

–Jamás he oído hablar de él. ¿Ha oído usted hablar de él?

–El nombre Bassington-Bassington me resulta familiar, señor. Existen tres ramas de la familia Bassington-Bassington; los Bassington-Bassington de Shropshire,

los Bassington-Bassington de Hampshire y los BassingtonBassington de Kent.

–Me parece que Inglaterra está bastante llena de Bassington-Bassington.

–Tolerablemente llena, señor.

–Quiero decir que no cabe la posibilidad de una repentina escasez, ¿verdad?

–Es de suponer que no, señor.

–¿Y qué clase de tipo es?

–No podría decírselo, señor, puesto que hace muy poco que lo conozco.

–¿Apostaría usted dos contra uno, Jeeves, juzgando por lo que ha visto de él, que ese tipo no es una persona molesta?

–No, señor. No tengo interés en aventurarme con una apuesta tan desigual.

–Ya lo sabía. Bueno, lo único que queda por descubrir es a qué clase de tipo pertenece.

–El tiempo lo dirá, señor. El caballero trajo una carta para usted.

–Oh, ¿de veras? –dije, y cogí la epístola. Y entonces reconocí la letra–. ¡Oiga, Jeeves, esto es de mi tía Agatha!

–¿Realmente, señor?

–No lo tome tan a la ligera. ¿No ve lo que significa? Dice que quiere que yo cuide a ese pelmazo durante su estancia en Nueva York. Por Dios, Jeeves, si sólo lo contentamos un poco y envía un informe favorable al cuartel general, aún podré regresar a Inglaterra a tiempo para la carrera de Goodwood. Ha llegado seguramente el momento en que deben colaborar todos los hombres de buen corazón, Jeeves. Debemos unirnos y mimar a ese tipo de un modo que no deje lugar a dudas.

–Sí, señor.

–No va a quedarse mucho tiempo en Nueva York –dije echando otra ojeada a la carta–. Lo han destinado a Washington. Va a echar un vistazo a los burócratas,

aparentemente, antes de ingresar en el servicio diplomático. Me parece que podremos granjearnos la estimación y el afecto de este muchacho con un almuerzo y un par de cenas. ¿No le parece?

–Supongo que eso sería lo adecuado, señor.

–Ésta es la cosa más agradable que me ha sucedido desde que salimos de Inglaterra. Me da la impresión de que el sol asoma por fin entre las nubes.

–Es muy posible, señor.

Empezó a preparar mi ropa, y reinó una especie de extraño silencio.

–No quiero esos calcetines, Jeeves –dije tragando saliva, pero intentando usar un tono indiferente y desenfadado–. Deme los morados.

–¿Perdone, señor?

–Los morados.

–Muy bien, señor.

Los sacó del cajón como si fuese un vegetariano quitando una oruga de la ensalada. Se veía que le dolía profundamente. Son muy penosas estas cosas, pero hay que imponerse de vez en cuando. No hay más remedio.

Estaba esperando que Cyril se presentase de nuevo en cualquier momento después del desayuno, pero no compareció; por lo tanto, hacia la una salí para ir al Club de los Corderos, donde tenía un compromiso para alimentar mi estómago en compañía de un tipo llamado Caffyn, con el que había trabado amistad desde que llegué. George Caffyn era un individuo que escribía comedias y todo lo que se quiera. Había hecho muchas amistades durante mi estancia en Nueva York, puesto que la ciudad estaba llena de tipos amenos dispuestos a tender una mano acogedora al extranjero.

Caffyn llevaba un poco de retraso, pero finalmente llegó, diciendo que lo había retenido el ensayo de su nueva comedia musical Pregúntaselo a papá, y empezamos. Estábamos precisamente tomando el café cuando el camarero se

acercó y dijo que Jeeves deseaba verme.

Jeeves estaba en la antesala. Lanzó una triste mirada a los calcetines cuando entré, y luego desvió los ojos.

–Míster Bassington-Bassington acaba de telefonear, señor.

–¿Ah, sí?

–Sí, señor.

–¿Dónde está?

–En la cárcel, señor.

Me apoyé contra la pared. ¡Valiente cosa le ocurría al protegido de la tía Agatha el primer día que se refugiaba bajo mis alas!

–¡En la cárcel!

–Sí, señor. Dijo por teléfono que lo habían detenido y que le gustaría que usted depositara la fianza.

–¡Detenido! ¿Por qué?

–No me otorgó su confianza hasta ese extremo, señor.

–Eso me resulta un poco pesado, Jeeves.

Me reuní con George, el cual tuvo la amabilidad de ofrecerse voluntariamente a acompañarme, y saltamos a un taxi. Permanecimos sentados un rato en un banco de madera, en una especie de antesala de la comisaría, y al poco compareció un policía conduciendo a Cyril.

–¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! –dije–. ¿Qué pasa?

Sé por experiencia que un individuo nunca ofrece su mejor aspecto al salir de un calabozo. Cuando estaba en Oxford solía presentárseme periódicamente la tarea de depositar fianzas para un amigo mío que siempre era detenido en la noche de la regata Oxford-Cambridge; y siempre tenía el aspecto de algo que hubiese sido socavado hasta las raíces. Cyril estaba más o menos en el mismo estado. Tenía

un ojo a la funerala y el cuello de la camisa destrozado, cosas sobre las que no podía escribirse a casa..., especialmente si uno escribía a la tía Agatha. Era un muchacho alto y flaco, con abundante cabello rubio y ojos saltones de un azul pálido que le daban el aspecto de una rara especie de pez.

–Recibí su recado –dije.

–¿Es usted Bertie Wooster?

–En carne y hueso. Y éste es mi amigo George Caffyn. Escribe obras de teatro y cosas por el estilo, ¿sabe?

Nos dimos un apretón de manos y el policía, después de recobrar un pedazo de chicle de debajo de una silla, donde lo había pegado en espera de un día lluvioso, se fue a un rincón y empezó a contemplar el infinito.

–Éste es un país asqueroso –dijo Cyril.

–No sé, la verdad... –dije.

–Hacemos lo que podemos –dijo George.

–El amigo George es americano –expliqué–. Escribe piezas de teatro, ¿sabe?, y todo lo demás.

–Desde luego, yo no inventé el país –dijo George–. Fue Colón. Pero me encantará tomar en consideración cualquier mejora que usted quiera sugerir y exponerla ante las autoridades competentes.

–Bueno, ¿por qué los policías de Nueva York no se visten como es debido?

George echó una mirada al polizonte que mascaba chicle al otro lado de la habitación.

–No veo que le falte nada –dijo.

–Quiero decir, ¿por qué no llevan casco como en Londres? ¿Por qué tienen el aspecto de carteros? No es justo. Les confunde uno a cada momento. Yo estaba tranquilamente en la acera mirando las cosas, cuando un tipo que parecía un cartero me dio un golpecito en las costillas con una cachiporra. No vi motivo

para que me golpeara un cartero. ¿Por qué diablos tiene un individuo que hacer miles de kilómetros para ser golpeado por los carteros?

–El argumento no tiene vuelta de hoja –dijo George–. ¿Qué hizo usted?

–Le di un empellón. Tengo un temperamento muy irritable, ¿comprende? Todos los Bassington-Bassington tenemos un temperamento muy irritable, ¿no lo sabía? Y luego él me arreó un puñetazo y me trajo a este lugar inmundo.

–Yo lo arreglaré, amigo mío –dije. Saqué un rollo de billetes y me fui a entablar negociaciones, dejando a Cyril hablando con George. No me molesta admitir que me sentía un tanto turbado. Había arrugas en mi frente y tenía una especie de presentimiento. Tendría que responder por este zopenco durante todo el tiempo que se quedara en Nueva York, y no me daba la impresión de pertenecer a la clase de individuos de los que un muchacho razonable quisiera ser responsable más de tres minutos.

Medité acerca de Cyril con mucha intensidad aquella noche, cuando volví a casa, y Jeeves me trajo el último whisky. No podía dejar de percatarme de que esta visita suya a América iba a ser uno de esos momentos que ponen a prueba las almas de los hombres. Saqué la carta de presentación de la tía Agatha y la volví a leer, y no se podía negar el hecho de que ella parecía estar un tanto preocupada por este muchacho, y que mi misión en la vida era la de protegerle de los peligros mientras estuviera por estos lugares. Me alegraba en extremo de que él hubiera trabado amistad con George Caffyn, puesto que el viejo George era un tipo bastante sólido. Después de haberle sacado de su mazmorra, él y George se habían ido juntos, como dos hermanos, a ver los ensayos de la tarde de Pregúntaselo a papá. Comprendí, por unas palabras que dijeron, que tenían la intención de cenar juntos. Me sentí bastante tranquilizado sabiendo que George no le quitaba los ojos de encima.

Había llegado hasta aquí en mis meditaciones, cuando Jeeves entró con un telegrama. Es decir, no era un telegrama, era un cable de la tía Agatha y rezaba así:

¿Se ha presentado ya Cyril Bassington-Bassington? Bajo ningún pretexto le introduzcas en círculos teatrales. Importancia vital. Sigue carta.

Lo leí un par de veces.

–¡Sí que es raro esto, Jeeves!

–¿Sí, señor?

–Muy raro y sumamente molesto.

–¿Necesitará algo más esta noche el señor?

Naturalmente, si Jeeves iba a ser tan poco simpático, nada podía hacerse. Hubiera querido enseñarle el cable y pedir su parecer. Pero si se dejaba irritar hasta aquel extremo por los calcetines morados, la noblesse oblige de los Wooster no podía rebajarse hasta el punto de suplicar. De ninguna manera. De modo que lo dejé correr.

–Nada más, gracias.

–Buenas noches, señor.

–Buenas noches.

Jeeves se retiró y yo me puse a reflexionar sobre el asunto. Había dedicado los mejores esfuerzos de mi vieja sesera a la solución del problema durante cerca de media hora, cuando tocaron el timbre. Fui a la puerta y me encontré con Cyril, al parecer bastante alegre.

–Entraré un momento, si me lo permite. He de comunicarle algo extraordinario.

Entró dando saltitos hasta el salón, y cuando llegué allí después de haber cerrado la puerta de la entrada, lo encontré leyendo el cable de la tía Agatha y riéndose de un modo extraño.

–No hubiera debido leer esto, supongo. Vi mi nombre y lo leí sin pensar. Oiga, Wooster, viejo amigo de mi mocedad, esto es bastante cómico. ¿Le molesta si bebo algo? Muchas gracias y todas las demás tonterías que suelen decirse. Sí, es bastante cómico, visto lo que he venido a comunicarle. El bueno de Caffyn me ha dado un pequeño papel en su comedia musical Pregúntaselo a papá. Es

pequeño, ¿sabe?, pero no está mal. Me siento muy alentado, ¿sabe?

Tomó la bebida y continuó. No parecía percatarse de que yo no estaba brincando por la habitación y ladrando de alegría.

–Siempre quise pisar las tablas, ¿sabe? –dijo–. Pero a mi padre no resultaba posible convencerlo. Me cortó los víveres de golpe y porrazo y se ponía colorado cada vez que se mencionaba el tema. Ésa es la verdadera razón de mi venida aquí, si quiere saberlo. Me constaba que en Londres no tenía la menor posibilidad de trabajar en el teatro sin que alguien se enterase de ello y se lo contara a mi padre; de modo que propuse hábilmente la idea de venir a Washington para ampliar mis conocimientos. Aquí no hay nadie que se interponga en mi camino, de modo que puedo ir adelante, ¿entiende?

Intenté hacer entrar en razón al pobre idiota.

–Pero su padre un día u otro llegará a saberlo.

–Entonces no importará. Seré ya un astro. Y no tendrá un pie sobre el que apoyarse.

–Me parece que tendrá un pie sobre el que apoyarse y mientras me dará patadas con el otro.

–¿Por qué? ¿Qué tiene usted que ver en esto? ¿Por qué se preocupa?

–Yo fui quien le presentó a George Caffyn.

–¡Es cierto, amigo mío, es cierto! Lo había olvidado por completo. Tendría que haberle dado las gracias antes. Bueno, adiós. Tengo ensayo mañana a primera hora y he de irme. Es extraño que la obra se titule Pregúntaselo a papá, cuando eso es precisamente lo que no voy a hacer. Entiende lo que quiero decir, ¿verdad? ¡Bueno, hasta otra!

–¡Usted lo pase bien! –dije tristemente; y el hombre se largó.

Me precipité al teléfono y llamé a George Caffyn.

–Oiga, George, ¿qué le sucede a Cyril Bassington-Bassington?

–¿Qué quiere decir?

–Me dice que usted le ha dado un papel en su espectáculo.

–¡Ah, sí! Sólo unas líneas.

–Pero acabo de recibir cincuenta y siete cables de casa que me dicen que bajo ninguna circunstancia lo deje acercarse a un teatro.

–Lo lamento. Pero Cyril es precisamente el tipo que necesito para ese papel. Sólo tiene que presentarse tal como es.

–Me pone usted en un aprieto, querido George. Mi tía Agatha me mandó este tipo con una carta de presentación y me considera responsable de cuanto haga.

–¿Le borrará de su testamento?

–No es una cuestión de dinero. Pero..., naturalmente, usted nunca se ha encontrado con mi tía Agatha, de modo que resulta bastante difícil explicárselo. Es una especie de vampiro, de murciélago humano, y me hará la vida espantosamente desagradable cuando vuelva a Inglaterra. Pertenece a la clase de mujeres que vienen a regañarle a uno antes del desayuno, ¿entiende?

–Bueno, en tal caso no vuelva a Inglaterra. Quédese aquí y hágase presidente.

–¡Pero, George, viejo amigo...!

–Buenas noches.

–¡Pero oiga, George, hombre!

–No ha comprendido usted mis últimas palabras. He dicho: «Buenas noches.» Ustedes, los ricachones ociosos, es posible que no necesiten dormir, pero yo tengo que estar vivito y coleando por la mañana. ¡Que Dios le bendiga!

Me sentí como si no contase con ningún amigo en el mundo. Estaba tan alterado que me fui a golpear la puerta de Jeeves. No era una cosa que me gustara hacer habitualmente, pero me parecía que había llegado el momento en que todos los hombres buenos debían acudir en ayuda del grupo, por decirlo así, y que era deber de Jeeves unirse a su joven amo, aunque eso interrumpiese su hermoso

sueño.

Jeeves emergió en una bata color marrón.

–¿Señor?

–Siento mucho tener que despertarle, Jeeves, y todo lo demás, pero ha sucedido una serie de cosas condenadamente fastidiosas.

–No estaba durmiendo. Tengo la costumbre, al retirarme, de leer unas páginas de algún libro instructivo.

–¡Bravo! Lo que quiero decir es que si está usted haciendo trabajar su venerable cabeza, estará probablemente en forma para resolver problemas. Jeeves, míster Bassington-Bassington se incorpora al teatro.

–¿De veras, señor?

–¡Ah! ¿La cosa no le produce impresión? Usted no lo entiende bien. He aquí el problema. Toda su familia se opone furiosamente a que ingrese en el teatro. Habrá un sinfín de disgustos si lo consigue. Y, lo que es peor, mi tía Agatha me echará la culpa a mí, ¿entiende?

–Comprendo, señor.

–Bueno, ¿no puede idear alguna manera de impedírselo?

–Confieso que en este momento no, señor.

–Bueno, inténtelo.

–Consideraré la cuestión, señor. ¿Habrá algo más esta noche?

–¡Espero que no! Ya ha ocurrido cuanto soy capaz de soportar.

–Muy bien, señor.

Y desapareció.

## 10. LA PASMOSA VISTOSIDAD DE UN BOTONES DE ASCENSOR

El papel que George había escrito para Cyril ocupaba unas dos páginas del manuscrito; pero habría podido ser el Hamlet, por el modo como aquel pobre y despistado cabeza de chorlito se consumía hasta los huesos estudiándolo. Creo que le oí recitar su papel un centenar de veces durante el primer par de días. Parecía creer que el único sentimiento que despertaba en mí aquel asunto era el de una entusiasta admiración, y que podía contar con mi ayuda y simpatía. Así, entre intentar imaginar cómo la tía Agatha tomaría el asunto y ser despertado a altas horas de la noche para dar mi opinión sobre alguna nueva idea que Cyril había inventado, me estaba yo convirtiendo más o menos en una sombra. Entretanto, Jeeves se mantenía frío o alejado por culpa de los calcetines morados. Son éstas las cosas que envejecen a un muchacho, ¿saben?, y que hacen que su juvenil joie-de-vivre se torne vacilante y temblorosa.

En medio de todo eso llegó la carta de la tía Agatha. Necesitó unas seis páginas para hacer justicia a los sentimientos del padre de Cyril respecto a las intenciones que tenía de entrar en el teatro, y cerca de seis más para hacerme una especie de esbozo de lo que ella diría, pensaría y haría si yo no lo mantenía alejado de toda influencia dañina mientras estuviese en América. La carta llegó en el reparto de la tarde y me dejó con la firme convicción de que no era cosa que debiera guardar para mí. Ni siquiera me entretuve en tocar el timbre: me precipité hacia la cocina, llamando a Jeeves, y caí en medio de una reunión de personas extrañas. Sentado a la mesa había un tipo de aspecto deprimido que hubiera podido ser ayuda de cámara o algo parecido, y un muchacho con un traje Norfolk. El ayuda de cámara estaba bebiendo un whisky con soda, y el muchacho se regalaba con confitura y pasteles.

–¡Oiga, Jeeves! –dije–. Siento interrumpir esta pequeña fiesta de confraternidad, pero...

Entonces la mirada del muchacho me hirió como una bala y me interrumpió en mi discurso. Tenía unos ojos fríos, viscosos y acusadores, de esos que le hacen correr a uno a ver si lleva la corbata torcida, y me miraba como si yo fuese una porquería que el gato hubiese traído después de pasear entre los cubos de basura del vecindario. Era un mozalbete gordito, con muchas pecas y mucha confitura

en la cara.

–¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! –dije–. ¿Qué hay? –No parecía que hubiera mucho más que decir.

El chico me miró de un modo desagradable a través de la confitura. Tal vez me encontrara simpático a primera vista, pero la primera impresión que me dio fue que no me tenía una gran consideración y que no apostaba mucho a que yo mejoraría sensiblemente conociéndome más a fondo. Tuve la sensación de que le resultaba tan agradable como un conejo frío a la galesa.

–¿Cómo se llama usted? –preguntó.

–¿Cómo me llamo? Oh, Wooster, ¿sabes?, o como quieras.

–¡Mi padre es más rico que usted!

Esto pareció ser todo, por lo que a mí se refería. El chico, habiendo dicho lo que tenía que decir, dedicó nuevamente su atención a la confitura. Yo me volví hacia Jeeves.

–Oiga, Jeeves, ¿dispone de un momento? Quisiera enseñarle algo.

–Muy bien, señor.

Volvimos al salón.

–¿Quién es su pequeño amigo, ese rayito de sol, Jeeves?

–¿El joven caballero, señor?

–Es un modo un tanto indeterminado de describirlo, pero entiendo lo que quiere usted decir.

–Espero no haberme tomado demasiada libertad al obsequiarlo, señor.

–En absoluto. Si esto constituye para usted una tarde divertida, continúe.

–Dio la casualidad de que encontré al joven caballero mientras paseaba con el ayuda de cámara de su padre, y como había intimado bastante con éste en Londres, me tomé la libertad de invitarles a los dos a venir aquí.

–Bueno, no se preocupe por eso, Jeeves. Lea esta carta.

La leyó de arriba abajo.

–¡Muy inquietante, señor! –fue todo lo que dijo.

–¿Qué vamos a hacer?

–El tiempo dará la solución.

–Pero también es posible que no la dé, ¿verdad?

–Absolutamente cierto, señor.

Habíamos llegado hasta aquí, cuando sonó el timbre de la puerta. Jeeves salió a abrir, y Cyril se presentó lleno de buen humor y jovialidad.

–Oiga, Wooster, amigo –dijo–, necesito saber su opinión. Ya conoce usted el papel que me han dado. ¿Cómo he de vestirme para salir a escena? El primer acto se desarrolla en un hotel, hacia las tres de la tarde. ¿Qué cree usted que debo ponerme?

No me sentía dispuesto a sostener una discusión a propósito de prendas masculinas.

–Haría usted mejor consultando a Jeeves –dije.

–¡Ésta sí que es una idea excelente y nada prematura! ¿Dónde está?

–Supongo que habrá vuelto a la cocina.

–Mejor toco el timbre, ¿verdad? Sí. ¿No?

–Adelante.

Jeeves entró silenciosamente.

–Oiga, Jeeves –comenzó Cyril–. Sólo quiero intercambiar una sílaba o dos con usted. Se trata de... Vaya, ¿quién es éste?

Entonces me percaté de que el mocito regordete había entrado en la habitación

detrás de Jeeves. Se quedó cerca de la puerta contemplando a Cyril como si sus peores temores se hubieran realizado. Reinó un breve silencio. El niño permaneció inmóvil, bebiéndose materialmente a Cyril durante cerca de medio minuto; luego emitió su veredicto:

–¡Cara de pescado!

–¿Eh? ¿Qué? –exclamó Cyril.

El chico, que evidentemente había aprendido sobre las rodillas de su madre a decir la verdad, especificó un poco más su opinión.

–¡Tiene usted la cara igual que la de un pescado!

Hablaba como si Cyril mereciera ser compadecido más que censurado, cosa que, he de confesarlo, me pareció bastante decente y generosa por su parte. No me importa admitir que cada vez que miraba la cara de Cyril experimentaba la sensación de que si la tenía como la tenía era por su culpa. Me di cuenta de que empezaba a simpatizar con aquel chiquillo. Por completo. Me agradaba su conversación.

Al parecer, Cyril necesitó un momento para comprender el asunto, y luego ustedes hubieran podido oír la sangre de los Bassington-Bassington que comenzaba a hervir.

–¡Bueno, que me emplumen! –dijo–. ¡Que me emplumen si no lo estoy ya!

–Yo no quisiera tener una cara como ésta –continuó el chico con seriedad– aun cuando me dieran un millón de dólares. –Tras un momento de meditación se corrigió–: ¡Dos millones de dólares!

Yo no podría decir con exactitud lo que ocurrió entonces, pero los pocos minutos que siguieron fueron bastante perturbadores. Supongo que Cyril debió de precipitarse sobre el niño. De todos modos, el aire pareció llenarse momentáneamente de brazos, piernas y otros miembros. Algo chocó contra el chaleco de Wooster a la altura exacta del tercer botón; me desplomé en el sofá y de momento perdí todo interés por las cosas de esta vida. Cuando me hube recobrado, vi que Jeeves y el niño se habían retirado ya y que Cyril estaba en el centro de la habitación, gruñendo un poco.

–¿Quién es esa bestezuela espantosa, Wooster?

–No lo sé. No lo había visto nunca hasta hoy.

–Le di un par de bofetadas tolerablemente sabrosas antes de que se fuera. Oiga, Wooster, ese chico dijo una cosa muy rara. Chilló algo a propósito de que Jeeves le había prometido un dólar si me llamaba..., ejem..., lo que dijo.

Eso me pareció muy improbable.

–¿Por qué tenía Jeeves que hacer eso?

–También a mí me pareció raro.

–¿Qué sentido tendría eso?

–Es lo que no logro entender.

–Quiero decir que a Jeeves no puede importarle la cara que tenga usted.

–¡No! –dijo Cyril. Creo que me hablaba con cierta frialdad. No sé por qué–. Bueno, me marcho. ¡Hasta la vista! –añadió.

–¡Adiós!

Aproximadamente una semana después de este extraño y breve episodio, George Caffyn me llamó y me preguntó si me gustaría ir a ver el ensayo general de su espectáculo. Parecía ser que Pregúntaselo a papá había de estrenarse fuera de la ciudad, en Schenectady, el lunes siguiente, y esto iba a ser una especie de ensayo preliminar de vesturario. Un ensayo preliminar de vestuario, explicó George, era lo mismo que un ensayo regular en la medida en que solía resultar fatal y durar hasta las tantas; pero era más emocionante porque no cronometraban la pieza y, por consiguiente, todas las personas que en tales ocasiones se dejan dominar por sus coléricas pasiones tenían carta blanca para las interrupciones, con el resultado de que todos pasaban un rato divertido.

El ensayo tenía que empezar a las ocho, de modo que llegué a las diez y cuarto para no tener que esperar demasiado antes de comenzar. El desfile de los trajes aún estaba en pleno apogeo. George se hallaba en el escenario hablando con un individuo en mangas de camisa y de tipo completamente redondo, con grandes

gafas y una cúpula casi sin cabellos. Había visto a George una o dos veces en el club con aquel caballero, y sabía que era Blumenfield, el director. Saludé a George agitando una mano y me senté en una butaca, al final de la platea, para no estorbar cuando empezara la lucha. Luego George saltó del escenario y vino a reunirse conmigo, y a poco cayó el telón. El tipo que estaba al piano ejecutó un par de compases bienintencionados, y el telón se levantó nuevamente.

No recuerdo bien el argumento de Pregúntaselo a papá, pero sí sé que parecía desarrollarse muy bien sin mucha ayuda por parte de Cyril. Me quedé sorprendido al principio. Lo que quiero decir es que a fuerza de haber rumiado sobre Cyril y haberle oído en su papel y escuchado sus opiniones sobre lo que se debía y lo que no se debía hacer, supongo que había arraigado en mi cabeza la impresión de que él era la espina dorsal del espectáculo y que el resto de la compañía no hacía sino entrar y llenar el vacío en los momentos en que él no se hallaba en escena. Llevaba ya cerca de media hora aguardando que hiciera su entrada, cuando súbitamente descubrí que había estado actuando desde el principio. Era, en realidad, el rufián de extraño aspecto que estaba apoyado contra una palmera, situada a un par de pies de distancia en la entrada izquierda, intentando mostrarse inteligente mientras la protagonista cantaba una canción en la que decía que el amor era algo que en este momento se me ha escapado de la memoria. Después del segundo estribillo, Cyril se puso a bailar en compañía de una docena de otros pájaros igualmente extraños. Era un espectáculo penoso para alguien que tuviera presente la visión de la tía Agatha buscando el hacha y de Bassington-Bassington padre poniéndose su más recio par de zapatos claveteados. ¡De veras!

La danza acababa de finalizar y Cyril y sus compañeros habían desaparecido entre bastidores, cuando una voz a mi derecha habló en la oscuridad:

–¡Papá!

El viejo Blumenfield dio unas palmadas, y el protagonista que estaba a punto de hacer brotar de su diafragma la siguiente frase se calló. Escudriñé en las sombras. ¡Pues no era el pequeño compañero pecoso de Jeeves! Bajaba por el pasillo con las manos en los bolsillos como si el teatro le perteneciera. Un aire de respetuosa atención parecía llenar el edificio.

–Papá –dijo el muchachito–, ese número no vale un pepino.

El viejo Blumenfield le dirigió una mirada radiante por encima de los hombros.

–¿No te gusta, querido?

–Me da náuseas.

–Has acertado.

–Se necesita algo más dinámico. Algo con un poco de jazz.

–Tienes razón, hijo mío. Lo apuntaré. Muy bien. ¡Continúen!

Me volví hacia George, que estaba murmurando por lo bajo un tanto sobreexcitado.

–Diga, George, ¿quién diablos es ese muchacho?

El bueno de George emitió un prolongado gemido, como si las cosas se estuvieran poniendo pesadas.

–No sabía que estuviera aquí –dijo–. Es el hijo de Blumenfield. ¡Ahora vamos a pasar un mal rato!

–¿Siempre hace las cosas así?

–¡Siempre!

–Pero ¿por qué le hace caso el viejo Blumenfield?

–Nadie parece saberlo. Puede ser por puro amor paternal, o porque lo considera una mascota. Supongo que piensa que el niño tiene exactamente la misma inteligencia que el hombre corriente, y que lo que le gusta al pequeño gustará al gran público; mientras que, por el contrario, lo que no le gusta será demasiado malo para cualquiera. ¡El niño es una peste, una pesadilla, un saco de veneno, y tendrían que estrangularlo!

El ensayo continuó. El héroe recitó su verso. Hubo una ligera explosión de ira entre el director de escena y una voz, llamada Bill, que venía de alguna parte de debajo del techo, siendo el tema de discusión saber dónde diablos estaba el foco azul de Bill en aquella coyuntura particular. Luego las cosas continuaron

normalmente hasta que llegó el momento de la gran escena de Cyril.

Aún no estaba muy seguro del argumento, pero había llegado a tener la vaga idea de que Cyril era una especie de par inglés que había venido a América impulsado sin duda por los mejores motivos. Hasta aquel momento sólo había tenido que pronunciar dos frases. Una era «¡Eh, oiga!», y la otra «¡Sí, por Dios!», pero me pareció recordar, por haberle oído leer su papel, que pronto tendría que prodigarse un poco más. Me repantigué en mi butaca y esperé su aparición.

Apareció unos cinco minutos más tarde. Las cosas, entretanto, se habían tornado un poco tumultuosas. La voz y el director de escena habían efectuado otra de sus exhibiciones de afecto paternal; esta vez se trataba de saber por qué el foco azul de Bill no funcionaba o algo por el estilo. Y, en cuanto acabó esto, hubo un momento desagradable porque cayó un tiesto de flores desde el alféizar de la ventana que por poco mató al héroe. La atmósfera estaba, por consiguiente, más o menos tensa cuando Cyril, que había estado aguardando en el fondo del escenario, voló hasta el centro y ocupó su sitio para la parte más sustanciosa de su actuación. La protagonista estaba diciendo algo –no recuerdo qué– y todo el coro encabezado por Cyril había comenzado a colocarse a su alrededor de aquel modo bullicioso en que suelen hacerlo estos muchachos cuando llega su turno.

La primera frase de Cyril era: «¡Eh, oiga! ¿Sabe? ¡Realmente no debe decir eso!» Y me pareció que lo había sacado de la laringe con buen estilo y je-ne-sais-quoi. Pero, ¡Dios santo!, antes de que la protagonista hubiera tenido tiempo para dar la réplica, nuestro pequeño amigo pecoso se había levantado pasa formular una protesta.

–¡Papá!

–¿Sí, querido?

–¡Ése no vale un pepino!

–¿Quién, querido?

–Ese que tiene cara de pez.

–¡Pero si todos tienen la cara de pez, querido!

El niño pareció ver la exactitud de esta objeción y puntualizó más:

–¡El feo!

–¿Qué feo? ¿Aquél? –dijo el viejo Blumenfield, señalando a Cyril.

–¡Sí! ¡Es un asco!

–Eso es lo que pensaba yo.

–¡Es pésimo!

–Has acertado, hijo mío. Lo había notado desde hace rato.

Cyril había quedado atontado mientras tenían lugar estas breves observaciones. Se precipitó entonces hacia las candilejas. Incluso desde donde yo me hallaba sentado vi que estas duras palabras habían asestado un golpe terrible al orgullo de la familia Bassington-Bassington. Cyril comenzó a ponerse colorado en las orejas, luego en la nariz y luego en las mejillas, hasta que un cuarto de minuto después se pareció extraordinariamente a una explosión en una fábrica de conservas de tomate a la hora de la puesta del sol.

–¿Qué diablos quiere decir?

–¿Qué diablos quiere decir usted? –gritó el viejo Blumenfield–. ¡No vocifere contra mí desde las candilejas!

–¡Tengo unas ganas terribles de bajar y darle su merecido a esta bestezuela!

–¿Qué?

–¡Unas ganas terribles!

El viejo Blumenfield se hinchó como un neumático lleno de aire. Se volvió más redondo que nunca.

–Escuche, señor..., ni siquiera sé su maldito nombre...

–Mi nombre es Bassington-Bassington, y los sumamente añejos Bassington-Bassington..., quiero decir que los Bassington-Bassington no están acostumbrados...

El viejo Blumenfield le dijo en breves palabras casi todo lo que pensaba de los Bassington-Bassington y de aquello a que no estaban acostumbrados. La totalidad de la compañía se reunió para gozar de sus observaciones. Se les veía a todos asomando por los bastidores y surgiendo de detrás de los árboles.

–¡Debe usted trabajar bien para mi padre! –dijo la robusta criatura moviendo la cabeza con severidad en dirección a Cyril.

–¡No necesito para nada tus descaradas observaciones! –dijo Cyril, gruñendo un poco.

–¿Qué es esto? –ladró el viejo Blumenfield–. ¿No ha comprendido usted que este muchacho es mi hijo?

–Sí, lo he comprendido –dijo Cyril–. ¡Y ambos tienen mi compasión!

–¡Queda usted despedido! –bramó el viejo Blumenfield, hinchándose aún más–. ¡Fuera de mi teatro!

Alrededor de las diez y media de la mañana siguiente, poco después de haber acabado de lubricarme con una calmante taza de té, Jeeves se infiltró en mi dormitorio y dijo que Cyril estaba aguardándome en el salón.

–¿Qué aspecto tiene, Jeeves?

–¿Señor?

–¿Qué aspecto presenta míster Bassington-Bassington?

–No soy yo quién, señor, para criticar las peculiaridades faciales de sus amigos.

–No quiero decir eso. ¿Parece nervioso o algo así?

–Perceptiblemente no, señor. Su aspecto es sereno.

–¡Sí que es raro!

–¿Señor?

–Nada. ¿Quiere hacerle pasar?

Confieso que había esperado hallar en Cyril unas cuantas huellas más de la batalla de la noche anterior. Esperaba ver un poco de alma rendida y ganglios temblorosos, si comprenden lo que quiero decir. Cyril parecía bastante normal, e incluso bastante alegre.

–¡Hola, Wooster, muchacho!

–Hola.

–Vengo a despedirme.

–¿Despedirse?

–Sí. Me marcho a Washington dentro de una hora. –Se sentó sobre la cama–. ¿Sabe, Wooster? –continuó–, lo he pensado bien y realmente no me parece justo hacerle a mi padre la trastada de meterme en el teatro. ¿Qué opina usted?

–Ya entiendo lo que quiere decir.

–Mi padre me mandó aquí para ampliar el espíritu y otras zarandajas, ¿sabe?, y pienso que sería un golpe para el pobre viejo si lo engañara y en vez de eso entrase en el teatro. No sé si usted me entiende, pero lo que quiero decir es que se trata de una especie de caso de conciencia.

–¿Puede abandonar el espectáculo sin trastornarlo todo?

–¡Oh, eso ya está arreglado! Se lo expliqué todo al viejo Blumenfield y él comprendió muy bien mi situación. Desde luego, siente perderme (dijo que no veía el modo de sustituirme y todo lo demás), pero, al fin y al cabo, aunque le moleste un poco, creo que hago bien en dimitir, ¿verdad?

–¡Oh, del todo!

–Pensé que estaría usted de acuerdo conmigo. Bueno, tengo que irme. Estoy encantadísimo de haberle conocido y todas esas tonterías que se dicen. Adiós.

–Adiós.

Efectuó su salida después de haber soltado todos aquellos embustes con la clara, azulada y cándida mirada de una tierna criatura. Llamé a Jeeves. Desde la noche anterior estaba haciendo trabajar mi vieja sesera y se había hecho en ella mucha luz.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–¿Incitó usted a aquel niño de cara de flan a ensañarse con míster Bassington-Bassington?

–¿Señor?

–Ya sabe usted lo que quiero decir. ¿Le dijo usted que consiguiera hacer despedir a míster Bassington-Bassington de la compañía?

–No me hubiera permitido tal libertad, señor. –Empezó a prepararme la ropa–. Es posible que el joven Blumenfield haya comprendido a través de unas casuales observaciones mías que no consideraba que el teatro fuera un ambiente adecuado para míster Bassington-Bassington.

–Oiga, Jeeves, es usted una perfecta maravilla, ¿sabe?

–Intento satisfacerle, señor.

–Y yo le estoy sumamente agradecido, si comprende lo que quiero decir. La tía Agatha habría tenido dieciséis o diecisiete ataques si usted no le hubiera desviado de sus proyectos.

–Supongo que habría habido algún disgustillo, señor. Creo que producirá un efecto agradable.

Por raro que parezca, ya había acabado de desayunar y había salido y llegado al ascensor cuando recordé lo que pensaba hacer para recompensar a Jeeves por su proceder realmente deportivo en el asunto del idiota de Cyril. Me hería profundamente tener que hacerlo, pero había decidido acatar su modo de ser y dejar que los calcetines morados desapareciesen de mi vida. Después de todo,

hay momentos en que un hombre debe sacrificarse. Estuve a punto de volver y notificarle la buena nueva, pero como ya llegaba al ascensor, pensé dejarlo para más tarde.

El negro encargado del ascensor me miró, mientras entraba, con muda devoción silenciosa.

–Quisiera darle las gracias, «señó» –dijo–, por su amabilidad.

–¿Eh? ¿Qué?

–El «señó» Jeeves me dio esos calcetines «coloraos» como «usté» se lo mandó. Muchísimas gracias, «señó».

Bajé la mirada. El tipo era una llama de púrpura desde los tobillos hacia el sur. No sé si en mi vida he visto nada tan llamativo.

–¡Oh! ¡No hay de qué! ¡Encantado! ¡Me alegro de que le gusten! –dije.

Bueno, quiero decir, muchísimo.

## 11. EL CAMARADA BINGO

La cosa comenzó realmente en el Park –al extremo de Marble Arch– donde extraños tipejos de toda especie se reúnen los domingos por la tarde y se colocan sobre las cajas de jabón para echar discursos. No me encontrarán allí muy a menudo, pero dio la casualidad de que el domingo después de mi regreso a la vieja metrópoli tuve que hacer una visita en Manchester Square y, dando un paseo en aquella dirección para no llegar demasiado temprano, me encontré de repente entre ellos.

Ahora que el imperio ya no es lo que fue, siempre pienso que el Park, los domingos, es el verdadero centro de Londres. Quiero decir que es precisamente el lugar que da al que vuelve del exilio la certidumbre de que ha regresado. Después de lo que podría llamarse mi forzada estancia en Nueva York, he de decir que contemplé aquello casi arrobado. Se me ensanchó el corazón al oír hablar a los muchachos y darme cuenta de que todo había acabado felizmente y que Bertram estaba de nuevo en casa.

En el extremo de la muchedumbre más alejado de mí, una cuadrilla de tipos con sombrero de copa iniciaba un servicio al aire libre en pro de las misiones; más cerca, un ateo discurseaba con mucha virulencia, si bien el hecho de que no tuviese paladar le ponía ciertas trabas; delante de mí había un pequeño grupo de sesudos pensadores con un cartel que rezaba: «Los Heraldos del Amanecer Rojo»; y al acercarme, uno de los heraldos, un tipo barbudo con un sombrero de fieltro y un traje de mezclilla, estaba atacando a los ricachones ociosos con tanta fuerza y vigor que me paré un instante para escuchar unas palabras. Mientras estaba allí, alguien me habló.

–Míster Wooster, ¿verdad?

Un tipo gordo. Durante un segundo no pude identificarlo. Luego me acordé. Era el tío de Bingo Little, con quien yo había almorzado cuando el joven Bingo estaba enamorado de la camarera de la pastelería de Piccadilly. No era de extrañar que no lo hubiese reconocido de buenas a primeras. Cuando lo vi por última vez era un anciano caballero algo desaliñado –recuerdo que bajó a almorzar con zapatillas y un batín de terciopelo–, mientras que ahora decir que me parecía atildado era quedarse corto. Estaba resplandeciente bajo la luz solar,

con su sombrero de copa, su chaqué, sus botines color lavanda y sus pantalones a la última moda. Vistoso hasta un grado insospechado.

–¡Hola! –dije–. ¿Qué tal?

–Gozo de excelente salud, gracias. ¿Y usted?

–De primera. Acabo de volver de América.

–¡Ah! ¿Absorbiendo color local para una de sus deliciosas novelas?

–¿Eh? –Tuve que pensar un poco antes de comprender lo que quería decir. Luego me acordé de lo de Rosie M. Banks–. ¡Oh, no! –dije–. Sólo sentía la necesidad de un cambio. ¿Ha visto usted a Bingo últimamente? –pregunté deprisa, deseoso de desviar al viejo de lo que podría llamarse el lado literario de mi vida.

–¿Bingo?

–Su sobrino.

–¿Richard? No, no muy recientemente. Desde que me casé parece haber surgido entre nosotros cierta frialdad.

–Lo lamento. ¿Así que usted ya se ha casado desde la última vez que nos vimos? ¿Está bien, mistress Little?

–Mi esposa es, afortunadamente, una mujer robusta. Pero..., hmm..., no es mistress Little. Después que nos viéramos por última vez, nuestra Graciosa Majestad se complació en otorgarme una señalada muestra de su benevolencia en forma de..., hmm..., de dignidad de par. Al publicarle la última lista de nombramientos honoríficos me vi convertido en lord Bittlesham.

–¡Dios santo! ¿De veras? Oiga, mis más cordiales felicitaciones. Así se premia a los que lo merecen, ¿eh? ¿Lord Bittlesham? –dije–. ¡Vaya, así que es usted el propietario de Brisa del Océano!

–Sí. El matrimonio ha ensanchado mis horizontes en muchas direcciones. Mi mujer se interesa por las carreras de caballos y ahora poseo algunos. Según tengo entendido, Brisa del Océano es el favorito de la carrera que tendrá lugar a fines de este mes en Goodwood, la residencia del duque de Richmond, en Sussex.

–La Copa Goodwood. ¡Ya lo creo! Soy de los que han apostado allí hasta la camisa.

–¿De veras? Bueno, espero que el animal justifique su confianza. Yo poca cosa sé de estos asuntos, pero mi mujer me dice que en los círculos competentes lo consideran el no va más.

En aquel momento observé de repente que el auditorio miraba en nuestra dirección con mucho interés, y vi que el tipo barbudo nos estaba señalando.

–¡Sí, miradlos! ¡Contempladlos! –gritaba, mientras su voz dominaba a la del ateo y reducía a polvo el servicio de las misiones–. Ahí tenéis dos típicos miembros de la clase que ha oprimido a los pobres durante siglos y siglos. ¡Holgazanes! ¡Parásitos! Mirad al alto y delgado, con la cara de mascota de automóvil. ¿Es que ha hecho alguna vez una jornada de trabajo honrado durante toda su vida? ¡No! ¡Es un vagabundo, un frívolo, un chupasangres! ¡Y apuesto a que todavía debe dinero a su sastre por esos pantalones!

Me pareció que se estaba metiendo en cuestiones personales y su discurso no me hacía mucha gracia. El viejo Bittlesham, en cambio, estaba contento y divertido.

–Esos tipos tienen un gran don de expresión –rió–. Muy punzante.

–¡Y el gordo! –continuó el individuo–. No os lo perdáis. ¿Sabéis quién es? ¡Lord Bittlesham! ¡Uno de los peores! ¿Qué ha hecho en su vida, sino tragar cuatro comidas diarias? Su dios es su vientre, y le hace sacrificios sangrientos. Si lo abrierais ahora encontraríais almuerzo suficiente para mantener a diez familias de la clase obrera durante una semana.

–La verdad es que no se expresa mal –dije, pero el viejo no pareció opinar lo mismo. Se había vuelto de color escarlata y burbujeaba como una olla de agua hirviendo.

–Vámonos, míster Wooster –dijo–. Soy el último que discutiría los derechos de la libertad de palabra, pero me niego a continuar escuchando esos vulgares insultos.

Nos alejamos con tranquila dignidad, mientras el individuo nos perseguía hasta el último instante con sus indecentes pullas. Era algo condenadamente embarazoso.

Al día siguiente fui a echar un vistazo al club, y encontré al joven Bingo en el fumador.

–Hola, Bingo –dije, dirigiéndome hacia su rincón, lleno de amabilidad, pues me alegraba de ver al muchacho–. ¿Qué tal te van las cosas, chico?

–Pasablemente.

–Ayer vi a tu tío.

El joven Bingo soltó una sonrisa que dividió su rostro en dos partes.

–Ya lo sabía, grandísimo frívolo. Bueno, siéntate y chupa un poco de sangre. ¿Qué tal siguen los vagabundeos estos días?

–¡Santo Dios! ¡Estabas allí!

–Sí, allí estaba.

–Pues no te vi.

–Sí, me viste. Pero quizá no me reconociste con la vegetación.

–¿La vegetación?

–La barba, hijo mío. Vale cada penique que he pagado por ella. Desafía cualquier reconocimiento. Desde luego, es un fastidio el que todos te griten «barbas» a cada instante, pero uno acaba por soportarlo.

Le miré estupefacto.

–No lo entiendo –dije.

–Es una larga historia. Toma un martini o un poco de sangre con soda y te lo contaré todo. Antes de empezar, dame tu sincera opinión. ¿No es la muchacha más maravillosa que has visto en tu vida?

Sacó de alguna parte una fotografía, como un prestidigitador saca un conejo del sombrero, y me la puso ante los ojos. Parecía ser una mujer como cualquier otra,

toda ojos y dientes.

–¡Oh, Dios santo! –dije–. No me digas que te has enamorado otra vez.

Pareció apenado.

–¿Qué quieres decir con «otra vez»?

–Según mis cálculos te has enamorado al menos media docena de veces desde la primavera, y ahora sólo estamos en julio. Aquella camarera, luego Honoria Glossop y...

–¡Oh, calla! ¡Por no decir cierra el pico! ¿Esas muchachas? Meros caprichos pasajeros. Ahora va de veras.

–¿Dónde la conociste?

–En la imperial de un autobús. Su nombre es Charlotte Corday Rowbotham.

–¡Dios mío!

–No es culpa suya, pobrecilla. Su padre la bautizó así porque es un ferviente admirador de la Revolución Francesa, y parece que la original Charlotte Corday solía ir por el mundo apuñalando a los opresores en sus bañeras, cosa que la hace merecedora de toda consideración y respeto. Tienes que conocer al viejo Rowbotham, Bertie. Es un tipo delicioso. Quiere degollar a la bourgeoisie, saquear Park Lane y destripar a la aristocracia hereditaria. Bueno, nada puede ser más justo que eso, ¿verdad? Pero volvamos a Charlotte. Estábamos en la imperial de un autobús y empezó a llover. Le ofrecí mi paraguas y hablamos de esto y de lo de más allá. Me enamoré y logré que me diera sus señas, y un par de días más tarde me compré la barba, fui a su casa y conocí a la familia.

–Pero ¿por qué te compraste la barba?

–Me había hablado de su padre en el autobús, y comprendí que para caer bien en aquel hogar tendría que unirme a esos tipos del Amanecer Rojo; y, naturalmente, si tenía que echar discursos en el Park, donde en cualquier momento podía toparme con docenas de personas conocidas, era imprescindible un disfraz. De modo que compré la barba y, ¡caramba, chico!, que le he tomado un condenado cariño. Cuando me la quito para venir aquí, por ejemplo, me parece que estoy en

cueros. Gracias a la barba me he granjeado la simpatía del viejo Rowbotham. Cree que soy un bolchevique o algo por el estilo que tiene que ir disfrazado a causa de la policía. De veras debes conocer al viejo Rowbotham, Bertie. Oye, ¿tienes que hacer algo mañana por la tarde?

–Nada especial. ¿Por qué?

–¡Estupendo! Entonces invítanos a todos a tomar el té en tu casa. Había prometido llevar a toda la pandilla al Lyons' Popular Café después de un mitin que tendrá lugar en Lambeth, pero de este modo puedo ahorrarme algún dinero. Créeme, muchacho; hoy en día, por lo que a mí se refiere, un penique ahorrado es un penique ganado. ¿Te dijo mi tío que se casó?

–Sí, y me dijo también que había surgido cierta frialdad entre vosotros.

–¿Frialdad? Estoy bajo cero. Desde que se casó se está extralimitando y hace economías a costa mía. Supongo que la dignidad de par debe de haber costado al viejo diablo un dineral. Hasta las baronías han aumentado considerablemente estos días, según me han dicho. Y ahora tiene caballos de carreras. A propósito, apuesta hasta tu último botón del cuello por Brisa del Océano en la Copa Goodwood. Es cosa segura.

–Es lo que voy a hacer.

–No puede perder. Tengo la intención de ganar lo suficiente para casarme con Charlotte. Vas a ir a Goodwood, ¿no?

–¡Ya lo creo que sí!

–Nosotros también. Vamos a dar un mitin en el día de la copa, a la entrada del hipódromo.

–Pero, oye, ¿no es muy arriesgado eso? Tu tío seguramente estará en Goodwood. Supón que te vea. Se pondrá hecho una furia si se entera de que eres el tipo que lo insultó en el Park.

–¿Cómo diablos puede enterarse de ello? Haz trabajar tu inteligencia, vagabundo inhalador de glóbulos rojos. Si no me reconoció ayer, ¿por qué ha de reconocerme en Goodwood? Bueno, gracias por la cordial invitación de mañana, viejo amigo. Trátanos bien, muchacho, y te colmaremos de bendiciones. A

propósito, es posible que me comprendieras mal cuando pronuncié la palabra «té». Nada de tus ligeras tostadas de pan con mantequilla. Somos buenos comilones, nosotros los revolucionarios. Lo que necesitamos es algo de la índole de huevos revueltos, bollos, confitura, jamón, pasteles y sardinas. Espéranos a las cinco en punto.

–Pero, oye, no estoy muy seguro...

–Sí, lo estás. Estúpido borrico, ¿no comprendes que esto será un tanto a tu favor cuando estalle la revolución? Cuando veas al viejo Rowbotham correr por Piccadilly con un cuchillo en cada mano, estarás contento de poderle recordar que una vez probó tu té y tus camarones. Iremos cuatro... Charlotte, yo, el viejo y el camarada Butt. Supongo que insistirá en venir.

–¿Quién demonios es el camarada Butt?

–¿Observaste a un individuo que estaba a mi izquierda en nuestro pequeño grupo de ayer? Un tipo bajo y encogido. Se parece a un arenque tuberculoso. Es Butt. Es mi rival, ¡maldita sea! De momento está más o menos comprometido con Charlotte. Hasta que llegué yo fue el muchacho predilecto. Tiene voz de sirena de alarma y el viejo Rowbotham lo aprecia mucho. Pero si no puedo eliminar a ese Butt y dejarlo en el lugar que le corresponde, entre los desperdicios..., bueno, no soy el hombre que soy, eso es todo. Puede tener una gran voz, pero no tiene mi don de expresión. A Dios gracias, una vez fui contramaestre del equipo de remo de mi colegio. Bueno, ahora he de marcharme. Oye, ¿no sabes algún modo de levantar cincuenta libras?

–¿Por qué no trabajas?

–¿Trabajar? –exclamó el joven Bingo, sorprendido–. ¿Quién, yo? No, tendré que buscar otro sistema. Tengo que apostar por lo menos cincuenta pavos por Brisa del Océano. Bueno, mañana te veré. Que Dios te bendiga, viejo amigo, y no olvides los bollos.

No sé por qué, pero desde el día en que conocí a Bingo en la escuela he sentido hacia él una curiosa sensación de responsabilidad. Quiero decir que no es mi hijo (gracias al cielo), ni mi hermano, ni nada parecido; no tiene absolutamente ningún derecho sobre mí y, sin embargo, gran parte de mi existencia parece

dedicada a preocuparse por él como una vieja clueca y a sacarle de apuros. Supongo que debe de tratarse de alguna rara y bella característica de mi naturaleza o algo parecido. Sea como fuere, este último asunto suyo me tenía preocupado. Parecía dedicar sus mejores esfuerzos a casarse y entrar en una familia de individuos marcadamente chiflados, y lo que más me intranquilizaba era cómo diablos pensaba mantener a una mujer, aunque estuviera trastornada, no contando con nada parecido a una renta anual. El viejo Bittlesham le cortaría la renta, a buen seguro, si hacía algo semejante; y cortar la renta a un individuo como el joven Bingo equivalía a decapitarlo con un hacha.

–Jeeves –dije al volver a casa–, estoy preocupado.

–¿Señor?

–A propósito de míster Little. No quiero hablarle de ello ahora, ya que mañana va a traer algunos amigos suyos a tomar el té y entonces podrá usted juzgar por sí mismo. Quiero que lo observe todo muy de cerca y que saque sus conclusiones.

–Muy bien, señor.

–Y a propósito del té, prepare unos bollos.

–Sí, señor.

–Y un poco de jamón, confitura, pasteles, huevos revueltos y cinco o seis fuentes de sardinas.

–¿Sardinas, señor? –dijo Jeeves, estremeciéndose.

–Sardinas.

Hubo una pausa en extremo desagradable.

–No me lo reproche, Jeeves –dije–. No es culpa mía.

–No, señor.

–Bueno, eso es todo.

–Sí, señor.

Vi que Jeeves rumiaba intensamente.

He descubierto como regla general en la vida que las cosas que uno cree que van a ser más escabrosas, al final casi siempre resultan menos malas; pero no sucedió así con los amigos de Bingo. Desde el momento en que se invitó a sí mismo, comprendí que la cosa iba a ser muy difícil, y así fue. Y creo que el lado más horrendo de todo el asunto fue el hecho de que, por primera vez desde que lo conocía, vi a Jeeves muy cerca de perder la calma. Supongo que hay una resquebrajadura en la coraza de todo el mundo, y el joven Bingo encontró la de Jeeves con la máxima exactitud cuando entró como si nada con quince centímetros de barba castaña colgando de su barbilla. Había olvidado advertir a Jeeves lo de la barba, y la cosa le cayó encima como un meteoro desde un cielo azul. Vi que el mentón se le hundía y tuvo que agarrarse a la mesa para sostenerse. No se lo reproché, vean cómo soy. Pocas personas han presentado un aspecto más repulsivo que el joven Bingo con aquella vegetación. Jeeves palideció visiblemente; luego la debilidad pasó y volvió a ser el mismo de siempre. Pero vi que había sufrido una conmoción.

El joven Bingo estaba demasiado ocupado presentando a la multitud que lo acompañaba para darse cuenta de ello. Constituían una colección extraordinaria. El camarada Butt parecía una de esas cosas que salen de los árboles después de la lluvia; apolillado es la palabra que yo habría empleado para describir al viejo Rowbotham; y en cuanto a Charlotte, parecía llevarme directamente a otro mundo espantoso. No es que fuera precisamente fea. En realidad, si hubiera abandonado los alimentos ricos en féculas y practicado un poco la gimnasia sueca, habría podido ser muy tolerable. Pero era demasiado opulenta. Con curvas demasiado ondulantes. Si digo que estaba muy bien alimentada, quizá me exprese mejor. Y, si bien era posible que tuviese un corazón de oro, la primera cosa que se veía en ella era que tenía un diente de oro. Sabía que el joven Bingo, cuando estaba en forma, podía enamorarse prácticamente de cualquier espécimen del otro sexo, pero esta vez no tenía disculpa.

–Mi amigo, míster Wooster –dijo Bingo, terminando la ceremonia.

El viejo Rowbotham me miró y luego paseó los ojos por la estancia. Observé

que no parecía muy impresionado. No hay nada fastuosamente oriental en mi viejo piso, pero me he rodeado de bastantes comodidades y supongo que lo que veía le chocaba un poco.

–¡Míster Wooster! –dijo el viejo Rowbotham–. ¿Puedo llamarle camarada Wooster?

–¿Perdón?

–¿Pertenece usted al movimiento?

–Pues... hmm...

–¿No suspira usted por la revolución?

–Bueno, no sé exactamente si suspiro. Quiero decir que, según tengo entendido, toda la base del asunto parece limitarse a asesinar a tipos como yo, y no me molesta admitir que la idea no me entusiasma de un modo especial.

–Pero yo lo estoy convenciendo –dijo Bingo–. Estoy luchando con él. Unas cuantas sesiones más y habré logrado mi propósito.

El viejo Rowbotham me miró con expresión de duda.

–El camarada Little es muy elocuente –admitió.

–Pienso que habla maravillosamente –dijo la muchacha, y el joven Bingo le dirigió una mirada tan profundamente devota que yo casi me desmayé.

Estas palabras deprimieron mucho al camarada Butt, que dirigió una mirada asesina a la alfombra y dijo algo a propósito de estar bailando sobre un volcán.

–El té está servido, señor –dijo Jeeves.

–¡El té, papá! –dijo Charlotte, sobresaltándose al oír la palabra como un viejo caballo de batalla al oír un clarín; y nos fuimos a merendar.

Es extraño lo que cambia uno con el transcurso de los años. Recuerdo que en el colegio habría vendido alegremente mi alma por unos huevos revueltos y unas sardinas a las cinco de la tarde; pero al llegar a la edad viril perdí esa costumbre;

y he de admitir que quedé patidifuso al ver cómo los hijos y la hija de la revolución bajaban la cabeza y atacaban los manjares. Incluso el camarada Butt abandonó momentáneamente su melancolía y se entregó por entero a los huevos revueltos, volviendo a este mundo sólo a intervalos para coger otra taza de té. Pronto se terminó el agua caliente y yo me dirigí a Jeeves.

–Más agua caliente.

–Muy bien, señor.

–¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? –El viejo Rowbotham había dejado su taza y nos miraba con severidad. Golpeó ligeramente la espalda de Jeeves–. ¡Sin servilismo, muchacho, sin servilismo!

–¿Perdón, señor?

–No me llame «señor». Llámeme camarada. ¿Sabe qué es usted, muchacho? Es una reliquia anticuada de un sistema feudal carcomido.

–Muy bien, señor.

–Si hay algo que haga hervir la sangre en mis venas...

–Tome otra sardina –interrumpió el joven Bingo. Era la primera cosa sensata que había dicho desde que lo conocía. El viejo Rowbotham tomó tres y se calló mientras Jeeves desaparecía. Por el aspecto de sus hombros vi lo que experimentaba.

Finalmente, cuando comenzaba a creer que la cosa iba a durar eternamente, se acabó. Desperté de mi ensimismamiento para ver que la tertulia se disponía a marcharse.

Las sardinas y unos tres cuartos de galón de té habían ablandado al viejo Rowbotham. Había una luz casi cordial en sus ojos cuando me estrechó la mano.

–Le quedo muy agradecido por su hospitalidad, camarada Wooster –dijo.

–¡Oh, no hay de qué! Estoy encantado...

–¿Hospitalidad? –gruñó Butt, estallando su voz en mis oídos como una

detonación. Estaba mirando de reojo y con muy mal humor al joven Bingo y a la muchacha que reía junto a la ventana–. ¡Me pregunto cómo los alimentos no se volvieron cenizas en nuestras bocas! ¡Huevos! ¡Bollos! ¡Sardinas! ¡Todo arrancado de las sangrientas bocas de los pobres famélicos!

–¡Eh, oiga! ¡Qué idea tan estúpida!

–Le enviaré unos folletos que tratan de la «causa» –dijo el viejo Rowbotham–. Y espero que pronto le veremos en una de nuestras reuniones.

Jeeves entró para recoger la mesa, y me encontró sentado en medio de las ruinas. Estaba muy bien por parte del camarada Butt el criticar la comida, pero se había comido casi todo el jamón; y si hubiesen adherido el resto de la confitura en los sangrientos labios de los pobres famélicos, apenas los habrían manchado.

–Bueno, Jeeves –dije–. ¿Qué opina usted?

–Preferiría no expresar ninguna opinión, señor.

–Jeeves, míster Little está enamorado de esa hembra.

–Eso deduje, señor. Estaba abofeteándolo en el pasillo.

Me agarré la frente.

–¿Abofeteándolo?

–Sí, señor. En broma.

–¡Atiza! No sabía que hubiesen llegado tan lejos. ¿Cómo pareció tomárselo el camarada Butt? ¿O acaso no lo vio?

–Sí, señor. Observó todo lo que pasó. Me pareció que estaba extremadamente celoso.

–No se lo reprocho, Jeeves. ¿Qué debemos hacer?

–No podría decirlo, señor.

–Es un poco fuerte.

–Muchísimo, señor.

Y éste fue todo el consuelo que logré de Jeeves.

## 12. BINGO NO TIENE SUERTE EN GOODWOOD

Había prometido al joven Bingo que nos encontraríamos al día siguiente para decirle lo que pensaba de su infernal Charlotte, y deambulaba tranquilamente Saint James Street arriba, intentando pensar cómo diablos podía explicarle, sin herir sus sentimientos, que la consideraba una de las cosas más repulsivas de la tierra, cuando salieron del Devonshire Club el viejo Bittlesham y Bingo en persona. Apreté el paso y los alcancé.

–¡Hola! –dije.

El resultado de este sencillo saludo fue algo que se parecía a un choque. El viejo Bittlesham tembló de pies a cabeza como un flan sacudido. Sus ojos se desorbitaron y su cara adquirió un tono verdoso.

–¡Míster Wooster! –Pareció recobrarse un poco, como si yo no fuera lo peor que hubiera podido sucederle–. Me ha causado un fuerte sobresalto.

–¡Oh, lo siento!

–Mi tío –dijo el joven Bingo con voz sorda y apagada– no está muy en sus cabales esta mañana. Ha recibido una carta llena de amenazas.

–Empiezo a temer por mi vida –dijo el viejo Bittlesham.

–¿Una carta llena de amenazas?

–Escrita –dijo el viejo Bittlesham– por una mano inculta y redactada en términos de indudable hostilidad. Míster Wooster, ¿recuerda usted a un hombre barbudo y siniestro que me asaltó con palabras poco moderadas en Hyde Park el pasado domingo?

Me sobresalté y eché una mirada al joven Bingo. Lo único que expresaba su rostro era una grave y amable preocupación.

–¡Oh..., sí! –dije–. Un hombre barbudo. Un tío con barbas.

–¿Podría usted identificarlo si fuese necesario?

–Bueno, yo..., hmm... ¿Qué quiere decir?

–El hecho es, Bertie –dijo Bingo–, que pensamos que ese hombre barbudo está detrás de todo ese asunto. Casualmente pasaba yo anoche, ya tarde, por Pounceby Gardens, donde vive el tío Mortimer, y al encontrarme delante de su casa vi a un individuo bajar rápidamente los peldaños de un modo furtivo. Probablemente acababa de echar la carta en el buzón de la puerta. Me percaté de que tenía barba. Sin embargo, no pensé más en el asunto hasta esta mañana cuando el tío Mortimer me enseñó la carta que había recibido y me habló del tipo del parque. Voy a efectuar unas investigaciones.

–Hay que informar a la policía –dijo lord Bittlesham.

–No –dijo el joven Bingo, con firmeza–, aún no. Me estorbaría. No te preocupes, tío; creo poder seguir la pista de ese hombre. Déjame a mí. Ahora te meteré en un taxi y me quedaré discutiendo el asunto con Bertie.

–Eres un buen muchacho, Richard –dijo el viejo Bittlesham.

Lo metimos en el primer taxi que encontramos y nos fuimos. Me volví y miré fijamente al joven Bingo.

–¿Fuiste tú quien envió esa carta? –pregunté.

–¡Ya lo creo! ¡Deberías haberla visto, Bertie! Una de las mejores cartas conminatorias que he escrito en mi vida.

–Pero ¿qué sentido tiene todo eso?

–Bertie, hijo mío –dijo Bingo, cogiéndome seriamente de la manga–. Me ha impulsado una razón excelente. La posteridad podrá decir cuanto quiera de mí, pero jamás podrá decir una cosa, que no tengo una sólida cabeza de hombre de negocios. ¡Mira esto!

Agitó un pedazo de papel ante mis ojos.

–¡Atiza!

Era un cheque, un verdadero cheque de cincuenta libras, firmado por Bittlesham y a la orden de R. Little.

–¿Para qué te ha dado eso?

–Para gastos –dijo Bingo, volviéndoselo a meter en el bolsillo–. No supondrás que una investigación así se pueda efectuar sin gasto alguno, ¿verdad? Ahora voy al banco y con eso les daré la sorpresa padre. Luego iré a ver a mi corredor y apostaré la suma entera por Brisa del Océano. Lo que uno necesita en situaciones de esta índole, Bertie, es tacto. Si hubiera ido a ver a mi tío para pedirle cincuenta libras, ¿los habría obtenido? ¡No! Pero con tacto... ¡Oh! A propósito, ¿qué opinas de Charlotte?

–Bueno..., hmm...

El joven Bingo me acarició afectuosamente la manga.

–Lo sé, amigo, lo sé. No intentes buscar palabras. Te ha dejado estupefacto, ¿verdad? Te ha dejado sin palabras, ¿no? ¡Dímelo a mí! Es el efecto que produce a todo el mundo. Bueno, aquí te dejo, muchacho. ¡Ah! Antes de separarnos... ¡Butt! ¿Qué te parece Butt? El peor disparate de la naturaleza, ¿no crees?

–He de decir que he visto almas más alegres.

–Creo que lo hemos derrotado, Bertie. Charlotte irá esta tarde conmigo al parque zoológico. Sola. Y luego iremos al cine. Eso parece el principio del fin, ¿verdad? Bueno, hasta otra, amigo de mi juventud. Si no tienes nada que hacer esta mañana, podrías pasearte por Bond Street y escoger el regalo de bodas.

Después de esto perdí de vista a Bingo. Un par de veces dejé recado en el club de que me llamara por teléfono, pero no lo hizo. Me figuré que estaría demasiado ocupado para contestar. Los Hijos del Amanecer Rojo también desaparecieron de mi vida, si bien Jeeves me dijo haber encontrado al camarada Butt una noche y haber charlado un ratito con él. Me comunicó que Butt estaba más sombrío que nunca. En la competición por la corpulenta Charlotte, Butt había perdido, aparentemente, mucho terreno.

–Míster Little parece haberlo eclipsado por completo, señor –dijo Jeeves.

–¡Malas noticias, Jeeves, malas noticias!

–Sí, señor.

–Supongo que la conclusión, Jeeves, es que cuando el joven Bingo se quita realmente la americana y se lanza de cabeza, no hay poder divino o humano que le impida hacer cualquier estupidez.

–Eso parece, señor –dijo Jeeves.

Luego llegó Goodwood y yo desenterré mi mejor traje y me fui a ver la carrera.

Nunca sé, cuando relato una historia, si tengo que limitarme a los meros hechos o bien he de entrar en pormenores y describir la atmósfera y otras cosas semejantes. Quiero decir que muchos, sin duda, adornarían esta narración con una larga descripción de Goodwood, haciendo resaltar el cielo azul, la ondulante perspectiva, la alegre masa de los rateros y la no menos alegre masa de sus víctimas..., en una palabra, lo que ustedes gusten. Pero creo que más vale dejarlo correr. Incluso queriendo dar detalles de la jornada, no creo que tuviera el valor de hacerlo. La cosa es demasiado reciente. El dolor aún no ha desaparecido. Lo que sucedió, ¿saben?, fue que Brisa del Océano (¡maldita sea!) hizo un papel muy poco lucido en la carrera. Créanme, muy poco lucido.

Éstos son los momentos que ponen a prueba las almas de los hombres. Nunca es agradable que lo atrapen a uno cuando el favorito resulta una calamidad, y en el caso de este condenado animal, uno había llegado a considerar la carrera como una mera formalidad, una especie de extraña ceremonia antigua que se debía presenciar forzosamente antes de acercarse al corredor de apuestas y cobrar. Había salido del hipódromo para intentar olvidar, cuando me topé con el viejo Bittlesham, que estaba tan trastornado y colorado, y tenía los ojos tan desorbitados, que alargué simplemente mi mano y estreché la suya en silencio.

–¡Yo también! –dije–. Yo también. ¿Cuánto perdió usted?

Lord Bittlesham pareció asombrarse.

–¿Perder?

–Con Brisa del Océano.

–No aposté por Brisa del Océano.

–¿Cómo? ¡El favorito para la copa es suyo y no lo ha respaldado usted!

–Nunca apuesto en las carreras. Es contrario a mis principios. Me han dicho que el animal no consiguió ganar la competición.

–¡Que no consiguió ganar! Hombre, estaba tan lejos que casi llegó el primero en la carrera siguiente.

–¡Cuernos!

–Ésa es la expresión justa –asentí. Luego me extrañó su aspecto–. Pero si usted no ha perdido nada en la carrera –dije–, ¿por qué está tan fuera de sí?

–¡Ese individuo está aquí!

–¿Qué individuo?

–El hombre de las barbas.

Ustedes comprenderán cuán profundamente penetró el hierro en mi alma, cuando les diga que aquélla fue la primera vez que dediqué un pensamiento al joven Bingo. Repentinamente me acordé de que él me había dicho que iría a Goodwood.

–En este mismísimo momento está pronunciando un incendiario discurso dirigido específicamente contra mí. ¡Venga! Está en ese grupo. –Me arrastró consigo y, usando científicamente su peso, se abrió paso hasta la primera fila–. ¡Mire! ¡Escuche!

No cabía duda de que el joven Bingo estaba diciendo cosas muy fuertes. Inspirado por el dolor de haber colocado su pequeña fortuna a favor de un rocín que ni siquiera había llegado entre los seis primeros, atacaba sin contemplaciones la negrura de corazón de los plutocráticos propietarios que habían permitido creer a un público confiado que un caballo era una centella, cuando no podía trotar una docena de metros sin cruzar las patas y pararse a descansar. Luego procedió a esbozar un cuadro en extremo conmovedor: el de la ruina del hogar de un trabajador debida a la deshonestidad de los propietarios de caballos. Nos hizo ver al trabajador, lleno de optimismo y buena fe, creyendo

cada palabra que leía en los periódicos referente al estado de Brisa del Océano; privando de la comida a su mujer y a sus hijos para poder apostar por la noble bestia; no bebiendo cerveza para poder añadir un chelín más; vaciando la hucha de su hijito con una aguja de sombrero la víspera de la carrera; y finalmente sumiéndose en la ruina más absoluta. Fue extremadamente impresionante. Vi al viejo Rowbotham haciendo con la cabeza suaves señales de aprobación, mientras el pobre Butt miraba al orador con mal disimulados celos. El auditorio estaba pendiente de sus labios.

–Pero ¿qué le importa a lord Bittlesham –gritó Bingo– si el pobre trabajador pierde los ahorros tan duramente adquiridos? Os digo, amigos y camaradas, que podéis hablar, que podéis discutir, que podéis aclamar y que podéis presentar proposiciones, pero lo que vosotros necesitáis es acción. ¡Acción! ¡El mundo no será un lugar apropiado en el que puedan vivir los hombres honrados hasta que la sangre de lord Bittlesham y de sus semejantes afluya por los arroyos de Park Lane!

Del populacho, que supongo había apostado en su mayoría por el maldito jamelgo y lo sentía profundamente, se levantaron rugidos de aprobación. El viejo Bittlesham pegó un salto en dirección a un corpulento y triste policía que contemplaba la escena, y pareció instarle a que interviniera. El policía se atusó el bigote y sonrió suavemente, pero esto fue todo lo que parecía dispuesto a hacer; y el viejo Bittlesham volvió hasta donde yo me hallaba, resoplando con furia.

–¡Es monstruoso! Ese hombre amenaza abiertamente mi seguridad personal y el policía se niega a intervenir. Dijo que no eran más que palabras. ¡Palabras! ¡Es monstruoso!

–¡De acuerdo! –dije, pero no puedo afirmar que esto le animara mucho.

El camarada Butt había ocupado ahora el centro del estrado. Su voz resonaba como una trompeta del día del Juicio y se oía cada una de sus palabras, pero en realidad no parecía tener éxito. Supongo que esto se debía a que era demasiado impersonal, si ésta es la palabra adecuada. Después del discurso de Bingo el auditorio estaba en unas condiciones de espíritu que requerían algo mucho más mordaz que meras observaciones generales a propósito de la causa. Empezaban a bombardear con sarcasmos al pobre desgraciado, cuando éste se detuvo en medio de una frase, y observé que estaba mirando fijamente al viejo Bittlesham.

La muchedumbre pensó que tenía la garganta seca.

–Tómese una pastilla –sugirió alguien.

El camarada Butt se recobró con un sobresalto, e incluso desde donde me hallaba vi que un resplandor malvado brillaba en sus ojos.

–¡Ah! –gritó–. Podéis burlaros, camaradas; podéis mofaros y sonreír con desprecio, y podéis ponerme en ridículo; pero dejadme deciros que el movimiento se extiende cada día más. Sí, incluso se va extendiendo entre las llamadas clases superiores. Puede que me creáis cuando os diga que aquí, en este mismísimo lugar, tenemos en nuestro pequeño grupo a uno de nuestros más ardientes colaboradores, el sobrino del mismo lord Bittlesham cuyo nombre silbabais hace un momento.

Y antes de que el pobre Bingo se enterase de lo que pasaba, Butt alargó una mano y le agarró la barba. Ésta se desprendió completamente y, por bueno que hubiera sido el discurso de Bingo, no fue absolutamente nada comparado con el efecto que produjo esta simple acción. Oí que el viejo Bittlesham emitía un corto y sofocado grito de asombro; luego, cualquier observación que hubiera podido hacer fue ahogada por unos aplausos atronadores.

He de decir que en esta crisis el joven Bingo obró con mucha decisión y entereza. Agarrar al camarada Butt por el cuello e intentar estrangularlo fue trabajo de un momento. Pero antes de que pudiese obtener cualquier resultado, el triste policía, animándose como por arte de magia, se lanzó a la carga y, un minuto después, se estaba abriendo paso entre la muchedumbre con Bingo en la mano derecha y el camarada Butt en la izquierda.

–Déjeme pasar, señor, por favor –dijo cortésmente cuando llegó frente al viejo Bittlesham, que obstruía el paso.

–¿Eh? –dijo el viejo Bittlesham, aún atontado.

Al oír su voz, el joven Bingo levantó rápidamente la vista desde la sombra que proyectaba la mano derecha del policía y, al hacerlo, pareció aflojarse como un balón deshinchado de golpe. Se dobló como un lirio marchito, y luego continuó su camino arrastrando los pies. Tenía el aire de un hombre que hubiera sido apaleado.

A veces, cuando Jeeves me trae el té matutino, después de dejarlo en la mesita de noche se desliza silenciosamente fuera de la habitación y me deja tomarlo a solas; otras veces se queda respetuosamente en medio de la alfombra, y entonces sé que quiere decirme una palabra o dos. Al día siguiente de haber vuelto de Goodwood, yacía yo boca arriba, mirando fijamente al techo, cuando me di cuenta de que él se hallaba todavía en mi presencia.

–¡Ah, hola! –dije–. ¿Qué ocurre, Jeeves?

–Míster Little ha venido a primera hora, señor.

–¡Dios santo! ¿Le contó lo ocurrido?

–Sí, señor. Por eso quería ver al señor. Se propone retirarse al campo y quedarse allí una temporada.

–Realmente sensato.

–Ésta fue también mi opinión, señor. Sin embargo, tenía que vencer una pequeña dificultad financiera. Me tomé la libertad de prestarle diez libras en su nombre para cubrir los gastos corrientes. Espero merecer su aprobación, señor.

–¡Oh, desde luego! Coja un billete de diez libras de la cómoda.

–Perfectamente, señor.

–Jeeves –dije.

–¿Señor?

–Lo que me intriga es cómo diablos ocurrió todo. Quiero decir, ¿cómo llegó a enterarse Butt de su verdadera personalidad?

Jeeves tosió.

–En esto, señor, temo que se me pueda reprochar algo.

–¿A usted? ¿Cómo?

–Me temo que, inadvertidamente, pueda haber revelado la identidad de míster Little a míster Butt cuando tuve aquella conversación con él.

Me incorporé en el lecho.

–¿Qué?

–En efecto, ahora que pienso en aquel incidente, señor, recuerdo claramente haber dicho que el trabajo de míster Little por la causa me parecía merecer realmente el agradecimiento del público. Lamento haber sido el motivo de un momentáneo enfriamiento entre míster Little y su señoría. Y temo que el asunto presente además otro aspecto. También soy responsable de la rotura de relaciones entre míster Little y la joven dama que vino a tomar el té.

Me incorporé de nuevo. Es extraño, pero el aspecto ventajoso del asunto se me había escapado por entero hasta aquel momento.

–¿Quiere decir que todo ha terminado?

–Completamente, señor. Comprendí, por las palabras de míster Little, que sus esperanzas en esa dirección pueden ser consideradas ahora definitivamente extinguidas. Si no hubiese otro obstáculo, el padre de la señorita, me informó míster Little, le considera ahora un espía y un impostor.

–¡Bueno, me deja pasmado!

–Parece ser que sin querer he causado muchos disgustos, señor.

–¡Jeeves! –dije.

–¿Señor?

–¿Cuánto dinero hay en la cómoda?

–Además del billete de diez libras que usted me mandó coger, señor, hay dos billetes de cinco libras, tres de una libra, uno de diez chelines, dos medias coronas, un florín, cuatro chelines, una moneda de seis peniques y un medio penique, señor.

–Quédeselo todo –dije–. Se lo ha ganado usted.

## 13. LA CARRERA DEL GRAN SERMÓN

Por lo general, observo que después de Goodwood me siento un poco intranquilo. No soy muy aficionado a los pájaros, los árboles y los grandes espacios abiertos, pero no cabe duda de que Londres no presenta su mejor aspecto en agosto y que más bien tiende a fastidiarme y a hacerme pensar en ir al campo hasta que las cosas hayan vuelto a animarse un poco. Londres, un par de semanas después del espectacular final del joven Bingo que acabo de contarles, estaba vacío y olía a asfalto en ebullición. Todos mis amigotes estaban fuera y la mayoría de los teatros se hallaban cerrados.

Hacía un calor infernal. Una noche, mientras estaba sentado en mi apartamento intentando acumular la energía suficiente para irme a acostar, comprendí que no podía aguantar más, y cuando Jeeves entró con líquidos vigorizadores en una bandeja, le expuse el asunto sin remilgos.

–Jeeves –dije, secándome la frente y boqueando como un pez dorado fuera del agua–, hace un calor bestial.

–El tiempo es opresivo, señor.

–Que no sea todo sifón, Jeeves.

–No, señor.

–Creo que estamos un poco hastiados de la metrópoli y necesitamos un cambio. Icemos velas, Jeeves, ¿qué le parece?

–Es una excelente idea. Y hay una carta sobre la chimenea.

–¡Por Dios, Jeeves, eso ha sido prácticamente poesía! Rimaba, ¿lo ha notado? –Me trajo la carta y la abrí–. Oiga, esto es extraordinario.

–¿Señor?

–¿Conoce usted Twing Hall?

–Sí, señor.

–Bueno, míster Little está allí.

–¿De veras, señor?

–En carne y hueso. Tuvo que aceptar otro de esos empleos de preceptor.

Después del espantoso embrollo de Goodwood, cuando el joven Bingo Little, un hombre acabado, me había pedido prestadas diez libras para desaparecer luego silenciosamente en lo desconocido, anduve por todas partes preguntando a nuestros amigos comunes si tenían noticias de él, pero nadie sabía nada. Y ahora resultaba que había estado en Twing Hall. Curioso. Y les diré por qué fue curioso. Twing Hall pertenece al viejo lord Wickhammersley, gran amigo de mi padre cuando éste vivía, y yo tengo una invitación permanente para ir allí cuando quiera. Generalmente lo hago durante el verano y me quedo durante una o dos semanas, y estaba precisamente pensando en ir allí antes de leer la carta.

–Y además, Jeeves, mi primo Claude y mi primo Eustace..., ¿los recuerda?

–Perfectamente, señor.

–Bueno, también están allí preparando no sé qué examen con el vicario. Yo mismo me preparaba antaño con él. Le conocen por todas partes como un entendedor muy capacitado para los que tienen un intelecto bastante débil. Bueno, cuando le digo que me hizo aprobar con Smalls, comprenderá usted que es un hacha. Eso es lo que yo llamo una cosa extraordinaria.

Volví a leer la carta. Era de Eustace. Claude y Eustace son gemelos y por lo general se les considera la maldición de la raza humana.

La vicaría,

Twing, Gloucestershire.

Querido Bertie:

¿Quieres ganar dinero? He oído decir que en Goodwood te fue mal, de modo que probablemente lo necesitarás. Bueno, ven para aquí enseguida y podrás tomar parte en el mayor acontecimiento deportivo de la temporada. Te lo explicaré en cuanto te vea, pero te aseguro que es una cosa formidable.

Claude y yo estamos repasando las asignaturas con el viejo Heppenstall. Somos nueve, sin contar a tu amigo Bingo Little, que es el preceptor del niño del Hall.

No te pierdas esta oportunidad única que puede no volver a presentarse. Ven a reunirte con nosotros. Tuyo,

EUSTACE

Le alargué la carta a Jeeves. La estudió meditabundo.

–¿Qué opina de esto? Una comunicación curiosa, ¿no?

–Míster Claude y míster Eustace son unos caballeros extraordinariamente osados, señor. Estoy dispuesto a imaginar que están tramando algo.

–Sí, pero ¿qué puede ser?

–Me resulta imposible decírselo, señor. ¿Ha observado usted que la carta continúa al dorso?

–¿Eh, qué?

Se la arranqué de las manos. Esto era lo que había al otro lado de la página:

CARRERA DEL SERMÓN

CONCURSANTES Y APUESTAS

PROBABLES PARTICIPANTES

Rev. Joseph Tucker (Badgwick), sin hándicap.

Rev. Leonard Starkie (Stapleton), sin hándicap.

Rev. Alexander Jones (Upper Bingley), recibe tres minutos.

Rev. W. Dix (Little Clickton-on-the-Wold), recibe cinco minutos.

Rev. Francis Heppenstall (Twing), recibe ocho minutos.

Rev. Cuthbert Dibble (Boustead Parva), recibe nueve minutos.

Rev. Orlo Hough (Boustead Magna), recibe nueve minutos.

Rev. J. J. Roberts (Fale-by-the-Water), recibe diez minutos.

Rev. G. Hayward (Lower Bingley), recibe doce minutos.

Rev. James Bates (Gandle-by-the-Hill), recibe quince minutos.

*(Los susodichos han llegado.)*

Apuestas: 5-2, Tucker, Starkie; 3-1, Jones; 9-2, Dix; 6-1, Heppenstall, Dibble, Hough; 100-8 todos los demás.

Eso me confundió.

–¿Lo comprende, Jeeves?

–No, señor.

–Bueno, creo que deberíamos ir a echar un vistazo de todos modos, ¿verdad?

–No cabe duda, señor.

–Muy bien, pues. Empaquete unas cuantas cosas y un cepillo de dientes con un pedazo de papel de embalar, envíe un telegrama a lord Wickhammersley para informarle de que llegamos, y compre un par de billetes para el tren de las cinco y diez que sale de Paddington mañana.

El tren de las cinco y diez llegó con retraso, como siempre, y todo el mundo estaba vistiéndose para la cena cuando llegamos al Hall. Poniéndome el traje de etiqueta en un tiempo récord y bajando la escalera hasta el comedor en un par de saltos conseguí llegar al mismo tiempo que la sopa. Me deslicé en un puesto vacante, y me percaté de que estaba sentado al lado de Cynthia, la hija menor del viejo Wickhammersley.

–¡Hola, trasto! –dije.

Siempre habíamos sido grandes amigos. A decir verdad, hubo un tiempo en que creí estar enamorado de Cynthia. Sin embargo, eso pasó. Conste que era una muchacha condenadamente bonita, inteligente y atractiva, pero estaba llena de ideales y de otras cosas por el estilo. Puede que sea injusto con ella, pero me parece que es el tipo de chica que quiere que un hombre se labre su carrera o algo semejante. La he oído hablar favorablemente de Napoleón. De modo que entre una cosa y otra, el viejo frenesí se agotó y ahora somos meramente amigos. Creo que es una muchacha extraordinaria y ella me considera algo chiflado, de modo que todo es encantador y delicioso.

–Bueno, Bertie, veo que has llegado.

–Oh, sí, he llegado. Aquí estoy. Oye, parece que he caído en medio de una tertulia de bebés. ¿Quiénes son todos estos tipos?

–Gente del vecindario. Ya conoces a la mayoría. Debes recordar al coronel Willis, y a los Spencer...

–Claro que sí. Y allí está el viejo Heppenstall. ¿Quién es el sacerdote que está al lado de mistress Spencer?

–Es míster Hayward, de Lower Bingley.

–¡Qué cantidad asombrosa de sacerdotes hay por aquí! Vaya, ahí hay otro, al

lado de mistress Willis.

–Míster Bates, el sobrino de míster Heppenstall. Es auxiliar en Eton. Pasa aquí las vacaciones, actuando como locum tenens de míster Spettigue, el rector de Gandle-by-the-Hill.

–Ya me parecía conocer esa cara. Cursaba cuarto año en Oxford cuando yo hacía primero. Era un hacha. Tomó parte en las regatas universitarias, y todo lo demás. –Eché otro vistazo alrededor de la mesa y observé a Bingo–. Ah, ahí está –dije–. Ahí está ese cabezota.

–¿Ahí está quién?

–El joven Bingo Little. Un gran amigo mío. Es el preceptor de tu hermano, ¿sabes?

–¡Bondad divina! ¿Es amigo tuyo?

–¡Ya lo creo! Le conozco de toda la vida.

–Entonces, dime, Bertie, ¿está mal de la cabeza?

–¿Mal de la cabeza?

–No lo digo sencillamente porque sea amigo tuyo. Pero ¡tiene un modo de ser tan extraño!

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, ¡siempre me mira de manera tan rara!

–¿Rara? ¿Cómo? Trata de imitarlo.

–No puedo delante de toda esta gente.

–¡Claro que puedes hacerlo! Levantaré la servilleta.

–Muy bien, pues. Deprisa. ¡Mira!

Considerando que sólo disponía de un segundo y medio para hacerlo, he de decir que fue una exhibición excelente. Abrió mucho la boca y los ojos y desvió la

barbilla a un lado, y consiguió parecerse tanto a una ternera dispéptica que al punto reconocí los síntomas.

–Oh, no te preocupes –dije–; no hay por qué alarmarse. Sencillamente, está enamorado de ti.

–¿Enamorado de mí? No seas absurdo.

–Oye, cariño, tú no conoces al joven Bingo. Él puede enamorarse de cualquiera.

–¡Gracias!

–Oh, no quise decir eso, ¿sabes? No me extraña que se haya prendado de ti. Mira, yo mismo estuve enamorado de ti una temporada.

–¿Una temporada? ¡Vaya! ¿Y lo único que queda ahora son esas frías cenizas? Ésta no es una de tus tardes más amables, Bertie.

–Bueno, preciosa, considerando que me diste calabazas y que casi te pusiste enferma de tanto reír cuando te pedí...

–Oh, no te lo reprocho. Sin duda los dos tuvimos la culpa. Es muy buen mozo, ¿verdad?

–¿Buen mozo? ¿Bingo? ¿Bingo, buen mozo? ¡No, oye, realmente, vamos!

–Quiero decir, comparado con algunas personas –dijo Cynthia.

Un poco más tarde, lady Wickhammersley dio la señal de salida a las mujeres de la reunión, y todas salieron con gran alboroto. No tuve la oportunidad de hablar con el joven Bingo cuando ellas se fueron, y luego no se presentó en el salón. Le encontré más tarde en su habitación, tumbado, con los pies sobre los de la cama, fumando un cigarrillo. Sobre la mesita de noche, a su lado, había un cuadernito.

–¡Hola, espantajo! –dije.

–Hola, Bertie –replicó, de un modo que me pareció algo malhumorado y distraído.

–Es curioso encontrarte aquí. Supongo que tu tío te cortó la renta después del

escándalo de Goodwood y tuviste que aceptar este puesto de preceptor para alejar al lobo de tu puerta, ¿no es así?

–Exacto –dijo el joven Bingo elegantemente.

–Bueno, hubieras podido comunicar a tus amigos dónde estabas.

Bingo refunfuñó sombríamente.

–No quería que se supiera dónde estaba. Quería alejarme de todos y esconderme. He pasado muy malos ratos, Bertie, durante estas últimas semanas. El sol había dejado de brillar...

–Es curioso. Tuvimos un tiempo estupendo en Londres.

–Los pájaros dejaron de cantar...

–¿Qué pájaros?

–¿Qué diablos importa qué pájaros sean? –dijo el joven Bingo con cierta aspereza–. Todos los pájaros. Los pájaros de por aquí. No esperarás que los especifique por sus nombres, ¿verdad? Te digo, Bertie, que al principio fue un golpe duro, muy duro.

–¿Qué te golpeó? –Yo, la verdad, no comprendía a qué se refería.

–La calculada insensibilidad de Charlotte.

–¡Oh! –He visto al pobre Bingo metido en tantos desgraciados asuntos amorosos que casi olvidaba que una muchacha intervenía en el de Goodwood. ¡Naturalmente! Charlotte Corday Rowbotham. Y ella le había dado calabazas, lo recordé, y se había ido con el camarada Butt.

–He pasado por toda clase de torturas. Recientemente, sin embargo, yo..., hmm..., me he reanimado un poco. Dime, Bertie, ¿qué estás haciendo aquí? No sabía que conocieras a esta gente.

–¿Yo? Vaya, los conozco desde que era un niño.

El joven Bingo golpeó ruidosamente el suelo con los pies.

–¿Quieres decir que ya conocías a lady Cynthia?

–¡Ya lo creo! Aún no tenía siete años cuando la conocí.

–¡Dios mío! –dijo el joven Bingo. Me miró por primera vez en su vida con cierto respeto y se le atragantó una bocanada de humo–. ¡Yo amo a esa muchacha, Bertie! –continuó, cuando acabó de toser.

–Sí, es una chica encantadora, desde luego.

Me miró con odio bastante profundo.

–No hables de ella de ese modo tan horriblemente indiferente. Es un ángel. ¡Un ángel! ¿Te habló de mí durante la cena, Bertie?

–Oh, sí.

–¿Qué dijo?

–Sólo me acuerdo de una cosa. Dijo que te consideraba un buen mozo.

El joven Bingo cerró los ojos, sumido en una especie de éxtasis. Luego cogió el cuaderno de notas.

–Vete ahora, muchacho. Sé bueno –dijo con voz sorda y lejana–. He de escribir un poco.

–¿Escribir?

–Poesía, si quieres saberlo. Daría cualquier cosa –dijo el joven Bingo, no sin amargura– por que la hubieran bautizado con un nombre que no fuese Cynthia. No hay una condenada palabra en nuestro idioma que rime con él. ¡Grandes dioses, cómo habría podido lucirme si se llamara Jane!

A primera hora de la mañana siguiente, mientras yo estaba en la cama contemplando la luz del sol sobre la cómoda y preguntándome cuándo comparecería Jeeves con una taza de té, un gran peso me cayó sobre los dedos de los pies, y la voz del joven Bingo profanó el aire. El desgraciado se había

levantado evidentemente con las alondras.

–Déjame en paz –dije–. Quiero estar solo. No puedo ver a nadie hasta después de tomar una taza de té.

–Cuando Cynthia sonríe –dijo el joven Bingo– el cielo es azulado; y el mundo tórnase de color rosa; en el jardín los pájaros cantan y trinan, y el gozo y la alegría todo lo dominan, cuando Cynthia sonríe. –Tosió, cambiando de tono–. Cuando Cynthia se irrita...

–¿De qué diablos estás hablando?

–Te estoy leyendo mi poema. Lo que escribí anoche para Cynthia. ¿Puedo continuar?

–¡No!

–¿No?

–No. Aún no he tomado el té.

En aquel momento entró Jeeves con la restauradora bebida, y yo me precipité sobre ella con un grito de alegría. Después de un par de sorbos las cosas me parecieron algo más luminosas. Ni siquiera el joven Bingo ofendía tanto la vista. Cuando terminé la primera taza fui un hombre nuevo, hasta tal punto que no sólo permití sino que animé también al pobre Bingo para que leyera el resto de su obra maestra, e incluso llegué a criticar la métrica del cuarto verso de la quinta estrofa. Aún estábamos discutiendo el asunto, cuando la puerta se abrió de par en par y entraron Claude y Eustace. Una de las cosas que me desaniman de la vida rural es la hora espantosamente temprana en que se producen los acontecimientos. He estado en lugares del campo donde me sacaron de la cama a las seis y media aproximadamente para ir a dar un alegre chapuzón en el lago. En Twing, gracias al cielo, me conocían y me dejaban desayunar en la cama.

Los gemelos parecían estar encantados de verme.

–¡Hola, viejo Bertie! –dijo Claude.

–¡Qué individuo tan valiente! –dijo Eustace–. El reverendo nos dijo que habías llegado. Ya sabía yo que mi carta te haría caer por aquí.

–Siempre se puede contar con Bertie –dijo Claude–. Es un deportista consumado. Bueno, ¿te habló Bingo a este propósito?

–Ni una palabra. Ha estado...

–Hemos estado charlando –dijo Bingo apresuradamente– de otras cosas.

Claude robó la última tostada con mantequilla, y Eustace se sirvió una taza de té.

–Se trata de lo siguiente, Bertie –dijo Eustace, instalándose cómodamente–. Como te expliqué en mi carta, somos nueve los que estamos abandonados en este lugar desierto, estudiando con el viejo Heppenstall. Bueno, desde luego, no hay nada más alegre que sudar sobre los textos clásicos con cien grados a la sombra; pero llega un momento en que uno comienza a sentir la necesidad de relajarse un poco, y Dios sabe que no hay absolutamente ninguna facilidad para relajarse en este lugar. Entonces Steggles tuvo esta idea. Steggles es uno de nuestra banda y, entre nosotros, te diré que es un poco gusano. Sin embargo, hay que reconocer su mérito por habérsele ocurrido esta idea.

–¿Qué idea?

–Bueno, ya sabes cuántos párrocos pululan por estos alrededores. Hay cerca de una docena de aldeas en un radio de diez kilómetros, y cada aldea tiene su iglesia, y cada iglesia tiene su párroco, y cada párroco lee un sermón cada domingo. De mañana en ocho, el domingo día veintitrés, celebraremos la Carrera del Gran Sermón. Steggles toma las apuestas. Cada párroco será cronometrado por un comisario digno de confianza, y el que lea el sermón más largo será el vencedor. ¿Estudiaste el programa que te envié?

–No logré comprender de qué se trataba.

–Pues, idiota, da los hándicaps y las apuestas corrientes sobre cada participante. Tengo otro aquí, por si has perdido el tuyo. Estúdialo cuidadosamente. Es un compendio del asunto. Jeeves, viejo amigo, ¿quiere hacer una especulación deportiva?

–¿Señor? –dijo Jeeves, que acababa de entrar con el desayuno.

Claude explicó el asunto. Fue asombrosa la rapidez con que Jeeves se hizo cargo de la situación. Pero se limitó a sonreír de un modo paternal.

–Gracias señor, creo que no.

–Bueno, tú estás con nosotros, Bertie, ¿verdad? –dijo Claude, robando un panecillo y un pedazo de beicon–. ¿Has estudiado ya ese programa? Bueno, dime, ¿se te ocurre alguna idea al verlo?

Desde luego que se me ocurrió. Se me ocurrió en el momento de verlo.

–Bueno, hay que dar por descontado que ganará el viejo Heppenstall –dije–. Para él esto será coser y cantar. No hay párroco en el país que pueda concederle ocho minutos. Vuestro amigo Steggles debe ser un asno si le da tamaña ventaja. Cuando estudiaba con él, el viejo Heppenstall nunca echaba un sermón que durara menos de media hora, y uno que trataba del amor fraternal duró cuarenta y cinco minutos, ni un segundo menos. ¿Es que últimamente ha perdido la inspiración?

–Nada de eso –dijo Eustace–. Cuéntale lo que ha ocurrido, Claude.

–Verás –dijo Claude–, el primer domingo de nuestra estancia aquí fuimos todos a la iglesia de Twing, y el viejo Heppenstall pronunció un sermón que duró mucho menos de veinte minutos. Eso es lo que ocurrió. Steggles no se dio cuenta y el reverendo tampoco, pero Eustace y yo vimos los dos que se le habían caído de la cartera por lo menos media docena de páginas mientras se dirigía al púlpito. Pareció titubear cuando llegó a la interpretación del manuscrito, pero continuó sin desfallecer, y Steggles se fue con la impresión de que veinte minutos, o poco menos, era su tiempo habitual. Al domingo siguiente oímos a Tucker y a Starkie, y ambos pasaron de los treinta y cinco minutos, de modo que Steggles arregló los hándicaps según puedes ver en el programa. Debes entrar en esto, Bertie. Lo malo es que estoy sin blanca, ¿sabes?, y Eustace también está sin blanca, y Bingo Little también está sin blanca, de modo que tendrás que sufragar al sindicato. ¡No esquives el bulto! No se trata más que de poner dinero en nuestros bolsillos. Bueno, ahora tenemos que marcharnos. Medítalo bien y telefonéame más tarde. Y si nos traicionas, Bertie, que la maldición de un primo, etcétera. Vámonos, Claude.

Cuanto más estudiaba el asunto, tanto más atractivo me parecía.

–¿Qué le parece, Jeeves? –pregunté.

Jeeves sonrió suavemente y se retiró.

–Jeeves no tiene sangre deportiva –dijo Bingo.

–Bueno, pues yo sí. Voy a tomar parte en esto. Claude tiene toda la razón. Es como si uno encontrase dinero en mitad de la carretera.

–¡Estupendo! –dijo Bingo–. Ahora empiezo a ver la luz del día. Supongamos que apueste diez libras por Heppenstall y que cobre; eso me proporcionará algo con que apostar por Pink Pill en la carrera de las dos, en Gatwick, dentro de dos semanas; cobro y lo apuesto todo por MuskRat, en la carrera de la una y media de Lewes, y aquí me tienes con una bonita suma que llevaré a Alexandra Park el día diez de septiembre, cuando haya conseguido una información directa de las caballerizas.

Esto parecía un fragmento del ¡Ayúdate! de Smiles.

–Y luego –dijo Bingo– estaré en condiciones de ver a mi tío y desafiarlo en su guarida. Se ha vuelto un poco esnob, ¿sabes?, y cuando se entere de que voy a casarme con la hija de un conde...

–Oye, chico –me vi obligado a decirle–, ¿no te parece que vas muy aprisa?

–Oh, no te preocupes. Es cierto que todavía no hay nada definitivo, pero el otro día prácticamente me dijo que yo le gustaba.

–¿Qué?

–Bueno, me dijo que el tipo de hombre que le agradaba es el que tiene confianza en sí mismo, el hombre varonil, fuerte, bien parecido, con carácter, ambición e iniciativa.

–¡Déjame, muchacho! –dije–. ¡Déjame con mi huevo frito!

En cuanto me hube levantado fui al teléfono, arranqué a Eustace de su labor matutina y le di instrucciones para apostar un billete de diez libras por el rayo de Twing para cada componente del sindicato; y después de almorzar, Eustace me llamó para decirme que había llevado a cabo la operación a base de siete contra uno, puesto que la diferencia aumentó debido al rumor en los círculos informados de que el reverendo padecía fiebre del heno y ponía en peligro sus

posibilidades de pasearse cada mañana por el césped que había detrás de la vicaría. Y había sido una condenada suerte, pensé al día siguiente, haber logrado apostar el dinero a tiempo porque el domingo siguiente el viejo Heppenstall estaba desbocado y nos dio treinta y seis sólidos minutos sobre el tema «Ciertas supersticiones populares». Estaba sentado al lado de Steggles en el banco de la iglesia y lo vi palidecer visiblemente. Era un muchacho bajito, con cara de rata y ojos saltones y un carácter suspicaz. Lo primero que hizo cuando salimos fue anunciar formalmente que quienquiera que a partir de entonces quisiera apostar por el reverendo podía hacerlo a base de quince contra ocho, y añadió de un modo bastante desagradable que si hubiera podido hacer las cosas a su manera, habría llamado la atención del Jockey Club sobre el comportamiento del participante, pero que suponía que ya no podía hacerse nada. Este precio ruinoso frenó instantáneamente a los jugadores, y hubo poco movimiento de dinero. Y así quedó la cosa hasta después del almuerzo del martes. Mientras yo paseaba por delante de la casa fumando un cigarrillo, llegaron Claude y Eustace a la carrera montados en sendas bicicletas, con unas noticias fenomenales.

–Bertie –dijo Claude, extraordinariamente agitado–, a no ser que tomemos unas medidas inmediatas y nos pongamos a pensar activamente, estamos aviados.

–¿Qué pasa?

–Se trata de G. Hayward –dijo Eustace sombríamente–, el corredor de Lower Bingley.

–Nunca se nos ocurrió darle importancia –dijo Claude–. Por una u otra razón lo hemos despreciado. Siempre sucede lo mismo. Steggles lo despreció. Todos lo hemos despreciado. Pero Eustace y yo, por una rara casualidad, pasamos por Lower Bingley esta mañana y nos encontramos con que se celebraba una boda en la iglesia, y de repente pensamos que no vendría mal enterarnos de cuáles eran las condiciones de G. Hayward, por si resultaba ser el caballo sorpresa.

–Y fue una suerte que lo hiciéramos –dijo Eustace–. Echó un sermón de veintiséis minutos según el cronómetro de Claude. ¡Fíjate, en una boda de pueblo! ¿Qué hará cuando hable en serio?

–Sólo hay una solución, Bertie –dijo Claude–. Tienes que anticipar más fondos para que podamos apostar por Hayward y salvarnos.

–Pero...

–Bueno, es la única salida posible.

–Pero escuchad; detesto la idea de tirar por la ventana todo el dinero que apostamos en Heppenstall.

–¿Qué sugieres, entonces? No te figurarás que el reverendo pueda ganar dando a esa auténtica maravilla un hándicap, ¿verdad?

–¡Ya lo tengo! –dije.

–¿Qué?

–Veo la posibilidad de salvar a nuestro candidato. Iré a verle esta tarde y le pediré como favor personal que el domingo nos lea su sermón sobre el amor fraternal.

Claude y Eustace se miraron como los muchachos del poema, haciendo fantásticas conjeturas.

–Es una idea –dijo Claude.

–Es una idea muy inteligente –dijo Eustace–. No imaginaba que pudieras llegar a tanto, Bertie.

–Pero incluso así –dijo Claude–, por largo que sea este sermón, ¿lo será lo suficiente para enfrentarse con un hándicap de cuatro minutos?

–¡Ya lo creo que sí! –repliqué–. Cuando os dije que duraba cuarenta y cinco minutos, probablemente me quedé corto. Diría, por lo que recuerdo, que se acerca a los cincuenta.

–Entonces, adelante –dijo Claude.

Por la tarde me llegué hasta la vicaría y arreglé el asunto. El viejo Heppenstall fue de lo más decente en esta cuestión. Parecía contento y conmovido de que yo hubiese recordado el sermón durante tanto años y me dijo que había pensado una o dos veces en volver a leerlo, sólo que le pareció, después de meditarlo, que tal vez era demasiado extenso para una congregación rural.

–Y en esta época de inquietudes, mi querido Wooster –dijo–, temo que la

brevedad en el púlpito sea cada vez más deseable incluso para el feligrés bucólico, a quien uno hubiera supuesto menos afligido por el espíritu de la prisa y de la impaciencia que su hermano metropolitano. Tuve muchas discusiones a este respecto con mi sobrino, el joven Bates, que va a ocupar el lugar de mi viejo amigo Spettigue, en Gandle-by-theHill. Su punto de vista es que hoy día un sermón debe ser una lectura fresca, viva y directa que nunca ha de durar más de diez o doce minutos.

–¿Tan poco? –dije–. ¡Vaya, Dios santo! Usted no dirá que es largo su sermón sobre el amor fraternal, ¿verdad?

–Su lectura precisa unos buenos cincuenta minutos.

–¿Está usted seguro?

–Su incredulidad, mi querido Wooster, es extraordinariamente halagüeña, mucho más halagüeña, desde luego, de lo que merezco. Sin embargo, los hechos son como le he dicho. ¿Está usted seguro de que no debería hacer algunos cortes y supresiones? ¿No cree usted que sería conveniente borrar algo o aligerarlo un poco? ¿Podría, por ejemplo, omitir la digresión un tanto agotadora sobre la vida familiar de los primitivos asirios?

–No toque ni una palabra o lo echará todo a perder –dije ansiosamente.

–Me encanta oírle, y leeré el sermón el próximo domingo por la mañana, sin falta.

Lo que siempre he dicho, y lo que siempre diré, es que estas apuestas anticipadas son una equivocación, un error, un juego de idiotas. Nunca se puede decir lo que ocurrirá. Si los hombres no se apartasen de la recomendable S. P.,[1] no irían tantos jóvenes por el mal camino. Acababa de terminar mi desayuno el sábado por la mañana, cuando Jeeves se acercó a la cabecera de mi cama para decirme que Eustace me llamaba por teléfono.

–¡Dios mío, Jeeves?, ¿qué cree usted que sucede?

He de decir que comencé a ponerme un tanto nervioso.

–Míster Eustace no me hizo ninguna confidencia, señor.

–¿Estaba alterado?

–Me parece que sí, señor, a juzgar por su voz.

–¿Sabe usted lo que pienso, Jeeves? Debe de haberle ocurrido algo malo al favorito.

–¿Quién es el favorito, señor?

–Míster Heppenstall. Todo está a su favor, actualmente. Albergaba la intención de leer un sermón sobre el amor fraternal que había de llevarle a la meta con amplia ventaja. Me pregunto si le habrá pasado algo.

–Podría usted averiguarlo, señor, hablando con míster Eustace por teléfono. Aún está al aparato.

–¡Por favor, sí!

Me envolví en una bata y volé escaleras abajo como un fuerte y raudo viento. En cuanto oí la voz de Eustace ya supe que estábamos perdidos. Había un agonizante croar en ella.

–¿Bertie?

–Aquí estoy.

–¡Caramba, cuánto tiempo has necesitado! Bertie, estamos hundidos. El favorito ha caído.

–¡No!

–¡Sí! Ha estado tosiendo en el establo toda la noche pasada.

–¿Qué?

–Lo que oyes. Tiene la fiebre del heno.

–¡Dios santo!

–El doctor está con él ahora y es sólo cuestión de minutos que lo borren oficialmente de la lista. Eso quiere decir que el vicario se presentará en su lugar, y el pobre no vale nada. Lo ofrecen a cien contra seis, pero no hay interesados. ¿Qué vamos a hacer?

Tuve que afrontar el problema en silencio durante un momento.

–Eustace.

–¿Sí?

–¿Qué puedes obtener sobre G. Hayward?

–Sólo cuatro contra uno. Creo que alguien ha ido con el soplo y que Steggles sabe algo. Las probabilidades disminuyeron anoche de un modo significativo.

–Bueno, cuatro contra uno no está mal. Apuesta otras cinco libras por G. Hayward para el sindicato. Eso nos salvará.

–Si gana.

–¿Qué quieres decir? Pensé que lo considerabas el más seguro, exceptuando a Heppenstall.

–Empiezo a preguntarme –dijo Eustace tristemente– si existe algo parecido a una certidumbre en este mundo. Me dicen que el reverendo Joseph Tucker hizo ayer una galopada de prueba extraordinariamente buena en una reunión de madres en Badgwick. Sin embargo, ésta parece ser nuestra única posibilidad. Hasta pronto.

No siendo comisario oficial, podía escoger la iglesia al día siguiente y, naturalmente, no vacilé. El único inconveniente de ir a Lower Bingley era que se encontraba a diecisiete kilómetros de distancia. Esto significaba tenerse que levantar temprano, pero uno de los criados me prestó una bicicleta y allí me fui con ella. Sólo tenía la afirmación de Eustace de que G. Hayward era un corredor de tanta valía y era posible que únicamente hubiese ostentado un estilo excepcional en la boda donde los gemelos le vieran predicar; pero cualquier duda que yo hubiese podido tener desapareció en cuanto subió al púlpito. Eustace tenía razón. Resultó una cosa seria. Era un individuo alto, imponente, de aspecto ordenado, y desde el comienzo se lanzó a una verborrea fácil y atractiva, deteniéndose y carraspeando al final de cada frase. No habían transcurrido cinco

minutos y ya me había dado cuenta de que aquél era el ganador. Su modo de pararse y mirar a intervalos alrededor de la iglesia nos valía minutos, y en la última parte ganamos no poca ventaja debido a que dejó caer sus quevedos y tuvo que buscarlos. A los veinte minutos sólo había iniciado el tema. A los veinticinco minutos le vieron adelantar vigorosamente. Y cuando finalmente acabó con un buen esfuerzo, el reloj señalaba treinta y cinco minutos, catorce segundos. El hándicap que le habían dado parecía haberle facilitado las cosas y fue con excelente disposición de ánimo como salté sobre la bicicleta y emprendí el regreso a Hall para el almuerzo.

Bingo estaba hablando por teléfono cuando llegué.

–¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Colosal! –estaba diciendo–. ¿Eh? ¡Oh, no tenemos que preocuparnos por él! Muy bien, se lo diré a Bertie. –Colgó el auricular y me vio–. ¡Hola, Bertie! Acabo de hablar con Eustace. Todo marcha a pedir de boca, viejo. El informe de Lower Bingley acaba de llegar. G. Hayward no tiene competidor.

–Ya lo sabía. Acabo de verlo.

–¿Ah, estuviste allí? Yo fui a Badgwick. Tucker corrió estupendamente, pero el hándicap era demasiado grande para él. Starkie tenía ronquera y no llegó a ninguna parte. Roberts, de Fale-by-the-Water llegó tercero. ¡Viva G. Hayward! –dijo Bingo afectuosamente, y salimos a la terraza.

–¿Han llegado ya todos los informes? –pregunté.

–Todos, salvo el de Gandle-by-the-Hill. Pero no tenemos que preocuparnos por Bates. Nunca tuvo la menor posibilidad. A propósito, el viejo Jeeves pierde sus diez libras. ¡Qué zopenco!

–¿Jeeves? ¿Qué quieres decir?

–Vino a verme esta mañana después que tú hubieras salido y me rogó que apostara diez libras por Bates para él. Le dije que no hiciera tonterías, y le aconsejé que no tirara el dinero por la ventana, pero se puso terco.

–Discúlpeme, señor. Esta carta llegó para usted minutos después de que saliera de casa esta mañana.

Jeeves se había materializado en el vacío, y estaba a mi lado.

–¿Eh? ¿Qué? ¿Una carta?

–El mayordomo del reverendo Heppenstall la trajo de la vicaría, señor. Llegó demasiado tarde para entregársela a usted.

El joven Bingo estaba hablando con Jeeves paternalmente a propósito de las apuestas contrarias al buen sentido. El grito que lancé le hizo morderse la lengua en medio de una frase.

–¿Qué demonios sucede? –preguntó, no sin enojo.

–Estamos perdidos! ¡Escucha esto!

Le leí la carta:

La vicaría,

Twing, Gloucestershire.

Mi querido Wooster:

Como tal vez sepa usted, ciertas circunstancias que no están en mi mano evitar me impedirán pronunciar el sermón sobre el amor fraternal que tuvo usted la amabilidad de solicitarme. Sin embargo, no quiero causarle una decepción, y si usted asiste hoy al servicio divino de Gandle-by-the-Hill, oirá usted mi sermón predicado por el joven Bates, mi sobrino. Le he prestado el manuscrito por habérmelo pedido él urgentemente, pues entre nosotros mi sobrino es uno de los candidatos a la dirección de un conocido colegio, y la elección se ha reducido a él y a otro rival.

Anoche, a última hora, James recibió la información privada de que el presidente de la junta de directores del colegio se proponía acudir al servicio de este domingo para juzgar sus dotes de orador, lo cual ha de influir grandemente en la decisión de la junta. Accedí a su demanda de prestarle mi sermón sobre el amor

fraternal del que, al igual que usted, conserva al parecer un vivo recuerdo. Era demasiado tarde para que le fuera posible redactar un sermón de extensión adecuada con que sustituir a la corta plática que –erróneamente, según mi opinión– se había propuesto leer a su rebaño rural, y quise ayudar al muchacho.

Esperando que la prédica de mi sobrino le proporcione a usted unos recuerdos no menos agradables que los que dice usted tener de la mía, le saluda su afectísimo.

F. HEPPENSTALL

P. S. La fiebre del heno me ha debilitado desagradablemente los ojos, de modo que dicto esta carta a mi mayordomo, Brookfield, el cual se la entregará.

No sé cuándo he percibido un silencio más abrumador que el que siguió a la lectura de esta alegre epístola. El joven Bingo tragó saliva una o dos veces, y casi todas las emociones conocidas comparecieron y desaparecieron de su rostro. Jeeves emitió una tosecita suave, queda y dulce, como una oveja que se ha atragantado con una brizna de hierba. Luego se quedó mirando serenamente el paisaje. Finalmente el joven Bingo habló.

–¡Dios me ampare! –murmuró roncamente–. Una faena de la S. P.

–Creo que ése es el término técnico, señor –observó Jeeves.

–¿De manera que recibió usted una información confidencial? ¡Maldita sea! –dijo Bingo.

–Sí, señor –dijo Jeeves–. Casualmente Brookfield mencionó el contenido de la carta cuando la trajo. Somos viejos amigos.

Bingo manifestó dolor, angustia, rabia, desesperación y resentimiento.

–Bueno, todo lo que puedo decir –gritó– es que esto es un poco fuerte. ¡Predicar la plática de otro! ¿A eso se le llama honradez? ¿A eso se le llama juego limpio?

–Bueno, muchacho –dije–, sé justo. Está dentro de las reglas. Los sacerdotes lo hacen continuamente. No se puede esperar de ellos que siempre redacten los sermones que leen.

Jeeves volvió a toser y miró con ojos inexpresivos antes de hacer nuevamente uso de la palabra.

–Y en el caso presente, señor, si se me permite la libertad de hacer esta observación, creo que debemos ser comprensivos. Hemos de recordar que el obtener la dirección del colegio lo significa todo para la joven pareja.

–¡Joven pareja! ¿Qué joven pareja?

–El reverendo James Bates, señor, y lady Cynthia. La doncella de su señoría me informó de que se han comprometido hace unas semanas, provisionalmente, claro está; y su señoría, el padre de lady Cynthia, prometió dar su consentimiento a condición de que míster Bates se asegure una posición realmente importante y remunerativa.

El joven Bingo se volvió verde pálido.

–¡Comprometidos!

–Sí, señor.

Hubo un silencio.

–Creo que voy a dar un paseo –dijo Bingo.

–Pero muchacho –dije–, es la hora del almuerzo. El gong sonará de un momento a otro.

–¡Al diablo el almuerzo! –exclamó Bingo.

## 14. LA PUREZA DEL TURF

Después de estos acontecimientos, la vida en Twing fue bastante apacible durante algún tiempo. Twing no es uno de esos lugares en los que haya mucho que hacer, ni en los que se pueda esperar mucha excitación febril. En efecto, el único suceso de alguna importancia en el horizonte, por lo que pude averiguar, era la fiesta anual de la escuela del pueblo. Se pasaba el tiempo vagabundeando sencillamente por el parque, jugando un poco al tenis, y evitando al joven Bingo tanto como humanamente fuera posible.

Esto último era una medida sobremanera necesaria si uno quería llevar una vida feliz, porque el asunto de Cynthia había dejado hecho cisco al desgraciado memo, hasta tal punto que siempre estaba acechando a alguien y desahogando su alma angustiada. Y cuando una mañana irrumpió en mi habitación mientras yo jugueteaba con un ligero desayuno, decidí adoptar una actitud firme desde el principio. Podía soportar que se lamentara junto a mí después de la cena e incluso después del almuerzo, pero a la hora del desayuno, no. Nosotros, los Wooster, somos la mismísima amabilidad, pero todo tiene un límite.

–Ahora escucha, viejo amigo –dije–. Sé que tu corazón está destrozado y todo lo demás, y en un futuro estaré encantado de oírlo, pero...

–No he venido a hablarte de eso.

–¿No? ¡Parece increíble!

–El pasado –dijo el joven Bingo– ha muerto. No hablemos más de ello.

–De acuerdo.

–He sido herido hasta lo más profundo de mi alma, pero no se lo digas a nadie.

–No lo haré.

–Ignóralo. Olvídalo.

–Completamente.

No le había visto tan condenadamente razonable desde hacía muchos días.

–Vengo a verte esta mañana, Bertie –dijo, sacando del bolsillo una hoja de papel–, para saber si te gustaría tomar parte en otra pequeña especulación.

Si hay una cosa de la que nosotros, los Wooster, estamos llenos, es de sangre deportiva. Tragué de un golpe el resto de la salchicha, me senté y presté atención.

–Continúa –dije–. Me interesas extraordinariamente, viejo pájaro.

Bingo puso el papel sobre la cama.

–Es posible que no ignores que el lunes de la próxima semana –dijo– tendrá lugar la fiesta anual de la escuela del pueblo. Con este motivo, lord Wickhammersley presta los jardines del Hall. Habrá juegos y un prestidigitador y tiros al blanco y un té en un entoldado. Y también competiciones deportivas.

–Lo sé. Cynthia me lo dijo.

El joven Bingo se estremeció.

–¿Te molestaría no mencionar ese nombre? No soy de mármol.

–Lo siento.

–Bueno, como te iba diciendo, esta manifestación se verificará del lunes en ocho días. La cuestión es la siguiente: ¿participamos?

–¿Qué quieres decir con «participamos»?

–Me refiero a las competiciones deportivas. Steggles obtuvo tan buenos resultados en la Carrera del Sermón que ha decidido abrir las apuestas en las competiciones deportivas. Se puede apostar por anticipado o cuando comienzan, según se prefiera. Creo que deberíamos considerar el asunto –dijo Bingo.

Oprimí el timbre.

–Consultaré a Jeeves. No tomo en consideración ninguna propuesta deportiva sin su consejo. Jeeves –dije, cuando entró–, únase a nosotros.

–¿Señor?

–Escuche. Necesitamos sus consejos.

–Muy bien, señor.

–Expón tu caso, Bingo.

Bingo expuso su caso.

–¿Qué opina usted, Jeeves? –pregunté–. ¿Participamos?

Jeeves meditó un momento.

–Me inclino a ser favorable a la idea, señor.

Esto era suficiente para mí.

–Bien –dije–. Entonces formaremos un sindicato y haremos saltar la banca. Yo proporciono el dinero, usted el cerebro y Bingo..., ¿qué proporcionas tú, Bingo?

–Si me llevas contigo y me dejas arreglar cuentas más tarde –dijo Bingo– creo que podré proporcionarte la manera de ganar un dineral en la carrera de sacos de las madres.

–Está bien. Te pondremos en Información Interior. Ahora bien, ¿cuáles son las competiciones?

Bingo se inclinó para coger el papel y lo consultó.

–La carrera de cincuenta metros para chicas de menos de catorce años parece ser el primer número del programa.

–¿Tiene algo que decir a esto, Jeeves?

–No, señor; no poseo ninguna información.

–¿Qué sigue?

–Carrera mixta para muchachos de todas las edades, que lleva el título de «Competición entre patatas y animales».

Esto resultaba nuevo para mí. Nunca había oído hablar de tal carrera en ninguna fiesta.

–¿Qué es eso?

–Bastante deportivo –dijo el joven Bingo–. Los competidores participan por parejas, asignándose a cada pareja un grito de animal y una patata. Por ejemplo: supongamos que tú y Jeeves participáis. Jeeves se quedaría en un punto determinado sosteniendo una patata. Tú tendrías la cabeza metida en un saco y habrías de ir buscando a Jeeves produciendo un rumor parecido al de un gato; Jeeves también produciría el mismo rumor. Otros competidores imitarían a las vacas, a los corderos, a los perros y al animal que quisieran. Y buscarían a las parejas respectivas que sostienen las patatas, las cuales también imitarían a las vacas, a los cerdos, a los perros, a cualquier animal que...

Paré al joven Bingo.

–Resulta alegre si a uno le agradan los animales –dije–, pero en conjunto...

–Precisamente, señor –dijo Jeeves–. Yo lo pasaría por alto.

–Es demasiado imprevisible, ¿verdad?

–Exactamente, señor. Creo que resulta muy difícil prever su desarrollo.

–Continúa, Bingo. ¿Qué hay luego?

–La carrera de sacos de las madres.

–Eso ya me parece mejor. Aquí es donde uno puede saber algo.

–Va a ser un juego de niños para mistress Penworthy, la esposa del estanquero –dijo Bingo confidencialmente–. Ayer mismo estuve en su tienda comprando cigarrillos, y ella me dijo que había ganado tres veces en las ferias de Worcestershire. Llegó a estos parajes recientemente, de modo que podríamos obtener buenas ganancias.

–¿Arriesgamos diez libras, Jeeves?

–Creo que sí, señor.

–Carrera femenina del huevo y la cuchara, para todas las edades –leyó Bingo.

–¿Qué hay con eso?

–Dudo que valga la pena arriesgar nada, señor –dijo Jeeves–. Me informaron de que es cosa hecha para la vencedora del año pasado, Sarah Mills, que indudablemente saldrá ya como favorita.

–Es buena, ¿verdad?

–Me dicen en el pueblo que sabe sostener un huevo estupendamente, señor.

–Luego sigue la carrera de obstáculos –dijo Bingo–. Opino que es bastante arriesgada. Sería como apostar en el Gran Nacional. Concurso de sombreros adornados para los padres... Otro acontecimiento en que especular. Eso es todo, salvo la carrera de los cien metros para los muchachos del coro, premiado con un jarro de peltre, obsequio del vicario. Pueden tomar parte todos los que no hayan mudado de voz antes del segundo domingo de Epifanía. Willie Chambers ganó el año pasado, saliendo con quince metros de ventaja. Esta vez probablemente quedará fuera de concurso. No sé qué aconsejar.

–Si me permite, haré una sugerencia, señor.

Miré a Jeeves con interés. Creo que nunca lo había visto tan al borde de la excitación.

–¿Tiene alguna idea?

–La tengo, señor.

–¿Al rojo vivo?

–Eso la describe exactamente, señor. Creo poder asegurar con certidumbre que tenemos al vencedor de la carrera para los muchachos del coro bajo este mismo techo, señor. Se trata de Harold, el botones.

–¿El botones? ¿Se refiere al muchacho regordete que ve uno aparecer por todas partes? Bueno, oiga, Jeeves, nadie respeta más que yo su clarividencia, pero que me cuelguen si puedo ver a Harold atrayendo la atención del jurado. Parece un tonel, y siempre que lo he visto estaba apoyado contra algo, medio adormilado.

–Recibe treinta metros, señor, y podría ganar sin hándicap. El muchacho vuela.

–¿Cómo lo sabe usted?

Jeeves tosió y sus ojos asumieron una expresión soñadora.

–Quedé tan asombrado como usted, señor, al darme cuenta por primera vez de las capacidades del chico. Resulta que le perseguía una mañana con la intención de darle un cachete...

–¡Dios me valga, Jeeves! ¡Usted!

–Sí, señor. El muchacho tiene tendencia a irse de la lengua e hizo una observación injuriosa sobre mi apariencia personal.

–¿Qué dijo sobre su apariencia personal?

–Lo he olvidado, señor –dijo Jeeves, un tanto austeramente–. Pero fue injurioso. Intenté darle su merecido, pero me dejó atrás y pudo escapar.

–¡Pero oiga, Jeeves, esto es sensacional! Y sin embargo... si es tan buen corredor, ¿cómo es que no se ha enterado nadie en el pueblo? Competirá con los demás muchachos, ¿verdad?

–No, señor. Como paje de su señoría, Harold no se mezcla con los muchachos del pueblo.

–Es un poco esnob, ¿verdad?

–Es un ser muy consciente de que existen las diferencias de clase, señor.

–¿Está usted completamente seguro de que es tal maravilla? –dijo Bingo–. Quiero decir que no convendría arriesgarnos a menos que no tenga usted una certidumbre absoluta.

–Si quieren ustedes comprobar la forma del muchacho mediante una inspección personal, señor, será fácil organizar una prueba secreta.

–Confieso que me sentiría más tranquilo –dije.

–Entonces, si puedo coger un chelín del dinero que hay sobre la cómoda...

–¿Para qué?

–Me propongo sobornar al muchacho para que hable con desprecio del estrabismo del segundo camarero, señor. Charles es muy sensible cuando se toca este punto y no cabe duda de que el muchacho no se quedará corto. Si ustedes se asoman dentro de media hora a la ventana del pasillo del primer piso que queda encima de la puerta trasera...

No recuerdo haberme vestido nunca con tanta prisa. Por lo general soy lo que se puede llamar un hombre lento y esmerado en el vestir: gusto de entretenerme con la corbata y ver que los pantalones caen bien; pero aquella mañana me encontraba en un estado febril. Me limité a ponerme la ropa de cualquier manera y me reuní con Bingo junto a la ventana, con un cuarto de hora de anticipación.

La ventana del pasillo daba a una especie de amplio patio pavimentado, que terminaba en una arcada formada en una pared alta, a unos veinte metros de donde nos hallábamos. Al otro lado de la arcada, se veía una parte de la avenida que describía una curva a lo largo de otros treinta metros hasta perderse detrás de un espeso bosquecillo. Me imaginé en la piel del muchacho y pensé qué medidas adoptaría con un segundo camarero persiguiéndome. Sólo una cosa se podía hacer: dirigirse hacia el bosquecillo y refugiarse allí; lo que significaba cubrir por lo menos cincuenta metros..., una prueba excelente. Si Harold lograba mantener a distancia suficiente al segundo camarero para alcanzar el bosquecillo, no había corista en Inglaterra que pudiera darle treinta metros sobre cien. Esperé, presa de gran agitación, durante lo que parecieron horas. Luego, de repente, se oyó un ruido confuso en el exterior, y algo redondo y azul lleno de botones salió como una bala por la puerta trasera y zumbó hacia la arcada como un potro salvaje. Unos dos segundos más tarde salió el segundo camarero a toda velocidad.

Pero no había nada que hacer. Absolutamente nada. El bando contrario no tenía ninguna posibilidad de éxito. Mucho antes de que el camarero hubiese llegado a medio camino, Harold estaba en el bosquecillo lanzando piedras. Me alejé de la ventana, estremecido hasta la médula, y cuando encontré a Jeeves en la escalera, estaba tan conmovido que casi le estreché la mano.

–¡Jeeves –dije–, nada de discusiones! Wooster se jugará la camisa por este muchacho.

–Muy bien, señor –dijo Jeeves.

Lo peor de estas reuniones rurales es que uno no puede apostar todo lo fuerte que desearía cuando se le presenta un buen asunto, porque alarma a los corredores de apuestas. Steggles, si bien tenía la cara llena de granos, no tenía, como he dicho, un pelo de tonto, y si yo hubiese invertido todo cuanto deseaba, él habría atado cabos. Con todo, logré hacer una buena y sólida apuesta para el sindicato, aunque esto le diera que pensar. Supe que durante los días siguientes estuvo efectuando meticulosas investigaciones en el pueblo con respecto a Harold; pero nadie pudo decirle nada y supongo que finalmente debió de llegar a la conclusión de que yo me arriesgaba basándome en el hándicap de treinta metros. La opinión pública vacilaba entre Jimmy Goode, que recibía diez metros con siete contra dos, y Alexander Bartlett, con un hándicap de seis metros a once contra cuatro. Willie Chambers era ofrecido al público a dos contra uno, pero no hubo interesados.

Nosotros no íbamos a correr ningún riesgo en el gran acontecimiento, y en cuanto hubimos colocado nuestro dinero a un hermoso cien contra doce, impusimos a Harold un severo entrenamiento. Era una cosa agotadora, y ahora comprendo por qué la mayoría de los grandes entrenadores son hombres ceñudos y silenciosos, que parecen haber sufrido mucho. El muchacho necesitaba una vigilancia constante. De nada servía hablarle del honor y la gloria y de lo orgullosa que estaría su madre cuando le escribiera diciéndole que había ganado una verdadera copa; en cuanto el condenado Harold descubrió que el entrenamiento requería dejar de comer pasteles, hacer ejercicio y no tocar un cigarrillo, se puso furioso y sólo gracias a una vigilancia incesante logramos mantenerlo en forma. El régimen alimenticio fue la piedra con la que tropezamos. Por lo que al ejercicio se refería, pudimos, por lo general, arreglar una carrera rápida cada mañana con la ayuda del segundo camarero. Eso costaba dinero, desde luego, pero no quedaba otro remedio. Sin embargo, cuando un muchacho no tiene más que esperar a que el mayordomo se vuelva de espaldas para tener mano libre en la despensa, y no necesita sino colarse en el fumador para hacerse con un puñado de los mejores cigarrillos turcos, el entrenamiento se convierte en labor abrumadora. Sólo podíamos esperar que el día de la carrera su natural vitalidad lo llevara al triunfo.

Y así las cosas, una tarde volvió el joven Bingo de los campos de golf con un

cuento un tanto fantástico. Había adquirido la costumbre de obligar a Harold a hacer un poco de ejercicio llevándoselo como caddie.

Al principio parecía encontrarlo divertido. ¡El pobre idiota! Mostraba una jovial alegría al empezar su historia.

–Oye, ocurrió algo divertido esta tarde –dijo–. ¡Si hubieses visto la cara de Steggles!

–¿La cara de Steggles? ¿Por qué?

–Cuando vio correr al joven Harold, quiero decir.

Me sobrecogió el terrible presentimiento de un desastre espantoso.

–¡Cielos! ¿No habrás dejado correr a Harold delante de Steggles?

La alegría de Bingo desapareció como por ensalmo.

–No se me había ocurrido –dijo tristemente–. La culpa no fue mía. Estaba jugando un partido con Steggles y al terminar fuimos al chalet del club para beber algo, dejando a Harold fuera con los palos. Salimos unos cinco minutos después y allí estaba el muchacho, en la terraza, practicando con el driver de Steggles y una piedra. Cuando nos vio llegar, el muchacho soltó el palo y desapareció en el horizonte con la rapidez de un relámpago. Steggles quedó estupefacto. Y he de decir que incluso para mí constituyó una revelación. El muchacho, por cierto, batió su propia marca. Claro que, en cierto modo, es un inconveniente; pero no veo, pensándolo bien –añadió Bingo, animándose–, qué importancia puede tener eso. Ya hemos hecho las apuestas. No perderemos nada si la buena forma del muchacho se llega a conocer. Supongo que se pondrá a la par, pero eso no nos afecta.

Miré a Jeeves. Jeeves me miró.

–Claro que nos afectará si el muchacho no participa en la carrera.

–Exactamente, señor.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Bingo.

–Ya que me lo preguntas –repliqué–, te diré que Steggles hará lo posible, antes de la carrera, para echarlo a perder.

–¡Dios mío! Es verdad. –Bingo palideció–. ¿Crees, realmente, que lo intentará?

–Creo que lo intentará seriamente. Steggles es un mal bicho. De ahora en adelante, Jeeves, tenemos que vigilar a Harold como halcones.

–No cabe duda, señor.

–Una vigilancia incesante, ¿eh?

–Exactamente, señor.

–¿No le gustaría dormir en la habitación del muchacho, Jeeves?

–No, señor; no me gustaría.

–No. Y a mí tampoco, si tuviéramos que llegar a eso. Pero ¡maldita sea! –dije–, nos dejamos dominar por el pánico. Estamos perdiendo los nervios. Eso no puede ser. ¿Cómo podría Steggles llegar hasta Harold, aunque quisiera?

No había manera de animar al joven Bingo. Es uno de esos pájaros que se agarran como lapas al aspecto lúgubre de las cosas si se les da la menor oportunidad de hacerlo.

–Hay muchos modos de echar a perder a un favorito –dijo con voz agonizante–. No hay más que leer una de esas novelas que tratan de carreras. En Vencida ante la meta, lord Jasper Maulevereras casi llegó a poner fuera de combate a Bonny Betsy sobornando al jefe de las cuadras para que introdujera una cobra en el establo la víspera del Derby.

–¿Qué posibilidades hay de que una cobra muerda a Harold, Jeeves?

–Escasas, me parece, señor. Y en caso de que esto sucediera, conociendo al muchacho tan íntimamente como yo, lo sentiría únicamente por la serpiente.

–Sin embargo, una vigilancia incesante es lo que se impone, Jeeves.

–Absolutísimamente cierto, señor.

Debo confesar que el joven Bingo me fastidió bastante durante los días siguientes. Está muy bien que un muchacho que tiene un gran corredor en sus caballerizas ejerza los cuidados convenientes, pero, a mi modo de ver, Bingo exageró la nota. La mente del desgraciado parecía enteramente saturada de literatura hípica, y en las historias de este tipo, por lo que yo podía entrever, nunca sucede que un caballo tome parte en una carrera sin que haya por lo menos una docena de intentos de ponerlo fuera de combate. Se pegó a Harold como un esparadrapo. Nunca perdía de vista al infortunado muchacho. Naturalmente, al pobre le importaba mucho poder cobrar en esta carrera, porque así conseguiría suficiente dinero para abandonar el empleo de tutor y volver a Londres; pero de todos modos no había necesidad de que me despertara dos veces seguidas poco antes del amanecer: una, para decirme que debíamos guisar la comida de Harold nosotros mismos para impedir que lo envenenasen; otra, para decirme que había oído rumores misteriosos en el bosquecillo. Pero sobrepasó los límites, creo yo, cuando insistió en que yo fuera al servicio vespertino el domingo, víspera de las competiciones deportivas.

–¿Por qué diablos he de ir? –pregunté, no siendo muy aficionado a tales servicios.

–Es que yo no puedo ir. No estaré aquí. He de ir a Londres con el joven Egbert (Egbert era el hijo de lord Wickhammersley, del que Bingo era el preceptor)–. Va de visita a Kent y yo he de acompañarlo hasta el tren, en Charing Cross. Es un grave contratiempo. No volveré hasta el lunes por la tarde. Supongo que me perderé la mayoría de las competiciones. De modo que todo depende de ti, Bertie.

–Pero ¿por qué uno de los dos ha de ir al servicio vespertino?

–¡Asno! Harold canta en el coro, ¿verdad?

–¿Y qué tiene de particular? No puedo impedirle que se disloque el cuello con una nota alta, si es eso lo que temes.

–¡Tonto! También Steggles canta en el coro. Puede hacerle alguna trastada después del servicio.

–¡Qué sandez más mayúscula!

–Que te crees tú eso –dijo el joven Bingo–. Bueno, permitirás que te diga que en Jenny, la chica jockey, el villano secuestra, la víspera de la carrera, al muchacho que ha de montar al favorito, y que es el único que conoce y puede dominar al caballo, y si la heroína no se hubiese puesto la ropa del jockey...

–¡Oh, está bien! Pero si hay peligro, me parece que lo más sencillo

sería que Harold no compareciera en la iglesia el domingo por la tarde.

–Ha de comparecer. Por lo visto crees que el condenado muchacho es un dechado de rectitud, amado por todo el mundo. Tiene la reputación más dudosa de todos los chicos del pueblo. Su nombre casi es arrastrado en el fango. Ha hecho tantos novillos en el coro, que el vicario le dijo que si esto ocurría una vez más lo expulsaría. ¡Estaríamos arreglados si lo borraran de la lista la víspera de la carrera!

Naturalmente, si las cosas estaban así, no había más remedio que ir a la iglesia.

Hay algo en el servicio vespertino de una iglesia rural que le hace a uno sentirse soñoliento y tranquilo. Una especie de sensación de final de día perfecto. El viejo Heppenstall estaba en el púlpito, y peroraba con una especie de retórica monótona y quejumbrosa que ayudaba a la divagación. Habían dejado abierta la puerta y el aire estaba lleno de un aroma mixto de árboles, madreselva, moho y prendas domingueras de aldeanos. Hasta donde alcanzaba la vista, se veía a los granjeros sentados en actitud de reposo, respirando profundamente; y los niños de la congregación, que no habían parado de moverse durante la primera parte del servicio, estaban sumidos a la sazón en una dulce quietud. Los últimos rayos del sol poniente brillaban a través de los cristales policromados de las ventanas, los pájaros piaban en los árboles y los trajes de las mujeres crujían agradablemente en la quietud. Un paraíso. Ésa es la palabra justa. Me sentía lleno de paz. Todo el mundo se sentía lleno de paz. Y éste fue el motivo por el que la explosión, cuando se produjo, pareció el fin del mundo.

Lo llamo explosión porque eso fue lo que pareció al estallar. Un momento antes reinaba una tranquilidad soñadora en todo el lugar, interrumpida tan sólo por el viejo Heppenstall, que nos estaba hablando de nuestros deberes para con el prójimo; y luego, de repente, se oyó un penetrante chillido que le perforaba a uno directamente en medio de los ojos, le recorría la espina dorsal y le salía por

la planta de los pies.

–¡Aaaaay! ¡Uuuuuy!

Parecía el aullido de seiscientos cerdos a los que retorcieran simultáneamente el rabo, pero no se trataba más que del pequeño Harold, al que parecía darle una especie de ataque. Estaba pegando brincos y dándose golpes en la nuca. Y cada dos segundos aspiraba profundamente y lanzaba otro de sus chillidos.

La verdad es que uno no puede hacer este tipo de cosas en medio del sermón del servicio vespertino sin llamar la atención. La congregación salió de su marasmo con un sobresalto y se encaramó sobre los bancos para ver mejor. El viejo Heppenstall se paró en mitad de una frase y volvió la cabeza, y un par de pertigueros, con gran presencia de ánimo, subieron por la nave como leopardos. Cogieron a Harold, que seguía chillando, y lo sacaron. Desaparecieron en la sacristía y yo cogí mi sombrero y me precipité hacia la puerta de la misma lleno de aprensión. No lograba imaginar qué diablos podía haber ocurrido. Pero tenía la vaga impresión de que detrás de todo esto se escondía la mano de Steggles.

Mientras llegaba allí y me las arreglaba para que alguien me abriera la puerta, que estaba cerrada, el servicio parecía haber acabado. El viejo Heppenstall se hallaba en medio de un grupo de muchachos del coro y de bedeles, sacristanes y otras gentes, zurrando al desgraciado Harold con no poca energía. Yo había entrado al final de lo que debía ser una lección bastante fructuosa.

–¡Desdichado muchacho! ¿Cómo te atreves...?

–¡Tengo una piel sensible!

–No es el momento de hablar de tu piel...

–Alguien me puso un escarabajo en el cogote...

–¡Es absurdo!

–Noté que se movía...

–¡Estupideces!

–Todo esto parece muy poco convincente, ¿verdad? –dijo alguien, a mi lado.

Era el bribón de Steggles. Ataviado con un sobrepelliz blanco, o sotana, o como se llame, y simulando una grave preocupación, el condenado tuvo la cínica y fría osadía de mirarme al blanco de los ojos sin parpadear.

–¿Fuiste tú quien le puso el escarabajo en el cogote? –grité.

–¡Yo! –dijo Steggles–. ¡Yo!

El viejo Heppenstall se estaba poniendo el sombrero.

–¡No creo una palabra de tu historia, desgraciado! Ya te había prevenido, y ahora ha llegado el momento de actuar. A partir de hoy dejas de ser miembro del coro. ¡Vete, miserable criatura!

Steggles me cogió de la manga.

–En este caso –dijo–, aquellas apuestas, ¿sabes?... Temo que perderás tu dinero, mi querido amigo. Es una pena que no lo hayas colocado en la S. P. Siempre he creído que la S. P. es el único sistema seguro.

Le lancé una mirada. Desde luego, no sirvió de nada.

–¡Y hablan de la pureza del Turf! –dije. ¡Y Dios sabe que hubiera deseado que la frase fuera de lo más mordaz!

Jeeves acogió la noticia con valentía, pero creo que, en el fondo, el hombre quedó bastante abrumado.

–Un joven ingenioso, míster Steggles, señor –dijo.

–Un descarado estafador, querrá decir.

–Puede que sea una descripción más exacta. Sin embargo, estas cosas suelen ocurrir en las carreras, y es inútil quejarse.

–Desearía tener su naturaleza optimista, Jeeves.

Jeeves se inclinó.

–Entonces, señor, parece que ahora hemos de contar casi enteramente con mistress Penworthy. Si ella justifica el encomio de míster Little y manifiesta verdadera clase en la carrera de sacos de las madres, nuestras ganancias equilibrarán exactamente nuestras pérdidas.

–Sí, pero no es mucho consuelo cuando uno esperaba una gran ganancia.

–Aún es posible que nos encontremos con ventaja, señor. Antes de que míster Little se fuera, he podido persuadirle para que invierta una pequeña suma para el sindicato del que usted tuvo la amabilidad de nombrarme socio, señor, en la carrera del huevo y la cuchara para chicas.

–¿Por Sarah Mills?

–No, señor. Por una desconocida que no figura entre las favoritas. La pequeña Prudence Baxter, señor, la hija del jardinero jefe de su señoría. Su padre me asegura que tiene una mano muy firme. Está acostumbrada a llevarle su jarra de cerveza desde la casa, cada tarde, y me dice que nunca ha derramado una gota.

Bueno, eso indicaba que los reflejos de la joven Prudence eran buenos. Pero ¿y su velocidad? Con corredores experimentados como Sarah Mills, la cosa se trocaba prácticamente en una carrera clásica, y en estos casos la velocidad era indispensable.

–Me doy cuenta de que esto es lo que se llama un tiro a larga distancia, señor. Sin embargo, lo juzgué oportuno.

–Supongo que habrá apostado también por Prudence colocada, ¿no?

–Sí, señor. Ganadora y colocada.

–Bueno, supongo que está bien así. Hasta ahora nunca le he visto cometer una equivocación.

–Muchísimas gracias, señor.

He de decir que, por regla general, si deseara pasar una tarde divertida procuraría mantenerme lo más alejado posible de una fiesta de escuela rural. Es un verdadero tostón. Pero con unas perspectivas tan graves por delante, como ustedes comprenderán, deseché mis prejuicios en esta ocasión e hice acto de presencia. Encontré que todo era tan fastidioso como cabía esperar. Hacía un día caluroso y los terrenos del Hall eran una masa densa y prácticamente líquida de aldeanos. Los niños corrían de un lado para otro. Uno de ellos, una chiquilla desconocida, me agarró de la mano y se colgó de ella mientras me abría paso a través de la muchedumbre hasta el lugar en que terminaba la carrera de sacos de las madres. No nos habían presentado. Pero ella parecía creer que yo resultaba tan indicado como cualquier otra persona para poder hablar de la muñeca de trapo que había ganado en la pesca de la suerte. Charló largamente sobre el tema.

–Voy a llamarla Gertrude –dijo–, y la desnudaré cada noche y la acostaré, y la despertaré todas las mañanas, y la vestiré y la acostaré por la noche y la despertaré a la mañana siguiente, y la vestiré...

–Oye, encanto –dije–, no quiero que te des prisa en tu narración, pero podrías condensar un poco, ¿verdad? Estoy bastante ansioso por ver el final de esta carrera. La suerte de Wooster depende más o menos de ella.

–Yo también voy a tomar parte en una carrera –dijo, olvidando por el momento la muñeca.

–¿Sí? –pregunté. Distraídamente, como es natural, e intentando ver a través de los huecos de la muchedumbre–. ¿En qué carrera?

–En la del huevo y la cuchara.

–No. ¿De veras? ¿Eres Sarah Mills?

–¡Nooo! –contestó despectivamente–. Soy Prudence Baxter.

Naturalmente esto situó nuestras relaciones en otro plano. La miré con considerable interés. Pertenecía a nuestras caballerizas. Confieso que no aparentaba ser una flecha. Era baja y redonda. Con muy pocas condiciones, pensé.

–Oye –dije–, si es así, no deberías corretear bajo el sol y correr el riesgo de ponerte mala. Has de conservar las energías, amiguita. Siéntate aquí, a la sombra.

–No quiero sentarme.

–Bueno, tómalo con calma, de todos modos.

La chiquilla voló a otro tópico, como una mariposa que pasa de una flor a otra.

–Soy una niña buena –dijo.

–Apuesto a que lo eres. Espero que seas también una buena corredora del huevo y la cuchara.

–Harold es un niño malo. Harold chilló en la iglesia y no le dejaron venir a la fiesta. Me alegro –continuó esta joya de su sexo, frunciendo virtuosamente la nariz–, porque es un niño malo. El viernes pasado me tiró del pelo. ¡Harold no viene a la fiesta! ¡Harold no viene a la fiesta! ¡Harold no viene a la fiesta! –canturreó, haciendo de ello una verdadera canción.

–No continúes, mi querida vástaga del jardinero –rogué–. Tú no lo sabes, pero has tocado un tema bastante penoso.

–¡Ah, Wooster, querido! ¿De modo que ha trabado amistad con esta damita?

Era el viejo Heppenstall, irradiando bondad pródigamente. Era el alma de la reunión.

–Estoy encantado, mi querido Wooster –continuó–, absolutamente encantado de ver cómo vosotros, los jóvenes, os habéis compenetrado con el espíritu de nuestra pequeña fiesta.

–¿Ah, sí? –dije.

–¡Oh, sí! Incluso Rupert Steggles. He de confesar que mi opinión acerca de Rupert Steggles ha cambiado totalmente esta tarde.

La mía, no. Pero no lo dije.

–Siempre he considerado a Rupert Steggles, dicho sea entre nosotros, un joven bastante egocéntrico, y en ningún caso entre los que se prodigarían para fomentar el regocijo de sus semejantes, y, sin embargo, lo he visto dos veces, durante la última media hora, escoltando a mistress Penworthy, la esposa de nuestro digno estanquero, al puesto de los refrescos.

Lo dejé plantado allí mismo. Me desasí de la solícita mano de la pequeña Baxter y me dirigí precipitadamente al lugar en que la carrera de sacos de las madres acababa de terminar. Tenía el horrible presentimiento de que se habían perpetrado algunas trastadas más. La primera persona con quien me topé fue el joven Bingo. Le cogí del brazo.

–¿Quién ha ganado?

–No lo sé. No lo he visto. –Había amargura en la voz del muchacho–. No ha sido mistress Penworthy, ¡maldita sea! Bertie, ese perro de Steggles no es más que una verdadera serpiente. No sé cómo se ha enterado de que mistress Penworthy es peligrosa. ¿Sabes qué hizo? Atrajo a la miserable mujer al puesto de los refrescos cinco minutos antes de la carrera y la sacó de allí tan atiborrada de pasteles y té que estalló en los primeros veinte metros. Se tumbó y allí se quedó. Nada más. Bueno, ¡gracias a Dios que aún tenemos a Harold!

Miré al pobre idiota.

–¡Harold! ¿No te has enterado?

–¿Enterado? –Bingo se puso verde pálido–. ¿Enterado de qué? No he oído nada. He llegado hace sólo cinco minutos. He venido directamente desde la estación. ¿Qué ha sucedido? ¡Dímelo!

Le pasé la información; me miró durante un rato de un modo espantoso, luego se alejó, emitiendo un gemido hueco, y se perdió entre la muchedumbre. Un golpe duro, pobre muchacho. No le reproché que estuviese tan fuera de sí.

A la sazón se estaba preparando la carrera del huevo y la cuchara, y pensé que podía quedarme donde estaba y ver cómo terminaba. No es que albergase muchas esperanzas. La joven Prudence era una buena conversadora, pero no parecía tener pasta de vencedora.

Por lo que veía a través de la muchedumbre, empezaron bien. Una niñita

pelirroja iba en cabeza, con una rubia pecosa pisándole los talones, y Sarah Mills las seguía en tercer lugar con facilidad. Nuestra candidata correteaba con las demás, muy rezagadas de las primeras. No resultaba difícil, si bien era aún prematuro, determinar quién sería la vencedora. Había una gracia, una precisión experimentada en la manera en que Sarah Mills sostenía la cuchara, que narraba su propia historia. Iba corriendo a buen paso, pero el huevo ni siquiera se le tambaleaba. Una corredora nata del huevo y la cuchara, si es que había una.

La categoría se confirmará. A treinta metros de la meta, la chica pelirroja resbaló y su huevo cayó en el césped. La rubia pecosa luchó valientemente, pero ya estaba agotada desde la primera mitad del recorrido, y Sarah Mills la alcanzó y llegó la primera con cierta ventaja; fue una vencedora del agrado general. La rubia llegó la segunda. Una chica jadeante en traje de algodón azul batió a una muchacha con cara de tarta vestida de color rosa, y Prudence Baxter, el tiro a larga distancia de Jeeves, llegó quinta o sexta, no lo sé exactamente.

Y luego me empujó la muchedumbre hacia el lugar en que el viejo

Heppenstall iba a repartir los premios. Me encontré al lado de Steggles.

–¡Hola, chico! –dijo, muy vivaracho y alegre–. Me temo que has tenido un mal día.

Le miré con silencioso desprecio. Inútilmente, desde luego.

–No ha sido una reunión provechosa para ninguno de los grandes apostadores –continuó–. El pobre Bingo Little no acertó en la carrera del huevo y la cuchara.

No había albergado la intención de charlar con el infame, pero me inquietó el tono de su voz.

–¿Qué quieres decir con que «no acertó»? –pregunté–. Nosotros..., él sólo hizo una pequeña apuesta.

–No sé a qué llamas pequeña. Apostó treinta libras por la chica Baxter.

El paisaje se oscureció delante de mis ojos.

–¿Qué?

–Treinta libras a diez contra uno. Pensé que debía de haber oído algo, pero, evidentemente, no fue así. La carrera se desarrolló según lo previsto.

Intenté hacer cálculos mentales. Estaba calculando las pérdidas del sindicato, cuando la voz del viejo Heppenstall me llegó débilmente desde la lejanía. Se había mostrado paternal y bondadoso al dar los premios de las demás competiciones, pero súbitamente la voz se le volvió apesadumbrada y doliente. Miró tristemente a la multitud.

–Por lo que atañe a la carrera del huevo y la cuchara para chicas, que acaba de terminar –dijo–, he de cumplir con un penoso deber. Se han producido unas circunstancias que no es posible ignorar. No exageraré diciendo que me he quedado asombrado.

Concedió al publico cinco segundos para preguntarse por qué estaba asombrado, y luego continuó:

–Hace tres años, como todos saben, me vi obligado a borrar de la lista de los concursos de esta fiesta anual la carrera de cuatrocientos metros para padres, puesto que llegó a mis oídos el informe de que se habían cruzado apuestas sobre su resultado en la posada del pueblo, y había sospechas de que, por lo menos en una ocasión, se había sobornado al corredor más rápido. Aquel desgraciado suceso mermó mi fe en la naturaleza humana, lo admito..., pero, con todo, confiaba en que por lo menos una prueba no quedaría corrompida por las miasmas del profesionalismo. Aludo a la carrera del huevo y la cuchara para chicas. Parece, ¡ay!, que fui demasiado optimista.

Se detuvo nuevamente, y luchó con sus sentimientos.

–No os fatigaré con pormenores desagradables. Me limitaré a deciros que antes de empezar la carrera un forastero en este lugar, criado de uno de los huéspedes del Hall... (no especificaré más detalles), se aproximó a algunas competidoras y obsequió a cada una de ellas con cinco chelines a condición de que, ejem..., llegasen a la meta. Un tardío remordimiento lo impulsó a confesarme lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde. El mal está hecho y el castigo debe seguir su curso. No es el momento de adoptar actitudes débiles. He de ser firme. Decido que Sarah Mills, Jane Parker, Bessie Clay y Rosie Jukes, las cuatro primeras que llegaron a la meta, han perdido su condición de aficionadas y

quedan descalificadas. Esta hermosa bolsa de labores, obsequio de lord Wickhammersley, es otorgada, por consiguiente, a Prudence Baxter. ¡Acércate, Prudence!

## 15. LA NOTA METROPOLITANA

Nadie es más consciente que yo del hecho de que el joven Bingo Little es, en muchos sentidos, un gran muchacho. De distintas maneras y con diversos intervalos, me ha hecho la vida bastante interesante desde que íbamos juntos al colegio. Creo que le escogería a él antes que a cualquier otra persona como compañero para pasar una hora divertida. Por otra parte, he de decir que hay en él cosas que se pueden mejorar. Su costumbre de enamorarse de cada chica que ve es una de ellas; y otra es su modo de compartir con el mundo los secretos de su corazón. Si quieren un hombre lleno de reticencias, no acudan a Bingo, porque es tan franco como el anuncio de una marca de jabón.

Digo esto, porque..., bueno, aquí tienen el telegrama que recibí una tarde de noviembre, escasamente un mes después de haber regresado a Londres de mi visita a Twing Hall:

Oye, Bertie, finalmente estoy enamorado. Es la muchacha más maravillosa, Bertie. Esto es definitivo al fin, Bertie. Ven aquí enseguida y trae a Jeeves. Ah, ya conoces el estanco en Bond Street, lado izquierdo, subiendo. ¿Quieres comprarme cien cigarrillos especiales y mandármelos aquí? Estoy sin. Sé que cuando la veas dirás que es la muchacha más maravillosa. No olvides traer a Jeeves. No olvides cigarrillos.

BINGO

Había sido enviado desde la oficina de Correos de Twing. En otras palabras, había expuesto aquel horrible galimatías a los ojos saltones de una empleada de Correos del pueblo, que era probablemente la fuente principal de los comadreos locales y que propalaría las noticias en el pueblo antes de la caída de la noche. No habría conseguido un medio de divulgación más completo si hubiera alquilado un pregonero. Cuando yo era niño, solía leer historias de caballeros

andantes y vikingos y esa clase de jóvenes que se levantaban sin sonrojarse en mitad de un ágape abarrotado de gente y soltaban a los cuatro vientos lo perfecta que consideraban a su amada. He tenido a menudo la sensación de que aquellos días hubiesen convenido al joven Bingo del modo más total y absoluto.

Jeeves había traído el telegrama con la bebida de la tarde, y se lo mostré.

–Era de suponer, desde luego –dije–. El joven Bingo no se ha enamorado desde hace al menos un par de meses. Me pregunto quién será esta vez.

–Miss Mary Burgess, señor –dijo Jeeves–, la sobrina del reverendo míster Heppenstall. Está pasando una temporada en la vicaría de Twing.

–¡Caramba! –Me constaba que Jeeves lo sabía casi todo en el mundo, pero eso parecía cosa de magia–. ¿Cómo lo sabe usted?

–Cuando estuvimos en Twing Hall, el pasado verano, señor, trabé amistad con el mayordomo de míster Heppenstall. Es lo bastante amable como para tenerme al corriente de las novedades locales. Según me comunica, señor, parece ser que la señorita es en extremo apreciable. Creo que tiene un temperamento bastante serio. Míster Little está muy épris de ella, señor. Brookfield, mi corresponsal, escribe que lo vio la semana pasada mirando a su ventana a una hora avanzada de la noche bajo la luz de la luna.

–¿La ventana de quién? ¿De Brookfield?

–Sí, señor. Probablemente bajo la impresión de que era la de la señorita.

–Pero ¿qué diablos está haciendo en Twing?

–Míster Little se vio obligado a volver a ocupar su antiguo puesto de preceptor del hijo de lord Wickhammersley en Twing Hall, señor, debido al fracaso de unas especulaciones en Hurst Park a fines de octubre.

–¡Dios me ampare, Jeeves! ¿Hay algo que usted no sepa?

–No podría decírselo, señor.

Cogí el telegrama.

–Supongo que querrá que vayamos y lo ayudemos un poco.

–Ésa parecería ser la razón por la que envió el mensaje, señor.

–Bueno, ¿qué hacemos? ¿Vamos?

–Se lo aconsejaría, señor. Si puedo decirlo así, creo que hay que dar ánimos a míster Little en este asunto.

–¿Piensa que ha acertado esta vez?

–No he oído más que informes excelentes a propósito de la señorita, señor. Creo que es indudable que ejercerá una admirable influencia en míster Little si el asunto llega a un feliz desenlace. Tal unión, me parece, contribuiría también a que míster Little recobrase la benevolencia de su tío, puesto que la señorita está muy bien relacionada y posee cierto capital. En una palabra, señor, creo que si hay algo que podamos hacer, debemos hacerlo.

–Bueno, si usted apoya el asunto –dije–, no veo que pueda dejar de tener éxito.

–Es usted muy amable, señor –dijo Jeeves–. Le agradezco extraordinariamente la confianza.

Bingo nos encontró en la estación de Twing al día siguiente e insistió en que yo enviara a Jeeves en el coche con las maletas, mientras él y yo íbamos a pie. Empezó a hablar de la chica en cuanto nos pusimos a andar.

–Es de lo más maravilloso, Bertie. No es una de esas muchachas modernas, ligeras de cascos y de espíritu mezquino. Es dulcemente grave y hermosamente seria. Me recuerda a..., ¿cuál es el nombre que busco?

–¿Marie Lloyd?

–Santa Cecilia –dijo el joven Bingo, fulminándome con la mirada–, me recuerda a Santa Cecilia. Me hace desear vivamente ser un hombre mejor, más noble, más profundo y más generoso.

–Lo que me intriga –dije, siguiendo un pensamiento mío– es el principio en que te basas para escogerlas. Las muchachas de quienes te enamoras, quiero decir. ¿Cuál es tu sistema? Por lo que veo, no hay dos que se parezcan. Antes fue

Mabel, la camarera, luego Honoria Glossop, después la espantosa Charlotte Corday Rowbotham...

Admito que Bingo tuvo la decencia de estremecerse. Cuando pienso en Charlotte, siempre me estremezco yo también.

–No pretenderás decir seriamente, Bertie, que intentas comparar el sentimiento que me inspira Mary Burgess, la santa devoción, la espiritual...

–¡Oh, bueno, ya está bien! –dije–. Oye, chico, ¿no estamos dando un rodeo bastante largo?

Considerando que se suponía que nos dirigíamos a Twing Hall, me parecía que estábamos empleando mucho tiempo en el trayecto. El Hall dista unos tres kilómetros de la estación por la carretera principal, y nosotros habíamos tomado un camino secundario, luego habíamos ido a campo traviesa durante un rato, habíamos saltado una empalizada o dos y estábamos atravesando ahora otro campo que acababa en otro camino.

–A veces ella lleva a pasear a su hermano menor por aquí –explicó Bingo–. Pensé que la encontraríamos y la saludaríamos, y que tú podrías verla, ¿sabes?, y luego podríamos continuar nuestro camino.

–Desde luego –dije–, la perspectiva es bastante excitante para cualquiera, y no cabe duda de que es una estupenda recompensa tras haber andado tres kilómetros inútiles con zapatos de ciudad a través de campos arados, pero ¿no vamos a hacer nada más? ¿No vamos a reunirnos con la muchacha y continuar juntos el camino?

–¡Bondad divina! –dijo Bingo, francamente sorprendido–. No supondrás que tengo el valor suficiente para hacer eso, ¿verdad? No hago más que mirarla de lejos y otras cosas por el estilo. ¡Pronto! ¡Aquí llega! ¡No, me he equivocado!

Era como en la canción de Harry Lauder, en que espera a la muchacha y dice: «Ésa es e-e-ella. No, es un conejo.» El joven Bingo me hizo quedar allí durante diez minutos contra un fuerte viento del noreste, manteniéndome en suspenso con una serie de falsas alarmas. Ya estaba pensando en proponer que nos marcháramos y dejásemos correr el resto de los acontecimientos, cuando al doblar un recodo apareció un foxterrier, y Bingo se estremeció como un álamo temblón. Luego hizo su aparición un chiquillo y Bingo tembló como una

gelatina. Finalmente, como una estrella cuya entrada hubiera sido preparada por el personnel del ensemble, apareció una muchacha, y fue penoso ver la emoción del desgraciado. Su cara se puso tan colorada que, con el cuello blanco y la nariz azulada por el viento, se parecía más a una bandera francesa que a cualquier otra cosa. Se irguió de la cintura para arriba, como si llevara corsé.

Estaba llevándose desgarbadamente los dedos al sombrero, cuando se percató de que la muchacha no iba sola. Un sujeto con traje sacerdotal también se hallaba entre los presentes, y el hecho de verlo no pareció hacerle mucha gracia a Bingo. Su faz se tornó aún más colorada y su nariz más azulada, y no acertó a cogerse el sombrero hasta que casi habían pasado.

La muchacha se inclinó, el cura dijo «¡Ah, Little! Un tiempo tormentoso», el perro ladró y luego ellos continuaron y el espectáculo se acabó.

El cura constituyó para mí un nuevo factor en la situación. Comuniqué sus movimientos a Jeeves cuando llegué al Hall. Desde luego, Jeeves ya estaba enterado de todo.

–Ése es el reverendo míster Wingham, el nuevo párroco de míster Heppenstall, señor. Según me ha comunicado Brookfield, debe de ser el rival de míster Little, y, de momento, la señorita parece preferirlo. Míster Wingham tiene la ventaja de residir en la vicaría. Él y la joven dama cantan dúos después de cenar, lo que obra como un lazo. En estas ocasiones, míster Little, según tengo entendido, vaga por la calle, visiblemente enojado.

–Eso me parece ser todo lo que el pobrecillo es capaz de hacer, ¡maldita sea! Puede enojarse, pero no pasa de ahí. Ha perdido el vigor. No tiene ninguna iniciativa. ¡Diantre!, cuando la encontramos hace un momento ni siquiera tuvo la valentía elemental de decirle «Buenas noches».

–Entiendo que el afecto profesado por míster Little no está desprovisto de respetuoso temor, señor.

–Bueno, ¿cómo vamos a ayudar a un hombre que es un conejo? ¿Puede usted sugerir algo? Le veré después de cenar y seguro que lo primero que hará será preguntarme qué aconseja usted.

–Según mi opinión, señor, lo más juicioso que puede hacer míster Little es dedicarse al jovencito.

–¿Al hermano menor? ¿Qué quiere decir?

–Trabar amistad con él, señor..., llevarlo de paseo y demás.

–No parece ser una de sus más brillantes ideas. He de decir que esperaba algo más sustancioso que eso.

–Sería un principio, señor, que podría conducir a buenos resultados.

–Bueno, se lo comunicaré. El aspecto de la chica me agradó, Jeeves.

–Es una señorita en extremo apreciable, señor.

Pasé a Bingo el informe aquella misma noche y me alegró observar que parecía animarse.

–Jeeves siempre tiene razón –dijo–. Yo mismo habría tenido que caer en la cuenta. Mañana mismo empezaré.

Fue asombrosa la animación del muchacho. Mucho antes de regresar yo a la ciudad, hablar con la muchacha era ya para él una cosa corriente. Quiero decir que no se quedaba como un palo cuando se encontraban. El hermano constituía un lazo que resultaba condenadamente más fuerte que los dúos del cura. Ella y Bingo solían llevarle de paseo juntos. Le pregunté a Bingo de qué hablaban en tales ocasiones, y él me dijo que del porvenir de Wilfred. La muchacha esperaba que Wilfred se hiciera cura algún día, pero Bingo había dicho que no, que había algo en los curas que no acababa de convencerlo.

El día que nos fuimos, Bingo vino a despedirse de nosotros, con Wilfred brincando a su alrededor como un viejo compañero de escuela. Lo último que vi fue a Bingo regalándole chocolates de la máquina expendedora. Una escena de paz y de alegre buena voluntad. Verdaderamente prometedora, pensé.

Lo cual hizo que el golpe fuera más fuerte, unas dos semanas más tarde, cuando llegó su telegrama. Rezaba así:

Bertie, chico, oye, Bertie, ¿sería posible que vinieras aquí cuanto antes? Todo ha ido mal. Que me emplumen. Maldita sea. Bertie, tienes que venir. Estoy en un estado de absoluta desesperación, con el corazón desgarrado. Te ruego mandes otros cien cigarrillos. Trae a Jeeves cuando vengas, Bertie. No dejes de venir, Bertie. Cuento contigo. No te olvides de traer a Jeeves.

BINGO

Considerando que está perpetuamente sin blanca, he de reconocer que el joven Bingo es el cliente de Telégrafos más derrochador que jamás se haya encontrado sobre la faz de la tierra. No tiene noción ninguna de la condensación. El infeliz vierte sencillamente su alma herida al precio de dos peniques por palabra, o lo que sea, sin darle la menor importancia.

–¿Qué hay con eso, Jeeves? –dije–. Estoy un poco harto. No puedo abandonar todos mis compromisos una semana sí y otra también a fin de dar un salto hasta Twing para reunirme con el joven Bingo. Envíele un telegrama comunicándole que se suicide en el estanque del pueblo.

–Si el señor puede prescindir de mí esta noche, me consideraré encantado de hacer una escapada y echar un vistazo por allí.

–¡Oh, maldita sea! Bueno, supongo que no se puede hacer otra cosa. Después de todo, es usted el hombre a quien solicita. Está bien, adelante, pues.

Jeeves volvió al día siguiente.

–¿Y bien? –pregunté.

Jeeves parecía turbado. Arqueó la ceja izquierda de una manera impresionante.

–He hecho todo lo posible, señor –dijo–, pero me temo que las posibilidades de míster Little no sean muy prometedoras. Desde nuestra última visita, señor, ha ocurrido algo decididamente siniestro e inquietante.

–¿Qué fue?

–Puede que usted recuerde a míster Steggles, señor..., el joven que estaba preparándose para los exámenes con míster Heppenstall en la vicaría.

–¿Qué tiene que ver Steggles con esto? –pregunté.

–Según me comunicó Brookfield, señor, que oyó casualmente una conversación, parece que míster Steggles se interesa por el asunto.

–¡Por Dios! ¿Que acepta apuestas?

–Entiendo que acepta apuestas de los que pertenecen a su círculo inmediato, señor. Contra míster Little, cuyas posibilidades no parece favorecer.

–No me gusta eso, Jeeves.

–No, señor; es siniestro.

–Por lo que sé de Steggles, habrá trabajo sucio.

–Ya lo ha habido, señor.

–¿Ya?

–Sí, señor. Parece ser que, siguiendo la política que tan amablemente me permitió que yo le sugiriera, míster Little escoltó al señorito Burgess al bazar de la iglesia y allí encontró a míster Steggles, quien se hallaba acompañado del joven señorito Heppenstall, el segundo hijo del reverendo míster Heppenstall, que acababa de regresar de Rubgy, después de reponerse de un reciente ataque de paperas. El encuentro tuvo lugar en la cantina, donde en aquel momento míster Steggles estaba obsequiando al señorito Heppenstall. Para decirlo en pocas palabras, señor, los dos caballeros se interesaron extraordinariamente por la vigorosa manera de fortalecerse de los muchachos; míster Steggles propuso respaldar a su candidato en un concurso gastronómico, teniendo en cuenta las respectivas edades y pesos, contra el señorito Burgess, siendo la apuesta de una libra por cabeza. Míster Little me confesó haber experimentado ciertas dudas respecto a las posibles consecuencias en el caso de que miss Burgess llegara a enterarse del asunto, pero su sangre deportiva era demasiado fuerte y participó en el concurso. Éste tuvo efectivamente lugar y ambos muchachos demostraron muy buena voluntad y entusiasmo; finalmente el señorito Burgess justificó la confianza de míster Little ganando, pero sólo al cabo de una dura lucha. Al día siguiente ambos concursantes estaban considerablemente enfermos; se hicieron pesquisas y se obtuvieron confesiones, y míster Little (lo he sabido por Brookfield, que por casualidad se hallaba cerca de la puerta del salón en aquel

momento) tuvo una conversación en extremo desagradable con la señorita, la cual acabó expresando su deseo de que él no volviese a dirigirle la palabra.

No se puede negar el hecho de que si alguna vez hubo un hombre que necesitara ser vigilado, ése era Steggles. Maquiavelo habría podido aprender de él lecciones por correspondencia.

–Fue un montaje, Jeeves –dije–. Quiero decir que Steggles lo ideó todo. Es su viejo sistema de actuar.

–No cabe duda, señor.

–Bueno, parece que triunfó en toda la línea.

–Ésta es la opinión que prevalece, señor. Brookfield me dice que en el pueblo, en La Vaca y los Caballos, se ofrecen libremente siete contra uno por míster Wingham y no hay quien apueste.

–¡Gran Dios! ¿También abajo, en el pueblo, se están haciendo apuestas?

–Sí, señor. Y también en los pueblos colindantes. El asunto ha provocado amplio interés por los alrededores. Me dicen que existe cierta reacción deportiva hasta en un lugar tan lejano como Lower Bingley.

–Bueno, yo no veo qué se puede hacer. Si Bingo es tan idiota...

–Me temo, señor, que estamos tomando parte en una batalla perdida de antemano, pero me permití indicar a míster Little una línea de conducta que puede resultar ventajosa. Le aconsejé que se ocupara en obras de caridad.

–¿Obras de caridad?

–En el pueblo, señor. Leer a los enfermos, charlar con los que están postrados en cama y cosas por el estilo, señor. Sólo podemos esperar que esto dé buenos resultados.

–Sí, así lo espero –dije poco convencido–. Pero, ¡Dios santo!, si yo estuviese enfermo, me molestaría extraordinariamente que un chiflado como Bingo viniera a farfullar a mi cabecera.

–También hay que considerar este aspecto del asunto, señor –dijo Jeeves.

No volví a saber de Bingo durante un par de semanas, y supuse entonces que había encontrado la tarea demasiado dura y se había dado por vencido. Pues bien, una noche, poco antes de Navidad, volvía a mi piso bastante tarde después de haber estado en el Embassy. Me encontraba un tanto fatigado por haber bailado prácticamente sin parar desde poco después de la cena hasta las dos de la madrugada, y la cama se me aparecía como el lugar ideal. Juzguen mi desesperación y todo lo demás, por tanto, cuando al llegar a mi habitación y encender la luz vi las feas facciones del joven Bingo sobre la almohada. El sujeto había surgido de la nada y estaba en mi cama durmiendo cual tierna criatura con una especie de feliz y soñadora sonrisa sobre la faz.

¡Una broma pesada, lo confieso! Nosotros, los Wooster, practicamos siempre la calurosa hospitalidad medieval, pero cuando se trata de encontrar unos tipos usurpando nuestra cama, ya es otro cantar. Le arrojé un zapato y Bingo se incorporó refunfuñando.

–¿Qué pasa? –dijo el joven Bingo–. ¿Qué pasa?

–¿Qué diablos estás haciendo en mi cama?

–¡Ah, hola, Bertie! ¡De modo que ya estás aquí!

–Sí, aquí estoy. ¿Qué estás haciendo en mi cama?

–Vine a pasar la noche en la ciudad por unos asuntos.

–Sí, pero ¿qué estás haciendo en mi cama?

–¡Maldita sea, Bertie! –dijo el joven Bingo, ofendido–. No porfíes tanto sobre tu asquerosa cama. Hay otra preparada en la habitación de los huéspedes. Vi con mis propios ojos que Jeeves la hacía. Creo que me la destinaba a mí, pero sé que eres un perfecto anfitrión, y por lo tanto me acosté aquí. Oye, Bertie, amigo –dijo Bingo, aparentemente harto de la discusión sobre los dormitorios–, veo la luz del día.

–Bueno, son casi las tres de la madrugada.

–Estaba hablando metafóricamente, tonto. Quería decir que la esperanza ha empezado a renacer. A propósito de Mary Burgess, ¿sabes? Siéntate y te lo explicaré todo.

–No me sentaré. Me voy a dormir.

–Para empezar –dijo el joven Bingo, colocándose cómodamente sobre las almohadas y cogiendo un cigarrillo de mi caja especial y privada- he de pagar nuevamente un tributo notable al viejo Jeeves. Es un moderno Salomón. Me encontraba en muy malas condiciones cuando vine a pedirle consejo. Pero él me dio una idea que me ha puesto (empleo el término prudentemente y con espíritu conservador) en una posición altamente satisfactoria. Puede que te haya dicho que me recomendó recobrar el terreno perdido ocupándome en obras de caridad. Bertie, chico –dijo Bingo seriamente–, durante las dos últimas semanas he consolado a los enfermos hasta tal punto que si yo tuviese un hermano y tú me lo trajeras sobre una camilla en este momento, Dios sabe que le tiraría un ladrillo a la cabeza. Con todo, si bien esto me costó un esfuerzo endiablado, la idea dio espléndidos resultados. Ella se ablandó visiblemente antes que pasara una semana y empezó a saludarme cuando nos encontrábamos por la calle y otras cosas por el estilo. Hace un par de días me sonrió abiertamente (de un modo suave y angelical, ¿sabes?) al tropezarme con ella delante de la vicaría. Y ayer..., oye, ¿te acuerdas de aquel cura, Wingham?, el individuo de la nariz larga.

–Claro que lo recuerdo. Tu rival.

–¿Mi rival? –Bingo arqueó las cejas–. Oh, bueno, supongo que así se le podía llamar en aquel tiempo. Aunque parece un poco exagerado.

–¿Lo crees así? –dije, molesto por la nauseabunda complacencia de sus modales–. Bueno, déjame decirte que lo último que oí fue que en La Vaca y los Caballos, en el pueblo de Twing y en toda la comarca, incluso en Lower Bingley, estaban ofreciendo siete a uno a favor del cura sin encontrar apostadores.

Bingo se sobresaltó y me llenó la cama de ceniza.

–¿Apostando? –musitó–. ¿Apostando? ¿No querrás decir que están apostando sobre esta santa y sagrada...? ¡Oh, maldita sea! ¿Es que la gente no tiene sentido de la decencia y la devoción? ¿No se salva nada de su bestial y sórdida mezquindad? Me pregunto –dijo el joven Bingo, meditabundo– si hay alguna posibilidad de que yo pueda sacar algún provecho de este siete a uno. ¡Siete a

uno! ¡Qué momio! ¿Sabes quién lo ofrece? ¡Oh! Bueno, supongo que eso no se puede hacer. No, supongo que no sería justo.

–Pareces condenadamente seguro de ti mismo –dije–. Siempre había pensado que Wingham...

–Oh, él no me preocupa –dijo Bingo–. Estaba a punto de decírtelo. Wingham sufre un ataque de paperas, y no se moverá de la cama por espacio de varias semanas. Y aunque esto ya constituya una noticia agradable, aún hay más. Estaba preparando las fiestas navideñas de la escuela del pueblo, ¿sabes?, y ahora yo lo sustituyo en la tarea. Anoche fui a ver al viejo Heppenstall y conseguí el puesto. ¿Comprendes lo que significa? Quiere decir que seré el centro absoluto de la vida material y espiritual del pueblo durante tres sólidas semanas, con un formidable triunfo final para coronarlo todo. Todo el mundo confiará en mí y me halagará, ¿comprendes?, y otras cosas por el estilo. Esto ha de producir un efecto poderoso en el espíritu de Mary. Le demostrará que soy capaz de un esfuerzo serio; que hay en mí un valor sólido y fundamental; y que, en vez de la mariposa que en un tiempo pudo creer que yo era, en realidad soy...

–¡Oh, ya está bien!

–Es una gran cosa, ¿sabes?, este espectáculo navideño. El viejo Heppenstall se dedica a él por entero. Vendrán los prohombres de toda la comarca. También estarán presentes el terrateniente del lugar y su familia. Es una gran ocasión para mí, Bertie, hijo mío, y tengo la intención de sacarle el máximo provecho. Naturalmente estoy un poco en desventaja por no haber tomado parte en el asunto desde el principio. ¿Querrás creer que aquel poco inspirado conato de cura quiso ofrecer al público un asqueroso cuento de hadas sacado de un libro para niños publicado hace cincuenta años, sin una sola escena cómica ni un asomo de chiste en él? Es demasiado tarde para cambiarlo todo por entero, pero al menos puedo ponerle un poco de pimienta. Voy a escribir algo vigoroso para alegrar un poco el asunto.

–No sabes escribir.

–Bueno, cuando digo escribir quiero decir plagiar. Por eso bajé a la ciudad. Fui a ver esa revista, ¡Acaríciame!, en el Palladium. Está llena de cosas buenas. Claro que es bastante difícil lograr algo parecido a un efecto espectacular en la sala de fiestas del pueblo de Twing, sin escenarios apropiados y con un coro de niños

casi imbéciles que oscilan entre los nueve y los catorce años, pero creo que conseguiré mi propósito. ¿Has visto ¡Acaríciame!?

–Sí, dos veces.

–Pues bien, hay algo bueno en el primer acto y puedo aprovechar prácticamente todos los números. Luego está el espectáculo del Palace. Puedo ver la función de la tarde, mañana antes de marcharme. Seguramente también allí encontraré algo decente. No te preocupes pensando en que yo sea capaz de escribir algo acertado. Déjame a mí, muchacho, déjame a mí. Y ahora, amigo de mi infancia –terminó el joven Bingo, repantigándose en la cama–, no debes hacerme hablar toda la noche. Eso está muy bien para vosotros, los que no tenéis nada que hacer, pero yo soy un hombre muy ocupado. Buenas noches, amigo. Cierra la puerta gravemente y apaga la luz. Supongo que mañana el desayuno será a las diez, ¿verdad? Muy bien. Buenas noches.

Durante las tres semanas que siguieron no vi a Bingo. Se convirtió en una especie de voz en la distancia, adquiriendo el hábito de llamarme por teléfono y de consultarme sobre los diversos problemas que se presentaban en los ensayos, hasta el día en que me sacó de la cama a las ocho de la mañana para preguntarme si pensaba que «Felices Pascuas» era un título acertado. Le dije que esta molestia tenía que acabar de una vez, después de lo cual me dejó en paz, y desapareció de mi vida hasta que una tarde, al llegar a casa para cambiarme para la cena, encontré a Jeeves inspeccionando un enorme cartel que había desenrollado sobre el respaldo de un sillón.

–¡Dios me ampare, Jeeves! –dije. Me sentía algo débil aquel día y la cosa me hizo estremecer–. ¿Qué diablos es eso?

–Míster Little me lo envió, señor, para que se lo enseñara.

–¡Bueno, ya lo ha hecho usted, Jeeves!

Eché otro vistazo al objeto. No cabía duda de que llamaba la atención. Tenía un metro y medio de longitud, y la mayoría de las letras estaban impresas en la tinta roja más viva que jamás he visto.

Rezaba así:

SALA DE FIESTAS DE TWING

Viernes, 23 de diciembre

RICHARD LITTLE

presenta

una nueva y original revista

titulada

¡HOLA TWING!

Libreto de

RICHARD LITTLE

Canciones de

RICHARD LITTLE

Música de

RICHARD LITTLE

Con toda la Compañía

y los Coros Juveniles de Twing.

Efectos escénicos de

RICHARD LITTLE

Producida por

RICHARD LITTLE

–Bueno, ¿qué piensa usted de todo esto, Jeeves? –pregunté.

–Confieso que albergo algunas dudas, señor. Creo que míster Little le hubiera ido mejor siguiendo mi consejo de limitarse a las obras de caridad en el pueblo.

–¿Cree usted que la cosa fracasará?

–No voy a aventurarme a hacer una profecía, señor. Pero la experiencia me ha enseñado que lo que gusta al público londinense no agrada siempre a las mentalidades rurales. El estilo de la metrópoli resulta a veces demasiado exótico.

–Supongo que tendré que ir a ver la condenada representación, ¿verdad?

–Creo que míster Little se ofendería si usted no estuviese presente, señor.

La sala de fiestas del pueblo de Twing es un edificio pequeño que huele a manzanas. Estaba llena cuando llegué la tarde del día veintitrés, porque me las había arreglado para llegar muy poco antes de comenzar la función. Conocía por experiencia ese tipo de representaciones por haber presenciado una o dos de ellas, y no quería correr el riesgo de llegar con demasiada antelación y verme colocado en un asiento de las primeras filas, de donde no hubiera podido emprender una discreta retirada a la mitad del espectáculo si la ocasión lo requería. Me aseguré una bonita posición estratégica cerca de la puerta, en el fondo de la sala.

Desde el lugar en que me hallaba, dominaba perfectamente el auditorio. Como siempre en tales acontecimientos, las primeras filas estaban ocupadas por los prohombres del lugar: el terrateniente más acaudalado, un anciano deportista de faz bastante colorada y patillas blancas, su familia, un pelotón de párrocos locales y quizá un par de docenas de los feligreses más notables. Luego venía una densa masa de lo que se puede llamar la clase inferior. Y detrás, donde yo me hallaba, bajábamos de golpe la escala social, puesto que ese extremo de la sala se había cedido casi por entero a una colección de tipos francamente forzudos que habían acudido más que por amor al arte teatral, por el té gratuito que tendría lugar después del espectáculo. Era, en todos los sentidos, una asamblea representativa de la vida y del pensamiento de Twing. Los prohombres cuchicheaban entre ellos de un modo satisfecho, la clase media inferior se sentaba muy tiesa, como si hubiera sido almidonada, y los forzudos pasaban el

tiempo cascando nueces y contándose chistes picantes. La muchacha, Mary Burgess, estaba sentada al piano tocando un vals. A su lado se hallaba el párroco Wingham, aparentemente repuesto de su enfermedad. La temperatura, creo, era de unos ciento veintisiete grados.

Alguien me dio un codazo en las regiones inferiores del costado y vi a Steggles.

–¡Hola! –dijo–. No sabía que vendrías.

No me agradaba el sujeto, pero nosotros los Wooster sabemos llevar la máscara. Sonreí ligeramente.

–¡Oh, sí! –dije–. Bingo quiso que viniera a ver su espectáculo.

–Parece que va a darnos algo bastante ambicioso –dijo Steggles–. Grandes efectos y otras cosas por el estilo.

–Eso creo.

–Naturalmente, a él le importa mucho, ¿verdad? Te habló de la muchacha, ¿no es así?

–Sí. Y me dicen que estás apostando siete a uno contra él –dije mirando al bribón con ligera austeridad.

–Sólo se trata de una pequeña especulación para aliviar la monotonía de la vida campestre –dijo sin la menor turbación–. Pero no es exacta la información que posees. Es abajo en el pueblo donde dan siete a uno. Yo puedo ofrecer algo mejor, si estás de humor especulativo. ¿Qué tal un billete de diez libras a cien contra ocho?

–¡Dios me valga! ¿Ofreces eso?

–Sí. La verdad –dijo Steggles con expresión meditativa– es que tengo una especie de sensación, una especie de presentimiento de que esta noche algo marchará mal. Ya conoces a Little. Un chapucero donde los haya. Algo me dice que este espectáculo suyo va a resultar un fracaso. Y si fracasa predispondrá a la muchacha en contra de él.

–¿Intentas echar a perder el espectáculo? –inquirí severamente.

–¿Yo? –dijo Steggles–. Vaya, ¿qué podría hacer? Espera medio minuto, he de ir a hablar con un señor.

Se alejó, dejándome francamente preocupado. Veía en sus ojos que estaba meditando alguna de sus tretas habituales, y pensé que era necesario advertir a Bingo. Pero no había tiempo para eso y yo no podía llegar hasta él. Casi inmediatamente después de haberse marchado Steggles se levantó el telón.

Excepto como apuntador, Bingo no se puso mucho en evidencia durante la primera parte de la representación. Al principio la cosa fue meramente una de aquellas extrañas obritas que se encuentran en los libros publicados en Navidad, titulados Doce comedias cortas para niños o algo semejante. Los muchachos canturreaban como de costumbre y la retumbante voz de Bingo vibraba de vez en cuando entre los bastidores cuando los más tontos olvidaban la letra. El público se estaba sumiendo en el torpor usual en tales ocasiones, cuando tuvo lugar el primero de los números intercalados por Bingo. Era el número que canta no sé quién en la revista del Palace. Podrían reconocer la tonada si yo la tarareara, pero nunca he podido cogerla bien. En el Palace siempre la hacían repetir tres veces y en Twing también resultaba, incluso cantada por aquella voz infantil y chillona que cambiaba de tono como un gamo de los Alpes salta de un peñasco a otro. Hasta a los forzudos les gustó. Y al final del segundo estribillo, la sala entera pedía la repetición y la muchacha de la voz de pizarrín cobró aliento y empezó a soltarlo de nuevo.

Entonces se apagaron las luces.

Creo que nunca me habrá ocurrido nada tan repentino y devastador. No vacilaron. Sencillamente, se apagaron. La sala quedó sumergida en una completa oscuridad.

Desde luego, eso rompió el encanto del número. Algunos empezaron a dar instrucciones a gritos y los forzudos patalearon y se dispusieron a pasar un rato divertido. Y, desde luego, el joven Bingo no pudo hacer más que el ridículo. Su voz se disparó repentinamente sobre nosotros desde las tinieblas.

–Señoras y caballeros, algo ha sucedido con las luces...

Los forzudos sintieron cosquillas al oír esta información directa. La acogieron

con una especie de aullido de guerra. Luego, transcurridos unos cinco minutos, las luces se volvieron a encender y el espectáculo continuó.

Fueron necesarios diez minutos para que el auditorio volviese a tranquilizarse, pero finalmente se restableció el silencio y todo marchó a pedir de boca hasta que un chiquillo con cara de rodaballo salió ante el telón, que había sido bajado después de una escena bastante penosa a propósito de una sortija milagrosa o la maldición de un hada o algo semejante, y empezó a cantar aquella canción de George Thingummy de la revista ¡Acaríciame! Ya saben a cuál me refiero. ¡Escuchad siempre a mamá, muchachas! se llama, y George incita al auditorio a unirse con él para cantar el estribillo. Es una balada bastante picante, que yo mismo he cantado frecuentemente en el baño, con no poco vigor; pero bajo ningún aspecto –como cualquiera que no fuese un perfecto zoquete como el joven Bingo hubiera comprendido–, bajo ningún aspecto es adecuada para una fiesta navideña infantil celebrada en la vieja sala de un pueblo. En cuanto se oyeron las palabras del primer estribillo, la mayoría de los presentes comenzaron a enderezarse en sus asientos. Miss Burgess acompañaba al piano de una manera aturdida y mecánica mientras el párroco, a su lado, desviaba la mirada con expresión dolorosa. Sin embargo, los forzudos estaban entusiasmados.

Al final del segundo estribillo el muchacho se detuvo y comenzó a retroceder hacia los bastidores. A consecuencia de lo cual tuvo lugar el breve diálogo siguiente:

EL JOVEN BINGO (voz oída de lejos, resonando contra las vigas). ¡Continúa!

EL CHIQUILLO (tímidamente). No quiero.

EL JOVEN BINGO (más fuerte). ¡Continúa, miserable, o te mato!

Supongo que el chiquillo lo meditó rápidamente y se dio cuenta de que, puesto que Bingo estaba en posición de poder alcanzarlo, valía más reconciliarse con él, cualesquiera que fuesen las consecuencias. Se deslizó hasta las candilejas y, cerrando los ojos y riendo histéricamente, dijo:

–Señoras y caballeros, ahora ruego al terrateniente Tressidder nos haga el favor de cantar el estribillo.

La verdad es que aun albergando los más caritativos sentimientos hacia él, hay momentos en que uno piensa forzosamente que el joven Bingo debería ser

encerrado en algún centro. Supongo, pobrecillo, que se había imaginado que ésta sería la gran atracción de la velada. Se había imaginado, me figuro, que el terrateniente del pueblo se pondría jovialmente de pie, empezaría a cantar y todo sería alegría y regocijo. Bueno, lo que ocurrió fue sencillamente que el viejo Tressidder –y adviertan que no se lo reprocho– se quedó sentado donde estaba, inflándose y tornándose más colorado a cada segundo que pasaba. La clase media inferior quedó sumida en un helado silencio, esperando que el techo se le cayera encima. La única sección del auditorio a quien la idea parecía realmente gustarle fue la de los forzudos, que chillaban con entusiasmo. Aquello fue confitura para ellos.

Y luego las luces se apagaron nuevamente.

Cuando se encendieron, unos minutos más tarde, revelaron al digno Tressidder saliendo rígidamente a la cabeza de su familia, harto hasta la coronilla; a miss Burgess, sentada al piano, con una mirada pálida y fija, y al párroco mirándola con algo en su expresión que parecía sugerir que, aunque todo eso era sin duda deplorable, había un hueco azul entre las nubes.

Prosiguió de nuevo el espectáculo. Se recitaron trozos de diálogo de las comedias infantiles; luego la pianista comenzó el preludio de aquel número de la chica de las naranjas, que es el gran éxito de la revista del Palace. Supuse que eso sería el grandioso final de Bingo para la primera parte. La compañía en pleno se hallaba en escena, y una mano contraída había aparecido al borde del telón, dispuesto a maniobrarlo en el momento oportuno. Sí, parecía ser el final de la primera parte. No tardé mucho en darme cuenta de que era algo más. Era el final del espectáculo.

Supongo que conocen el número de las naranjas del Palace. Dice así:

Oye, rico, quieres una naranjita,

dulce y madurita,

dulce y madurita,

o tal vez quieras algo más

que no sé, no sé, si voy a dar.

Oye, rico...

o algo por el estilo. Es una canción condenadamente inteligente, y la melodía también es buena; pero lo que le da gracia al número es aquel momento en que las muchachas sacan naranjas de sus cestas, ¿saben?, y las tiran grácilmente al público. No sé si lo han notado, pero parece que el público se vuelve loco cuando les echan cosas desde el escenario. Cada vez que he ido al Palace los clientes se han vuelto sencillamente tarumbas con este número.

Pero en el Palace, desde luego, las naranjas están hechas de algodón amarillo y las muchachas no las lanzan, sino que las dejan caer ligeramente en la primera y segunda fila. Empecé a percatarme de que el asunto sería tratado de un modo bastante distinto en Twing al ver que una condenada y húmeda masa de pepitas pasaba rozándome la oreja y estallaba contra la pared, a mi espalda. Otra masa aterrizó ruidosamente sobre el cuello de uno de los prohombres de la tercera fila. Y luego una tercera me dio en la punta de la nariz, y yo perdí momentáneamente el interés por los acontecimientos.

Cuando me hube limpiado la cara y mis ojos dejaron de lagrimear, vi que la representación había empezado a semejarse a una de las alegres noches de Belfast. El aire estaba lleno de chillidos y frutas. Los muchachos del coro, con Bingo corriendo desesperadamente entre ellos de un lado para otro, estaban pasando el mejor rato de su vida. Supongo que se daban cuenta de que eso no podía continuar para siempre y se aprovechaban todo lo posible de la ocasión. Los forzudos habían empezado a coger todas las naranjas que no estallaban y las devolvían lanzándolas con fuerza, de modo que el auditorio recibía a la ida y a la vuelta. En términos generales, el espectáculo presentaba cierta confusión, y precisamente cuando las cosas empezaban a calentarse, las luces volvieron a apagarse.

Me parecía que había llegado el momento de marcharse, y me dirigí hacia la puerta. Acababa de salir cuando el auditorio empezó a afluir a la calle. Surgían a mi alrededor en grupos de dos o tres, y nunca vi una masa de público tan condenadamente de acuerdo. Hasta el último hombre –y mujer– estaban

maldiciendo al pobre Bingo; y surgió rápidamente una amplia y creciente escuela de pensamiento sosteniendo que lo mejor que se podía hacer era acechar su salida y sumergirlo unas cuantas veces en el estanque del pueblo.

Había tal cantidad de entusiastas y parecían tan decididos, que pensé que lo único que podía hacer en nombre de la amistad era volverme atrás y advertir al joven Bingo que se levantara el cuello del abrigo y huyera clandestinamente por una salida lateral. Deshice lo andado y lo encontré sentado sobre una caja entre bastidores, sudando abundantemente y pareciéndose bastante al lugar marcado con una cruz donde ocurrió el accidente. Tenía los cabellos de punta, le colgaban las orejas y una palabra dura sin duda le hubiera hecho estallar en lágrimas.

–Bertie –dijo sombríamente al verme–, fue aquel maldito Steggles. Atrapé a uno de los muchachos antes de que pudiera escabullirse y se lo saqué todo. Steggles había sustituido con verdaderas naranjas las bolas de lana que había preparado especialmente con infinito sudor y al precio de casi una libra. Bueno, ahora iré a destrozarle cada uno de sus miembros. Esto, por lo menos, podré hacerlo.

Me dolía destruir sus ensueños pero tuve que hacerlo.

–¡Santo cielo, hombre! –dije–. No tienes tiempo para frívolas diversiones ahora. Has de largarte, y pronto.

–Bertie –dijo Bingo con voz apagada–. Ella estaba aquí hace un instante. Dijo que yo había tenido la culpa de todo y que nunca volvería a dirigirme la palabra. Me dijo que siempre sospechó que era un bromista sin corazón y que ahora estaba segura de ello. Dijo... ¡Oh, bueno, me dejó hecho polvo!

–Éste es el menor de tus males –dije. Parecía imposible hacer comprender al pobre diablo la situación en que se hallaba–. ¿Te das cuenta de que cerca de doscientos de los más fuertes habitantes de Twing te están esperando fuera para sumergirte en el estanque?

–¡No!

–¡No lo dudes!

Durante un rato el pobre muchacho pareció anonadado. Pero sólo un rato. Siempre ha habido algo de la vieja raza de los bulldog ingleses en Bingo. Una extraña y dulce sonrisa asomó a su rostro por un instante.

–Está bien –dijo–, puedo deslizarme a través de los sótanos y saltar por el muro trasero. ¡A mí no pueden intimidarme!

No había pasado una semana cuando Jeeves, después de haberme traído el té, desvió suavemente mi mirada de la página deportiva del Morning Post y atrajo mi atención sobre un anuncio en la columna de los esponsales y bodas.

Era un breve anuncio de que había sido concertada la boda, que tendría lugar próximamente, entre el honorable y reverendo Hubert Wingham, tercer hijo del muy honorable conde de Sturridge, y Mary, única hija del fenecido Matthew Burgess, de Weatherly Court, Hants.

–Desde luego –dije, después de haberlo examinado de este a oeste–. Lo esperaba, Jeeves.

–Sí, señor.

–Ella nunca le hubiera perdonado lo que ocurrió aquella noche.

–No, señor.

–Bueno –dije, mientras sorbía la fragante e hirviente bebida–, supongo que Bingo no necesitará mucho tiempo para olvidarlo. Es aproximadamente la ciento undécima vez que le sucede algo parecido. A usted es a quien compadezco.

–¿A mí, señor?

–¡Caramba! No puede haber olvidado la cantidad de molestias que se tomó para arreglarle las cosas a Bingo. Es una verdadera lástima que todo su trabajo haya resultado inútil.

–No del todo inútil, señor.

–¿Eh?

–Es cierto que mis esfuerzos para conseguir la boda entre míster Little y la joven dama no tuvieron éxito, pero, con todo, contemplo el asunto con cierta satisfacción.

–¿Porque consagró a él sus mejores esfuerzos?

–No del todo, señor, aunque desde luego este pensamiento me causa también cierto placer. En concreto, aludía al hecho de que encontré el asunto financieramente remunerativo.

–¿Financieramente remunerativo?

–Cuando me enteré de que míster Steggles se había interesado en la competición, señor, participé con mi amigo Brookfield en una apuesta que había sido hecha sobre el resultado por el dueño de La Vaca y los Caballos. Resultó una inversión altamente provechosa. Su desayuno estará listo casi inmediatamente, señor. Riñones con tostadas y setas. Se lo traeré cuando usted llame.

## 16. LA APLAZADA SALIDA DE CLAUDE Y EUSTACE

La sensación que experimenté cuando la tía Agatha me atrapó en mi cubil aquella mañana y volcó sobre mí la mala noticia fue de que mi suerte había acabado. Por regla general, ¿entienden?, no me meten en las peleas familiares. En las ocasiones en que mis tías se llaman unas a otras como mastodontes que braman a través de los pantanos prehistóricos, y la carta del tío James a propósito del extraño proceder de la prima Mabel recorre todo el círculo familiar («Por favor, léela atentamente y luego dásela a Jane»), el clan tiene tendencia a ignorarme. Es una de las ventajas que tengo por ser soltero y, según mis parientes más próximos y queridos, un soltero medio chiflado. «De nada sirve intentar que Bertie se tome el más mínimo interés», es más o menos el lema, y he de decir que estoy enteramente de acuerdo. Una vida tranquila es lo que más me agrada. Y fue por eso por lo que sentí que la maldición había caído sobre mí cuando la tía Agatha aterrizó en mi salita de estar mientras yo estaba fumando plácidamente un cigarrillo y empezó a hablarme de Claude y Eustace.

–¡Gracias a Dios! –dijo la tía Agatha–. Finalmente se han tomado unas medidas oportunas respecto a Claude y Eustace.

–¿Medidas? –pregunté, sin saber de qué se trataba.

–Se embarcan el viernes para Sudáfrica. Míster Van Alstyne, un amigo de la pobre Emily, les ha proporcionado una colocación en su firma de Johannesburgo, y esperamos que se establezcan allí y prosperen.

No comprendía absolutamente nada.

–¿El viernes? ¿Quieres decir pasado mañana?

–Sí.

–¿Para Sudáfrica?

–Sí. Saldrán en el Edinburgh Castle.

–Pero ¿a santo de qué? Quiero decir, ¿no están a mitad del curso en Oxford?

La tía Agatha me miró fríamente.

–¿Quieres decirme realmente, Bertie, que tomas tan poco interés en los asuntos de tus parientes más cercanos que no te habías enterado de que Claude y Eustace fueron expulsados de Oxford hace ya más de dos semanas?

–¡No! ¿De veras?

–Eres un caso perdido. Habría creído que incluso tú...

–¿Por qué fueron expulsados?

–Rociaron con limonada al segundo decano de su colegio... No veo nada divertido en ese ultraje, Bertie.

–No, no, desde luego que no –me apresuré a decir–. No me estaba riendo. Me estaba ahogando. Algo se me ha atascado en el gaznate, ¿sabes?

–¡Pobre Emily! –continuó la tía Agatha–. Como es una de esas madres que miman y echan a perder a sus hijos, quería retener a los muchachos en Londres. Sugirió la posibilidad de que ingresaran en el ejército. Pero yo me mantuve firme. Las colonias son el único lugar que conviene a unos muchachos salvajes como Eustace y Claude. De modo que zarparán el viernes. Han estado durante las dos últimas semanas con tu tío Clive en Worcestershire. Pasarán la noche de mañana en Londres y tomarán el tren que enlaza con el buque el viernes por la mañana.

–Un poco arriesgado, ¿no crees? Quiero decir, ¿no serán capaces de cometer alguna locura mañana por la noche si los dejan solos en Londres?

–No estarán solos. Estarán bajo tu custodia.

–¡La mía!

–Sí. Quiero que los alojes en tu piso y los vigiles para que no pierdan el tren por la mañana.

–¡Ah, eso sí que no!

–¡Bertie!

–Bueno, quiero decir que los dos son muchachos divertidos, pero no sé... Son bastante cabezas locas, ¿sabes?... Siempre me alegra verlos, naturalmente, pero cuando se trata de darles alojamiento...

–Bertie, si eres tan egoísta que ni siquiera puedes exponerte a esta insignificante molestia por amor de...

–Oh, bueno –dije–. Bueno.

De nada servía discutir, desde luego. La tía Agatha siempre me da la sensación de que tengo gelatina donde tendría que hallarse mi espina dorsal. Es una mujer llena de energía. Estoy dispuesto a creer que la reina Isabel debió de ser un poco como ella. Cuando me tiene bajo el dominio de sus ojos brillantes y me dice: «¡Manos a la obra, muchacho!» o algo semejante, lo hago sin discusiones.

Cuando se hubo marchado, llamé a Jeeves para comunicarle la noticia.

–Oiga, Jeeves –dije–, el señorito Claude y el señorito Eustace pasarán la noche de mañana aquí.

–Muy bien, señor.

–Me alegro de que le parezca bien. A mí la perspectiva me parece negra y deprimente. ¡Ya sabe usted lo que son esos dos chicos!

–Son dos jóvenes de mucho carácter, señor.

–Dos calamidades, Jeeves. Dos innegables calamidades. ¡Es un poco fuerte!

–¿Desea algo más, señor?

Al oír esas palabras me puse algo tieso, lo reconozco. Nosotros los Wooster nos helamos endiabladamente cuando buscamos comprensión y encontramos fría reserva. Desde luego, sabía lo que pasaba. Durante los dos últimos días había reinado cierta frialdad en casa a propósito de un par de botines de fantasía que yo desenterré mientras exploraba las tiendas de Burlington Arcade. Algún condenado, sin duda el mismo que inventó aquellas petacas de colores, había tenido recientemente la original idea de lanzar una serie de botines del mismo estilo. Quiero decir que en lugar de los habituales botines grises y blancos, uno puede comprarlos ahora de los colores de su regimiento o de su escuela. Y,

créanme, se hubiera necesitado alguien de una fibra más fuerte que la mía para resistir al par de botines estilo Eton que me sonreían desde el escaparate. Y ya me hallaba en la tienda iniciando las negociaciones antes de que se me ocurriera que Jeeves podía desaprobarme. Y he de decir que él había tomado la cosa con bastante dureza. Lo cierto es que Jeeves, si bien en muchos sentidos es el mejor ayuda de cámara de Londres, es demasiado conservador. Tiene la piel pegada a los huesos, si comprenden lo que quiero decir, y es enemigo del progreso.

–Nada más, Jeeves –dije con tranquila dignidad.

–Muy bien, señor.

Echó una glacial mirada a los botines y se largó. ¡El muy condenado!

No he visto en mi vida a nadie más jovial y alegre que los gemelos cuando aparecieron a la noche siguiente en mi viejo piso mientras me estaba vistiendo para la cena. Sólo les llevo a Claude y a Eustace media docena de años, pero de un modo extraño siempre me hacen sentir que soy un venerable anciano que espera su final de un momento a otro. Casi antes de que me diera cuenta de su presencia, habían ocupado los mejores asientos, habían robado un par de mis cigarrillos especiales, se habían escanciado un whisky con soda cada uno, y habían comenzado a charlar con la alegría y la despreocupación de dos pájaros que hubiesen colmado la ambición de sus vidas, en vez de haber fracasado estrepitosamente y hallarse sentenciados al destierro.

–¡Hola, Bertie, chico! –dijo Claude–. Muy amable por tu parte al alojarnos.

–¡Oh, no! –dije–. Sólo desearía que os quedarais mucho tiempo.

–¿Has oído eso, Eustace? Desea que nos quedemos mucho tiempo.

–Supongo que dará la impresión de mucho tiempo –dijo Eustace, filosóficamente.

–¿Sabes la noticia, Bertie? Me refiero a nuestro pequeño disgusto.

–¡Oh, sí! La tía Agatha me lo contó todo.

–Abandonamos nuestro país en beneficio de nuestro país.

–Y que no haya lamentaciones en el muelle –dijo Claude– cuando yo zarpe. ¿Qué te dijo la tía Agatha?

–Dijo que rociasteis con limonada al segundo decano.

–Daría cualquier cosa –dijo Claude, fastidiado– para que la gente diera una versión justa de las cosas. No fue el segundo decano. Fue el tutor superior.

–Y no se trataba de limonada –dijo Eustace–, sino de sifón. Resultó que el querido viejo se hallaba bajo nuestra ventana mientras yo me asomaba con un sifón en la mano. Miró hacia arriba y..., bueno, habría sido desperdiciar una ocasión única en la vida si no se lo hubiese disparado en el globo del ojo.

–Sencillamente desperdiciarla –convino Claude.

–Nunca habría vuelto a ocurrir –dijo Eustace.

–Cien posibilidades contra una –dijo Claude.

–Veamos –dijo Eustace–, ¿qué te propones hacer, Bertie, para distraer esta noche a tus gentiles invitados?

–Tenía intención de cenar en casa –dije–. Jeeves está preparando la cena.

–¿Y luego?

–Bueno, pensé que podríamos charlar de esto y de lo de más allá, y luego se me ocurrió que os gustaría acostaros temprano ya que el tren sale a las diez o cosa así, ¿verdad?

Los gemelos se miraron con una expresión de piedad.

–Bertie –dijo Eustace–, tienes un programa casi correcto, pero no por entero. Veo los acontecimientos de esta noche así: vamos al Ciro después de cenar. Es nuestra última noche, ¿verdad? Bueno, eso nos tendrá ocupados hasta las dos y media o las tres.

–Después de lo cual, sin duda –dijo Claude–, Dios proveerá.

–Pero yo creía que deseabais una buena noche de reposo.

–¡Una buena noche de reposo! –dijo Eustace–. Mi querido muchacho, no supondrás ni por un momento que tenemos la intención de acostarnos esta noche, ¿verdad?

Supongo que el hecho es que ya no soy el hombre que fui. Quiero decir que estas vigilias nocturnas no parecen fascinarme como ocurría hace unos años. Aún recuerdo la época en que estaba en Oxford, cuando un baile en el Covent Garden hasta las seis de la madrugada, con desayuno en el Hammans y probablemente un combate de lucha libre con algunos vendedores de frutas para terminar, me parecía ser lo que el médico ordenaba. Pero actualmente las dos de la madrugada son mi límite, y a las dos, los gemelos estaban comenzando a ponerse a tono y a encontrarse a sus anchas.

Por lo que puedo recordar, salimos del Ciro con una pandilla de individuos que no recordaba haber visto nunca, y debían de ser las nueve de la mañana cuando volvimos al piso. Momento en que, he de admitirlo, por lo que a mí se refiere mi primitiva y despreocupada lozanía comenzaba a marchitarse un poco. En efecto, me quedaba sólo la fuerza suficiente para decir adiós a los gemelos, desearles un viaje agradable y una feliz y exitosa carrera en Sudáfrica, y acostarme. Lo último que recuerdo fue la voz de los muchachos cantando como alondras bajo la ducha fría e interrumpiéndose de cuando en cuando para gritar a Jeeves que se diera prisa con los huevos con beicon.

Debía de ser cerca de la una cuando me desperté. Me sentía más o menos como algo que la Comisión de Alimentos Puros hubiese desechado, pero había un pensamiento grato que me animaba, y era que los gemelos ya estarían acodados sobre la barandilla del barco echando su última mirada a la querida madre patria. Esto hizo que el golpe fuera mayor cuando la puerta se abrió y apareció Claude.

–¡Hola, Bertie! –dijo–. ¿Has descabezado un buen sueño reparador? ¿Qué opinas de un buen almuerzo?

Había tenido tantas y tan retorcidas pesadillas desde que me durmiera, que durante medio minuto pensé que esto era simplemente otra de ellas y la peor de todas. Fue sólo cuando Claude se sentó al pie de la cama cuando me di cuenta de que se trataba de la dura realidad.

–¡Por todos los santos! ¿Qué diablos estás haciendo aquí? –farfullé.

Claude me miró con aire de reproche.

–No es ése el tono que más me agrada oír en un anfitrión, Bertie –dijo severamente–. Oye, anoche dijiste que deseabas que me quedara mucho tiempo. Tu sueño se ha realizado. ¡Me quedo!

–¿Pero por qué no estás camino de Sudáfrica?

–Eso –dijo Claude– es un punto que te gustaría que te fuera explicado, supongo. Sucede lo siguiente. ¿Recuerdas a la muchacha que anoche me presentaste en el Ciro?

–¿Qué muchacha?

–Sólo había una –dijo Claude fríamente–. Sólo una que importaba, quiero decir. Su nombre es Marion Wardour. Bailé mucho con ella, ¿no te acuerdas?

Empecé a recordar de una manera bastante nebulosa. Marion Wardour había sido amiga mía durante cierto tiempo. Una muchacha muy buena. Actualmente trabaja en el espectáculo del Apolo. Me acordé ahora de que me la había encontrado la noche anterior en el Ciro y de que los gemelos habían insistido en serle presentados.

–Somos dos almas gemelas, Bertie –dijo Claude–. Lo averigüé muy pronto anoche, y cuanto más pienso en el asunto más convencido estoy de ello. Ocurre así de vez en cuando, ¿sabes? Dos corazones que laten al unísono, quiero decir, y todo lo demás. De modo que, en resumidas cuentas, le di a Eustace el esquinazo en la estación de Waterloo y volví aquí. La idea de ir a Sudáfrica y dejar en Inglaterra a una muchacha como ésa no me atrae en absoluto. Soy totalmente partidario del imperio y de prestar ayuda a las colonias, pero no puedo hacerlo. Después de todo –dijo Claude razonablemente–, Sudáfrica ha podido desarrollarse muy bien sin mí hasta ahora; ¿por qué, pues, no puede continuar así?

–Pero ¿qué pasará con Van Alstyne o como se llame? Estará esperando tu llegada.

–Ya se contentará con Eustace. Esto lo satisfará. Es un muchacho muy sólido, Eustace. Probablemente acabará volviéndose magnate de alguna cosa. Seguiré su futuro progreso con considerable interés. Y ahora tienes que disculparme un

momento, Bertie. Quiero ir a buscar a Jeeves y pedirle que me sirva uno de sus preparados restauradores. Por alguna razón que no puedo explicarme esta mañana tengo un ligero dolor de cabeza.

Y, créanme o no, la puerta acababa de cerrarse tras él, cuando Eustace apareció a su vez, con tan radiante expresión de cara, que me puse enfermo sólo de verla.

–¡Oh, santo cielo! –dije.

–¡Buena faena, Bertie, buena faena! –dijo Eustace–. Lo siento por el pobre Claude, pero no cabía otra alternativa. Eludí su vigilancia en Waterloo y me escabullí en un taxi. Supongo que el pobre infeliz se estará preguntando adónde diablos habré ido a parar. Pero era inevitable. Si esperabas seriamente que me largara a Sudáfrica, no hubieras tenido que presentarme anoche a miss Wardour. Quiero contártelo todo, Bertie. No soy un hombre –dijo Eustace, sentándose sobre la cama– que se enamore de cada muchacha que ve. Supongo que «fuerte y silencioso» sería la mejor descripción que se podría hacer de mí, pero cuando encuentro alguien que me es afín, no pierdo el tiempo. Yo...

–¡Cielos! ¿También tú estás enamorado de Marion Wardour?

–¿También? ¿Qué quieres decir con «también»?

Iba a contarle lo de Claude, cuando éste entró en persona con el aspecto de un gigante renovado. No cabe duda de que los preparados de Jeeves producen resultados inmediatos en todo lo que no sea una momia egipcia. Es algo que pone en ellos, la salsa de Worcester o algo semejante. Claude revivía como una flor recién regada, pero casi tuvo una recaída cuando vio a su hermano que lo miraba por encima de la barandilla de la cama.

–¿Qué diablos estás haciendo aquí? –inquirió.

–¿Qué diablos estás haciendo tú aquí? –dijo Eustace.

–¿Has vuelto para imponer tu vil compañía a miss Wardour?

–¿Por eso volviste?

Discutieron el asunto un rato más.

–Bueno –dijo Claude finalmente–, supongo que no hay otro remedio. Si estás aquí, estás aquí. Que gane el mejor.

–Sí, pero ¡maldita sea! –pude decir en ese momento–. ¿Qué ideas tenéis en la sesera? ¿Dónde pensáis alojaros si os quedáis en Londres?

–¡Vaya, pues aquí! –dijo Eustace, sorprendido.

–¿Dónde, si no? –dijo Claude, arqueando las cejas.

–¿No tendrás inconveniente en alojarnos, Bertie? –preguntó Eustace.

–No sería digno de un caballero como tú –dijo Claude.

–Pero... vosotros, estúpidos zoquetes, suponed que la tía Agatha se entera de que os escondo, cuando tendríais que estar en Sudáfrica. ¿Cómo voy a salir de ese lío?

–¿Cómo va a salir de ese lío? –preguntó Claude a Eustace.

–Supongo que se las podrá componer de un modo u otro –dijo Eustace a Claude.

–Desde luego –dijo Claude, completamente animado–. Él podrá componérselas.

–¡Claro que sí! –dijo Eustace–. ¡Un hombre de recursos como Bertie! ¡Naturalmente que sí!

–Y ahora –dijo Claude, cambiando de argumento–, qué opinas del almuerzo que discutíamos hace un momento, Bertie? Este brebaje que el buen Jeeves acaba de darme me ha despertado lo que puedes llamar un formidable apetito. Algo así como seis chuletas y un pudin espeso serían lo más adecuado, creo yo.

Supongo que cada cual, en el mundo, tiene períodos negros en su vida que no puede recordar sin que se le nuble la vista y sin estremecerse silenciosamente. Algunos individuos, a juzgar por las novelas que se leen hoy en día, los tienen prácticamente cada dos por tres, pero gracias a que gozo de unos ingresos personales bastante considerables y de una perfecta digestión, he de decir que no es muy frecuente que yo vea a mi propia existencia trocarse en un neumático desinflado. Por esto procuro pensar lo menos posible en aquel período particular. Porque los días que siguieron a la inesperada resurrección de los condenados

gemelos fueron tan absolutamente lúgubres que los pobres nervios me empezaron a salir del cuerpo a una distancia de un pie y a curvarse por los extremos. Un continuo temblor, créanme. Supongo que el hecho es que nosotros, los Wooster, somos espantosamente honrados y francos y todo lo demás, y nos causa desazón tener que engañar a la gente.

La tranquilidad duró unas veinticuatro horas; luego la tía Agatha apareció para charlar conmigo. Unos veinte minutos antes habría encontrado a los gemelos que se atracaban alegremente con un par de lonchas de beicon y un huevo. Se hundió en una silla y vi que no se encontraba en el risueño estado de espíritu habitual en ella.

–Bertie –dijo–. No estoy tranquila.

Tampoco yo lo estaba. No sabía cuánto tiempo pensaba quedarse, ni cuándo volverían los gemelos.

–Me pregunto –dijo ella– si habré adoptado una actitud demasiado dura con Claude y Eustace.

–No te preocupes.

–¿Qué quieres decir?

–Yo..., ejem..., quiero decir que no sería propio de mostrarte dura con cualquiera, tía Agatha.

Y no resultó mal del todo. Mis palabras, pronunciadas tan espontáneamente, gustaron a la anciana parienta y me miró con un poco menos de odio que de costumbre.

–Es amable por tu parte decir eso, Bertie. Pero lo que yo pensaba es: ¿están seguros?

–¿Están qué?

Parecía muy raro usar tal expresión hablando de los gemelos, puesto que son casi tan inocuos como una pareja de jóvenes y traviesas tarántulas.

–¿Crees que todo les va bien?

–¿Qué quieres decir?

La tía Agatha me miró casi con inquietud.

–¿Nunca se te ha ocurrido, Bertie –dijo–, que tu tío George pueda ser médium?

Me parecía que estaba cambiando de tema.

–¿Médium?

–¿Crees posible que él vea cosas que no son visibles al ojo normal?

Lo creía condenadamente posible, si no probable. No sé si alguna vez se han topado ustedes con mi tío George. Es un tipo la mar de jovial que se pasa la vida yendo de un club a otro para tomar un par de copas con otros tíos la mar de joviales. Cuando aparece en el horizonte, los camareros se ponen firmes y el barman juguetea con su sacacorchos. Fue mi tío George quien descubrió que el alcohol es un alimento, mucho antes que la escuela moderna de medicina.

–Tu tío George cenó conmigo anoche y estaba muy turbado. Asegura que mientras iba del Devonshire Club al Boodle vio repentinamente el fantasma de Eustace.

–¿El qué de Eustace?

–El fantasma. El espíritu. Era tan evidente que por un instante pensó que era el mismo Eustace. La figura se desvaneció a la vuelta de una esquina, y cuando tu tío George llegó allí no se veía nada. Fue todo muy extraño y perturbador. Produjo un notable efecto sobre el pobre George. Durante toda la cena no tocó más que el agua de cebada, y sus modales fueron los de un hombre en extremo trastornado. ¿Crees que esos pobres muchachos están a salvo, Bertie? ¿No habrán sufrido algún horrible accidente?

Se me hizo la boca agua al pensar en ello, pero dije que no, que no pensaba que hubiesen sufrido ningún horrible accidente. Pensé que Eustace era un horrible accidente, y que Claude era casi lo mismo, pero no lo dije. Y al poco ella se largó, aún perturbada.

Cuando los gemelos volvieron a casa les expuse la situación sin andarme con rodeos. Por divertido que fuese asustar al tío George, no tenían que vagabundear

por la ciudad.

–Pero, hombre de Dios –dijo Claude–, sé razonable. No podemos admitir trabas en nuestros movimientos.

–Ni hablar de ello –dijo Eustace.

–Toda la esencia de la cosa, si me comprendes –dijo Claude–, radica en tener libertad para mariposear aquí y allá.

–Exacto –dijo Eustace–. Ora aquí, ora allá.

–Pero ¡maldita sea!...

–¡Bertie! –dijo Eustace en tono de reproche–. ¡Que hay niños!

–Desde luego, en cierto modo entiendo tu punto de vista –dijo Claude–. Supongo que la solución del problema será comprar un par de disfraces.

–¡Mi querido muchacho! –dijo Eustace, mirándole con admiración–. Es la idea más brillante que se ha registrado jamás. Seguramente la has plagiado, ¿verdad?

–Bueno, fue Bertie quien me la metió en la cabeza.

–¿Yo?

–El otro día me hablaste de Bingo Little y de la barba que se compró cuando no quiso que su tío lo reconociera.

–Si pensáis que voy a soportar que unas excrecencias como vosotros dos entren y salgan de mi piso con barbas...

–Tienes un poco de razón –asintió Eustace–. Lo haremos con patillas, pues.

–Y narices postizas –dijo Claude.

–Y narices postizas, eso es. Ya lo ves, Bertie, te hemos quitado un peso de encima. No queremos ser una molestia para ti mientras dure nuestra pequeña visita.

Y cuando fui a buscar a Jeeves para que me consolara un poco, todo lo que se

dignó decirme fue algo a propósito de la sangre joven. Ninguna comprensión.

–Bien, Jeeves –dije–, iré a dar un paseo por el parque. Haga el favor de prepararme los botines modelo Eton.

–Muy bien, señor.

Un par de días más tarde Marion Wardour se presentó a la hora del té. Miró prudentemente en torno a ella antes de tomar asiento.

–¿Tus primos no están en casa, Bertie? –preguntó.

–No, gracias a Dios.

–Entonces te diré dónde se hallan. Están en mi salón, mirándose ferozmente desde los ángulos opuestos, y esperando que yo entre. Bertie, esto tiene que acabar.

–Los ves muy a menudo, ¿verdad?

Jeeves entró con el té, pero la pobre muchacha estaba tan apurada que ni siquiera esperó a que se largara para continuar con sus quejas. Presentaba un aspecto absolutamente mohíno, la pobrecilla.

–No puedo dar un paso sin tropezar con uno de ellos o con los dos –dijo–. Por lo general, con los dos. Han adquirido la costumbre de visitarme juntos, y se limitan a sentarse ceñudamente y a intentar, cada uno de ellos, que el otro pierda la paciencia. Eso me reduce a una sombra.

–Lo sé –dije con simpatía–. Lo sé.

–Bueno, ¿qué debo hacer?

–No tengo la menor idea. ¿No podrías ordenar a tu doncella que dijera que no estás en casa?

Ella se estremeció ligeramente.

–Lo intenté una vez. Ellos se quedaron en la escalera y yo no pude salir en toda

la tarde. Y tenía una serie de compromisos particularmente importantes. Me gustaría que pudieras persuadirles de que se fueran a Sudáfrica, donde parece que los necesitan.

–Debes de haberles producido una impresión condenadamente fuerte.

–¡Ya lo creo! Ahora han empezado a hacerme regalos. O por lo menos Claude. Anoche insistió en que aceptara esta pitillera. Vino al teatro y no quiso irse hasta que se la acepté. He de decir que no es mala.

No lo era. Era un chisme francamente lujoso, de oro con un diamante engarzado en el centro. Y lo curioso era que tenía la idea de haber visto anteriormente una pitillera muy parecida en alguna parte. ¿Cómo diablos había sido capaz Claude de desenterrar el dinero para comprarla? Esto era más de lo que yo podía imaginar.

El día siguiente fue miércoles, y como el objeto de su devoción debía actuar en función de tarde, los muchachos estuvieron, por decirlo así, francos de servicio. Claude había ido con sus patillas al Hurst Park y Eustace y yo estábamos en el piso charlando. Por lo menos, él hablaba y yo estaba esperando que se marchase.

–El amor de una mujer buena, Bertie –andaba diciendo–, debe de ser una cosa maravillosa. A veces... ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

La puerta de entrada se había abierto y desde el vestíbulo llegaba el sonido de la voz de la tía Agatha preguntando si yo estaba en casa. La tía Agatha tiene una de esas voces altas y penetrantes, pero aquélla fue la primera vez que me alegré de ello. Quedaban escasamente dos segundos para despejar el camino, pero a Eustace le resultaron suficientes para esconderse debajo del sofá. Su último zapato acababa de desaparecer cuando ella entró.

Presentaba un aspecto preocupado. Me parecía a la sazón que todo el mundo lo presentaba.

–Bertie –dijo–, ¿cuáles son tus planes inmediatos?

–¿Qué quieres decir? Esta noche voy a cenar con...

–No, no quiero decir esta noche. ¿Estarás ocupado en los próximos días? Naturalmente, no lo estarás –continuó, sin aguardar mi contestación–. Pero de

eso hablaremos más tarde. Lo que he venido a decirte ahora es que deseo que vayas con tu pobre tío George a Harrogate unas semanas. Cuanto antes puedas salir, mejor.

Eso me pareció tan inconcebible que emití un aullido de protesta. El tío George está muy bien, pero no puedo con él. Intentaba decírselo cuando ella me impuso silencio.

–Si no eres un hombre que careces enteramente de corazón, Bertie, harás lo que te pido. Tu tío George ha sufrido una fuerte conmoción.

–¿Cómo, otra?

–Piensa que sólo un absoluto reposo y una cuidadosa asistencia médica pueden hacer volver su sistema nervioso a su estado normal. Parece que años atrás sacó cierto provecho de las aguas del Harrogate, y ahora quiere ir allí. Opinamos que no debe estar solo, de modo que deseo que lo acompañes.

–¡Pero, tía!

–¡Bertie!

Hubo una pausa en la conversación.

–¿Qué conmoción ha sufrido? –pregunté.

–Entre nosotros –dijo la tía Agatha, bajando la voz de un modo impresionante–, me inclino a creer que todo el asunto es el resultado de una imaginación sobreexcitada. Perteneces a la familia, Bertie, y puedo hablar libremente contigo. Sabes tan bien como yo que durante muchos años tu pobre tío George no ha sido un..., es decir, ha... desarrollado la costumbre de..., ¿cómo lo diría?

–¿De agarrarla de vez en cuando?

–¿Perdona?

–¿De coger alguna que otra cogorza?

–No me agrada en absoluto tu modo de hablar, pero he de confesar que quizá no ha sido todo lo moderado que fuera de desear. Tiene los nervios a flor de piel y...

Bueno, el hecho es que ha sufrido una conmoción.

–Sí, pero ¿qué conmoción?

–Eso es lo que resulta tan difícil inducirle a explicar con alguna precisión. Con todas sus cualidades, tu tío George tiene tendencia a volverse incoherente cuando está fuertemente turbado. Por lo que pude comprender, parece haber sido víctima de un robo.

–¡De un robo!

–Dice que un extraño hombre con patillas y una nariz peculiar entró en su piso de Jermyn Street durante su ausencia y le robó unas cuantas cosas. Dice que al regresar encontró al hombre en su salita de estar. Al verlo se precipitó inmediatamente hacia la puerta y desapareció.

–¿El tío George?

–No, el hombre. Y, según tu tío George, había robado una valiosa pitillera. Pero yo me inclino a pensar que todo es producto de su imaginación. No ha sido el mismo desde el día en que creyó ver a Eustace por la calle. De modo que me gustaría, Bertie, que estuvieras preparado para ir con él a Harrogate el sábado, lo más tarde.

Se marchó y Eustace salió arrastrándose de debajo del sofá. El muchacho estaba muy impresionado, y yo también, a decir verdad. La idea de unas semanas con el tío George en Harrogate parecía ponerlo todo negro.

–¿De modo que allí fue de donde sacó aquella pitillera el condenado? –dijo Eustace amargamente–. ¡Qué jugarreta tan sucia! ¡Tendría que estar en la cárcel!

Y con una elocuencia que me sorprendió a mí mismo, le eché un buen sermón durante quizá diez minutos sobre el tema de su deber para con la familia y otras cosas por el estilo. Apelé a su sentido de la decencia. Hice un fuerte elogio de Sudáfrica. Dije todo lo que se me ocurrió, y muchas cosas dos veces. Pero todo lo que el desgraciado hizo fue balbucir a propósito de la bajeza de su condenado hermano al darle la puñalada por la espalda con el asunto de la pitillera. Parecía pensar que Claude, al hacer el gentil obsequio, le había tomado una considerable delantera; y hubo una escena penosa cuando éste volvió de Hurst Park. Les oí hablar hasta una hora avanzada de la noche, mucho después de haberme metido

yo en cama. No he conocido a nadie que duerma menos.

Después de esto, las cosas se volvieron un poco más tensas en el piso, puesto que Claude y Eustace no estaban en buenas relaciones entre sí. Soy de la opinión de que en casa debe reinar cierta armonía, y era deprimente tener que vivir con dos individuos que no querían admitir la existencia del otro.

Era de suponer que la cosa no podría continuar así por mucho tiempo y Dios sabe que no continuó. Pero si alguien me hubiese visto el día antes y me hubiese dicho lo que pasaría, yo me habría limitado a sonreír débilmente. Quiero decir que me había acostumbrado tanto a pensar que nada que no fuera una explosión de dinamita lograría desalojar a esos dos pollos de mi casa que cuando Claude se me acercó el viernes por la mañana y me comunicó la noticia, apenas logré creer lo que oía.

–Bertie –dijo–, lo he pensado bien.

–¿El qué? –pregunté.

–Todo el asunto. Eso de quedarme en Londres cuando debiera estar en Sudáfrica. No es decente –dijo Claude–. No es justo. Y en pocas palabras, Bertie, me marcho mañana.

Tuve un fuerte sobresalto.

–¿De veras? –farfullé.

–Sí. Si no te molesta –dijo Claude–, envía a Jeeves a comprar un billete para mí. Me temo que tendré que pedirte el dinero para el pasaje, muchacho. ¿No te importa?

–¡Que si me importa! –dije, asiendo su mano con fervor.

–Todo marcha bien, pues. Ah, oye, no dirás una palabra a Eustace de todo esto, ¿verdad?

–¿Pero no se va él también?

Claude se estremeció.

–No, a Dios gracias. La idea de estar enjaulado a bordo de un barco con ese tipo me produce náuseas. No, ni una palabra a Eustace. Oye, supongo que es posible obtener un camarote en un corto plazo, ¿no es así?

–¡Ya lo creo que sí! –dije. Antes que perder esta oportunidad hubiera comprado el condenado buque.

–Jeeves –dije, precipitándome en la cocina–, vaya con la máxima celeridad a las oficinas de la Union-Castle y reserve un camarote en el barco de mañana para el señorito Claude. Nos deja, Jeeves.

–Sí, señor.

–El señorito Claude no quiere que se diga una palabra de esto al señorito Eustace.

–No, señor. El señorito Eustace me pidió lo mismo cuando me encargó que le reservara un camarote en el buque de mañana.

Le miré boquiabierto.

–¿Se marcha también?

–Sí, señor.

–¡Qué curioso!

–Sí, señor.

Si las circunstancias hubieran sido distintas de como eran, en este punto me habría mostrado muy efusivo con Jeeves. Habría brincado a su alrededor y me habría entregado a ruidosas manifestaciones y muchas cosas más. Pero aquellos botines formaban todavía una barrera, y lamento decir que yo me había aprovechado de la ocasión para ser un poco duro con él. Quiero decir que él había sido tan condenadamente terco y poco comprensivo, aun cuando sabía perfectamente que su joven amo estaba metido en un brete y que era su deber apoyarlo, que no pude menos de observar que este feliz desenlace se había logrado sin ninguna ayuda por su parte.

–Y eso es todo, Jeeves –dije–. El episodio ha concluido. Sabía que las cosas se arreglarían por sí solas si se daba tiempo al tiempo y si uno no se dejaba agobiar por ellas. Muchos tipos, en mi lugar, se hubieran dejado agobiar por ellas, Jeeves.

–Sí, señor.

–Quiero decir que habrían echado a correr pidiendo ayuda y consejos y todo lo demás a la gente.

–Es muy posible, señor.

–Pero yo no, Jeeves

–No, señor.

Lo dejé cavilando.

Ni siquiera la idea de tener que ir a Harrogate con el tío George podía deprimirme aquel sábado, cuando miré a mi alrededor, en el piso, y me di cuenta de que Claude y Eustace no se hallaban en él. Habían salido cautelosamente y por separado inmediatamente después de desayunar; Eustace para coger el tren de enlace en Waterloo, Claude para ir al garaje donde guardaba mi coche. No quise correr el riesgo de que los dos se encontraran en Waterloo y cambiaran de parecer, de modo que sugerí a Claude que quizá le resultara más agradable ir a Southampton por carretera.

Estaba tumbado en el sofá mirando tranquilamente las moscas en el techo y convenciéndome de lo maravilloso que es este mundo, cuando Jeeves entró con una carta.

–Un mensajero ha traído esto, señor.

Abrí el sobre y lo primero que cayó de él fue un billete de cinco libras.

–¡Caramba! –dije–. ¿Qué diantre es esto?

La carta estaba garrapateada en lápiz y era muy corta:

Querido Bertie:

Hazme el favor de entregar el billete adjunto a tu criado y decirle que desearía poderle dar algo más. Me ha salvado la vida. Éste es el primer día feliz que he tenido desde hace una semana.

Tuya,

M. W.

Jeeves estaba en pie, sosteniendo el billete de cinco libras que había caído al suelo.

–Puede quedárselo –dije–. Parece estarle destinado.

–¿Señor?

–Digo que el billete de cinco libras es para usted, aparentemente. Miss Wardour se lo envía.

–Esto es muy amable por su parte, señor.

–¿Por qué diablos le manda billetes de cinco libras? Dice que usted le salvó la vida.

–Ella sobreestima mis servicios, señor.

–Pero ¿cuáles fueron sus servicios, maldita sea?

–Se trata del asunto del señorito Claude y del señorito Eustace, señor. Esperaba que miss Wardour no se referiría a ello pues no quería que usted pensara que me había tomado ciertas libertades.

–¿Qué quiere decir?

–Dio la casualidad de que yo me hallaba en la habitación mientras miss Wardour se quejaba amargamente de cómo el señorito Claude y el señorito Eustace le

imponían su compañía. Creía que en estas circunstancias se me podría disculpar que sugiriera una pequeña treta para permitirle evitar sus atenciones.

–¡Bondad divina! ¿No querrá decir que es usted el causante de su marcha?

Esto me hacía experimentar la sensación de un pobre borrico. Quiero decir que después de haberle hablado de aquella manera a propósito de que lo había conseguido todo sin su ayuda, mi posición no me parecía muy lucida.

–Se me ocurrió que si miss Wardour informaba al señorito Claude y al señorito Eustace por separado de que tenía el propósito de marchar a Sudáfrica para cumplir un contrato teatral, se podría obtener el resultado apetecido. Parece ser que mis suposiciones fueron justas, señor. Los jóvenes se lo tragaron, si es que puedo emplear esta expresión.

–Jeeves –dije–. Nosotros, los Wooster, podemos cometer equivocaciones, pero nunca somos demasiado orgullosos para no confesarlo. Usted es de lo que no hay.

–Muchísimas gracias, señor.

–Ah, pero oiga. –Un pensamiento espantoso me atravesó la mente–. Cuando estén en el barco y se den cuenta de que ella no está allí, ¿no volverán?

–Previne esta posibilidad, señor. Por consejo mío, miss Wardour comunicó a los jóvenes que se proponía viajar por tierra firme hasta Madeira y coger allí el barco.

–¿Y dónde hacen escala después de Madeira?

–En ninguna parte, señor.

Por un momento me quedé anonadado, dejando que la cosa penetrara en mi cerebro. Aún me parecía existir una última grieta.

–La lástima es –dije– que en un barco tan grande podrán evitar encontrarse. Quiero decir que me hubiera gustado saber que Claude iba a gozar de la compañía de Eustace, y viceversa.

–Creo que será así, señor. Obtuve un camarote de lujo con dos camas. El

señorito Claude ocupará una de ellas y el señorito Eustace la otra.

Suspiré extasiado por completo. Parecía una condenada lástima que en tal estado de cosas tuviese que marchar a Harrogate con mi tío George.

–¿Ya ha empezado usted a preparar las maletas, Jeeves? –pregunté.

–¿Las maletas, señor?

–Para ir a Harrogate. He de trasladarme allí hoy con sir George.

–Desde luego, señor. Olvidé decírselo. Sir George telefoneó esta mañana mientras usted aún dormía y dijo que había cambiado de planes. No tiene intención de ir a Harrogate.

–¡Ah, qué maravilla!

–Pensé que podía agradarle, señor.

–¿Qué le hizo cambiar de planes? ¿Lo dijo?

–No, señor. Pero tengo entendido, por su ayuda de cámara, Stevens, que se siente mucho mejor y no necesita, por ahora, una cura de reposo. Me tomé la libertad de dar a Stevens la receta de aquel preparado mío que siempre obtuvo la aprobación de usted. Stevens me dice que sir George le comunicó esta mañana que se siente como un hombre nuevo.

Bueno, sólo quedaba una cosa por hacer, y la hice. No digo que no me doliera, pero no había otra alternativa.

–Jeeves –dije–, aquellos botines...

–¿Sí, señor?

–¿Realmente le desagradan a usted?

–Intensamente, señor.

–¿No cree que el tiempo pueda inducirle a cambiar de opinión?

–No, señor.

–Muy bien, pues. Muy bien. No diga nada más. Puede usted quemarlos.

–Muchísimas gracias, señor. Ya lo hice. Antes de preparar el desayuno de esta mañana. Un gris discreto le conviene mucho más, señor. Gracias, señor.

## 17. BINGO Y LA CAMARERA

Debió de ser cerca de una semana después de la marcha de Claude y Eustace, cuando me tropecé con el joven Bingo Little en el salón fumador del Senior Liberal Club. Estaba repantigado en una butaca, con la boca abierta y una especie de expresión idiota en los ojos, mientras un individuo de barbas entrecanas, a cierta distancia, le miraba con tanto desagrado que concluí que Bingo le había robado su asiento favorito. Eso es lo peor, cuando se está en un club extraño. Absolutamente sin querer, uno se encuentra atropellando constantemente los intereses establecidos de los socios más antiguos.

–¡Hola, carota! –dije.

–¿Qué tal, feo? –dijo el joven Bingo, y nos dispusimos a tomar un trago antes del almuerzo.

Una vez al año la junta de Los Zánganos decide que el viejo club necesita un buen lavado y planchado, de modo que nos echan a la calle y nos alojan por unas semanas en alguna otra institución. Esta vez estábamos refugiados en el Senior Liberal, y yo, personalmente, había encontrado la tensión bastante espantosa. Quiero decir que cuando uno se ha acostumbrado a un club donde todo es alegre y bullicioso y en el que si uno quiere llamar la atención de un individuo basta con echarle encima un pedazo de pan, queda algo desanimado al ir a un sitio donde el socio más joven tiene cerca de ochenta y siete años y donde no se considera educado hablar con alguien a menos que haya hecho con él la guerra peninsular. Fue un alivio topar con Bingo. Empezamos a hablar en voz muy baja.

–Este club –le dije– es el colmo.

–Es de no creer –convino el joven Bingo–. Creo que el viejo que se halla cerca de la ventana está muerto desde hace tres días, pero no me gusta decirlo a nadie.

–¿Ya has almorzado aquí?

–No. ¿Por qué?

–Tienen camareras en vez de camareros.

–¡Dios mío! Creí que eso había terminado con el armisticio. –Bingo meditó un poco, arreglándose el nudo de la corbata, distraídamente–. Oye... ¿muchachas bonitas? –prosiguió.

–No.

Pareció desilusionado, pero se recobró.

–Bueno, he oído decir que la cocina es la mejor de Londres.

–Eso dicen. ¿Vamos a entrar?

–Muy bien. Supongo –dijo el joven Bingo– que al final de la comida, o posiblemente al principio, la camarera dirá: «¿Los dos juntos, señor?» Contesta afirmativamente. Estoy sin blanca.

–¿Tu tío todavía no te ha perdonado?

–¡Todavía no, maldita sea!

Lamenté que la pelea aún continuara en pie. Resolví obsequiar bien al pobre diablo en la mesa y examiné la minuta con bastante atención cuando la muchacha se presentó con ella.

–¿Qué opinas de esto, Bingo? –dije finalmente–. ¿Unos huevos de avefría para empezar, un caldo, un poco de salmón frío, un poco de curry frío y un pedazo de tarta de grosella con nata y un bocado de queso para acabar?

No pretendo decir que esperaba que Bingo gritara de alegría, aun cuando había elegido sus platos favoritos, pero sí había esperado que dijera algo. Levanté la vista y vi que su atención estaba en otro lugar. Miraba a la camarera con el aspecto de un perro que acabara de recordar dónde está enterrado su hueso.

Era una muchacha bastante alta, de ojos castaños, dulces y llenos de vivacidad. Una hermosa figura y todo lo que se quiera. Manos bastante decentes, también. No recordaba haberla visto anteriormente, y he de decir que hacía aumentar no poco la categoría del lugar.

–¿Qué dices, muchacho? –inquirí, ansioso de hacer el pedido y de entregarnos al manejo del cuchillo y el tenedor.

–¿Eh? –dijo el joven Bingo distraídamente.

Volví a recitar el menú.

–¡Oh, sí, espléndido! –dijo Bingo–. Lo que quieras, lo que quieras. –La muchacha se fue y él se volvió hacia mí con desorbitados ojos–. ¿No habías dicho que no eran guapas, Bertie? –dijo el joven Bingo.

–¡Oh, santo cielo! –dije–. No te habrás enamorado otra vez... y de una muchacha que acabas de ver, ¿verdad?

–Hay momentos, Bertie –dijo Bingo–, en que una mirada basta..., en que, pasando en medio de la muchedumbre, captamos la mirada de alguien, y algo parece murmurar...

Aquí llegaron los huevos de avefría y él suspendió sus observaciones para acometerlos con cierto vigor.

–Jeeves –dije aquella noche cuando volví a casa–, ¡atención!

–¿Señor?

–Estruje su viejo cerebro y esté al tanto. Míster Little nos visitará pronto en busca de comprensión y ayuda.

–¿Se halla míster Little en algún apuro, señor?

–Bueno, así se puede llamar. Está enamorado. Por quincuagésima vez. Le pregunto, Jeeves, de hombre a hombre, ¿ha visto usted en su vida algo semejante?

–Míster Little tiene, desde luego, un corazón ardiente, señor.

–¡Un corazón ardiente! Creo que tendría que llevar una camiseta de amianto. Bueno, prepárese, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Y, claro está, no habían pasado diez días cuando el viejo asno se presentó

vociferando en busca de voluntarios que dieran un paso adelante y fueran en ayuda del partido.

–Bertie –dijo–, si eres un amigo ha llegado el momento de demostrarlo.

–Continúa, vieja gárgola –contesté–. Somos todo oídos.

–¿Recuerdas haberme obsequiado con un almuerzo en el Senior Liberal hace unos días? Nos sirvió una...

–Me acuerdo. Una hembra alta y bonita.

Se estremeció un tanto.

–Desearía que no hablaras así de ella, ¡maldita sea! Es un ángel.

–Está bien. Sigue.

–La amo.

–Muy bien. Sigue.

–¡Por el amor de Dios, no me fastidies! Déjame que te lo cuente a mi manera. La amo, como estaba diciendo, y quiero que tú, Bertie, amigo, des un salto a casa de mi tío y hagas un poco de trabajo diplomático. Aquella renta mía ha de serme devuelta, y condenadamente pronto, además. Y ha de ser aumentada.

–Pero oye –dije, distando mucho de afanarme–, ¿por qué no esperar un poco más?

–¿Esperar? ¿Qué sentido tiene esperar?

–Bueno, ya sabes lo que ocurre habitualmente cuando te enamoras. Algo marcha mal y te dejan plantado. Es mucho mejor acometer a tu tío cuando todo esté decidido y arreglado.

–Está ya decidido y arreglado. Ella me aceptó esta mañana.

–¡Dios mío! ¡Eso sí que es un trabajo rápido! ¡Aún no hace dos semanas que la conoces!

–No en esta vida, desde luego –dijo el joven Bingo–. Ella tiene una especie de idea de que debemos habernos encontrado en alguna existencia anterior. Cree que fui un rey de Babilonia cuando ella era una esclava cristiana. No puedo decir que me acuerde de eso, pero quizá haya algo de cierto.

–¡Caramba! –dije–. ¿Verdaderamente hablan así las camareras?

–¿Cómo puedo saber yo cómo hablan las camareras?

–Bueno, creo que ya deberías saberlo. La primera vez que hablé con tu tío fue cuando me obligaste a pedirle que se decidiera a ayudarte a contraer matrimonio con aquella Mabel de la pastelería de Piccadilly.

Bingo dio un respingo, agitado. Una luz salvaje apareció en sus ojos. Y antes de darme cuenta de lo que hacía me había descargado un espantoso manotazo sobre el pantalón veraniego haciéndome brincar como un corderillo.

–¡Oye! –dije.

–Lo siento –dijo Bingo–. Estoy alterado. Me he dejado llevar por el entusiasmo. Me has dado una idea, Bertie. –Aguardó hasta que acabé de masajearme la pierna y continuó sus observaciones–. ¿Puedes acordarte de aquella ocasión, Bertie? ¿Recuerdas el plan espantosamente astuto que ideé? ¿Decirle que eras la autora que escribía aquellos libros?

No era fácil que lo hubiera olvidado. El espantoso asunto seguía completamente vivo en mi memoria.

–Éste es el plan de ataque –dijo Bingo–. Verás. Que vuelva a relucir una vez más Rosie M. Banks.

–No es posible, mi joven amigo. Lo siento, pero de eso ni hablar. No puedo volver a pasar por eso.

–¿Ni siquiera por mí?

–Ni siquiera por una docena como tú.

–Nunca pensé –dijo Bingo tristemente– oír estas palabras de Bertie Wooster.

–Bueno, ahora ya las has oído –dije–. Métetelo en la sesera.

–Bertie, fuimos juntos al colegio.

–No fue culpa mía.

–Hemos sido amigos durante quince años.

–Lo sé. Me hará falta el resto de mi vida para olvidarlo.

–Bertie, viejo amigo –dijo Bingo acercando su silla y poniéndose a amasar mi omoplato–. ¡Oye! ¡Sé razonable!

Y, ¡maldita sea!, al cabo de diez minutos me había dejado convencer por el muchacho. Siempre ocurre lo mismo. Cualquiera puede convencerme. Si yo estuviera en un monasterio trapense, lo primero que ocurriría es que cualquier individuo listo podría convencerme de hacer alguna idiotez, en contra de mi sano juicio, por medio del lenguaje de los sordomudos.

–Bueno, ¿qué quieres que haga? –pregunté, percatándome de que resultaba inútil luchar.

–Empieza por enviar al viejo un ejemplar con una dedicatoria halagüeña de tu último éxito. Esto le conmoverá enormemente. Luego le harás una visita y le expondrás el asunto.

–¿Cuál es mi último éxito?

–La mujer que lo afrontó todo –dijo el joven Bingo–. Lo he visto en todas partes. Los escaparates y quioscos están llenos. Por la ilustración de la sobrecubierta parece ser un libro que cualquiera estaría orgulloso de haberlo escrito. Por supuesto, querrá discutirlo contigo.

–¡Ah! –dije, animándome–. Eso echa a perder el plan. No sé de qué trata ese maldito libro.

–Tendrás que leerlo, naturalmente.

–¿Leerlo? No, oye...

–Bertie, fuimos al colegio juntos.

–¡Oh, muy bien! ¡Muy bien! –dije.

–Sabía que podía contar contigo. Tienes un corazón de oro. Jeeves –dijo el joven Bingo al ver entrar a mi fiel servidor–, míster Wooster tiene un corazón de oro.

–Entiendo, señor –dijo Jeeves.

Exceptuando una lucha semanal con la Hoja Rosa y algún vistazo al registro hípico, no soy muy aficionado a la lectura, y mis sufrimientos al acometer La mujer (¡maldita sea!) que lo afrontó todo eran netamente espantosos. Pero logré acabarlo y justo a tiempo, porque apenas había llegado al punto en que sus labios se encontraban en un largo y lento beso y todo estaba tranquilo, exceptuando el suave suspiro de la brisa entre los codesos, cuando un mensajero me trajo una nota del viejo Bittlesham invitándome a almorzar con él.

Encontré al anciano en un estado que sólo se puede describir con el adjetivo derretido. Tenía un ejemplar del libro cerca de la mesa y lo hojeaba entre plato y plato.

–Míster Wooster –dijo, mientras engullía un trozo de trucha–, quiero felicitarle. Quiero manifestarle mi agradecimiento. Se supera usted continuamente. He leído Todo por el amor, he leído Sólo una chica de fábrica; me sé Myrtle, la atolondrada de memoria. Pero ésta, ésta es su obra más valiente y ambiciosa. Destroza las fibras del corazón.

–¿Sí?

–¡Claro que sí! La he leído tres veces desde que usted tuvo la gran amabilidad de enviarme el ejemplar (quiero darle de nuevo las gracias por la exquisita dedicatoria), y creo poder decirle que soy un hombre mejor, más dulce y más profundo. Estoy lleno de caridad humana y bondad para con mis semejantes.

–No, ¿de veras?

–Claro, claro que lo estoy.

–¿Para con todos sus semejantes?

–Para con todos mis semejantes.

–¿Incluso el joven Bingo? –dije, tanteando el terreno.

–¿Mi sobrino? ¿Richard? –Pareció quedar un poco pensativo, pero mantuvo su opinión valientemente y no quiso retractarse–. Sí, incluso para con Richard. Bueno..., es decir..., quizá..., sí, incluso para con Richard.

–Está bien. Porque tengo la intención de hablarle de él. Está bastante apurado, ¿sabe?

–¿Se encuentra en algún apuro?

–Está sin blanca. Y le vendría muy bien la pasta que le pasaba cada trimestre, si consiente usted en aflojar de nuevo los cordones de la bolsa.

Rumió un poco y comió un pedazo de pintada fría antes de contestar. Jugueteó con el libro y éste quedó abierto en la página doscientos quince. No me acordaba de lo que había en la página doscientos quince, pero sin duda era algo tolerablemente vigoroso, porque cambió su expresión y me miró con los ojos húmedos, como si hubiera tomado demasiada mostaza con el último bocado de jamón.

–Muy bien, míster Wooster –dijo–. Después de leer esta noble obra suya no puedo endurecer mi corazón. Richard tendrá su renta.

–¡Es usted colosal! –dije. Luego se me ocurrió que la expresión podía antojársele un poco personal para un individuo que pesaba ciento diez kilos–. Es usted una buena persona, quiero decir. Esto le alegrará mucho. Quiere casarse, ¿sabe?

–No lo sabía. Y no estoy seguro de aprobarlo completamente. ¿Quién es la dama?

–Bueno, a decir verdad, es una camarera.

Saltó sobre la silla.

–¡No me lo diga, míster Wooster! Eso es notable. Esto es de lo más alentador. Nunca hubiera creído que el muchacho tuviera tanta tenacidad en sus propósitos. Es un rasgo excelente que no sospeché hasta ahora. Recuerdo claramente que

cuando tuve la ocasión de conocerle a usted, hace casi dieciocho meses, Richard tenía deseos de casarse con esa misma camarera.

Tuve que destruirle la ilusión.

–Bueno, no se trata exactamente de la misma camarera. En realidad, es una camarera completamente distinta. Sin embargo, es una camarera, ¿sabe?

La luz del afecto paternal murió en los ojos del viejo.

–¡Hum! –exclamó con desconfianza–. Había supuesto que Richard estaba ostentando la cualidad de la constancia que es tan rara en el joven moderno. Yo... yo tengo que reflexionar sobre el asunto.

De modo que así se quedó y me fui y comuniqué a Bingo la situación.

–Eso de la renta está arreglado –dije–. La bendición del tío es un poco dudosa.

–¿No quiere que las campanas toquen a boda para mí?

–Le dejé meditándolo. Si fuese un corredor de apuestas me sentiría justificado para ofrecer cien a ocho en contra.

–No le hablarías debidamente. Hubiese tenido que saber que lo estropearías todo –dijo el joven Bingo. Lo cual, considerando todo lo que había hecho por él, me zahirió mucho más agudamente que el diente de una serpiente–. Es un fastidio –añadió Bingo–. Es un fastidio infernal. No puedo darte todos los detalles ahora, pero... sí, es fastidioso.

Se apoderó distraídamente de un puñado de mis habanos y se marchó.

No volví a verlo en tres días. A primera hora de la tarde del tercer día cayó en casa con una flor en el ojal y un aspecto en su faz que hacía pensar que alguien le habría propinado un golpe detrás de la oreja con una piel de anguila rellena.

–¡Hola, Bertie!

–¡Hola, viejo tonto! ¿Dónde has estado todo este tiempo?

–¡Oh, aquí y allá! Tenemos un tiempo magnífico, ¿verdad?

–No está mal del todo.

–Veo que los intereses bancarios han caído nuevamente.

–No, ¿de veras?

–Malas noticias de la Baja Silesia, ¿no?

–¡Oh, maldita sea!

Paseó por la habitación charlando a intervalos. El muchacho parecía alelado.

–¡Ay, óyeme, Bertie! –dijo súbitamente, haciendo caer un jarrón que había cogido de la repisa de la chimenea, y con el que estaba jugueteando–. Ya sé qué es lo que quería decirte. Me he casado.

## 18. EL FIN CORONA LA OBRA

Le miré con asombro. Aquella flor en el ojal... Aquel aspecto alelado... Sí, manifestaba todos los síntomas, y, sin embargo, la cosa parecía increíble. El hecho es, supongo, que había visto tantos asuntos amorosos del joven Bingo empezar con gran brío y acabar en agua de borrajas, que no podía creer que efectivamente esta vez hubiese llegado a puerto.

–¡Casado!

–Sí. Esta mañana, en Holburn. Vengo del convite de boda.

Me enderecé sobre la silla. Alerta. El hombre de negocios. Me parecía que este asunto necesitaba ser estudiado en todos sus aspectos.

–Puntualicemos –dije–. ¿Estás realmente casado?

–Sí.

–¿Con la muchacha de la que estabas enamorado anteayer?

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, ya sabes cómo eres. Dime, ¿qué te hizo cometer ese acto temerario?

–Me gustaría que no hablaras de esa manera. Me casé con ella porque la amo, ¡maldita sea! Es la mejor mujercita del mundo.

–Esto está muy bien, y es condenadamente encomiable, por supuesto, pero ¿has pensado en lo que va a decir tu tío? La última vez que le vi no estaba precisamente en disposición de tirar confeti.

–Bertie –dijo Bingo–, seré franco contigo. La mujercita me puso de espaldas contra la pared, si comprendes lo que quiero decir. Le dije lo que pensaba mi tío a este respecto y ella me contestó que tendríamos que separarnos a menos que yo la quisiera lo suficiente para afrontar la ira del viejo y casarme con ella en el acto, de modo que no tuve otra alternativa. Compré una flor y me lancé.

–¿Y qué te propones hacer ahora?

–Oh, lo tengo todo planeado. Después que tú hayas visto a mi tío y comunicado la noticia...

–¿Qué?

–Después que tú...

–¿No querrás decir que vas a meterme en este embrollo?

Me miró como Lillian Gish al despertar de un desmayo.

–¿Es Bertie Wooster el que habla? –dijo, afligido.

–¡Ya lo creo que lo es!

–Bertie, mi viejo amigo –dijo Bingo, dándome suaves golpecitos sobre los hombros–. Piénsalo bien. Fuimos al colegio...

–¡Oh, bueno!

–¡Eres un buen chico! Sabía que podía contar contigo. Ella está esperando abajo, en el vestíbulo. Vamos a llevárnosla enseguida a Pounceby Gardens.

Sólo había visto a la novia en traje de camarera, y esperaba que el día de su boda se hubiera ataviado con algo bastante vistoso. El primer rayo de esperanza que me iluminó desde el comienzo de este negro asunto fue ver que en vez de vestir terciopelo y usar un perfume violento y llevar un sombrero con flores, iba ataviada con condenado buen gusto. Todo sobrio, nada chillón. Por lo que a su aspecto se refiere, podía haber salido directamente de Berkeley Square.

–Éste es mi viejo amigo Bertie Wooster, querida –dijo Bingo–. Fuimos al colegio juntos, ¿no es así, Bertie?

–Así es –dije–. ¿Cómo está usted? Creo que nos..., hmm..., encontramos el otro día en el almuerzo, ¿verdad?

–Oh, sí, ¿qué tal?

–Mi tío bebe los vientos por Bertie –explicó Bingo–, de modo que va a venir con

nosotros para poner las cosas en marcha y preparar el terreno. ¡Eh, taxi!

No hablamos mucho durante el trayecto. Había una especie de tensión. Me alegré mucho cuando el coche se detuvo delante del tipi del viejo Bittlesham y nos apeamos todos. Dejé a Bingo y a su mujer en el vestíbulo mientras yo subía al salón y el mayordomo iba a desenterrar al gran jefe.

Mientras estaba paseando de arriba abajo por la sala, esperando que compareciera, vi repentinamente aquel condenado libro, La mujer que lo afrontó todo, sobre una de las mesitas. Estaba abierto en la página doscientos quince y un fragmento fuertemente subrayado en lápiz atrajo mi atención. Y tan pronto como lo leí vi que era lo que necesitaba y que me ayudaría en mi cometido.

El fragmento rezaba así:

–¿Qué puede oponerse –los ojos de Millicent brillaban mientras se enfrentaba al duro anciano–, qué puede oponerse a un amor puro y devorador? Ni reinos ni poderes, milord, ni todas las débiles prohibiciones de padres y guardianes. Amo a su hijo, lord Windermere, y nada puede separarnos. Desde el principio de los tiempos este amor nuestro estaba decretado, y ¿quién es usted para osar luchar contra los decretos del destino?

El conde la miró de un modo penetrante por debajo de sus cejas hirsutas como breñales.

–¡Hum! –dijo.

Antes de haber tenido tiempo de refrescar mi memoria respecto a la respuesta de Millicent a esta observación, la puerta se abrió y el viejo Bittlesham entró. Parecía encantado de verme, como siempre.

–¡Mi querido míster Wooster! ¡Esto es un placer inesperado! Sírvase tomar asiento. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Bueno, el hecho es que de momento vengo más o menos en calidad de alegre embajador. Represento al joven Bingo, ¿sabe?

Su amabilidad se enfrió un poco, pero no me paró los pies, de modo que continué.

–Siempre he sido de la opinión –dije– que es condenadamente difícil para alguien oponerse a lo que se puede llamar un amor puro y devorador. Quiero decir: ¿es posible? Lo dudo.

Mis ojos no estaban exactamente brillantes mientras miraba al anciano, pero en compensación hacía bailotear mis cejas.

–Hablamos de este asunto durante nuestro último encuentro, míster Wooster. Y, en aquella ocasión...

–Sí. Pero desde entonces, por decirlo así, los acontecimientos se han desarrollado. En realidad –dije, ciñéndome a la cuestión–, esta mañana Bingo fue y saltó del muelle.

–¡Santo cielo! –Se puso en pie de un salto, con la boca abierta–. ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Qué muelle?

–Estaba hablando metafóricamente –expliqué–, si ésta es la palabra adecuada. Quiero decir que se ha casado.

–¡Casado!

–Absolutamente enganchado. Espero que no se enojará usted por eso, ¿verdad? Tiene sangre joven, ¿sabe? Dos corazones que se aman, y todo lo demás.

Jadeó de un modo bastante agitado.

–Estoy en extremo conturbado por sus noticias. Yo... yo considero que he sido..., ejem..., desafiado. Sí, desafiado.

–Pero ¿quién es usted para osar luchar contra los decretos del destino? –dije, echando una mirada al libro del apuntador con el rabillo del ojo.

–¿Eh?

–Ese amor suyo estaba decretado, ¿entiende?, desde que empezó el tiempo, ¿sabe?

He de admitir que si él hubiese dicho «¡Hum!» en este punto, me habría hecho pasar un mal rato. Afortunadamente, no se le ocurrió. Hubo un silencio durante el cual pareció rumiar un poco; luego su mirada cayó sobre el libro y entonces dio un respingo.

–¡Vaya, bendita sea mi alma, míster Wooster! Ha estado usted citando.

–Más o menos.

–Sus palabras me resultaban familiares. –Su aspecto cambió y soltó una especie de risa bulliciosa–. ¡Cierto, cierto! Usted conoce mi punto flaco.

Cogió el libro y se sumió en él durante largo rato. Empecé a pensar que había olvidado que me encontraba allí. Al poco, sin embargo, lo volvió a dejar y se frotó los ojos.

–¡Ah, bien! –dijo.

Froté los pies contra el suelo y esperé lo mejor.

–¡Ah, bien! –dijo de nuevo–. No debo parecerme a lord Windermere, ¿verdad, míster Wooster? Dígame, ¿sacó usted a aquel altivo señor de algún modelo real?

–¡Oh, no, en absoluto! Pensé sencillamente en él y lo coloqué ahí, ¿sabe?

–¡Genial! –murmuró el viejo Bittlesham–. ¡Genial! Bien, míster Wooster, usted me ha vencido. ¿Quién, como dice usted, soy yo para luchar contra los decretos del destino? Escribiré a Richard esta noche y le informaré de mi consentimiento a su matrimonio.

–Usted puede comunicarle la buena nueva en persona –dije–. Está aguardando abajo, con su mujer. Bajaré y les diré que suban. Adiós y muchas gracias. Bingo quedará muy alentado.

Me precipité escaleras abajo. Bingo y señora estaban sentados en dos sillas como unos pacientes en la antesala de un dentista.

–¿Y bien? –preguntó Bingo ansiosamente.

–Todo está arreglado, salvo los apretones de mano –contesté, pegándole un

manotazo en la espalda–. Lanzaos a la carga y trabad amistad. Adiós, amigos, ya sabéis dónde encontrarme en caso de necesidad. Mil felicidades y todas las demás tonterías.

Y me escabullí, pues no quería que me dieran las gracias.

En este mundo no se pueden hacer previsiones. Si alguna vez había experimentado la satisfacción del deber cumplido, fue cuando volví a mi piso y posé los pies sobre el guardafuegos y empecé a sorber la taza de té que Jeeves me había traído. Si bien estaba acostumbrado a ver derrumbarse muchos caballos al final de la carrera y no llegar a parte alguna, no veía ninguna causa de alarma en este asunto del joven Bingo. Todo lo que tenía que hacer cuando lo dejé en Pounceby Gardens era subir con su esposa y recoger la bendición de su tío. Tan convencido de ello estaba yo, que cuando cerca de media hora más tarde él entró galopando en mi salita, sólo pensé que quería darme las gracias con acento conmovido, y decirme lo bien que me había portado. Me limité a sonreírle benévolamente cuando entró y estaba a punto de ofrecerle un cigarrillo cuando me percaté de que parecía fastidiado por algo. En realidad, parecía como si algo sólido le hubiese dado en el plexo solar.

–¡Mi querido amigo! –dije–. ¿Qué ocurre?

Bingo pegó unos cuantos brincos por la habitación.

–Estaré tranquilo –dijo, volcando una mesita–. ¡Tranquilo, maldita sea! –Volcó una silla.

–¿Ha pasado algo malo?

Bingo emitió uno de aquellos gritos huecos y tristes.

–Sólo todas las condenadas cosas que hubieran podido salir mal. ¿Qué crees que ocurrió cuando tú nos dejaste? ¿Sabes aquel vil libro que insististe en enviar a mi tío?

No es así como yo habría expuesto el asunto, pero vi que el pobre estaba fastidiado por alguna razón, de modo que no le corregí.

–¿La mujer que lo afrontó todo? –dije–. Resultó condenadamente útil. Gracias a que cité algunos de sus párrafos, logré convencerle.

–Bueno, no resultó útil cuando entramos en la habitación. Estaba sobre la mesa y después de haber empezado a charlar un poco y cuando ya todo marchaba bien, mi mujer lo vio. «¡Oh! ¿Ha leído usted eso, lord Bittlesham?», dijo. «Tres veces, ya», contestó mi tío. «¡Estoy tan contenta!», dijo mi mujer. «Es usted también una admiradora de Rosie M. Banks?», preguntó el viejo, radiante. «¡Yo soy Rosie M. Banks!», dijo mi mujercita.

–¡Anda! No, ¿de veras?

–Sí.

–Pero ¿cómo puede ser ella, ella? Quiero decir, ¡maldita sea!, estaba sirviendo la comida en el Senior Liberal Club.

Bingo coceó contra el sofá de mal humor.

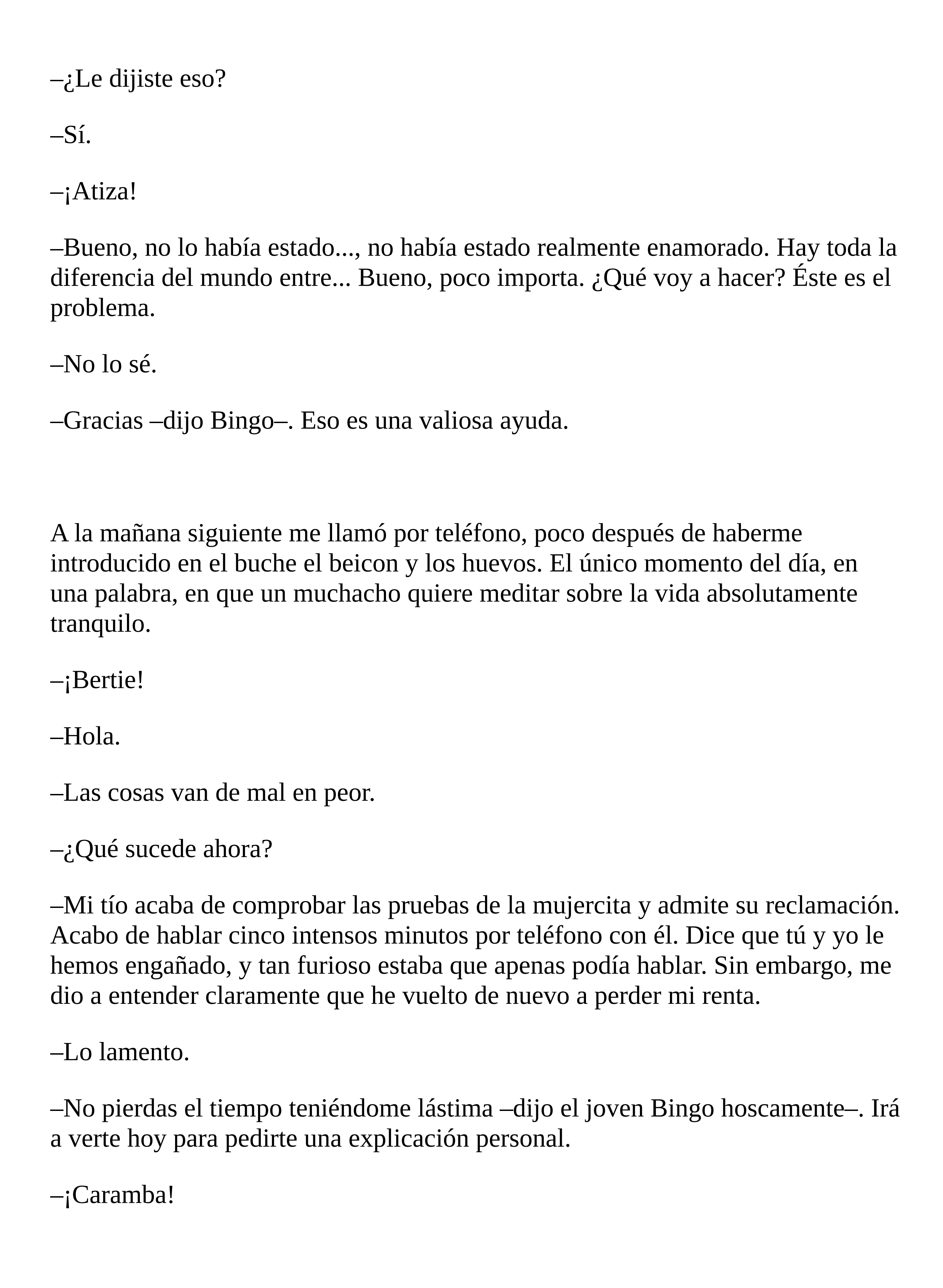
–Ella se empleó allí para buscar material para un libro que escribe titulado Mervyn Keen, hombre de clubs.

–Podía habértelo dicho.

–Produjo tal efecto en ella percatarse de que la amaba por sí misma, a pesar de su humilde posición, que conservó el secreto. Albergaba la intención de revelármelo más tarde.

–Bueno, ¿qué ocurrió después?

–Hubo una escena en extremo penosa. El viejo casi tuvo un ataque de apoplejía. La trató de impostora. Ambos empezaron a hablar al mismo tiempo a voz en cuello, y la cosa acabó yendo mi mujercita a ver a sus editoras para obtener las pruebas con que sacarle al viejo disculpas por escrito. Lo que va a ocurrir ahora no lo sé. Aparte del hecho de que mi tío quedará tan loco como una gallina mojada cuando se entere de que ha sido engañado, habrá muchos disgustos cuando mi mujercita descubra que hemos empleado el truco de Rosie M. Banks para que yo contrajera matrimonio con otra persona. ¿Entiendes? Una de las cosas que la atrajo a mí fue el hecho de que nunca me había enamorado anteriormente.



–¿Le dijiste eso?

–Sí.

–¡Atiza!

–Bueno, no lo había estado..., no había estado realmente enamorado. Hay toda la diferencia del mundo entre... Bueno, poco importa. ¿Qué voy a hacer? Éste es el problema.

–No lo sé.

–Gracias –dijo Bingo–. Eso es una valiosa ayuda.

A la mañana siguiente me llamó por teléfono, poco después de haberme introducido en el buche el beicon y los huevos. El único momento del día, en una palabra, en que un muchacho quiere meditar sobre la vida absolutamente tranquilo.

–¡Bertie!

–Hola.

–Las cosas van de mal en peor.

–¿Qué sucede ahora?

–Mi tío acaba de comprobar las pruebas de la mujercita y admite su reclamación. Acabo de hablar cinco intensos minutos por teléfono con él. Dice que tú y yo le hemos engañado, y tan furioso estaba que apenas podía hablar. Sin embargo, me dio a entender claramente que he vuelto de nuevo a perder mi renta.

–Lo lamento.

–No pierdas el tiempo teniéndome lástima –dijo el joven Bingo hoscamente–. Irá a verte hoy para pedirte una explicación personal.

–¡Caramba!

–Y mi mujercita también irá a verte para pedirte una explicación personal.

–¡Dios me valga!

–Contemplaré tu futura carrera con un interés considerable –dijo el joven Bingo.

Llamé a Jeeves.

–¿Jeeves!

–¿Señor?

–Estoy en un brete.

–¿De veras, señor?

Le expliqué el asunto.

–¿Qué aconsejaría usted?

–Creo que en su lugar aceptaría inmediatamente la invitación de míster Pitt-Waley. Recordará, señor, que le invitó a cazar con él en Norfolk esta semana.

–¡En efecto! ¡Dios santo, usted siempre tiene razón! Espéreme en la estación con mis cosas a la hora del primer tren de la tarde. Iré a esconderme en el club durante el resto de la mañana.

–¿Necesitará usted mi compañía en esta visita, señor?

–¿Quiere usted venir?

–Si puedo sugerirlo, señor, creo que sería más conveniente que me quedara aquí y que me mantuviera en contacto con míster Little. Podría, posiblemente, encontrar un método para apaciguar los distintos bandos, señor.

–Muy bien. Si lo consigue, es usted una maravilla.

No me divertí mucho en Norfolk. Llovió casi todos los días, y cuando no lo hacía, yo estaba tan nervioso que no me fue posible cazar ninguna pieza. Al

terminar la semana, no pude aguantarlo más. Era demasiado absurdo, quiero decir, estar abandonado a muchos kilómetros de distancia en el campo, simplemente porque el tío y la mujer del joven Bingo querían cambiar impresiones conmigo. Decidí regresar y ejecutar la firme y varonil acción de permanecer escondido en mi piso y decirle a Jeeves que informara a todos los que llamaran de que yo no estaba en casa.

Envié a Jeeves un telegrama diciendo que llegaría y me dirigí directamente a casa de Bingo en cuanto aterricé en Londres. Quería enterarme de la situación general de los asuntos. Pero, aparentemente, estaba fuera. Oprimí un par de veces el timbre sin que nada ocurriera, y estaba a punto de irme cuando oí el sonido de unos pasos en el interior y se abrió la puerta. No fue uno de los más alegres momentos de mi carrera cuando me hallé de narices con la esférica faz de lord Bittlesham.

–¡Oh..., hum..., hola! –dije. Y hubo una ligera pausa.

No sabía con exactitud qué haría el anciano si por mala suerte volvíamos a vernos, pero tenía una especie de idea general de que se pondría bastante colorado y empezaría casi enseguida a cantarme las cuarenta. Me pareció algo extraño, por tanto, el hecho de que se limitara a sonreírse débilmente. Fue una especie de sonrisa helada. Sus ojos parecieron desorbitarse y tragó saliva una o dos veces.

–Hum... –dijo.

Aguardé a que continuara, pero aparentemente no tenía nada más que decir.

–¿Está Bingo? –pregunté, después de una pausa un tanto embarazosa.

Él meneó la cabeza y sonrió nuevamente. Y luego, de repente, cuando la conversación empezaba a apagarse de nuevo, que me cuelguen si no dio una especie de pesado brinco hacia atrás y cerró la puerta.

No podía comprenderlo. Pero puesto que la entrevista, tal como había sido, parecía ya terminada, pensé que convendría más que me fuera. Estaba bajando la escalera cuando encontré al joven Bingo que subía los peldaños de tres en tres.

–¡Hola, Bertie! –dijo–. ¿De dónde sales? Te creía fuera de la ciudad.

–Acabo de volver. Vine a verte para saber cómo marchaban las cosas.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, todo aquel asunto, ya sabes.

–Oh, ¿aquello? –dijo el joven alegremente–. Eso se arregló hace días. La paloma de la paz revolotea por todas partes. Todo salió a pedir de boca. Jeeves lo arregló todo. Es una maravilla ese hombre. Bertie, siempre lo he dicho. Puso las cosas en su lugar en medio minuto, con una de sus brillantes ideas.

–¡Estupendo!

–Sabía que te alegrarías de ello.

–Te felicito.

–Gracias.

–¿Qué hizo Jeeves? A mí mismo me resultaba imposible encontrar una solución a ese condenado asunto.

–Oh, se hizo cargo del asunto y lo resolvió en un segundo. Mi tío y mi mujercita son ahora grandes amigos. Se pasan horas enteras hablando de literatura y otras cosas por el estilo. Siempre viene a charlar con ella.

Eso me hizo recordar algo.

–Está ahí dentro ahora –dije–. Oye, Bingo, ¿qué tal está tu tío estos días?

–Bien, como siempre. ¿Qué quieres decir?

–Quiero decir, ¿no se habrá resentido un poco por la tensión, verdad? Me pareció observar algo extraño en su comportamiento hace un momento.

–¿Por qué? ¿Lo has visto?

–Abrió cuando llamé y luego, después de mirarme un poco, me cerró la puerta en las narices. Me sorprendió, ¿sabes? Quiero decir, lo habría comprendido si me hubiera amonestado y demás, pero, ¡maldita sea!, el hombre parecía absolutamente asustado.

El joven Bingo soltó una sonora carcajada.

–¡Oh, no te preocupes! –dijo–. Olvidé hablarte de ello. Albergaba la intención de escribirte, pero lo aplacé. Piensa que tú estás loco.

–Él... ¿qué?

–Sí. Eso fue idea de Jeeves, ¿sabes? Solucionó espléndidamente todo el problema. Sugirió que yo dijera a mi tío que había obrado en perfecta buena fe al presentarte como Rosie M. Banks; que había oído de tus labios repetidas veces que tú lo eras y que no veía ninguna razón por la que no tuvieras que serlo. La idea era que tú padecías alucinaciones y, por lo general, estabas un tanto chalado. Y luego cogimos a sir Roderick Glossop (¿te acuerdas?, el viejo cuyo hijo echaste al estanque aquel día en Ditteredge Hall) y él acudió con su cuento de cómo vino a almorzar contigo y encontró tu dormitorio lleno de gatos y pescados, y cómo tú habías robado su sombrero mientras te cruzabas con su coche en un taxi y todo lo demás, ¿sabes? Esto acabó de redondear la cosa. Siempre digo y siempre diré que sólo has de confiar en Jeeves, y el destino nunca te herirá.

Puedo aguantar mucho, pero todo tiene un límite.

–Bueno, de todas las condenadas osadías que jamás...

Bingo me miró pasmado.

–¿No te habrás molestado? –dijo.

–¡Molestado! ¿Sabiendo que medio Londres tiene la impresión de que estoy chiflado? ¡Maldita sea!...

–Bertie –dijo Bingo–, me asombras y me hieres. Si hubiese imaginado que pondrías objeciones para hacer un buen servicio a un chico que ha sido amigo tuyo durante quince años...

–Sí, pero oye...

–¿Has olvidado –dijo el joven Bingo– que fuimos al colegio juntos?

Regresé a mi piso, maldiciendo a todos los diablos. De una cosa estaba completamente seguro: que había llegado el momento de que Jeeves y yo nos separáramos. Un excelente ayuda de cámara, por supuesto; no lo hay mejor en Londres, pero no permitiría que esa idea me debilitara. Entré en el piso como un viento del este... y allí estaba sobre la mesita una caja de cigarrillos, y sobre la mesa grande los semanarios ilustrados, y en el suelo mis zapatillas y cada condenada cosa tan condenadamente a punto que empecé a calmarme al cabo de dos segundos. Era como uno de aquellos momentos, en un drama, en que el protagonista, a punto de cometer un crimen, oye repentinamente los dulces y emocionantes compases de la vieja melodía que había aprendido en el regazo de su madre. Ablandado, quiero decir. Ésa es la palabra que busco. Me ablandé.

Y luego, he aquí que apareció en el umbral de la puerta el bueno de Jeeves, detrás de una bandeja llena de los ingredientes necesarios; y había algo en el aspecto de aquel hombre...

Sin embargo, endurecí mi corazón e hice un intento.

–Acabo de encontrar a míster Little, Jeeves –dije.

–¿De veras, señor?

–Él..., hum..., él me dijo que usted había estado ayudándolo.

–Hice lo que pude, señor. Y me alegra decir que las cosas parecen ir sobre ruedas, señor. ¿Whisky, señor?

–Gracias. Hum... Jeeves.

–¿Señor?

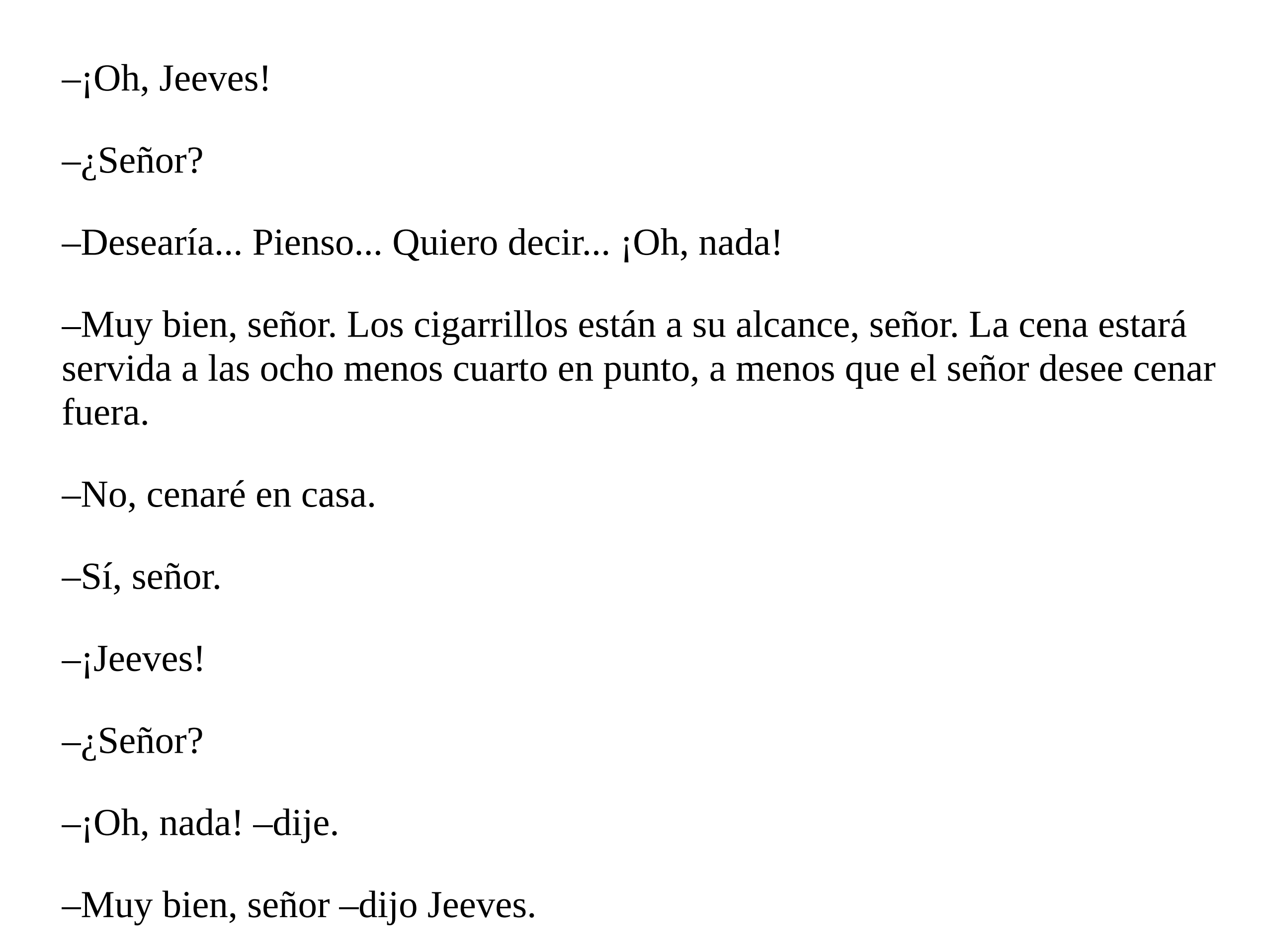
–Otra vez...

–¿Señor?

–Oh, nada... No todo el sifón, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Se dirigió hacia la puerta.



–¡Oh, Jeeves!

–¿Señor?

–Desearía... Pienso... Quiero decir... ¡Oh, nada!

–Muy bien, señor. Los cigarrillos están a su alcance, señor. La cena estará servida a las ocho menos cuarto en punto, a menos que el señor desee cenar fuera.

–No, cenaré en casa.

–Sí, señor.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–¡Oh, nada! –dije.

–Muy bien, señor –dijo Jeeves.

*Título de la edición original:*

Thank you, Jeeves; The Code of the Woosters; The Inimitable Jeeves

Edición en formato digital: junio de 2011



Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3313-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

1. Juego de palabras con el nombre del personaje, Fink-Nottle, y su afición a la bebida. (N. de la T.)

1. Juego de palabras con los dos significados de yellow, «amarillo» y, coloquialmente, «cobarde». (N. de la T.)

1. Starting Price, apuesta que se efectúa en el momento de empezar la carrera. (N. del T.)